Joanna Quinn

El teatro de los hermanos Seagrave

Traducción de Marcelo E. Mazzanti

Cristabel siempre quiso que su vida fuera como una de las historias que tanto le gustaba leer, pero apenas había niñas que protagonizaran los polvorientos volúmenes de la biblioteca familiar.

Situada en la costa de Dorset, Chilcombe es una mansión que, a todas luces, ha visto tiempos mejores. En ella viven a su antojo, al amparo de unos padres irresponsables y una pléyade de sirvientes olvidadizos, los niños Seagrave. La pequeña tribu, liderada por la intrépida Cristabel, crece salvaje, nutrida de las más diversas y disparatadas lecturas, de las conversaciones de los mayores escuchadas a hurtadillas y de las clases de francés de su institutriz, Maudie, lengua franca para sus tropelías.

El día que una ballena vara en la orilla cercana a Chilcombe, Cristabel corre presta a reclamar su propiedad. Junto a Flossie y Digby montarán un teatro en el gigantesco armazón del animal, destinado a hacer las delicias de los habituales de Chilcombe, así como de algunos lugareños, que asistirán embelesados a las grandes producciones de los tres hermanos.

Los años pasan y la vida de los niños Seagrave transcurre feliz, ajena a cuanto acontece en el continente, donde ya se empieza a notar el fragor de la guerra. La Historia llama a su puerta, y los niños Seagrave se verán obligados a interpretar un papel lejos de su teatro de ensueño, uno que nunca hubieran imaginado. Por primera vez, los tres hermanos tendrán que encontrar la manera de escribir su propia historia lejos del calor del hogar.

© Nancy Turner

Joanna Quinn nació en Londres y creció en Dorset, en el sudoeste de Inglaterra, lugar en el que se ambienta *El teatro de los hermanos Seagrave*, su primera novela, traducida a más de una decena de idiomas. Ha trabajado como periodista y en diversas organizaciones benéficas. También ha escrito diversos relatos publicados en *The White Review* y *Comma Press*. En la actualidad se dedica a impartir clases de escritura creativa y vive en un pueblo junto al mar, en Dorset.

El teatro de los hermanos Seagrave

Joanna Quinn

Traducción de Marcelo E. Mazzanti

catedral

Índice

PRIMER ACTO

El último día del año
La mañana después
El hermano pródigo
Círculos y más círculos
Ruegos
Así que primero las primaveras
Debajo de las camas
Una mujer durmiente
Cristabel y las historias
Esperando, deseando
La caza del día de san Esteban
De él
No van a permitírselo
Después
El vegetal
Todo fuera
Cosas
Luna de cazador
El diario de Maudie Kitcat

SEGUNDO ACTO

El descenso de la ballena
La llegada del dios Poseidón
Bienvenidos a Chilcombe

A través de los bosques de jacintos
Bandera negra
Ensayo
Los misteriosos caminos de las voces nocturnas
La *Ilíada*
Sin ruidos
A Londres
Diario de Maudie Kitcat
Imagen e imaginación
Alas y huesos
Dentro de la ballena
Recortes guardados en un álbum por los niños

TERCER ACTO

Fiestas
De D a C
De C a D
De D a C
De C a D
Apagón
Postal
Nota en una hoja color rosa con una caja 307 de delicias turcas
Tarjeta de Navidad
De C a D
Páginas de un cuaderno
Carta incompleta
De C a D
Un *night club* en Piccadilly
Nota en una hoja color rosa con un ramo de flores
Catálogo de la exposición

CUARTO ACTO

Prisioneros
Diario de Flossie
Tempo rubato
El sol y la luna
De D a C
Hoja en blanco
Viñetas
Gastos
Vuelo nocturno
Un caníbal sobrio
Café, té
El capitán Potter
Nuevos reclutas
Luna llena
Despierta
Claudine, Gilberte
Sous terre
Sombras chinescas
El comité navideño
Azotado por una tempestad
De C a D

QUINTO ACTO

Las altas esferas
Queridos chicos
Les enfants perdus
Sigamos la música y bailemos
La sota de espadas, la estrella
Los americanos

Un apartamento en París
Antígona
Nosotros
La isla
Agosto
Lo que queda
Casas vacías
Uniformes
Desfile de la Victoria

BIS

De C a D

Agradecimientos

Para Nancy y Abi

¿Qué les importa a estas olas rugientes
el nombre de un rey?
La tempestad,
WILLIAM SHAKESPEARE

PRIMER ACTO

1919-1920

El último día del año

31 de diciembre de 1919
Dorset

Cristabel coge el palo. Encaja bien en su mano. Está en el jardín, esperando junto al resto de los habitantes de la casa a que regrese su padre con su nueva madre. Sirvientes de uniforme se soplan los dedos fríos. Los grajos graznan sin mucha convicción en los árboles que rodean la casa. Es el último día de diciembre, los restos del año. La tarde se está desvaneciendo y el césped es un lodazal de barro y nieve vieja por el que Cristabel, de tres años, pisa con sus botas de cuero de cordones, asiendo el palo como si fuese una espada, una centinela en miniatura con un abrigo de botones de latón.

Agita el palo a un lado y otro, disfrutando del sonido, *vvvp vvp,* que hace, lo usa para pinchar y llevarse a la boca un parche de nieve sucia. La nieve está tan helada en su lengua como las flores de escarcha que se forman en la ventana de su ático, pero es menos consistente. Le decepciona que no sepa a nada. En algún lugar demasiado lejano como para prestarle atención, su niñera la llama. Cristabel anula el sonido con un parpadeo. Ve tímidas gotitas de nieve en el borde del jardín. *Vvvp, vvp.*

El padre de Cristabel, Jasper Seagrave, y su nueva prometida están sentados en ese momento el uno al lado del otro en un carruaje tirado por caballos que asciende por el camino hacia la casa de la familia de él, Chilcombe, una mansión señorial con muchos gabletes, muchas chimeneas y cubierta de hiedra, con un aire elefantino de cansada grandiosidad. Su perfil presenta una serie de triángulos lánguidos y altas chimeneas apiñados sobre un acantilado de madera que lleva cuatrocientos años colgado sobre el mar, sus estrechas ventanas

emplomadas contra los vientos marítimos y el progreso histórico, todo el conjunto con apariencia de hundimiento gradual.

El personal de Chilcombe dice que hoy va a ser un día especial, pero a Cristabel le parece aburrido. Demasiado esperar. Demasiado arreglarse el vestido. No es un día del que vaya a poder sacarse una buena historia. A Cristabel le gustan las historias con trabucos y perros, no con novios y esperas. *Sss*. Mientras recoge los restos de las gotas de nieve oye un crujido como de huesos de la gravilla bajo el peso de las ruedas.

Su padre es el primero en bajar del carruaje, redondo y contento como un haba arrancada de su vaina. Después aparece un único pie enfundado en una bota de botones, seguido por un sombrero de terciopelo que se inclina hacia arriba para contemplar la casa. Cristabel observa el rostro patilludo de su padre. También él está mirando arriba, contemplando a la joven del sombrero, que mientras se sostiene en el estribo del carruaje es notablemente más alta que él.

Cristabel avanza por la nieve hacia los dos. Casi ha llegado cuando su nani la agarra y sisea:

—¿Qué tienes en las manos? ¿Dónde están tus guantes?

Jasper se vuelve.

—¿Por qué está tan sucia la niña?

La niña sucia ignora a su padre. No le interesa. Es un hombre gruñón e iracundo. Se acerca a su nueva madre y le ofrece un puñado de tierra y pétalos de escarcha. Pero la nueva madre está acostumbrada a recibir regalos torpes; a fin de cuentas aceptó la sonrojada petición de Jasper Seagrave, rotundo viudo con cojera y una barba intratable.

—Para mí —dice la nueva madre, y no es una pregunta—. Qué original. —Se acaba de bajar del carruaje y sonríe. Extiende una mano flotante que acaba posándose en la cabeza de Cristabel, como si la niña estuviera para eso. Bajo su sombrero de terciopelo, la nueva madre está enfundada en un elegante vestido de viaje de lana y una estola de visón.

Jasper se dirige al personal y anuncia:

—Permítanme presentarles a mi nueva esposa, la señora Rosalind Seagrave.

Se produce una pequeña oleada de aplausos.

A Cristabel le parece raro que la nueva madre se llame Seagrave, que también es su nombre. Se mira la palma y le da la vuelta a la mano, permitiendo que la tierra caiga sobre las botas de la nueva madre, a ver qué pasa.

***

Rosalind se aparta de la niña, que no sonríe. Se recuerda a sí misma que no tiene madre y carece de una guía femenina. Se pregunta si debería haberle llevado lazos para su enredado pelo negro, o quizás un peine de nácar, pero ve que Jasper está a su lado para conducirla hasta la puerta.

—Por fin he conseguido traerte —le dice él—. Chilcombe no está en su mejor momento. Tenía una espléndida verja de hierro en la entrada.

Mientras entran, le habla de las celebraciones que les esperan por la noche. Le dice que en el pueblo están encantados con la llegada de ella. Detrás de la casa han construido una carpa; asarán un cerdo y todos brindarán por los novios con jarras de cerveza. Ahora le dedica un guiño, orgulloso en su traje de *tweed*, y ella duda de qué significa ese abrir y cerrar tan teatral de un ojo.

Rosalind Seagrave, nacida Elliot, veintitrés años, descrita en la revista *Tatler* de abril de 1914 como «una serena adición a la sociedad londinense», pasa por la entrada de piedra de Chilcombe hacia una sala con galerías y paneles de madera que se extiende como el salón de un castillo de caballeros medievales. Es como un túnel, apenas iluminado por velas que parpadean en candeleros de latón en las paredes, y ofrece la apariencia de desuso de las capillas vacías en lugares apartados.

El entrar en una casa desconocida sabiendo que contiene su futuro le produce una sensación muy peculiar. Rosalind mira a su alrededor, intentando absorber el paisaje antes de que este repare en ella. Al fondo del salón hay una chimenea, grande, de piedra y apagada. Encima cuelgan dos espadas cruzadas. No hay muchos muebles, y no le resulta tan atractivo como esperaba. Un cofre de roble grabado con una bisagra de hierro. Una armadura que sostiene una lanza en su

mano de metal. Un reloj de pared, un árbol de Navidad medio pelado y un piano de cola con un jarrón de lirios encima.

Sabe que el piano es un regalo de bodas de su marido, pero lo han colocado a un lado, bajo la cabeza montada de un ciervo. De las paredes cuelgan más cabezas de animales, leones y antílopes de ojos vidriosos, junto a viejos tapices que muestran a gente de perfil gesticulando con flechas. Dado que el azul es el último color en desvanecerse de los tapices, lo que una vez fueron unas alegres representaciones de batallas ahora parecen sombrías escenas acuáticas.

A la derecha de la chimenea hay una escalera curva de caracol que lleva a las plantas superiores de la casa, y a ambos lados unas gastadas alfombras persas conducen por puertas arqueadas a habitaciones oscuras que llevan a más puertas, a más habitaciones oscuras, y siguen así como en una ilustración del infinito. Da un paso adelante y el tacón de una bota se le enreda en una alfombra. Van a tener que retirarlas cuando monten fiestas, piensa.

Jasper aparece a su lado, hablando con el mayordomo.

—Dígame, Blythe, ¿ha llegado mi hermano errante? No se molestó en presentarse a la boda.

El mayordomo asiente casi imperceptiblemente. Así es como se hacen las cosas en Chilcombe, con gestos tan familiares y gastados que se han convertido en la ausencia de gestos, la impresión de que antes había algo ahí, la forma del fósil que queda en la piedra.

Jasper aspira y se dirige a su esposa.

—Las criadas te enseñarán tu habitación.

Rosalind es escoltada por la escalera. Pasa una serie de cuadros que muestran a hombres con golas que hacen una pausa en mitad de la caza para que les pinten sus retratos, colocando sus pantorrillas cubiertas por medias sobre los cuerpos aún calientes de jabalíes.

***

Cristabel observa desde un rincón. Se ha acuclillado tras un paragüero de madera con forma de niño indio con los brazos extendidos formando un círculo para sostener los paraguas, las fustas y los

bastones de su padre. Espera a que la nueva madre desaparezca de su vista y corre por el salón hasta otra escalera más al fondo, oculta detrás de la principal, que la lleva abajo, al reino de los sirvientes: la cocina, la trascocina, las alacenas y la bodega.
Allí, en las raíces de la casa, encontrará algún escondite donde examinar sus nuevos tesoros, el palo y las medialunas de tierra bajo sus uñas.

Hoy, bajo las escaleras hay mucho ruido, la cocina con paredes de loza resuena de actividad. Los sirvientes están emocionados por las celebraciones nocturnas, ansiosos por servir en la fiesta de boda y llenos de cuchicheos sobre la nueva esposa. Cristabel se acurruca bajo la mesa y escucha. Los asuntos interesantes son como chispas que iluminan su mente: palabras preferidas, como «caballo» y «pudin», voces reconocibles que se elevan por encima de la mezcla.

Maudie Kitcat, la ayudante de cocina más joven, atrae su atención al decir: «Quizá *miss* Cristabel tenga pronto un hermanito». La niña no ha visto que ningún hermanito se bajara del carruaje, pero quizá vaya a venir más tarde. Le encantaría tener un hermanito. Para jugar y representar batallas.

También le cae bien la sirvienta Maudie Kitcat. Las dos duermen en el ático y ensayan pronunciación juntas. Cristabel le pide a menudo que escriba los nombres de la gente que conoce en el vaho de las ventanas de la habitación, y ella da forma a las palabras con un dedo chirriante —M-A-U-D-I-E, P-E-R-R-O, N-A-N-I, C-O-C-I-N-E-R-A— para que la niña pueda seguirlos con los suyos o los borre si no le gustan. A veces, Maudie la visita de noche si Cristabel tiene uno de esos sueños que la hacen gritar, y le acaricia la cabeza y le dice: «Chissst, pequeña, chissst, no llores».

En la cocina, la cocinera dice: «Un heredero para la mansión, ¿eh? Esperemos que a Jasper Seagrave aún le quede carga». Y, a continuación, grandes risotadas. Una voz de hombre grita: «Si no lo consigue, ya lo intentaré yo». Más risas, y entonces algo se rompe, han tirado algo.

Los rugidos de los sirvientes ante ese intercambio de frases incomprensible es la onda de un trueno que baña a Cristabel. Decide usar su palo para escribir letras. Traza un círculo en la harina de una baldosa, redondo, redondo. O. O. O. O. El poder estar un momento sin

tener encima a la pesada de la niñera no es frecuente, así que no tiene que desperdiciar el tiempo. O. O. O.

O de «Oh». O de «OhnoCristabelquéhashechoahora».

***

Arriba, en la primera planta, Rosalind está sentada en el tocador de su nueva habitación, aunque difícilmente puede llamarla «nueva», todo en esta parece antiguo. Es una habitación con tablones de madera en el suelo que crujen agresivamente y un frágil mobiliario de caoba, iluminada por lámparas de aceite llenas de manchas, una colección de elementos que no resisten el tacto de nadie. Oye risas que vienen de alguna otra parte de la casa, y las percibe como una tensión creciente en sus hombros. Detrás de ella, una criada le cepilla el pelo oscuro como la tinta, mientras que otra vacía sus maletas, extrayendo cuidadosamente piezas de lencería dobladas formando pequeñas almohadillas de satén perfumado. Rosalind se sabe examinada, valorada. Desearía poder abrirse ella misma las maletas.

Comprueba su reflejo en el espejo del tocador y recupera la compostura; tiene el rostro vivaz de una niña mimada. Grandes ojos, nariz respingona, complementados por su hábito, que se ha enseñado a sí misma, de unir las manos bajo la barbilla como si estuviese encantada con algún regalo inesperado. Eso hace ahora.

A pesar de todo, le ha salido bien. Tiene que creerlo. Hubo comentarios punzantes en Londres. Rumores de devaneos poco sabios. Sugerencias de que había malgastado sus oportunidades fraternizando con más pretendientes de lo debido. Todos esos hombres acabaron desapareciendo. Uno a uno, todos los chicos encantadores con los que bailaba y paseaba y cenaba iban desvaneciéndose. Al principio era algo horrible y después era lo normal, que era peor que horrible pero menos cansado. Al cabo del tiempo se convirtió en lo que sucedía siempre. Se iban, saludando con el brazo, en trenes, y se echaban al suelo en lugares con nombres extranjeros que le resultaron cada vez más familiares: Ypres, Arrás, Somme.

Los años de la guerra fueron un tiempo dolorosamente monótono, con Rosalind en un sillón duro intentando acabar un bordado mientras

su madre pronunciaba los nombres de los solteros que aparecían en las listas en *The Times* como muertos o desaparecidos. Los diarios publicaban artículos sobre «mujeres excedentes», los millones que nunca llegarían a casarse debido a la escasez de candidatos a maridos. Rosalind recortaba fotos de revistas en que se veía a novias de la alta sociedad y las pegaba en un álbum, una colección de chicas con suerte que habían escapado a la maldición. Tenía miedo de acabar convertida en una reliquia vestida de negro como su madre, viuda, una mujer sola consagrada a las tazas de té y a los perros en miniatura con cara de monos, atrapada entre cestas de tejer y petulantes reposapiés.

Incluso cuando acabó la Gran Guerra no hubo nadie con quien celebrarlo. Los pocos hombres aceptables que volvieron a casa se pasaban las fiestas intercambiando historias bélicas con robustas chicas que habían vestido de uniforme, mientras que Rosalind se quedaba contra la pared con la tarjeta de baile vacía. Así que cuando conoció a Jasper Seagrave, viudo que buscaba una esposa joven para que le dotara de un hijo y heredero, le pareció que se abría un espacio para ella, un pequeño pasaje por el que podría gatear hasta la luz floreciente de un día de boda, en el que la esperaría una casa propia.

Y aquí está ahora. Ha atravesado el pasaje. Una boda de invierno, que no es lo ideal pero sigue siendo una boda. A pesar de los problemas de sinusitis del novio. A pesar de la insistencia de él en viajar dándose sacudidas en aquel carruaje. A pesar de las vistas desde las ventanillas traqueteantes del vehículo, que se movían adelante y atrás como fondos agitados por las manos de tramoyistas aficionados. A pesar de la sensación de ahogo, de uñas que se le clavaban en el corazón. Todo aquello podía arreglarse.

Rosalind se lleva sus nuevos pendientes de diamantes a las orejas. Mira en el espejo cómo una de las criadas deja el salto de cama de raso y de color marfil, acomodándolo con manos envidiosas en la cama de cuatro postes, que tiene un colchón alto como el del cuento de la princesa y el guisante. Más allá de la oscura ventana crepita una hoguera, hay murmullo de voces mientras la gente del pueblo va llegando, y se siente el aroma quemado de carne asándose.

***

Cristabel está en el jardín, junto al fuego, observando de cerca el tocinillo colgado sobre las llamas en un espetón, una manzana roja embutida en su boca rotante. Lleva el palo en la mano derecha. Su mano izquierda está en el bolsillo del abrigo, pasando los dedos por otros nuevos tesoros conseguidos bajo la escalera: un trozo de papel de periódico y el cabo de un lápiz. Tener esas pequeñas cosas que tocar le da una especie de seguridad.

Oye a su nani dar tumbos por la casa buscándola, con su voz enojada de nani, corriendo por delante de ella como una jauría aulladora de perros de caza. Cristabel sabe lo que va a pasar a continuación. Va a llevarla arriba, a su habitación, sin cenar, como castigo por haber desaparecido. Le soplará la vela y le cerrará la puerta con llave. El ático se llenará de sombras y aristas sin fin, una negrura en movimiento arrastrada por la lenta luz de linterna de la luna, un gran ojo sin párpado. Cristabel pasa el dedo adelante y atrás por la ondulada corteza del palo, al igual que hará más tarde tumbada en su estrecha cama, como forma de pasar el tiempo cuando no se le permite armar líos. Cuando era bebé armaba líos, y su nani le hacía llevar la camisa con los brazos atados para que no pudiera bajarse de la cama. No piensa volver a armar líos.

Bajo la almohada guarda varios palos, unas cuantas piedras que tienen cara y una vieja postal de un perro propiedad de un rey, que encontró bajo una alfombra y al que llamó Perro. Puede ponerlo todo en fila, darles la cena, hacerles representar una historia y acostarlos. Puede protegerlos y acariciarles la cabeza si tienen sueños que los hacen gritar, y asegurarse de que no se levanten al frío suelo de madera.

Se agacha ante un charco de nieve y usa el palo para escribir sus letras. O. O. O. Oye a su nani decir: «¡Ahí está, por Dios! ¡Rebuscando entre la nieve y ensuciándose!». A Cristabel le gusta la palabra «nieve». La susurra y sigue con su trabajo, su práctica diaria: dar forma a letras, crear palabras, anotar nombres.

N-I-E

La mañana después

1 de enero de 1920

Nuevo año, nueva década, nueva casa, nuevo marido. Nuevo como un alfiler nuevo. ¿No decía siempre su madre algo sobre alfileres? Rosalind se siente agarrada con alfileres bajo las sábanas de la cama nupcial. Algo en la rigidez de su columna vertebral recuerda a los esqueletos de dinosaurios de los museos de Londres. Está clavada. Como una pieza expuesta. Van y vienen criadas con gorros blancos, encendiendo el fuego y corriendo las cortinas, ocupadas y lejanas como gaviotas. Por las ventanas Rosalind ve cómo los árboles desnudos se agitan.

Jasper le ha dicho que puede llevarle un tiempo adaptarse a su nuevo rol de esposa. Le dice que es joven y que estar con un hombre es algo nuevo para ella (una imagen se cuela en su mente: una noche de agosto, cerca del embarcadero, con Rupert, su bigote rascándole el cuello como si fuera hilo de cobre; aparta esa visión). Jasper cree que con el tiempo va a familiarizarse con sus deberes conyugales. Va a familiarizarse con lo no familiar. Se queda muy quieta porque no le parece posible que los actos no familiares se produzcan en esa habitación, junto a objetos tan contundentemente comunes como su cepillo de plata para el pelo, la lámpara de la mesita.

Las criadas le traen el desayuno, haciendo equilibrios con la bandeja sobre el edredón, de forma que ante sí queda un paisaje poco apetecible: una pila de huevos revueltos gelatinosos enmarcados en la curva grasienta de una salchicha. Cubre la bandeja con una servilleta y busca con la mano su atomizador de cristal: *pff*, *pffffff*, y la Yardley Eau de Cologne forma una nubecilla en el aire.

Las criadas pasan y llaman, pasan y llaman. Rosalind oye su propia

voz produciendo palabras adecuadas para ellas. «No tengo mucho apetito, gracias». Las criadas se llevan las palabras y la comida sin comer. Hay una discreta escalera de caracol oculta tras un biombo, en un rincón de la habitación, que les permite ir y venir sin usar la puerta.

Pronto va a tener que ocuparse de varias cosas. Tiene que vestir apropiadamente y hacer lo que se espera de ella. Tiene que ser una, ¿cómo lo dijo Jasper? La voz de él, horriblemente alta a su oído, en la oscuridad, como la de un gigante. Tiene que ser buena chica. Rosalind mira arriba, al tapiz del dosel, y busca el dibujo que estudió anoche. Está oculto en el diseño principal, una especie de cara torcida que la mira, repetida un sinnúmero de veces.

Las criadas reaparecen, abalanzándose con ropa interior y exterior; quieren vestirla y que esté guapa. Antes los hombres le decían que era guapa. La admiraban y le hablaban de su corazón palpitante, y ella lo sentía como exultación, adoración. Nunca hubiera creído que lo que ellos llamaban «amor» implicase esfuerzos tan obscenos. Peso bruto y jadeos. Una pila de carne que huele a oporto y a tabaco, aplastando el aire sobre su cuerpo hasta que no pudo respirar. Y el dolor, un dolor puro blanco, un destello como de estrellas detrás de los párpados. No, esto no tiene nada que ver con el amor.

Una criada se acerca.

—El señor Seagrave ha ido a Exeter por negocios hípicos, señora. Espera que disfrute usted de su primer día en Chilcombe.

Rosalind asiente. No le quedan palabras. Está blanca como el papel en las sábanas acartonadas.

La criada se acerca más, cruzando la madera crujiente.

—Nos conocimos ayer, señora. Puede que no lo recuerde. Soy Betty Bemrose. Voy a ser su dama de compañía. —Rosalind baja la mirada y ve que, sorprendentemente, la criada ha posado una mano sobre la suya—. ¿Le apetece un baño, señora? Parece tensa.

Rosalind observa la cara de preocupación de Betty bajo su gorro blanco de criada. Es oronda y pecosa, y además está la reconfortante presión de su mano. Betty continúa:

—Hay aceites de baño, señora. Creo que los trajo usted. Le harán recuperar las fuerzas.

—Rosa —dice Rosalind—. Hay aceite de rosa.

—Perfecto.

—Me lo regaló un amigo muy querido. Era oficial. Murió en Francia.

—Han desaparecido tantos... —dice Betty mientras se dirige al baño, al lado—. El marido de mi hermana falleció en Galípoli. Ni siquiera lo encontraron. Antes pedí que le subieran agua caliente, señora, de forma que solo tengo que añadir el aceite.

—Mi amigo tenía pecas, como tú.

—¡No!

—Era encantador.

Betty reaparece en la puerta del baño.

—Mientras usted se baña haré que le cambien las sábanas. Que echen más carbón al fuego. Solo encendemos las chimeneas de arriba cuando hay gente, así que tardan un tiempo en calentar.

—Una vez me llevó al Waldorf. ¿Has oído hablar del Waldorf?

—No, señora.

—Todo el mundo va allí.

Betty va hacia la cama y retira con suavidad las mantas.

—Permítame ayudarla, señora.

Rosalind se agarra a los brazos de la joven y se deja conducir hasta la habitación de al lado, donde una bañera de cintura de hierro colado espera frente a un fuego bajo, conteniendo una fina capa de agua inmóvil aromatizada con rosas.

***

Sentada en un peldaño fuera de la puerta de la cocina, Cristabel cierra con firmeza el puño alrededor del palo y escribe en el polvo: E-R-M-A-N-O. H-E-R-R-M-A-N-O.

—Vuelve a intentarlo —le dice Maudie Kitcat, que pasa cargando con una cesta de ropa sucia de cama—. Estás a punto de conseguirlo.

***

La nueva señora de Jasper Seagrave, bañada y ungida, sale de la

habitación y baja. No está segura de lo que se espera de ella. Su esposo ha salido y no sabe cómo averiguar cuándo regresará. Le ha llegado una carta de su madre, en la que le recuerda la importancia de marcar el terreno con el servicio, y Rosalind teme que preguntar por el paradero de su marido no vaya a mejorar la opinión que puedan tener de ella en la casa.

Sin embargo, se muestra decidida en varias cuestiones: que las salchichas son repelentes y solo resultan adecuadas para los perros; que han de instalar una bañera moderna; que tienen que tirar el árbol de Navidad y los lirios (su madre siempre dice que los lirios le recuerdan a una parte muy concreta de la mujer). También tienen que comprar cuanto antes un gramófono, y la taciturna hija de su marido ha de tener una institutriz francesa. *Tú*, escribe la madre de Rosalind con caligrafía escorada a la derecha, *eres la nueva escoba de la casa. Tienes que ser firme y dura*.

A pesar de las instrucciones de su madre, a Rosalind le cuesta dar órdenes al personal masculino; muchos de ellos, como Blythe y el mayordomo, son tan mayores como su padre. Pero parece adecuado que ella, la joven novia, se muestre inexperta. ¿No leyó en *The Lady* que «los hombres no pueden evitar responder a los encantos femeninos de la ingenua inocente»? «Sé elegante —aconsejaba la revista— y ligeramente caprichosa, pero no parezcas aburrida».

Rosalind se apoya en el piano, al lado de una fotografía enmarcada de su flamante marido. Le gustan las palabras «flamante marido», suenan emocionantes, como el papel de relleno en la caja de un regalo. Le gusta usar las palabras aunque evita mirar la foto. *Flamante esposo. Elegante, no aburrida*.

El día pasa. Otros días muy similares también pasan.

***

Rosalind está suscrita a revistas y recorta fotos de cosas necesarias para su nueva vida —sombreros, muebles, gente— o las anota en una lista. Al lado de su habitación hay otra más pequeña, una alcoba, que contiene todo lo que puede necesitar la señora de la casa: una mesa decorada en la que servir el té, un escritorio de tapa rebatible, un

abrecartas de marfil. Rosalind se sienta y hojea los recortes, como un minero en busca de oro.

Con la ayuda del ama de llaves, la señora Hardcastle, encarga unas cuantas cosas básicas —fundas de almohada de seda, cremas de manos— y las espera. Parada en el rellano de la galería puede ver el recibidor, conocido como el Salón de Roble, por si llega algo. Descubre que decir «Solo estoy dando una vuelta» acostumbra a ahuyentar a los criados que pululan a su alrededor. Aunque, si siguen pululando, entonces tiene que irse a dar una vuelta de verdad.

Chilcombe tiene un tamaño modesto, nueve habitaciones en total, pero fue construida y ha ido siendo reformada de manera tan misteriosa que parece difícil llegar a ninguna parte. Sus residentes y el personal se ven obligados a hacer largas excursiones por enrevesados pasillos encorvándose a grados variables y subiendo y bajando como en la cubierta de un barco. A menudo aparecen peldaños inesperados y rellanos repentinos. Las ventanas son angostas como flechas, y las paredes de piedra resultan húmedas al tacto.

Rosalind saldría, pero el mundo exterior parece inexpugnable. En Londres, esos exteriores han sido ordenados en parques. Al anochecer, los faroleros, con sus largos palos, encienden las lámparas de gas a los lados de los caminos, trémulos círculos dorados que cobran vida por toda la ciudad. Pero en Dorset la oscuridad desciende tan completamente que es como caer en una carbonera. No hay glorietas ni estatuas, solo bosques ominosos y unos acres de tierras, hogar únicamente para árboles viejos vallados como si cada uno fuese el último de su especie. Un roble marchito está tan decrépito que sus ramas se sostienen con varas metálicas. ¿Por qué no lo dejarán morir?, se pregunta Rosalind, y es que es muy feo, una corteza vacía de sí mismo con forma de hombre encadenado a la pared de una mazmorra.

Por detrás, la casa da a un patio delimitado por construcciones de ladrillo: un lavadero, cabañitas para herramientas y un establo. Al lado de estas hay un jardincillo separado, cuidado por un jardinero que deambula de una punta a otra con una carretilla. A veces cuelgan faisanes o liebres muertos de los pomos de las puertas. Hay conversaciones entre murmullos y risas de los sirvientes. Rosalind lo contempla todo desde la ventana de un rellano, cuidando de que no la vean.

Hay un pueblo a un kilómetro y medio, Chilcombe Mell, pero cuando Rosalind y Jasper lo cruzaron en su viaje desde la estación de tren ella solo vio un puñado de casitas de campo con techos de paja, algunas tiendas, una iglesia y un pub. Parecía estar medio abandonado; los edificios estaban todos en la base de un valle, como si hubiesen sido arrastrados por una avalancha. Más allá del pueblo hay una cresta con montañitas que sigue la costa, un terreno escarpado que culmina en árboles desgreñados y túmulos prehistóricos. Se la conoce como Ridgeway, y aparta la zona del resto del mundo de forma ciertamente efectiva. ¿Quién iba a encontrarla a ella allí?

Durante su cortejo, Jasper le había contado que se creía que Ridgeway era donde el Distinguido y Anciano Duque de York de la canción había hecho marchar a sus hombres arriba y abajo. «¿Y por qué hizo eso?», preguntó ella, sabiendo que no era la réplica esperada. El cortejo había consistido en gran parte en que él le citara datos históricos de la misma forma en que un gato ofrece constantemente ratones muertos a su dueño a pesar de la desconcertante falta de éxito de tal acción. Incluso al principio de su relación había habido una sensación de incomodidad, sonrisas prietas y pequeñas y desagradables rendiciones.

***

Cuando una mañana oye cómo llaman a la puerta de la alcoba, Rosalind responde enseguida, esperando que sea Betty trayéndole sus más recientes compras. Pero es un hombre fornido, barbudo, vestido de *tweed* y con pantalones de golf. La sorpresa de Rosalind es considerable; había conseguido separar por completo la presencia física de Jasper Seagrave de las palabras «flamante marido».

—Tengo entendido que has estado de compras —dice Jasper.

—Algunas cosillas. ¿Por qué has llamado? ¿Es que un marido necesita llamar?

—Si prefieres, no lo haré.

—Es solo que parece… —Rosalind se da cuenta de que esperaba otra cosa del reencuentro entre esposos. ¿No debería él entrar de repente y decirle que la ha echado muchísimo de menos? ¿No debería

haber pequeños regalos? ¿No haría eso que toda la escena mejorase notablemente?

—Esta tarde voy a sacar a Ginebra —dice Jasper—. ¿No te apetecerá venir?

—¿Eso es un caballo? ¿No está lloviendo?

—No mucho. No importa. Nos vemos en la cena.

—Nunca he sido muy buena montando… —Y aquí duda, insegura sobre cómo dirigirse a él—. Jasper. Querido.

Jasper tira de su barba y se inclina hacia delante para darle un fugaz beso en la mejilla.

—No importa —repite, se va hacia la escalera y baja.

***

Le pide a Betty que le prepare el baño antes de la cena. La dama de compañía parlotea mientras deja el vestido de noche azul claro de seda —largas líneas, plisado, con cuentas en las costuras de los lados—. Rosalind se siente agradecida. Aquello la ayuda a tranquilizarse, ya que la llegada de Jasper la ha agitado. Se reclina en el agua perfumada y disfruta de la conversación de Betty como ruido de fondo: el compromiso de una de sus hermanas, sus planes para su cumpleaños inminente.

—Tu cumpleaños… ¿Cuántos vas a cumplir, Betty?

—Veintitrés, señora.

—Mi misma edad.

—Ojalá yo tuviese sus mismas medidas, señora. Con este vestido va a estar guapísima.

Rosalind se contempla los brazos blancos.

—Quizá tengamos que estrecharlo un poco, Betty.

—¿Ha dejado de comer de nuevo, señora? Lástima. Supongo que echa de menos su vida de Londres. Sé que su madre le escribe a menudo.

Rosalind sospecha que su madre no aprobaría el que mantenga una conversación tan íntima con el servicio. Se la imagina encorvada sobre su escritorio: ¡el rol de una esposa es someterse a su marido! ¡Ser ayudante, inspiración y guía!

—Mi madre me escribe cada día —dice—. Soy hija única.

—Debe de estar orgullosa de que a usted le vaya tan bien —replica Betty.

«El rol de una esposa», piensa Rosalind. «Someterse. Elegante. No aburrida». Les da vueltas a esas palabras en su mente durante el silencio de la cena en el comedor rojo oscuro y durante la espera de después en la habitación y durante el rato siguiente, cuando mira el dosel para encontrar la cara torcida que la contempla en su rol de esposa, y algo en ello le permite distanciarse un poco de lo que sucede, la indescriptible intrusión, el camisón que él no se quita en ningún momento entre sus dos cuerpos, como si estuviese intentando alisarlo, y aunque hay una parte de su mente que lucha, que se opone y se resiste, no mueve un músculo, no grita, sigue allí, agarrada con las dos manos a la sábana, mirando arriba más allá de él.

Le resulta increíble que cada noche se la violente de esa manera mientras a su alrededor la gente duerme profundamente en sus camas, y que estén todos tan contentos de que le hagan eso.

***

Y un pequeño dedo en el ático dibuja H-E-R-M-A-N-O, H-E-R-M-A-N-O, H-E-R-M-A-N-O.

El hermano pródigo

Febrero de 1920

Un lejano *put-put-put* es la primera señal de que el tanto tiempo ausente Willoughby Seagrave, hermano menor y único de Jasper, regresa a Chilcombe. Cristabel, que está atravesando el jardín con su recientemente nombrada institutriz francesa, se detiene a escuchar. Es un sonido del todo nuevo que llega a sus oídos desde la distancia de veinte siglos, uno que nunca antes ha sido oído en la propiedad. Cristabel suelta el caracol muerto que llevaba entre las manos y se concentra. La institutriz francesa también se detiene. «*Mon Dieu, petite Cristabel, c'est une automobile! Oui, Madame, c'est vrai*». Es un coche de motor.

A medida que se acerca, el ruido del vehículo se hace más claro; se convierte en un traqueteante y rápido *dug-dug-dug-dug*. A algunos de los hombres que limpian los establos de detrás de la casa el sonido les recuerda a las terroríficas armas alemanas. Pero para Maudie Kitcat y Betty Bemrose, las criadas que corren juntas hacia la puerta, es el sonido del glamur y la huida, de excursiones y de la libertad, de Londres y Brighton, de Swanage y Weymouth. Es el sonido del futuro. Es Willoughby Seagrave.

Betty y Maudie son fervientes fans de Willoughby. Entre las dos se aseguran de recibir las cartas que le envía a Cristabel, la sobrina nacida en tiempo de guerra a la que nunca ha visto debido a su servicio militar en Egipto. A Betty le había enseñado a leer su padre, el dueño del pub del pueblo, así que puede leerles en voz alta las cartas de Willoughby a Maudie y Cristabel, ¡y vaya cartas!, llenas de escorpiones mortales, lunas del desierto y tribus nómadas. Todo, narrado con la caligrafía redonda de Willoughby, con sus trazos hacia

arriba e iniciales dramáticas, su tono a la vez confidencial y espectacular (¡Presta atención, pequeña Cristabel, esta fue una *Aventura del Mayor Calibre!*).

Sus cartas siempre comienzan por *Mi queridísima y más joven Dama*, y después se precipitan de cabeza a la continuación de una aventura de la anterior misiva, con lo que su correspondencia se convierte en el relato de una incesante hazaña (*Sin duda recordarás que salté del temperamental Dromedario para que Mujámmad no me creyera un cobarde, y juntos perseguimos a los senussi a pie por las Dunas, con mis hombres detrás, fatigados pero decididos*). Al acabar cada carta Cristabel ordena «Otra vez, otra vez», y han de volver a empezar.

Por qué Willoughby sigue galopando por el desierto mientras que todos los demás han vuelto ya a casa no les queda del todo claro, pero han visto una fotografía de él con su uniforme de color crema, que Jasper guarda en un cajón, y es tan arrebatador como las estrellas del cine de las revistas de Rosalind. Betty, de veintitrés años, disfruta de las aventuras de Willoughby igual que disfruta de los artículos del periódico sobre las jóvenes solteras y sus fiestas londinenses. Pero a Maudie, de catorce años, Willoughby le resulta arrollador. Cuando Betty lee sus cartas a ella se le sonroja el rostro, colonizando sus rasgos.

Maudie, la criada más joven de la cocina y compañera de Cristabel en el ático, es una huérfana con tendencia a la intensidad. Una vez encerró a un joven repartidor en el lavadero, después de que él hiciera un comentario en broma sobre los descuidados pelos de ella. Circulan rumores de que la chica viene de una familia de contrabandistas. Circulan rumores de que el repartidor encontró una rata descabezada en la cesta de su bicicleta. Maudie ha cogido a Betty de la mano y ahora corre con ella hasta la puerta, mientras el vehículo que trae a Willoughby y un montón de maletas muy usadas ruge por el camino. No pueden perderse su primera escena. Y es que Willoughby en sí es toda una representación.

***

El alboroto es tal que Jasper, que está desayunando en el comedor, hace

una pausa a medio arenque y pregunta:

—¿Es que nos están invadiendo?

Rosalind, en la otra punta de la mesa, deja su taza de té y se lleva una mano a la garganta. Desde fuera llega el ruido de alguien que cierra de golpe la puerta de un coche, seguido de la cacofonía de todos los grajos que tienen sus nidos en los árboles de alrededor y ahora emprenden a la vez el vuelo hacia el cielo.

Blythe, el mayordomo, hace una media reverencia y está a punto de salir a buscar al creador del ruido, pero el creador del ruido ya está con ellos, entra a paso firme en la sala, el rostro cubierto de tierra y un par de gafas de conducir subidas hasta su pelo ondulado de color cobrizo. De alguna manera el lugar se ha llenado de gente que no estaba allí un minuto antes, una marabunta que entra tras Willoughby, incluidas Betty y Maudie, la señora Hardcastle (el ama de llaves), la nueva institutriz y Cristabel, que lleva un palo.

—Bueno, bueno —dice Willoughby, su voz cálida y tranquilizadora, con una ligera risita—. Hola a todos.

Su público ríe y responde a la vez, unos sobre otros, nerviosos participantes.

Cristabel se abre paso por entre el grupo y eleva solemnemente su palo. Willoughby le dedica una gran reverencia, como un príncipe de pantomima, y dice:

—Tú tienes que ser Cristabel. Veo a tu madre en ti. Es todo un honor conocerte por fin. —Y después se dirige a Jasper y a Rosalind, que siguen sentados a la mesa—. Aunque oí un rumor en Londres de que mi hermano está deseando ampliar la familia. ¿Y por qué no?

Rosalind se sonroja. Jasper abre la boca pero pierde su oportunidad; Willoughby se ha vuelto de nuevo hacia su público.

—Betty Bemrose, te he echado de menos. ¡Cuánto he deseado contar con tus hábiles manos en el desierto! Nadie en Egipto sabe remendar un calcetín como tú. Me he visto descuidado y abandonado.

—Señor Willoughby —replica Betty, subiendo y bajando la cabeza como un tentetieso, a la vez que mortificada y encantada.

La voz de Willoughby pasa tan suavemente de un registro a otro que resulta difícil determinar si está haciendo de protagonista de una película romántica, de una comedia shakespeariana o de una farsa del West End, y, por tanto, cuesta decidir si hay que sentirse ofendido por

sus palabras o no. La mayoría le concede el beneficio de la duda, ya que una comisura de su boca está curvada hacia arriba, revelando su gusto por la ambigüedad y por todos los beneficios de todas las dudas que le han sido otorgados, además de su generosa disposición a aceptar más. Jasper aspira ruidosamente.

—Por ese escándalo horrible supongo que habrás venido con algún vehículo absurdo.

—Yo también me alegro mucho de verte, hermano —dice Willoughby—. Sí, tengo un vehículo absurdo. ¿Querrás que te lleve a dar una vuelta en él?

—Podrías habernos dicho a qué hora ibas a llegar, darnos tiempo para preparar las cosas —le espeta Jasper mientras se retira la servilleta del cuello.

—¿Y arruinar esta encantadora sorpresa? Por Dios, no —contesta Willoughby, aunque ahora a quien mira y sonríe es a la institutriz francesa—. Seguro que a esta joven dama le gustaría montar en un vehículo absurdo.

—Monsieur Willoughby...

—La veo como piloto de carreras, mademoiselle. Con guantes de cuero, pisando a fondo a cincuenta por hora. —Se quita las gafas de la cabeza y se las lanza a ella—. Pruébeselas.

—Señor Willoughby, sin duda estará deseando tomar un baño —dice la señora Hardcastle, pero él ya ha cogido del brazo a la institutriz y la conduce de vuelta por el Salón de Roble, mientras le dice: «Una vuelta rápida. Para que vea qué se siente». Maudie los contempla pasar boquiabierta y con el rostro como la luna del desierto.

Cuando Rosalind se abre paso hasta la ventana del comedor, ve a la pálida luz de una mañana de febrero a Willoughby, a una institutriz francesa con gafas de conducir, a un ama de llaves muy seria y a una niña que lleva un palo, todos sentados en un enorme coche descapotable que avanza lentamente por el camino del jardín, a veces casi pisando la hierba. Esa infrecuente actividad es vigilada por Jasper, que ni sonríe ni deja de hacerlo, y Betty, Maudie y un grupo de sirvientes. Rosalind observa mientras el vehículo acelera, levantando gravilla, la pasajera francesa gritando y Willoughby chillando con la cabeza vuelta: «¡Volveremos para comer!».

Rosalind oye cómo Jasper entra de nuevo y se retira a su estudio, al

fondo de la casa. Ella se dirige a la sala de estar, pero se encuentra demasiado inquieta. Le molestan los criados, que van de habitación en habitación, de ventana en ventana, como una bandada de pájaros atrapada en el interior de la casa. Por fin se limita a doblar los brazos sobre el regazo, cierra los ojos y espera. Cada vez se le da mejor esperar.

***

La partida excursionista regresa a Chilcombe tres horas después, cubierta de polvo y con lo que parecen manchas de mermelada de fresa. Cristabel está profundamente dormida, aún con el palo en la mano; la señora Hardcastle carga con ella. Rosalind los recibe en el Salón de Roble.

—Por Dios —dice—, que alguien lleve a esa niña arriba y la lave a fondo. Apenas puedo ni mirarla.

Oye a su madre en su voz, y eso le insufla confianza. La ruptura que ha supuesto la llegada de Willoughby le ha permitido meterse en el rol que tan esquivo le resultaba: el de señora de la casa. Yergue la espalda mientras pasa la tropa de pasajeros despeinados por el viento. La institutriz francesa lleva un clavel rosa tras una oreja. Al final de la cola, Willoughby está posado en el marco de la puerta, gorra de conducir en mano y atusándose el bigote en gesto de remordimiento.

—Por favor, pase —le dice Rosalind.

—Me temo que he causado una nefasta primera impresión.

—No es costumbre que los invitados se lleven de paseo a media casa.

—No, no lo es —reconoce él.

—¿Qué habrán pensado los del pueblo al verlo pasar a toda velocidad?

—¿Le importa a usted lo que piensen?

Rosalind frunce el ceño.

—Por supuesto.

Él se encoge de hombros.

—Creo que se divirtieron bastante. Paramos ante el pub para que pudieran echarle un buen vistazo al motor.

—¿Fueron al pub del pueblo?

—Sí. ¿Le parece mal?

—No. Sí —responde Rosalind—. Quiero decir, puede que no me hubiera parecido mal. Si alguien me hubiese preguntado.

—Eso esperaba. ¿Podemos comenzar de nuevo, esta vez bien? Después de que me haya dado un baño. Estaré tan limpio y reluciente y exhibiré tan buenos modales que no me reconocerá. —Sonríe y es como el cegador polvo del *flash* de un fotógrafo.

—Eso suena... aceptable —dice Rosalind.

—Es usted una buena chica. Lo sabía.

—¿Ah, sí? ¿Qué le ha hecho pensar eso?

Pero él ya la ha pasado de largo mientras se levanta la camisa de los pantalones, sube la escalera de dos en dos peldaños y exclama: «¿Hay agua caliente para mí, Betty?».

Rosalind se queda esperando en la puerta con sus preguntas sin respuesta y sus frases preparadas.

Círculos y más círculos

Marzo de 1920

Chilcombe es diferente con Willoughby en ella. Incluso antes de abrir los ojos, Cristabel siente un cambio en el aire. Se levanta de la cama a la misma hora oscura que Maudie, antes de que nadie más se haya despertado, y, mientras la criada baja a la trascocina a comenzar con sus tareas matutinas, Cristabel baja de puntillas hasta la cocina y sale al exterior a buscar el coche de Willoughby.

Maudie le ha dicho que lo único bueno de levantarse horriblemente temprano es que el día anterior ya ha pasado pero este aún no ha comenzado, y durante ese tiempo la casa le pertenece. Cristabel percibe la verdad de la frase mientras sale al cielo azul oscuro-negro, cuando el único sonido es el chillido de un mirlo, dando puntadas de plata que atraviesan la oscuridad. Este mundo sin aliento, lleno de sombras, está repleto de posibilidades. Todo lo que toque ahora será suyo.

El coche de motor está aparcado junto al establo y cubierto con una lona bajo la que le es fácil colarse. Levantándose los bajos del camisón, Cristabel se acomoda en el asiento del conductor y examina el volante, el salpicadero de madera pulida y los diales bajo sus vidrios, a los que le tienta dar golpecitos. Hace girar el volante. Dice: «Agárrense los sombreros, señoras».

A veces mira hacia el asiento trasero para ver dónde estaba cuando el tío Willoughby le dio una tartaleta con mermelada para que se la comiera con los dedos, sin plato ni servilleta, mientras él pasaba por encima de los charcos, haciendo chillar a todos.

—Es solo para ti —le dijo—. Prohibido compartirla.

—Yo no comparto —replicó ella, y el hombre se rio tanto que no se

molestó en detallar que no podía compartir nada porque nunca le daban nada. Le gusta oírlo reír. Es un sonido irresistible que atraviesa la cotidianeidad de las cosas como una bala de cañón. Cristabel se pone de rodillas en el asiento de cuero y toca la pera de goma de la bocina metálica.

***

Rosalind se despierta temprano, sacudida del sueño por un fuerte ruido que viene de fuera. Willoughby no se estará yendo ya, ¿verdad? Siempre que está en la casa hay una sensación emocionante, como si se preparase algo, como si fuera el principio de unas vacaciones, pero siempre acompañada por el miedo a que de repente él se vaya.

Hace que Betty la vista rápidamente para estar cuanto antes en la mesa del desayuno, pero es la primera en llegar. Willoughby y Jasper aparecen una hora más tarde y piden grandes cantidades de comida. Rosalind pocas veces consigue comer nada en el desayuno o incluso decir más que las habituales palabras corteses, y mira cómo los hermanos discuten mientras devoran todo lo que les colocan delante, contemplados por retratos de serios antepasados Seagrave.

La forma de alimentarse de Jasper es básica y agrícola, el decidido abrevar de un hombre que hace mucho que ha dejado atrás el disfrute culinario, mientras que Willoughby come como un pintor ostentoso, untando tiras de mermelada sobre crujientes tostadas, sirviéndose leche en su taza de té desde una jarra que mantiene tan alta que el líquido se vuelve un fino e ininterrumpido torrente, lamiéndose la mantequilla de los dedos mientras hace una señal a Blythe para pedir más beicon.

—Cuñada Rosalind, actual señora Seagrave —dice Willoughby mientras se sirve el último de los huevos—, ¿cuáles son sus planes para las próximas semanas?

—Willoughby —gruñe Jasper desde lo más profundo de su barba con restos de arroz y arenques.

—Bueno... —duda Rosalind.

—Porque voy a irme unos días a Brighton, así que no va a tener que alimentarme y va a ahorrar en velas. Me deja anonadado que sigas

estando en contra de la luz eléctrica, Jasper. Mi habitación es tan negra como la misma tumba.

—Las lámparas de aceite son perfectamente adecuadas —replica Jasper—. No quiero tener horrendos cables en mis tierras.

—¿Qué va a hacer en Brighton, Willoughby? —pregunta Rosalind —. Una vez estuve en Brighton.

—Voy a hablar con un hombre sobre una aventura aeronáutica.

Jasper suspira.

—Sé prudente, Willoughby. Los fondos de la familia no son ilimitados. Como te digo una y otra vez, hay buenos empleos para exmilitares en las colonias. El mes pasado vi a tu amigo Perry Drake en el club; va a ir a Ceilán a poner a los nativos a raya.

—Perry va a ser todo un referente para el Imperio, seguro. Pero yo no quiero dedicarme a eso. Madre y padre me dejaron suficiente dinero como para hacer lo que me apetezca.

—No puedes despilfarrar tu asignación en tonterías —dice Jasper.

—¿Por qué no? —rebate Willoughby—. ¿Es que no lees los diarios? Todas las grandes mansiones están saliendo a la venta. ¿Por qué no gastarnos los peniques en algo agradable antes de perderlo todo? ¿Cuándo fue la última vez que compraste algo que no fuera un caballo? ¿Por qué esta molesta insistencia en hacer las cosas tal como siempre se han hecho?

—Compré un piano. Para Rosalind. Para mi esposa.

—¿Alguien lo toca alguna vez?

—Uno tiene sus responsabilidades...

—El futuro viene hacia ti, hermano, lo quieras o no —dice Willoughby—. Hablando de Perry, me has hecho recordar que conoció a un hombre en el ejército que podría encargarse de administrar Chilcombe decentemente. Un hombre llamado Brewer. Práctico y con buen ojo para los libros de contabilidad. Pronto vas a necesitar a alguien así.

Pero Jasper sigue por el camino de la conversación que inició antes de que se mencionara la venta de tierras.

—Uno tiene sus responsabilidades. Tenemos personal que depende de nosotros.

Willoughby vuelve la cabeza hacia Rosalind.

—Permítame hablarle de mis aventuras aeronáuticas, señora

Seagrave. Un periódico ofrece una cantidad obscena de dinero al primer aviador que vuele desde Nueva York hasta París sin escalas.

—¿No es peligroso? —pregunta Rosalind.

—Uno puede perder el sombrero. Pero es muy vivificante estar ahí, mirando las nubes desde arriba, un lecho blanco de plumas que se extiende hasta el horizonte.

—Una tontería fatua —dice Jasper.

—Nunca he ido en avión —dice su mujer.

—Volaré hasta aquí. Aterrizaré en el jardín —dice Willoughby.

—Ni se te ocurra —dice Jasper.

—A Cristabel le encantaría —dice Willoughby.

—No deberías fomentar el amor a la aviación en una niña tan impresionable.

—Puede que sea un poco tarde para eso, Jasper. He encargado un avión de juguete para ella, y, mira por dónde, encontré una de las espadas de madera que teníamos de niños escondida en los establos; también la he hecho limpiar para ella.

—Por Dios, Willoughby, esa era mi espada —exclama Jasper.

—No podría hacer aterrizar un avión en el jardín, ¿verdad? —pregunta Rosalind.

Willoughby sonríe.

—¿Me desafía usted?

—No voy a permitir que vayas aleteando sobre mi jardín como un faisán.

—Querrás decir como un águila.

—No voy a tolerar que me provoquen en mi propia mesa del desayuno, ¿me has oído? —ladra Jasper, retirándose de un tirón la servilleta del cuello.

—Todo el mundo te ha oído, hermano.

Jasper sale a grandes pasos de la sala y cierra la puerta de golpe. Las copas y los platos tiemblan, repiqueteo de cubiertos contra cerámica. Willoughby se inclina hacia el otro lado de la mesa para tirar hacia sí del plato de desayuno de su hermano. Oyen gritos que vienen del salón: «¡La niña ha dejado ramitas por todas partes!», la voz de Cristabel: «¡A las barricadas!», y el ruido de pequeños pies que suben la escalera.

Rosalind espera a que la mesa recupere el silencio.

—Willoughby, no tendremos que vender Chilcombe, ¿verdad? Jasper dice que es de la familia Seagrave desde hace generaciones.

—Ahora usted es una Seagrave. ¿Qué piensa?

—Yo nunca sé qué pensar.

—Verá cómo empieza a mostrar más seguridad cuando tenga un hijo; idealmente dos, un heredero y uno de recambio. No es necesario que se ruborice, querida hermana.

—¿A usted no le importa lo que suceda?

—Señora Seagrave, yo soy el suplente. Nada de esto, hasta allá donde alcanza la vista, es mío. —Willoughby hace un gesto que lo abarca todo y vuelve a las sobras de su hermano.

Blythe, el mayordomo, entra, ajustándose los guantes blancos.

—¿Necesitará algo más, señor?

—Nada de nada —responde Willoughby—. Encárguese de que alguien traiga el coche.

—¿Se va tan pronto? —pregunta Rosalind, pero Willoughby ya lo está haciendo, llevándose la tostada de Jasper consigo.

Los desayunos con los dos hermanos Seagrave acostumbran a acabar así, con robos de comida y servilletas tiradas por el suelo y salidas dramáticas. La actual señora Seagrave se queda sola a la mesa, contemplando el bol de azúcar a falta de algo mejor que hacer. Cada vez que Willoughby se va siente que ha perdido una ocasión. Desea mostrarle que ella también está familiarizada con el mundo en su conjunto, que es capaz de conversar sobre las últimas noticias sociales. Desearía saber cómo captar su interés, cómo ralentizar su brillante carrusel lo bastante como para poder subirse.

***

Cuanto más lo observa Rosalind, más nota que las reglas del comportamiento no parecen aplicarse a Willoughby. Su presencia en las comidas nunca está asegurada; sus pañuelos son de seda egipcia y de colores de joyas. Nunca acompaña al resto de los habitantes de la casa cuando van en tropel a la iglesia de Chilcombe Mell los domingos por la mañana, pero Rosalind sí lo ha visto charlando animadamente con gente del pueblo. En una ocasión, Jasper lo reprendió por ello, y

Willoughby replicó que había luchado codo con codo con personas como ellas y que no iba a empezar ahora a tratarlos como a inferiores.

Después del descanso de la tarde, a menudo Rosalind abre las cortinas de su habitación y ve la alta silueta de Willoughby desapareciendo por entre los árboles de los límites del jardín, con Cristabel, espada de madera en mano, trotando a su lado. Betty le dice que van a la playa, que Willoughby está enseñando a su sobrina a cazar cangrejos. Se pregunta quién ha autorizado tal cosa. Se pregunta qué hace la institutriz francesa a la que contrató.

Tiene la sensación de que en la vida de Willoughby no existen límites ni fronteras. En comparación con la suya es envidiablemente libre, hábilmente despreocupada. La vida de Rosalind, primero con su madre viuda y ahora con Jasper, parece una eterna sucesión de domingos, días de modales y comidas marcados por el reloj y delimitados por las reglas. Qué emocionante descubrir que la rígida particularidad de las cosas —cuchillos para el pescado, manteles, temas de conversación— es tan arbitraria como el decidir que un día se llamará domingo y será tratado de forma diferente que el resto. Si el domingo solo es domingo porque lo llamamos domingo, ¿por qué no llamarlo viernes?

***

Una mañana se encuentra con Willoughby en el Salón de Roble. Está saliendo a dar un paseo, y señala con la cabeza la lista que ella lleva en la mano.

—¿Algo importante, señora Seagrave?

Rosalind baja la vista hacia el papel.

—Ah. No, no es nada.

Willoughby frunce el ceño.

—¿No será una lista de la compra? Hoy voy a ir a Londres.

—No. Es mi lista de las tiendas que quiero visitar. Cuando vaya a Londres.

Él se la coge de la mano.

—¿Necesita algo de estas tiendas?

—No lo sabré hasta que las visite. No sé qué tienen; solo he leído

sobre ellas. En las revistas. Son tiendas nuevas y quiero ver todo lo que tengan. Entonces elegiré. Quizás un sombrero. O una pulsera. Algo único. Tengo gustos muy particulares. —Esas nueve frases son lo más que ella le ha dicho nunca.

—Me parece muy bien. —Contempla la lista, se la devuelve y sale de la casa, saludando con la mano.

***

Dos días más tarde, Betty le lleva un paquete a Rosalind.

—Ha llegado para usted con el segundo correo del día, señora.

Dentro, Rosalind encuentra una caja de regalo con cintas, de la tienda de sombreros que era la primera de la lista. Contiene un catálogo ilustrado a color que describe todos los estilos de las piezas que venden, junto con una nota en caligrafía redonda que dice: *Para la Señora Seagrave y sus Gustos Muy Particulares. W.*, parece susurrar en sus manos.

Rosalind vaga por el rellano de la galería, tocándose la garganta sin darse cuenta, contemplando las columnas de luz y polvo que caen desde las altas ventanas del salón, donde el reloj de pared hace tictac. En su alcoba recorta imágenes de sus revistas y las deja flotar hasta el suelo. Examina el catálogo, marcando sombreros con círculos y más círculos. El catálogo. La nota. El catálogo. La nota. Ya le llegará su turno.

***

Aquello se convierte en una costumbre. Cada vez que Willoughby va a ir a Londres le pregunta antes a Rosalind si quiere que visite una de sus tiendas.

Willoughby tiene práctica en el arte de ser atento con las mujeres, y disfruta de esa diversión, sobre todo por lo específico de las peticiones de Rosalind —«Un aroma de una única flor, de alguna marca francesa establecida, pero que no sea *eau de toilette*: ha de ser *eau de parfum* o nada»—, algo inesperado viniendo de la tímida joven

esposa de su hermano.

También disfruta del regreso ceremonial a Chilcombe, el cargar con una pila de cajas y ver cómo Rosalind examina su contenido, dedicada y concentrada como un joyero, su aceptación o rechazo de cada cosa completa e irreversible. Es la única ocasión en que la ve tomar decisiones sin dejárselas a Jasper, y le resulta cautivador.

A veces elige alguna pieza él mismo, para comparar su ojo con el de ella. Le dice que se lo sugirió el encargado de la tienda y espera a ver su reacción. Le resulta divertido el que sus elecciones sean consistentemente rechazadas; está seguro de que, de ofrecérselas como regalos, ella diría que las adora.

Solo una de sus compras secretas, la nueva fragancia para mujer Mitsouko, de Guerlain, pasa la prueba. Rosalind se echa una gota en la muñeca, huele y frunce la nariz. «Demasiado fuerte». Pero cuando él va a cerrar la elegante botella cuadrada, que tiene por tapón un corazón de cristal, ella vuelve a cogérsela.

—No, voy a quedármela. No es vulgar del todo.

Cuando Willoughby se va, ella está con la nariz en la muñeca, olisqueando con expresión absorta.

Esos momentos regresan a su pensamiento cuando menos lo espera. Lo encantada que se muestra a la llegada de las cajas, lo ilusionada que se muestra al abrirlas. El violeta de las venillas de su muñeca. Las sombras bajo sus ojos. Su forma de mirar. Parece mirar a algo más que a unos pocos objetos en cajas de regalo. Es como si viese el mundo entero en miniatura; es el ojo con que el botánico observa por el microscopio.

***

Una tarde, Willoughby se cruza con Cristabel en la galería, cargado con varios paquetes para la madre adoptiva de la niña. Esta blande su espada de madera y dice:

—¡Alto, desconocido! Estoy esperando a mi hermano. ¿Está ahí?

—Me temo que no —contesta Willoughby—. Por cierto, el sable hay que sostenerlo con las dos manos.

—Pronto llegará. Maudie me dijo que eso es lo que hacen las

esposas.

—Querida, no escuches los tontos cotorreos del servicio.

—Maudie no es tonta. ¿Tú por qué no tienes esposa?

—No he conocido a ninguna que no estuviese pedida ya. Además, suena a mucho trabajo. Y caro. Prefiero gastarme mi dinero en motores.

—¿Y yo cuándo tendré un coche?

—Cuando dejes de fruncirle el ceño a tu tío preferido. Mañana saldremos a dar una vuelta, ¿de acuerdo? Puedes traerte a esa institutriz francesa tuya. Me gusta su compañía.

—No puedo traerla.

—¿Por qué no?

—Mi nueva madre ha despedido a la institutriz.

—*Quel dommage*.

—Maudie dice que a mi nueva madre no le gusta nadie que sea más guapa que ella.

—Maudie no es nada tonta, ¿eh? ¿Y ahora a qué viene ese ceño fruncido?

—Yo no soy guapa. Pero a mi nueva madre tampoco le gusto. Aunque no me importa.

—No debería. Las chicas guapas pueden llegar a ser aburridísimas. Recuerda: las dos manos en la empuñadura. El peso sobre el pie más retrasado. Mejor.

Ruegos

Marzo de 1920

Weymouth está lleno de arena. Un helado frío del este sopla por la ancha superficie de la bahía, escabulléndose sobre las blancas crestas de las olas y arrebatando arena fina a la playa, que desplaza en ráfagas punzantes hacia los hoteles de primera línea, descuidados tras años de disminución del negocio debido a la guerra. Una hilera de rostros inexpresivos entornan los ojos y los dirigen a un mar de un gris de acorazado. A Jasper, el pueblo de veraneo le parece desierto, un último puesto fronterizo.

Camina por la Esplanade, un ancho paseo que sigue la curvatura de la playa. Un siglo atrás paseaba por él la realeza, pero ahora solo hay *anzacs* heridos, soldados de Australia y Nueva Zelanda destinados a Dorset para recuperarse, empujados en sillas de ruedas con mantas, con las mangas o perneras vacías dobladas y sostenidas con alfileres. A Jasper le parece una cruel burla del destino el que hombres valientes acostumbrados a las celestes aguas del Pacífico hayan acabado en las costas insípidas del sur inglés, el apretón de manos más flojo del océano.

Por entre los *anzacs* que quedan hay unos pocos visitantes de inicio de temporada que se agarran los sombreros en este día ventoso, y en la playa un puñado de niños juegan a las palas, sus flacas extremidades tornándose de color rosado por el frío. Un par de anticuadas «máquinas de baño», casetas con ruedas para cambiarse y salir directamente al mar, permanecen vacías al borde del agua. Hay un cartel que dice «Enseguida vuelvo» apoyado contra la tienda a rayas donde se interpreta el clásico espectáculo de marionetas de Punch y Judy.

En el extremo más alejado de la Esplanade hay una hilera de apartamentos de temporada adosados, con el puerto al otro lado. Por encima de los tejados se ven mástiles de barcos, como una serie de crucifijos. El penúltimo de los edificios tiene un cartel de madera ante la puerta que proclama que es la residencia de MADAME CAMILLE, CONSULTORA MÍSTICA Y PSÍQUICA DE REYES Y REINAS Y ADIVINA. ¡TODO LO VE! ¡TODO LO SABE! Debajo, una ilustración en tiza de un único ojo.

Jasper llama a la puerta mientras se limpia la arena de la barba. Un niño lo invita a pasar y señala hacia una escalera oscura. Madame Camille tiene una estrecha habitación en el piso de arriba. Hay una especie de tela roja sobre una lámpara normal, lo que da al espacio una luz infernal. La propia Madame Camille está sentada a una mesa con tapete para jugar a las cartas y vistas al puerto. Tiene las manos posadas sobre una bola de cristal; o eso presume Jasper que es, aunque en lo que a él respecta podría tratarse de una boya de barco rescatada del agua.

Se sienta frente a la mujer y deja tres monedas sobre la mesa. Madame Camille las mira de reojo un instante, con la velocidad de la lengua de un reptil. Tiene un rostro delgado y lleva un pañuelo con flecos sobre su desaliñada cabellera.

—Ha venido usted por alguien a quien ha perdido —dice ella con un acento irreconocible. Quizá sea irlandesa. O se haga pasar por irlandesa.

A Jasper le sorprende lo poco formal de las presentaciones.

—Sí. Mi mujer. Mi primera esposa, Annabel. Oí decir a una de mis sirvientas que había contactado usted con su esposo muerto, y...

—Annabel. Una mujer fuerte. Los fuertes no siempre desean ser contactados. No acaban de aceptar su nueva situación. —Madame Camille frota la bola de cristal.

—Ah. Entiendo. —Pero no está seguro de hacerlo.

—¿Tiene usted algún objeto de ella que aún recuerde su contacto, algo que siempre llevara consigo?

Yo, piensa él. Aún recuerdo su contacto. Frunce el ceño y rebusca en el bolsillo hasta encontrar la libreta de contabilidad de Annabel, cada página llena de sus números minúsculos a lápiz, que parecen un texto escrito en sánscrito. Madame Camille agarra la libreta, cierra los ojos, aspira sonoramente por la nariz. Fuera, un vapor de palas suelta

una sirena metálica por la chimenea mientras se abre camino en el mar.

—Oigo voces —dice Madame Camille.

Jasper susurra:

—¿Está ahí? ¿Puedo hablar con ella? Quería explicarle lo de Rosalind. El sentido del deber me ha hecho...

—Es una mujer con genio.

—¿Está enfadada conmigo?

Madame Camille frunce el ceño.

—Está preocupada. No deja de buscar algo. ¿Perdió algo por lo que sentía mucho aprecio? ¿Joyas? ¿Unas llaves?

—No se me ocurre nada.

—Puede ser algo que uno no se imaginaría... Dejarse una ventana abierta... Esas cosas les molestan mucho.

—Mantengo las ventanas cerradas por principio. ¿Puedo hablar con ella ahora?

—Está pidiendo que la escuchen, bendita sea.

—Por Dios, ¿por qué no le dice que estoy aquí? O al menos deme alguna prueba de que esa mujer es realmente mi Annabel.

Madame Camille abre levemente los ojos.

—Lo mío no es dar pruebas, señor. Yo le ofrezco a usted lo que ellos me ofrecen a mí.

—¡Eso es ridículo! —Jasper exhala, y gotitas de saliva van a parar a su bigote.

Ahora ella lo observa del todo, con una mirada intensa y taimada como la de un zorro.

—Entonces hemos acabado.

—¿Eso es lo que consigo por mi dinero? —pregunta Jasper, y en ese momento se da cuenta de que el dinero que había dejado en la mesa ya no está en la mesa.

—Así va la cosa —responde ella, con una desgana enfurecedora.

Desde el pasillo llega un fuerte carraspeo masculino.

Jasper se levanta y sale de la habitación hecho una furia, pasa junto al niño que le abrió la puerta y que ahora está acompañado por un hombre corpulento con chaleco y tirantes y brazos como jamones, y baja las escaleras a toda prisa, hacia la luz del día, y el repentino *shock* de la horrible vida costera le provoca náuseas: los australianos

desmembrados, la melodía disonante de un organillo que llega desde el pequeño parque de atracciones, los gritos nasales de *míster* Punch forcejeando con su mujer. «*Tuc, tuc, tuc.* Así se hace».

***

Jasper se apresura por la Esplanade, el rostro arrugado sobre sí mismo por una especie de angustia. Vaya idiotez, el pensar que iba a poder hablar con Annabel. Totalmente estúpido, eso de ir a aquel fraude de gitana. Encuentra un pañuelo. Se suena la nariz ruidosamente. Se deja caer en un banco de madera. Mira al puerto.

Está harto de Dorset. Cada mañana, al leer el periódico, busca anuncios de tierras en venta en Cumberland, en el norte de Inglaterra, donde él y Annabel habían pasado su luna de miel. Con Rosalind no ha habido luna de miel. ¿Para qué?

En Cumberland, mirara uno donde mirara, se encontraba con la clase de paisaje épico capaz de hacer que un hombre se consagre a la religión o a pintar acuarelas. Pero ahora Jasper está atrapado en la desmoronada punta sur del país, constantemente importunado por realquilados y personal insatisfecho; todos ellos piden más de él, cuando en realidad tiene cada vez menos que ofrecer. Piensa en el cuaderno de contabilidad que lleva en el bolsillo, en cómo pasa de los ordenados números de Annabel a las caóticas notas que toma él mismo, adornadas con signos de interrogación.

El aumento de los impuestos lo ha obligado a vender dos granjas al irse sus inquilinos, y solo ha conseguido conservar a los de la tercera a base de prometer bajarles el alquiler a un precio de antes de la guerra. Su propia familia es más una molestia que una ayuda. Rosalind tiene unos gustos tan caros que dan ganas de echarse a llorar, y aunque va a heredar una muy buena cantidad a la muerte de su madre, la susodicha se niega a palmarla. Mientras, Willoughby se pule su dinero a un ritmo alarmante. Cuando el señor Bill Brewer, su nuevo administrador, le muestra los libros de contabilidad, Jasper ve —por vez primera en su vida— huecos, deudas, renuncias. La semana pasada, el último jardinero que le quedaba se fue a trabajar a un hotel en Torquay.

Apenas quedan unos pocos miembros del personal original de Jasper. Pocos volvieron de la guerra, y la mayoría habían dejado parte de sí mismos en los campos de batalla, si no un pie o una mano, lo que fuera que controlaba sus emociones. Jasper reconocía esa expresión en sus ojos porque era igual a la de un caballo después de una tormenta con rayos y truenos: imposible razonar con ellos. Ya se calmarían por su cuenta, si es que alguna vez llegaban a hacerlo.

En un intento de equilibrar las cuentas vendió varios retratos familiares. Sintió una ligera pena cuando se llevaron a la tía abuela Sylvia, pero se le pasó a medida que aquel rostro solemne se iba alejando como a bordo de un tren. Cuando estaban en Chilcombe los retratos eran la demostración de una tranquilizadora continuidad, pero en cuanto se los tasaron perdieron parte de su encanto. El tren que llevaba a la tía abuela Sylvia desapareció tras una curva; el humo de su chimenea se elevaba y se fundía con las nubes.

Jasper vuelve a sonarse la nariz, un tono fúnebre de corneta. El mar continúa siendo gris, el aire continúa siendo frío. En algún lugar, siguiendo la costa que se va haciendo cada vez más pequeña, está su hogar, ese hogar que contiene una esposa a la que no ama y una hija a la que no sabe cómo amar y un espacio vacío donde antes estaba su amor.

***

Cada mañana, después de desayunar, Rosalind va a su escritorio a escribir encantadoras invitaciones, con la esperanza de iniciar la vida que se había imaginado en el momento de casarse. Piensa que cada carta que envía es una intrépida paloma mensajera que vuela por encima de los muros de Ridgeway. Todas las misivas incluyen una tentadora mención al *hermano de Jasper, Willoughby, ¡un héroe de guerra!*, y doblar el papel y meter la frase en un sobre le proporciona un extraño placer, como si estuviese sellando al propio Willoughby dentro de sus planes para el futuro. *¡Venid!*, escribe. *¡No os lo perdáis!*

Pero las respuestas a sus ruegos son pocas.

Una noche, durante la cena, dice:

—Jasper, ¿podríamos pensar en alquilar una casa en Londres para

la temporada?

—Si necesito una cama me quedo en el club —responde él.

—¿Y cuando sea la puesta de largo de tu hija? Entonces resultaría muy práctico.

Jasper carraspea.

—Para eso falta mucho. —Empuja la silla hacia atrás y abandona la sala.

Sola en la larga mesa, Rosalind percibe el apresurado paso de los sirvientes que se acercan y dibuja una sonrisa, preparada.

—¿Todo satisfactorio, señora?

—Perfecto, gracias.

***

Más tarde, en su nueva bañera acabada de instalar, Rosalind llama a Betty.

—La niña, la hija de Jasper, ¿qué edad tiene?

La cara pecosa de Betty aparece por la puerta.

—Acaba de cumplir los cuatro, señora. De hecho, su cumpleaños fue la semana pasada.

—¿Y sabes si todo va bien con ella?

—Eso creo, señora. Dicen que es una niña muy lista. Ya ha aprendido las letras. Cristabel es divertida. El otro día...

—¿Puedes ir a buscarme una toalla, Betty?

—Enseguida, señora.

Rosalind se mueve suavemente adelante y atrás, disfrutando de su nueva bañera, hasta que Betty vuelve con la toalla, y entonces se levanta y se libera de la succión del agua, volviendo a unirse a la gravedad universal.

En el tocador, juguetea sin pensar con el contenido de su joyero mientras Betty le cepilla el pelo.

—Betty, ¿se parece la niña, Cristabel, a su madre? Nunca he visto fotos de ella.

La dama de compañía pone cara de duda.

—Es difícil de decir, señora. La señora Annabel, que Dios la tenga en su seno, tenía lo que podría decirse unos rasgos muy marcados.

—Ah —exclama Rosalind, y contempla su propia mirada en el espejo. La seguridad de su rostro. Sus finas líneas. Es su garantía.

Betty dice:

—He sacado su camisón rojo, tal como me pidió, señora. La cintura le iba un poco apretada, ¿verdad? Me alegro de ver que ha recuperado el apetito.

Así que primero las primaveras

Abril de 1920

Betty fue quien se lo dijo a Rosalind. La pragmática Betty, con sus numerosas hermanas y sus conocimientos adquiridos de las cosas que suceden en las misteriosas, traicioneras entrañas de las mujeres.

Rosalind estaba dándose su baño aromático de rosas, estudiando su cuerpo flotante como el de Ofelia.

—Tengo que dejar de comer postres tan pesados, Betty. Me está saliendo barriga.

Betty dejó de doblar toallas por un momento.

—Esperaba la oportunidad de poder comentárselo, señora. A mi hermana mayor se le hace un bulto así cuando está encinta.

—¿De qué cinta hablas?

—Cuando está esperando un bebé, señora. Cuando va a crecer la familia. —Betty no había apartado la vista de la toalla que tenía entre manos—. Perdone mi impertinencia, señora, pero... ¿ha notado algún cambio en su... ha venido últimamente su visitante mensual?

Rosalind no dijo nada. En cuanto oyó la palabra «bebé» se le cerraron las orejas, como las de una nutria, y la voz de Betty se convirtió en un blablablá ininteligible. Se quedó muy quieta. Tenía algo en su interior. Le habían metido algo dentro. ¿Cómo podía atreverse él a cometer semejante intrusión en su intimidad?

Betty la miró.

—¿Señora?

—Esta noche no voy a bajar a cenar con mi marido. —Rosalind se oyó a sí misma y le sorprendió lo civilizado de su tono—. ¿Serás tan amable de decírselo a la señora Hardcastle? Eso será todo.

Rosalind se quedó en la bañera de patas en forma de pequeñas

garras hasta que el agua se enfrió. Solo su rostro, rodillas y pechos asomaban a la superficie: un archipiélago de palidez. Flotando en la densa agua, levantada por ella, estaba suspendida por encima del resto de la casa. Escuchó cómo seguía la actividad nocturna: los pasos de los sirvientes en las escaleras, el tictac del reloj de pared, un grajo graznando fuera como si charlara con alguien tras la cena. Todo iba como debía ir, como siempre iría.

Cuando se hundió un poco y sus orejas quedaron sumergidas, oyó sus propios latidos, muy cercanos. Y allí, con la piel de gallina y temblando, deseó por vez primera en su vida adulta ver a su madre, aunque entonces recordó cómo era esta y deseó que le hubiese tocado otra distinta. Quizás una como la de Betty, que llevaba el pub con su marido y tenía una cierta tendencia a ser en exceso generosa con la ginebra, pero que era alguien a la que una podía contarle sus problemas. Pero qué tontería pensar esas cosas. Tu madre es tu madre, te guste o no. No tuviste elección. De tener una madre *tragaginebra* que trabajara en un pub, ¿dónde estaría Rosalind ahora? Desde luego no en una bañera con patas en forma de garras. Seguro que no tendría aceite de baño aromatizado de rosa. Miró cómo la luz en la pared del baño cambiaba lentamente de dorada a color melocotón a gris.

***

Al día siguiente, un médico entró en su habitación.

Rosalind supuso que Betty le había hablado a la señora Hardcastle de su bulto, y que esa información habría sido pasada al médico y a Jasper, ya que había un ramillete de primaveras en la bandeja del desayuno. Aquello la alivió; no sabía cómo decírselo a Jasper. Así que primero las primaveras, después el médico, y eso sin levantarse aún de la cama. Ahora que llevaba dentro un posible hijo y heredero Seagrave, su marido le regalaba flores y permitía que entraran desconocidos en la habitación de ella para examinarla.

Se llamaba doctor Harold Rutledge. Amigo de Jasper. Rechoncho y colorado como una de esas jarras de cerveza con forma de hombre. Rosalind fijó la vista en el dosel de la cama mientras él le pasaba las manos por todo el abdomen, acercándosele tanto que olió en su aliento

el brandi de la noche anterior.

—Todo parece perfecto. Mucho descanso y nada de montar a caballo, pero las relaciones maritales pueden continuar —dijo el doctor Rutledge, y entonces se rio, un ruido extrañamente triunfal—. El bueno de Jasper —añadió, retirando la parte superior del camisón de ella para apretar un frío estetoscopio contra su pecho.

Rosalind se preguntó qué podría estar escuchando él con semejante aparato. Se imaginó el sonido hueco de las cañas a la orilla de un lago. Notó un sentimiento opresivo, desesperado, en su mente, que solo se calmó al concentrarse en un rincón lejano del dosel.

El médico retiró el estetoscopio y le cerró el camisón, imperturbable, como si pasara la página de un periódico.

—Excelente, excelente —dijo.

***

Todo el mundo parecía muy complacido. A pesar de que no se lo había contado a absolutamente nadie, todos parecieron saberlo casi de inmediato. Aparecieron niños del pueblo con ramos de flores. El hijo del carnicero se presentó con un trozo de carne. Incluso el cura de la iglesia de Chilcombe Mell le sonrió con benevolencia desde el púlpito mientras hablaba de fecundidad. Era como si hubieran estado esperando aquello desde el principio.

Recordó lo obsequiosos que habían sido todos a su llegada. Sus manos abriendo puertas, cogiendo maletas, ofreciéndole té. Le habían planchado la ropa, le habían servido vino, y ella se había sentido casi como un miembro de la realeza, como alguien importante. Pero no era a ella a quien querían, ¿verdad? Era a *ello*.

Rosalind se retiró a su habitación con la excusa de estar afectada de los nervios, y solo admitió visitas de Betty o la señora Hardcastle, o de Willoughby si traía cosas de Londres. Jasper se mostró sorprendentemente complaciente, y se retiró mientras murmuraba «Como desees».

El doctor Rutledge la fue visitando ocasionalmente para examinar su vientre cada vez más grande. Le aconsejó empezar a fumar, ya que las mujeres tienden a la histeria cuando esperan un niño.

—El cerebro está hambriento de nutrientes. Fúmese unos pocos después de las comidas y todo irá a la perfección.

Los cigarrillos (que le ofrecía Jasper, y que ella guardaba en una cajita de metal con sus iniciales grabadas, regalo de Willoughby) le parecieron repugnantes, pero perseveró. Algo en la forma en que le hacían dar vueltas a la cabeza resultaba casi agradable. Se imaginaba a sí misma con una boquilla a la moda, en una fiesta en Belgravia. Ya no le gustaba contemplarse el cuerpo. Prefería la versión de ella para la que compraba ropa: la anfitriona de la alta sociedad con la cintura de cincuenta centímetros.

En el interior de su vientre, la criatura implantada fue creciendo. Hacía lo que podía por ignorarlo, pero tenía calor y estaba cansada, se sentía como un gran barco hinchado. Por la noche, incluso con las ventanas abiertas de par en par, daba vueltas y vueltas sobre su propio sudor; su cuerpo generaba calor como el horno de una fundición. Cada mañana se despertaba exhausta y con un sabor metálico en la boca, como si se hubiese pasado la noche chupando monedas.

***

Por supuesto, no se les había ocurrido contárselo a Cristabel. Ni se les pasó por la cabeza. La dejaron fuera de sus pensamientos, como hacían casi siempre con ella. Pensar en ella era como un objeto sin valor en el suelo; no valía la pena ni recogerlo. Y, como sucede a menudo, ese objeto olvidado en el suelo fue recogido por los criados.

Una noche, Maudie Kitcat asomó la cabeza en la habitación de Cristabel, en el ático, y dijo:

—Vas a tener un hermano o hermana. ¿Te lo habían dicho?

Cristabel alzó la vista desde su cama, donde su colección de piedras con cara se estaba construyendo una casa bajo la almohada para protegerse contra los violentos ataques de una postal de un perro que se llamaba Perro.

—¿El hermano?

—Puede ser.

Las piedras con cara salieron a toda prisa del refugio de la almohada; sus expresiones eran retorcidos gritos de alegría y alivio. La

postal del perro llamado Perro se vino abajo como un muro.

Maudie contempló aquello con la mirada curiosamente fija y continuó:

—Betty dice que si no es niño, seguirán intentándolo hasta tener uno.

—¿Y ahora dónde vive el hermano? —preguntó Cristabel.

—En la barriga de la señora Seagrave. Por eso se ha puesto gorda.

Cristabel metió una mano bajo la cama y sacó unos palitos de su colección para hacer una pequeña hoguera. Los apoyó cuidadosamente unos contra otros, y después dijo:

—Yo no viví en su barriga.

—Eso es cierto.

—Yo viví aquí. En este lugar. Este es mi lugar.

—Sí.

—El hermano también va a vivir aquí. Conmigo. Yo lo voy a cuidar. —Miró a Maudie, que asintió y se volvió a ir por el pasillo del ático.

Cristabel colocó la postal llamada Perro sobre la chimenea y dispuso las piedras con cara a su alrededor, en círculo. Aquella noche iba a haber un gran banquete. Iban a asar una postal de un perro llamado Perro con una manzana roja en la boca. Iba a caer nieve fresca. Habría tartaletas de mermelada. Y todo el mundo iba a repetir. Y nadie iba a acostarse.

Debajo de las camas

Debajo de la cama de Cristabel

Plumas, palos, lana de oveja, la calavera de una gaviota, una bola seca de pegamento, una gran pinza de langosta.

Tres caracoles en un tarro.

Un mechero de exterior.

Una espada de madera.

Un avión de juguete.

Dibujos de soldados, a veces acompañados por perros, camellos u osos, con título: EN PIE POR INGLATERRA y HERMANOS, UNÍOS y AMIGOS LEALES y LA OSA SE LOS COME.

Listas de nombres, algunos de ellos tachados.

Un caramelo de tofe a medio comer y envuelto de nuevo.

Bajo la cama de Maudie

Cuatro de las cartas de Willoughby a Cristabel.

Una pastilla de jabón vieja encontrada en una de las habitaciones de invitados.

Un libro sobre la caza de animales salvajes en África, cogido del estudio.

Una navaja de bolsillo.

Trozos de tiza encontrados en Ridgeway.

Una pizarrita en la que se practican las letras del alfabeto.

Un diario.

Un lápiz.

Bajo la cama de Rosalind

Cajas de zapatos que contienen lo siguiente:

Invitaciones y tarjetas de baile para eventos celebrados durante junio y julio de 1914.

Una servilleta cogida en el Café Royal de Londres, temprano por la mañana del 17 de julio de 1914.

Seis entradas para el teatro.

Dos entradas para el cine.

Un collar de margaritas secas y prensadas.

Treinta y siete ilustraciones de vestidos de novia, recortadas de revistas de entre 1913 y 1918.

Ciento cincuenta y dos recortes de revistas que muestran diferentes artículos, entre ellos gramófonos Victrola, cremas antiarrugas de aceite de tortuga, gráficos sobre la etiqueta correcta en la cena, adornos de los indios siux, lámparas de leer eléctricas, mazos de cróquet, cigarrillos turcos, cremas reductoras alcanforizadas, pantis de lujo, tazas Royal Worcester y tónicos revitalizantes para restaurar el vigor natural al cuerpo y a la mente tras períodos de grandes esfuerzos.

Un artículo titulado «¿Qué clase de matrimonio funciona mejor?», recortado de *Women's Weekly*, febrero de 1919, con las siguientes secciones subrayadas:

Él siente horror de la chica de constantes comentarios y fuertes opiniones de hoy en día. Solo desea una esposa con una o dos ideas en la cabeza y un hogar
Una mujer que es amada y no necesita ambiciones
Un hombre puede correr recto si quiere, ¡pero la mujer debe hacerlo!
Sin amor apasionado
Chispa magnética

Fotografías recortadas de varias revistas femeninas, con el título:

La marcha del progreso que deja a la mujer con el voto en la mano pero sin apenas ropa debe volver, como la marea, y retornarla a su feminidad.

Una fotografía artística conmemorativa de Florence La Badie, estrella efervescente de la Thanhouser Film Corporation.

¡Hacia los desfiles de la moda de París en un aeroplano gigante

desde Croydon!

Artículos titulados:

«Las formas más actuales de calentar un Hogar»
«La carga de una esposa encantadora»
«Historias de la vida misma: ¡en la encrucijada!»

Un anuncio: *Corsé Maternidad: en todos los últimos diseños, dando una Apariencia Totalmente Normal a quien lo viste; confort físico y a la vez mental. Broche, corte y lazos laterales ajustables.*

Una mujer durmiente

Agosto de 1920

Una tarde de verano, Willoughby dice:

—Aquí dormía mi madre. Pero la habitación era muy diferente.

—¿En qué sentido? —Rosalind alza la vista de las muestras de tejidos que está examinando. Está embarazada de siete meses y se sienta en la cama. Lleva un camisón floral con chaquetilla a juego.

Willoughby ha acomodado su larga figura en la delicada silla que hay junto al tocador. Betty está en el lavabo de al lado, limpiando la nueva pila. Hay una caja de regalo en el suelo, la tapa medio abierta, con algo sedoso y de color amarillento que asoma por una esquina, como un líquido.

Él dice:

—Mamá era partidaria de un estilo de decoración más funerario. Las ventanas cerradas, para evitar contagios. Las cortinas cerradas para proteger los muebles. Durante el crepúsculo tenía que sentarme al lado de su cama mientras ella leía la Biblia.

—Los únicos libros que mi madre considera aceptables son la Biblia y el *Quién es quién* —replica Rosalind—. Cree que leer no es cosa de mujeres. Una vez me dijo que me asegurara de que no empezaba a gustarme la ficción.

—A usted le gustan las revistas. —Willoughby se atusa el bigote.

—Prefiero las fotos a los textos.

—Yo también.

—Le estoy agradecida a mi madre, por supuesto —dice Rosalind tras una pausa.

—Yo no. Me ahogaba. Me refiero a *mi* madre, claro. —Willoughby se pasa la mano por el pelo y contempla la habitación—. Ahora está

mucho mejor, incluso con este papel pintado de flores.

Rosalind parpadea.

—Damasco de rosas. De Haynes of Paddington. Me alegro de que le guste. ¿Le gusta?

Willoughby se ríe, un sonido pleno y oscuro.

—Sí. La habitante también ha mejorado mucho, aunque apenas la veo fuera de este dormitorio.

—Espero volver a estar en pie pronto, pero el doctor Rutledge me aconseja que guarde reposo —dice Rosalind—. No es desagradable. Un poco soporífero. Me quedo aquí acostada y me imagino las fiestas que daré en otoño y en Navidad. Me quedo aquí acostada y me imagino las fiestas y lo que voy a vestir y absolutamente todo lo relacionado con ellas. Después cierro los ojos y no pienso en nada. Simplemente dejo de pensar, y a mi alrededor todo sigue, como si yo no estuviera. No es una sensación muy lejana a la realidad. —Durante el discurso sus manos se inquietan, sus dedos se retuercen en sus cabellos.

Willoughby cambia de postura en su silla.

—Estoy deseando ver esas fiestas imaginarias.

En el lavabo, Betty abre los grifos de la nueva pila. Se produce una pequeña explosión metálica en las cañerías. Willougby dibuja una pequeña sonrisa con las comisuras bajas mientras se levanta.

—Debería dejarla descansar.

Rosalind lo mira mientras se va.

***

Durante las últimas semanas de su embarazo Willoughby sigue visitando a Rosalind y le lleva los objetos que le pide de las *boutiques* de Mayfair. Después de examinar las compras, a menudo ella se queda dormida. Willoughby piensa que nunca ha visto a una mujer dormir así; cuando está cerca de una mujer que duerme él también acostumbra a estar dormido. O recogiendo su ropa, camino de la puerta. Se queda en la silla junto al tocador y le murmura a Betty:

—Estaré un rato aquí sentado, a ver si se despierta. Quizá podrías traerle unas flores frescas.

Le gusta contemplar el rostro de Rosalind, que cuando duerme es

como el de una niña, inocente y furioso a la vez. A veces, frunce el ceño como si estuviera concentrada; a veces mueve las comisuras de los labios formando una serie de sonrisas, como si estuviese saludando a una fila de gente. A veces, y eso es lo más curioso de todo, ve el movimiento en el vientre de ella, el camisón brevemente distendido por un pie o un puño en miniatura que empujan hacia fuera.

Una tarde, la señora Hardcastle le dedicó una mirada muy seria cuando se lo encontró saliendo de la habitación de Rosalind y cerrando cuidadosamente la puerta.

—La señora Seagrave necesita dormir, señor Willoughby.

—Y eso es precisamente lo que hace —contestó él, levantando los brazos en señal de inocencia.

No ignora, por supuesto, el cuerpo de dentro del camisón, aún estilizado a pesar del estómago prominente. Una mujer que duerme no es consciente de cómo se le abren los botones o cómo las sábanas se enroscan en sus piernas.

Pero también hay algo más: disfruta de esos ratos porque no se parecen a ningún otro que haya pasado con una mujer. Es un hombre para quien las puertas y los camisones se han abierto con facilidad. Para Willoughby, el mundo es totalmente accesible; está ahí como los restos de una guerra, esperando a que los coja. Pero sus encuentros con Rosalind están constreñidos por las restricciones y las reglas del buen comportamiento. Son decorosas, cortesanas, tranquilas. Presentación de regalos en una habitación silenciosa. El tirar del lazo de un paquete. Nada más.

***

Tras el velo de sus párpados, Rosalind vaga en la oscuridad. Ha observado algo curioso: percibe más intensamente la presencia de Willoughby si cierra los ojos. Siente que él está en algún lugar de la oscuridad, acompañándola, y que flotan el uno cerca del otro como globos. Siente que si se empuja hacia delante, si se abre camino por entre la oscuridad, dará con él, tumbado en un sillón junto a un tocador, moviendo una pierna adelante y atrás como si fuese un péndulo, esperando en una habitación muy parecida a aquella en la

que Rosalind se encuentra.

Cada vez le resulta más difícil dormir cuando él está, por muy cumplidora que sea y lo intente. Dirige la vista hacia la negrura detrás de sus propios ojos y la fuerza a dejarla pasar, se concentra en limitar sus movimientos, en controlar la respiración. A veces se duerme un instante y regresa, se duerme un instante y regresa, como una barca atada al muelle durante el cambio de marea.

Fuera, el verano sigue ardiente. La luz del sol que atraviesa las cortinas florales tiñe la habitación de un color rosa pálido como el interior de una concha o el brillo casi táctil del mundo visto por una niña que se tapa los ojos con los dedos.

***

Un día, durante la última semana de agosto, Rosalind está tumbada en su alta cama, elegantemente ataviada en una mascarada de sueño. Betty ha ido a la cocina, enviada por Willoughby a buscar una jarra de agua. De repente oye un crujido que viene de la silla de él. Se está moviendo. Y sabe, mientras el aliento se le atasca en la garganta, que él sabe que no está dormida. Su voz, cuando llega, es suave y está muy cerca de su oreja.

—Quédate como estás.

Oye el sonido de una silla arrastrada por el suelo de madera, y después el de él sentándose a su lado. Ella se queda totalmente inmóvil, incapaz de admitir su charada aunque él le haya hablado. La oscuridad de detrás de sus ojos se ha encogido hasta quedar en nada. Rosalind apenas existe en su propia garganta, en las aletas de su nariz. Podría seguir existiendo para siempre dentro de ese instante. Pero entonces la silla vuelve a rascar el suelo y lo oye irse de la habitación.

Regresa al día siguiente. Hace que Betty se vaya. La silla junto a la cama.

Vuelve de nuevo unos días más tarde. Betty sale. La silla es arrastrada un poco más cerca.

Regresa de nuevo y es el primer día de septiembre y él posa la mano en su torso, en el punto en el que empieza a hincharse. La deja un momento, como si estuviera comprobando algo, y entonces estira

los dedos como un pianista en busca de una octava, de forma que el pulgar toca la parte inferior de su pecho. Se quedan un momento así, ninguno de los dos se mueve, y por fin él retira la mano. Pero un instante después regresa, aterriza a su lado y se mueve hasta su muñeca, su cintura, su garganta.

Rosalind, tumbada bajo el peso de su barriga con los ojos cerrados, no sabe cuáles son los movimientos de él hasta que rozan su cuerpo. Es como si ella fuese una gran cordillera y las manos de él el mínimo, ligero contacto de exploradores con sus mapas y brújulas, abriéndose paso lentamente por la tierra dormida, lanzándole y rodeándola con sus cuerdas.

> (Pero ¿dónde está Jasper? Está en los establos, las carreras, la subasta, la iglesia, en el único restaurante decente de Sherborne, en su club de caballeros de Marylebone: está en cualquier lugar que no sea ni remotamente cerca de una esposa a pocas semanas de dar a luz. Existe dentro de una estrecha franja formada por sus lugares habituales, que le permiten el lujo de no tener que mirar ni arriba ni abajo ni a un lado ni al otro sino simplemente adelante, a menudo a través del fondo de una copa de brandi, porque no puede mirar en ninguna otra dirección).

Y cuando rompe aguas, mientras Willoughby está por encima de ella en su habitación sin apenas aire durante una cálida tarde de septiembre, es como si ella se hubiese fundido, convertida de carne a líquido, y hubiese dejado su cuerpo atrás.

Cristabel y las historias

Agosto de 1920

Cristabel tiene mucho que hacer antes de la llegada del hermano. Maudie dice que los bebés son muy pesados y que ella preferiría dejarlos en el jardín y que los grajos se les comieran los ojos. La niña cree que Maudie piensa eso porque no tiene hermanos. Ni hermanas, aunque los hermanos son lo principal.

Un hermano, según los libros que ha leído Cristabel, es un chico intrépido lleno de vida y de energía, siempre dispuesto para la aventura. El tío Willoughby es un hermano, y es mucho más aventurero que el padre de ella. El hermano va a necesitar una espada como la de Cristabel, y ella ha colocado unas cuantas de sus piedras con cara en la cuna para que le hagan compañía, ya que en las noches de viento se oyen unos aullidos en el ático que hasta a un hermano intrépido pueden resultarle alarmantes.

También tiene pensado contarle historias. Los seres que tiene ahora a su cargo —las piedras y la postal llamada Perro— siempre están deseosos de oír historias. Les lee noticias de periódicos abandonados o las cartas del tío Willoughby. A veces hasta consigue sacar algún libro del estudio de su padre. Tiene prohibido entrar y tocar los volúmenes, pero si ve que la habitación está vacía, se cuela y se mete uno bajo el vestido. Pero solo se hace con ellos de uno en uno y los devuelve pronto, para que no se formen delatores espacios vacíos en las estanterías.

El estudio contiene colecciones de mitología griega, tomos encuadernados en cuero de la *Ilíada* y la *Odisea*, un libro llamado *El diamante de Moonfleet*, sobre contrabandistas, y, lo mejor de todo, una serie de volúmenes de aventuras escritos por alguien llamado G. A.

Henty, con títulos como *En la punta de la bayoneta* y *El más valiente de los valientes*. Según las introducciones del autor, están basados en episodios verdaderos de la gloriosa historia inglesa. Fue en estos libros en los que supo cómo son los hermanos.

Las obras de Henty tienen cubiertas de tela, con los títulos en letras doradas e ilustraciones de rifles cruzados y caballeros con armaduras enfrentándose. Cada tomo tiene el mismo nombre escrito a mano en la portadilla, *J. Seagrave*, y en las páginas hay numerosas huellas dactilares grasientas. Cuando Cristabel abrió por primera vez *Una historia de la expedición del Nilo*, una lluvia de migas viejas le cayó en el regazo. Resultaron ser comestibles.

Cristabel ha disfrutado con todos esos libros y ha memorizado tanto de ellos como ha podido, pero le gustaría que el hermano tuviera algo nuevo, no robado, una historia que pudiera guardar él.

—¿Tiene usted historias? —le pregunta a la institutriz francesa, que mira al infinito y contesta:

—*Non*.

—¿Tienes historias, Betty?

—¿Y para qué iba yo a querer historias? —responde la criada, que está de rodillas, limpiando la chimenea del ático.

—Tú lees las historias de las revistas de la nueva madre.

—Son historias románticas, señorita Cristabel. No son adecuadas para usted.

—¿Por qué? ¿De qué van?

Betty se sienta en el suelo, con la cara roja y sudorosa.

—Van de bodas y esas cosas.

Cristabel frunce el ceño. El hermano no va a querer historias sobre bodas. Sin duda le parecerían tan aburridas como a ella, así que decide aprovechar lo que tiene. Puede leerle la carta del tío Willoughby en la que habla de cuando se encontró un escorpión dentro de una de sus botas, en Constantinopla, y después quizá la noticia que descubrió en un diario sobre cómo colgaron a un hombre en Ontario y este tardó horas en morir, para acabar con el relato de Henty sobre un inglés que llevó a la victoria a un grupo de campesinos contra los sangrientos hijos de Francia. Y a continuación volver a leérselas de atrás hacia delante.

—Maudie, ¿una historia tiene que ir siempre desde el principio

hasta el fin? ¿No puede ser al revés?

—Como prefiera usted, señorita Cristabel —contesta la criada, que afila cuidadosamente un lápiz con una pequeña navaja—. En mi diario a veces voy hacia atrás y leo algo del año pasado, y no importa. Todo acaba en el mismo lugar. Es como plantarme de repente ante mí misma y...

Diario de Maudie Kitcat
25 de diciembre de 1918

escarcha
iglesia
pudin
recuerdo cuando vesé a Clive en el ultimo establo de la isquierda después de la iglesia aquella ves y cómo sacudió

... y ver que aún estoy allí. Pero cuando lo lees, sabes más de lo que sabías entonces. Te hace sentir más lista. Por lo menos más lista que Betty Bemrose, eso seguro.

—¿Qué hay en tu diario, Maudie?

—Eso no le importa.

—¿Puedo verlo?

Maudie niega con la cabeza.

—Jamás. Si lo lee, yo tendría que cortarle la garganta mientras duerme.

—¿Con ese cuchillo?

—El mismo.

Maudie es una excelente profesora en muchas cuestiones, y Cristabel se siente agradecida de contar con su opinión en cuanto a las historias. Adelante o atrás no importa un pepino.

Esperando, deseando

25 de agosto de 1890

Treinta años antes

Era la primera vez desde hacía meses que sus padres se dignaban a mirarlo, y Jasper lo estaba estropeando todo. Embutido en un traje de marinerito que apenas podía contener su cuerpo orondo de dieciséis años, intentando no dejar caer a su hermano, en un opresivo estudio fotográfico de Dorchester, mientras un hombre oculto bajo una tela negra miraba por la lente de un armatoste de madera y le gritaba si se le notaba demasiado cuando respiraba. Cada vez que el fotógrafo gritaba el padre de Jasper gritaba, su madre suspiraba y el ayudante del fotógrafo también suspiraba. Los gritos y los suspiros resonaban por toda la sala. Y todo por culpa suya.

Sus padres, Robert y Elizabeth, ni siquiera podían molestarse en reprenderlo como es debido. Estaban demasiado ocupados adorando a Willoughby, de nueve meses, en su voluminosa túnica bautismal, y así siguieron durante todo el viaje de regreso a casa, embobados como idiotas con el bebé mientras iban dando botes en el carruaje tirado por caballos. Jasper apretó la frente contra la ventanilla traqueteante y miró pasar el cielo. Las voluminosas nubes que marchaban por encima de las fértiles praderas a las afueras del pueblo parecían sólidas, habitables. Grandes nubes blancas. Grandes mitos blancos.

***

El bebé Willoughby había sido un milagro. Todo el mundo lo pensaba

así. Durante casi toda la vida de Jasper su madre Elizabeth había estado embarazada, pero todos los niños Seagrave nacidos después de él morían, a menudo de inmediato. Otros apenas sobrevivían como para recibir ampulosos nombres ancestrales que se llevaban con ellos a la cripta de los Seagrave en la iglesia del pueblo, donde sus pequeños ataúdes formaban una hilera sobre un estante, como paquetes que esperan a ser enviados por correo.

No hubiese sido propio lamentarse, pero el continuo meter pequeños cuerpecitos en cajas, cerrarlas, cubrirlas, parecía casi una maldición. Chilcombe era un lugar silencioso de puertas cerradas en el que criadas de ojos enrojecidos se llevaban pañuelos a la boca. Al final de cada comida, Elizabeth dejaba los cubiertos exactamente en el centro de su plato de porcelana china, sin hacer ningún sonido.

Uno de los sirvientes le dijo a Jasper que los niños venían al mundo cuando «la gente casada hacía como las vacas y los toros». El joven lo había visto: el toro mugiendo y dándose de sacudidas encima de la vaca, la vaca mirando adelante y mascando forraje con expresión fatalista. El propio cuerpo de Jasper le mostraba que aquella actividad era posible y conocida, pero no podía imaginarse a sus padres actuando de esa manera: apenas parecían conscientes el uno del otro.

Su madre llevaba vestidos negros que se extendían desde su barbilla hasta el suelo y vagaba como un fantasma, mientras que su padre existía en algún lugar más allá de los muros y cargaba por el Imperio. Si Robert regresaba alguna vez era para una visita breve, tempestuosa, pasando como una exhalación y dejando un rastro de botas por los suelos y órdenes a los criados, como un huracán muy localizado, mucha devastación y nada de contacto real. A veces, el único signo de que había vuelto a casa era el nuevo animal disecado que aparecía en el Salón de Roble.

Cómo se creaban los niños era dudoso, pero el que murieran parecía inevitable. Jasper había sido el único superviviente, vencedor en la conquista y monstruoso. Por la noche, en su cama, a veces oía los llantos de un bebé enfermo, y transformaba los sonidos en los gritos de los árabes masacrados en Jartum. Se imaginaba a sí mismo liderando las victoriosas tropas británicas, para a continuación obtener aclamación nacional y una palmada en la espalda por parte de su padre. Cuando los gritos cesaban por fin, el silencio flotaba en el

aire trémulo, largo y a la espera.

***

Entonces nació Willoughby. Jasper apenas le prestó atención; pensó que el bebé seguiría el camino de los otros. Pero Willoughby, con su pelo cobrizo y sus labios tan perfilados, no murió. Y un día Elizabeth, inesperadamente, dejó los cubiertos en mitad del desayuno y pidió que la trajeran al bebé de su cuarto. Jasper, que estaba en el aula del ático recitando verbos latinos con su tutor, oyó pasos apresurados cerca y vio cómo llevaban a Willoughby como si fuera un joven marajá en un desfile de elefantes.

Al día siguiente sucedió algo aún más curioso. Su madre apareció en el aula. Nunca antes había estado allí; antes el aula era solo el nombre de un lugar que había por encima de ella, remoto como el cielo.

—Una de las criadas ha sugerido que a Willoughby podría gustarle tener un juguete —dijo Elizabeth.

Apareció una sirvienta con dos soldaditos de latón de Jasper.

—¿Servirán estos, señora?

—Perfecto —asintió, y, tras el saqueo, la expedición volvió a salir, dejando a Jasper sin nada excepto *amo*, *amas*, *amat*, *amamus*, *amatis*, *amant*.

***

Desde entonces fue como si hubiera alguna especie de celebración en la casa a la que a Jasper no le estaba permitido asistir. Cuando iba por los pasillos con su tutor camino de su paseo diario por la costa veía a gente que llegaba para admirar al bebé milagroso, invitados que se juntaban en la sala de estar, y a su madre sosteniendo a Willoughby, el rostro de ella tensado en una mueca de ansiosa esperanza. Era una expresión que Jasper había visto antes en la cocinera cuando creaba un nuevo plato para los padres de él.

(A menudo Jasper iba a la cocina cuando la mujer esperaba a oír

cómo había sido recibida su creación, porque si lo veía le guiñaba un ojo y le decía: «Ahora va a tener que comerse lo que le dé, señorito Jasper», y a continuación le ofrecía algo apetecible, como un trozo de queso o una manzana apresuradamente abrillantada en el delantal de ella. Era cierto: Jasper estaba dispuesto a comerse lo que le diera, sobre todo porque era una de las pocas personas que le hablaban sin estar obligadas. Además, de alguna forma el tomar el alimento, fuera lo que fuera, y comérselo satisfacía algo en él. Era un niño abandonado e irritable, irritable y abandonado; difícil discernir qué había sido primero).

«Date prisa, Jasper», le decía el tutor, y lo conducía fuera de la casa, y durante todo el paseo el niño se dedicaba a atacar a las plantas con su espada de madera.

***

Por la noche, cuando le llegaba la hora a Jasper de saludar a sus padres antes de la cena, bajaba la escalera, el pelo alisado con saliva, y esperaba en el salón a que lo llamaran al comedor, que apenas veía un momento, ya que no le permitían quedarse dando vueltas como un pez. Las paredes estaban pintadas de un rojo sangriento para destacar la carne que se servía en la porcelana de la familia, y sus padres estaban iluminados por velas, con sus largas sombras acechando detrás de ellos. Apostado en rincones discretos, el servicio esperaba a servir la comida, al igual que el comedor esperaba a Jasper cada día, esperaba a verlo esperar.

Una noche, Robert, un hombre que comenzaba las conversaciones en mitad de una frase, dijo:

—Ha llegado el momento de que aprendas más que latín, chico. Tienes que ser un ejemplo para Willoughby. Mañana vendrás conmigo.

Ante la mención de Willoughby, Elizabeth bajó la cabeza y sonrió hacia la mesa, como si admirara su belleza en la superficie de un lago. Jasper miró los cuadros de la pared. Retratos de Seagraves con piel de alabastro, de una época en que tanto a los hombres como a las mujeres les daba por los tirabuzones. Todos se llevaban una única mano al

pecho con un dedo separado, como si estuviesen señalando algo sutilmente: la calidad del tejido que vestían, quizá, o el paisaje falsamente clásico detrás de ellos (¡Mirad, entre los árboles, un pequeño templo con cúpula!), o incluso la frente exageradamente alta de la persona del retrato de al lado. En la punta más lejana de la sala colgaba la fotografía del arisco Jasper en traje de marinerito con Willoughby en el regazo.

—Esa espada de madera que tienes —dijo Robert— es un juguete para niños. Dásela a tu hermano. Eso será todo.

Echado de allí, Jasper fue a la planta de arriba y se metió en la cama, de la que sacó un panecillo que guardaba bajo la almohada y su libro sobre el rey Arturo. Entonces volvió a dejarlo. Tenía que leer menos. Comer menos. Tenía que contener sus ideas. Miró al techo.

***

A la mañana siguiente —de hecho, en todas las mañanas siguientes de todos los años siguientes, durante toda su juventud y más allá, a los veinte años, a los treinta— Jasper acompañó con expresión triste a su padre por el exterior de la casa para aprender sus responsabilidades como heredero, mientras dentro su hermano pequeño crecía sin esfuerzo. Willoughby aprendió a caminar en una sola tarde; Jasper cogió *whisky* sin permiso del armarito de licores de su padre, se fue a nadar al mar por la noche muy tarde, resbaló con las piedras redondas y se dio en el tobillo con tanta fuerza que le produjo cojera. Willoughby iba por todas partes con su espada de madera preferida; Jasper vagaba de un lado a otro, desarmado, esperando a que su padre muriera para poder demostrarle algo a su progenitor fallecido.

La cojera no ayudaba. Jasper se sentía incómodo cuando visitaba las granjas alquiladas. Prefería hacer la ronda a caballo. Montado quedaba lo bastante alejado del populacho como para sentirse benevolente. A pie tenía que avanzar torpemente como un oso de circo. Al acercarse, notó las miradas fijas en él de los trabajadores de la finca, sus sonrisas despreciativas mientras él cojeaba por los campos como un hombre empujando un armario.

Su vida social estaba igual de limitada. Tenía grandes deseos de ser

un *gentleman* inglés, pero no podía bailar debido a su tobillo flojo. Se quedaba sentado a un lado e imaginaba muertes macabras para los jóvenes solteros que dominaban los valses. Los poemas que escribía no salían de sus bolsillos. Se daba ánimos pensando en que el noble Héctor tampoco fue nunca bailando por ahí. Durante la noche, si había comido demasiado en la cena (como era habitual), se oía tirarse pedos en sueños, y el aire que escapaba de su cuerpo era una especie de continuación de sus torpes intentos por mantener conversaciones ligeras con unas pocas frases preparadas y pronunciadas con muy poca convicción.

A veces, mientras seguía por todas partes a su aún muy vivo padre, Jasper tramaba cómo cambiaría la vida en Chilcombe si estuviese él al mando. En la realidad no quedaba ningún espacio para sus ideas, dada la magnitud de las de su progenitor. La explosiva seguridad victoriana de Robert Seagrave dominaba el futuro como si fuese la gran avenida de hayas que estaba planeando construir; si bien él mismo nunca llegaría a verlas crecidas, no tenía ninguna duda de que cientos de años después otros Seagraves pasearían por ella.

Resultaba de lo más curioso el que la vida de su padre fuera un impedimento tal para la de Jasper. Ocasionalmente —por ejemplo, en las tardes de noviembre, el sol bajo brillando sobre las olas de cobalto —, el océano le provocaba poderosas, inexpresables sensaciones que reducían sus pensamientos a frases interrumpidas a medias:

«Me gusta...».

«Cómo podemos no creer que...».

«Conocer a alguien que...».

«Cómo sería...».

Frases partidas en dos antes de tener la oportunidad de convertirse en topicazos, antes de que su mente sombría pudiera desecharlas como palabrería, como sinsentidos imposibles.

«Jasper, por Dios, presta atención», le ladraba su padre.

En la cocina había queso por comer. Y tarta. Bollos rellenos de manzana. Cremas con menta. Delicias turcas. La corteza cubierta de gelatina de un pastel de cerdo.

La caza del día de san Esteban

Diciembre de 1914

Seis años antes

Willoughby. ¡Willoughby! Jasper hizo lo que pudo por ignorar a su hermano. Era la primera y, Dios mediante, última Navidad de la guerra, y el joven Seagrave estaba en casa de permiso. Tomándose un descanso de la vida militar, Willoughby iba por el jardín delantero con pantalones de montar blancos, una chaqueta de color escarlata y sombrero de copa, mientras daba cuenta de una botella de oporto y contenía al caballo rebelde de una neumática heredera rubia. Jasper la oyó exclamar: «¡Qué valiente! Todas pensamos en ti», y supo que no eran las masificadas tropas británicas lo que ella y las otras mujeres del país tenían en mente cuando se arrodillaban para rezar en las iglesias de los pueblos o miraban al mar en dirección a la Francia desolada por la guerra; era al maldito Willoughby.

Willoughby Seagrave era por quien brindaba la alta sociedad y, más descaradamente, por quien brindaban las mujeres. Jasper había visto hasta a las ancianas más secas contemplar con lujuria a su hermano de piernas largas. Las chicas bizcas a las que Jasper acompañaba a los bailes en el campo nunca lo miraban así. La razón quedaba patente al ver él su reflejo en los espejos con marcos de plata: era un cuarentón tímido con cara de salchicha y expresión de estar siempre buscando la respuesta a algo que todos los demás sabían ya.

Jasper había esperado que cuando fuera cabeza de familia las cosas cambiaran. Que lo respetarían. Y fue cierto que, una vez su padre tuvo el detalle de expirar —cayendo como un tronco un domingo tras el almuerzo, mostrando a todos cómo debe morir un inglés—, pareció

que todo iba a mejorar.

El pueblo entero se apostó a los lados del camino a la iglesia el día nevado del funeral, justo antes de Navidad de 1913, y Jasper caminaba detrás de los hombres que llevaban el féretro, consciente de que todos los ojos lo observaban. Mientras seguía al cadáver de su padre, oyó en su mente el villancico *El buen rey Wenceslao*: «Siguió los pasos de su señor allá donde había caído la nieve».

No hubiese sido propio decir que estuvo contento durante el funeral; sentía la ausencia de su padre como un hueco enorme azotado por el viento. Pero mientras el cortejo fúnebre abandonaba el cementerio tras depositar a Robert en la cripta junto a su esposa y todos los bebés, se oyó a sí mismo tarareando la melodía —«Traedme carne y traedme vino»—, y para cuando estuvo de vuelta en la casa (la casa que ahora era suya), sirviéndose un brandi, canturreaba en voz baja: «Verás que la furia del invierno deja de helarte la sa-aaaaaan-greee».

Pero pronto quedó claro que nada había cambiado. Siempre que se encontraba con algún lugareño este no hablaba de otra cosa que de su padre y cómo nunca volvería a haber nadie igual. La naturaleza había dotado generosamente a Robert con el don de la insensibilidad, y los pueblerinos parecían admirarlo por ello. Siempre que pasaba a caballo los saludaba con el brazo de forma tan genérica que era como si fuera ciego y simplemente hiciera el gesto en dirección a donde le habían dicho que se encontraba la gente. Si alguna vez aparecía a pie, se producía una oleada de cabezas descubiertas y reverencias que él atravesaba como un explorador abriéndose paso a machetazos por la jungla. Cuando, muy de tanto en tanto, Robert se fijaba en algún individuo concreto entre la masa —una niña especialmente bonita, un mozo de cuadra sorprendentemente capaz—, la persona sentía como si se hubiera posado en ella el ojo de Dios.

Jasper no era, no es y nunca será Dios.

—¿Todo bien, señor? —preguntó el mozo que llevaba el caballo de Jasper.

—Hummm —respondió él, contemplando cómo la obsequiosa heredera se inclinaba sobre su montura para tomar un sorbo de la copa de Willoughby.

Su padre nunca había permitido que las mujeres participaran en la

caza, ya que, según decía, sus reacciones erráticas lo estropearían todo, pero Willoughby las recibía con los brazos abiertos.

Un pie embotado sobre las fuertes manos del mozo, y Jasper es impulsado hacia la silla. Inmediatamente hace que su caballo Ginebra se aleje del resto.

***

Por suerte, Willoughby no tardó en ceder. Después de una hora declaró que el zorro al que estaban cazando era una criatura invencible, exclamó: «¡Oporto, oporto, mi reino por un oporto!», y condujo a sus seguidores y a sus jadeantes perros de vuelta a la casa.

Jasper tardó una hora más de machetazos en poder descansar y disfrutar del campo: el ruido mecánico de las alas de un faisán al salir de un seto, el mar en la distancia del mismo color blanco que el cielo.

La fiel Ginebra lo condujo hasta que se quedaron solos. Empezaba a sentirse sereno cuando una mujer llegó al galope. Llevaba chaqueta negra y un sombrero con un velo. No iba sentada de lado, estilo amazona, sino que se erguía en la silla igual que los hombres.

—¿Intenta huir? —preguntó mientras su caballo pasaba al trote. Jasper soltó un gruñido—. Es precoz, ¿verdad? Su hermano. Ya me habían avisado.

—Ese maldito va a llevar a su maldito caballo al maldito suelo.

—Lástima que no pudiéramos avisar al caballo. Vaya campo para galopar. Venga.

Y se fue. Ginebra pareció encantada, y Jasper se vio a sí mismo siguiendo a la mujer. Atronaron en la dura tierra invernal como verdaderos jinetes.

Al llegar a la otra punta del campo, la mujer detuvo su montura. Sus manos, observó Jasper, eran firmes pero delicadas con la brida. No le daba grandes tirones como les gustaba hacer a Willoughby y a sus toscos amigos.

—Cerca de aquí hay una taberna respetable —dijo ella—. Podemos dar a estas buenas criaturas un merecido descanso.

Lo condujo hasta allí y desmontó con un salto muy masculino. Jasper hizo lo propio, sintiendo, como siempre, que su descenso a

tierra iba acompañado de un descenso en estatus. En cuanto dio con el suelo se le torció el tobillo flojo.

La mujer lo miró desde donde estaba limpiándose las botas con las manos.

—¿Ha sufrido un accidente?

Jasper repasó su lista habitual de apropiadamente valerosas excusas para su cojera, pero la cara sonrojada de ella, amistosa como la de un perro labrador, le hizo contestar:

—Playa de piedrecillas. *Whisky*.

—Mala suerte. —La mujer puso expresión de dolor mientras ataba los caballos a un poste—. ¿Le dificulta a la hora de montar?

—Es una molestia durante la caza del ciervo. A veces, cede.

—Tengo un caballo con una pata mala —dijo ella, abriendo la puerta del pub de techo bajo de paja—. Me dejaba tirada en los lugares más inesperados, pero por fin aprendió a mirar dónde pisaba, y usted ya sabe lo útil que resulta eso para un cazador. Espero cruzarlo el año que viene.

—¿Ah, sí? Yo estoy buscando uno para Ginebra.

Jasper se dirigió de inmediato a la barra. Un par de brandis y pronto estaban sentados al calor de la chimenea, hablando de los temas preferidos de él: caballos, cazas, linajes, cruces. Ella se llamaba Annabel Agnew. Tenía el pelo negro, que huía en recias espirales de su redecilla, y restos de barro en una mejilla. Pensó en decirle que se lo limpiara, pero no aún.

—No sabía que al sexo débil le interesaran los caballos —dijo, y confió en que hubiera sonado a broma.

—Siempre me han encantado. Ahora que ayudo a mi padre a llevar nuestra propiedad puedo montar más. Mi hermano mayor murió en Francia, así que, hasta que mi otro hermano menor aprenda, seguiré encargándome yo. Él está en Harrow, y espero que siga allí hasta que acabe la guerra.

—Es horrible. Pero los alemanes no aguantarán mucho. Inglaterra siempre acaba estando a la altura de las circunstancias. ¿Qué la trae a usted por Chilcombe?

—También tengo una hermana menor. Acostumbrada a, digamos, caerse del caballo antes de montarlo. Tengo instrucciones estrictas de mantenerla alejada del hermano de usted. Cosa que, se me ocurre

ahora, no estoy haciendo. Pierde la compostura en cuanto ve un uniforme.

—Y usted le hace de carabina, ¿eh?

—La hermana solterona a menudo resulta necesaria para evitar que las más jóvenes contribuyan demasiado a la guerra.

Jasper soltó una carcajada.

—Entonces será mejor regresar.

Annabel frunció el ceño y se recostó en su silla.

—Su hermano no puede ser *tan* rápido.

—Bueno, supongo que en la casa hay bastantes jovencitas.

—Y él sentirá la necesidad de encantar a todas.

—Exacto.

—Podría tardar el mismo tiempo que nosotros en tomar otra copa.

—Es muy probable.

—Bueno, pues cuénteme de dónde ha sacado a su Ginebra. Es una criatura impresionante.

Más tarde, tres brandis más tarde, mientras iban al trote de vuelta a Chilcombe, Jasper se fijó en que a caballo ella no parecía tan alta. En el pub, al levantarse, le había parecido casi una gigante a su lado, pero, gracias a Ginebra, ahora él le sacaba al menos medio palmo.

***

Jasper y Annabel desmontaron frente a la casa y le dejaron los caballos al mozo de cuadra. Jasper cojeó rápidamente hasta la entrada, deseoso de acompañar dentro a la mujer, pero en cuanto abrió la puerta oyó grandes risotadas.

Al llegar al Salón de Roble vio a Willoughby en un sillón ante la chimenea —sillón que debía de haber arrastrado desde la sala de estar — rodeado por sus acólitos, que tomaban oporto y echaban leños al fuego descuidadamente. Junto a Willoughby había una mujer despatarrada que llevaba puesta la mitad inferior de la armadura y soplaba un clarín sin ningún conocimiento. Las otras partes de la armadura estaban tiradas por el suelo como extremidades sueltas.

—Casi lo has conseguido, querida —dijo Willoughby.

—Esa armadura no es para disfrazarse —soltó Japer.

Al oír su voz, los criados que miraban desde el pasillo desaparecieron por diferentes habitaciones.

—¿Acabas de llegar, Jasper? Debe de haber sido un zorro muy hábil —replicó Willoughby sin dirigirle la mirada.

La mujer intentó sentarse recta entre sonoros hipidos. Era la heredera rubia.

—Hay que llevar a esa mujer a su habitación —ordenó Jasper, y sintió cómo se le enrojecía la cara—. Tenemos habitaciones para invitados. Tendría que estar tumbada en una de ellas.

Willoughby usó la lanza de la armadura para empujar un leño hasta el fuego.

—¿Eso hacemos en esta casa, hermano, pedir a nuestros invitados que no salgan de sus habitaciones?

—Eso no es lo que he dicho, Willoughby.

—Jasper, hemos venido brevemente de un sangriento combate, de combatir la buena lucha. No irás a negarnos unas pocas bebidas, ¿verdad?

Jasper iba a dedicarles a todos una buena reprimenda cuando oyó un ruido de lo más extraño. Annabel se había echado a reír a carcajadas. Él pensó que tenía que habérselo imaginado; debía de tratarse de una de esas solteronas lunáticas. Se preguntó si iba a parar alguna vez, pero entonces ella se llevó las manos a los costados y dijo:

—No se lo creerá, pero eso es justo lo mismo que dijo Jasper.

—¿Qué dije? —preguntó él.

—Yo insistí en que, si al volver nos encontrábamos una escena del *Decamerón*, Jasper tendría que echaros a patadas, patanes insolentes —continuó Annabel—. Pero él me dijo que a quienes volvéis del frente no se os pueden negar unas bebidas. —Jasper miró a Willoughby, que se había girado para ver a Annabel—. Ha dejado dinero en la barra del pub del pueblo para que podáis tomaros un par de pintas antes de la cena, ¿verdad, Jasper? —Él se quedó boquiabierto, pero no le salieron las palabras. Annabel se las suministró—: ¿Qué decís, chicos? ¿Unas copas en el establecimiento local?

Los hombres se miraron entre ellos, y por fin uno llamado Perry comentó:

—Una idea espléndida, amigo Jasper.

Pronto todos estaban poniéndose los sombreros y saliendo en

tropel, dejando a la heredera al cuidado de la señora Hardcastle.

Willoughby, que iba a la cola del grupo, se detuvo ante Annabel.

—No creo haber tenido el placer —murmuró mientras se abrochaba cuidadosamente la chaqueta.

—Annabel Agnew —respondió ella, y le ofreció su mano.

A un lado, Jasper observó que su nueva amiga tenía el perfil de un emperador romano.

—Una vez conocí a una mujer con ese nombre en Hampshire —afirmó Willoughby, cogiéndole la mano—. Prefería que la llamaran Belle.

—Annabel —dijo Annabel.

—¿Es usted amiga de Jasper?

—Mucho. —Ahora su voz era cortante como un látigo—. Creo que no he oído su nombre.

Willoughby sonrió.

—Willoughby Seagrave, a sus órdenes.

—Muy bien —asintió ella.

Jasper observó que se cruzaban una mirada, la de una maestra estricta con un alumno díscolo, un estudio mutuo de la fuerza del otro.

Después de que Willoughby se fuera, Annabel se volvió hacia Jasper.

—Hay un pub en el pueblo, ¿no?

—Sí. Un lugar que se llama El Hundimiento.

—Gracias a Dios. Me la he jugado. Mejor que envíe a un chico con instrucciones para el camarero, o ese grupo de rufianes van a encontrarse con que no hay bebidas disponibles para ellos.

—Maldita sea. Sí, tenemos que hacerlo.

—Pero no hay prisa. Ninguno de ellos parecía capaz ni de caminar recto.

Jasper llamó al mozo más joven y lo envió a El Hundimiento con órdenes de que dieran a Willoughby y sus amigos todo lo que quisieran. Aquel acto de munificencia lo complació en cierta forma. Se preguntó si en ocasiones especiales no valdría la pena hacer lo mismo con el personal. Pensó en mencionarle la idea a Annabel Agnew. Decidió que lo haría mientras le enseñaba la casa.

***

Reunir el valor para hacerlo le costó lo que tardaron en visitar el estudio, el comedor, el jardín y los establos, pero por fin, al volver a la sala de estar, dijo:

—Quizá le tome prestada su idea. Bebidas en El Hundimiento. Para el servicio, quiero decir. En Año Nuevo. Y a lo mejor unos fuegos artificiales para los niños del pueblo.

—Una gran idea —contestó ella.

—Gracias por su intervención de antes —masculló él—. Yo estaba demasiado furioso.

—Ha sido un placer.

—Willoughby hace que me hierva la sangre.

—Entonces será mejor tenerlo fuera de la casa —replicó ella, y si la frase hubiera venido de cualquier otra que no fuese Annabel, tan directa, Jasper habría dudado de si estaba flirteando con él; aunque, tratándose de ella, no parecía más que una sincera opinión. Pero no pudo evitar dudar de si había visto también un brillo en sus ojos. Entonces se dio cuenta de que llevaba un rato examinando su rostro mientras se mordía el bigote.

—Me lo muerdo cuando pienso —dijo, y se lo arregló con una mano.

Annabel se cogió un manojo de los cabellos sueltos que escapaban de su redecilla. Las puntas estaban rotas y partidas.

—Qué me va a decir a mí.

Una de las manos de Jasper seguía arreglando su vello facial; la otra se sintió de repente agitada y vacía. Solo oía los leños en la chimenea, con su crepitar y sus suspiros, y su propia respiración. Annabel seguía agarrándose el pelo.

—Siempre he sentido envidia de los perros. Al menos tienen huesos que mordisquear.

—Sí —respondió Jasper.

Ahora oía la respiración de ella además de la suya, y el silencio pareció hacerse aún más grande.

—Siempre he querido tener montones de perros —añadió ella, mirándolo con una sinceridad que lo dejaba pasmado.

—A mí también me gustan mucho —replicó él, y sintió que en aquel momento, de alguna manera, cada una de sus inhalaciones y exhalaciones la acercaban más, aunque no recordaba que ninguno de los dos se hubiera movido.

Entonces entró una de las criadas con un cubo de carbón.

—Lo siento, señor Seagrave —se excusó—. Creía que se habían ido todos.

—No todos —contestó Jasper, y tragó saliva—. ¿Podría traernos un poco de té?

—Y tarta —añadió Annabel.

Jasper se descubrió dedicándole una radiante sonrisa a la notable señorita Agnew.

—Sí. Sí, sí. Montones de tarta.

***

Jasper y Annabel pasaron la tarde junto al fuego en la sala de estar. Era un lugar tranquilo, que daba al norte, con luz fría, las paredes de color verde brezo y cuadros de paisajes rurales: rebaño en la nieve, rebaño vadeando un río, rebaño llega a un río durante el crepúsculo. Tomaron té y comieron tarta y hablaron de caballos y perros, perros y caballos. Él le contó algunos de sus datos históricos preferidos sobre la región, y resultó que ella también sabía otros de lo más fascinantes.

El tiempo pareció hacer cosas extraordinarias. En un momento Jasper echó un vistazo al reloj de encima de la repisa de la chimenea y eran las cuatro, pero cuando volvió a mirar, un segundo más tarde, eran las seis pasadas. Después, mientras observaba cómo Annabel daba cuenta con eficiencia de una porción de *plum cake* con frutas, sus mejillas brillando sonrosadas al calor del fuego, y ella alzó la vista para devolverle la mirada, Jasper se percató de que era consciente de cada uno de los segundos que transcurrían. Cuando el escandaloso grupo de Willoughby regresó del pub y Annabel se levantó y dijo que tenía que ver cómo estaba su hermana antes de la cena, Jasper se sintió desconsolado de repente.

Mientras abandonaba la sala, Annabel se volvió hacia él.

—¿Le apetecería ir a montar mañana?

Jasper asintió. Ella lo saludó moviendo un mechón de pelo en su dirección y desapareció.

Aquella noche la cena no fue tan horrible como él se había temido, a pesar de tener a dos de los descerebrados amigos de Willoughby sentados a derecha e izquierda. Consiguió resistir todas sus bobadas porque cada vez que levantaba la vista y miraba a la otra punta de la mesa veía a Annabel con un vestido azul de seda. A la luz de las velas, su pello brillaba negro como el petróleo.

Los hombres que lo rodeaban hablaban de la guerra. Se morían de ganas de volver a Francia y enzarzarse con los *boche*. Para la primavera regresarían a casa. Willoughby presumió ante la heredera rubia de su nuevo destino en Egipto, y le prometió traerle una pirámide.

Esta es mi casa, pensó Jasper. Mañana esta gente se irá y seguirá siendo mi casa. Annabel Agnew vive en Wiltshire. Withshire no está muy lejos.

En mitad del clamor de la batalla del comedor, alzó su copa hacia ella, al otro lado de la mesa.

De él

Febrero de 1915

Cinco años antes

—Naturalmente, mi hermana tiene el corazón roto —dijo Annabel, recostándose en un sillón de la sala de estar—. Desde que oyó que el famoso Willoughby se iba a ir a Egipto se ha puesto a leer los periódicos, y ahora, con la invasión de los otomanos, está desesperada.

—No tiene por qué preocuparse —replicó Jasper, sirviendo brandi en dos copas—. Mi hermano tiene un don para evitar todo lo que parezca trabajo duro. Lo último que sé es que estaba aprendiendo a montar en camello.

Annabel se rio.

—Gracias a Dios que usted no es en absoluto como él.

Jasper se detuvo ante el armarito de las bebidas. Desde allí podía ver, a través de una ventana que daba al jardín delantero, cómo un grajo caminaba de un lado a otro; su postura le sugirió a un hombre con las manos unidas a la espalda pasando el tiempo mientras esperaba noticias. El clima en febrero era gris y deprimente; una densa niebla había invadido el paisaje desde el mar. Solo existían el grajo, el jardín, la niebla y la sala en la que él se encontraba.

Lo que quiso decir al volverse para ofrecerle la copa fue «¿Le apetece un trago?», pero a Jasper Seagrave nunca se le había dado bien hablar en público y las palabras que le salieron fueron bastante diferentes. Lo que dijo fue:

—¿Le apetece casarse conmigo?

Annabel le cogió la copa de las manos y respondió:

—Primero déjeme dar cuenta de esto.

Jasper se volvió para ir de arriba abajo, lamentarse, preocuparse, pero Annabel se acabó el brandi de un solo trago, dejó la copa en una mesilla y añadió:

—Pues mire, creo que sí. Sí, me parece que sí.

***

Cuando se casaron, un mes más tarde, en la iglesia del pueblo, la celebración fue modesta, ya que muchos estaban en el extranjero, combatiendo. Pasaron la luna de miel en el Lake District de la bella Cumberland. Más adelante Jasper recordaría aquella jornada, aquellas primeras semanas, en destellos brillantes, como escenas vistas desde un tren en marcha. Le resultaba notable el sentirse tan feliz cuando las noticias del exterior eran cada vez más oscuras y preocupantes, pero Annabel Agnew —Annabel Seagrave— hacía que todo fuera notable. Al regresar a Dorset, en cierta forma se sintió más alto. Estaba seguro de que el servicio lo miraba diferente. Annabel se mostraba siempre tan práctica como alegre, ya fuera pasando con sus fuertes manos las páginas del libro de contabilidad de la casa o tejiendo bufandas para la tropa o ajustándole un estribo a Ginebra o comprobando la dentadura de uno de sus nuevos perros. Se demostró perfectamente capaz.

No estaban seguros de si ella iba a poder tener niños. El accidente que había causado el que siempre montara en la silla, no de lado, le había dañado la pelvis. Estaban preocupados. Annabel tenía más de treinta años y Jasper superaba la cuarentena. Había días en los que él pensaba que podría morir muy feliz, aun sin herederos, porque al despertar cada día sabía que Annabel estaba allí, con el ceño fruncido tras sus gafas de leer mientras examinaba su cuaderno de notas, un lápiz tras la oreja, y lo miraba con una sonrisa. A veces, ella le hablaba en tono de broma, pero siempre ponía cara de concentración cuando Jasper le decía algo. «Entendido», le contestaba después. Y siempre era cierto.

Entrenaban juntos a sus caballos, hablaban de hacer participar a algunos en las carreras. Aquel año incluso asistieron a Ascot, y creyeron que fue el nuevo corsé bajo su vestido lo que a ella la hizo desmayarse después de la primera carrera. No estaba acostumbrada a

llevar otra cosa que pantalones de montar, y al volver a casa anunció que no deseaba ir nunca más a ningún lugar que exigiera llevar corsé. No sabían que el desmayo se había debido a que estaba encinta. Un mes más tarde, cuando eso ya estaba muy claro, se echaron a reír; les cayeron las lágrimas hasta que ella insistió en que pararan porque estaban inquietando a los perros.

Annabel sufrió durante todo el embarazo. Su pelvis dañada le provocaba grandes dolores. «Mejor que sea niño —dijo Jasper mientras le llevaba un nuevo cachorro para que lo viera—. No puedo permitir que vuelvas a pasar por esto».

Willoughby se mostró sorprendentemente admirado. Su telegrama desde El Cairo decía:

Espléndidas noticias stop Espléndida mujer stop Muy feliz por los dos stop W

Jasper sospechaba que Willoughby había estado preocupado por lo que pasara si él no llegaba a tener un hijo, ya que entonces el gran peso de la familia hubiese girado sobre su eje y recaído en Willoughby, y ni todos los camellos de Persia hubieran podido galopar lo bastante rápido como para escapar de quedar atrapado bajo tamaña losa.

Aunque nada de eso importaba ahora que Chilcombe pertenecía de verdad a Jasper, más que nunca. Cuando él y Annabel, su mujer (¡su mujer!), caminaban del brazo por el jardín, sentía como si hubiese regresado por fin a su hogar. La seguía mientras ella iba por la casa y observaba cómo abría puertas, abría ventanas, abría armarios, y encontraba las cosas más improbables: un arpa (que ella, casi, sabía tocar), una cría de elefante disecada (a la que hizo poner rueditas para que pudiera llevarla el niño) y el viejo ejemplar de Jasper de la *Ilíada*, que le leyeron juntos al bebé que llevaba ella en su vientre.

Annabel. Era una mujer tonificante, el viento que le azotaba en la cara cuando hacía galopar al caballo, y era también el vigorizador brandi que le esperaba en casa junto a la chimenea. Iban a tener un hijo en primavera. *Un* hijo; estaba seguro de ello. Todo empezaba a venirle de cara.

No van a permitírselo

Marzo de 1916

Cuatro años antes

No van a permitir a Jasper entrar en la habitación. No van a permitirle entrar en la habitación. Tres hombres, cuatro hombres, tienen que agarrarlo y alejarlo. Intenta derribar la puerta, intenta verla, pero le dicen ahora no, señor, ahora no, señor, no querría presenciarlo, señor, el médico dice que hay mucha sangre, señor, es mejor así, señor, pero él acaba de conocerla, él acaba de conocerla, él necesita ir con ella, él necesita verla, él necesita decírselo, iba a ayudarlo, iba a convertirlo en un hombre nuevo, ella era de él, era su lista y vivaz Annabel, una pura sangre es lo que era ella, y lo aceptó, lo aceptó, quiso tenerlo, ella lo cogió de la mano, ella lo mantuvo todo en orden, ella se encargaba de los libros, ella era una maravilla como contable, y cuando se volvía hacia él en el escritorio y le preguntaba si necesitaba algo más, él le decía que todo era perfectamente satisfactorio, que iba a sentarse a leer los periódicos, pero las noticias del día se le escurrían por entre los dedos y caían al suelo y él no podía hacer más que contemplar la concentración concentrada en la nuca de ella, donde unos pelillos le caían por encima del cuello, y él nunca creyó que fuera a admirar el cerebro de una mujer, pero ella tenía el cerebro de una buena cazadora, sabía cuándo atacar y cuándo esperar, dónde la tierra se hundía, dónde la hierba era firme, hacía que pareciera sencillo, sus grandes zancadas con esas piernas tan largas, una mujer capaz de partirle el cuello a un faisán sin pestañear porque era más caritativo ser rápida, y por las noches él se sentaba al fuego y la contemplaba reírse mientras intentaba tocar el arpa, sacándoles sonidos a las

cuerdas que había encontrado escondidas en el ático, y le hablaba siempre con franqueza, con una tranquilidad directa y bienvenida, como dejar la ropa en la playa, nada de esa tontería de montar de lado, estilo amazona, que preferían algunas mujeres que hablaban y susurraban con sus amigas, ella se dirigía a él con sinceridad y con las extremidades tan largas como las de un chico, directa como un soldado, doblando sus largos dedos, dedos ágiles como los de un mono, hábiles como los de un contable, dedos llenos de magia que sacaban oro y música del aire, como si el oro y la música siempre hubiesen estado allí, ¿y ahora quién va a llevar las cuentas?, ¿quién va a hacerle las cuentas a él? Por Dios, se siente débil, se va a caer, y no van a permitirle entrar en la habitación, no van a permitirle entrar en la habitación, y desde algún lugar le llega el creciente llanto de un bebé, un bebé que le dicen que es una niña, señor, una niña que es igualita a su madre, señor, su madre, su madre, su madre, tenía tantas ganas de ser madre y no van a permitirle entrar en la habitación para decírselo, no van a permitirle entrar en la habitación.

Después

Abril de 1916

Cuatro años antes

Encajonaron a Annabel. La metieron en la cripta. Hubo un funeral. Él creía haber asistido, pero a la vez sabía que era imposible.

Jasper sabía que a un día lo seguía otro más, pero eso también era imposible porque todos los días eran el mismo día. En Europa había una guerra. En su casa había un espacio vacío. Eso era todo.

Habían impreso su nombre en el periódico, junto al de los soldados muertos. Él vendió el arpa. Regaló los perros. Guardó la cría de elefante disecada en el ático, boca abajo, sus rueditas girando en el aire.

Todo parecía fraudulento. Resultaba incomprensible que siguieran sucediendo cosas y ella no estuviera para verlas. A veces, él se despertaba en plena noche con ganas de decirle que había pasado algo horrible, agitarla y despertarla y decirle: «Querida, no vas a creerte esto». Pero no había nadie allí, solo las paredes y el silbido del viento y la oscuridad vacía.

Ella iba a volver pronto. No en ese largo y desolado día, pero quizá sí al siguiente. Ojalá alguien hiciera callar a ese ruidoso bebé.

Iba a volver pronto.

El vegetal

Septiembre de 1920

—¿Va todo bien? —pregunta Willoughby, señalando con la mirada al vientre de ella.

—No lo sé —contesta Rosalind—. He sentido algo. —Con cautela mete una mano bajo las sábanas y descubre que la cama está empapada. Se mira de reojo los dedos y ve que el líquido está teñido de rosa por la sangre. Siente una lejana sacudida de miedo.

—Voy a buscar a Betty. —Willoughby empuja atrás su silla, alejándose del lecho.

Betty entra en la habitación. Ha llegado sorprendentemente rápido.

—¿Algún problema, señora?

—Parece que ha habido alguna especie de accidente, Betty. La cama está húmeda. No sé por qué; yo...

—Por Dios, eso quiere decir que el bebé está llegando, señora. Voy a llamar a Maudie para que haga que venga el doctor. Voy a quitarle ese camisón mojado.

—¿Dices que está llegando ahora?

—Vienen cuando quieren, señora. Levante los brazos. Muy bien.

Rosalind permite que Betty la mueva como si fuera una muñeca de trapo. Está desconcertada, aún perdida en el embriagador mundo de detrás de sus párpados, y Willoughby se ha ido, después de haber estado tan cerca el uno del otro, su boca tan próxima a la de ella que casi pudo sentir la calidez de su aliento.

Betty envía criadas a buscar toallas limpias y agua caliente. Ruido de botas que suben y bajan la escalera. La señora Hardcastle aparece a la puerta, choca los dedos y desaparece. Hay gritos fuera, el estrépito

de una bicicleta dejada caer. Se envían mensajes a Salisbury, donde Jasper está visitando unos establos para caballos de carreras.

—¿Cuándo va a ser, Betty? —pregunta Rosalind.

—Seguro que eso puede contestárselo el doctor.

—Me duele la espalda. ¿Es tan doloroso como dicen?

—No puede ser tan malo, señora, o la gente dejaría de hacerlo.

El doctor Rutledge llega al poco; estaba visitando a un paciente en el pueblo. La señora Hardcastle lo acompaña hasta la habitación. Él escucha el corazón de Rosalind con un estetoscopio y pasa una mano por el bulto, con el ceño fruncido. Le pide que levante las rodillas y separe las piernas.

—¿Perdón? —dice ella.

—Tengo que echar un vistazo rápido. Ver qué pasa ahí.

Betty sonríe para dar confianza a Rosalind, y empieza a doblar el edredón desde la punta de la cama para facilitarle al doctor el acceso.

—Solo será un vistazo rápido, señora. Para comprobar que todo va bien.

Entre las dos, Betty y la señora Hardcastle le empujan a Rosalind las rodillas contra el pecho, y entonces Betty se las separa. Rosalind tiene que apartar la vista, las manos le tiemblan sobre la cara, mientras el doctor se acerca más, armado con alguna clase de instrumento de acero.

—Ya veo —dice el doctor después de un rato. Vuelve a tocarle el vientre, mientras pasea la vista por las paredes como si estuviera examinando la decoración—. Ya veo.

Las mujeres esperan.

Después de un momento más, el doctor Rutledge se vuelve hacia la señora Hardcastle.

—Difícil decir dónde está el bebé.

—Sí, doctor.

—Y es muy grande. —El doctor Rutledge mira a la señora Hardcastle un momento, mientras se ajusta el chaleco. Parece como si entre los dos están valorando algo sin decirlo. Por fin, vuelve a hablar —: Si está al revés, esto no va a ser ningún pícnic.

—La tradición es que el heredero Seagrave nazca en la casa — replica la señora Hardcastle.

—No quisiera correr ningún riesgo, sobre todo después.

—Sí, doctor —asiente ella.

Betty posa una mano en el brazo de Rosalind.

—¿Jasper va a volver pronto, señora Hardcastle? —pregunta el doctor Rutledge.

—No lo sabemos, doctor.

—¿Me equivoco en pensar que el señor Willoughby Seagrave tiene un coche?

—Ahora mismo vamos a buscarlo, doctor.

***

Betty y la señora Hardcastle ayudan a Rosalind a bajar las escaleras; ambas hablan con ella, una sucesión cruzada de frases de confianza y ánimos. Otros sirvientes están cerca, con los puños cerrados, nerviosos, ante sí. Han vestido a Rosalind con un camisón limpio, bata y zapatillas, lo que curiosamente le da el aspecto de una niña a la que hubieran permitido quedarse despierta después de su hora de irse a dormir.

—Buena suerte, señora —dice Blythe mientras le abre la puerta.

Fuera, Willoughby —una mano al volante de su descapotable, la otra encendiendo un cigarrillo— está poniendo el motor en marcha. La señora Hardcastle abre la puerta trasera y ayuda a Rosalind a entrar en el vehículo, mientras que el doctor Rutledge ocupa el asiento delantero del acompañante, sonriendo alegre, y dice:

—Una máquina espléndida. Un Wolseley, si no me equivoco.

—Motor de cuatro cilindros, caja de cuatro marchas. Aguanta kilómetros y kilómetros —contesta Willoughby, acariciando el salpicadero de madera—. ¿Está bien la señora Seagrave?

Rosalind ve que el día se ha convertido en noche. Largas sombras se ciernen sobre el jardín, y los árboles de los bordes se recortan contra un cielo de color caqui. Más allá de estos oye cómo el mar se adelanta y se retrasa suavemente. Sería un momento perfecto para sentarse fuera con un cóctel, reír echando atrás la cabeza ante algún comentario ingenioso, perlas al cuello.

—La señora Seagrave está estupendamente —dice el doctor Rutledge—. Llevémosla al hospital.

—¿Al hospital? —pregunta Rosalind, pero su voz queda ahogada por el rugido del motor. Mientras aceleran vuelve la vista atrás. Betty y la señora Hardcastle están en el exterior de la casa cubierta de hiedra, Betty con una mano en el aire, la señora Hardcastle con las dos manos ante la boca.

El coche va dando sacudidas por el camino, pasados los pilares de piedra que marcan la entrada a la propiedad. Sobre estos hay unas criaturas heráldicas indeterminadas de las que una vez le habló Jasper, aunque Rosalind no recuerda qué fue lo que le dijo. Las puertas de hierro que había antes entre los pilares hace tiempo que han desaparecido y solo permanecen las criaturas de piedra, verdes con el tiempo, tótems de una civilización anterior.

***

Mientras el coche avanza por el pueblo y por Ridgeway soltando eructos de humo negro de petróleo, el dolor en la espalda de Rosalind se acrecienta. Intenta decírselo al doctor Rutledge, pero él está manteniendo una conversación a gritos con Willoughby sobre el consumo del vehículo, y cuando se da la vuelta y la mira ella se siente obligada a sonreírle educadamente. Intenta inclinarse hacia delante para dar un toque a Willoughby en el hombro, pero el traqueteo y el grosor de su vientre se lo impiden. Le es más fácil apoyar el tronco en la puerta y respirar a bocanadas el aire nocturno mientras el campo pasa por su lado. No creía que Dorset fuera tan grande. En las fotos que había visto parecía mucho más pequeño.

El coche se detiene de repente con un aullido de los frenos. Por delante de ellos el camino está lleno de ovejas, sus caras negras emitiendo una cacofonía de *beees*. En el medio hay un pastor, que se ha quedado boquiabierto mirando el vehículo. Willoughby da un volantazo y se va contra un arbusto, echa la marcha atrás y vuelve a la carretera.

—Intente girar a la izquierda aquí. —El doctor Rutledge señala otro pequeño camino de hierba.

—No hay señales por ninguna parte. Podría orientarme más fácil en el maldito Sáhara.

—Ah. Por las estrellas, ¿verdad? —El médico se vuelve hacia Rosalind—. ¿Todo bien ahí atrás?

A ella le duele aún más la mitad inferior del cuerpo. Ya no es solo un dolor; parece tener un propósito. Le llega en olas que la aprietan como un corsé de hierro, hasta que en la cresta le dan ganas de tirarse del coche, y entonces desaparece y vuelve el mundo. No sabe si el ciclo dura minutos u horas. Oye cómo el doctor le asegura que pronto van a encontrar la carretera buena, pero no le es posible responder porque los apretones regresan. Con cada exhalación suelta un mugido como de vaca. Mientras puede concentrarse en el ruido es capaz de respirar. Mientras siga apoyada fuerte contra la puerta podrá aguantarlo.

Entonces se detienen a un lado de un camino que bordea unos campos de cultivo, y el doctor Rutledge trepa por el asiento de cuero hacia ella, que se da cuenta a medias de que le ha metido una mano entre las piernas pero ya no puede preocuparse por eso.

—Ya me parecía —dice él—. Ahí viene. Túmbese, señora Seagrave, túmbese.

Entre los dos hombres consiguen moverla para que quede extendida en el asiento, apoyada en Willoughby. El doctor Rutledge ha abierto la puerta trasera para tener más espacio y está con medio cuerpo fuera y medio dentro del coche, los pies haciendo equilibrios sobre el estribo, mientras le desabrocha el camisón.

—¿Tiene algo que podamos darle? ¿Morfina? —pregunta Willoughby.

—Es demasiado tarde para eso.

—¿Nada de nada?

—Es la naturaleza. Siga mis instrucciones, señora Seagrave. Intente no quejarse.

El doctor le arranca el camisón con gesto profesional, y Rosalind ve sus propias piernas cubiertas de sangre. De golpe se echa a llorar, furiosa, copiosamente, como una niña.

—No intente levantarse, señora Seagrave —la aconseja el doctor Rutledge—. Cuando le diga que empuje, tendrá que empujar con todas sus fuerzas.

—Pero si yo no quiero —replica ella.

Willoughby le coge una mano.

—Estás en el meollo del asunto, querida. Me temo que solo hay una

salida.

—Señora Seagrave, necesito que empuje. Ya —insiste el doctor Rutledge, que se ha arremangado y se ha puesto en cuclillas entre las rodillas de Rosalind.

Ella recuesta la cabeza para mirar al cielo y ve millas y millas, como en la superficie del océano. No es posible quedarse dentro de su cuerpo con todo lo que está pasando, le parece que va a morirse si se queda, de dolor y de vergüenza, así que lo deja y nada hacia arriba, hacia la película azul del cielo, y oye cómo sus extraños jadeos resuenan por todo el campo, abajo. Willoughby le ha cogido la mano con fuerza, y en algún lugar lejano de ella intenta liberarse de la roca que se ha metido dentro de su cuerpo.

—Así —exclama el doctor Rutledge.

Willoughby le aparta los cabellos de la cara a Rosalind.

—Vamos, soldado.

Cuando el médico le pide que vuelva a empujar, ella aprieta los dientes y suelta un rugido, intentando expulsar la roca de su cuerpo. Empuja y empuja y piensa que no va a conseguirlo nunca, pero de repente está hecho, y el doctor levanta un bebé con la cara de color púrpura, y dice:

—Es una niña. Una niña.

Tiene los puños cerrados y la boca desdentada abierta del todo, como un polluelo intentando hacerse con un gusano, y sus ojos amarillentos no se centran y vagan como los de un ciego, y cuando Rosalind la mira el momento es silencioso y vacío.

—Caramba, esta niña es igualita a Jasper. —La voz de Willoughby se vuelve repentinamente temblorosa.

—No se preocupe, señora Seagrave; el próximo será un chico —dice el doctor Rutledge, haciéndole una cuna al bebé en su brazo—. Esta ha salido fantásticamente. Vamos a arreglarla un poco y la llevaremos a su casa. Colóquese sobre la manta de pícnic, haga el favor; no querrá manchar los asientos.

El doctor usa su pañuelo para limpiar cuidadosamente la cara de la niña mientras la tiene en sus brazos, y después sonríe a Willoughby, que va a coger el puño de la bebé, como si ellos dos fuesen los padres.

—Hola —le dice—. ¿Qué tal?

Todo fuera

Septiembre de 1920

Cristabel se despierta antes del amanecer y no sabe por qué. Entonces lo oye: es el llanto de un bebé. Se levanta de la cama, se pone una chaqueta de punto sobre el camisón y va a bajar corriendo la escalera del ático cuando ve a Maudie, ya con su uniforme de criada, su pelo rizado escapándose de la gorra blanca, que sube hacia ella con una lámpara de aceite.

—El hermano... —empieza a decir Cristabel, pero Maudie la corta negando con la cabeza.

—Es una niña. Y grande.

Cristabel se sienta en un peldaño de madera y frunce el ceño.

—¿Están seguros?

—La cara es igual a la del padre, pero sí, es una chica. La señora Seagrave no le ha cogido mucho cariño. Dice que parece un vegetal.

—Tú dijiste que si no era un niño volverían a intentarlo.

—Lo harán. Para eso está ella aquí.

Cristabel suspira. No es lo que había deseado. Va a tener que coger las cartas al hermano de debajo de la almohada. Y las piedras con caras. Es un gran golpe para ella, pero, a pesar de todo, sí siente una cierta simpatía por la bebé vegetal que no le gusta a la nueva madre. Seguro que las hermanas tienen algo bueno. Saben tejer y cocinar cosas sencillas. A veces cuidan de padres ancianos cuando todos los demás se han ido. A veces las encadenan a unas rocas y las ofrecen como sacrificio. Seguro que ella podrá encontrarle un uso a algo así.

Maudie la mira, pensativa.

—Sé que estaba usted esperando tener un hermano.

La niña asiente.

—Pero tengo una hermana.

—Hermanastra —la corrige Maudie—. Esa mujer no es su madre. Le vendría bien recordarlo.

***

Rosalind se alegra de regresar a Chilcombe, donde podrá volver a su habitación-sanctasanctórum y dejar atrás las indignidades de lo sucedido en el coche. La atiende su devota Betty, que le trae comidas tonificantes con hígado y corazón. Betty la ayuda a bañarse en agua aromatizada lo bastante caliente como para hacer que vuelva a ser ella misma, y después le ata un largo trozo de lino al estómago para que recupere su figura.

Tumbada en la cama, Rosalind se pasa las manos por la apretada tela. Siente que la protege, le da confort, porque la experiencia la ha dañado, la ha herido, la ha abierto en canal. Fuera está llegando el otoño y el viento se mueve por entre los árboles como un rumor. Las estaciones están cambiando.

A veces. Betty le pregunta si quiere ver al bebé, pero Rosalind le dice que no, que está mejor donde está. Betty asiente, comprensiva. Ha visto a sus hermanas volverse medio locas intentando cuidar de bebés gritones. No es la clase de trabajo que debería hacer una dama delicada como Rosalind. Contratan a una nani. La madre de Rosalind escribe para expresar su satisfacción porque ella haya tenido éxito en *su más importante y maravilloso deber como esposa*.

***

Hacia el final de una tarde, Rosalind despierta y ve a Jasper en pie, junto a la ventana de la habitación, sonándose ruidosamente con un pañuelo arrugado; a ella le sorprende cómo el perfil de su marido, con sus varias papadas, le recuerda al bebé que ha despachado al ático. Un bebé nacido en un coche. Qué *déclassé*. De repente, sus sentimientos hacia su esposo le quedan muy claros, como si todo hasta ese momento se uniera y se solidificara.

Él habla sin mirarla:

—Betty me dice que te gusta el nombre Florence para la niña, supongo que en homenaje a la famosa enfermera. Esa elección me hace feliz.

—Quizá la llame Vegetal —replica Rosalind—. Es lo que parece.

Jasper se vuelve hacia ella, perplejo.

—¿Cómo dices? ¿Es que no te gusta?

Rosalind no responde. Le devuelve la mirada. Él ha sido la causa de todo eso, y no ha tenido que encargarse de ninguna de las partes horribles. Siente la misma clase de furia impotente que cuando era niña. Jasper continúa:

—Harold Rutledge dijo que podía contravenirte el que no haya sido un niño. Ya lo será a la próxima.

Rosalind no dice nada; el silencio es una pequeña arma que puede usar. Alisa cuidadosamente el edredón. Tiene que empezar a hacer listas. Quiere organizar una fiesta para Willoughby en noviembre.

Jasper frunce el ceño.

—No pude llegar a tiempo. Ese día. No quería preocuparte.

—No estaba preocupada —responde ella.

—Willoughby dice que tuviste mucha entereza.

—¿Eso ha dicho?

—Llama al bebé como te parezca. Me alegro de que estés bien —dice él, y cruza la habitación hacia Rosalind, con las manos extendidas en un extraño gesto, como pidiendo perdón, como si cargara con un gran peso, una alfombra enrollada, el abrigo de otro o un viejo perro enfermo.

—Estoy perfectamente —contesta ella, y resguarda las manos entre las sábanas. La idea de que él la acaricie le provoca casi temblores—. ¿Podrías tocar el timbre?

—¿Necesitas que te traiga algo?

—Quiero que venga Betty.

—Por supuesto. —Jasper, obediente, pulsa el botón de la pared que llama a una criada.

—El nombre. Florence. No es por la enfermera —dice Rosalind tras una pausa. Entre las sábanas pasa la mano por la tela que envuelve su vientre, la aprieta más donde parece un poco suelta—. ¿Qué me importa a mí ese espantajo de enfermera? No. Vi una película. Cuando

estaba en Londres. *La mujer de blanco*. La mujer en cuestión, muy guapa, se llamaba Laura, y se enamoraba de un profesor de Arte, pero un viejo malvado llamado *sir* Percival la engaña para que se case con él. Lo que no sabe es que hay otra mujer que se parece a Laura. Entonces... bueno, es complicado, pero *sir* Percival muere en un incendio, así que Laura y el profesor pueden casarse, como deberían haber hecho desde el principio. Ah, Betty, pasa. Estaba contándole una película a Jasper. A Betty le encanta oír sobre películas. Tiene unas ganas desesperadas de ir a una sala de cine, ¿verdad, Betty?

Betty asiente.

—Sí, señora.

—Era la actriz de la película, Jasper. Se llamaba Florence La Badie. Siempre la recordaré.

—Ya veo —dice Jasper.

—Mi hija parecerá un vegetal, pero al menos tendrá un nombre de estrella de cine —continúa Rosalind—. ¿O crees que eso será aún peor? El ser una niña repulsiva con un nombre glamuroso.

—Ninguna hija de usted podría ser repulsiva, señora.

—Eres un sol, Betty. Casi me dan ganas de llevarte yo misma al cine. ¿Deseabas algo más, Jasper?

Él vuelve a sonarse la nariz.

—Solo darte mis mejores deseos —contesta, formal como un juez retirado.

Rosalind observa a su marido mientras este vuelve a cruzar la habitación. Una vez ha cerrado la puerta tras de sí, ella suelta un suspiro. Se levanta de la cama en su camisón y camina descalza hasta el tocador; se sienta en el taburete y se coloca frente al espejo triple para verse a sí misma y a sus dos agradables perfiles, un tríptico de autoconfianza. Betty se coloca detrás de ella y pasa una mano por los largos cabellos de su señora, que brillan al suave murmullo de adoración de las lámparas de aceite. Rosalind dice:

—Vas a ver una película, Betty. Voy a llevarte a Londres y darte la tarde libre especialmente para ello.

—Eso sería fantástico, señora.

Rosalind asiente. Abre un cajón del tocador y saca una foto de una revista, que le pasa por encima de la cabeza a su dama de compañía.

—Mientras tú estás en el cine, yo iré a hacerme un corte de pelo

moderno. En una peluquería de Londres.

Rosalind espera a ver en el espejo cómo Betty contempla la foto, y entonces, con las dos manos, se levanta el pelo y lo aplasta contra la parte trasera de la cabeza, de forma que este parece más corto, hasta la mandíbula.

—Así —dice—. Todo fuera.

Cosas

Octubre de 1920

Cristabel, con cuatro años y para siempre, da gran importancia a la lógica.

No le permiten tener nuevas botas porque arruinó las anteriores tirándolas al mar para que hicieran de ancla. Tiene que llevarlas sucias de sal hasta que aprenda la lección. Eso puede entenderlo. Tiene una lógica comprensible. Pero hay algo que no alcanza a comprender por mucho que piense en ello. La cuestión de lo que tienen los niños.

Lo vio por primera vez cuando se topó con la mujer de un pescador, que jugaba en la playa con su hijo pequeño y le dejaba sentarse en la orilla, donde aún hacía pie. Él, desnudo, golpeaba el agua con sus manos regordetas y parecía el niño Jesús de los vitrales de la iglesia del pueblo. Ligeramente enfadado, con la cabeza redonda. Pero entre las piernas tenía algo extraño, una especie de caracola de piel sobre una bolsa arrugada de canicas, también de piel. Eso, como supo más tarde por Maudie, era lo que le hacía ser un chico. Y un chico era lo que se suponía que debía crear la nueva madre.

Cristabel no tenía esa cosa. Lo había mirado. Por tanto, no era un chico. No era lo que deseaban. La bebé vegetal tampoco tenía esa cosa. Maudie se lo confirmó. Ergo, la bebé vegetal tampoco era lo que deseaban.

Una vez consciente de la existencia de esas cosas, Cristabel decidió examinar atentamente todas las que viera, por si hacían algo interesante. Pero nunca era así. Las cosas que vio en los chicos del pueblo cuando iban a bañarse al mar eran simplemente versiones más largas de la del niño de la playa.

Cómo se llamaban esas cosas era un enigma. A Betty no le gustó la

pregunta, le dijo «No se preocupe por eso, señorita» y se le llevó el desayuno antes de que se lo hubiera acabado. La esposa del pescador se rio. Maudie, normalmente tan directa en sus respuestas, puso una cara divertida y dijo: «Solo sé palabras que a su madrastra no le gustarían».

Parecían unas cosas muy insignificantes, pero estaban protegidas por aquel curioso anonimato y daban considerables ventajas a sus propietarios. A los chicos, con su cosa, les permitían llevar pantalones e ir a la escuela. A ellos la gente les acariciaba el pelo, les daban manzanas, les ponían apodos divertidos y se mostraban orgullosos de sí mismos. No necesitaban usar enaguas ni tener maridos. Conservaban sus apellidos y conducían coches.

El hermano también tendría una cosa, y el hermano sería el heredero, y el heredero era lo que todos deseaban. A Cristabel «heredero» le parecía una palabra extraña. Sonaba parecida a «vertedero», que no era algo que nadie deseara especialmente.

Lo que significaba era igualmente confuso. Se podía nacer heredero o podían nombrarte heredero en caso de disponer de una espada. «Te nombro heredero», le dijo Cristabel al paragüero con forma de niño indio, posando la espada de madera en sus hombros. Sin duda averiguaría más cuando llegara el hermano. Seguramente compartiría con ella cómo es ser un heredero. Lo iban a compartir todo excepto las tartaletas de mermelada y los palos, que eran de ella.

***

Antes de saber de la existencia de las cosas creía probable ser ella misma un chico. Tenía las cualidades y ambiciones que se asocian a ellos. El interés por los caracoles y los mapas y la guerra. Un carácter voluble. Nadie le dijo que no fuera uno de ellos. Cuando la encontraron construyéndose un carro de carreras con una carretilla y dos mazos de cróquet lo dieron por algo típico de Cristabel. Se levantaron cejas, se discutieron desganadamente castigos, y después se olvidó todo el asunto.

Solo fue después de que a la nueva madre empezara a crecerle un bebé en el estómago que la gente recordó que Cristabel en realidad no

era un niño, y que debían aplicarle a la fuerza unos criterios de comportamiento más elevados. Empezaron a decirle que debía hacer como una niña mayor. Las nuevas reglas destacaban por su falta de lógica, pero cuando lo mencionó le pidieron que dejara de actuar como una niña mimada y creída.

Cuando bautizaron a la bebé vegetal (Florence Louisa Rose Seagrave, ignorando tristemente su propia sugerencia, «Cristabel la joven»), tío Willoughby le compró un vestido y unos zapatos que crujían para que los llevara en la ceremonia de la iglesia. El vestido era una masa de volantes y lacitos, y tuvo que quedarse quieta ante el espejo de cuerpo entero en la habitación de la nueva madre mientras se lo ponían. Empezaron a apretarla por un lado y por otro, hasta que sintió el vestido como una atadura, como impedimenta.

Su cuerpo ya no era algo siempre dispuesto que la transportaba rápidamente de un lugar a otro como un ágil *rickshaw*; era algo forzado a quedarse quieto, algo a lo que mirar.

—Ahora —dijo Betty, manipulando las cintas del vestido, observando a la Cristabel de verdad y a la versión reflejada—. Ahora sí que estás.

Pues claro que estaba allí ahora. ¿Dónde sino iba a estar?

***

Una noche, en el ático con Maudie, que le está leyendo la *Ilíada* a cambio de haberle dado un lápiz, a Cristabel se le ocurre que todos los personajes interesantes del libro son chicos. Todos tienen su cosa. Las únicas chicas que salen son esposas tristes, sirvientas tristes y mujeres guapas tristes que causan guerras.

Es una noche oscura y lluviosa. El viento suspira por la chimenea. El ruido del mar llega y se va. Maudie, con su uniforme blanco y negro, está sentada con las piernas cruzadas en una alfombra gastada frente al hogar, siguiendo cuidadosamente las palabras con un dedo, pronunciándolas lentamente. «¿Qué esperanza de piedad de este vengativo enemigo tendré si voy desarmado? Caeré como una mujer, sin recibir golpe alguno».

—¿Qué significa «como una mujer»? —pregunta, acostada en su

cama.

La habitación de techos diagonales está iluminada por unas pocas velas que supuran cera en la repisa.

Maudie piensa un momento, y por fin contesta:

—Significa que el señor Homero no me conoce a mí. Y a Betty Bemrose tampoco. Más de un golpe necesitarían para hacerme caer. —Y sigue leyendo mientras Cristabel estudia la respuesta.

—Maudie...

—«Encerrados en este triste palacio, entreguemos al dolor los miserables días que nos quedan por vivir».

—¿Por qué en las historias no salen chicas interesantes?

—«Lamentémonos por Héctor, abandonado desde su nacimiento para aflicción de sus padres».

—Maudie, ¿por qué los mejores personajes siempre son hombres?

Maudie cierra el libro con un *clump*.

—Aún no hemos leído todos los libros, señorita Cristabel. No puedo creerme que todas las historias sean iguales. Hora de dormir.

Luna de cazador

Noviembre de 1920

Jasper almuerza tarde, a solas. Se pule una botella entera de burdeos. Empieza una segunda. Hace meses que no ve a Rosalind en la mesa, y Willoughby no muestra la cara a menudo, ni siquiera para los postres. Jasper se mancha la barba de crema, sombrío, mientras se pregunta, sin verdaderos deseos o esperanzas, si alguna vez él y su hermano tendrán una relación de verdadero afecto. Lamenta que sigan cayendo en viejas rencillas y en discusiones sin sentido. Willoughby es un pavo real, casquivano, con más pelo que sentido común, pero es valeroso, intrépido. Ha oído a algunos compañeros suyos de armas hablar con admiración de él. A Jasper le gustaría poder decir que su hermano es un amigo. Estaría muy bien.

Para cuando se levanta de la mesa, tras una silenciosa comida de cuatro platos en un servicio dispuesto para tres, fuera ya ha oscurecido. Jasper camina por la planta baja de su casa. Los sirvientes van apresurados de aquí para allá, preparándolo todo para los invitados que pronto acudirán a celebrar el cumpleaños de Willoughby. Cuando Jasper abre la puerta de su estudio, siente que la luz de la luna que entra por la ventana es como una invitación.

Últimamente le da más por cerrar las cortinas y compartir la solitaria lámpara de su escritorio con un decantador de brandi, pero de joven era incapaz de resistirse a una noche de luna. Se escapaba a la playa, con un libro en un bolsillo y un pastel de cerdo en el otro, único testigo de un mundo iluminado por una blancura sobrenatural.

Incluso la horrible noche en la que se partió el tobillo y estaba tumbado en el suelo boca arriba, gritando, no dejó de mirar la luz de la luna en el mar. Y, por supuesto, con Annabel —los dos nadando en el

brillante océano, tan ligeros en el agua que él podía levantarla como a una novia— había sido fantástico, todo un milagro. Ahora la echa de menos. Su amor. Su esposa.

Oye cómo se rompe algo en el piso de arriba de la casa. Seguramente es Willoughby, que ha destrozado otra botella de vino por la que no ha pagado. Jasper abre un cajón, saca una petaca, la guarda en un bolsillo de la chaqueta, va al Salón de Roble y sale al aire nocturno. Camina por los límites del jardín y alza la cabeza para mirar a la luna.

Durante las últimas noches, cada vez que ha salido a hablarles a los caballos, ha quedado cautivado por la vista de una enorme luna que se eleva por encima de los árboles que rodean la casa. Un disco gigante, amarillo como una uña del pie, que asciende poco a poco por el cielo nocturno. Su cara blanca, desnuda, resulta casi desvergonzada. La luna de cazador, la llaman en el pueblo. Tras recoger las cosechas otoñales, cuando no quedan sino rastrojos en los campos, en noviembre llega una luna llena que ilumina a todas las criaturas, que corren sin donde ocultarse. Los depredadores tienen una noche propia. La última matanza del año.

***

Ha habido demasiadas matanzas. Cada vez que Jasper contempla el jardín recuerda el verano de 1914, cuando se declaró la guerra. Los hombres de Chilcombe Mell que se habían apuntado se reunieron delante de la casa antes de partir hacia Francia. Se les ofreció un almuerzo. Cerveza de jengibre. Banderines. Todo muy alegre.

Su padre habría sabido cómo hablar con aquel grupo a medias orgulloso, a medias tímido, que deambulaba sobre la hierba con sus uniformes nuevos y casi rígidos. Pero cada vez que Jasper los miraba veía rostros familiares que le hacían perder el hilo: el pequeño Albert, que traía el correo; Tom Hardcastle, jefe de los mozos de cuadras y devoto esposo de Ada, el ama de llaves; Frank y Clive, de los establos, con su padre Sidney; el pecoso Reg, hijo del herrero, y Peter, el criado más joven, con sus gafas metálicas. Al día siguiente todos se embarcarían en el tren que iba a Londres desde Dorchester y se irían a

empezar a combatir.

Jasper, demasiado viejo y cojo como para participar él mismo, sentía verdadera envidia de ellos. Le disgustaba quedarse fuera, ser un civil en tiempos de guerra. Su inutilidad lo corroía por dentro. Deseaba con todas sus fuerzas hacer algo que sirviera, demostrar que no era lo que su padre llamaba un «llorica rendido».

Quería inspirar coraje en los hombres, así que rebuscó en su gastado ejemplar de la *Ilíada* algo que despertara en ellos las mismas emociones volcánicas que había sentido él al leer sobre el galante Héctor y cómo dejaba los muros de Troya para enfrentarse al guerrero Aquiles a pesar de los ruegos de su familia. Jasper intentó encontrar algún discurso adecuado a aquel momento, pero vio que había muchas menciones a «perecer», que no consideró muy oportuno. Sí halló otros fragmentos maravillosos, que ensayó en voz baja en el baño.

Así pues, volvemos a Jasper a la entrada de Chilcombe, rodeado de sirvientes y frente a los soldados (de repente se da cuenta: ¿no se había imaginado siempre un momento así?, ¿no había estado viajando toda su vida para llegar a ese punto?). Comenzó:

—«El valiente saca la espada y no espera más profecía que la causa de su nación». Así lo dijo Homero y así lo digo yo.

Oyó graznar a los grajos en los árboles, vio cómo Peter, el criado, se quitaba las gafas para limpiarlas, vio a Reg volverse hacia Clive y preguntarle: «¿Y ahora qué le ha dado a este?»; «Ni puñetera idea», fue la respuesta. Carraspeó.

—Uno desearía unirse a vosotros, por supuesto. —El tono decepcionado de su voz; los hombres que se inclinan hacia delante para oírlo mejor. Volvió a intentarlo—. Por supuesto, uno desearía unirse a vosotros.

Pero no querían oír sobre el propio Jasper; aquel era el día de ellos. Lo sabía, maldita sea, ya se le había ocurrido en el baño. Y entonces, desde detrás de él suena una voz que es como un tenedor que da un golpecito a una copa de champán.

—Naturalmente, mi hermano Jasper desearía poder participar, pero no vamos a necesitar ninguna ayuda. ¡Los que sí la necesitarán serán los pobres diablos que se enfrenten a nosotros!

¡Risas, vítores!

—¡Por Dios, estoy seguro de que todos y cada uno de vosotros os

mantendréis firmes junto a mí, Willoughby Seagrave, y cumpliréis con vuestro deber! ¡Por el rey y la nación, y por Dorset, esta bella región, y sus hermosas mujeres!

¡Risas cómplices, vítores!

—¡Ya me conocéis, chicos, y sabéis que mientras estemos fuera combatiendo valerosamente, mi familia se asegurará de que las vuestras estén bien cuidadas, como siempre ha hecho!

Murmullos de asentimiento, suspiros de las criadas que están mirando.

—¡Cuando regresemos a casa victoriosos volveremos a vernos en este mismo lugar, y Jasper estará aquí para darnos la bienvenida!

¡Vítores, gritos de asentimiento!

—¡Y no tardaremos, chicos, porque los *boche* no tienen nada que hacer!

Los banderines rojos y blancos que ondean en los árboles, los rayos de sol que puntean el jardín, las caras alegres que dan hurras, Willoughby con su uniforme de oficial abriéndoles los brazos a todos, y Jasper fuera de las murallas de Troya, sabiendo que solo había querido dar aquel parlamento por su miedo a que le creyeran un cobarde.

—¿Qué decís, compañeros? ¿Un trago rápido antes de irnos? —gritó Willoughby, atravesando el jardín para ir con sus hombres.

Jasper se retiró a la casa. Deseaba que hubiera tarta de manzana en la cocina. Deseaba no haberse puesto una espada ceremonial; hacía mucho ruido.

Albert. Frank. Clive. Tom. Sidney. Reg. Peter. Willoughby. Solo Frank, Reg y Willoughby volvieron.

***

Jasper sigue vagando por el jardín, bebiendo de la petaca. Oye el murmullo del mar, el ulular trémulo de una lechuza moteada; el resto es silencio. Mira hacia Chilcombe y en las ventanas ve las sombras de sirvientes que pasan apresurados, cumpliendo con alguna petición de Rosalind, sin duda.

En la planta baja las lámparas están encendidas, pero el resto de la

casa permanece a oscuras. Jasper oye los lamentos de un bebé, que le llegan desde el ático. Los llantos de los niños pequeños le causan dolor físico. Desearía no tener que oírlos nunca. Más allá del edificio está Ridgeway, implacable y sin iluminación alguna. Y aún más allá, más colinas y más oscuridad y pueblos y catedrales e Inglaterra y así, todo apilado detrás de Ridgeway.

Está cansado. Las rodillas no dan más de sí. Tocado y hundido. Los diarios dicen que el «agotamiento de la guerra» ha acabado con las defensas colectivas de la nación, permitiendo que se extienda la mortal gripe española. Por supuesto, es terrible que tantos mueran debido a ella, pero la idea de un descenso enfebrecido le resulta bastante atractiva, un repentino final virulento que se adueña del cuerpo tan repentino e irrevocable como el amor. Se siente pesado, como si fuese un saco de arena. Toma un trago de la petaca, da la vuelta a la casa en dirección a los establos, tropieza ligeramente en el borde del jardín.

El intenso olor a paja le resulta reconfortante. Los bufidos y resoplidos de los caballos. Va hasta el cubículo de la fiel Ginebra, acaricia su nariz de terciopelo. Lo ha llevado en todas las cacerías. Fue en sus amplios lomos que vio por primera vez a Annabel Agnew. ¿Cuándo fue la última vez que cabalgó junto a los perros de presa? ¿Por qué había dejado de sentirse con fuerzas como para hacerlo? Otra cosa más abandonada en algún lugar y olvidada.

Abre la portezuela del cubículo y hace salir al caballo. Encuentra una silla y una brida, y se las coloca torpemente, excusándose con aroma a alcohol al oído espasmódico de Ginebra. Coge un taburete, se sube en equilibrio precario un momento y salta a la silla, colocando los pies en los retorcidos estribos. Primero el pie bueno. De vuelta a las trincheras. Nos vamos al trote.

Animal y hombre salen pesadamente de los establos, dan la vuelta hasta la casa, atraviesan los árboles y descienden por el camino que conduce a la costa. La noche está fría y quieta. La luna cuelga a poca distancia del mar, una vasta esfera picada. Jasper cierra un ojo y la contempla. Es la luz deslucida del metal antiguo, de escudos caídos y espadas rotas. La luna le devuelve la mirada.

Bajo la silla, el movimiento de los huesos de Ginebra le hace tambalearse a izquierda, a derecha, a izquierda, a derecha, mientras la

anciana yegua elige cuidadosamente el rumbo que va a seguir por la tierra dura. Ginebra conoce bien el camino, por lo que Jasper se suelta y se permite ser sacudido de un lado a otro de forma poco refinada. Cierra los ojos, deja que la cabeza se le incline hacia delante, su cuerpo agitándose como si enemigos invisibles lo golpearan por ambos lados. Dormir sería una bendición. Se tienta en busca de la petaca, y mientras lo hace —un *pat*, *pat*, *pat* infantil sobre su propia panza— a Ginebra se le queda atrapada una pezuña en una conejera y se agita, haciendo caer de la silla a Jasper.

No hubiese pasado nada de tener agarradas las bridas. No hubiese pasado nada de no habérsele quedado enganchada la pierna mala en el estribo. Todo ello significó que su cuerpo se vino abajo en un arco perpendicular y dio con la frente contra una gran roca, con fuerza considerable. Así, el cerebro le traqueteó con violencia en el cráneo, y las señales urgentes que viajaban por sus sinapsis para avisarle de que estaba herido no llegaron a su destino, y las aplastadas células de su cerebro empezaron a morir en enormes cantidades, apagándose como estrellas que desaparecen del cielo nocturno, por lo que su último pensamiento no fue en realidad un pensamiento sino más bien la sensación de que algo lo atravesaba y la imagen que tenía en mente en el momento antes de caerse, una mujer en el mar, su silueta recortada contra una luna de plata.

La leal Ginebra recupera el equilibrio. Relincha. Espera instrucciones. Al no recibir ninguna sigue con su ruta habitual, siguiendo los caminos que conoce desde siempre, arrastrando el cuerpo de Jasper.

El diario de Maudie Kitcat

3 de noviembre de 1920

fiesta esta noche. llega jente de todo.

el señor jasper ha salido a montar. borracho total. el señor Willoughby dice que nunca seas el mas pasado de bueltas en una fiesta a menos que sea una fiesta aluzinante. y guinia un ojo. Betty dice que cuidao con el que es un bibales. otras vezes dice Maudie vas con demasiado cuidado. a ver si se dezide.

los guinios son secretos. pequeños hansuelos. en los corses de la Señora Rosalind ay broches que se yaman hansuelos y ojos. o sea guinios. unos broches pequeñitos que no se ven.

el abuelo me dijo que en este atico los sirbientes hacian seniales con las luzes para los contravandistas. la jente no sentera de lo que tiene bajo las narises. Yo podria estar a la bentana con solo la ropa interior y no senteraria nadie abajo.

el señor Willoughby me guinia el ojo pa aserme poner roja pero me da igual. yo tanbien lo hago. Le guinie un ojo a un chico del pueblo y lo bese en el vosque. manana cumplo quinse. me he comprado regalos porque sino no me los comprara nadie.

uno de los pañuelos del Señor willoughby en la sesta de labar huele a el

caja de seriyas

canica de bidrio con vurvujas adentro

en el cumpleaños boy a vesar a otro. da igual quien sea.

SEGUNDO ACTO
1928-1938

El descenso de la ballena

Marzo de 1928

Alza el brazo buscando dónde agarrarse. Bajo sus dedos la superficie es lisa y resbaladiza. No hay nada a lo que cogerse. Casi a la altura de su cabeza hay una estaca de madera que con mucho esfuerzo ha conseguido clavar usando una roca. Tiene una cuerda atada a su alrededor, de la que tira para decidir si podrá sostener su peso. La estaca se mueve pero aguanta. Para llegar arriba va a tener que impulsarse con la cuerda y usar la estaca como apoyo para un pie.

Antes de iniciar su intento de alcanzar la cumbre contempla la bahía: un mar en movimiento azul verdoso bajo un cielo sin nubes, con la isla de Portland a lo lejos, en el horizonte. Después de una noche de tormenta y truenos, el aire es fresco como la ropa recién lavada. La niebla helada que ha envuelto la región durante semanas se ha retirado, se ha levantado como un telón para mostrar la costa con todos sus colores primaverales, los acantilados cubiertos de tojo amarillo, laboriosos pájaros que saltan de arbusto en arbusto. Una mañana intacta: sus dominios.

El sol ha salido hace ya media hora y por encima de ella empiezan a aparecer gaviotas interesadas, dejándose caer en picado y llamándose unas a otras. No tiene mucho tiempo. Se ajusta los objetos que lleva a la espalda, se inclina sobre la cuerda y comienza su ascensión del gran montículo. Primero un pie, hacia delante y hacia arriba. Cerca de la cima el grado de inclinación se nivela, y ella se arrastra sobre su estómago.

Para impulsarse usa el cuchillo de caza con empuñadura de marfil de su abuelo.

Por fin llega arriba. Se pone en pie y relaja el cuerpo, saca una

bandera pintada a mano de entre las cosas que lleva a la espalda, se pone de puntillas para darse la suficiente altura e impulso, y clava la punta en la carcasa de la ballena muerta, el leviatán que se extiende más de veinte metros por la playa y que huele a las grandes profundidades verdes del océano que cruzó antes de que una tormenta la varase en la playa y ella, Cristabel Seagrave, pudiera conquistarla. Suelta un poderoso grito de guerra y lo oye resonar por la bahía, la bahía, la bahía.

Se queda un momento parada, agarrando su pica —un palo de escoba al que ha sacado punta— mientras la decepcionantemente superficial herida que ha creado en la piel gomosa de la ballena empieza a supurar un líquido claro y un olor que recuerda en algo al beicon.

Mira desde el curvado espinazo de la criatura hasta su cola plana. Anoche, cuando Cristabel se escapó de la casa para ver la tormenta y descubrió al animal muerto varado sobre las piedrecillas, la piel oscura de este era brillante como la laca recién pintada. Ahora, fuera de su elemento, está empezando a secarse, arrugándose, palideciendo. Ve grupos blancos de percebes en su lomo.

Hay unas pocas barcas de madera que salen desde la siguiente cala, a más de un kilómetro al oeste. Oye los lejanos crujidos y salpicaduras mientras los pescadores se alejan de la orilla; sus ruidos se transmiten bajos sobre el agua como piedras que hicieran la rana por la superficie. La habrán oído gritar. Sabrán que los está esperando.

Desde detrás le llega el sonido de alguien que desciende el escarpado camino hasta la orilla. Es su hermanastra Florence, a la que casi todo el mundo conoce como Veg. Se ha quedado sin aliento, tiene el rostro enrojecido, lleva una bata, un zapato suelto, y tiene expresión de gran alarma.

—He venido en cuanto recibí tu nota —le dice—. ¡Por Dios! No creía que fuese a ser tan grande.

La criatura tiene una larga forma de tubo que acaba en una gigantesca cola de sirena. Está recostada sobre un lado, con una aleta del tamaño de una mesa de comedor caída inútilmente sobre las piedrecillas. Su punto más alto, donde se encuentra Cristabel, está a más de dos metros de la superficie. Su color gris oscuro pasa a un crema claro en la parte inferior, que tiene una textura curiosamente

plisada. Su enorme cabeza está formada casi en exclusiva por la mandíbula inferior; la superior es apenas como una tapa lisa sobre esta. La delgada línea de su boca traza una curva hacia abajo, y a un lado tiene un pequeño ojo, casi como si fuese un detalle sin importancia, aún abierto. Es, piensa Veg, como un gigantesco muñeco de calcetín con un botón por ojo, de los que Cristabel y ella usan en su teatrillo de cartón, y su gran tamaño remarca aún más la tristeza de su expresión.

—Qué triste —susurra Veg, y los ojos se le llenan de lágrimas.

—Contrólate, Veg —le dice Cristabel—. Estaba muerto cuando lo encontré anoche, y seguía muerto cuando he venido esta mañana.

—¿Muerto? ¿Es un macho?

—No lo sé. Es difícil saberlo. ¿Dónde está Digby?

—Aquí estoy, aquí estoy —dice un niño delgado y de pelo oscuro en camisa, shorts y zapatillas de deporte que se acerca por el camino. Al cuello lleva una toallita a cuadros para el té, que vuela a su espalda cuando él pasa como una bala por el lado de Veg. Solo deja de correr cuando llega a la base de la ballena, directamente debajo de Cristabel. Suelta un silbido de admiración.

—Es increíble.

—¿A que sí? —Cristabel sonríe.

—Es como si estuviera soñando, solo que despierto. Una ballena en nuestra playa. ¿La has reclamado, Crista? Ah, ya veo que sí, has cogido la bandera.

—Me he acordado en el último momento, Digs. Dime, ¿qué hacen en la casa? ¿Se han despertado ya tus padres?

—La situación sigue siendo incierta —responde Digby, que tiene seis años. Es el tan esperado hermano de Cristabel, aunque en realidad no lo sea.

—Desperté a Digby en cuanto leí tu nota. Hemos venido tan rápido como hemos podido —añade Veg, que tiene siete años y medio—. Estás muy alta, Crista.

—Ahí hay unos pescadores —exclama Digby, señalando al mar.

Las niñas se giran para mirar, protegiéndose los ojos con una mano. El sol de la mañana produce una fuerte luz blanca en el océano, y los pescadores que se acercan en sus barcas de madera son solo siluetas contra el brillo. A medida que llegan, descansan apoyándose

en los remos y se echan atrás las gorras, mientras contemplan con los ojos entornados a los niños y la ballena.

—¿Qué tenéis ahí? —les grita uno.

—Un enorme leviatán —le devuelve el grito Cristabel—. Lo he reclamado.

—¿Ah, sí? —Les llegan risas desde las barcas, que se mecen suavemente, las pequeñas olas golpeando los lados—. ¿No será usted la señorita Cristabel Seagrave, por casualidad?

La niña se los queda mirando, agarrándose fuerte a la bandera.

—Pronto va a empezar a oler —dice otro de los pescadores.

—Eso es problema mío —replica ella.

—A ver qué dice de eso la guardia costera.

Veg exclama con su voz aguda:

—Lo ha encontrado Cristabel.

—Ya me parecía que era usted, señorita Cristabel —dice el primer pescador—. Vaya con cuidado ahí arriba.

Cristabel se yergue y asiente en mudo reconocimiento.

—Estos pescadores son gente decente —les dice a los dos niños menores. Acaba de cumplir los doce años y no hay mucho que no sepa. Ha leído casi todos los libros de la casa y ha aprendido todavía mucho más de personas como esas.

Los pescadores, los guardas forestales, los herreros y los carniceros le caen bien. Disfruta de su compañía y de sus habilidades, y es que admira las cosas bien hechas tanto como las herramientas que pueden doblarse y guardarse en un bolsillo. Cuando la gente del pueblo le enseña a hacer cosas prácticas, como anudar cuerdas o poner cebo en las redes, y consigue llevarlas a cabo por sí misma, eso le produce la misma sensación que decir «Mirad todos, escuchadme». La sensación de haber escrito una serie de reglas y repartirlas. La sensación de estar sola en lo alto, como ahora, sobre su ballena, mirando a Digby y Veg abajo.

Alguien más se acerca. El señor Bill Brewer, administrador de Chilcombe, excobrador de morosos, en quien se había fijado Perry, amigo de Willoughby, en el ejército; Perry sabe distinguir a la gente útil. Ahora Brewer baja por el camino acompañado por su spaniel, que empieza a dar vueltas alrededor de la ballena, olisqueándola excitado.

—Bueno, bueno —dice el señor Brewer—. ¿Quién quiere

explicarme esto?

—Señor Brewer, necesito que avise a las autoridades —responde Cristabel—. He reclamado una ballena para la familia Seagrave.

—Eso he visto, señorita Cristabel. ¿Tiene planes respecto a ella?

Cristabel y Digby se intercambian miradas.

—Vamos a conservarla para los anales de la historia —contesta Cristabel.

—Vamos a hacer que el nombre Seagrave sea famoso —añade Digby, dando una palmada apreciativa a la ballena.

—Examinaremos su interior para la ciencia.

—La exhibiremos para que venga todo el mundo a verla y pregunte por ella.

—Vamos a colgar sus huesos del techo del Salón de Roble.

—¡Sí! ¡Tendremos un esqueleto enorme dentro de la casa!

—Será una exhibición de importancia nacional.

—Pobre ballena —murmura Veg.

El señor Brewer contempla al animal.

—No estoy seguro de si la señora Brewer va a permitir que entréis eso en sus suelos siempre tan limpios.

Cristabel suelta la bandera con cuidado y se alegra de ver que se mantiene clavada. Se pone en cuclillas y baja la voz para dirigirse a Digby:

—No nos va a ayudar. Avisaremos a las autoridades nosotros mismos. ¿Puedes ir corriendo? Tenemos que enviar un telegrama.

—¿A quién?

—A las autoridades. Yo me quedaré aquí, vigilando.

—Hecho. —Digby sale corriendo y arrastra a Veg consigo.

***

Los dos corren subiendo el escarpado camino que lleva desde la playa hasta su casa. Es, como Veg ha observado a menudo, la clase de camino que a una la pondría nerviosa subir si no supiera adónde va a parar. Tiene, como dice ella, un aire de «prohibido pasar». Da vueltas y se retuerce por el acantilado, con tojo y endrino colgando de los dos lados, entretejiendo las ramas llenas de espinas de ambos, por lo que

no hay forma de ver adónde conduce.

Arriba hay una vieja portezuela de madera en un seto desaliñado, con un cartel que avisa: PROPIEDAD PRIVADA. Digby y Veg la atraviesan en una exhalación y siguen corriendo por el camino rodeado de densa vegetación. Ramitas que se rompen en el suelo, palomas torcaces que elevan el vuelo con aleteos de pánico, espadas de luz que descienden por entre los árboles. La maleza se aclara y el camino se ensancha y queda más delimitado, hasta alcanzar por fin el extremo de un gran jardín. Los niños corren por él hacia la pesada puerta principal de Chilcombe. La abren y, haciéndose señales para pedirse silencio el uno al otro, pasan con cuidado por el recibidor hasta llegar al Salón de Roble, donde la luz de una nueva cúpula de cristal en el techo cae por toda la altura del edificio hasta aterrizar en los pedazos de una botella de whisky rota que una criada recoge de rodillas.

—Déjala, déjala —dice Willoughby, que camina descalzo por la curva de la escalera mientras se mete la camisa manchada en los pantalones arrugados—. Estoy seguro de que se romperán más botellas; mejor acostumbrarse a pasar por entre ellas. Pero ahora lo principal es el desayuno; me muero por desayunar.

—Sí, señor Willoughby, señor —responde la criada—. ¿Y su esposa, señor? ¿Va a necesitar que le lleven algo a su habitación?

—Rosalind ha renunciado a los alimentos sólidos durante la Cuaresma. Disfruta de una dieta compuesta únicamente por líquidos.

Los niños miran cómo se abre una puerta en el pasillo y aparece Rosalind, con la pintura corrida en los ojos, envuelta en una bata de seda de color melocotón.

—Te oigo, Willoughby. Tu voz es muy potente. Quiero té y tostadas. Sabes que quiero té y tostadas. Mi pitillera ha desaparecido.

Willoughby alcanza a la criada y simula susurrar, como se hace en el teatro.

—Que les den al té y a las tostadas. Yo quiero desayunar fuera, en el jardín. ¿Puedes encargarte de ello por mí?

—Mi pitillera de plata —exclama Rosalind—. La que me regalaste.

—Busca en el bolsillo del pantalón de Perry. Total, ya lo hiciste cuando estabas sentada sobre él.

—Fuiste tú el que me hizo sentarme, Willoughby. Siempre hablas como si no tuvieras que ver con nada.

—Necesito huevos —dice Willoughby, aún dirigiéndose a la criada —. ¿Cómo te llamas? ¿Eres Lucy o Elsie? Pierdo la cuenta.

Rosalind baja rápidamente la escalera con sus pantuflas de satén. Se ata el cinturón de la bata y dice:

—Lucy se fue hace meses, y nunca ha habido ninguna Elsie. Deja a la chica en paz. Se llame como se llame, tiene que traerme mi té.

—¿Por qué tu té y no mi desayuno? ¿Qué quieres, Rosalind?

Ahora ella está a su lado, con las manos a la cintura de él, abriéndole la camisa, posando los finos dedos en su estómago.

—No te oí levantarte. Me desperté y no estabas. Me dejaste sola.

—Estoy bastante seguro de haber cumplido con mi deber marital. Tenía hambre, mujer. Sigo teniendo hambre.

—¡Digby! —exclama Rosalind, que de repente ha visto a los niños —. ¿Qué haces aquí? ¿Has salido fuera? ¿Qué llevas al cuello?

—Una elegante capa de piel de cabra, madre.

—Parece una toallita del té. Ponte un abrigo. ¿Recuerdas cuando tuviste ese horrible resfriado de primavera? No eres tan fuerte como tu padre.

—Su padre está hambriento y va a comerse unos huevos, si es que alguien me los trae alguna vez. —Willoughby pasa por donde están los niños y acaricia el pelo a Veg.

La criada sale a toda velocidad hacia la cocina.

—Nuestros invitados también querrán desayunar, Willoughby — dice Rosalind—. ¿Cuánta gente vino anoche?

—¿Siete? ¿Diez? Desde luego, esa mujer horrible del turbante no se ha ido —responde él, su voz resonando en la entrada de piedra.

—Es una poeta americana. Muy admirada.

—Lamentable. —La voz de Willoughby llega desde el jardín.

Rosalind suelta un bufido.

—Al menos podrías hablar con ella.

Veg mira a Digby, asiente, le da un empujón hacia delante.

—¿Madre? —pregunta él.

—¿Sí, querido?

—¿Puedo mandar un telegrama a las autoridades?

—¿No se tratará de alguna de las tonterías de Cristabel?

—No es una tontería. Es un asunto de importancia nacional.

—No tienes que permitir que te dé órdenes, cariño. Sé que es

mayor que tú, pero no es tu hermana mayor, solo tu prima. La verdad es que tiene suerte de estar viviendo aquí.

—Crista nunca me daría órdenes.

En el pasillo se abren más puertas de dormitorios, y va apareciendo cada vez más gente en bata, todos con los ojos caídos y rojos. Uno de ellos, un hombre delgado con un bigote pelirrojo, lleva un turbante turquesa colgado en un ángulo precario.

—¡Perry! —grita Rosalind, alzando los brazos de forma que la luz de la cúpula ilumine sus mangas como si fuesen alas de mariposa—. ¡Qué malo eres! ¡Quítate eso antes de que te vean!

—Un militar nunca se queda sin su casco —replica él—. Por Dios, me siento fatal. Espero que tengáis por ahí un poco más de lo de anoche.

—Por supuesto, querido. Ven, ven. Desayunaremos en el jardín.

—¿Madre?

—Pregúntale al señor Brewer, Digby. No tengo tiempo para lo que sea que te traes entre manos. —Rosalind empieza a ir hacia la escalera para recibir a los invitados que bajan, pero entonces se detiene y se vuelve hacia Veg—. ¿Y tú qué llevas puesto?

—Es mi bata, madre. Y uno de mis zapatos. Me he dejado el otro en...

—Estás consiguiendo ser aún menos atractiva que habitualmente. Dile a Maudie que te cepille el poco pelo que tienes.

—Sí, madre —responde Veg.

Digby la coge de la mano, la aprieta y tira de ella para apartar a la niña. Pasan por el salón y descienden al mundo sin ventanas de debajo de la escalera, donde corren por un pasillo que tiene una hilera de campanillas con pequeñas placas —COMEDOR, SALA DE ESTAR, ESTUDIO, DORMITORIO PRINCIPAL, VESTIDOR, SEGUNDO DORMITORIO, HABITACIÓN DE INVITADOS 1, HABITACIÓN DE INVITADOS 2—. Dos de las campanillas suenan insistentemente, neuróticas.

A ambos lados del pasillo hay armaritos, alacenas, bodegas. Las cuevas subterráneas están llenas de cosas: latas, jarras, mermeladas, jamones, platos para la mantequilla, tarros de galletas, pescado ahumado, embutidos, tartas de fruta y botellas de champán, estas últimas en unas estanterías diagonales que parecen una colmena. Al final del pasillo se encuentra la cocina principal, con ollas de cobre en

las paredes de loza; tiene un gran horno negro en el centro y otros pequeños a ambos lados, y está repleta de personal y de los elementos básicos del desayuno: arenques, huevos, pudin negro. Pasando por la cocina los niños pueden salir de la casa por la puerta trasera, que da a un patio rodeado de pequeños edificios de ladrillo. La residencia del señor Brewer, donde vive con su mujer y su niño pequeño, que se hallan allí, encima del lavadero.

—El señor Brewer tiene un teléfono en su despacho. Creo que podríamos usarlo para mandar el telegrama —dice Digby cuando llegan a la puerta que da a la casita del administrador—. ¿Sabes cómo usar un teléfono?

—No —replica Veg—, y no podemos entrar en su despacho sin preguntar. Eso sería como robar.

—No es robar si lo que queremos es avisar a las autoridades.

—¿Avisarlas de qué? —pregunta Betty Brewer, de nacimiento Bemrose, abriendo la puerta—. ¿Qué traman ustedes dos? ¿Dónde está esa lianta de Cristabel?

Digby y Veg se intercambian una mirada. No están seguros de la lealtad de Betty. Aunque ahora es el ama de llaves de Chilcombe y está casada con el pacífico señor Brewer, sospechan que a quien reporta de verdad es a Rosalind.

—Buenos días, señora Brewer —saluda Digby, educado—. No tramamos nada.

Betty frunce el ceño y se cuelga de la cintura un aro lleno de llaves.

—Hoy no tengo tiempo para tonterías. Tengo que alimentar a ocho invitados hambrientos y su personal.

—Cristabel ha encontrado una ballena muerta, y debemos avisar a las autoridades —suelta Veg.

Betty se acomoda el vestido, gira su amplio y autoritario pecho y cierra con firmeza la puerta tras ella con un clic. Empieza a caminar a paso ligero hacia la cocina.

—Señorita Florence, creo haberle dicho que no tengo tiempo para tonterías.

Digby y Veg se miran entre ellos.

—Tendremos que volver a la playa y decirle a Crista que nos hemos encontrado con dificultades imprevistas —comenta Veg. Digby pone cara de poca convicción—. Vamos. Ella sabrá qué hacer.

***

Los niños vuelven a correr por el lateral de la casa, una vez más en dirección al bosque, pero los interrumpe una mujer imponente con el pelo teñido de rubio y una bata estampada, que va por el jardín con una boquilla y una copa de champán.

—Ah, hola —les dice. Su voz tiene un acento como estirado—. ¿Vosotros, ardillitas corredoras, sois los herederos de este lugar? ¿En qué dirección está el mar? Un baño antes de desayunar me tonifica. Siento que está cerca; hay un toque de sal en el aire.

Veg señala hacia el camino que atraviesa el bosque.

—Por ahí.

—Te doy las gracias. Pero, decidme, ¿adónde vais con tantas prisas?

—Hay una ballena muerta y... —empieza a decir Veg, pero se detiene cuando recibe un codazo de Digby.

—Lo dices en broma. —La mujer tiene una cara larga y expresiva, a la vez solemne y divertida, y parece haberse pintado ella misma las cejas. Se vuelve y grita a un grupo de gente que se ha juntado a una mesa en el exterior de la casa—: Estos niños dicen que hay una ballena muerta. ¿Sucede a menudo?

Digby exclama:

—Buenos días a todos. Crista ha reclamado la ballena para la familia Seagrave. No hay necesidad de que se preocupen.

—Demasiado tarde, amigo Digby. Si hay una ballena en la playa, ya tiene propietario —afirma un hombre que lleva un turbante, Perry, el amigo de Willoughby del ejército, que visita la casa con tanta frecuencia que los niños ya lo conocen como tío Perry.

—¿Propietario? ¿Quién?

—El rey, querido niño. Todo lo que va a parar a alguna playa de Inglaterra pertenece al monarca. Ballenas, delfines, marsopas. Si llegan a la orilla son «pescados reales». Es una ley que se remonta a tiempos de los sajones, si lo recuerdo bien.

—¿De verdad de la buena, tío Perry?

—Te doy mi palabra.

La mujer rubia da una palmada.

—Nunca voy a cansarme de esas excéntricas leyes inglesas. ¿Cómo es que hasta tenéis una sobre ballenas? Vaya, vaya, es de una absurdidad preciosa.

Desde la mesa, Rosalind le indica:

—Myrtle, querida, no pierdas el tiempo con los niños. Ven a desayunar. Quiero saber más sobre ese ruso que conociste en Francia.

La mujer avanza por la hierba en círculos, medio bailando, cosa que hace reír a los de la mesa.

Veg posa una mano en el brazo de Digby.

—Vas a tener que contarle a Crista eso del rey.

Él mira a su hermana con sus grandes ojos marrones.

—Ay, Flossie —dice—. No le va a gustar. No le va a gustar nada.

***

En la playa, Cristabel está sentada con las piernas cruzadas sobre la ballena, sosteniendo el asta para que se mantenga erguida, mientras la bandera, un pañuelo viejo con una versión dibujada a tinta del escudo de los Seagrave —un león rampante con corona—, ondea con la brisa. Bajo la línea recta del flequillo, la cara de la niña es decidida, resolutiva. Ahora la ballena está rodeada por curiosos, pescadores locales y gente del pueblo, que la tocan y hablan ruidosamente, mientras que los niños se suben a la cola y hacen como si montaran en ella. El señor Brewer y su perro siguen allí, además de unos cuantos sirvientes de Chilcombe. Comentan que va a venir alguien de la guarda costera, y quizás un fotógrafo de un periódico.

Digby y Veg se abren paso por entre el gentío. Cristabel observa la expresión del niño.

—¿Qué pasa, Digs?

Él niega con la cabeza.

—Malas noticias, me temo. Tío Perry dice que no puedes reclamarla. Dice que es del rey.

—¿Que qué es de quién?

—Del rey. Perry dice que todas las ballenas muertas son del rey Jorge.

—Es mía. Yo la he encontrado. El rey Jorge ni siquiera sabe que está

aquí.

—Perry dice que hay una ley. Lo siento, Crista.

—¿Cómo diablos puede haber una ley sobre ballenas muertas?

—Supongo que si eres rey puedes inventarte leyes sobre lo que quieras —responde Veg.

—¡Eso es lo más injusto que he oído nunca! —Cristabel arranca la bandera del cadáver y la lanza hacia las piedrecillas, donde es capturada con alegría por el spaniel del señor Brewer. El hombre se la coge tranquilamente de la boca y dice:

—No muchas cosas en esta vida son justas, señorita Cristabel. ¿Puede bajar ya? Debe de ser su hora de desayunar.

Digby añade:

—¿Vamos a desayunar, Crista? ¿No te mueres de hambre? Podríamos volver más tarde. —Se apoya, afable, contra la ballena y mira a su hermana.

Cristabel cierra los ojos y coloca las manos sobre la criatura que tiene debajo. Siente la brisa primaveral en su rostro, oye cómo las olas golpean las piedrecillas. Está cansada, hasta mareada, después de haberse mantenido despierta casi toda la noche. Eleva la mente por encima de los cuchicheos de la gente que la rodea y recuerda cuando, aquella misma mañana, se subió a la ballena y esta fue suya, ella la encontró y ella la reclamó. Esta gran criatura, su merecido tesoro, le está siendo arrebatada ahora por unas viejas reglas ridículas. Oye cómo Veg, muy por debajo, dice:

—Podríamos construir un foso alrededor de la ballena, Crista.

Cristabel abre los ojos y baja por el costado del animal hasta tocar tierra limpiamente, de pie. Camina muy rápida por entre el señor Brewer y la multitud curiosa y boquiabierta. Veg y Digby corren para alcanzarla mientras ella sube por el camino con los puños cerrados. Les habla sin mirarlos:

—Será suya, pero no debería. Las reglas siempre tienen que ser justas. Es lo inglés. Ahora me voy a casa porque tengo hambre, pero la ballena sigue siendo mía. Lo que quiero decir con eso es que va a seguir siendo mía. Solo tiene que ocurrírseme cómo conseguirlo, y si tengo que hablar directamente con el rey, que así sea.

La llegada del dios Poseidón

Marzo de 1928

La inclinación de los techos del ático daban a Cristabel una sensación de Alicia en el País de las Maravillas, como si fuese demasiado grande para la habitación. Tumbada en su estrecha cama, se imagina que le crecen las piernas hasta que los pies le salen por la ventana. Fuera hace sol, los grajos charlan en los árboles. Desearía estar en la playa con su ballena. Se pregunta qué rey bobo se habrá inventado las reglas sobre ballenas. Se pregunta por quien sea que haya escrito el libro de *Alicia en el País de las Maravillas*; también debía de estar un poco tocado de la cabeza.

—Quédese quieta, señorita Cristabel, por Dios —dice Maudie, que está al pie de la cama de la niña, intentando atarle las botas.

Con la cabeza en la almohada, Cristabel puede levantar los brazos y tocar el techo con las manos en la parte en que empieza a descender en diagonal hasta el suelo. Tanto el techo como las paredes han sido cubiertos recientemente con un papel pintado a rayas chillonas rojas y blancas, como si se tratara de la tienda de un circo. Según Rosalind es lo último.

Empieza a haber muchas cosas que son lo último. A Cristabel no le gusta ninguna. La bañera de cromo. El armarito de cócteles con puerta de cristal. La mesa de billar con tapete azul. El taburete de piel de jirafa. Las cosas que son lo último llegan a Chilcombe en cajas que entran transportistas sudorosos, y todo el mundo parece excitado, como si esa última cosa va a hacer que todo sea diferente, cuando en realidad todo, una vez colocado y ahogado por lo cotidiano, pierde enseguida la promesa que ofrecía. Lo último no sigue siendo último durante mucho tiempo. Porque son cosas demasiado modernas como

para encajar en una casa tan antigua, o bien porque no son lo bastante modernas como para evitar ser sustituidas, pasar a un segundo plano o acabar en la basura.

—En pie —dice Maudie, ahora una joven de veintidós años con brazos fuertes, cejas espesas y una mata de pelo moreno rizado apenas contenida por su gorrito de criada.

Ayuda a Cristabel a levantarse, le alisa la ropa y la cepilla. Le moja el pelo con agua y lo peina enérgicamente hasta que adopta su forma habitual redonda con puntas rectas como bordes repentinos que rodean su rostro siempre serio. A continuación, la obliga a comerse un bol gelatinoso de gachas, y por fin las envía a ella y a Veg al pasillo del ático que conduce hasta el aula, para recibir las clases de francés que les da su última institutriz, mademoiselle Aubert.

Mademoiselle Aubert es la sexta institutriz francesa que tienen las niñas. Rosalind insiste en que tengan una institutriz francesa, a pesar de que ellas se muestran muy eficientes en conseguir que siempre acabe despidiéndolas. Aunque Cristabel es la primera en admitir que acelera su salida de la casa, cree que el comportamiento errático de Rosalind es el principal responsable de los cambios tan rápidos en el personal de servicio de Chilcombe. Ha oído hablar de escenas de alcoholismo y de peticiones sin sentido. Los criados dicen que Rosalind se está gastando hasta el último penique del seguro de Jasper en muebles y diversión, pero que raramente se acuerda de pagarles a ellos su sueldo. Cristabel se lo ha contado a tío Willoughby.

—Rosalind no inspira el suficiente respeto en el personal.

—Cristabel, cariño, sabes que ella preferiría que no la llamaras Rosalind.

—No pretenderás que la llame madre.

—Supongo que no. ¿Tía? No me pongas esa cara de rabia.

Desde su pupitre en el aula del ático, Cristabel oye el ronroneo constante del último coche de tío Willougby, un Daimler deportivo, mientras avanza por el camino. Va a estar fuera todo el luminoso día, acelerando cuanto pueda, el mundo pasando a toda velocidad por su lado como si alguien hubiese hecho girar un globo terráqueo.

—Atención, señorita Cristabel, *s'il vous plaît* —dice mademoiselle Aubert, una joven adusta con la cara llena de lunares oscuros—. Deje el globo en paz. Es para el señorito Digby cuando le doy las clases de

geografía.

Cristabel hace girar el globo una última vez y mira cómo los países se funden en una mancha multicolor dominada por el rosa del Imperio británico, que contiene nativos y plantaciones de té y civilizaciones antiguas en las que el abuelo Robert acabó con revueltas y abrió tumbas y disparó a leones. Nadie intentó nunca evitarle que reclamara sus grandes tesoros. Cristabel se pregunta si él habrá tenido que discutir alguna vez con un rey. Por otro lado, ¿es posible disecar una ballena? Se hace la nota mental de preguntárselo al último tutor de Digby, que es un poco nenaza pero le resulta útil porque le proporciona información científica.

En el aula sin ventilación solo se oye el chirriar de la tiza de mademoiselle Aubert en la pizarra mientras escribe el verbo être, el zumbido de un moscardón que se golpea una y otra vez contra una ventana, y el *bump*, *bump*, *bump* rítmico de la bota de Veg contra una pata de su silla. También oye, mucho más abajo, a los criados abriendo y cerrando puertas en sus quehaceres. En algún otro lugar de la casa están Digby y su tutor, en un intento de dar coherencia a la educación llena de agujeros del niño antes de que en septiembre lo manden a un internado.

En el ático la atmósfera está cargada. Siempre hace demasiado calor o demasiado frío. En la habitación de las niñas solo hay una pequeña chimenea, con una rejilla de madera donde cuelgan sus ropas húmedas y una mecedora delante en la que las nanis han calmado a generaciones de berreantes niños Seagrave, los arcos crujiendo contra el suelo.

—¿Cree que tendríamos que dejar salir a esa mosca? —pregunta Veg.

—*Non* —contesta mademoiselle Aubert—. Vamos a practicar verbos hasta que aprendan a usarlos bien.

—¿Verbos? *Alors!* —exclama Cristabel, levantando los brazos en un gesto muy galo—. *Pourquoi?* Pobre de *moi*.

Veg suelta una risita.

—Muy divertido, señorita Cristabel —dice mademoiselle Aubert mientras se examina las cutículas de las uñas—. Muy inteligente, reírse de las clases. —La flemática institutriz se está revelando como una gran oponente. Ya ha durado más que todas sus predecesoras,

principalmente porque no muestra deseos de ser apreciada. Contempla todo gesto amistoso como una muestra de debilidad por parte de cualquier incauto que pretenda ser amable con ella. Willoughby dice que Rosalind ha contratado a la única chica francesa desagradable que ha conocido.

—Usted también debe de odiar los verbos —dice Cristabel.

Mademoiselle Aubert se cruza de brazos.

—Los verbos franceses son sencillos. Los verbos ingleses son difíciles. Si usted estuviera estudiando verbos ingleses, quizá tendría una razón para quejarse.

—¿Y por qué se molestó usted en hacerlo?

—Porque no soy perezosa. Usted, mademoiselle Cristabel, será como las damas inglesas que van a París a comprarse sombreros finos y gritan a las vendedoras en inglés y no entienden cuando las vendedoras les dicen en francés que van a cobrarles el doble por sus sombreros finos. Y no lo entienden porque fueron demasiado perezosas como para aprenderse los verbos.

—Odio los sombreros finos.

—Pero si alguien le dice que tiene usted cara de burro, quizá querría saberlo. —Mademoiselle Aubert da un golpecito en la pizarra —. *Être*.

—¿Cómo se dice «burro» en francés? ¿Es *baudet*? ¿Cómo se dice que «tienes la cara de un burro»?

—*Être*.

—*Vous visage de baudet*?

—Sin los verbos adecuados, sus insultos sobre burros siempre caerán en saco roto.

Cristabel fija un momento la vista en su pupitre. Y entonces, en voz apagada:

—Muy bien. Voy a aprenderme los verbos. Pero solo para insultar correctamente a la gente.

La inescrutable mademoiselle Aubert mira por la ventana mientras enrolla lentamente un libro de ejercicios.

—*Être* —repite, y se encarga del moscardón con un golpe certero.

***

Tras muchas horas interminables llega la del almuerzo. Mientras dan cuenta de un poco apetitoso menú de estofado con patatas hervidas seguido de pudin de leche, Cristabel intenta debatir los viajes en el tiempo con Veg: ¿podría un científico inventor crear una máquina que, mediante palancas y engranajes, las hiciese volver a ayer?

—Ayer no me gustó —responde su hermana—. Nos dieron ciruelas. —Pone cara muy seria, frunce el ceño.

—A mí tampoco me gustó, pero sería para hacer avanzar la ciencia —replica Cristabel—. Imagínatelo: si volvieras a ayer, podrías verte a ti misma.

—¿Verme a mí misma? —Ahora Veg parece alarmada.

Cristabel continúa:

—O podrías volver a los tiempos de los sajones y exigirles que cambien las reglas sobre las ballenas porque son injustas.

—Basta de historias sin sentido —dice mademoiselle Aubert, para quien la mayoría de las historias carecen de sentido.

—¿Cómo se dice «ballena» en francés? —pregunta Cristabel.

—*Baleine*.

—¿Cómo se dice «injusticia» en francés?

—Cómase el pudin.

***

Las tres salen a dar su paseo de después de comer. Las niñas siguen hasta abajo a mademoiselle Aubert y atraviesan el Salón de Roble, que ahora, bajo la jurisdicción de Rosalind, está repleto de alfombras caras de piel, sillones curvos hechos de un material cremoso y brillante madera con incrustaciones, y mesillas que sostienen lamparillas decorativas, revistas y ceniceros. Los viejos candeleros de latón han sido retirados de las paredes y sustituidos por lámparas eléctricas redondas de cristal. Donde antes había tapices de batallas ahora hay espejos con marcos muy recargados. El piano de cola ha sido colocado en el centro de la sala y se le han puesto encima fotografías enmarcadas de gente vestida de tenis, además de un alto jarrón de flauta lleno de flores vagamente carnívoras.

Pero, aunque a la altura de tierra el espacio ya no parece un salón

medieval, sus remotas partes superiores, con sus paneles de madera oscura, siguen transmitiendo un aire de austeridad. La luz que entra por la nueva cúpula de cristal parece tardar una eternidad en caer hasta los muebles modernos, de la misma forma que una columna de luz se ralentiza al pasar por las profundidades del océano, del mismo modo que un cambio en las leyes se ralentiza a su paso por la Cámara de los Lores.

Fuera hace buen día. Mademoiselle Aubert le ajusta el sombrero a Veg para que no le dé el sol en la cara, y cruzan el jardín. Cristabel va delante, a paso marcial, llevando un cubo, Veg la sigue y canturrea para sí misma, y mademoiselle Aubert va a la cola. Siguen una ruta más larga, ya que la institutriz insiste en evitar el camino que las llevaría a la playa y hasta la ballena en descomposición, que a ella la pone *enfegggma*.

***

La estancia de la ballena en Dorset no ha sido fácil. Unos días después de su aparición en la playa, un hombre muy uniformado del Servicio de Guardacostas de Su Majestad acudió desde Portland para colocarse al lado de la cabeza del animal y anunciar que lo anexionaba a las posesiones del rey; aunque pronto quedó claro, después de una serie de telegramas amables intercambiados con el personal de palacio, que el rey no pensaba pasar a buscar aquella nueva adquisición.

El oficial uniformado anunció a continuación que iba a subastar la ballena en nombre del monarca. Cristabel protestó sonoramente y fue llevada a la casa por madamoiselle Aubert, donde la niña se puso a escribirle cartas al rey en las que se comparaba a sí misma con el mayor explorador de Inglaterra, el capitán Scott, que consiguió llegar al Polo Sur con heroicos esfuerzos solo para descubrir que los traicioneros noruegos ya habían clavado su bandera. No recibió respuesta.

A Cristabel la asqueó saber por el señor Brewer que las pujas en la subasta fueron mediocres, y que por fin la ballena fue adjudicada a un maestro retirado de Affpuddle por treinta libras. El maestro en cuestión dijo al periódico local que exhibiría el esqueleto en su jardín y

daría conferencias sobre la más grande de las criaturas de Dios. A continuación, acudieron unos carpinteros con largas tijeras y sierras para deshuesar a la criatura en cuestión, y los niños Seagrave se sumaron a la multitud que se juntó en la playa para ver su macabro trabajo.

Fue un espectáculo perturbador. Hombres con botas de goma arrastrándose por el lomo de la ballena, serrando los huesos del elegante cuerpo como si se tratase de un gigantesco jamón, la sangre manando y manchando las piedrecillas de debajo. Pero resultó que el maestro jubilado no había discutido sus ambiciosos planes con su esposa, y finalmente el animal no iba a tener un nuevo hogar en Affpuddle. La autopsia cesó y los hombres de las botas de goma se fueron entre gruñidos al pub. Pagaron a unos niños del lugar por transportar los trozos sueltos de ballena en carretillas hasta el pueblo, desde donde el sebo fue conducido al mercado de Dorchester en carro y vendido para hacer jabón, mientras que los órganos fueron a parar a diferentes aficionados a la caza para dárselos de comer a sus perros.

A pesar del olor cada vez más gaseoso, lo que quedó de la parcialmente desmembrada ballena se convirtió en una curiosidad popular. Unos estudiantes de zoología acudieron de visita y la identificaron como una *Balaenoptera physalus*, ballena de aleta o rorcual común, espécimen macho anciano muy alejado de su hábitat. Confusos por su varamiento, desarrollaron la hipótesis de que había chocado contra un barco. Con la podredumbre la cabeza empezó a deshincharse, abriendo la mandíbula y mostrando unos bordes puntiagudos en vez de dientes. Los estudiantes dijeron que eran de un material, parecido a un montón de plumas unidas entre sí, que se llama «barba» y hace de filtro del agua marítima, actuando de forma parecida al mostacho de un caballero con la sopa.

También les informaron de que la barba se usaba para fabricar los broches de los corsés victorianos, cosa que encantó a los niños; les divirtió pensar que se usara mostacho de ballena para apretar las cinturas de las mujeres. Las viejas fotografías de las abuelas Seagrave pasaron a ser contempladas a una nueva luz: bajo sus vestidos de cuello alto llevaban dientes atados a la cintura, como los caníbales.

Mientras los estudiantes seguían con sus explicaciones sobre los productos derivados de las ballenas y cómo estos habían resultado

cruciales para la evolución humana a lo largo de los siglos, Cristabel posó suavemente una mano en un costado de la troceada criatura. Le resultaba difícil imaginarse cómo podía ver hacia dónde nadaba con ese pequeño ojo lateral que era más como una escotilla de un barco de pasajeros, apenas útil para percibir las cosas que iba dejando atrás.

Casi todas las noches soñaba con la ballena. En esos sueños volvía a ser la triunfante descubridora, con el animal, bello y entero, a sus pies. En ocasiones estaba viva y ella la montaba y cruzaban juntas el océano, reina de los mares justamente resucitada.

***

Cristabel piensa en esa clase de cosas, en ballenas y sueños, cuando Veg, mademoiselle Aubert y ella llegan por fin a la orilla. Distinguen los restos de la criatura a poco menos de un kilómetro.

Mademoiselle Aubert, el sol de la tarde grabando líneas oscuras en su rostro, se apoya en una gran roca y cierra los ojos.

—Encuentren cosas que poner en el cubo, chicas. Recojan conchas para madame Rosalind.

Esta es su ocasión. La experiencia les ha enseñado que mademoiselle Aubert es capaz de quedarse dormida a los cinco segundos de cerrar los ojos; si son rápidas, pueden alcanzar la ballena antes de que se despierte.

—Corramos —susurra Cristabel, soltando el cubo y agarrando a Veg de la mano. Salen corriendo, con las piedrecillas agitándose y moviéndose peligrosamente bajo sus botas.

Pero, al acercarse, Veg hace detenerse a Cristabel; hay unos niños trepando por la ballena. Cuatro o cinco niños que se mueven por ella como si fueran cangrejos, desnudos como salvajes, sus pieles brillando al sol. Cristabel los mira con furia. Le duele ver a su criatura conquistada de esa manera; es como ver piratas a bordo de un navío británico. Uno de ellos está sentado en una costilla con los pies colgando, y les devuelve la mirada. Están todos empapados, con largos cabellos que les cuelgan a tiras sobre los hombros, y trepan con la agilidad de los famosos monos de Gibraltar.

Veg, sorprendida y sonrojada, susurra:

—¿Qué hacen?

Pero aún les esperan más sorpresas. Y es que en ese momento oyen una voz atronadora que llega del mar. Hay un hombre barbudo entre las olas, al que también le falta la ropa, y que grita:

—¡El agua está divina!

Por un momento Cristabel cree que es el dios Poseidón, emergiendo de las profundidades saladas para llevárselas en su carro, pero entonces oye otras voces que contestan. Se gira y ve a dos mujeres que dan saltitos en camisa y pantaloncitos cortos. Llevan toallas, y una de ellas, que carga con una canasta, la deja caer ruidosamente.

—¡No tan divina como el champán, seguro! —exclama.

—¡Ja! —grita Poseidón. Su voz resuena y se aleja por el mar—. ¡Muy bueno! —Se deja caer con los brazos abiertos y flota en el agua clara.

Una de las mujeres se acerca a Cristabel y a Veg, y las saluda levantando una mano.

—Hola. No creo haber tenido el placer.

Veg apenas es capaz de soltar chillidos como un ratón, así que ha de ser Cristabel quien anuncie que son los niños Seagrave.

—¿Vivís aquí? —pregunta la mujer apartándose el pelo, que es corto como el de un chico.

—Vivimos en nuestra casa, Chilcombe —contesta Cristabel.

La otra mujer exclama desde más lejos:

—¿Esa niña ha dicho Chilcombe? ¿No es ahí adonde fue a parar Rosalind Elliot? Seguro, me lo dijo mi madre.

—¿Rosalind Elliot? ¿Tan lejos de Londres? —replica la primera mujer—. Inconcebible.

—Querida, eso es justo lo que pensé yo.

—¿Y qué diablos está haciendo por aquí? ¿Abrir bazares?

Ante la mención, Veg reúne valor y anuncia:

—Rosalind es mi madre.

—¡Esta sí que es buena! —exclama la primera mujer—. Tenemos que ir a visitar a Ros, averiguar cómo es que le ha dado por la vida salvaje. Supongo que no habrá tenido alternativa.

—Qué mala eres, Hilly —dice la otra—. Igual que el olor de esa ballena pudriéndose. ¡Qué asco!

—Es que ahí te lo trae el viento directamente. Ven conmigo.

Cuando tiene a las dos mujeres más cerca, Cristabel ve que son casi idénticas, delgadas, sin apenas pechos, todo aristas y clavículas, con el pelo corto apartado de sus caras angulosas; mujeres hechas de líneas rectas, como en las ilustraciones de las revistas de Rosalind.

Poseidón sale del océano entre espuma y va hacia la orilla. Gran parte de su ancho cuerpo está cubierto de pelillos rizados, que se hacen más densos en la parte baja de su estómago.

—¡Hola! —exclama, saludando con un brazo a las Seagrave—. ¿A quiénes tenemos aquí?

Cristabel no sabe qué hacer; no está familiarizada con el protocolo para dirigirse a un hombre peludo desnudo. Veg resuelve el dilema cubriéndose la cara con las manos y diciendo:

—Somos Florence y Cristabel. ¿Tú quién eres?

Cristabel, molesta porque su hermana ha hablado antes que ella, decide fijarse únicamente en la barba del hombre, pero cuando levanta la vista ve que esta avanza directamente hacia ella.

—Esta niña tiene una cara —dice— que por un momento me ha hecho dudar de si Anna Akhmatova nos ha estado siguiendo. —Extiende una mano húmeda y resigue la mandíbula de Cristabel, como una venda para el dolor de muelas—. Tendría que pintarte. —Por un momento ella cree que se refiere a redecorarla, a cubrirla de pintura hasta convertirla en una estatua sin ojos. En la distancia oye los gritos, como zumbidos de mosquito, de mademoiselle Aubert.

—Tenemos que irnos —dice Veg desde detrás de las palmas de sus manos, y da unos pasos atrás—. Es nuestra institutriz. Se ha dado cuenta de que no estamos, así que no tienen que intentar retenernos.

El hombre desnudo sonríe, benevolente, y abre las manos.

—Siempre es así, ¿no? En cuanto nos conocemos nos separamos.

Tiene el pelo negro, que empieza a escasear, echado hacia atrás, mostrando una frente prominente y unos ojos oscuros hundidos.

Tiene las mejillas rectas de un boxeador y un cuello de toro.

—Perdonen, pero esta es nuestra playa —dice Cristabel—. Es nuestra playa y esos niños están en nuestra ballena.

—¿La ballena es vuestra? —pregunta una de las mujeres—. ¿No podríais hacer algo con ese olor?

La otra mujer añade:

—No os preocupéis, niñas, conocemos a vuestra madre. Vamos a

hacerle una visita. Rosalind va a quedarse de piedra.

—Pues sí. —La primera mujer rodea con su brazo la cintura de la otra, y así se quedan, unidas. Más allá, los niños salvajes saltan en la ballena. Uno de ellos les saca la lengua.

—Rosalind no es mi madre —murmura Cristabel, ignorando cómo Flossie le tira de la manga.

Para entonces mademoiselle Aubert se está acercando, sus fuertes piernas impulsándola por encima de las piedrecillas.

—*Alors!* ¡Criiistabel! ¡Flooorence! ¡Alejaos de esa repugnante ballena!

El hombre, que ha cogido una toalla y se la ha envuelto a la cintura, mira en dirección a ella, interesado.

—*Bonjour* —saluda, añadiendo con fuerte acento francés—: ¿Qué pitanza le pagan por perseguir a estas niñas?

Mademoiselle Aubert le suelta en su lengua natal:

—Perdóneme, pero eso no es asunto suyo, monsieur.

—¿Tanto? —replica él, aún en francés—. Es todo un privilegio, ¿no? Que una sirvienta siga a los hijos de los ricos en un día tan glorioso como este.

Mademoiselle Aubert se acerca aún más, sin aliento.

—No soy ninguna sirvienta, monsieur. Soy de buena familia.

—No lo dudo, mademoiselle. Yo también soy de buena familia. Tengo una casa preciosa en la mejor ciudad de Rusia. El año pasado mi hermano conducía un taxi en París y yo pintaba retratos de las mujeres de los ricos a las orillas del Sena, y ninguno de los dos sabíamos si nuestros padres estaban vivos o muertos. Así son los tiempos modernos, ¿eh? Vernos aquí, en las playas de los británicos...

Mademoiselle Aubert frunce el ceño ante ese curioso desconocido que habla su idioma, y vuelve a su lento inglés.

—¿Conoce París?

—Tanto como conozco los cuerpos de mis amantes —responde él en la misma lengua.

A mademoiselle Aubert se le hunden aún más las arrugas del ceño fruncido.

—Yo vivía allí.

—Entonces tenemos que hablar de París. Es la única ciudad verdadera, ¿no?

Mademoiselle Aubert se cruza de brazos.

—Para usted, quizá. Para mí, ya no.

—Pero ¿por qué? —Mademoiselle Aubert lanza un gruñido. El hombre la observa atentamente—. Déjeme adivinarlo. Su familia ya no es lo que era. Ha pasado por malos tiempos. —Ella asiente, y él continúa—: Antes de eso, una vida de placeres. Una buena casa.

A mademoiselle Aubert se le escapa una risa amarga.

—En Faubourg Saint-Germain. Flores frescas cada día del año.

—Faubourg Saint-Germain, ¿eh? Y ahora usted persigue niñas. *Ach*. ¿Qué destino terrible sufrió la casa de las flores?

—Eso, monsieur, no es asunto suyo —insiste.

—No, no lo es —admite él cordialmente.

Mademoiselle Aubert mueve la mandíbula de un lado al otro.

—No me tome por estúpida.

—No lo hago.

—No fue por necedad que perdimos la casa.

—¿A quién se le ocurriría algo así?

—Mi padre murió como héroe en el Marne. No creía que fuera a morir.

—Los héroes nunca lo creen.

—Ahora mi madre vive encima de una tienda en la *rue* des Rosiers. Se dedica a coser. Confía en que un hombre rico la despose y restaurar nuestra familia. Pero ya está mayor y no es la que era.

Cristabel y Veg se quedan mirando a mademoiselle Aubert. Nunca la habían oído hablar tanto. Hasta entonces la han visto como un impedimento sólido con un vestido negro que no la favorece nada, no como a una persona, y menos como a una persona con historia. Qué intrigante oír sobre gente que vive en buenas casas de París y madres venidas a menos que cosen; y es que de Francia solo saben que es un lugar donde los soldados del Imperio entregaron valientemente sus vidas durante la Gran Guerra, y donde Rosalind y Willoughby van para huir de los niños, y ninguna de esas dos cosas sugiere que la población del lugar haga nada interesante.

—El reloj avanza muy lento para quienes esperan el regreso del pasado —dice el hombre, y extiende un mano—. Soy Taras Grigorevich Kovalsky. Es un honor conocerla.

Mademoiselle Aubert, sus ojos reducidos a desconfiadas cabezas de

alfiler, duda y se toca el lunar del labio superior, hasta que por fin extiende también su mano a Taras Grigorievich Kovalsky, y no parece sorprenderse en lo más mínimo cuando él se inclina para besársela.

—Soy mademoiselle Aubert —anuncia por encima de la cabeza del hombre—. Ernestine Aubert.

Una de las rubias, viendo cómo Veg observa con los ojos como platos, comenta al margen pero en voz alta:

—Todo el mundo acaba contándole su vida a Taras, querida. Normalmente antes de acceder a quitarse la ropa para él. Es un bicho muy hábil; ya lo verás.

Mademoiselle Aubert se queda mirando a la mujer, y entonces coge a Veg de la mano y la lleva de vuelta a la orilla mientras dice:

—*Au revoir,* monsieur Kovalsky.

Monsieur Kovalsky, el dios Poseidón, pintor de retratos, hábil bicho, despide con el brazo a mademoiselle Aubert y a Veg, y después dirige su cálida sonrisa a Cristabel, y es como si fuese una sonrisa totalmente habitual, la continuación de una serie de sonrisas previas. Señala con la cabeza hacia la ballena.

—He venido por esa criatura. Quiero pintarla en un cuadro. Tú dices que es tuya. —Sus ojos son negros y brillantes.

—Yo la descubrí, monsieur —confirma Cristabel.

—Tienes derecho a reclamarla.

—Exacto.

—¿Me das tu permiso para retratarla?

Ella piensa un momento, y por fin responde:

—De acuerdo. *Oui*. Le doy mi permiso. Pero haga que esos niños se vayan. Deberían tratarla con respeto.

—Así será. —Une las manos—. *Merci*.

—*De rien* —dice Cristabel—. Espero que sea un retrato excelente.

Monsieur Kovalsky se da la vuelta.

—Y yo espero que nuestros caminos vuelvan a cruzarse, guardiana de la ballena.

Cristabel corre tras Veg y mademoiselle Aubert. Mira atrás una única vez, y ve al señor Kovalsky que bebe de una botella de champán con la cabeza echada hacia atrás, mientras las dos mujeres se quitan la camisa la una a la otra. Entonces él suelta un grito a los niños salvajes, y estos desaparecen de la ballena como si se los hubiese llevado

volando la fuerza del grito.

***

Durante las clases de la tarde Cristabel sigue viendo en su mente a monsieur Kovalsky; se ha quedado con su imagen como con una concha que hubiese recogido de la arena. Mademoiselle Aubert —¡Ernestine!— está igualmente distraída. Cristabel y Veg la ven mirar por la ventana y canturrear en voz baja una melodía que desconocen. Les pide que den respuesta a las preguntas «¿Está lejos la estación del metro?» y «¿Cuánto por estos bellos tulipanes?».

Las mujeres rubias habían hablado de Rosalind y de visitar Chilcombe. Pero Cristabel no va a compartir la información, el posible encuentro, con la urraca de Rosalind, porque entonces Rosalind querría que monsieur Kovalsky y sus extrañas compañeras fueran lo último. Rosalind, con su cabeza ladeada y sus garras. No; Cristabel va a guardarse ese tesoro, ese brillante descubrimiento, tanto como pueda. Es una concha que esconde cuidadosamente entre sus palmas, sus palmas cerradas como las de alguien que espera a aplaudir.

Bienvenidos a Chilcombe

Abril de 1928

Hace demasiado calor como para quedarse dentro. Mademoiselle Aubert tiene la tarde libre y la pasa escribiendo cartas, presumiblemente de protesta, así que Cristabel y Veg han ido hasta el cabo de caliza que delimita por el este el mundo que conocen: Ceal Head. Es un saliente de ciento cincuenta metros de altura al final de su playa, que se adentra en el océano y de perfil parece el largo morro de un dragón durmiente. Los flancos reclinados del dragón están cubiertos de vegetación verde y marrón, con trozos blancos de la caliza que asoman cual viejos huesos.

A veces, acuden a Ceal Head grupos de estudiantes para golpear las rocas con martillitos en aras del conocimiento científico. Las formaciones rocosas del lugar son un aliciente para quienes están interesados en las formaciones rocosas, y para el tutor de Digby. Este —el tutor— está ahora rebuscando fósiles en la base del acantilado; es como una cerilla doblada bajo el blanco rostro de la historia. Digby está a su lado, distraído, con un cubo en la mano.

Las niñas Seagrave siguen un camino curvo que sube por Ceal Head, siempre cerca del borde, y miran abajo, un montón enredado de flora salvaje que va de lado a lado de la base del cabo, donde oyen charlar a las palomas torcaces con sus insistentes *cu-cu-cus*, y a las collalbas muy ocupadas en sus *snip-snip-pip*, *snip-snip-pip*. A veces, ven pardillos cantantes en equilibrio precario sobre las ramas más altas de los arbustos de tojo, que les ofrecen sus melodías casi susurradas.

A medida que Cristabel y Veg ascienden encuentran cada vez menos árboles por el camino, y los que quedan son enjutos y están

ladeados por el viento. A los árboles más expuestos a los elementos les conviene replegar las velas, piensa Cristabel. Le gustan las cosas con formas adecuadas a sus cometidos. Mira atrás y ve a un grupo de adultos que han preparado un pícnic en la playa, a una prudente distancia de su ballena. Su playa es conocida en el lugar como Chilcombe Mell, pero como los niños Seagrave no conocen más playas no necesitan ponerle ningún nombre. Cristabel distingue a Willoughby y Perry. No se molesta en intentar identificar a los demás. Quiere seguir caminando hasta que se vuelvan tan pequeños que desaparezcan.

—Acelera el paso, Veg —dice—. Cuando yo tenía tu edad subía esta colina sola.

***

—Ese tutor no es ningún holgazán —afirma Myrtle, la poeta americana, mientras remueve su bebida y mira por la playa hacia el hombre que escarba en las paredes—. A mí todas las rocas me parecen iguales.

El pícnic ha sido consumido principalmente por los hombres del grupo, junto con varias botellas de champán; hay más de estas medio enterradas entre los cantos de la orilla. Es un día húmedo y el agua está cristalina e inmóvil. El cielo y el mar son de un color gris traslúcido, y se funden el uno con el otro en el horizonte, creando una pared lisa completamente igual, como si no existiera ningún otro lugar adonde ir.

Willoughby, tumbado de espaldas con un traje de baño a rayas, dice:

—Myrtle, ¿llevas unos pantalones de pijama de hombre? ¿Has saqueado el armario de Perry?

—Ella es bastante más alta que yo —replica Perry mientras aparta a las moscas. Presenta una figura fuerte, delgada y ascética, y es pelirrojo y pálido, con el fino pelo de un anadón y un ligero silbido en sus eses. Myrtle se ríe.

—Mira que te gusta provocar, Willougby. Son pijamas de playa de seda. Los compré en Niza.

—¿Cuándo estuviste en Niza? —pregunta Rosalind, con una suave voz que sale de debajo de un parasol.

—Tengo una villa en la costa, así que voy cuando siento deseos de bañarme en su luz exquisita —responde Myrtle, apoyada en sus largos brazos extendidos hacia fuera—. Pero últimamente se llena mucho. Estoy pensando en pasar a Italia, a algún lugar menos *en vogue*.

Rosalind asiente.

—El año pasado, la mitad de la gente en Cowes eran extranjeros. ¿A qué parte de Italia te irías?

—Venecia, Roma, Verona. Mi corazón me guía y yo lo sigo como un perro.

—Tienes que leernos más de tu poesía, Myrtle. Quizás esta noche.

—Eres muy amable, Rosalind. Será un honor compartir mis palabras con vosotros.

Willoughby se da la vuelta y oculta el rostro.

***

Al llegar a la cima de Ceal Head, Cristabel y Veg contemplan el mar. Está quieto como un estanque. Si miran por el borde pueden ver debajo a un cernícalo, que también permanece inmóvil cerca de la pared del acantilado.

Eso de estar más altas que el vuelo de los halcones tiene un algo especial. Ven a kilómetros y kilómetros de distancia. Hacia el este, la orilla desciende y se eleva hasta perderse, hay calas cerradas y parches de caliza; Cristabel se ha jurado conquistarlo todo en cuanto le permitan ir más allá de Ceal Head. Hacia el oeste las vistas son menos espectaculares pero más familiares. Ven las chimeneas de Chilcombe y, corriendo por el camino de la costa hacia ellas, a Digby, que escapa de su tutor.

Más allá de Chilcombe hay mucho terreno inexplorado. A lo lejos, en el horizonte, se encuentra el pueblo marinero de Weymouth y la isla de Portland, conectada por un camino de piedrecillas y compuesta (según creen erróneamente las niñas tras haber oído una conversación sobre sus famosas canteras) enteramente de roca, un lugar desolado y con una superficie lunar.

En ausencia de ninguna clase de educación sistemática, el conocimiento del mundo de los niños Seagrave es un remache de diferentes fuentes que han creado un ocasionalmente útil monstruo de Frankenstein de la información. Se saben los nombres de la mayoría de las mariposas (Perry), cómo desollar un conejo (Maudie), que no deben comer moras en octubre, cuando el Diablo ha escupido en ellas (Betty) y la ruta más corta hasta el pub (Willoughby). Pero no conocen a nadie del pueblo (Rosalind cree que no sería apropiado) o cómo es vivir allí (solo entran para sacar a Willoughby del pub), o qué hay más allá de Ridgeway aparte de Londres, el rey y un salón de té en Dorchester adonde los lleva Willoughby por sus cumpleaños para comer bollos azucarados.

En cuanto al resto del globo, podrían decir que Francia está cruzando el Canal, además de la extensa desolación de la Antártida, el salvaje Oeste y los jardines colgantes de Babilonia, aunque no tienen mucha idea de qué hay en estos últimos. De vez en cuando Digby comparte con ellas fragmentos truncados de lecciones de sus tutores, pero esas aisladas ínsulas de educación son olvidadas al poco, salientes cubiertos por la niebla del latín o el álgebra y dejados para los pájaros.

Lo que sí tiene su educación parca en hechos es una gruesa capa de ficción. Sus posesiones más preciadas son los libros, muchos liberados del estudio por Cristabel durante los gloriosos meses de libertad a la muerte de su padre, cuando todos estaban demasiado afligidos y ella podía hacer lo que quería en la casa.

Además de sus estimados mitos griegos y sus historias de aventuras, tienen un ejemplar de *Las aventuras de Alicia en el País de las Maravillas*, abandonado por una de las institutrices que se fueron; también fueron nombrados copropietarios de un *Relatos de Shakespeare* y una edición ilustrada de *La tempestad* que su madre le regaló a Digby las pasadas Navidades. Usan esos libros para montar producciones en su teatrillo de cartón con un elenco de muñecos de calcetín, además de para representar escenas en el ático, usando una sábana colgada a una cuerda de tender mediante pinzas para la ropa como telón. *La tempestad* siempre está protagonizada por Digby en el papel de Ariel, el espíritu sílfide y Veg como objeto romántico y una impresionante Cristabel como Calibán, que añade espectacularidad a su interpretación de la grotesca criatura esclava llenándose los

mofletes con nueces para deformar su rostro.

—Detened vuestros caballos, puercos señores —exclama Digby al llegar a la cima sin apenas aliento para unirse a ellas.

—Haríais bien en dirigiros a nosotras con educación, insolente bellaco —replica Cristabel, arrancando una rama del suelo y amenazándolo con ella como si fuese una espada.

Digby se detiene a atarse al cuello la toallita del té.

—¿Cómo os atrevéis a dirigiros al valiente Robin Hood con ese tono? —Corre hacia Veg y la agarra de la mano—. ¡Bella Marian, venid a seguir el camino de los contrabandistas! ¡Volaremos hacia nuestra libertad!

Sus libros más queridos han sido leídos tantas veces que solo tienen que mirar las cubiertas para recordar lo que hay dentro. Pero los mundos que contienen el interior de los libros no se quedan entre las cubiertas; se filtran por ellas y se entremezclan con la geografía de sus vidas. Los niños están seguros de que uno de los caminos de Ceal Head es el que usan los criminales en el libro *El diamante de Moonfleet* (*Comienza donde la base se convierte en pared de caliza y asciende tortuosamente hasta la cima. Los pastores lo llaman el Zigzag, y...*).

— «... hasta las ovejas pierden el equilibrio allí, y no he oído más que de un hombre que lo haya escalado» —dice Digby en un ferviente susurro, arrastrando consigo a Veg.

—No quiero, Digby —se opone Veg—. Voy a resbalar.

—Entonces mantén la guardia en la cumbre y usa bien tu mosquete, chica —replica Digby.

***

El diamante de Moonfleet, con sus relatos de mares enloquecidos y barcos hechos pedazos contra los escollos, también es responsable de la idea de Cristabel de que el muro de piedrecillas que se extiende entre Weymouth y Portland es lo único que contiene al otro lado a un océano lleno de tormentas enfurecidas. Le gusta imaginarse lo que pasaría de romperse el muro, cómo las olas llegarían rugientes hasta el final de la bahía, un ejército de mil soldados.

Durante las noches más violentas se dirige a la ventana del ático y

les dice a Veg y a Digby, con tono de negro presagio, que «esta noche oigo las olas. Solo nos cabe rogar por que el muro resista». Y al pronunciar las palabras ella misma cree que son ciertas, y una terrible emoción le recorre la columna, una excitación especial y poderosa que se acrecienta cuando ve que Veg ha cerrado los ojos y ha unido las manos para rezar.

—Tendrías que intentar dormir —dice—. Yo vigilaré.

Digby asiente, solemne, mientras se abotona el pijama.

—Después yo os tomaré el relevo, capitán.

***

El camino de los contrabandistas de Ceal Head está cerca de una hilera de cabañas de ladrillo rojo pertenecientes a los guardacostas, colgadas por encima del nivel del mar, afrontando con decisión todos los frentes meteorológicos que soplan desde el Canal. El guardacostas jubilado que vive en una de las cabañas está en su jardín, con unos prismáticos en la mano. Él y Cristabel se intercambian gestos de asentimiento.

—He visto algo que puede resultar de vuestro interés, señorita Cristabel —dice el hombre, mientras él y Veg corren a unírsele, él con la capa ya atada al cuello.

—¿Y qué es, Jim? —le pregunta Cristabel.

—Un hombre con una barba de apariencia extranjera va hacia vuestra casa. No parece un pedigüeño, pero nunca lo había visto antes por aquí. Iba acompañado por unas mujeres. Llevaban pantalones. Buenas tardes, señor Digby, señora Florence.

—Buenas tardes, Jim —saluda Digby—. ¿Cómo está tu esposa?

—Está mejorando, Digby, y eso es como para estaros agradecidos. ¿Qué lleváis ahora en vuestra cabeza? ¿Volvéis a jugar a cruzados?

—Es un disfraz maestro —susurra Digby.

—¿Cuándo visteis a ese hombre, Jim? —pregunta Cristabel.

—Hace no más de cinco minutos.

Cristabel mira por el precipicio hacia la playa. Los adultos siguen allí, tumbados como cuerpos que hubiesen caído desde las alturas.

—Muchas gracias, Jim.

—No ha sido ninguna molestia, señora. Iba a mostraros mis nudos marineros, pero no os molestaré si vais a partir ahora.

—Os ruego perdón, Jim, pero esta parece una cuestión de cierta urgencia. Venga, Veg, en marcha.

—¿Por qué siempre hay que correr? —pregunta la hermana menor —. ¿Por qué no podemos quedarnos sentados un rato? Ahí hay un lugar bonito para descansar.

—No hay tiempo para debilidades —contesta Cristabel—. Es monsieur Kovalsky. Va a Chilcombe.

—¡Partamos, pues! —clama Digby, y emprende el camino, dando un salto cada tres pasos.

***

En la playa, Perry pregunta:

—¿Esos de ahí arriba son tus hijos?

Rosalind examina el acantilado desde su parasol.

—No los distingo.

—Están bajando por el camino a toda velocidad. Creo que son los tres.

Willoughby, aún con la cara contra las piedrecillas del suelo, dice:

—Venga, Perry, sabes que Rosalind solo tiene un hijo, un niño llamado Digby. Esas niñas no tienen nada que ver con ella.

—Confieso haberme perdido sobre quién es hijo de quién —dice Myrtle—. ¿La más pequeña es tuya, Willoughby? ¿La que siempre sonríe? Es encantadora.

Willoughby se levanta y empieza a caminar hacia el agua.

—¿Te apetece un baño, Perry?

—Encantado, viejo amigo. El ambiente está insufriblemente cargado.

Rosalind dice:

—Myrtle y yo vamos a volver a la casa, a vestirnos para la cena.

—Me pareció que eran los niños —dice Perry, que se pone en pie y se limpia las piedrecillas de las piernas—. Pero ya no los veo.

Willoughby desaparece bajo el agua.

***

A mitad del descenso por el camino, Cristabel, Digby y Veg giran a la derecha para seguir un atajo. Trepan un muro de piedra y corren por los bosques que rodean Chilcombe. Entonces oyen una risa muy característica.

—En el jardín delantero —dice Cristabel, y echa a correr aún más rápido—. Monsieur Kovalsky está en el jardín delantero.

Y sí, lo está, del todo: tumbado en él, boca arriba. Las dos mujeres de pelo corto beben y fuman sentadas a la mesa. Llevan ropas muy masculinas a juego, con tops a rayas y pantalones holgados. Blythe, que sostiene un sifón de soda, está de pie, cerca, con Maudie, con expresiones de cierta preocupación e intenso interés, respectivamente.

—¡Hurra! Han llegado los niños. Ellos confirmarán lo que les hemos dicho —afirma una de las mujeres.

—Señor Digby, señorita Cristabel, señorita Florence, estos visitantes han acudido a ver a la señora Seagrave. Dicen que ya los han conocido a ustedes —explica Blythe.

—Muy bien —responde Cristabel—. Es cierto. Gracias, Blythe.

Al oír la voz de la niña, monsieur Kovalsky se yergue hasta quedar sentado en el suelo. Lleva una camisa abierta y pantalones sueltos de pana. En sus pies desnudos hay churretones de pintura.

—La jovencita ha llegado —dice—. La cuidadora de la ballena, con la cara de Akhmatova.

Cristabel levanta la barbilla y atraviesa el jardín hacia él. Extiende una mano y, cuando él la toma en la suya, la estrecha con firmeza.

—Cristabel Seagrave —dice—. Bienvenidos a Chilcombe. —Ha ensayado el gesto muchas veces en su mente, y por fortuna le sale tal y como lo había previsto. No lo estropea en absoluto la llegada de Rosalind y Myrtle, ya que, en ese momento, monsieur Kovalsky y Cristabel tienen las manos unidas, y eso significa que, para toda la eternidad, ella lo habrá conocido antes.

—Rosalind —dice—, este es el señor Kovalsky. Es un artista de Rusia que ha vivido en París, en el país de Francia.

Rosalind, que, tras su regreso desde la playa se muestra por una vez azorada, se queda un momento en silencio. Entonces una de las

mujeres rubias grita:

—¡Ros! ¡Yuju, querida! ¡Sorpresa!

—¿Philly? ¿Philly Fenwick? ¿Eres tú?

—La misma —contesta ella, alzando su copa—. ¿Por qué no te unes a nosotros? Tengo entendido que vives aquí.

Rosalind se acerca a la mesa y le da su parasol a Maudie.

—¡Philly, por Dios! ¿Cuánto tiempo ha pasado?

Philly se levanta para darle un abrazo.

—Una eternidad total. ¿Qué perfume llevas? ¿Mitsouko? ¡Qué recuerdos me trae! Seguro que conoces a Hilly. Hillary Vaughan. Nos presentaron en Slade. Desde entonces somos inseparables. Philly y Hilly. Es el destino.

—No podrían separarnos ni con agua caliente. Encantada —dice Hilly.

—¿Qué os trae por Chilcombe? —pregunta Rosalind.

Philly señala el jardín con los dos dedos con los que sostiene su cigarrillo, como si estuviese agitando una pistola humeante.

—Estamos con este pobre infeliz. Nos juntamos en París. Hilly hacía de modelo, yo estaba dando clases de arte. Las dos estábamos más que hartas de la vida social.

—Asqueadas —confirma Hilly—. Almuerzos eternos en los que solo se hablaba de otros almuerzos. Y con todos nuestros amantes y nuestros hermanos muertos. ¿Qué nos importaban los almuerzos?

—Nos encontró en un *night club* de Montmartre bailando el ki-ki-kari. Nos pidió que posáramos para él como gemelas. Esa noche apocalíptica tomamos una cantidad increíble de absenta y fuimos a su estudio. Fue toda una aventura.

—Seguimos a Dionisio —dice Hilly, con la vista fija en Taras.

—Seguimos a un gran artista —añade Philly—. Es de verdad, Ros. Sus pinturas no se parecen a nada que hayas visto. Íbamos camino de Cornualles y se nos ocurrió pasar por aquí.

—Taras quería retratar a la famosa ballena —dice Hilly.

—Es encantadoramente extravagante que aún tengas un mayordomo. Y parece de los de toda la vida —dice Philly—. ¿También tienes una gruta?

—¿Taras? ¿Taras Kovalsky? —exclama Myrtle—. ¡Dios mío! Es el artista ruso del que te hablé, Rosalind. Monsieur Kovalsky, qué

casualidad volver a encontrarnos. Myrtle van der Werff. Nos conocimos en Antibes.

Taras Kovalsky, que ha seguido sentado sobre el césped sonriendo a Cristabel, mira a Myrtle.

—No nos conocemos.

—Fue en una fiesta en una casa con piscina, organizada por una pareja de Florida. Estaba usted rodeado por un grupo de devotas, pero hablamos intensamente sobre escultura. Sus cualidades elásticas.

Taras suelta un breve murmullo.

—No —insiste—. Pero nos conocemos ahora, en este verde jardín.

—He hecho una lectura de mi obra —dice Myrtle—. Sobre la red de un pescador.

—Myrtle es poeta —explica Rosalind—. Muy aclamada. Nos conocimos esquiando en Suiza. Esta noche va a volver a leer para nosotros. Quizá le apetezca unírsenos, señor Kovalsky. Cena y poesía. Vosotras también, Philly y Hillary. Nada del otro mundo. Ensalada de langosta. Escalopines. Una *mousse au café* ligera.

Taras se levanta y se acerca a Rosalind, coge su mano entre las suyas cubiertas de pintura.

—Llámeme Taras. Agradezco su amabilidad. Hoy estoy cansado. Pinto y pinto pero no sale nada.

—Quizás una buena comida le restaure el vigor artístico, señor Taras —dice Rosalind—. ¿Le gusta la langosta?

—Todo lo que usted desee compartir me parece bien.

—Maudie, informa a Betty de que tenemos más invitados a cenar, por favor. ¿Dónde os alojáis?

Philly ríe.

—Somos bohemios, querida. Somos como gitanos. Hemos estado en unas granjas mugrientas.

—Llamamos a puertas y rogamos que nos dejen una habitación para pasar la noche —dice Hilly.

—¿Y a vuestra madre no le importa? —pregunta Rosalind—. Insisto en que os quedéis aquí, al menos por unas noches.

—Eso es espléndido, Ros —replica Philly—. Una vez aprendes a gozar de la vida sin preocuparte por el dinero, te abres completamente al destino.

—Incluso en el más pequeño de los pueblos encontramos dónde

alojarnos y a alguna mujer del lugar que nos cocine. Necesitamos muy poco —comenta Hilly.

—Siempre hay quienes creen en el arte —dice Taras, que se lleva la mano de Rosalind a los labios—. Es usted generosa. Traigo a otros conmigo. Hay niños.

—Tenemos mucho espacio —afirma Rosalind.

En ese momento aparecen en el jardín Willoughby y Perry, con toallas al cuello, seguidos por el tutor de Digby, que lleva un cubo lleno de rocas.

Rosalind saluda con la mano a su marido.

—¿Qué tal el baño, cariño? Tenemos visitas.

—Ya lo veo —corrobora Willoughby.

Rosalind se vuelve de nuevo hacia sus invitados.

—¿Digamos a las ocho para la cena? Y la poesía después. Qué reunión improvisada más encantadora. Dígame, señor Taras, ¿pinta usted retratos?

—Mis temas me eligen a mí —responde él.

—Aquí en Chilcombe tenemos maravillosas obras de arte. Quizá pueda hacerle una visita guiada. —Rosalind señala hacia la casa, y Taras entra. Ella lo sigue rápidamente—. Si quiere girar a la izquierda, encontrará...

Pero Taras ya ha cruzado el salón y está subiendo la escalera con sus pies desnudos, pasando de largo las pinturas a los lados sin apenas detenerse ni un segundo.

—Caballos, caballos, perros. ¿Qué es eso, un jabalí? Los ingleses y sus animales. Es antinatural.

—Tengo las pinturas más modernas en la planta baja, señor Taras —interviene Rosalind mientras lo persigue—, aunque hay una bella vista de la cúpula desde la galería. Hice que la instalaran. Tiene un tema zodiacal.

Taras se detiene ante la barandilla de la galería para contemplar el salón de abajo, donde se han juntado los niños, el tutor de Digby, Myrtle y Perry. Willoughby se ha escurrido hasta la sala de estar para tomar un trago, seguido por Hilly y Philly. Taras señala a Cristabel, su mano tan poderosa como la del Dios de Miguel Ángel.

—¿Dónde te tienen, niña? ¿Dónde dormís tú y tu sirvienta?

—En el ático —contesta Cristabel.

—Es la guardería tradicional de la familia —explica Rosalind—. Dígame, señor Taras, ¿cómo sabe que tenemos una sirvienta francesa?

—Niños y sirvientas, siempre en el tejado. Mucho revela lo oculto en lo más alto de las cosas —responde Taras—. Cristabella, muéstrame el camino a tu ático.

Cristabel sube la escalera corriendo y guía a Taras a lo largo del pasillo, pasadas las habitaciones de los adultos y de Digby, hasta donde una puerta de madera oculta un nuevo pasillo, este sin ventanas, que lleva a otra escalera, estrecha, que sube aún más. Les siguen Perry, Myrtle, Digby con su capa de toallita del té, el tutor de Digby, Veg y una Rosalind que sonríe rígida, todos en fila como si fuesen montañistas.

***

En el pequeño ático Taras tiene que encorvarse. Con sus anchos hombros y sus pies desnudos parece el gigante sobre la mata de habichuelas del cuento; en cada habitación en la que entra se encoge. El dormitorio de las niñas, con su papel pintado a rayas y su teatrillo de cartón, parece propio de una casa de muñecas, mientras que el de Maudie, detrás del alero, con una tetera rota al lado de la cama para atrapar las gotas que caen del techo, no es más que un cuchitril.

Los niños están acostumbrados a que los visitantes pasen por el interior de la casa lenta y respetuosamente como submarinistas, así que les resulta tonificante ver a Taras entrar en los lugares a los que los invitados nunca van, abriendo las puertas sin siquiera pedir permiso.

La puerta en el extremo más lejano del ático, que da a la habitación de mademoiselle Aubert, está cerrada con llave, y el espacio ante esta está preñado de la clase de silencio que se produce cuando hay alguien inmóvil escuchando con gran atención. Taras intenta hacer girar el pomo ruidosamente, y después pasa a otra puerta adyacente, más pequeña, que da a un espacio de almacenamiento con el techo bajo en el que hay cajas, arcones, maletas y una maqueta de marfil de un palacio indio.

Una de las cajas está caída a un lado y abierta; ha derramado bastones, cimitarras y lanzas. Hay cuadros y tapices apoyados

precariamente contra las paredes, junto a vitrinas rotas con gansos y codornices disecados, mientras que en el suelo se acumulan cabezas montanas de antílopes, que contemplan el techo con la mirada perdida. Al fondo de todo hay una cría de elefante también disecada, con rueditas en las patas, está contra una cuna victoriana, y, en un rincón cubierto por telarañas detrás de esta, una pila de libros con un corazón de manzana arriba, un cuaderno de notas y lo que parece un mapa dibujado a mano con una figurilla de piedra de color turquesa encima.

—¿Qué es todo eso? —pregunta Taras.

—No vengo muy a menudo por aquí —contesta Rosalind, llevándose un pañuelo a la cara—. Creo que muchos de estos objetos los coleccionaba el padre de mi marido, Robert Seagrave, un gran viajero.

—¿Que los coleccionaba? —replica Taras—. Como si todo eso estuviese esperándolo, como si fueran maletas que recoger y llevarse a casa. Supongo que no serían de nadie hasta que los encontró el abuelo.

—No estoy segura de seguirlo —dice Rosalind—. Muchos de estos objetos son antigüedades. No estaban tirados por ahí.

Taras se mueve como puede por el lugar; sin querer derriba una cabeza de antílope al ir a coger la figura turquesa de detrás de la cuna. No tiene suficiente espacio como para darse la vuelta, así que da unos pasos de espaldas, como un gran autobús marcha atrás. Muestra la estatuilla.

—Esto, esta creación, es una diosa egipcia. Estaba para ser adorada. ¿Quién la adora aquí?

—¿Eso es una diosa? —se sorprende Cristabel.

—¿Deberíamos devolverla? —pregunta Digby.

—¿Es importante? —se interesa Rosalind—. Podríamos llevar abajo algunos de los objetos más valiosos.

—Usted la quiere porque ahora tiene un precio —dice Taras.

—Yo no sé nada de su precio. —Rosalind suelta una risa seca, forzada.

—Si tan interesante le parece, señor Kovalsky, ¿por qué no hace una oferta? —propone Perry—. A fin de cuentas, usted también tiene que vender sus pinturas.

—El dinero es el gran destructor del arte —sentencia Taras.

—¿Usted cree? —replica Rosalind—. Muchos artistas que conozco consideran el dinero como una gran ofrenda.

—Una ofrenda que cada vez se vuelve más y más pesada —insiste Taras mientras le saca cuidadosamente el polvo a la escultura turquesa, que muestra una figura sentada con cabeza de león.

—Seguro que todas las familias tienen cajas en el ático, tesoros familiares guardados para los malos tiempos —trina Rosalind.

—¿No dicen que en Inglaterra siempre hace mal tiempo? —replica Taras.

—Todo esto es fascinante —interrumpe Rosalind—, pero tengo que ir a hablar con Betty de escalopines. Si me perdona, estoy segura de que a los niños les encantará mostrarle el lugar. —Sus prolijos pasos cruzan el suelo de madera. La multitud del ático se aparta para dejarla pasar y vuelve a juntarse.

—¿Ha dicho usted, señor Taras —pregunta el tutor de Digby—, que ese objeto es una diosa?

—Los egipcios la conocían como Sejmet —responde el pintor—. Diosa del fuego y de la guerra. Protegía a los faraones en la batalla y en su viaje al más allá.

Myrtle contempla a Sejmet.

—Tengo un *objet* similar de la Nueva Guinea holandesa. El arte primitivo es muy interesante.

—No sabía que era una diosa —dice Cristabel.

Taras se vuelve hacia ella.

—Pero te atraía, ¿verdad? La guardaste. Porque aquí es donde guardas tus cosas, ¿no?

—¿Qué has estado haciendo aquí, Crista? —pregunta Veg.

—Nada. Vengo cuando me apetece —contesta Cristabel.

Taras asiente.

—El inconsciente nos guía hacia los símbolos místicos, y sentimos la necesidad de traducirlos. Los niños mantienen una poderosa conexión con ese instinto. ¿Qué más haces aquí, Cristabella?

—Nada. Dibujo mapas. Escribo obras. Historias.

—¿Cuánto hace que emprendes esa tarea? —pregunta Taras.

Cristabel frunce el ceño.

—¿Tarea? No son deberes de clase.

—Has empezado a hacer el trabajo de un artista. Así es como

comienza, con áticos y rincones secretos —comenta Taras—. Son los deberes de tu alma.

—Yo no soy artista —afirma Cristabel.

—¿Dudas de ti misma?

—No.

—Bien. —Taras acaba de desempolvar a la diosa y se la da a Cristabel—. Quédate esta. Te ha llamado a ti. —Y entonces se incorpora tanto como puede y anuncia, como si trajera noticias de un reino lejano—: Tengo hambre.

La gente del ático empieza a moverse y a avanzar hacia la escalera, excepto Veg, que se ha escurrido entre los objetos guardados. Entonces Taras se vuelve de nuevo hacia Cristabel.

—¿De quién eres hija, guardiana de la ballena? No lo eres de esa Rosalind. No puedo creerme eso. Y no lo eres del hombre pelirrojo con boca de mujer.

—El señor Willoughby Seagrave —remarca Perry—. Su anfitrión.

—Mis padres están muertos —responde Cristabel.

—No he visto a nadie como tú entre los retratos —dice Taras—. Quizá con la excepción de ese caballero con el rinoceronte.

—El abuelo Robert —aclara Cristabel—. Tengo su cuchillo de caza.

—Pero él no tiene tu ferocidad. Quizá solo una mujer pueda tener tal ferocidad. ¿Dónde están los retratos de tu madre?

—No hay.

Perry interviene con tono amable:

—Quizá yo pueda ayudarlo. Tengo entendido que los retratos de Annabel, la madre fallecida de Cristabel, fueron devueltos a la propiedad de su familia cuando ella murió.

—¿Dónde está la propiedad de su familia? —pregunta Taras.

—Ya no existe. La madre de Cristabel tenía dos hermanos, ambos fallecidos en la guerra, y una bella hermana menor que se marchó a la India para casarse, así que la propiedad de los Agnew fue a parar a algún primo lejano en Suffolk, si la memoria no me falla. Oí que vendió la casa y todo lo de dentro para saldar una importante deuda. Una historia triste pero no infrecuente.

—Nada le queda a la hija de una hija muerta —dice Taras.

Cristabel contempla a Perry.

—Esta es la propiedad de mi familia —explica la niña—.

Chilcombe.

—Por supuesto. —Perry asiente, y a continuación da una palmada. Es el ruido único y seco de un inglés que intenta restaurar el orden—. No sé todos los demás, pero a mí me vendría bien una copa, ¿le parece? —Y ofrece su brazo a Myrtle.

—Aquí arriba hace un calor del demonio —dice la poeta, y el grupo se va, dejando solos a los niños en el ático.

Veg, sudorosa y cubierta de telarañas, regresa arrastrando el bebé elefante. Digby la ayuda y después se vuelve hacia Cristabel.

—¿Dijo el señor Taras que tu diosa cuidaba a la gente en el más allá? Quizá la estatuilla estuviera en una tumba.

—Probablemente, Digs. Y es muy posible que esté maldita —comenta Cristabel.

Digby levanta la cabeza; estaba acariciando con cariño la cabeza del elefante.

—Me siento atraído místicamente hacia este animal. ¿A que tiene cara simpática? Voy a llamarlo Edgar. —Se acerca más a su prima—. Crista, ¿te ha molestado que tío Perry...?

—Tío Perry sabe que esta es la propiedad de mi familia —lo corta Cristabel—. Hablaba de otro lugar en el que yo no pienso nunca. Nunca pienso en eso.

—Es verdad —admite Digby.

—A vosotros, pobres desafortunados, quizás os convendría olvidaros de vuestra madre —dice Cristabel—. Va a hacer el ridículo delante de monsieur Taras. Sabéis cómo se pone cuando ve a un artista.

Veg asiente.

—Siempre ha querido que le pinten un retrato.

—Nosotros lo encontramos primero, Veg —protesta Cristabel.

—Está claro que tú le caes bien, Crista —dice Digby—. Quiere pintar tu ballena.

De repente, se abre la puerta de detrás de ellos, y mademoiselle Aubert sale de su habitación. Los niños sueltan enseguida su *bonjour* obligatorio, y ella responde con su tono brusco y añade taimada:

—Ya habéis visto, *mes enfants*, que monsieur Taras habla bien en francés. Quizá queráis trabajar en vuestras lecciones, *non*? Entonces podríamos charlar todos juntos. Como ejercicio de conversación.

Cristabel pone cara de póker hasta que mademoiselle Aubert sale del ático, y entonces se vuelve hacia los otros.

—¿Tu madre entiende el francés?

—*Non* —contesta Veg mientras le saca el polvo al elefante.

—Así que, si aprendiéramos francés para hablar con monsieur Taras, ella no entendería lo que diríamos...

—Solo sabe nombres de perfumes —especifica Digby.

—*Formidable* —exclama Cristabel—. Un código secreto.

—¿Cuándo descubriste este lugar, Crista? —pregunta Veg, contemplando el espacio.

—Después de que tío Willoughby se casara con tu madre. No paraba de tirarme mis cosas. Necesitaba un lugar seguro.

—¿Y por qué no nos lo dijiste? —inquiere Digby.

—Erais muy pequeños. Los bebés no son de fiar. Y además, todos los capitanes de barco necesitan un camarote propio —contesta Cristabel, antes de dirigirse a su habitación a colocar a la diosa Sejmet en su mesilla de noche.

Cosas que aprenden los niños

cuando se levantan de la cama a escondidas y se ocultan entre los abrigos en el armarito de detrás de la escalera principal en el Salón de Roble durante la cena-fiesta de aquella noche

1. En las noches de abril puede hacer mucho calor si estás escondido entre los abrigos dentro de un armarito.

2. Las voces de los adultos aumentan de volumen después de cada plato de la cena, excepto la de Perry, que se mantiene como un suave murmullo bien controlado, un río calmo que discurre discreto por entre las montañas y los valles de la conversación.

3. Los criados a los que envían una y otra vez bajo las escaleras a buscar puros, champán y oporto pueden, y lo hacen, murmurar gran cantidad de fascinantes insultos en voz baja.

4. Monsieur Taras considera que el arte es la única respuesta sana a un mundo loco.

5. Willoughby cree que eso es una solemne estupidez.

6. Willoughby cree que las mejores mentes se perdieron en la guerra. Lo que ha quedado, afirma, son esos personajes ridículos que se hacen llamar los Jóvenes Brillantes y van saltando de cama en cama en Londres, poniéndose unos la ropa de otros y fornicando entre ellos.

7. Hay una cosa que se llama «fornicación».

8. Hay unos rusos que se llaman Lenin y Trotski, a los que Willoughby y Perry solo se refieren anteponiendo un «ese»: «ese Lenin», «ese tal Trotski».

9. Rosalind se pregunta si Hilly o Philly han conocido a algunos de esos Jóvenes Brillantes o han asistido a sus fiestas.

10. En Rusia creen que una botella vacía trae una maldición a la familia del propietario.

11. Es posible reconocer cuándo Myrtle comienza a recitar uno de sus poemas, porque este comienza invariablemente por tres o cuatro palabras proclamadas a gran volumen sin cambiar de tono ni de ritmo, como si las estuviera uniendo a martillazos: «AZUL ATLÁNTICA LUZ OCEÁNICA», «CON CORAZÓN CIEGO, TROPIEZO», «OH, ESTE MUNDO INSENSIBLE».

12. Taras se fue a Francia a ser pintor porque en su propio país no podía pintar como deseaba. Pide a los demás invitados que recuerden que viven en un país que no considera el acto de pintar como un desafío.

13. Se puede identificar al propietario de un abrigo por su olor.

14. Taras tiene acento ruso, lo que significa que da un EXtraño énfaSIS a sílabas inesperadas y arrastra las vocales. Algunas palabras se extienden casi más allááááááááááá de lo posible, mientras que otras parecen ser. Escupidas. Con. Disgusto.

15. Rosalind cree maravilloso que Inglaterra sea un país libre y pregunta si alguien entre los presentes sabe bailar el *shimmy*.

16. Taras dice que en Inglaterra la libertad se mide con cuchara de plata para quienes pueden permitírsela.

17. El ruido del cristal rompiéndose acaba dejando de sobresaltar con el tiempo.

18. Perry se pregunta si alguien ha escrito alguna vez a la familia de Annabel Agnew para contarles cómo le iba a Cristabel.

19. Rosalind cree que Jasper era peor que inútil en cualquier clase de correspondencia, y que seguramente era él quien debería haberse encargado pero nunca lo hizo.

20. Rosalind dice que si encontrara la forma de despachar a una niña tan impertinente a otra familia, lo haría.

21. Rosalind asegura que lo ha dicho en broma.

22. Willoughby no está dispuesto a permitir bromas a costa de su sobrina.

23. Philly guarda algo en una pitillera que devuelve el vigor a la gente si empieza a decaerle el ánimo.

Cosas que habrían aprendido los niños de no haberse quedado dormidos en el muy caluroso armarito detrás de la escalera principal del Salón de Roble y haber sido llevados arriba a dormir por Maudie Kitcat y el señor Brewer, alertados de su paradero debido a los ronquidos de Veg

1. Algunas cenas acaban tan tarde que, tras acabarse el postre, los invitados pueden exigir que se les sirva el desayuno a continuación, a gritos de HUEVOS-HUEVOS-HUEVOS-HUEVOS.

2. Rosalind ha hablado con el señor Brewer y han acordado que Taras y sus acompañantes se queden en una casita de campo vacía en los límites de la propiedad Chilcombe, junto al mar.

3. Rosalind no ha consultado eso con Willoughby.

4. Al final de las cenas-fiesta, la gente empieza a repetir las mismas conversaciones que al comienzo, solo que en voz más alta y pisándose los comentarios unos a otros.

5. Willoughby cree que las tres de la mañana es una hora ideal para salir a dar una vuelta en su coche nuevo, y que ha de acompañarle un apetitoso plato de huevos.

6. A veces, los adultos lloran a la vez que afirman encontrarse perfectamente.

7. El nombre completo de Perry es coronel Peregrine Aubrey Blomefield Drake.

8. Los criados son capaces de dormir apoyados contra las paredes.

9. Después de una cena-fiesta la gente se va a sus habitaciones y a continuación se producen varias rondas sucesivas de aperturas y cierres de puertas. En primer lugar, las firmes aperturas y cierres en el uso de lavabos y retretes; en segundo, los cierres más discretos de la gente que va a sus habitaciones, cierra y apaga las luces; en tercero, los discretos sonidos de cierres que vuelven a abrirse, seguidos de los crujidos de puertas que se abren lentamente, acompañados de pies que caminan de puntillas, llamadas apenas audibles a otras puertas y nuevos cierres discretos; esta tercera ronda de ruidos se mantiene, como un eco atrapado en los pasillos, hasta llegada la mañana.

A través de los bosques de jacintos

Mayo de 1928

Abril sale volando con otra ronda de tormentas, el trueno rodando por la bahía como una bola de bolos de madera, y a continuación entra mayo con una reverencia y Dorset florece con un entusiasmo vertiginoso, como una jovencita en su primer baile del pueblo dando vueltas en la pista de la fuerte mano de un granjero. Los setos cobran movimiento, la cicutaria tiembla emocionada cada vez que Willoughby pasa rugiendo en su Daimler, los castaños de Indias saludan alegremente con sus flores en forma de helado, y en las praderas los ranúnculos se mecen como anfitriones: ven a hacer un pícnic, tráete una alfombrilla, ven a yacer sobre nosotros, ven y posa la cabeza en otro regazo.

Los bosques al oeste de Chilcombe, la mayoría hayas y unos cuantos robles y pinos, se han vuelto ahora un mar de campánulas, una inundación de flores iluminadas por la luz que se filtra por entre las hojas nuevas. Por aquí y por allá hay grupos de helechos geométricos y explosiones blancas de ajos salvajes que llenan el aire con su descarado aroma.

Los tres niños Seagrave caminan por entre los árboles y notan que los acompaña un cuidadoso silencio. Es media mañana, un martes de la primera semana de mayo, y desde que han entrado en el bosque su conversación se ha disipado. Escuchan, aunque no saben qué es lo que esperan oír. Conocen bien el lugar, pero las campánulas lo han alterado, y ahora parecen estar esperando algo en esa clase de silencio en el que uno puede oír su propia respiración.

Las campánulas se extienden hasta donde alcanzan sus vistas, y las hileras de hayas, tanto los troncos verticales que se elevan al cielo

como las líneas diagonales de los más caídos que se extienden en la distancia, se repiten y se entrecruzan y se mezclan, de forma que a los ojos de los niños les resulta difícil seguir el camino. El punto de fuga se ha fugado, lo definido se vuelve indefinido, los árboles se han convertido en un muro sin fin. No consiguen ver a través de él, y hasta parece dudoso que haya un mundo más allá. Solo existen el bosque y el silencio del bosque. Cristabel se imagina a Robin Hood y sus alegres compañeros forajidos escondidos en la espesura; piensa en los guerreros campesinos de La Vendée que se fundían de tal forma con el paisaje que era como si se hubiesen derretido en él.

Se abren paso por un camino que desciende hasta la vieja cabaña en los límites de la propiedad donde Taras y sus acompañantes se han establecido. Betty les ha advertido una y otra vez sobre el peligro de encontrarse con desconocidos misteriosos en los bosques de los cuentos de hadas, pero como van a encontrarse con Taras más allá creen estar a salvo. Además, Cristabel no acaba de creer en esos mitos, sobre todo de día, aunque Veg sí espera en secreto encontrarse con algún ser mágico, un Puck o una Titania, y a Digby le haría ilusión encontrarse con quien fuera.

Caminan como en procesión solemne por orden descendente de altura: Cristabel en cabeza, con el ceño fruncido, Veg jugueteando con sus rizos y Digby mirando maravillado a uno y otro lado. Ellas llevan vestidos lisos de algodón, él pantalones cortos, camisa y capa de toallita del té; los tres usan calcetines largos grises que descienden retorcidos por sus piernas pálidas hasta las resistentes botas acordonadas. Veg se ha echado atrás la pamela de paja, que cuelga a su espalda por sus tiras amarillas. El sombrero de Cristabel está sobre un arbusto un kilómetro atrás; lo ha sustituido por un pañuelo que se ha atado a la cabeza como los bucaneros. Carga con un palo para apartar la maleza y el cuchillo de su abuelo para marcar los troncos de los árboles.

Justo cuando Cristabel empieza a pensar que van a estar caminando por entre campánulas hasta el día de su muerte, nota que el tronco que está marcando no pertenece a un haya sino a uno de los espinos blancos que señalan el borde serrado del bosque. Los tres salen a la luz del sol sintiendo una mezcla de alivio y una pequeña fracción de lástima por lo que han dejado atrás. El bosque se cierra a sus

espaldas. Cristabel, sabedora de la confusión que provocan los árboles, deja una pequeña pila de piedras junto a las raíces del espino, de forma que sepan por dónde volver a entrar.

***

Siguen un camino de hierba hasta la cabaña, que ha permanecido vacía desde que sus ocupantes la dejaron para irse a buscar un trabajo mejor pagado. Está semioculta por la curva de la bahía en la que Ceal Head desciende hasta el nivel del mar, unos cientos de metros al este de la ballena. El porche está ahogado por la madreselva, y malvarrosas y hortensias han crecido de forma salvaje y cubren las ventanas de la planta baja. Las mariposas toman el sol con las alas abiertas en las paredes, y las gaviotas discuten entre ellas mientras arrancan la paja del tejado. Es una casa de flora y fauna, medio viva y medio consumida.

Frente a la cabaña hay un viejo granero con el techo de paja y puertas de madera. Estas están abiertas y muestran a Taras, descalzo y con un guardapolvo lleno de manchas, paleta en mano, pintando animadamente un lienzo de un metro apoyado contra una trampa para langostas boca abajo. Los niños distinguen a Hilly o Philly envuelta en una sábana y reclinada sobre balas de paja en el interior, entre las sombras.

El espacio entre el granero y la cabaña es cruzado repetidamente por los niños salvajes que vieron en la playa, y que ahora visten ropas de adulto desconjuntadas —una blusa bordada, un abrigo, botas de goma de pescar— y se gritan los unos a los otros en una mezcla de francés y otros idiomas desconocidos. Una mujer oscura con un pañuelo a la cabeza asoma de vez en cuando por la puerta de la cabaña y grita a los niños y les agita amenazante una mopa, como el furibundo cuco de un reloj, y también de vez en cuando Taras se vuelve hacia ellos para gritarles en ruso. Es durante una de esas reprimendas que ve a los Seagrave.

—¡Ah, Cristabella! ¿Has venido a salvarme de esta horrible gente que no sabe que cuando un gran artista está trabajando tiene que cerrar la boca? —dice.

En la tela los niños ven el esbozo de una silueta y verdes praderas, sencillas como si las hubiese pintado un niño, una línea curva encima de otra. Todo con colores alegres y muy plano. No se parece en nada a los cuadros colgados en Chilcombe, con sus caballos musculosos y sus horizontes épicos.

Cristabel se acerca más, se quita el pañuelo y saluda a los salvajes con la cabeza. Uno de los más pequeños —niña, cree— le devuelve la sonrisa y es golpeada a continuación en el brazo por otro mayor que pasa junto a ella. La niña deja de sonreír, pero no llora.

—Vaya, eso tiene que haber dolido —dice Veg, poniendo cara de dolor—. Me parece que estos no tienen nani.

—Ese de ahí lleva un sapo —dice Digby.

—Están jugando. Es un cuento de hadas, no recuerdo cuál —explica Taras. Vuelve a gritar en ruso y los niños corren a la playa.

—Nosotros también hacemos como que somos personajes —comenta Digby—. Es lo que más me gusta.

—A todos los niños les encanta el teatro —replica Taras, mientras pasa un grueso pincel por el lienzo.

—Nosotros nunca hemos estado en un teatro de verdad, señor Taras —dice Veg—. Pero tenemos uno muy bueno de cartón.

Taras asiente.

—En París pinté decorados en un teatro para poder comer. ¡No, mentira! Pintaba para poder beber vino. Me escondía entre bambalinas y miraba la representación.

—¿Usted pintaba decorados de teatro? —pregunta Cristabel, y se vuelve hacia Digby con las cejas alzadas. Su hermano estudia su rostro hasta ver algo que lo hace asentir muy rápidamente. La niña mira de nuevo a Taras y dice, con voz un poco más alta de lo normal en ella—: Hemos hablado muchas veces de hacer una obra de verdad aquí en Chilcombe. Muchos se han interesado.

—Muchísimos —añade Digby.

Cristabel continúa:

—Pero nos está costando mucho encontrar un buen pintor de decorados aquí en el campo.

Taras tiene un tic en un lado de la barba.

—¿Y has pensado que quizá yo podría pintar los decorados?

—Sí, venga, montemos una obra —interviene la modelo del

granero—. Será de lo más divertido.

—El teatro no es, como dices tú, una diversión; es un arte —afirma Taras.

—Yo me muero por salir en una obra de verdad, señor Taras. —Digby da saltitos, emocionado.

—Madre adoraría que hiciéramos una obra y que todo el mundo fuera a verla —dice Veg.

Taras sonríe.

—Estás en lo cierto, mi lista miss Florence. La señora Rosalind me ha acogido como si yo fuera un gato abandonado. Espera que de eso salga gran arte. No podemos decepcionarla.

Philly —porque es ella la mujer envuelta en una sábana sobre las balas de paja— exclama:

—¡Qué *troupe* más divertida seremos! Yo siempre he querido hacer de mercader de Venecia.

Hilly, que ha salido de la cabaña con camisa de hombre, le ofrece a Taras una bebida y dice con su voz indiferente:

—¿De Venecia, o de «Ven, necia»?

—No murmures, querida —la reprende Philly, ajustándose la sábana.

—Porque Philippa Fenwick nunca murmura, ¿verdad? —replica Hilly.

—Basta —las interrumpe Taras con voz seria, aunque ha cogido a Hilly de la cintura y la acaricia cariñosamente con la mano que aún sostiene el pincel.

Detrás de ellos, la mujer del cubo de agua sucia lo vacía sobre una hortensia. Hilly dice:

—Sospecho que en cuanto Rosalind sepa que va a haber una representación querrá ocupar ella el centro del escenario.

—Rosalind no sabe actuar —señala Cristabel.

—Ah, pues yo creo que sí —la contradice Hilly.

—¿Qué obra interpretaremos, Taras? —pregunta Philly—. ¿*Romeo y Julieta*?

Taras mira a los niños.

—Dime, Cristabella, ¿tienes una historia favorita? Una que te cuentes a ti misma por la noche, en la cama. Yo también fui un niño solo en un ático. Sé lo que es contarse historias a uno mismo.

Cristabel no duda.

—La *Ilíada*. También se la cuento a Digby y a Veg.

—Perfecto —dice Taras—. Te crearemos una Troya y un caballo de madera para que te escondas dentro.

A Cristabel eso le hace tanta ilusión que consigue contenerse de recordarle a Taras que el caballo de Troya no aparece en la *Ilíada* sino en la otra gran obra de Homero, la *Odisea*; pero tampoco puede no decir nada, así que se hace un momento a un lado y le ofrece la corrección en voz baja a una confusa Veg.

—¿Que qué de un caballo de madera? —pregunta la pequeña.

—En una colina de por aquí cerca hay una gran imagen de un caballo —le dice Digby a Taras—. Está pintado con tiza. Se lo hicieron al rey. Pero el rey se enfadó porque salía corriendo de la costa en vez de cabalgar hacia ella. El pobre hombre que dibujó el caballo acabó colgándose de un árbol.

—Betty dice que aún hoy su espíritu acecha en el bosque —añade Veg.

Taras se ríe con un ruido como el de un león marino.

—Artistas y mecenas. No siempre acaba bien. Intentemos no disgustar a la señora Rosalind. No quiero tener que dormir en la copa de un árbol. —Se vuelve hacia su tela y pinta rápidamente la silueta de un caballo en una de las colinas. A los niños les encanta ver que ha incluido su conversación en la obra como quien no quiere la cosa.

—Vamos a trabajar muy en serio en la obra, señor Taras —dice Cristabel, cerrando los puños y llevándoselos con firmeza a las caderas.

—Qué divertido —comenta Hilly con voz más plana que la superficie de un estanque.

Philly se levanta de las balas de paja.

—Hilly, ¿tienes un pitillo? Se me han acabado los míos.

Taras se vuelve hacia ella y agita el pincel.

—¡No te he liberado! —le grita—. ¡Vuelve, vuelve, vuelve, vuelve, vuelve, vuelve! —Su voz es tan fuerte que sobresalta a los niños, pero, como nunca han visto trabajar a un artista, suponen que es parte del proceso.

Taras vuelve al lienzo como si los niños ya no estuvieran. El que les muestre nulo interés les permite observarlo bien; es su primer artista

de verdad. Por delante es imponente: ojos negros, barba dramática. Pero por detrás es oblongo como un artesano. Todo él transmite una sensación de peso, una acumulación de carne sobre músculo, y sus robustos brazos cuelgan como los productos que expone un carnicero. Si la parte delantera de Taras es el artista y el hombre espectáculo, la trasera muestra al obrero, el trabajo constante detrás de la obra. La combinación resulta en algo parecido a un forzudo de circo.

Veg señala el cuadro y susurra:

—¿Es la señorita Philly? No tiene piernas.

Taras contesta:

—¿Quieres piernas? Una máquina puede pintar piernas. El arte viene de dentro, de los sueños.

—«Estamos tejidos de idéntica tela que los sueños» —cita Cristabel.

Taras asiente.

—Tú lo tienes. Estos otros, *psé*. Ahora tengo que trabajar. —Y les hace un gesto con una mano, como si barriera el aire, para que se vayan.

Cristabel acepta la señal y se marcha. Digby y Veg la siguen. Está contenta de ponerse en movimiento porque la idea de interpretar de verdad la *Ilíada* es como una burbuja de emoción en su pecho y no desea que nadie la pinche.

Hasta ahora sus recursos han sido limitados a la hora de montar obras: apenas calcetines, trozos de cartón y Veg y Digby, complementados ocasionalmente con criados complacientes, o Betty, o el niño del señor Brewer, pequeño pero rotundo y que se parece tanto a su padre que lo llaman Pequeño Bill, y que, muy ocupado con las técnicas del boxeo y con hacer caer cosas, a Cristabel no le resulta de mucha utilidad. Ella y Digby han hablado mucho sobre interpretar un espectáculo algún día, pero la niña nunca había imaginado hacerlo en Chilcombe, con un artista de verdad y un elenco de verdad con adultos. Es como si sus imaginaciones más íntimas se hubiesen hinchado hasta salir flotando del ático, como Alicia en el País de las Maravillas después de tomarse una poción.

Mientras se dirigen al bosque, la mente de Cristabel pasa a los salvajes, su falta de contención, cómo el mayor pegó a la pequeña. Ella nunca pegaría a una niña. Ni siquiera a Veg. Pero, a la vez, valora la

efectividad del golpe. Los salvajes tenían una fiereza que le resulta admirable, y va a necesitar guerreros fieros en la *Ilíada*. Va a necesitar guerreros y dioses y lanzas y escudos y valor y traición y cobardía y lealtad.

Cristabel mira hacia los bosques de campánulas, siente cómo murmuran y vibran, el silencioso tensar de la trémula cuerda del arco. Va a utilizarlos. Va a llevarlos a su lado.

***

Dos semanas después, al final de una soleada tarde de alcohol, Rosalind y Myrtle siguen el mismo camino por entre las campánulas.

—Por Dios, qué idílico es esto —afirma Myrtle, que avanza con un sombrero de paja, su voz increíblemente alta en mitad del silencio del bosque.

—Me voy a romper los zapatos —dice Rosalind.

Myrtle suspira, un gran viento de la pradera atravesando los árboles, y dice:

—Si yo viviera aquí, caminaría por estos bosques a la luz de la luna. Con un amante.

—¿Vendrías por aquí de noche?

—¿Es que tu apuesto esposo nunca te ha llevado al bosque, Rosalind? En los tiempos dorados antes de ser tu esposo. Venga, cuéntame un poco.

Rosalind niega con la cabeza y se ajusta el chal.

—No hubo nada de bosques. Simplemente sucedió. Recurrimos el uno al otro para darnos confort tras la muerte de mi primer marido. Le pasa a mucha gente.

—La muerte inspira el impulso sexual. Muy freudiano.

—Dicen que casi todo lo es. Aunque Willoughby no cree en nada de eso.

—Willoughby, el que se casó con la viuda de su hermano —dice Myrtle.

Las dos mujeres caminan una detrás de la otra.

Rosalind va delante, la cabeza gacha, dirigiendo las palabras hacia sus zapatos; Myrtle detrás, la barbilla alzada, haciendo que sus

palabras se eleven en el aire.

—A veces me parece que cree que yo lo tramé todo —confiesa Rosalind—. Es ridículo.

—¿Qué quieres decir?

—Él y yo estábamos juntos. La noche del accidente. Era el cumpleaños de Willoughby. Tonteamos un poco. Pero desde luego que yo no tenía ninguna intención.

—Despertaste del dolor de tu viudedad y encontraste a Willoughby... y lo encontraste apuesto —dice Myrtle—. Sí que lo es, con esos cabellos flamígeros.

Rosalind sonríe automáticamente. A menudo recibe alabanzas de otras mujeres por su marido, como regalos diplomáticos.

—¿Tú crees? No serías la primera. —Aparta una rama de árbol y añade—: No solo fue por el dolor. Él y yo ya nos... entendíamos. Antes.

—¿Antes? Me sorprendes.

—Seguro que no. Me parece que las has visto de todos los colores.

Myrtle se ríe y levanta una mano, de forma que las pulseras que lleva chocan entre sí. Rosalind continúa:

—Crees que soy una reprimida porque no hablo de, digamos, «relaciones íntimas» como tú. ¿No crees que es arruinarlas el estar siempre examinándolo todo y comentándolo?

—*Au contraire*. Yo creo que eso hace que el misterio sea aún más profundo. —Siguen caminando un rato en silencio, y entonces Myrtle vuelve a hablar—: Aquí estás muy sola contigo misma. En la ciudad todo distrae. Pero ¿en el campo? Escucha. Nada. Solo tu corazón. Y todos sus terrores.

—Esto puede ser muy silencioso.

—En serio, Rosalind; si estás un fin de semana en una casa de campo inglesa, mueres mil veces. Pasas las horas más largas de tu vida esperando a que alguien te traiga un cóctel. Y, por supuesto, cuando lo hacen, con un traje bien confecionado de Savile Row, te enamoras locamente de ellos. Y es que ¿qué más puedes hacer en ese lugar? ¿Para qué otra cosa vamos a esas grandes mansiones con sus jardines infinitos? Todos esos espacios vacíos con la hierba perfectamente cuidada nos exigen que encontremos la manera de llenarlos, algo que justifique las horas muertas.

—Sí que me sentí vacía aquí. Después del accidente. Willoughby

no perdió un minuto en irse.

—A los hombres les gusta salir corriendo a toda velocidad.

—Se compró un aeroplano. Desapareció durante semanas. No soportaba la idea de verse atrapado en Chilcombe. Yo tampoco, pero no tuve elección.

Myrtle coge una campánula y se la pone detrás de la oreja.

—¿Y qué le hizo volver? A Willoughby, el hermano a la fuga.

—Le mandé un telegrama. Íbamos a tener un hijo.

—Digby.

—Sabía que iba a tener un niño. Wiloughby dice que eso no se puede saber. Pero yo lo sabía.

—Un hijo por otro. Con esos ojos inocentes.

—Le di un hijo y un heredero. La estirpe Seagrave iba a tener continuidad. Él no tenía ningún motivo para mostrarse frío conmigo.

—No siempre necesitan tener una razón —dice Myrtle—. Una vez estuve casada. ¿No es cómico? Él era escritor. Nos conocimos en Greenwich Village. Nos casamos en cuanto pudimos.

—No sabía eso.

—Fui a casa, en Boston, a decírselo a mis padres, a partirle el corazón a papá. Cuando regresé y entré en nuestro apartamento me eché a llorar a moco tendido. Necesitaba tanto que me abrazara… pero mi nuevo marido ni levantó la vista. Solo me dio una taza sucia de café y me dijo: «¿Me pones uno?».

—¿Y tú qué hiciste?

—Fui a la cocina y lavé la taza.

—Creí que ibas a decirme que lo dejaste.

—Y lo hice, tres años más tarde —contesta Myrtle—. El amor es terco.

—¿A qué te refieres?

—Incluso cuando estás entre las ruinas puedes convencerte a ti misma de que aquello es habitable, que solo necesita una alfombra nueva y todo va a quedar muy hogareño. —Myrtle se ríe—. Aún estamos casados, aunque no lo menciono mucho. Si lo saben, los hombres te tratan de forma diferente.

—Yo intento no hablar de dinero —dice Rosalind—. Hace que todo resulte desagradable. A Willoughby no le gusta pensar que todo su dinero es en realidad mío.

—¿Ah, sí?

—El seguro de vida de Jasper y mi herencia. Pero él es mi marido, así que, claro, el dinero es suyo.

Una pausa en la conversación. El silencio del bosque absorbe todos los sonidos. El silencio en cierta forma lo borra todo. Cuando las mujeres miran atrás, el camino se ha desvanecido.

—Chilcombe no es mi ambiente natural, pero hago lo que puedo —dice Rosalind—. Él ni se da cuenta. —El borde de su vestido queda atrapado en un zarzal. Se suelta y se tambalea con sus delicados zapatos—. Espero que esto no acabe en un poema, Myrtle. Si fueras a escribir sobre mí, podrías no mencionar algunas cosas.

—Ayer Peregrine me dijo lo mismo. Que le gustaba la poesía, pero más si no sale gente. Paisajes, no retratos.

—¿Te gusta Perry? Es muy rico. —Rosalind mira atrás fugazmente.

Myrtle se incorpora hasta quedar erguida del todo.

—Querida, yo también soy muy rica. Mi padre no trabajó toda su vida para nada. Lo habré decepcionado, pero sigo siendo su niñita querida.

***

Las mujeres se encuentran con una escena de trabajo duro. Hilly y Philly han colocado paneles de aglomerado contra la cabaña y los están pintando para que parezcan las murallas de un castillo. La mujer del pañuelo en la cabeza está sentada en el porche cosiendo un vestido. Taras está en el centro, charlando animadamente con Cristabel. Al ver a Rosalind él extiende los brazos.

—¡Ah! Que nunca se diga que los dioses no escuchan. Puede que tengamos una Elena.

Incluso a veinte metros de distancia, Rosalind oye el suspiro de Cristabel.

—¿Necesita ayuda? —pregunta Rosalind mientras avanza hacia él —. Qué casualidad: a eso hemos venido.

—Voluntarias, trabajadoras y con muchas ganas —añade Myrtle, haciendo un saludo de *boy scout*.

Cristabel, que lleva una barba de lana de oveja, le hace un gesto a

Taras. Él se inclina para comentar algo discretamente. Se acaricia su propia barba, pensativo.

Rosalind siente en el pecho la gran molestia que le supone Cristabel.

—¿Algún problema?

Taras responde:

—Cristabel dice que puedes hacer de Elena, pero que no necesitarás aprenderte el papel; que serás testigo silencioso de las sangrientas escenas de terror que has provocado.

—Entiendo que usted hará de supervisor de la producción, señor Taras —dice Rosalind.

Veg aparece a su lado con una almohada atada a la barriga.

—¿Vas a hacer de Elena, madre? ¡Su rostro provocó el hundimiento de mil barcos! Cristabel es Zeus. Yo soy Héctor.

—¿Un hombre? —se sorprende Rosalind, atrapada entre el desprecio habitual hacia su hija y la ansiedad de que no la haga quedar mal a ella—. ¿Y usted, señor Taras, qué papel va a interpretar?

—Aquiles. Vengo a incendiar la ciudad. Dentro de sus murallas se oculta Elena con su amante Paris.

—¿Quién es Paris? —pregunta Rosalind.

Taras señala hacia la playa, donde Digby, en pantalones cortos y con una corona de papel, camina en círculos, deteniéndose de vez en cuando para gesticular.

—*Et voilà*. El niño príncipe, aprendiéndose su papel.

—¿No es muy pequeño? —se extraña Rosalind.

—Es perfecto —replica Taras—. Mostrar a Paris como un niño privilegiado lo dice todo.

—Muy inspirado —murmura Myrtle.

Philly da un paso adelante, cigarrillo en mano.

—Yo soy los soldados griegos, querida. Estamos muy molestos con toda esta historia. Hilly es los troyanos, asediados y quejumbrosos. Típico de ella. Vamos a llevar la misma ropa pero en colores diferentes. Unas pequeñas túnicas que nos llegan hasta aquí.

—Son idénticas porque en las guerras no hay diferencias —añade Hilly—. Todos los bandos son igualmente fútiles. Sobre todo el de Philly.

—¿La acción se desarrolla en Grecia? —pregunta Rosalind.

—Casi, querida. Por ahí cerca.

—Entonces yo podría llevar algo vaporoso, blanco o de color crema —dice Rosalind—. Como en los cuadros. Por cierto, eso me recuerda: ¿cómo va su pintura, señor Taras? Espero que todo esto no lo distraiga de sus obligaciones.

Philly exhala una nube de humo.

—Su arte va fantásticamente, Ros. Tiene una nueva modelo. Por lo visto, es lo más.

—Vaya. ¿Y quién es?

Taras se acaricia la comisura de la boca.

—Ernestine ha sido tan amable de posar para mí. El trabajo va. Va... lento. Así es el trabajo.

—¿Quién es Ernestine? —pregunta Rosalind.

—Mademoiselle Aubert —contesta Veg—. Practicamos francés todos juntos.

—¡Mademoiselle Aubert! —exclama Rosalind—. No le pago para que pose para un retrato. ¿Está aquí?

—En el cuadro no se la reconoce —añade Veg—. Es todo rosa.

—Eso no es apropiado —dice Rosalind, y levanta las manos para tocarse su nuevo pelo corto.

—Hablamos de París —dice Taras—. Los bulevares de tres carriles. Los veo de nuevo. *Je reviens*.

—¿Tiene otras modelos en mente? —pregunta Rosalind, y vuelve a tocarse el pelo.

—Ellas me eligen a mí —responde él, y se aleja.

Rosalind siente el poderoso impulso de correr tras él, empujarlo y tirarlo al suelo polvoriento del granero y arrancarle la camisa llena de manchas de pintura.

—Mañana vamos a ensayar, madre —dice Veg—. Puedo repasar el guion contigo.

—No necesito ayuda. Dámelo y me lo miraré.

Desde el interior del granero llega la voz de Taras.

—La gigante puede hacer de Áyax.

—Supongo que esa soy yo —dice Myrtle.

Cristabel asiente.

—Áyax tiene un escudo hecho con cuero de siete vacas.

—¿Y quién no? —replica Myrtle—. ¡Vaya, mirad ese cielo

incandescente!

Rosalind despliega su sonrisa automática.

—Tenéis que venir pronto a tomar algo. Podemos jugar a *boules* en el jardín. —Se vuelve y regresa al camino de hierba. Oye cómo Myrtle habla entusiasmada con su lenguaje artístico, los murmullos insinuantes de Hilly y Philly y la cháchara de los niños. Entra en el bosque. Los deja a todos atrás.

Rosalind Seagrave camina por entre los árboles veteados. La luz del sol ha alcanzado el suelo de tierra a lo largo del día, a través de celidonias, anémonas y violetas. Y esa misma luz se mantendrá hasta la misma noche: en los brillantes días primaverales no quiere volverse negra. Incluso después de que el sol desaparezca queda un pálido rastro que se eleva y se convierte en una tira celeste y, más arriba, un azul intenso que es el color del límite del espacio, y solo entonces, muy alto y olvidado, el negro índigo del cielo nocturno, que espera entre bastidores sosteniendo cuidadoso la esfera dorada de la envidiosa Venus.

Bandera negra

Mayo de 1928

La noche es agradable, una mezcla de grises suaves y verdes. La niebla ha llegado furtiva desde el mar y ha envuelto las colinas, desconectando a Chilcombe del resto del mundo. Son pasadas las nueve cuando Cristabel sale a escondidas del ático. Los adultos se han ido a una fiesta en Somerset, dejando la casa a quienes viven encerrados en ella: sirvientes y niños. Nadie come o bebe o pide nada, así que la mayoría de los criados duermen en sus camas o juegan a las cartas a la luz de las velas en la cocina.

Cristabel baja la escalera principal de puntillas hasta el Salón de Roble, que está muerto como una cripta, la poca luz que entra por la cúpula cayendo sobre el piano. El piano raramente se abre. A pesar del muy mencionado deseo de Rosalind de que los niños deberían «ser musicales», nada se ha hecho para seguir ese criterio. Una de las institutrices se ofreció a darles lecciones, pero solo Veg perseveró lo suficiente como para dedicarse al instrumento, y solo ella se sienta a practicar, tocando decidida las teclas de las melodías hasta dominarlas, cambiando de dirección con cada nota equivocada, como alguien con los ojos vendados tras chocar contra un mueble.

Cristabel no choca con nada. Cruza el salón con destreza y sale por la puerta principal a la niebla de la noche, en la que distingue la pequeña forma de Maudie que pasa por el lateral de la casa. Se cruzan una mirada en la oscuridad, como gatos callejeros, hasta que la criada asiente y desaparece. Cristabel sabe que la ha dejado ir, y que, sea lo que sea lo que estaba haciendo Maudie, mejor no preguntar.

Silenciosa como un trampero, se apresura a cruzar el jardín. Viste sus botas de cordones y el abrigo sobre el camisón. Lleva un pañuelo

teñido de negro y anudado a un palo: una bandera negra, el símbolo internacional para parlamentar. Hasta los piratas cumplen con las banderas negras. Significa que les ofrecen la oportunidad de sentarse y hablar, de hombre a hombre, las armas a un lado. También lleva un trozo de bizcocho y un mechero de pedernal de plata, dos ofrendas de paz en el bolsillo del abrigo, más el cuchillo de caza de su abuelo oculto en una manga como protección.

Llega al final del jardín y va a correr hacia los árboles cuando oye un ruido atrás. Digby. Descalzo, con el pijama con sus iniciales. Frotándose el sueño de los ojos. El pelo rizado y levantado.

—Te he oído pasar —dice. Su habitación está en la primera planta, aunque apenas duerme allí; prefiere quedarse con las chicas en el ático —. ¿Adónde vas? ¿Por qué no me has despertado?

—A hablar con los salvajes. Me ha parecido mejor ir sola.

El niño frunce el ceño.

—¿Por qué?

Cristabel agita la bandera negra.

—Voy a intentar negociar con ellos.

—Nunca haces nada sin mí.

—Solo una persona puede pedir parlamentar.

—Puedo ayudarte —dice él—. Seré tu escudero.

—Muy bien, pero hablaré con ellos yo sola. Tú te quedarás en el bosque.

—¿En el bosque?

—Vigilando. En cuanto te necesite te haré una señal.

—Muy bien. A ver quién llega antes.

Corren por el bosque como atletas, saltando por encima de las raíces de los árboles como si fueran obstáculos en una carrera de vallas, asegurándose de dejar atrás cualquier cosa temible que aceche entre las sombras. Cuando aparece a la vista la cabaña, Digby se esconde tras un espino y tensa un arco y una flecha imaginarios. Cristabel lo mira y asiente, y entonces sale del bosque, el corazón golpeándole el pecho.

***

La cabaña cubierta de flores junto al mar está en silencio, pero es una clase de silencio diferente a la quietud orquestada y solemne de Chilcombe. La cabaña tiene todas las puertas y ventanas abiertas. En los marcos de las ventanas titilan velas embutidas en botellas de vino vacías. Salen interesantes olores: comida picante, aguarrás, tabaco y algo más, potente y abrumador. Cristabel oye voces dentro que hablan entre susurros y se adelanta para escuchar, cuando una ramita se rompe detrás de ella.

Se vuelve y ve al más alto de los niños salvajes, que solo viste unos pantalones cortos. Ha salido del granero. Los otros, numerosos como ratas, se están bajando de balas de paja para converger tras su líder.

Cristabel agita la bandera negra y la deja en el suelo. Se mete las manos en los bolsillos y saca el bizcocho y el mechero. El salvaje alto agarra el bizcocho y lo lanza atrás, por encima del hombro, para los más pequeños. Después coge el mechero y le da vueltas en la mano para examinarlo. Con cuidado, Cristabel extiende una mano y le da a la ruedecilla con el pulgar, creando una chispa.

—Como mechero no está mal —dice—. Mi tío Willoughby lo usó en el desierto.

Tiene al salvaje tan cerca que huele su piel. Su cara, entre las sombras producidas por el encendedor, es de ángulos rectos y con una gran frente. Es una cabeza más alto que ella, y tiene un cigarrillo entre las comisuras de los labios, como un vaquero. Es delgado y de hombros anchos, con pelo negro a la altura de estos, y el ralo inicio de un bigote. Cristabel piensa que debe de tener unos trece años; lo bastante mayor como para considerarse a sí mismo un adulto. Oye cerca el mar, su siseo y cómo agita las piedrecillas. La niña dice:

—He venido a negociar. Necesito gente. Para mi obra. Para la *Ilíada*. Sé que os gusta actuar. Os he visto hacerlo. Disfrazaros.

Él adelanta la cabeza. Cuando habla, y es la primera vez que Cristabel le oye hacerlo, es con un acento mezcla de varios otros, estirando las vocales.

—Vuélvete a casa, niñita.

Intenta devolverle el mechero, pero ella se resiste y lo empuja de nuevo hacia él.

—Voy a haceros una oferta. Si participáis en mi obra, os enseñaré cómo pelear con una espada. —Levanta la voz para que la oigan los

más pequeños—. A todos vosotros. Os enseñaré a combatir como guerreros. Yo sé hacerlo.

El salvaje se ríe.

—Yo también sé luchar, niñita. Lo único que haría con una espalda es acabar con las putas rubias de la cama de mi padre, ¿comprendes?

Por un instante ella se muestra confundida.

—¿Las putas rubias? —Él señala hacia la cabaña con la cabeza—. Un momento. ¿Tu padre es Taras? No se comporta como tu padre.

El salvaje hace un ruido como el de un jabalí.

—¿Y cómo se comporta un padre?

Cristabel no sabe qué contestar. Ve tras él que los otros salvajes la observan. Todos tienen el pelo negro.

—No me digas que es el padre de todos vosotros. —Había dado por supuesto que los acompañantes de Taras eran sus seguidores, no su familia.

El niño tira el cigarrillo al suelo.

—¿Por qué te crees que estamos aquí? Somos hijos del gran Taras. Quizá pronto tengamos un hermano rubio, ¿eh? O dos. Mi madre podría cuidarlos igual que al resto de los bastardos de él.

—¿Quién es tu madre? —De repente, Cristabel recuerda a la mujer del pañuelo en la cabeza—. ¿Te refieres a la mujer que limpia?

El chico se echa atrás de golpe.

—Mi madre es su mujer.

—No sabía que el señor Taras estaba casado.

—¿Por qué iba a decírtelo? Él mismo prefiere olvidarlo. —El chico acumula saliva y la escupe como un chorro de espuma al suelo—. Pero una cosa puedo decirte, niñita: un día nos libraremos de esas diablesas rubias y regresaremos a casa.

—¿Te refieres a Hilly y Philly?

—No son las primeras diablesas. Hubo una en Nimes. Otra en Brujas. A veces nos quedamos con los niños. Mi madre se convierte en su madre. ¿Comprendes?

—Empiezo a comprender —responde Cristabel—. Hilly y Philly son diablesas rubias, y tú crees que usurpadoras. —El chico frunce el ceño. Ella repite—: Usurpadoras. Han ocupado el lugar que le corresponde a tu madre. —Él asiente—. No lo sabía. *Pardonnez-moi*. ¿Os hacen dormir en el granero?

—Nosotros elegimos el granero —responde él. Desde el interior de este llegan unas risotadas histéricas, como si fuesen una explicación. El chico tensa la mandíbula.

—¿Y tu madre aguanta todo eso?

El salvaje se encoge de hombros. Lo que ella siente en ese momento es complicado. Reconoce algo en la expresión de él, algo sobre lo que es verse ligado a las tonterías de los adultos. Y ella siempre va a estar de parte de los usurpados, los impotentes. Pero no se ve capaz de ponerse en contra de Taras, su dios oceánico, el artista que está convirtiendo en realidad sus sueños teatrales. Tiene mucho que considerar. Pero también tiene una misión. Debe dar vida a una obra, y necesita a ese grupo de extranjeros semidesnudos. Recuerda una frase de un libro de Henty: «Un inglés siempre ha de pisar y cuadrarse de hombros de una forma que un francés nunca podría». Carraspea.

—Vengo a negociar. A alcanzar un acuerdo. Dime, ¿eres francés?

El chico niega con la cabeza.

—Medio belga, medio ruso.

—Pero habláis en francés.

—Francés, ruso, holandés, inglés. ¿Tienes un idioma preferido?

—El inglés, naturalmente. Permíteme ser clara: necesito un elenco para mi obra. Quiero que tú y tus hermanos y hermanas salgáis en ella.

—¿Es que no tienes otros niñitos con los que jugar?

Ella estudia un momento la respuesta, y opta por decir la verdad.

—No. No tenemos amigos. Por eso, os necesito. A cambio os enseñaré a luchar. O podría conseguiros cosas de la casa. ¿Qué queréis? ¿Cigarrillos, chocolate?

Los salvajes susurran «chocolate» entre ellos, como si fuese un encantamiento. El chico dice:

—¿Por qué íbamos a fiarnos de ti? Podrías robar para nosotros y después llamarnos ladrones.

—Te doy mi palabra de honor.

—No sé nada de tu honor.

Cristabel piensa un momento. Entonces extiende una mano y enciende el mechero, aún en posesión de él. Coloca la palma abierta suspendida sobre la llama.

—Mira —dice—. Este es mi honor. —Baja más la mano hacia el

mechero, manteniendo la vista fija en él aun cuando sus párpados empiezan a temblar por el dolor que siente.

Los salvajes se le acercan más. El chico espera a que Cristabel tenga la mano muy cerca de la llama, mientras ella parpadea para contener las lágrimas. Por fin, él aparta el mechero y se lo guarda en el bolsillo. Cristabel se lleva la mano al pecho y empieza a respirar hondo.

—Cigarrillos, sí. Chocolate, sí —dice él—. Otra cosa: quiero aprender a conducir un coche. Encárgate de eso y hablaremos de obras. *Oui?* —Cristabel asiente. Aún no ha recuperado el control de su voz. El chico la observa un momento y añade—: Nosotros tampoco tenemos amigos.

La niña no está segura de si se ha tratado de una muestra de empatía o de una amenaza. Se dirige hacia el bosque y consigue pronunciar un tembloroso:

—Voy a considerar sus condiciones, monsieur.

Ha dejado la bandera negra en el suelo. Él le dice, a sus espaldas:

—*Bonsoir,* mademoiselle. *Je m'appelle Leon*.

Digby la espera entre los árboles, temblando al aire nocturno. Ella le dedica una sonrisa, aspira sonoramente y se seca los ojos.

—Me he quemado la mano.

—No hiciste la señal —le dice él—. ¿Te duele?

Cristabel asiente.

—¿Te lo han hecho los salvajes?

—No —responde ella—. Me lo hice yo. Para demostrar mi honor.

—¿Te lo hiciste tú? —repite Digby. Una lechuza ulula en el bosque y él vuelve a temblar—. ¿Por qué no me hiciste la señal, Crista?

—Sabía que podía, Digs.

El niño se queda un momento en silencio y después dice, entonando como un actor:

—Hemos de apresurarnos al castillo para cuidar de vuestras heridas, mi señora.

Ahora es él quien marca el camino por entre los árboles, sin dejar de mirar atrás ocasionalmente durante todo el regreso a casa.

***

En la oscuridad de su dormitorio encima de los establos, el señor Brewer enciende un cigarrillo, y Maudie baja las escaleras de puntillas y sale a la noche tan silenciosamente como llegó. Durante los fines de semana en que la esposa e hijo de él no están ha adquirido la costumbre de entrar y salir de su cama como un gato.

No es algo que él recuerde haber provocado. En Hammersmith tiene conocidas de esa clase a las que podría visitar de sentir la necesidad, mujeres agradecidas que lo llamaban Billy y que lo recordaban como a un ambicioso joven, bien conocido en los pubs del oeste de Londres, un hombre que iba a lo suyo y que de vez en cuando lo suyo era lo de ellas. Pero tampoco le sorprendió del todo el que Maudie apareciera de repente una noche, tarde, materializándose en la oscuridad como si fuese algo que él hubiera soñado.

Ella ni siquiera le había ofrecido explicación alguna por aquellas actividades nocturnas; no hablaba mucho, cosa que Bill Brewer —un hombre que se movía por la vida anticipándose a la demanda y minimizando los daños— apreciaba. No hacer preguntas y todo eso. Solo una vez, en un momento de curiosidad, le dijo:

—Bueno, ¿y qué haces aquí, Maudie?

Ella lo contempló como valorándolo desde su posición preferida —encima de él—, las manos posadas en su pecho mientras este ascendía y descendía con sus respiraciones, y contestó:

—Practicar.

Ensayo

Junio de 1928

[ESCENA*: Una cabaña desastrada junto a una playa de piedrecillas. Un granero con techo de paja, lleno de lienzos a medio pintar y con una cría de elefante disecada y con ruedas. Un decorado que representa la muralla de un castillo. Un ensayo*].

TARAS: [*traza una raya en el suelo*] El público estará mirando desde aquí. Se encienden las luces. Cristabella, ahora comienza tu producción.

CRISTABEL: Entra Aquiles.

ROSALIND: ¿Aquiles es el señor Taras?

CRISTABEL: Por vez número mil, sí. El narrador comienza nuestra historia.

TUTOR DE DIGBY COMO NARRADOR: ¿Voy yo? Muy bien. «Canta, oh, diosa, la cólera del hijo de Peleo, el noble Aquiles, esta cólera infausta que veo, que precipitó a tantos de un empujón al oscuro y temido imperio de Plutón»... ¿Qué venía ahora?

CRISTABEL: «... dejando con ataques de su hierro sus cuerpos a los buitres y a los perros».

[*Entran los niños salvajes a cuatro patas, ladrando y aullando*].

CRISTABEL: Los griegos se reúnen para discutir ir a la guerra contra los troyanos.

PHILLY: [*agita un cartel pintado en el que dice GUERRA*] Guerra. Guerra.

HILLY: Venga, chica, échale un poco más de emoción.

ROSALIND: ¿Dónde tengo que ponerme?

VEG: Aquí, conmigo, madre. Estamos en Troya.

TARAS COMO AQUILES: «¿Por qué, con el cuerpo aún ileso, no emprendemos el camino de regreso?».

VEG: [*susurra*] Aquiles no quiere luchar, madre. Quiere volver a casa.

CRISTABEL: ¿Pueden salir ya las que hacen el efecto del mar?

[*Betty Brewer, Maudie Kitcat y mademoiselle Aubert, ayudantes, costureras y diosas, corren ondeando cintas azules*].

TUTOR DE DIGBY COMO NARRADOR: «La diosa al oír el lamento se apiada, parte las aguas y aparece de la nada». ¿De la nada? ¿Es correcto?

CRISTABEL: Diosa, al centro. No, decidimos que no necesitábamos el pescado.

[*Los niños salvajes entran y vuelven a salir con un pescado*].

MYRTLE COMO ÁYAX: «Los brazos le arranca con un gesto, y deja a los dioses que se dividan el resto». No es mi frase, pero me encanta.

MADEMOISELLE AUBERT COMO DIOSA: «¿Consentiremos que Troya y su alto imperio no paguen en sangre este adulterio?».

ROSALIND: ¿Por qué me mira a mí?

VEG: Tú eres la esposa adúltera, madre.

ROSALIND: Pues no tenía por qué mirarme tan torcida.

PERRY COMO NÉSTOR, REY DE LOS GRIEGOS: «¿Quiénes se ocultan en las sombras, cobardes, mientras la ciudad y el imperio en fuego arden? Vuestros cuerpos yacerán en los cerros, devorados cual carroña por los perros».

WILLOUGHBY: [*sentado en el suelo en mitad del espacio para el público*] ¡Muy bien, viejo amigo!

TUTOR DE DIGBY: Esta obra está llena de perros.

[*Los niños salvajes ladran*].

CRISTABEL: [*golpeando el decorado*] ¡Basta de ladridos!

LEON, EL SALVAJE, COMO PATROCLO: [*señala a los niños salvajes*] *Quand allez-vous faire les choses, vous écervelés fils de putes? Zut alors*.

CRISTABEL: Venus agarra de un tirón a Paris. Señora Brewer, esa es usted. Si no puede levantar los brazos en ese traje, solo señálelo con un dedo.

ROSALIND: ¿Yo hago algo aquí?

cristabel: No.

TARAS: Pero debe demostrar en su expresión que sabe que el

hombre al que ama es un diletante, un hombre que ha elegido la belleza por encima de la sabiduría.

WILLOUGHBY: Me voy a la casa a echar un trago. Lo estáis haciendo maravillosamente.

Los misteriosos caminos de las voces nocturnas

Junio de 1928

Después de la cena, ella le hace la señal —se tira de una oreja, aspira fuerte— que significa: arriba, esta noche vamos arriba. Se encuentran en el ático, en la habitación de las chicas. Para subirse colocan una silla bajo la ventana. Veg, a quien no le gustan las alturas, hace de vigía en el pasillo. Como acróbatas, tirando y empujando el uno del otro, se ayudan a salir por la ventana.

Una vez en el tejado, descansan un momento contra el gablete antes de trepar como monos por entre los azulejos hasta la cima, haciendo volar manojos de musgo por los bordes. Su destino es el grupo de chimeneas en el punto más alto del tejado. Entre esas altas columnas Cristabel y Digby tienen su nido.

Sentados juntos ocupan el mismo espacio que murciélagos, lechuzas y polillas, compañeros de viaje en el aire nocturno: las rápidas espirales de los murciélagos, como sábanas lanzadas al aire que aletean caóticamente; el flotar fantasmal de las lechuzas con sus caras blancas y sus cuellos isabelinos; los ligeros golpes de las torpes polillas contra las ventanas del ático. De vez en cuando distinguen a alguien muy abajo, como Perry, que pasea por el jardín con su pipa, un círculo de cabellos perdidos en la coronilla.

—Nadie mira arriba —dice Digby, apoyando el mentón en la mano —. Tengo que recordar mirar siempre arriba.

Una caja metálica de galletas tras un ladrillo salido de la chimenea contiene tarjetas de cartón de los paquetes de tabaco, un diccionario de francés y una libreta. Digby y Cristabel también se dejan notas allí,

de forma que además les sirve como buzón privado. Un cabo de vela encajado entre dos azulejos les proporciona luz suficiente como para leer o escribir, y él ha colocado sus soldaditos de latón a lo largo del canalón al borde del tejado, como frágil línea de defensa. A veces oyen cómo llaman sus nombres, ¡y qué delicia no responder y ser fugitivos juntos!

Cristabel saca dos manzanas del bolsillo y le da una a Digby, con cuidado de no usar su mano izquierda quemada.

Durante un rato no hay más que compañerismo y mordiscos a las manzanas, hasta que Cristabel dice:

—Me he estado imaginando la primera representación. Allí, más allá de los árboles.

—Con todos mirando —añade Digby.

—Héctor que sale de las murallas de Troya para defender su hogar.

Digby hace rodar cuidadosamente el corazón de su manzana hacia el canalón. Después se rodea las rodillas con los brazos y dice:

—Flossie interpreta esa escena perfectamente.

Hacen una pausa y escuchan los ronquidos de su fiel vigía, su noble Héctor, que, nunca falla, se queda dormida en su puesto del pasillo del ático, a menudo con uno de sus libros de partituras abierto en el regazo; le gusta practicar el piano incluso cuando no está al piano, deslizando con diligencia sus pequeños dedos por teclas invisibles.

Otros ruidos de los habitantes de Chilcombe también ascienden como globos hasta el tejado. La voz de Rosalind, justo en ese momento, aguda y resonante como una campanilla para llamar al servicio: «Dale cuerda al gramófono, Philly, querida». Willoughby, con su cálido barítono acompañado del *clinc* de vasos de cristal de fondo macizo: «¿Te apetece otro, viejo amigo?». Myrtle, que sigue a Perry como un rumor, sus invocaciones siempre melosas: «¿Quieres bailar conmigo, Peregrine?». Los misteriosos caminos de las voces nocturnas. Digby continúa:

—Flossie me ha dicho que se imagina que está defendiendo Chilcombe, no Troya. ¿No es fantástico? Nosotros defenderemos siempre Chilcombe, ¿verdad? Cuando sea nuestra.

Cristabel escupe una pepita de manzana con un rápido *fftt*.

—Tu madre dice que Chilcombe será todo tuyo. Supongo que a Veg y a mí nos venderá como restos.

—Yo nunca dejaría que lo hiciera —dice Digby—. Sería toda una afrenta. —Se recuesta en ella, le coge la mano, la entrelaza con la suya y deja descansar el conjunto sobre una rodilla.

No se le ha quitado la costumbre de cogerla de la mano. De tratarse de cualquier otra persona, a Cristabel le parecería un gesto blandengue y cobarde, pero el cariño natural de él atraviesa sus rígidas reservas (al igual que casi cuarenta años antes el amistoso niño Willoughby siempre cogía de la mano al tímido adolescente Jasper) y sus disgustos y reticencias habituales se sueltan y todo se vuelve más sencillo, más posible, y no es ninguna molestia estar el uno junto al otro chocando las rodillas, como hermanos, forajidos, alpinistas, náufragos. Todo resulta más sencillo cuando están los dos juntos. Digby dice:

—Piensa en todas las obras que podríamos hacer si mandáramos. Hasta podríamos contratar a actores famosos.

—No tenemos por qué esperar, Digs. Podemos hacer las obras ahora, mientras Taras siga aquí —contesta Cristabel. Sigue mordiendo el corazón de su manzana hasta que no queda más que el rabillo—. Tengo un montón enorme de ideas. Ideas brillantes. Este es el trabajo de mi alma.

Digby comenta, pensativo:

—A veces quienes crees que serán buenos actuando no lo son. Pensaba que madre disfrutaría, pero no es así.

—La gente te sorprende. Yo creía que a tío Perry le parecería una bobada, pero lo hace genial. —Con un gesto preciso hace volar el rabillo de la manzana y después tira de su chaqueta de punto para cubrirse las rodillas. El aire en el tejado, incluso en esta noche de verano, es frío. El cielo está lleno de estrellas.

—Crista —dice Digby—, en la cabaña me fijé en que solo hay dos dormitorios.

—¿Sí?

—Los salvajes duermen en el granero y la mujer oscura ocupa una de las habitaciones. Solo queda otra para Hilly, Philly y Taras. Deben de dormir juntos. Crista, ¿tú crees que Hilly y Philly quieren ser chicos?

—¿Qué?

—La ropa, el pelo... Perry dice que parecen estudiantes de Eton. Y

que, de haber tenido a una bollera como Hilly, sus años de universidad hubiesen sido muy diferentes.

—A lo mejor es que los pantalones les parecen más prácticos. Igual un día de estos yo también decido usarlos.

—A veces llevan vestidos —replica Digby—. ¿Recuerdas esos con lentejuelas? Es como si se disfrazaran de personas distintas.

—La verdad es que los vi juntos, a Taras y Hilly y Philly. Quería decírtelo. Fui por el bosque.

—¿Volviste sin mí?

—Era importante, Digs. Tenía que verme con Leon para cerrar nuestro acuerdo.

—Me parece que no es muy buen actor. Nunca recuerda sus frases.

Cristabel le da un golpecito con el hombro.

—Te estaba hablando de lo que vi. En la cabaña. Dos cabezas rubias, una negra. Muchas piernas. Difícil decir cuál era de quién.

—¿Todos en la misma cama?

—Sí. —Cristabel recuerda el nudo de extremidades, los cuerpos anónimos entrelazados al azar a la luz de las velas, y la enfermiza aceleración que sintió en su pulso. De alguna forma eso estaba relacionado con el recuerdo de la voz de Leon en su oído: «Esas putas rubias en la cama de mi padre»—. Y después el citarse en la playa, donde ella le prometió que Willoughby iba a enseñarle a conducir. Hasta se lo había planteado a su tío en un momento en que estaba especialmente bebido y alegre para asegurarse de que accedería, y lo calculado de todas esas acciones hizo que el pulso se le acelerase aún más.

—¿Por qué crees que hacen eso, Crista? —pregunta Digby.

Ella se encoge de hombros.

—No lo sé.

En realidad Cristabel cree saber en parte por qué el trío de la cabaña comparte la cama; al menos tiene una cierta noción. Había oído chistes de Willoughby, comentarios entre murmullos de los chicos del pueblo, ciertos pasajes en libros que Myrtle dejaba en el jardín. Pero quedaban muchos puntos sin aclarar. Incluso Maudie, su sincera pero errática guía al mundo exterior, se mostró reluctante a tratar el tema y se limitó a sonreír y juguetear con su pelo. Cristabel vuelve a pensar en los tres cuerpos, sus ojos cerrados, su abandono.

Todas las ventanas de la cabaña abiertas, como si estuviera desierta, como si se hubiesen ido de viaje.

Digby le da un golpecito con la rodilla.

—¿Cómo crees que va a salir?

—¿El qué?

—Nuestra obra.

—Ah. No te estarás poniendo nervioso, ¿verdad, Digs?

—No. Solo intento imaginármela.

—Yo veo en mi cabeza cómo tendría que ir todo y creo que seguramente irá así y que va a ser un gran éxito. El primero de muchos. —Le aprieta la mano—. No te preocupes. Estaré contigo.

En la casa, un reloj marca las doce. Mientras la noche cae para dar paso a la madrugada, las voces adultas del interior aumentan el volumen pero disminuyen la claridad. Ya no son globos que se elevan sino esquirlas y vidrios rotos, fuertes exclamaciones entrecortadas por puertas que se cierran de golpe y fragmentos de música de metales en el gramófono.

—Huelo a beicon —dice Digby.

—Seguro que son huevos con beicon para los que siguen levantados. ¿Sabías que si tiras un huevo desde este tejado hasta el jardín no se rompe? Lo probé diez veces seguidas.

—¡Qué me dices!

—Mañana te lo mostraré. Tenemos que dormir un poco.

—¿Puedo ir contigo, Crista? No quiero volver a mi habitación.

—Mientras no me des pataditas…

Así que apagan la vela y se deslizan por el rugoso tejado hasta la ventana y echan una sábana por encima de su hermana durmiente y se meten de un salto en sus camas y cierran los ojos y dejan que los mecanismos del cielo nocturno sigan avanzando sin ellos.

La *Ilíada*

Junio de 1928

Para Cristabel, Chilcombe siempre ha sido un entorno constante. El sol seguía siempre la misma ruta, trazando un arco sobre su cabeza, como una bola de críquet bien golpeada. Las piedrecillas de la playa entrechocaban con un murmullo pensativo a medida que la marea subía y bajaba. Había campos, campos redondos y árboles ancianos en los que ella y solo ella había grabado sus iniciales. Un lugar confiablemente silencioso; eso era lo primero que comentaban los visitantes en cuanto se desvanecía el ruido de su coche. «Vaya, cuánto silencio». La respuesta era siempre «Sí. Vamos dentro», como si el estar expuestos a tan gran cantidad de silencio no fuese recomendable.

Sin embargo, la mañana de su interpretación de la *Ilíada*, cuando Cristabel abre la ventana de su ático siente que acude a ella un nuevo aire, desde muchos kilómetros, que ha volado por encima del brillante mar rápido como la sombra de un avión. Ha llegado. El día. Su día.

Nada es como acostumbraba a ser. Cristabel siente un nudo en su estómago que se mueve como un nido de ratones. Desayunar le parece un sinsentido. Veg masculla sus frases mientras se traga las gachas, la barba de lana ya cuelga de su cuello, y Digby da saltitos en el ático a la pata coja. De otros lugares de la casa le llegan ruidos de actividad frenética: comida servida, sillas arrastradas de un lado a otro, mesas plegables de madera que llegan del pueblo.

Ese ajetreo inusual sigue durante todo el día, con Rosalind en su centro supervisando la decoración y el catering, acompañada por Betty, que, con la boca llena de alfileres, hace los últimos arreglos a los trajes. Blythe y el señor Brewer son enviados a decorar el camino que atraviesa el bosque con lámparas chinas de papel, y a principios de la

tarde la propia cabaña ha sido transformada por Taras, Hilly, Philly y Myrtle. Grandes trozos de tela cuelgan de las ventanas superiores y están clavadas al suelo, creando una tienda para los líderes guerreros griegos, y una gran bandera pintada ondea en el cañón de la chimenea. Ante el establo se encuentran las almenas de madera de la ciudad sitiada de Troya, decoradas con conchas por Taras. Botellas de vidrio de colores con velas dentro señalan la parte frontal de la zona del escenario.

Las malas hierbas han sido arrancadas, el espacio entre los edificios se ha limpiado, y sillas y tumbonas de madera llenan el espacio para el público. Cristabel deja cuidadosamente un programa escrito a mano sobre cada asiento, mientras que Veg, siguiendo órdenes de Rosalind, coloca una rosa cortada del jardín sobre cada programa, con una piedrecilla encima para mantenerla en su lugar. En la playa, una hoguera de madera rescatada al mar está preparada para ser encendida durante el último acto, para que las escenas finales sean interpretadas contra un fondo de llamas crecientes. Todo está en su lugar y preparado, una iglesia vacía que espera a sus feligreses.

Pero ¿acudirán? Cristabel ha repartido ella misma las invitaciones. Le tomó prestado un mapa al señor Brewer, se hizo con la bicicleta del hijo del carnicero, y —tras una dolorosa tarde aprendiendo a usarla— se pasó una semana yendo por la costa llevando las tarjetas a lo mejor del sur de Dorset.

Fue emocionante buscar las direcciones, seguir el mapa como una exploradora. No sabía que hubiera tantos pueblecitos ocultos en los recovecos de los valles. Osmington, Sutton Poyntz, Chaldon Herring, Tyneham. La maleza de verano había crecido tanto a los lados de las estrechas carreteras que desde una distancia parecía que no se pudiera pasar por ellos, pero a medida que se acercaba con los frenos chirriando se mostraba el camino, como una serie de pasajes ocultos. Las tardes calurosas eran benignas mientras dejaba atrás a toda velocidad campos repletos de vacas que masticaban solemnes, la llamada resonante del cuco acompañándola durante el crepúsculo.

Rosalind no sabría nada sobre Elena de Troya, pero —Cristabel hubo de admitirlo a regañadientes— sí sabía cómo montar un acto. Su forma de conseguir todo lo que necesitaba resultaba admirablemente calculadora. Había contratado a una modista amiga de Philly para

diseñar los trajes, y convenció al cura a base de lisonjas para que le prestara casi todo lo que tenía. Hasta escribió ella misma las notas que acompañaban las invitaciones: «El toque personal lo es todo si quieres que acuda el público más selecto».

Myrtle, que fumaba un cigarrillo en su traje de soldado durante una pausa en los ensayos, le contestó:

—A mí, desde luego, me hubiesen dado ganas de venir.

—Querida, todos quieren venir. La gente se muere por conocer a Taras. Y esta es una forma muy original de presentarlo: el gran artista en una producción teatral con los niños.

Ahora el gran día ha llegado, y la hora escrita en las invitaciones —*7 en punto para cócteles previos a la representación*— se acerca cada vez más. Cristabel se sienta bajo un árbol y espera. No queda nada más que hacer.

***

Primero oye sus voces. Las voces de la gente que llega por el camino. El señor Brewer los guía hasta el jardín, donde unas camareras con coronas de olivo esperan con bandejas de cócteles. Cristabel ve a un grupo que conoce a Brewer hacerle bromas sobre sus piernas desnudas y su túnica de cuero. Pullas amistosas e insultos amables. Nunca lo había visto comportarse de forma tan jovial. Después empiezan a llegar coches. Uno tras otro, haciendo crujir la gravilla. La aguda llamada de saludo de Rosalind flota por el jardín, como el grito de triunfo del pavo real.

Empieza a formarse una multitud en el jardín, todos sosteniendo sus copas de cóctel. Contemplan el entorno, giran sobre sí mismos, observan la vieja casa, el recluido jardín, a los otros invitados, y ocasionalmente a la propia Cristabel. Ella reconoce a un par de los amigos propietarios de tierras de tío Willoughby, porcinos y presumidos, junto a otros de espaldas muy erguidas, gente a la que él y Perry conocieron en el ejército. Decide que un grupo de intensos jóvenes adultos, con cortes de pelo interesantes y muñecas delgadas, deben de ser amigos de la escuela de arte de Hilly y Philly, que según esta última ocupan estudios minúsculos con un hornillo en el suelo y

sobreviven a base de huevos pasados por agua y de copular frenéticamente para mantener el calor.

Hay elegantes ancianas de apariencia importante con joyas negras del pasado, que hablan en voz muy alta de Taras y su ARTE; supone que deben de ser las clientas a las que él describe como «viejas inglesas con grandes monederos». También oye el final de algunas de las lisonjeras presentaciones que hace Rosalind y se entera de que entre los presentes hay un «celebrado restaurador» y una «escultora moderna». En total hay cincuenta personas o más.

Quedan diez minutos para que se levante el telón. Cristabel corre hasta la cabaña. Tiene que ponerse su traje y hacer los últimos preparativos. Mientras, Blythe empieza a conducir al público por el bosque. Avanzar por entre los árboles en una noche de verano siguiendo un camino decorado con linternas de papel es una experiencia casi mágica, como acordarán todos después. Al llegar a la cabaña se dan cuenta —¿cómo es que no se han dado cuenta antes?— de que se trata de un lugar idílico semioculto en un trozo de tierra con hierba al lado de la playa. Los vencejos y los pájaros llamados avión vuelan en círculos. La madreselva endulza el aire. El arrullo de las olas en la orilla. Apenas un toque de ballena. El público toma asiento y coge los programas.

En la cubierta, el dibujo de un hombre furioso que agita una lanza ante un castillo. Debajo, en letras a tinta hay escrito:

> ESTA NOCHE LA PROPIEDAD SEAGRAVE SE ENORGULLECE EN PRESENTAR LA PRIMERA REPRESENTACIÓN EN EL CONDADO DE DORSETSHIRE DE LA RECONOCIDA HISTORIA DE LA *ILÍADA*, ESCRITA POR EL NOBLE SR. HOMERO.
>
> DIRIGIDA POR MISS CRISTABEL ELIZABETH SYLVIA SEAGRAVE (ZEUS).
>
> DIRECCIÓN ARTÍSTICA DEL SR. TARAS GRIGOREVICH KOVALSKY (AQUILES).
>
> POR FAVOR, NO HABLAR NI INTERRUMPIR.

Cristabel Elizabeth Sylvia Seagrave, que ahora se encuentra entre bastidores y observa por una rendija de la muralla de Troya, estudia a los asistentes mientras examinan el programa. Normalmente no le gustan los desconocidos, pero esta vez se está encariñando con su

público. Es un cálido sentimiento de aprobación relacionado con la conformidad de este, con cómo están dedicando la debida atención al programa y cómo se reclinan para señalar con un dedo algún detalle del decorado.

Deja de mirar y va al establo a ponerse su traje. En contraste con la silenciosa expectación del público, el lugar es frenético, sobreexcitado, convulso por continuas emergencias explosivas que se extienden como el fuego por entre el elenco. ¡Patroclo ha perdido su escudo!, ¡a Héctor se le ha pegado un dedo a la barba!

Taras, el punto de calma en el ojo del huracán, está sentado sobre una trampa para langostas boca abajo, tomando vodka, con una corta túnica que muestra sus increíblemente gruesas piernas, cada una del tamaño del torso de un niño, cubiertas de pelo negro rizado, como un sátiro. Hilly y Philly revolotean a su alrededor, delgadas como cañas en sus trajes de soldado, con el pelo alisado hacia atrás y los ojos muy pintados. Perry, pálido y erguido dentro de la armadura, está parado cerca. Sus décadas de vida militar, normalmente bien ocultas, ahora resultan curiosamente visibles, como si el papel de Néstor le hubiese permitido levantar una especie de velo interno y mostrar a Perry el coronel, Perry el hombre que se siente cómodo en el campo de batalla. También el señor Brewer ha regresado a su compostura marcial, una competencia calma y contenida, el ligeramente divertido fatalismo de los soldados de rangos inferiores.

Veg camina en círculos con solemnidad y con su espada de madera, muy parecida a su padre con la barba postiza, su forma rechoncha más emotiva que nunca; convierte a Héctor en un hombre rotundo y valiente a pesar de su apariencia. Myrtle, alta como una amazona, ajustándose el casco sobre su pelo teñido de rubio mientras se apoya con indiferencia contra el elefante. Los jóvenes salvajes corretean de aquí para allá, agitando sus lanzas; Leon lleva un cubo lleno de sangre de conejo para la batalla final (durante el intermedio se repartirán parasoles a los de la primera fila). Digby, el bello príncipe, una corona de flores en su pelo negro. Rosalind, una trémula columna blanca. Las tres criadas en sus túnicas de diosas: Betty, un generoso y abundante tesoro; Maudie, una ninfa de madera con la melena suelta, y Ernestine Aubert, sólida e inmutable como el destino.

A Cristabel le encanta su elenco. Acaba de darse cuenta. Los ama

como los dioses aman a los mortales, con benevolencia y perdón. Durante los ensayos la han enfurecido, la han llevado a la ira más absoluta, pero ahora, por efecto de alguna clase de alquimia, resultan perfectos. Respira hondo y empieza a subir la escalera apoyada a un lado del establo que le permitirá aparecer por encima de la ciudad de Troya como si flotara en el aire en el momento de pronunciar su primera frase, aproximadamente a los diez minutos del primer acto.

Desde su escondite arriba de la escalera ve al tutor de Digby, el narrador, salir al escenario, el primer intérprete en aparecer tras la muralla de madera. Se hace el silencio entre el público. Unos pocos y discretos carraspeos. Una gaviota que grazna, y...

> Canta, oh diosa, la cólera del hijo de Peleo,
> el noble Aquiles, esta cólera infausta que veo.
>
> Ha comenzado.

***

Al principio Cristabel dedica toda su atención al narrador, recitando en su cabeza cada una de las frases, pero a medida que él va ganando confianza la niña se fija en otros miembros del elenco. Observa cómo cada uno de ellos sale al escenario y los ve empezar a encontrar su camino. Voces en un principio temblorosas se vuelven más fuertes, gestos nerviosos se vuelven decididos. Perry hasta comparte un par de comentarios al margen con el público. Finalmente, Cristabel se ve capaz de dirigir la mirada hacia los espectadores y captar sus expresiones cautivadas.

La complace inmensamente el ser la creadora de esto. Le recuerda a jugar con el teatrillo de cartón en el ático, y cómo su parte preferida era tumbarse en el suelo, hacer las voces, hacer interactuar a los personajes, y ver a Digby y a Veg también tumbados boca abajo, apoyando las caras en las manos, transportados por la historia, como si esta avanzara por sí sola. Era la magia del mago, un poder divino.

Nunca les dirá a Digby y a Veg que cuando le llega el momento de pronunciar sus primeras frases como Zeus siente verdadero miedo, la sangre se le hiela de la cabeza a los pies y el corazón le da vueltas como

la rueda de un molino. Pero en cuanto empieza a hablar se convierte en el dios, el dios de dioses, y sabe cómo serlo.

Aunque el público le presta atención educadamente, ella, como buena directora, nota que entre el elenco hay intérpretes más naturales. Perry, por ejemplo, con su aire de tenerlo todo bajo control. Pero, de lejos, su favorito es Digby. Incluso cuando no dice nada, ella ve que todos los ojos están posados en él. Cada vez que aparece se producen gestos de reconocimiento y aprobación.

En un momento lo mira a los ojos y ve que el Digby que conoce está muy lejos. Es Paris quien le devuelve la mirada. Mientras que actuar frente a los adultos a ella le produce ciertos calores e incomodidad, miedo a que se rían de ella, para Digby, que no ve diferencias entre él y nadie más, es algo tan natural como respirar. Su sinceridad innata significa que nada se interpone entre el papel que interpreta y él mismo, no hay una barrera de cohibición que complique las cosas.

Y después está Taras como el guerrero Aquiles. Cuando los otros personajes están en escena se producen momentos de complicidad entre el público y el elenco, una especie de amable reconocimiento de estar juntos en esto. Pero cuando aparece Taras no hay interacción. Su Aquiles es un asesino. Un hombre consciente de todas las almas que han de ser sacrificadas para que él obtenga la inmortalidad, sabedor de cómo ha de morir cada una de ellas y de los ruidos que harán en el proceso. Taras coge esa autoconsciencia y la muestra a plena luz a los espectadores, sin darles cuartel.

La obra pasa volando. La última escena —Héctor/Veg caído tras su elefante, con la hoguera de la playa encendida— incluso hace que algunos miembros del público se lleven pañuelos a los ojos, como banderas blancas de rendición. Y entonces *aplausos*, *APLAUSOS*, el sonido más maravilloso, llegándoles como en oleadas mientras saludan con una reverencia, elevándose en crestas cuando Digby da un paso al frente. Y otra vez para Perry, ladrón de escenas. Y otra vez para el gran Aquiles. Y otra vez para Betty, a la que casi se le escapa el generoso escote. Y otra vez para todos. Una nota sostenida de *clap*, *clap*, *clap* que Cristabel espera que nunca cese.

***

Después los intérpretes corren entre bastidores, dándose palmaditas en la espalda unos a otros. Repasan la obra sin aliento, vuelven a representar partes entre ellos, las que casi han salido mal —¡Por un momento no me acordé de arrodillarme!— y las que han salido bien —¡El discurso te ha quedado mejor que nunca!— como forma de mantener vivo el espíritu, lanzándoselo entre ellos como algo que no se pueden permitir que toque el suelo. Se adornan entre ellos con alabanzas, aplauden, dan vueltas sobre sí mismos como bailarines. Algunos espectadores también entran en el establo para felicitarlos y darles la mano, civiles de movimientos pesados al encuentro de los glamurosos artistas. Cristabel nunca ha tenido a tanta gente que le hable, nunca ha oído a tantos pronunciar su nombre.

Poco a poco, público y elenco empiezan a emprender el camino de regreso a Chilcombe. Al salir del establo, Cristabel ve a Leon. Está manchado de sangre de conejo, su rostro sonriente cubierto y sucio. Saca un paquete de cigarrillos y asiente en dirección a la hoguera. Ella niega con la cabeza. Ahora quiere estar en la casa. Va en busca de Veg y Digby, y corren los tres juntos por el bosque a la luz del anochecer, aún medio disfrazados, las flores volando del pelo del niño como si fueran polillas.

Rosalind ya está allí, y saluda a cada miembro del público a medida que van llegando. Tiene un comentario para cada uno, y adapta sus maneras según a quien tiene delante. Con las ancianas ricas es una jovencita modesta, para el viejo obsequioso de la propiedad contigua es una picante coqueta, para el cura timorato es una madre discreta. Cristabel observa con una cierta frustración que Rosalind es perfectamente capaz de actuar cuando no está sobre las tablas.

La propia casa forma un perfecto escenario. Todas las ventanas están abiertas de par en par, y también la puerta delantera. Chilcombe ha sido abierta entre crujidos como una casa de muñecas, mostrando un interior iluminado con boles de velas flotantes, brillante y trémula como una cueva del tesoro.

Mientras los niños pasan corriendo, Cristabel oye decir a su madre adoptiva:

—Tu obra ha recibido críticas positivas.

Digby y Veg siguen hasta la casa. Cristabel se detiene. Rosalind habla sin mirarla:

—Si hay otra obra, tendremos que hacerla diferente.

Cristabel no dice nada.

Rosalind saluda a alguien al otro lado del jardín y continúa:

—Tendrá que haber tiras de luz eléctrica en los árboles, y también habrá que iluminar el propio escenario. El señor Brewer podrá encargarse de eso. Los trajes tendrán que ser confeccionados profesionalmente. Hay una mujer en Hampstead, tengo su dirección.

Una pausa. El barullo de los invitados, del champán, del éxito. Los grajos graznando en los árboles. Rosalind vuelve a la carga:

—Yo no podré salir en ella. Tengo demasiado que hacer. Pero Taras tendrá que figurar de alguna manera, Digby interpretará el papel principal y la representación será al final del verano. Veg puede tocar algo al piano durante el entreacto, Myrtle me dice que es bastante buena, pero nada de esa música rara que le gusta a ella, algo que les guste a todos. También invitaremos a gente de los periódicos. —Mira a Cristabel para comprobar que la ha oído, y añade—: Dile a Digby que se mezcle con los invitados. Todos están desesperados por conocerlo.

Cristabel puntualiza:

—Tengo algunas ideas. —Como Rosalind, le habla al aire, como para sí misma—. Ideas propias.

—Seguro que sí —replica Rosalind con su voz de anfitriona.

—Quizá te escriba una lista. —Y espera sin moverse. No es habitual para ella estar ante su madre adoptiva, y le complace ver que ya no hay una gran diferencia respecto a la altura.

Rosalind frunce los labios, como un jugador que estudia su jugada en la mesa de las cartas, y por fin dice:

—Muy bien.

Cristabel asiente y se une a la multitud que entra en la casa. Nota con una cierta sorpresa que su entrada en el Salón de Roble causa expectación. Oye murmullos, menciones al nombre de su padre. Unos pocos hasta le dirigen sonrisas. Ella asiente ligeramente como respuesta, ofrece su mano de vez en cuando. Saludar a la gente es importante, supone. Hacerlos sentirse bienvenidos. Esa clase de cosas.

Ve a Digby y a Veg comiendo tarta de chocolate junto al hogar, que

Rosalind ha llenado con un centro de flores exóticas, y se dirige hacia ellos, metiéndose en el bolsillo al pasar la pitillera que Myrtle ha dejado encima del piano.

—Vuestra madre quiere que hagamos otra obra —les dice.

—¡Fantástico! —exclama Veg, produciendo una lluvia de migas—. ¡Estoy encantada! ¡Ha sido el día más perfecto de la historia! ¡Mirad a toda esta gente!

—Es la mejor noticia que he oído nunca —interviene Digby, agitando la cabeza—. Podríamos hacer una de las nuestras de Shakespeare, Crista.

—Podríamos, Digs, podríamos —responde ella, cogiéndole un trozo de tarta del plato.

Mientras se lo come contempla a quienes los miran a ellos, sonrientes con sus mejores galas, sosteniendo sus cócteles, y piensa en la *Ilíada*. Piensa en lo que sucedió después, en la siguiente historia, cuando los ingeniosos griegos consiguieron por fin entrar en la ciudad de Troya y ganaron la guerra.

Después de incinerar el cuerpo del valiente Héctor en una pira, los griegos construyeron un enorme caballo de madera, que ofrecieron como regalo al pueblo de Troya. Un poderoso corcel sobre ruedas, hueco por dentro, que llenaron con soldados silenciosos, apiñados, masajeándose las extremidades dormidas y pasando sus pulgares cuidadosamente por el filo de sus espadas.

Si encuentras la forma de darle a la gente lo que quiere, te dejarán entrar, piensa Cristabel. Si construyes una criatura y te escondes dentro, te abren sus puertas y te ayudan a salir adelante.

Sin ruidos

[Un dormitorio en una cabaña junto al mar].

HILLY: Has sido el mejor, querido.
TARAS: Sí.

[Una habitación de invitados en Chilcombe].

MYRTLE: Has sido el mejor, querido.
PERRY: Por favor, Myrtle, basta.

[El dormitorio principal de Chilcombe].

ROSALIND: Digby ha sido el mejor, ¿no crees, querido?
WILLOUGHBY: Me he dejado los cigarrillos abajo.

[Un campo a medio camino entre el pub El Hundimiento y la propiedad Chilcombe].

PHILLY: Me preguntaba a quién de nosotras elegirías. Mis amigos de Londres hicieron apuestas. Hilly era la favorita. Por lo visto, con diferencia. No creían que yo fuera tu tipo.

WILLOUGHBY: No lo eres, querida.

PHILLY: Dices esas cosas horribles con mucho encanto. Una casi podría creer que no tienes malicia ninguna.

WILLOUGHBY: No creo tenerla.

PHILLY: ¿Por qué actúas así? Todas esas mujeres, esos *afers*...

WILLOUGHBY: Yo no llamaría a esto un *afer*. Además, tú estás loca por ese ogro ruso. Solo estás aquí porque esta noche le toca a Hilly.

PHILLY: A Taras le encanta volver locas a las mujeres porque piensa que la locura es una forma suprema de expresión. ¿Cuál es tu excusa? Yo creo que en el fondo desprecias a las mujeres.

WILLOUGHBY: Ya parecéis despreciaros bastante entre vosotras. Nunca he entendido por qué las mujeres no pueden llevarse bien. Siempre están quejándose de todo, complicándose la vida. ¿Un cigarrillo?

PHILLY: ¿Por qué te molestas en hacerme el amor?

WILLOUGHBY: Lo dices como si te hubiese traído aquí de los pelos.

PHILLY: ¿Tienes fuego?

WILLOUGHBY: [*tras una pausa*] Si llevas mucho tiempo haciendo algo se convierte en una costumbre, supongo. Cuando estaba en el ejército había cosas que hacía cada mañana sin falta. Botas, botones, gorro. Después de unos años ni me daba cuenta de que las hacía. Sencillamente sucedían.

PHILLY: Una definición perfecta del impulso inconsciente. Qué fácil debe de resultarte a ti.

WILLOUGHBY: Nadie nunca dice que no, querida. ¿De quién es la culpa?

A Londres

Julio de 1928

Fue Perry quien lo propuso, en la cena.

—¿Por qué no os lleváis a los niños al *ballet*? Se están asilvestrando mucho.

—¿Tú crees? —dijo Rosalind—. ¿Te parece que se están volviendo desagradables? Admito que las chicas son un poco salvajes, pero Digby tiene unos modales encantadores. Podríamos llevar a Digby.

—Una visita a la capital sería buena para los tres. Civilizadora. La semana que viene voy a estar en Londres. Quedemos allí. Los invitaré a tomar el té en el Ritz. Mi abuela me llevaba allí cuando yo era niño.

Myrtle envolvió el brazo de Perry con su mano, como si fuese una servilleta.

—Qué idea más inspirada, Peregrine. Hay que abrir los ojos de los niños a las fuerzas de la ilustración.

—¿Es necesario? —preguntó Rosalind.

—Oh, Rosalind. Como mínimo los hará más interesantes en las fiestas. Si frunces tanto el ceño, se te van a quedar las arrugas.

—Casi nunca frunzo el ceño. Pero al pensar en Cristabel trotando por las calles de Londres... No debe llevarse la espada.

—¿Se te ha ocurrido que Cristabel trotaría menos si visitara Londres más a menudo? —replicó Perry—. ¿Ha ido alguna vez? ¿Ha ido a alguna parte? Parece increíble, pero no falta tanto para su puesta de largo. Tiene que aprender a comportarse. A todo el mundo le cae bien una chica impulsiva del campo, una joven práctica; pero no les gustará si no usa el tenedor.

—Pero sí que usa el tenedor, ¿no?

Willoughby se rio.

—Me temo que no, querida. Le ha dado por comer con su cuchillo de caza. Como un pirata. A mí me parece divertido.

—¿Y los dos sabíais eso?

Ambos hombres, elegantes con sus trajes para la cena, sonrieron como pidiendo perdón, pero sin rastro de culpabilidad, muy seguros.

***

Cristabel mira las máquinas de la locomotora y suelta un silbido de reconocimiento.

—Es magnífica. ¡Y qué grande!

Para su sorpresa, a los niños Seagrave les han puesto su mejor ropa y los han llevado a la estación de ferrocarril de Dorchester, donde ahora esperan embarcar en el tren de las 8:15 a Waterloo con Myrtle, Taras, Hilly, Philly y una visiblemente tensa Rosalind. Es la mañana de un miércoles soleado de julio de 1928.

La estación es luminosa y elegante, decorada con cestos de los que cuelgan geranios rojos, mientras que el tren, de un verde oliva brillante, es el aparato más asombroso que los niños han visto en toda su vida. El motor cilíndrico, tan pulido. Seis impresionantes vagones. Está detenido tomando el sol como un lagarto, y despide un fuerte olor a metal caliente.

Van al teatro Princes de la avenida Shaftesbury, a la representación de la tarde de los legendarios Ballets Russes, durante la última semana de la temporada veraniega de estos en Londres. Myrtle tiene una amiga figurinista que se ha encargado de todo, y la americana espera que Taras pueda conocer a Sergei Diaghilev, un hombre al que describe como «el famoso mánager de la compañía», como si lo estuviese leyendo del programa.

Lo repite, aún más alto, mientras un mozo les sube las maletas al vagón.

—Dicen que Diaghilev, el famoso mánager de la compañía, está en la ciudad esta semana. Qué ocasión más afortunada, Taras. Lo vas a adorar. Él te va a adorar a ti, y *voilà!*, tú serás el artista que diseñará su próxima maravillosa producción. Dicen que va al Savoy después de cada representación, así que allí iremos también nosotros, querido.

—Y allí es donde estaremos Hilly y yo *durante* la representación —añade Philly—. Hace una eternidad fuimos a ver los Ballets Russes en París. Por entonces eran muy *avant-garde*.

Philly y Hilly destacan mucho en la estación de Dorchester, con sus vestidos de cintura baja de vívidos colores esmeralda y azafrán y pañuelos a juego en las cabezas. A su lado, Myrtle, con el turbante turquesa y un chaleco chino de flecos, parece el estirado genio de una lámpara mágica. Hilly, azafrán, dice:

—Hoy en día, lo único que ofrece Diaghilev es nostalgia popular para las masas.

—Para el caso podría trabajar en publicidad. —Philly aspira sonoramente—. Todas esas iglesias con tejados que parecen cebollas, aplaudidas por gente que no comprende el alma rusa...

Taras suelta una de sus risotadas como de morsa macho.

—¡Mujeres! ¡Quieren que sus artistas sean pobres y fracasados!

—Un artista de verdad siempre acaba triunfando —afirma Hilly—. Pero Diaghilev es mucho más un comerciante que un artista.

Philly añade, en tono lujurioso:

—Me han dicho que su principal interés es lo que tienen sus bailarines en los leotardos.

Myrtle se aprieta el collar de cuentas de cristal venecianas.

—No puedo culparlo. ¡Esos leotardos de Nijinsky! Se me caen las lágrimas.

—Es muy bajito, Myrtle. Casi un enano. Lo aplastarías como a un caracol.

—¿En qué decís que está interesado Diaghilev? —pregunta Rosalind.

—Basta de parlotear —exclama Taras, que lleva un sombrero ancho negro y una camisa bordada para su viaje a la capital, pantalones de cuadros y zapatos de cordón sin calcetines.

Como para mostrar su acuerdo con la frase, el tren suelta un irritado silbido de vapor, y las mujeres del grupo ríen y chillan. Los otros dos pasajeros que esperan en la estación —la mujer de un granjero y la dependienta de una tienda— las ignoran educadamente.

El jefe de estación sopla su silbato y los niños suben y se abren paso hasta el vagón de primera clase. El compartimento en el que van a viajar es como una pequeña habitación: una puerta, ventanas, asientos

como de terciopelo con protectores bordados y un ligero olor a tabaco. Cristabel se dedica de inmediato a ver cómo funciona la ventana que da acceso al tirador exterior de la puerta para poder salir del tren cuando lleguen a Londres, mientras que Veg juguetea con su sombrero, nerviosa. Digby está tan maravillado que apenas consigue mirar al maletero de encima de su cabeza. Los adultos avanzan más por el tren hasta el vagón restaurante, donde piensan desayunar huevos revueltos acompañados de champán.

—Esta ventanilla me gusta mucho —dice Cristabel—. Mirad, hay que usar esta tira de cuero para abrirla.

Y entonces el tren da una repentina sacudida que anuncia su salida inminente. Se oye un fuerte *ffffffffflump*, *ffffffffflump*, como si le estuviesen dando la vuelta a un colchón gigantesco, cuando el motor empieza a impulsar el vehículo; el *juuu-juuuuuu* del silbato al abandonar la estación, y a continuación el *trac-trac-trac* de los vagones que avanzan a cada vez mayor velocidad sobre las vías. Los niños corren a asomar la cabeza por la ventanilla abierta para contemplar la larga serpiente que es el tren y del que asoman las cabezas y troncos de otros pasajeros entusiastas del aire fresco que se agarran los sombreros y sonríen.

—Ojalá tuviese un silbato —exclama Cristabel por encima del ruido del motor—. Lo pido todas las Navidades.

Avanzan como un cohete por el paisaje campestre. De la chimenea salen grandes cantidades de humo blanco. En ocasiones, cuando las vías hacen eses, consiguen ver la cabina del maquinista que echa carbón frenéticamente bajo la brillante caldera que alimenta las enormes máquinas, y qué emocionante es cuando entran a toda marcha en un túnel, el humo los envuelve y también la negrura que ruge en sus oídos.

—¿Aún estamos en Dorset? —pregunta Veg al cabo de un rato, volviendo a acomodarse en su asiento—. ¿O en otro lugar?

Los niños se miran entre ellos. Digby se encoge de hombros.

—¿Y eso cómo podemos saberlo?

—Supongo que ya estamos fuera. Voy a preguntárselo al portero —dice Cristabel—. Vaya, mirad esas vacas. ¿Os habéis fijado en que siempre están de lado? Casi nunca de frente.

Enormes acres de campo pasan ante ellos. Arboledas, granjas,

colmenas. Pastores y perros pastores. Niños que hacen equilibrios sobre verjas y saludan con un pañuelo. Pasajeros que se suben y se bajan en cada estación, y cada estación tiene un nombre diferente. Wareham, Hamworthy, Parkstone. A veces, ven otros trenes que viajan en la dirección opuesta, y el ruido que hacen al acercarse es como un incesante galopar, más y más fuerte hasta que se cruzan en una mancha rugiente, desgarradora. Brockenhurst. Southampton. Winchester. Hay chalés, hospitales, iglesias, lagos para nadar, muelles, barcos con varias chimeneas, farolas, escuelas, campos de críquet, cines. Y gente. Mucha gente. Todo junto, en masa, en continuo movimiento pero impasible, supera a los niños. Parece increíble que haya estado siempre ahí, funcionando sin ellos. ¡Hay tantas cosas!

Cuando Cristabel se había imaginado el tren a Londres pensaba que iba a ser simplemente eso, un tren que saldría de Dorchester y pasaría por unos campos muy parecidos a los de su casa hasta llegar a Londres. Pero resulta que hay muchos lugares entre Dorchester y Londres. La línea entre Dorset y la capital no es una pincelada recta sino en dientes de sierra, llena de pausas e interrupciones. Hay incontables ciudades y pueblos de los que no había oído hablar nunca, y todos parecen repletos de gente que va a lo suyo sin saber lo desconocido de su paradero. ¿Qué estarán haciendo? ¿Qué hay para ocupar así a los habitantes de Beaulieu, de Hinton Admiral? Esos nombres no salían en ningún libro que ella hubiera leído. Nadie los había mencionado.

Y otra idea muy particular la reconcomía: ninguna de esa gente la conocía a ella. Nadie sabía su nombre. Ni siquiera el portero del tren lo sabía, contrariamente a lo que la niña esperaba.

***

Un tiempo después, el portero asoma la cabeza en su compartimento para decirles que ya se acercan a Londres. Miran por la ventanilla, emocionados, pero es como si entraran en la ciudad por la puerta trasera; la vista es una sucesión de lugares funcionales y desocupados: edificios industriales ennegrecidos, patios roñosos, lavabos exteriores, vallas enredadas. Pero los edificios van poniéndose en pie y creciendo

en tamaño y grandeza a medida que el tren va llegando a su destino. Entrevén el Big Ben, y entonces aparece la propia estación de Waterloo al doblar una esquina, un depósito enorme y abierto, su tejado con celosías de cristal polvoriento y arcos de hierro, con gorriones y palomas volando dentro y un gran reloj que pende del techo.

El tren entra en el andén como entre toses y se detiene junto a otros como él. Las puertas de los vagones se abren de golpe y aparecen mozos gritando y se descargan arcones y hay puestos de flores y de periódicos y gente que saluda con los brazos y llaman a otros. La expedición Seagrave desembarca, y Hilly y Philly echan a caminar inmediatamente al mismo ritmo veloz de muchos de los demás pasajeros.

—Hasta luego, queridos —se despide Philly—. Vamos a almorzar con los padres de Hilly. El deber nos llama.

—No podemos llevarnos a Taras —añade Hilly—. La última vez papá intentó clavarle un cuchillo. Nos vemos en el Savoy.

El improbable dúo de Myrtle y Taras, la americana alta y el ruso sin calcetines, conducen a los niños como ovejas por entre la estación repleta de gente, mientras un mozo sudoroso les lleva las maletas y Rosalind se queda atrás, murmurando dudosa:

—¿Cuándo fue la última vez que estuve aquí? No recuerdo la última vez que estuve.

En un momento Taras se vuelve hacia ellos, los ojos enloquecidos sobre su negra barba, y grita:

—¡Respirad la ciudad que no descansa, niños de la gran casa! ¡Dejad que entre en vuestras venas!

Eso hacen ellos. En el exterior les espera un coche descapotable —Myrtle se ha encargado de alquilarlo— y, mientras los conduce por las ruidosas calles de Londres llenas de efluvios, contemplan todo cuanto pueden: los edificios altos, los policías con guantes blancos que dirigen el enjambre de tráfico, los incontables autobuses rojos de motor, todos con una escalerilla curvada detrás que lleva a los pasajeros al piso superior como retorcidas bandas decorativas con palabras solitarias e incomprensibles: DUNLOP. CUSSONS. SCHWEPPES. Cuando el coche cruza un puente sobre el Támesis los niños ven grúas en acción al borde del agua, remolcadores que avanzan muy concentrados y barcazas con montañas de carbón negro que se abren paso lentamente por el río.

Myrtle los lleva a un restaurante ruidoso cuyo interior está decorado con superficies reflectantes: espejos, plata y cristal. Cada vez que miran por encima de sus chuletas de cerdo ven imágenes múltiples de sus compañeros comensales, fracturadas y desperdigadas. Nunca antes han comido con adultos, y la experiencia los desorienta.

Rosalind mira en todas las direcciones y comenta:

—Creo que nunca había estado aquí. No, creo que no.

—Tendrías que insistirle a Willoughby para que te traiga a Londres —replica Myrtle por encima de un túmulo de ostras—. El espíritu se marchita si se deja demasiado tiempo en el campo. Demasiado paisaje y pocos teatros.

Taras, detrás de un tenedor con una patata clavada, añade:

—La ciudad moderna es un combustible. Es petróleo.

—Willoughby nunca me saca a ninguna parte —se lamenta Rosalind.

—Déjalo un poco en paz —le aconseja Taras, que añade un gran trago de vino a su boca llena de patata—. Siempre estás a sus pies, enredada como un gato.

—¿Puede decirme alguien —pregunta Cristabel, que agita su cuchillo para llamar la atención de los demás— qué es un «mánager»? Como el señor Diaghilev.

—Es la persona que está a cargo de una compañía de teatro, Cristabella —contesta Taras—. Él busca el dinero y decide las producciones. Es la locomotora.

—Creo que no me gusta el vino —dice Veg, alejando su vaso.

—Añádele más agua —le recomienda Taras, volviendo a acercárselo.

—Taras —interviene Myrtle, que ha apartado sus ostras y está fumando de una pipa con incrustaciones de joyas—, cuanto más pienso en ello más segura estoy de que puedo serte de ayuda. Y tú a mí.

—¿Ah, sí?

—La poesía siempre será la obra de mi vida, pero tengo una visión: un póster en la pared de una estación de metro que anuncia una nueva exposición de Taras Kovalsky, bajo el patrocinio de Myrtle van der Werff. ¡No!, patrocinada por la Sociedad Artística Van der Werff. A mi padre le encantaría que yo tuviera una sociedad.

Taras sonríe.

—Me encantaría ayudarte a gastar los dólares americanos de tu padre.

—Eso esperaba —responde Myrtle.

Luego, mucha conversación adulta sobre galerías y oportunidades, pero también buenos postres: plátanos fritos con ron y densas cucharadas de crema.

***

Después de comer van a casa de una amiga de Myrtle en Belgravia para cambiarse. Cuando llegan al teatro Princes hay gran cantidad de taxis aparcados delante, que depositan a gente glamurosamente vestida de noche aunque es una tarde soleada. Se apelotonan en la entrada y entran en el vestíbulo de loza, en donde resuenan las voces expectantes de quienes esperan a ser acompañados hasta sus localidades.

Los niños, bajo el ala de Myrtle, son llevados a sus asientos al frente del círculo. Miran cómo la multitud de espectadores encuentra su lugar en las butacas por debajo de ellos. Más allá de los palcos y el foso de la orquesta en que los músicos calientan con una cacofonía que parece la de un serrucho, un telón rojo cuelga desde el techo hasta el suelo. Está iluminado desde abajo. Brilla.

Entonces las luces disminuyen y cesan los murmullos del público. El director eleva su batuta, los violinistas se ajustan los instrumentos bajo las barbillas y todos respiran hondo. Esperan. Rosalind carraspea. El telón se abre.

Una figura de largos cabellos entra desde bastidores, salta alta como un ciervo, los brazos levantados, las piernas extendidas por completo, un cuerpo totalmente arqueado en el aire. A través de los pequeños binoculares que ha encontrado en su asiento, Cristabel observa con gran atención. Ve nubecillas de polvo que se elevan de los tablones del escenario cuando el bailarín vuelve a tocar tierra.

El director hace una floritura y la orquesta empieza a tocar. El bailarín, una figura estilizada con un traje muy ajustado, responde a la música con movimientos exagerados de cada uno de sus músculos.

Algunos de esos movimientos son gráciles y circulares, otros más rugosos y funcionales. Movimientos que imploran, se relajan, alcanzan; otros que niegan, protestan, insisten.

Aparecen más bailarines corriendo desde bastidores. Iluminados por las luces del escenario dan saltos, sus rostros enfatizados por un maquillaje dramático. A través de los binoculares, Cristabel decide que algunos tienen que ser mujeres, ya que llevan vestidos diáfanos y danzan de puntillas. Nunca antes había visto a gente moverse de esa manera, y ninguno parece avergonzado por lo que está haciendo. El decorado también resulta intrigante. A ambos lados hay formas arqueadas que sugieren un claro en un bosque, pero cuando las luces cambian de color las formas parecen otras cosas: la nave de una iglesia, las vigas de una fábrica, el vientre de un barco.

Vuelve a dirigir los binoculares hacia el primer bailarín. A pesar del traje transparente no queda muy claro qué hay dentro, aunque Cristabel tiene la certeza de que el bulto entre sus piernas musculosas indica una cosa que señala a un hombre. Es fascinante, casi aturdidor, ver un cuerpo tan marcado. Parece que esté desnudo. Ve gotas de sudor que vuelan de su frente mientras da vueltas, pero su cara nunca muestra el esfuerzo que está haciendo.

Tiene una cara expresiva, con ojos muy redondos. Es un hombre, pero no como Perry o Willoughby, cerrado e irónico. Es expresivo, sensual, con los brazos extendidos, la boca abierta. De vez en cuando se enmarca el rostro con las manos, como una actriz posando en una revista. Sus saltos parecen físicamente imposibles; es capaz de ascender verticalmente, como un gato. Le recuerda a los flexibles espíritus del bosque que trepan árboles y hacen toda clase de travesuras en las ilustraciones de Arthur Rackman de *Relatos de Shakespeare*. Puck, de *El sueño de una noche de verano*. Ariel, de *La tempestad*. Ninguno de ellos es bueno o malo, masculino o femenino, sino algo muy diferente.

Cristabel oye que Rosalind susurra, a nadie en particular:

—No sé yo este, no sé.

La música crece y un violín que flota en el aire y un chelo que se ondea debajo tocan una nota sostenida, y los bailarines se levantan los unos a los otros y giran al unísono, y todas las partes en movimiento de repente parecen sincronizadas, y Cristabel siente cómo la emoción

le inunda el pecho, tomándola por sorpresa. No sabe cómo describir lo que experimenta o cómo la han hecho sentirse. Sea lo que sea, se haga como se haga, parece ser contagioso: al mirar a un lado ve las caras de Digby y Veg fijas en el escenario, como en trance, con los ojos brillantes.

Vuelve a observar la interpretación, cómo todos están concentrados en un mismo objetivo, desde el bailarín principal que da vueltas en el centro del escenario hasta el hombre invisible que maneja los focos desde arriba y el paciente percusionista que cuenta los compases en blanco antes de hacer un único *tinc* con el triángulo. Cristabel se emociona igual que con las historias de soldados que se unen para entrar en combate, una acción colectiva al servicio de una única causa. Le encantaría formar parte de eso. No. Le encantaría estar a cargo de eso.

***

Tras la representación, cuando el público vuelve a salir a la calle, parpadeando a la luz del sol, se produce un momento en que todos se quedan parados mirándose unos a otros, como intentando ver si la obra les ha dejado huella. Cristabel se mira los zapatos y frunce el ceño. No quiere que la examinen.

Myrtle tiene la cara hinchada y está exultante, el maquillaje ligeramente corrido. Coge a Digby de la mano y exclama:

—El ballet siempre me hace llorar. ¡Me ahogo en mis propias lágrimas! ¿Te ha encantado, precioso niño?

—Mucho y mucho —responde él. Tiene los ojos abiertos no como platos sino como bandejas—. Si practicara, yo también podría saltar así.

—A ver si hacemos de ti un bailarín —dice Myrtle.

—Parte de la danza ha sido divina —señala Rosalind—, pero la música era un poco chabacana.

Taras le ofrece un brazo a Veg, y echan a caminar hacia el Savoy, al sur.

—Dígame, señorita Florence, ¿la ha conmovido el ballet?

Veg contesta con voz temblorosa:

—Es increíble, señor Taras. Siento como si el corazón se me hubiese hecho pedazos. La orquesta era maravillosa, ¡y esa tienda de juguetes mágicos, ver cómo los muñecos cobraban vida! *C'était très bien*.

—¿De qué hablas? ¿Eso del final, con los títeres? —pregunta Rosalind, que camina detrás de ellos.

—Sí, *La boutique fantastique*, madre. Las muñecas se querían tanto que no podían resistir que las separaran. —Veg suspira—. Aunque yo pensaba, señor Taras, que como su amor era tan fuerte puede que volvieran a encontrarse en la siguiente vida. Igual que en las historias de los griegos la gente no se muere de verdad sino que se va a vivir con los dioses. ¿Cree usted que las muñecas van a la otra vida?

—Es totalmente posible, señorita Florence —contesta Taras, con su voz tan profundamente oceánica que recuerda a Cristabel que llegó del mar y está familiarizado con los dioses y el amor y todas las demás cosas desconocidas.

Digby, que avanza por la acera en una serie de saltos y piruetas, añade:

—Flossie, recuerda que tienen que volver a hacerlo esta noche. Y mañana. Y al día siguiente. Así que van a volver a unirse una y otra vez.

—Eso también es cierto —asiente Taras—. ¿El muñeco de la historia, señorita Florence, quería con todo su corazón?

—¡Claro!

—¿Y qué es lo que nos permite saber qué es lo que quiere? Su danza. Eso es lo que recordaremos mucho después de que el amor haya desaparecido. El arte nos sobrevive a todos.

—Ah —suspira Myrtle—, pero ¿qué era lo que inspiraba a su arte? Su amor. El amor inspira al arte. Sin amor no hay danza.

—Eres demasiado blanda —le recrimina Taras, pero sin malicia—. Tus poemas sufrirán por ello.

—Creo que eso de ahí es el Savoy —dice Rosalind—. ¿Ha sobrevivido mi pelo al viaje?

Taras hace una pausa para dirigir la atención de Veg hacia su hermana adoptiva, que camina detrás del resto con la mirada fija en el suelo, su rostro inexpresivo pero muy concentrado.

—Mira a Cristabella. Ya está trabajando. Se imagina sus futuras

producciones. La americana tiene razón cuando afirma que el amor inspira al arte, pero no solo es el amor. El arte inspira al arte. La ira, el odio, el hambre, también pueden inspirar. Pero sea como sea, llegue como llegue, lo que queda es la obra. La obra de arte nunca se acaba. Incluso cuando tengo las manos vacías sigo pintando.

Veg asiente, pensativa.

—Cristabel es muy buena pensando en cosas. Pensando y pensando.

—Mucha gente se rinde —replica Taras—, pero me sorprendería que ella lo hiciera.

***

En el Savoy hacen que los niños esperen en el vestíbulo a que llegue Perry y los lleve al Ritz, mientras los adultos se adentran más, hasta donde el señor Diaghilev está sentado a un piano, rodeado de admiradores. Los chicos se fijan en el hombre redondo, de bigote cuidado y ojos melancólicos hacia abajo, una elegante morsa que acepta con paciencia los cumplidos mientras improvisa cuidadosamente en las teclas. A su alrededor hay hombres con trajes caros y mujeres oscuras brillantes con pantorrillas prietas de bailarina, y la conversación es como una canción en que las estrofas son interpretadas por los rusos de visita, graves y quejumbrosos, y el estribillo lo cantan sus adoradoras fans, los extrovertidos americanos que ríen, los ingleses que aplauden con educación. *Ah, ja, ja, ja. Ah, ja, ja, ja. Ah, ja, ja, ja, ja, eso mismo*.

Cuando Perry aparece a la vista con su uniforme de coronel y la gorra a un brazo resulta todo un alivio. La pálida *pelirrojez* que lo hace tan traslúcido en la vida civil es erradicada por el uniforme militar, que lo llena y lo convierte en una presencia tranquilizadora.

—Veo que los acólitos han encontrado a su objetivo —dice, conduciéndolos fuera—. No soporto a los bohemios *en masse*, todos gritando sus opiniones radicales más fuerte, el uno por encima del otro. A ver cuánto tarda Rosalind en darse cuenta de que no estáis.

—No tendríamos que fastidiar a madre —dice Veg.

—Dejaré el mensaje a un botones —replica Perry, y llama a uno

con un gesto, como si fuese un taxi.

***

Entrar en el Ritz con el coronel Drake y ser conducidos hasta una mesa en el salón Palm, amarillo y dorado con candelabros y plantas en macetas, es como la apertura del mar Rojo. Les ofrecen sillas, les abren las servilletas con una floritura, le preguntan por la salud de su padre, camareros y comensales ofreciéndoles sonrisas benevolentes. Llega un carrito de postres con minúsculos sándwiches y *scones* para comer con crema y mermelada de fresa. Perry pide champán y explica que su abuela decía que toda visita al Ritz lo merece. Todos toman una copa. Las burbujas que dan ganas de estornudar los vuelve más risueños y atrevidos.

—Creo que nunca voy a ir a la escuela —proclama Digby en tono grandilocuente.

—Este es un lugar muy sofisticado —dice Veg—. Me pregunto, tío Perry, ¿crees que el señor Taras va a casarse con Hilly o con Philly?

—Con Hillary —responde Perry—. Ella desprende una fría mirada marital, y a menos que él se case con ella nunca va a ser diferente a todas sus otras chicas. Claro que Kovalsky va a tener que quitarse de encima a su pesada primera mujer antes de poder proceder a las nupcias.

—¿El señor Taras tiene esposa? —pregunta Veg.

—Pues sí —responde Cristabel, acabándose su champán de un trago—. La mujer de la fregona. Me lo dijo Leon. Es su madre. Vivían en Bruselas. Es Bélgica, de flamenca.

—Al revés, querida. La mujer es flamenca, viene de Bélgica. Por lo que me dicen, ella también es toda una artista por derecho propio —añade Perry—. O lo era antes de casarse con Kovalsky y ponerse a tener niños rusos.

Veg parece preocuparse.

—Espero que cuando me enamore de mi marido él no tenga esposa.

—No seas tonta, Veg —le recrimina Cristabel, con la boca llena con un *scone*.

—No soy tonta.

—Estás siendo tonta, muy tonta. Si tiene esposa, no puede casarse contigo. Leon cree que Hilly y Philly son usurpadoras, y tiene razón.

—No soy tonta. Existen las segundas bodas, ¿no, tío Perry? Madre se casó dos veces. Dice que solo los ignorantes desaprueban el amor verdadero. ¿Y sabes qué? —Veg empieza a enrojecer—. Ya no quiero que me llamen Veg. No es un nombre bonito. Ni siquiera es mi nombre.

—No lo es. —Digby se muestra de acuerdo.

—Digby nunca me llama Veg, así que no veo por qué los demás no podéis hacer lo mismo.

—Tú eres Flossie —dice Digby, y la coge de la mano.

—Sí.

Cogida por sorpresa, Cristabel duda un momento mientras mastica su *scone*.

—Flossie te queda muy bien —aporta Perry.

—Sí —asiente Flossie, parpadeando rápidamente—. Creo que sí.

—¿Quién quiere oír cómo gané una medalla en la India y fui en elefante? —pregunta Perry, a la vez que le pide a un camarero que le traiga un whisky y la cuenta—. Lo guiaba tirándole de las orejas.

Después de la anécdota del elefante, la conversación se dirige a las otras medallas y barras del uniforme de Perry, qué significan y de dónde vienen: los roces con la muerte, las temerarias aventuras y el valor de los soldados que defienden el Imperio. Entonces les dice que pronto tendrán que ir a coger el tren de vuelta a casa y les pregunta si alguno recuerda el nombre de aquel en el que vinieron.

—¿Es que tenía nombre? —pregunta Cristabel.

—Normalmente lo tienen. Y número. ¿Recordáis de qué color era?

—Azul —contesta Digby.

—No —lo corrige Cristabel—. Verde y dorado.

Perry asiente.

—Recordar los detalles de los trenes es una costumbre muy práctica. Un buen ejercicio de memoria. Confío en que la próxima vez también recordéis el nombre y el número.

Y entonces pide que un coche los lleve de regreso a Waterloo. Lo conduce un soldado de uniforme que saluda a los niños cuando suben y de nuevo al bajarse en la estación, que ahora está más vacía y hace

eco.

El tren los espera en el andén, así que tienen que correr, y sale casi inmediatamente. Ha sido genial ir al ballet, ir al Ritz y tomar champán y que un soldado los lleve en coche por la ciudad, pero ahora están volviendo a casa y el final parece un poco repentino. Perry les ha dicho que va a encargarse de que el señor Brewer vaya a buscarlos a Dorchester, así que no tienen más que hacer que quedarse sentados mientras el tren se aleja cada vez más rápido de la ciudad y se dirige a Dorset. Se ha hecho oscuro. El día ha acabado.

***

Cuando salieron de Dorchester por la mañana, el ruido del tren era regular y agradable; un caballo mecánico que galopaba alegre. Pero ahora están dejando Londres y el ruido del tren se ha convertido en un rugido desolador. Es un monstruo. Es una fábrica. Sus ventanillas negras solo muestran los reflejos de quienes van a bordo, con expresiones cansadas y afligidas.

Digby contempla cuidadosamente su propia imagen, levanta la barbilla, se lleva las manos a los lados de la cara como el bailarín, y después mira de lado para que su reflejo observe a Cristabel. Ella lo estudia, examina sus rostros monocromos uno al lado del otro y se vuelve hacia su hermana adoptiva, que lee por tercera vez el programa del *ballet*.

—Sí que voy a hacerlo —le dice.

—¿El qué?

—Llamarte Flossie. Si quieres.

—Me gustaría. Si no te importa.

—Tendrías que habérmelo dicho antes.

—Te lo he dicho ahora.

Después de una pausa, Cristabel añade:

—Esa historia de Perry sobre el elefante estuvo muy bien. A ti te gustan los elefantes, ¿verdad?

Flossie asiente.

—Sí que me gustan los elefantes.

Cristabel se vuelve y mira el campo oscuro. Ve unas pocas luces

aisladas en la distancia, como barcos en el mar. Coches, supone. Granjas. Cosas que siguen en marcha.

En algún punto entre Southampton y Bournemouth se quedan todos dormidos, mecidos por el movimiento del tren, temblorosos por el cansancio y acurrucados bajo una manta de lana que les ha dado el revisor. Cristabel en el centro, con un brazo protector alrededor de la gente a su cargo: Flossie, que ronca suavemente, y Digby, que sueña profundamente.

Diario de Maudie Kitcat

22 de julio de 1928

Señor Willoughby otra ves en avion así que señora Rosalind no para de dar ordenes. Maudie as esto Betty as lo otro. llena la casa de ordenes. Betty tengo la costura recta. Maudie deja de mirar.

No tienes que perderte nada pero no te pueden ver que miras. Como Bill que nunca me mira cuando esta su muger pero yo se lo que esconde detras de su cara.

Bill siempre dise ve con cuidado Maudie, pero a nadie le importa lo que yo aga. Solo les importaria si me quedara en varasada. pero eso no va a pasar porque aora Bill tiene esas cosas. el señor Willoughby tanvien tiene. bolsillo interior de la chaqueta. parese que no nota si le falta alguno.

se olbidan que yo les buelbo los bolsilyos. Se olbidan que yo bacio sus horinales y lavo sus sabanas. se olbidan de mi. los veo durmiendo enfermos borrachos desnudos como bebes pero cuando se despiertan y me ven poner el fuego asen como si se sorprendieran y se suben las savanas todo modestos.

menos el señor Willoughby. A el no le importa. Despatarrado como un gato al sol. como ese tigre del sirco de Weymouth. abre los ojos y no dise ni mu. me mira travajar. me mira como lo miro.

Imagen e imaginación

Julio de 1928

A medida que avanza el verano, los niños tienen cada vez mayores agujeros en sus programas. Mademoiselle Aubert es menos rigurosa con los horarios de sus clases, al tutor de Digby le distrae la búsqueda de fósiles y Rosalind está por sus invitados. Todo el mundo parece haberse apartado de sus deberes. Es esa época del año. El sol de julio descansa en sus laureles en un enorme cielo azul, cómodo y despreocupado; los cambios son muy ligeros, apenas unos hilillos de nubes altas.

En este espacio dorado sin vigilancia aparece Flossie, tirando de su elefante con ruedas y conduciendo a un grupo de niños salvajes hasta la playa. Está desarrollando un juego llamado «Nuestra escuela» en el que es una profesora amable que da lecciones de canto y transporta a Edgar. Cristabel y Digby también están de paso a la luz del sol. Cuando se cansan de planear producciones teatrales visitan la cabaña en la que Taras pinta. A veces hablan con él en francés, pero más que nada se sientan y miran cómo trabaja mientras él les devuelve el cumplido ignorándolos por completo.

***

Cuando Taras pinta, a menudo se detiene y cierra los ojos, como si intentara imaginarse o recordar algo. Cristabel y Digby se fijan en que cuando no está concentrado en su trabajo puede suceder que cierre los ojos de repente a media comida, a medio paseo, como si hubiese surgido algo que exigiera de su completa atención. Incluso cuando los

tiene abiertos, sus ojos son con frecuencia uvas pasas negras, inaccesibles y furtivas, que ocultan los entresijos de su mente; pero Digby y Cristabel son observadores muy atentos.

Han visto que, aunque Taras acepta con alegría las reiteradas solicitudes de Rosalind de ir a Chilcombe a encontrarse con visitantes, raramente vuelve de la casa con las manos vacías. No solo parece haberse aficionado a hacerse con objetos útiles, como cucharillas para la cabaña o información sobre alguien que ofrece pintura al óleo; a menudo regresa con algo más: temas.

En sus pinturas empiezan a aparecer caras familiares —el vicario, el parlamentario local— junto a imágenes sacadas de los retratos de los antepasados Seagrave, lo que sugiere que cuando se cansa de que la gente le hable dedica su atención a la de las paredes, más silenciosa. Su personalidad perezosamente explosiva se parece cada vez más a la del cocodrilo tumbado en las aguas más superficiales con sus grandes fauces abiertas como en una sonrisa. Eso hace que a los niños les caiga aún mejor.

También admiran su capacidad de ser siempre Taras. A ellos se los obliga a menudo a convertirse en versiones más limpias y más formales de sí mismos, pero él nunca cambia. Se dirige a todo el mundo de la misma forma, viste como quiere y siempre lleva manchas. La pintura se inserta bajo sus uñas, crea corrientes en las líneas de sus palmas y salpica las mangas enrolladas de sus camisas. Lleva su trabajo consigo, al igual que el olor a regaliz del disolvente. Mientras que la mayoría de gente avanza por sus días en zigzag, pasando de obligaciones a comidas, deseos e interrupciones, pensando en política o en sardinas o en lo que vaya a suceder a continuación, Taras sigue un único camino, el de Taras el artista.

Uno a uno se lleva a los habitantes de la casa a la cabaña, diciéndoles «Pero ahora debo retratarte». No saben cómo decirle que no. No parece haber forma alguna de hacerlo. A veces, llegan y se encuentran una tela ya llena a medias o una selección de atrezo esperándolos, lo que les da la inquietante sensación de que ha estado pensando en ellos. Hay un cuchillo de cocina para mademoiselle Aubert, unas monedas para el señor Brewer.

Cuando Taras lleva a alguien nuevo lo deposita en el interior de la cabaña, enmarcado por la puerta. Entonces hace una serie de ajustes,

colocando y recolocando el caballete y el modelo. Cuando por fin empieza a pintar, su atención resulta desconcertante en su inconstancia; se concentra no en la persona que tiene delante sino en todo lo que la rodea, y comprueba una y otra vez la luz, el cielo, la luz, el cielo. Los niños observan atentamente; esperan descubrir el momento exacto en que se da la transfiguración de su realidad.

A veces Taras se frustra con su trabajo antes de empezar. En una ocasión, cuando el señor Brewer acudió a posar, Taras atravesó una tela blanca de un puñetazo, la dejó en el suelo y fue tranquilamente a buscar otra.

—¿Va todo bien, señor? —preguntó Brewer.

—Ya me he cansado de las muchas veces que esto me va a salir mal.

El señor Brewer se rascó el bigote.

—Cuando usted desee, señor.

—No es necesario eso de «señor». Pintaremos un poco y después usted y yo tomaremos una copa, ¿sí? Yo soy Taras, tú eres Bill. Procedamos, amigo.

Los niños también observan su capacidad de reconocer la futilidad e intentarlo igualmente, de ponerse en marcha con optimismo aunque al poco se encuentre de vuelta al principio. Están acostumbrados a que todos sus intentos de hacer cualquier cosa acaben marcados con un sí o un no; a Taras no parecen importarle los noes. Se los da a sí mismo. Es una forma retorcida de pensar, pero resulta intrigante la facilidad con la que se produce, una ampliación del espacio. Parece una buena manera de hacer las cosas, sobre todo ahora, en este verano de laxitud, esta época de aguas quietas.

***

De vez en cuando Taras va a la playa a hacer bocetos de la ballena, y Cristabel y Digby lo acompañan. Dice que le atraen los huesos de la criatura, que son cada vez más visibles a medida que los pájaros carroñeros van arrancando la piel. Les pide que miren los huesos y le digan qué ven. Huesos, dicen. No, dice él. Otra vez. Las costillas son una cesta; la columna, un piano; las mandíbulas, una espoleta. Mejor, dice. Otra vez. Las costillas son manos que rezan; la espina, la muralla

con almenas de un castillo; las mandíbulas, el pico de un pterodáctilo. Mejor, dice. Pero, siempre, otra vez.

Mientras regresan a la cabaña, Digby pregunta:

—¿Por qué cuando pinta a Hilly o a Philly les corta la cabeza?

—Para no tener que escucharlas mientras trabajo. —Taras se ríe, y añade—: El cuerpo de la mujer es majestuoso. Yo le hago un homenaje.

—Homenajea la parte del cuerpo que no es la cabeza —dice Cristabel.

Él se encoge de hombros.

—Quizá lo que me gusta sea cortar cabezas.

Da a la niña unas hojas de papel y unos carboncillos, y le dice que practique a hacer retratos mientras Digby trepa por las balas de paja en el fondo de la cabaña, haciendo como que es un vaquero. Cristabel le dibuja a Taras un cocodrilo que sale del mar, se dibuja a sí misma como una ballena bajo las olas.

—¿Y qué hay de la señorita Florence? —le pregunta él.

—¿Un tordo cantor? No, un lirón. No, un ratoncillo de campo.

—¿Dónde vive? ¿Dónde tiene su hogar?

—Le gusta estar acurrucada. Un nido calentito lleno de jerséis suaves.

—Almohadones sobre los que dormir —añade Digby, que está escuchando solo a medias—. Calcetines de lana.

—Muéstramelo —pide Taras, y ella lo dibuja, y después él pregunta—: ¿Cómo dibujas tu hogar, Cristabella?

¿Hogar? Ella nunca piensa en la palabra «hogar»; piensa en un ático arriba de una casa. Dibuja una forma estrecha para el ático, y un embudo debajo, lleno de líquido que da vueltas y vueltas como un torbellino. Ya sabe lo que es Rosalind: una urraca. Willoughby: una espada. Cosas que vuelan. Las añade al dibujo.

—Ya lo ves —dice Taras, dándole un golpecito en la coronilla con la punta de un pincel—. Lo tienes. Todo lo que necesitas. No olvides poner tu nombre.

Trabajan en sus respectivas obras en un silencio confortable, Taras parado ante su caballete, Cristabel cerca, tumbada panza abajo sobre la hierba. Un rato después se levanta, se acerca a él con el papel en la mano y dice en voz baja:

—No sé cómo dibujar a Digby.

Lo ha intentado, pero cada vez que lleva el carboncillo al papel se detiene porque enseguida le sale mal. Los dos miran al niño, que está tumbado sobre las pilas de paja, bajo un rayo de luz polvorienta.

El problema es que es muchas cosas. El hermano que ella quería y el hermano que tiene —dos ideas del todo diferentes—, el primo Digby que en realidad no es su hermano, y el Digby real, su compañero siempre fiel y alegre. Es un dibujo dibujado encima y enroscado y vuelto a desenroscar y guardado siempre en un bolsillo. Su presencia en la vida de Cristabel es como la de un perro que duerme a los pies de la cama: una fidelidad tan querida y constante que solo la nota en las raras ocasiones en que despierta y él no está, y entonces solo desea levantarse y encontrarlo para poder salir los dos a jugar. O quizás es que lo tiene demasiado cerca como para verlo bien, como un espejo pegado a la cara.

—En vez de eso haz otro de mí —sugiere Taras.

Digby se dirige a ellos, excitado:

—Aquí hay una araña enorme.

***

Poco después le llega el turno a Rosalind de posar en la cabaña, sosteniendo un ramo de flores que le ha dado Taras. Ella se muere porque la retraten, sobre todo porque él ya lo ha hecho con la malcarada mademoiselle Aubert y la voluble Maudie, pero le resulta una experiencia frustrante; es frustrante no ver cómo la están pintando.

—¿Puedo verlo? —pregunta, pero cuando mira solo encuentra la silueta de su cuerpo y una mancha desenfocada donde debería estar la cara. Y a medida que la obra avanza, el vacío donde debería estar la cara se vuelve cada vez más vacío, mientras que las flores en sus manos aparecen con todo detalle—. ¿Cuándo crees que me harás la cara? —Y mira al cielo para descubrir qué demonios está mirando él.

—Estoy haciéndola —responde Taras con voz satisfecha, mientras usa el pulgar para aplanar los pequeños grumos de la pintura—. Es una superficie pulida.

—¿Cuándo crees que estará acabado del todo?

Quiere tenerlo y enmarcarlo. No le gustan los cuadros sin marco. No son más que trozos de tela clavados a listones de madera. Una vez ella y Willoughby fueron a cenar a una casa llena de cuadros sin enmarcar de un pescador que parecían dibujos hechos por un niño cualquiera. Los invitados los alabaron enfáticamente, pero a Rosalind le gusta que el arte esté más logrado y detrás de un cristal.

Los cuadros sin enmarcar le recuerdan a cuando Hilly y Philly la llevaron a una fiesta en el estudio de un artista, en Fitzrovia, después de ver los Ballets Russes. Por fin, pensó ella mientras subían la escalera al estudio; una ocasión de visitar a la bohemia. Pero la bohemia se demostró pequeña y caótica. Apenas muebles, y el espacio repleto de telas cubiertas con desagradables imágenes de máquinas de escribir y escaleras mecánicas. Había más lienzos por el suelo y contra las paredes, y gente con ropa demasiado holgada apoyados contra ellos, cubriéndolos con manchas de vino y ceniza de cigarrillo. Alguien cantaba una canción de marineros, un compositor húngaro daba golpes a una sartén, el aire estaba denso por el incienso, y un galés con la barba llena de gotas de saliva no paró de gritarle al oído cosas sobre el cubismo. Todos tenían opiniones contundentes sobre el arte y las manifestaban a todo volumen, enredándose en sus discursos porque estaban borrachos. Era como si se hubiesen juntado para confirmarse los unos a los otros que seguían en el meollo, pero entonces se hubieran dado cuenta de que ya no lo estaban y hubiesen decidido seguir haciendo cosas ruidosas y sin sentido para cubrir el agujero que se había abierto en el centro de todo. «LA QUE ES MUY PODEROSA ES LA SENSACIÓN DE UNA TECNOLOGÍA MALÉVOLA TOTALMENTE CIEGA A LA CONSCIENCIA HUMANA», proclamó el galés. Ojalá hubiera una silla para sentarme, pensó Rosalind.

Mientras está en la cabaña frente a Taras vuelve a pensar lo mismo: ojalá hubiera una silla para sentarme. Un triángulo de luz solar entra por las puertas abiertas y va a parar directamente a sus ojos. Recuerda que Myrtle (que adora el retrato sin rostro de Rosalind y le pregunta a Taras si puede comprarlo) conoce a un artista italiano que produce la clase de cuadros que ella desea: retratos del suelo al techo de mujeres con vestidos de noche en villas venecianas. Un artista que la haría parecer una persona real pero más alta. Es frustrante que su artista, aquel a quien está dando alojamiento y comida, no la vea así. Se lo

imagina con toda claridad.

Alas y huesos

Agosto de 1928

Si, como Willoughby, estuvieras volando una noche de verano por encima de Chilcombe Mell en un aeroplano monoplaza, tus vistas serían como siguen: campos, setos, cabañas, una iglesia y, por fin, una espesura de árboles a su vez sobrevolada en círculos por un montón de grajos. Ni rastro de la casa oculta bajo los árboles hasta que estuvieras directamente encima, y entonces la vista fugaz de chimeneas, un fragmento de jardín, y de repente aparecerías sobre el refulgente océano.

Willoughby está convencido de que la vista desde un aeroplano refleja con precisión la irrelevancia del hombre. Desde el aire las estructuras humanas se presentan en escorzo, apenas superficies temporales para que se posen las aves. Inglaterra no es más que una maqueta de trenes, de un pueblo, predecible, etiquetada y ordenada. Pero más allá están el mar, el cielo, el horizonte, lugares sin fin tan vastos como los queridos desiertos egipcios de Willoughby. Unos versos de sus tiempos de escolar aparecen flotando en su mente:

> ... alrededor de la decadencia
> de esas colosales ruinas, infinitas y desnudas
> se extienden, a lo lejos, las solitarias y llanas arenas

... pero se van con el viento antes de que consiga recordar quién los escribió.

Adora volar por el reino de las nubes blancas, enormes estructuras que desprenden sombras grandes como ciudadelas a su paso, moviéndose con la lenta dignidad de las cosas que se creen a sí mismas inmensamente sólidas. Cuando está atrapado en habitaciones

cerradas, Willoughby busca ventanas que ofrezcan vistas de los cielos y sigue la trayectoria de las nubes, recordando que se ha movido entre ellas.

Desciende a regañadientes a la tierra, en dirección a un campo a menos de un kilómetro de Chilcombe, donde puede aterrizar de forma segura y un par de obsequiosos granjeros con un tractor le llevarán el aeroplano dentro de un establo si el tiempo se estropea. Apaga el motor para el último tramo de su vuelo; solo quedan el aire que silba por entre los cables y, en algún lugar por debajo de él, los grajos en su reunión. Sus diferentes graznidos —un áspero *caaa*, un pensativo *aaarrrrrrc*, un irónico *acacacacaca*— resuenan por el valle. Llamadas y respuestas constantes: síes y noes, filibusterismo corvino. Jasper le había dicho que, según una leyenda local, si un día los grajos abandonan Chilcombe la familia Seagrave caerá. Cristabel les da tostadas con mantequilla cada mañana.

***

Willoughby compró el aeroplano durante los tiempos horribles que siguieron a la muerte de Jasper. Días en los que se despertaba de golpe antes del amanecer, la cabeza latiéndole con fuerza, y todo volvía a presentarse de repente: su fiesta de cumpleaños, el juego del escondite inglés, estar escondido en una habitación supletoria con Rosalind, la silla frente a la ventana tras las cortinas, su mano sobre la boca de ella. Y, de pronto, los gritos que llegan desde fuera. El relincho de un caballo. Alguien que llama a golpes a la puerta de entrada. El señor Brewer que entra corriendo.

Siempre se despertaba a las cuatro de la mañana durante esas semanas de dolor y aceptación. Los latidos que se disparan en el corazón culpable. A veces, al volver en sí se veía en la cama de Rosalind, el cuerpo de ella enredado en el suyo, y eso le producía un segundo sobresalto. Se arrastraba hasta su habitación, normalmente con una enorme resaca, a soportar la espera interminable antes de que amaneciera y pudiera tomarse su primera copa permitida, que le daría ánimos para resistir hasta su siguiente copa permitida. Decidía no volver a visitar la habitación de ella, pero entonces era ella quien le

buscaba a él: sus ojos acuosos, su necesidad, sus ruegos, sus tan bien elegidas combinaciones. Y él era débil. Era el hermano rebelde; por qué no comportarse como tal.

Dos semanas después de la muerte de Jasper compró su primer aeroplano, un pequeño e intrépido Sopwith Snipe, fabricado durante las últimas semanas de la guerra y que llegaba demasiado tarde como para entrar en servicio. Lo elevaba a los cielos. Lo llamó *May*, como su mes favorito del año y una de sus frases favoritas en conjunción con la palabra *you*. *May I? You may*. «¿Puedo?». «Puedes».

Quizá fuese extraño el que pensara en esas cosas —la aviación, las mujeres, lo que Jasper llamaba sus «actividades de soltero»— cuando su hermano había muerto tan recientemente. Pero su cabeza era incapaz de asumir la pérdida. Fue un tiempo desesperado, despreciable, y ante tantas estupideces su mente no paraba de saltar a sus temas preferidos. Incluso mientras caminaba detrás del ataúd de Jasper con la pequeña Cristabel cogida de su mano intentaba recordar el nombre de aquella flexible actriz italiana que había conocido en Covent Garden.

Como un bufón vulgar con un bastón de cascabeles, su mente le asestaba un golpe y le recordaba que se estaba dedicando a sus «actividades de soltero» con la mujer de su hermano cuando este falleció. Una combinación de sucesos que le resultaba terriblemente injusta, algo que ya nunca podría deshacer, un juicio, un encasillamiento. Injusto sobre todo porque no se había juntado con ella siguiendo su pauta habitual, había sido algo del todo diferente, y aun así acabó como siempre pero peor.

¿Qué iba a hacer? Pinchado por el palo, marcado a fuego, Willoughby decidió volar. Cruzó los cielos en *May*. Pasó las Navidades jugando en Montecarlo. Se fue a esquiar con una campeona austríaca de esgrima llamada Gretchen. En el Savoy llenó una bañera con burbujas y con coristas el día de fin de año. Todo iba bien mientras no dejara de moverse. Una y otra y otra vez. Sus vuelos eran al mismo tiempo resistencia y aceptación de la marca al hierro en su costado.

Siempre que sobrevolaba Chilcombe camino de otro lugar sentía lástima por la casa, ese montón de porquería vieja, vacía y sin dueño. Pero no estaba vacía en absoluto. Estaba llena de mujeres: una viuda repentinamente adinerada, una recién nacida, una hija huérfana, un

rebaño de sirvientas alteradas, y los pobres Blythe y el señor Brewer guardando el fuerte, dos hombres fornidos ahogándose en un mar de hembras. Y la casa tampoco estaba sin dueño: estaba esperando a que el único Seagrave que quedaba acabara de jugar y volviera a tierra.

Pero cada vez que regresaba a Inglaterra le parecía rancia y pequeña. Cuando las ruedas de *May* tocaban el campo con un golpe, él sentía algo amargo en la nariz, ya que inhalaba su neblinosa patria. Un olor como a perro mojado. Moho empapado. El frío verde grisáceo de la hiedra. La Inglaterra de los viejos, familiar, imperturbable, mascullando entre dientes como siempre. Volvía a llenar el depósito tan pronto como podía. Volvía a las nubes. Alas en sus talones.

Cuando por fin regresó a casa en Chilcombe tras recibir un telegrama que le comunicó que iba a ser padre, Rosalind se le pegó y le dijo: «Has regresado por mí. Sabía que lo harías. Por favor, no vuelvas a dejarme sola. No podría soportarlo. Creo que me moriría».

Ella le dijo: «Tú y yo. Quizás estaba escrito que sucedería».

Ella le dijo: «Vamos a tener un hijo. Un niño, el heredero Seagrave».

Ella le dijo: «¿Quién es esa *May*? ¿La conozco?».

Y así fue. Cayó en la trampa, el resorte cobró vida. Estaba la historia sobre ellos que le contó Rosalind —la encantadora historia de amor, el repentino descubrimiento, el hermano pequeño Seagrave y la trágica viuda Seagrave *confortándose el uno al otro, como pasa tantas veces*— y debajo había un complicado mecanismo de relojería en marcha. No era que no confiara en ella (¿confiaba en ella?). No era que no la deseara (aunque, ahora que la tenía, ¿la deseaba? A veces sí, a veces no. A veces). Solo era que algo lo irritaba, algo que a veces veía entre los lentos parpadeos de ella, algo en cómo los pies de largos dedos de ella le recordaban a un mono que había visto en un mercado de El Cairo.

En sus momentos más agudos Willoughby sospechaba que ella sabía que él sabía que ella no era todo lo que proclamaban sus ojos como platos, pero que era más fácil para ambos el ceder a las circunstancias. Su devoción le resultaba soporífera. Él interpretaba a Odiseo y ella a Calipso: el aventurero seducido por una ninfa de dulce voz en una isla dedicada al placer. Él interpretaba a Paris y ella a Elena: el bello raptor de bellas esposas. Mejor no preguntarse de dónde venía

tanta devoción por él o qué pretendía. En general, siempre es mejor no mirar las cosas tan de cerca.

Después de casarse —una ceremonia discreta en Londres, celebrada con la suficiente rapidez como para afirmar que Digby (un hijo de agosto convenientemente pequeño) había nacido prematuro, por sorpresa— comprobó que la imagen que tenía de ella volvía a cambiar: parecía fundida con la propia Chilcombe, como un cangrejo ermitaño, de forma que cuando pensaba en ella era como parte de la casa y lo que esta esperaba de Willoughby. Estaba Chilcombe y estaba Rosalind dentro, con sus exigencias de que se hicieran las cosas, protestando por el mobiliario. La manera en que corría a saludarlo, a dedicarle toda su atención, a hacerle preguntas, sus manos buscando la piel en la cintura de él, sus dedos apretándolo, entretejiéndose y subiendo por él hasta sus afiladas puntas, de forma que sintiera cómo le clavaba las uñas. Una línea de pequeños mordiscos sonrientes.

El que ella fuera su esposa le parecía irreal. Inconsecuente. El hecho de que estaba casado aparecía de repente en sus pensamientos durante los vuelos turbulentos, cuando se le presentaba ante la vista la mínima posibilidad de su propia muerte, pero raramente antes y nunca después. E incluso así solo lo recordaba de forma distante, como en un *ah, sí*, como si fuese algo que hubiera visto una vez durante unas vacaciones, una cascada, un avestruz.

Así que volvió a Dorset como propietario de Chilcombe, como marido, padre y dueño del edificio. Aterrizó con *May* en un campo. Se quitó el gorro y las gafas de aviador. Siguió lentamente el tortuoso camino al borde del acantilado y volvió a las obligaciones que le estaban esperando.

***

Mientras lo hace, una cálida noche de agosto de 1928, piensa que un buen día de verano en Inglaterra casi redime el habitual clima deprimente del país. Las hierbas crecidas susurran y se mueven. Oye el *fuzzz* de un abejorro cerca de su oreja.

Al llegar al jardín ve una vez más cómo están preparando una producción teatral. La puerta de Chilcombe está abierta de par en par

y Blythe y Betty supervisan el traslado de muebles, seguido por el fornido segundo hijo de ella, mientras que Maudie batalla con una caja de decoraciones florales. Hay unos pocos grajos picoteando en la hierba, pero salen volando en cuanto él se acerca, batiendo las alas con rapidez, creando un sonido de eficiencia como cuando se cepilla un traje caro.

Digby, vestido con algo de gasa amarilla, brinca por el jardín hacia su padre, seguido por Myrtle, descalza y con un vestido de seda color cereza, copa de cóctel en mano, y por Cristabel, que lleva dos enormes címbalos.

—Willoughby Seagrave, hermano a la fuga —dice Myrtle—. Nos preguntábamos si llegarías a tiempo.

—Le prometí a Cristabel que estaría para el ensayo, y aquí estoy —replica él—. Alguien va a tener que recordarme qué papel interpreto.

—Eres Antonio —dice Cristabel.

—Vamos a representar *La tempestad*, de un tal William Shakespeare —añade Myrtle, trazando círculos sobre la hierba—. Supongo que habrás oído hablar de él.

—Siempre llevo un ejemplar de su último libro. No voy a preguntar por los címbalos porque no quiero dar a nadie un motivo para hacer ruido con ellos, pero sí me gustaría saber qué hace mi hijo en leotardos.

—Yo soy Ariel, padre —contesta Digby—. Un espíritu bromista.

—No tendrías que dejar que las chicas te vistan como si fueras una muñeca.

—Yo mismo me he elegido el traje.

—¿Podemos darnos prisa, por favor? —pide Cristabel, y emprende el camino por entre los árboles.

Willoughby ofrece su brazo a Myrtle —«¿Vamos?»— y siguen a los niños.

—Me gusta tu traje, Willoughby. ¿Esa es una cazadora de aviador? —le pregunta ella afablemente mientras se da un golpe contra el tronco de un árbol durante la caminata por el bosque—. Por favor, no me pidas que te explique *La tempestad*, no he prestado demasiada atención.

—Creo que sale un mago —replica él.

Cristabel está muy adelantada en el camino, camina muy rápido.

Digby ha desaparecido de la vista.

—Próspero. Está atrapado en una isla. Ese es Taras —dice Myrtle, pasándole su copa para que él pueda tomar un trago—. Ah, y hay un hermano usurpador, no me acuerdo de cómo se llama.

—Ese malandrín.

—También hay algunos momentos cómicos. Ahí es donde entro yo. —Myrtle hace una complicada reverencia que permite a su vestido abrirse y mostrar la piel desnuda de debajo.

Willoughby contempla brevemente sus pechos en movimiento, con la expresión de aprobación benigna de quien mira el dibujo de un niño.

—Myrtle, amiga, me lo estás mostrando todo.

—No se lo digas a tu mujer. Haría que me pusieran de patitas en la calle.

Digby aparece desde detrás de un árbol.

—¿A quién van a poner de patitas en la calle?

—A nadie —contesta Willoughby—. Digby, ¿cuándo fue la última vez que te hiciste cortar el pelo? Con los rizos sueltos y esos leotardos es todo un poco excesivo. Tendrás que cambiar antes de ir al colegio o se te van a comer vivo.

—¿Qué quiere decir excesivo? —pregunta Digby.

—Demasiado. Muy fuerte. Ya sabes.

—¡Excesivo! —clama el niño. Su voz resuena por entre los árboles.

—Por Dios, Digby, creo que eres la primera persona que ha dicho algo en voz alta en estos bosques —afirma Myrtle.

—Me gusta hacer ruido. ¿A ti no? —replica él, y sale corriendo a agarrarse a su hermana.

—Y tampoco hace falta que sigas cogiendo de la mano a Cristabel —continúa Willoughby—. No eres un niño pequeño. —Mira a Myrtle y añade—: Mi madre me mimó demasiado. Me niego a dejar que Rosalind haga lo mismo con él. ¿Está Perry?

—Al contrario que tú, Peregrine nunca llega tarde. Siempre le gusta llegar antes de que notes que está.

—Él lo llamaría reconocer el terreno.

—¿Incluso cuando cena en el Berkeley?

—El coronel Drake nunca deja de estar de servicio, Myrtle. Seguro que ya te habías dado cuenta de eso.

Myrtle se vuelve hacia él.

—¿Por qué está siempre de servicio el coronel Drake? No estamos en guerra.

—Siempre hay alguna guerra en algún lugar, querida. ¿Y ahora qué pasa, Digby?

—Padre, le he preguntado a Cristabel por mi pelo y dice que muchos guerreros valientes lo llevaban largo.

—Cristabel, Digby tiene que cortarse el pelo y basta —exclama Willoughby—. Nadie va a un internado con el pelo largo, o al menos nadie que pretenda sobrevivir.

Cristabel se detiene en el camino y se da la vuelta, un címbalo a cada lado, como las ruedas de un carro de oro.

—Creía que solo las mujeres se preocupan por el pelo.

—Las escuelas tienen reglas. Digby necesita encajar.

—Dijo el hombre que llegó en su propio avión. —Myrtle toma un trago de su copa.

—O sea, que Digby tiene que tener el pelo igual que los otros chicos o lo castigarán —proclama Cristabel—. Es una regla ridícula.

—No las he hecho yo, querida.

—Pero tú las sigues y haces que Digby las siga, y si yo voy a la escuela, también me harás seguirlas, pero a mí no me permiten ir a la escuela y eso también es ridículo.

Cristabel vuelve a encarar el camino y guía a todos fuera del bosque y se dirige por el sendero de hierba que conduce hasta la cabaña.

—Cristabel —empieza a decir Willoughby—, solo es una de esas cosas inevitables que... ¡Dios mío! ¿Qué diablos es eso?

La escena en la cabaña ha vuelto a cambiar. El espacio del escenario ahora está rodeado por focos profesionales encargados por Rosalind, y hay varias filas de sillas plegables nuevas. Pero en el centro del escenario se encuentra la transformación más sorprendente de todas: la ballena de Chilcombe.

***

Las grandes costillas de la ballena han sido arrancadas del cadáver, se

les ha retirado la carne y se han colocado verticalmente en el suelo, formando un espacio curvo de dos metros de altura entre el establo y la cabaña. Parecen dos hileras de gigantescos colmillos de elefante que se elevan como las paredes de un galeón. Tras ellos, el mar brilla dorado al sol del crepúsculo.

Los huesos han sido colocados a suficiente distancia unos de otros como para que los miembros del elenco puedan moverse entre ellos o unirse en grupitos bajo estos, como hacen ahora Perry, el señor Brewer y varios otros, como si estuviesen a bordo del barco azotado por la tormenta al principio de *La tempestad*. Digby y Cristabel corren hacia ellos. Un par de excursionistas en pantalones cortos y botas se han detenido en la playa y lo observan todo con confuso interés.

—Es todo un espectáculo, ¿eh? —le dice Myrtle a Willoughby, mientras lo contemplan uno junto al otro—. Durante las escenas de amor lo iluminan con luz rosa. Nada simboliza tanto el amor como una ballena muerta.

—¿Cómo diablos han traído todos esos huesos enormes hasta aquí?

—Los detalles se me escapan, pero tu esposa lo aprobó.

Willoughby saca una pitillera, ofrece un cigarrillo a Myrtle y frunce el ceño.

—Había oído algo de una obra de teatro al aire libre durante la cena, pero no me imaginaba nada de esto.

—Rosalind espera que atraiga a gente más... artística.

—No me digas que vais a quedaros. ¿No dicen que siempre hay que dejar al público deseando más?

—A ti no te gusta compartir los focos, ¿eh?

Willoughby se vuelve hacia ella, con el cigarrillo en la boca.

—Lo mismo podría decirse de ti, querida. —Agarra ambos lados de su vestido suelto, tira de ellos hasta unirlos y lleva una mano a su cintura para encontrar el cinturón.

—¿Qué crees que diría un psiquiatra de nuestra necesidad infantil de llamar la atención? —pregunta ella, ondulándose ligeramente—. Debe ser que nos falta mucho de algo, ¿no?

—Yo no necesito llamar la atención —responde él, ajustándole el cinturón con fuerza y atándolo en un lazo—. Todo este teatro, bueno, está bien para los niños, pero para los adultos... no es precisamente una forma útil de pasar el tiempo.

—¿Qué haces tú que sea tan útil? —Ella y Willoughby tienen casi la misma altura. Se miran a los ojos. Cuando él no contesta, Myrtle le ajusta el cuello de la chaqueta de aviador con la cuidadosa ternura del borracho—. Y me pregunto lo mismo de mí: ¿qué hago? ¿Por qué lo hago? ¿Por qué no puedo sentar la cabeza? Eso es lo que dice mi madre: ¿por qué no sientas la cabeza, Myrtle?

—Hago lo que se espera de mí —replica Willoughby.

—¿Ah, sí? —Lo mira con los ojos entornados.

Él sonríe.

—No, supongo que no consigo ni eso. Hago muy poca cosa, Myrtle, y eso también es lo que se espera de mí.

En ese momento, Cristabel, con sus címbalos, se sienta en una de las nuevas sillas frente a su elenco y exige:

—Una vez más.

—Salimos en esta escena —dice Myrtle, dirigiéndose hacia los huesos y tirando de Willoughby.

***

Mientras los actores repasan la escena, Cristabel se sube a la silla y hace chocar los címbalos repetidamente, para representar los choques de las olas. El sonido es como un fuerte estallido metálico seguido de una centelleante reverberación.

—¿De dónde ha sacado esas cosas infernales? —pregunta Willoughby, masajeándose las sienes.

—Del Ejército de Salvación local —contesta Myrtle, que se reclina contra una de las costillas—. No es lo único que les ha tomado prestado.

En ese momento Digby sale del establo y grita:

—He encontrado la flauta pero he perdido las alas.

—Flossie encontrará tus alas —dice Cristabel—. Escuchad todos: ahora que Ariel tiene su flauta podemos volver al segundo acto, escena uno, en la que Ariel hace dormir a todos con su música mágica.

—Mi hijo tiene alas —se lamenta Willoughby.

—Digby está divino —replica Myrtle—. Mientras ignores el horrible sonido de esa flauta, es una escena arrebatadora.

—Es casi como una lechuza chillando —sentencia Perry.

—Tío Willoughby, el señor Brewer tiene tus frases en una hoja, por si la necesitas —le señala Cristabel—. Todos a sus puestos.

***

ANTONIO (Willoughby): Gracias. ¿Dónde empiezo? ¿Aquí? Algo algo... Espero algo más. Esta letra es muy pequeña. «¿Convienes conmigo en que Ferdinand se ha ahogado?».

Dentro de la ballena

Agosto de 1928

Hacia finales de agosto los niños Seagrave han cambiado de vida como una serpiente cambia de piel. Ahora son criaturas silvestres que viven al sol con los salvajes, desbocados por los bosques con ropas de teatro. Las pocas veces en que regresan a Chilcombe, con sus fríos suelos de piedra, son como meterse en un estanque oscuro. Verdinegro y de aguas viciadas.

En las noches calurosas Cristabel, Flossie y Digby duermen entre los huesos de la ballena, apiñados bajo sábanas rasposas, compartiendo panecillos robados. A Cristabel le recuerda cuando sacaba a Digby de su cuna y lo llevaba arriba, a su cama, donde le leía historias y dormían enredados como animales de una manada para compartir el calor corporal. Se despiertan con los sonidos del mar, y cuando corren hasta la orilla, el agua brillante está prístina, recién creada, una bala de seda azul desenrollada a sus pies.

Cada mañana Cristabel contempla sus huesos con orgullo y alivio. Estuvo a punto de perderlos. A medida que la ballena se descomponía iban apareciendo autoridades locales para toquetearla. Hablaban de enterrarla o explosionarla. La niña había empezado a desear poder arrastrar sus partes rotas hasta el mar, dejarlas hundirse bajo las olas, donde al menos nadie podría tocarlas. Sabía que tenía que encontrar la forma de salvarla.

***

Y entonces una noche, en el tejado de Chilcombe, mientras se comía

un bollo y hojeaba una libreta, vio un dibujo del caballo de madera de Troya hecho por Digby —un caballo sobre ruedas, como un elefante Edgar ampliado con enanitos dentro— y una nota en la página de al lado, escrita con su propia letra poco pulida, en la que informaba de que según el libro que estaba leyendo, *Moby Dick*, del señor Melville, los reyes nórdicos hacían sus tronos con colmillos de narvales. Pasó la página, se detuvo un momento, volvió atrás. El caballo de madera. Los colmillos. El rey.

Miró más allá de los árboles, hacia el océano. Dejó el bollo. Cogió el lápiz. Trazó unas líneas en la página. Líneas curvas, como el decorado que se elevaba por encima de los bailarines de los Ballets Russes. Entre ellos dibujó a gente actuando y danzando. Arrancó la página y bajó del tejado para ir a buscar a Digby.

Al día siguiente le llevaron el dibujo a Taras, que, encantado por el ingenio de ellos («¡Ah, las mentes tan abiertas de los niños!»), hizo un boceto más detallado, incorporando puntales de madera para mantener los huesos en su lugar, y ahora solo les faltaba la aprobación de Rosalind. Para conseguir la aprobación de esta la idea tenía que planteársela Digby o un adulto; cualquier intento por parte de Cristabel estaba condenado al fracaso. Los niños sabían que dejar algo tan importante en manos de un adulto era una estrategia arriesgada pero temían que a Digby no se lo tomara en serio, así que le pidieron a Taras que le presentara la idea a Rosalind.

Cristabel y Digby se escondieron en el armarito de los abrigos de debajo de la escalera la siguiente vez que Taras fue a cenar a la casa, y así pudieron oír la conversación cuando, en mitad de la cháchara entre el segundo plato y el postre, el pintor sugirió usar el esqueleto de la ballena para construir una especie de teatro. Fue emocionante tener a alguien en aquella sala privada de adultos actuando en su nombre. Pero oír la discusión de la propuesta fue como mirar cómo un grupo se tira una pelota de playa unos a otros. La idea fue rebotando suavemente por entre los invitados; a unos los divertía, otros la rechazaban de un golpe, y lo irritante fue que Rosalind no le prestó la menor atención y no paró de preguntar una y otra vez qué pensaban de que sirvieran la escalopa con pepino en una salsa de crema.

La idea pareció alejarse con el viento y ellos la creyeron perdida para siempre, pero inesperadamente reapareció a la vista al servirse

los postres, cuando Philly dijo en broma que podrían vender helados si hacían un teatro en la orilla.

—¿Si hacemos qué? —preguntó Rosalind, y entonces Taras volvió a explicar «su» idea sobre la ballena, pero esta vez con más entusiasmo, ya que durante la cena se habían consumido varias botellas de vino.

***

Fue una suerte que, cuando Taras habló del teatro por segunda vez, Rosalind estuviera saboreando uno de sus momentos más queridos: el café al final de una cena exitosa. Todos resplandecientes por la buena comida, agasajados y saciados, aún descansados como para ponerse a discutir. La conversación, abierta, divertida, agradable.

—¿Un teatro permanente al aire libre? —preguntó.

—Un teatro *avant-garde* al aire libre —precisó Hilly—, creado por un artista.

—Mi querida tía montaba desfiles en sus terrenos cada Día del Imperio —añadió Philly—. Los niños mirábamos, disfrazados de Boudica y Nelson.

Rosalind recordó de repente ir a ver una interpretación al aire libre de *Noche de reyes* en una mansión de Sussex. Había sido antes de la guerra, una época que ahora le resultaba lejana y extraña. Y lo encantada que se había quedado tanto con la elegante señora de la casa como con el perfecto escenario, el jardín escalonado y decorado, los invitados caminando entre los cedros. Era como si les hubiesen dado acceso a un lugar mágico. Apenas recordaba nada de la obra, pero sí los sonidos apreciativos del público sentado sobre la hierba, una cálida colectividad que en cierta forma se mezclaba con la calidez del sol poniente de verano, un sol tranquilo y benevolente que supervisaba algo poco habitual: una bella actividad humana en un bello lugar.

—A tu hijo le encanta actuar —dijo Myrtle.

—Digby tiene bastante talento —replicó Rosalind, recordando la estimulante sensación de ver cómo lo aplaudían.

—La capacidad de simular no es precisamente un talento —intervino Willoughby, levantándose para ir a coger sus cigarrillos—. No tiene futuro sobre el escenario, querida.

Rosalind lo contempló alejarse y tomó un sorbo de su café. Estaba bastante segura de ser antifuturista: pensar en el mañana solo servía, o así lo veía ella, para asfixiar el hoy.

Miró a Taras, que estaba recostado en su silla, con el cuello de la camisa desabrochado, mirándola a su vez a ella. Nunca se molestaba en ocultarlo; al menos era transparente en cuanto a su ausencia de moralidad. Rasputín en su comedor.

—No será nada desagradable, ¿verdad? —preguntó Rosalind—. No quiero nada ridículo que haga que la gente se ría.

—Será magnífico —le aseguró Taras—. Además, Hillary nunca me dejaría crear nada desagradable. Es muy detallista.

Hilly, a su lado, sonrió con la sonrisa ligera de la asistente, y miró a Rosalind fijamente.

—No sería nada desagradable.

—Muy bien, pues—asintió Rosalind—. Monta un teatro.

***

Y así comenzó la transformación de la ballena. Un proyecto liderado nominalmente por Taras, pero en realidad llevado a cabo por el señor Brewer y su red de contactos útiles, comenzando por un conocido en el consejo de la parroquia que convenció a la brigada de bomberos locales de que llevaran su camión a la playa, seguido por un grupo de niños curiosos del pueblo, y procedieron a usar agua de mar para limpiar los huesos de los restos. Después el señor Brewer se encargó de que unos hombres del pueblo —un herrero y un carpintero— transportaran los huesos hasta su nuevo hogar junto a la cabaña, ayudados por Leon y los salvajes más grandes. Una vez en el lugar, los barnizaron y los colocaron en posición.

Cristabel supervisó esas operaciones. Llevó su bandera con el asta afilada pero, aunque le gustaba clavarla y señalar con ella, ya no tenía ningún deseo de usarla como arma contra un animal al que había empezado a considerar como su protegido.

De la misma forma, y aunque había redactado una carta para informar al rey Jorge de que había trasladado la ballena (mencionada en la correspondencia previa) a los terrenos de su propiedad, no tuvo

ánimos como para enviarla. No estaba segura de por qué. Ya no deseaba reclamar la ballena; había dejado de ser una conquista, era otra cosa, algo mejor. Guardó la carta bajo la cama y ahí se quedó.

El señor Brewer y su equipo hasta consiguieron extraer las enormes mandíbulas de la cabeza putrefacta de la ballena, aunque eso requirió de la ayuda del carnicero del pueblo. Los huesos fueron desollados y limpiados y colocados a medio camino entre el bosque y la cabaña, uno a cada lado del camino que llevaba al teatro, formando un arco triunfal, un enorme ojo de aguja por el que pasar, una entrada.

La blancura de los huesos atrajo a polillas y crías de zorro, y esas no fueron las únicas criaturas que los visitaron. Cada año, a finales del verano, Betty y Maudie sacaban los animales disecados de Chilcombe para que se airearan en el jardín durante un par de días, pero esta vez Cristabel y Digby decidieron usar algunos para los decorados. Fueron cogiendo más y más, hasta que el jardín quedó casi vacío y la escena en el teatro pareció la fiesta de un taxidermista, una cornucopia de tejones, nutrias y perdices bailando y luchando alrededor de los huesos, de vez en cuando cayéndose al suelo como borrachos de piernas flojas. Un ave, una gran alca, fue colocada en el porche de la cabaña, mientras que varios de los pájaros cantores más pequeños fueron atados al ala del sombrero de copa que a Leon le había dado por llevar siempre. Guardaba los cigarrillos bajo sus alas.

***

Una noche los niños deciden celebrar una fiesta de guerra, como los bravos indios del salvaje Oeste.

Cristabel dice que los bravos indios han de ofrendar un sacrificio. Coge del ático su estatuilla de Sejmet, la diosa del fuego, para hacer una hoguera frente a ella. Usan como combustible madera recuperada de la playa, que enciende rápidamente y desprende chispas hacia el cielo por entre los huesos.

«¿Y ahora qué?», le preguntan los otros, con sus rostros expectantes.

Primero ella se pone el traje de Próspero. Después ata una comadreja disecada a un palo usando cordones en las patas delanteras

y traseras, y los niños desfilan hasta el fuego para entregarla a las llamas. Al principio, el animal arde lentamente, despidiendo un ligero olor a productos químicos, y entonces los trapos secos de dentro prenden y las llamas rugen.

Cristabel usa una pala para mover las maderas y que la comadreja quede ardiendo en medio. Después dice a los otros que van a tener que saltar por encima de la criatura sacrificada para demostrar que son guerreros.

—Yo primero —se anticipa Leon mientras se quita el sombrero.

—No —dice Cristabel—. Quiero ser yo.

—No sé si voy a poder hacer eso —duda Flossie.

—Si saltas lo bastante alto, no vas a tocar las llamas, Floss —la aconseja Digby, cogiéndola de la mano—. Lo haremos juntos. Tú, yo y Crista.

Y así proceden, tres cuerpos en silueta contra el brillante fuego, agarrados de la mano. Los salvajes los siguen, uno a uno, y a todos les gusta tanto que queman otro animal y vuelven a hacerlo.

***

A veces, mientras los demás duermen, Cristabel se pasea por entre su ballena. Bajo la solitaria luz azul de la noche es cuando más claro se ve que es suya, al igual que cuando la encontró. Las noches de verano son inmóviles, sin viento, el mar de plata calmo en el bol de la cala.

Cuando Cristabel camina por entre las mandíbulas recuerda la boca hacia abajo de la ballena, su ojo vulnerable. Cuando está en el costillar recuerda cómo posó las manos en el exterior de su cuerpo y observa que ahora está dentro, en el espacio liberado por su vida ausente. Cuando mira hacia arriba, ve huesos arqueados sobre su cabeza, contra el vasto cielo estrellado, como vigas, como el inicio esquelético de un extraño nuevo hogar; algo que ha creado ella misma con lo que apareció indeseado en el agua, algo que ha creado ella con los restos que le dejaron.

Recortes guardados en un álbum por los niños

Dorset Daily Echo, *agosto de 1928*

En Chilcombe, una representación amateur de *La tempestad*, de Shakespeare, atrajo a una multitud considerable.

La Sra. Rosalind Seagrave sirvió té a los asistentes. La Srta. Florence Seagrave ofreció un recital al piano.

Western Daily Press, *agosto de 1929*

El sueño de una noche de verano fue representada esta semana en Chilcombe, una de las propiedades rurales menos conocidas de Dorset.

La obra tuvo lugar en una estructura creada por el artista Sr. Taras Kovalsky a partir de los restos de una ballena, y usada por la familia Seagrave a modo de teatro. El papel de Oberón fue interpretado por el cor. Peregrine Drake, de regreso de un destino diplomático en Persia.

La imagen muestra a las Srtas. Myrtle van der Werff, Hillary Vaughan y Philippa Fenwick vestidas como Hipólita, Titania y Helena, junto al Srto. Digby Seagrave como Puck y un participante desconocido que vestía una cabeza de burro.

The Lady, *agosto de 1930*

Nuestras lectoras habituales saben de lo mucho que apreciamos las manifestaciones artísticas de la juventud, por lo que fue con gran alegría que asistimos a ver *La tempestad* en Chilcombe. En ella, Ariel fue interpretado por Digby Seagrave, de nueve años, heredero de la propiedad de Dorset.

Su orgullosa madre, la Sra. Rosalind Seagrave, estaba en primera fila, y bien orgullosa que pudo mostrarse, pues su hijo dispone de una sensibilidad natural. La Sra. Seagrave confía en añadir pronto una

obra dramática del Sr. Noël Coward al repertorio de la nueva compañía.

El Srto. Digby, que asiste a la escuela Sherborne, nos informó de su creencia de que su prima, la Srta. Cristine Seagrave, de catorce años, fue el «cerebro» de la producción. Sin embargo, nosotras sospechamos que la presencia del artista Sr. Taras Kovalsky puede explicar las elecciones dramáticas más notables.

Southern Times, *agosto de 1931*

La temporada teatral de Chilcombe ha incluido una producción de *Medida por medida* en el notable «teatro de los huesos de ballena», además de extractos de *Le bourgeois gentilhomme* de Molière.

Esto último fue representado en el francés original, en el jardín de la mansión. Los niños Seagrave hablan perfectamente el idioma gracias a su institutriz, Mlle. Ernestine Aubert, que los acompaña en los viajes a su país. Se ofreció a los invitados una selección de *vol au vents* franceses servidos *en plein air*, en una ocasión apenas deslucida por el tiempo inclemente.

Tatler, *agosto de 1932*

Todos los ojos estaban fijos en el artista de la *avant-garde* Taras Kovalsky y su nueva esposa, Hillary Kovalsky (nacida Vaughan), en su retorno a Inglaterra esta semana tras una luna de miel en que deslumbraron hasta a los más *indeslumbrables* elementos de la sociedad neoyorquina.

La muy solicitada pareja pasó un tiempo en Dorset antes de partir hacia un refugio adecuadamente artístico en St. Ives.

Tristemente ausente este año de los actos sociales de la costa sur, se comenta que Philippa Fenwick se encuentra en Suiza. Le deseamos lo mejor.

Daily Express, *agosto de 1933*

La Srta. Cristabel Seagrave ha regresado de una larga temporada en el continente para asistir al baile de la Reina Carlota de este año.

La atlética joven, que tanto domina el descenso por las pistas de esquí europeas como la caza con perros, sin duda llamó la atención de más de un potencial pretendiente.

Sin embargo, la Srta. Seagrave informó a nuestro reportero de que va a perderse gran parte de la temporada social, ya que tomará las riendas de una producción de *Macbeth* en el teatro al aire libre de su familia. *Tally ho!*

La fotografía muestra a Su Alteza Real el príncipe Jorge a su llegada al baile de la Reina Carlota. Todos los detalles sobre los enlaces reales en la pág. 4.

Woman's Journal, *agosto de 1934*

El final de los días dorados del verano señalaba que procedía visitar Dorsetshire, donde Digby Seagrave ocupó los focos del Teatro de los Huesos de Ballena como un cautivador Enrique V.

Su prima Cristabel Seagrave ha regresado tras completar una estancia en Suiza.

La siempre fragante Sra. Rosalind Seagrave, que venía de animar a su marido en la regata de Cowes, nos dijo que a Cristabel le encantó su experiencia en el extranjero.

Daily Mail, *agosto de 1935*

Nuestro crítico se quedó algo perplejo ante la inusual representación del *Julio César* de Shakespeare en el Teatro de los Huesos de Ballena, en Dorset, en la que César fue interpretado por la Srta. Cristabel Seagrave, joven de una destacada familia local.

Aun así, el escenario, con el sol poniente sobre el océano, era lo suficientemente pintoresco como para compensar los errores de juventud en cuanto a criterio teatral.

The Times, *agosto de 1936*

La situación política de España quedó reflejada en una producción de *Romeo y Julieta* en la que Romeo era presentado como miembro de unas Brigadas Internacionales.

Esta representación amateur, en Dorset, fue interpretada por el elenco con vestuario contemporáneo, siguiendo la tendencia actual de convertir al bardo de Stratford en un hombre moderno.

Digby Seagrave, de quince años, un encantador Romeo, manifestó a nuestro enviado que se había inspirado en los voluntarios británicos participantes en la guerra española. Añadió que espera compaginar sus ambiciones teatrales con los estudios en Cambridge.

La producción incluía también elementos de danza reminiscentes de las obras experimentales del Sr. W. H. Auden para el Group Theatre, acompañados valerosamente por la Srta. Florence Seagrave al piano y los címbalos.

Southern Times, *agosto de 1937*

Una cantidad menor de espectadores que en años pasados asistió a la producción veraniega de Chilcombe.

El elenco de *Antonio y Cleopatra* tuvo que batallar con las persistentes lluvias estivales, y quizá también contra la atracción de la película cómica *¡Oh, Mr. Porter!*, que bate récords de asistencia en el cine Plaza de Dorchester.

Dorset Daily Echo, *agosto de 1938*

Se han iniciado los trabajos del nuevo muelle de Weymouth, después de que los jueces decidieran el diseño ganador de entre los presentados en el concurso arquitectónico.

Los visitantes veraniegos disfrutaron viendo la colocación de la piedra fundacional.

Más allá, en la costa, los asistentes también disfrutaron de la representación de *Bien está lo que bien acaba* en la propiedad Chilcombe.

TERCER ACTO

1939-1941

Fiestas

Octubre de 1939

Rosalind abre la puerta de entrada de par en par y la casa inspira: el viento corre por los pasillos, los fuegos de las chimeneas de la planta baja se hinchan en los hogares y salen a su encuentro, las llamas de las velas tiemblan y dan saltitos en movimientos impacientes y oxigenados que se repiten en los reflejos danzantes en las bandejas de cóctel plateadas y en las fotografías enmarcadas sobre el piano de cola y en el propio piano, que es negro y lustroso como el ónice.

Rosalind, a la puerta, se imagina a sí misma a la puerta. Una estilizada silueta contra un espacio brillante rectangular. Se ajusta la estola de piel de zorro. Espera. Han salido de otros lugares y están viniendo. Se acercan rápidamente hacia ella en sus coches caros, las luces como haces de linternas atravesando la oscuridad de la noche.

Está empezando a oscurecer cada vez más temprano. De día, la luz del otoño es baja y rica, el campo arde con árboles ambarinos, marrones y ocres. Los árboles de la propiedad se mantienen orgullosamente en pie mientras sus hojas cambian de color, igual que hay gente que mantiene la cabeza bien alta ante el pelotón de fusilamiento. Pero cuando el sol desciende por debajo del horizonte, enseguida se siente el frío.

El reloj de pared del Salón de Roble marca la hora en punto. Pronto van a llegar los invitados de Rosalind y ella podrá celebrar su fiesta. Sus fiestas no han acabado. Aún no. Pero ahí viene de nuevo el señor Brewer a decirle que tienen que cerrar las cortinas negras porque la casa vuelve a estar iluminada como un enorme objetivo.

—Lo sé, señor Brewer. Solo quería que todo el mundo viera Chilcombe como debería estar. Nos hemos tomado un montón de

molestias para ocultarnos a los bombarderos alemanes, pero no parece haber ninguno.

—Mejor prevenir que curar, señora Seagrave.

—La cinta adhesiva para paquetes que hemos pegado en las ventanas es tan horrible que repelerá ella sola cualquier ataque.

—Voy a cerrar las cortinas, señora Seagrave.

—Un momento más. —Y es que hay un coche entrando en el terreno y los invitados llegan. Debería de tener un cigarrillo en la mano—. ¡Willoughby!

***

Willoughby, hundido en un sillón orejero en la sala de estar, agita el whisky en su vaso. Contempla cómo Maudie vacía una ruidosa palada de carbón en el fuego y las llamas se extinguen con un silbido y una nube de vapor, y después las aviva con un fuelle hasta devolverlas a la vida. Willoughby oye un pequeño murmullo de fastidio en cada suspiro del fuelle. A Maudie se le da bien animar lo inanimado, hacer que sus instrumentos hablen por ella. Nunca ha aprendido a hacerse invisible, como hacen los demás sirvientes, y eso que lleva veinte años trabajando en la casa. Siempre está ahí, atrayendo las miradas.

En un rincón de la sala un disco de jazz da vueltas en el gramófono, repitiendo sus rayadas canciones sentimentales. Cerca, Flossie también da vueltas, mientras practica pasos de baile y mira hacia la entrada, a ver si llegan los invitados. Lleva un vestido rosa con pedrería que le va dos tallas pequeño. Willoughby se pregunta si Rosalind la viste mal a propósito o sus atuendos son una desafortunada colisión entre el amor de la chica de diecinueve años por los vestiditos de campesina alemana y la creencia de su madre de que la ropa de la mujer tiene que ser más ajustada que un paquete de regalo de Harrods.

Willoughby estira las piernas y las apoya sobre un reposapiés. Nunca le han gustado los principios de las fiestas.

—Nunca me han gustado los principios de las fiestas —dice cuando su esposa vuelve a llamarlo—. Son una serie de aburridas obligaciones. Maudie, ¿a ti te gustan los principios de las fiestas?

—Yo nunca he ido a una fiesta, señor Willoughby, señor —contesta ella.

—Mentirosa. Claro que has ido. Hasta en esas horrorosas novelas de Hardy los del pueblo van a veces a fiestas. Brindan con vino zoider. Cantan canciones galantes hasta que interviene el destino y aplasta toda esperanza.

—Nunca he estado en ese tipo de fiestas, señor Willoughby.

—Están sobrevaloradas. No te gustarían nada. —Se pasa las manos por el pelo—. Lo siento, Maudie, no estoy de muy buen humor. Hoy he ido a Winchester para ofrecerme a servir a mi país y me han dicho que me volviera a casa. Me han sugerido que organice a los voluntarios de la defensa local.

—Betty me dijo que lleva un pimentero en el delantal para defenderse de los hunos. A ella sí que le vendría bien que la organizaran un poco.

—Gracias, Maudie.

—¿Es que le consideran demasiado mayor como para combatir, señor Willoughby?

—Ni hablar. Sigo en la cuarentena hasta el mes que viene. Perry tendrá que hablar con ellos. También va a asegurarse de que a Digby le vaya bien. ¿Podrías ir hasta el armarito a coger el whisky?

—El señorito Digby no sería capaz de pelearse con nadie.

—En la guerra no se elige. Hará lo que tenga que hacer. —Al pronunciar eso nota sorprendentes ecos de la voz de su padre. No puede mirar a Maudie, así que sigue contemplándose el regazo como si esperase encontrar ahí un periódico, mientras que se le ha levantado por sí sola la mano que no sostiene el vaso, abriendo los dedos en un gesto que significa que no puede hacer nada al respecto, que ya está todo arreglado.

Con cada invitado que llega sopla el viento por la casa, fastidiando a los fuegos de las chimeneas, que hacen un ruido como de banderas ondeantes. Flossie, junto a la puerta, informa:

—Ya están los Cunningham. Ella lleva un vestido muy bonito.

Willoughby le ofrece su vaso a Maudie.

—Un poquito más.

—Lleva una pluma blanca en el sombrero —continúa Flossie—. ¿Te parece un gesto radical?

—Las amigas de tu madre muestran a menudo sus sentimientos con lo que se ponen en la cabeza.

—Se casaron en Venecia, el mes pasado.

—¿Él es a quien encontraron en Green Park con un guarda? Creo que han llegado a alguna clase de acuerdo.

Flossie se ajusta el cuello de su vestido.

—Crista dice que, una vez se casan, los ricos nunca vuelven a mirarse.

—No si pueden evitarlo —replica Willoughby, y mira una foto glamurosa de su mujer en una mesita—. ¿Hay algún rastro de Perry?

—Aún no. Ahora llega un hombre mayor con gabardina. Quizá sea el periodista polaco exiliado. Madre dice que ha presenciado grandes horrores.

—Tu madre dice muchas cosas. A menudo. Una y otra vez.

—El hombre parece preocupado.

—¿Por qué no te presentas, Floss? Podrías animarlo un poco.

—Quizá.

—Puede que esta sea la última fiesta que demos durante un tiempo. Mejor aprovecharla. ¿Quieres una copa?

—No, gracias. Ahí viene Perry.

***

Flossie cruza la sala para examinarse en el espejo de encima de la chimenea. Se ha pasado las últimas horas sentada ante al espejo del ático, mientras una Maudie con expresión muy seria intenta sin éxito rizarle el pelo con unas pinzas calientes. Normalmente eso lo hace Betty, pero están cortos de personal de cocina y ha tenido que encargarse Maudie. Flossie se ve forzada a contemplar una y otra vez su propio reflejo, poniendo cara de dolor cada vez que las siseantes pinzas le chamuscan los cabellos, su rostro arrugándose en sonrisas de disculpas, como si intentara doblar hacia dentro sus facciones para que desaparecieran.

Se mira el pelo. Hay partes de él que se elevan de forma curiosa, como alguien que da direcciones confusas a otro. Su madre siempre le dice que se lo meta detrás de las orejas, pero la joven es consciente de

que las tiene un poco saltonas y prefiere mantenerlas ocultas. En esto, como en tantas otras cosas, siente que su existencia es una serie de ocultamientos poco logrados y que cada uno de estos deja al descubierto otra cosa más que no debería. Retirarse el pelo revela lo separado de sus orejas. Remarcar la cintura supone enfatizar sus caderas anchas. Mostrar los tobillos es exhibir sus gruesas pantorrillas. Es una serie de fingimientos y engaños en la que ella es a la vez el mago que agita los pañuelos de colores y la ayudante de sonrisa inmóvil que sostiene el conejo blanco por el cuello, y en ocasiones también es este, colgando mientras es presentado al público; todo ello tiene el efecto de hacerla sentirse permanentemente ansiosa por si se le ha soltado todo, por si las palomas se han escapado del sombrero.

La timidez de Flossie por su aspecto se ve acrecentada por la tendencia de Rosalind a exacerbarla en los momentos más delicados.

—Ese peso debe de venirte de tu padre —le dice su madre con lástima cuando ve que está luchando por cerrarse un botón. O—: Estás muy guapa, querida. Imagínate cuánto más guapa estarás cuando pierdas esa grasita infantil. —Son comentarios que Flossie tiene que absorber en silencio, al igual que las criadas no hablan mientras intentan ponerla presentable y tan solo emiten ligeros suspiros mientras tiran de las ataduras de su corpiño. Parece que la apariencia de la joven depende de los esfuerzos constantes de otras. No es de extrañar que su ropa le deje marcas airadas en su piel.

En el espejo del salón su cara se muestra brillante por el esfuerzo. Quizá sería mejor que para la fiesta se pusiera la máscara de gas que acaba de recibir. Cristabel aparece a su espalda, sin parpadear, como un halcón.

—Me has sobresaltado, Crista. Los Cunningham ya han llegado, y también un periodista con muchos problemas. No son buenos candidatos para mi caza del marido.

—Quien ruega no puede elegir —replica Cristabel, aún sin parpadear. Tiene la mirada evaluadora de los niños cuando estudian a otro al conocerlo, poco educada y despreocupada. A ella no le han rizado el pelo. Lo lleva liso y a la altura de las mandíbulas. Lleva puesto un vestido con cintas que era de Rosalind y que no encaja con el tamaño ni el aspecto de la joven. Tiene los fuertes hombros arqueados hacia delante, como si la hubiesen atrapado fuera en

camisón. Frunce el ceño—. ¿Ya has acabado de arreglarte?

—No estaba arreglándome. Estaba amargándome por mi reflejo.

—Yo nunca he tenido mucho tiempo para espejos —puntualiza Cristabel—. Tú y tu madre siempre os estáis mirando en ellos. ¿Por qué? No es que lo que veis vaya a cambiar mucho de un momento al otro.

Como si la hubieran convocado, Rosalind aparece en la puerta con un vaporoso vestido color púrpura real. Los tacones de sus zapatos resuenan en el suelo.

—Chinchín —dice jovialmente, levantando su copa en dirección a alguien—. ¿Por qué estáis aquí escondidas? He invitado a montones de jóvenes encantadores. Están fantásticos con sus uniformes nuevos. —Desprende un aroma fuerte y vívido, uñas pintadas, peinado.

—Estaba comprobando mi pelo —dice Flossie.

—No se puede hacer nada por él. Ven y mézclate con la gente. Ha venido esa escritora comunista que te gusta; su acompañante lleva pantalones pirata y zapatos de trabajo. Vaya par de lesbianas.

—Siempre dices esa palabra como si la sostuvieras con pinzas —señala Cristabel—. Todo el mundo sabe lo que son, incluso tú.

Rosalind hace un gesto de descartar el comentario con una mano.

—La gente siempre está cambiando de idea. No me extrañaría que pronto estén manejando cañones. Tienen mucha personalidad.

—Igual voy yo con ellas —se ofrece Cristabel— a cumplir con mi parte.

—Buena idea, querida. Podrías apuntarte a las fuerzas femeninas o algo así. Igual hasta encuentras novio —dice Rosalind, tomando un sorbo de su copa—. Bueno, y un consejo, Flossie: aléjate de los postres. Las únicas mujeres que tendrían que comer postres son las que parece que nunca lo hagan; entonces, todo bien, pero si tu aspecto es de estar comiendo postres sin parar, cada hora, entonces ya no es bueno sino una muestra de falta de disciplina.

—¿Hay postres? —Cristabel empieza a caminar hacia la puerta—. Voy a comerme uno antes de cenar. Prefiero un postre a un novio. Y tampoco hay tantos hombres en las fuerzas femeninas. De ahí lo de «femeninas».

—Ya sé lo que quiere decir «femeninas» —alega Rosalind—. ¿Dónde está mi marido? Tiene mis cigarrillos.

—Estoy aquí y no los tengo —responde Willoughby, una voz que emerge desde lo más profundo de un sillón.

Flossie se vuelve hacia el espejo, hincha las mejillas, mira de nuevo a su madre y se encoge de hombros con un gesto divertido. Rosalind arquea sus finas cejas y abandona la sala. Flossie se lleva las manos a la cara y se da cachetitos en los mofletes, pensativa, disfrutando de su sonido como de pequeños tambores, hasta que poco a poco deja escapar el aire.

***

Cristabel se come una tartaleta de melaza, un trozo de tarta de manzana y un helado de grosella, y después empieza a dar vueltas por la sala como un animal en un zoo. En la fiesta hay un joven de una propiedad cercana, con el que había hablado de libros en otra fiesta anterior, un joven que ella esperaba que asistiera porque quería charlar con él durante la cena, cosa que ahora la mortifica y la hace sentirse tan ridícula que desearía salir de la casa y tirarse por el acantilado. Se fuerza a sentarse al lado de él y fulmina con la mirada los cubiertos, come uvas moscatel azucaradas una a una. Consigue conversar pero solo con frases cortas esporádicas. Menciona su teatro. Menciona el fascismo. Pequeñas ráfagas de metralleta del esfuerzo.

Se descubre cautamente optimista respecto a si a él le interesan sus opiniones, aunque se sorprende metiéndose las manos en bolsillos que no existen y haciendo un gesto extraño e inútil, como si se llevase una cuchara a la boca. Incluso la convence de que baile con él después de la cena, y por suerte resulta no ser mucho más alto que ella. Y entonces, mientras ella contempla con admiración la cara y las risas del joven a la luz de las velas, él menciona de pasada un nombre de mujer, menciona de pasada que está comprometido.

La decepción de Cristabel no es un sentimiento nuevo. Ofrecida tal copa («Sé que a ti no te va eso de casarse, pero espero que no te parezca una idea totalmente estúpida, amiga Crista») no tiene más opción que tomársela de un trago («No seas tonto, Ralph. Me alegro mucho por los dos») y volver a su máscara de alegre despreocupación. Qué admirable. Cómo se está acostumbrando a hacerlo. Tampoco es

que parezca tener otra alternativa.

¿Cómo puede ser que otras jóvenes sean consideradas dignas de atenciones románticas, cuando ella tiene...? Bueno, ya tiene veintitrés años. Quizá no debería molestarse; es solo un idioma que no consigue aprender. Ve que se acercan la escritora comunista y su compañera de los pantalones pirata, sin duda deseosas de discutir sobre el tiránico Franco y la situación en España, pero de repente se siente demasiado cansada como para conversar. Sale de la casa y se dirige al jardín.

Se cruza de brazos. Siente frío, con solo ese vestido tan fino, y mira al cielo. Ni siquiera está segura de querer mantener una relación romántica. Desde luego, no una que requiera embutirse los pies en zapatos incómodos como las desagradables hermanas de la Cenicienta y quedarse parada esperando que le hagan una propuesta. No se ve capaz de esperar a que se lo pidan. Eso la llena de una furia tal que le resulta imposible mantener una mínima cháchara. ¡Cháchara! Incluso la palabra da rabia. Ofrecer trocitos de conversación a solteros como si fuesen niños pequeños que necesitan que les corten la comida. Tiene que haber otra forma, una más sincera, sin nada de esas bobadas.

La mayoría del tiempo apenas piensa en ello, o, mejor dicho, casi siempre que piensa en ello es en relación con las obras, como entre Cleopatra y Marco Antonio, que le resulta mucho más fascinante. Pero entonces su madre adoptiva monta otra de sus fiestas y Cristabel es sacada y vuelta a exponer como si fuese un mueble que ha quedado de una subasta.

El que ella siga participando se debe principalmente a un deseo perverso de demostrarle a Rosalind que se equivoca en su idea de que nadie va a encontrarla atractiva, además de la ligera sensación de que sería útil tener una pareja con quien hablar, que la acompañe en ocasiones sociales como esa y no tener que pasarse la noche siendo rechazada. Pero convertirse en la mujer de alguien, entregar su nombre y su casa y su teatro... eso siempre le ha parecido como la reverencia de despedida al final de la obra.

Y además, los diarios dicen que está habiendo un montón de bodas de guerra, parejas jóvenes que se casan antes de verse separadas, por lo que seguramente los hombres disponibles ya estarán comprometidos. Ahora será la guerra la que tome la mayoría de las decisiones por ellos, cosa que hace que Cristabel sienta un cierto alivio.

Digby, que se dirige hacia ella por el jardín —dieciocho años, delgado y elegante en su traje de noche— le dice:

—Te veo muy pensativa.

—Son las fiestas, Digs.

—Ya lo sé, Crista. No las soportas.

—¿Cómo puedes soportarlas tú?

—Siempre hay alguien con quien hablar. La gente acostumbra a ser interesante, ¿no crees? Y cuando me aburro de la gente salgo a buscarte.

—Se te da mucho mejor que a mí. Ojalá se fueran todos, Digs.

—Pronto lo harán.

—Gracias a Dios que te tengo a ti —dice ella, cogiéndolo de los brazos.

Él la mira.

—¿Vamos al tejado a fumarnos un cigarrillo?

Entran y se abren camino hasta el apretujado ático, donde Cristabel y Flossie siguen teniendo sus camas. El opresivo papel pintado a rayas ahora está cubierto con brillantes pósteres de exposiciones montadas por Myrtle y otros a mano que anuncian representaciones del Teatro de los Huesos de Ballena. La cría de elefante disecada hace de escritorio improvisado, tiene el lomo cubierto de libros y un taburete bajo el estómago, mientras que la diosa Sejmet está reclinada contra un cenicero de vidrio en el quicio de la ventana. Digby, como futuro heredero, duerme en una habitación más grande una planta más abajo cuando está de regreso de la escuela, que él compara a estar encerrado en la Torre de Londres esperando la ejecución.

Cristabel coge del suelo un jersey de lana y se lo pasa por encima del vestido, se quita los zapatos y los cambia por unas zapatillas viejas de Digby. Salen por la ventana y trepan por la loza cubierta de musgo hasta las chimeneas, donde les esperan los cigarrillos y una petaca. Las colinas que los rodean están totalmente negras. No se ve ninguna luz.

—Crista —dice Digby, mientras le enciende el pitillo—, tengo que decirte algo. Voy a irme. Quizás esta misma noche.

—¿Qué quieres decir? ¿Adónde te vas?

—Voy a unirme al ejército.

—¿Al ejército? Pero si tío Willoughby...

—Ya lo sé. Padre quiere que me apunte a la RAF. Pero es a él a quien le gustan los aviones, no a mí. Quiero ser un soldado raso, como los hombres del pueblo. Como una persona normal.

—Tu madre diría que no eres una persona normal.

—Pero podría serlo, ¿no crees? Me perdí la oportunidad de ir a España a luchar contra el fascismo. No quiero perderme también esta. —De repente sonríe a Cristabel, una sonrisa franca y alegre, como si estuviesen hablando de fiestas y no de la guerra.

—Maldita sea, Digs. —La joven da una calada fuerte al cigarrillo, lo envuelve a él con un brazo y lo atrae hacia sí. La idea de que Digby se vaya al ejército hace que se le revuelva el estómago de miedo. Siente los finos huesos de los hombros de él, la inquietud bajo su piel. Será lo bastante mayor como para alistarse, pero a ella le sigue pareciendo un niño excitable y agitado con rodillas que entrechocan con las de ella—. Creo que esta guerra no va a ser como la de España. Nunca has conseguido derrotarme en un duelo, y mucho menos podrás con los alemanes.

—He interpretado a montones de soldados sobre el escenario —responde él, y la coge de la mano antes de proclamar—: «¡Cuando sientas en tus oídos el estallido de la guerra, imita las acciones del tigre!».

—Esto no es una obra. ¿Por qué no te buscas algo más cerca de casa?

—¿Quieres que me ofrezca como voluntario para entretener a las tropas en Dorchester?

—No, solo algo que sea un poco menos...

—¿Un poco menos como una guerra? —Ríe—. Crista, tú deberías saber mejor que nadie que no podemos escoger nuestras batallas.

Cristabel echa la ceniza de su cigarrillo.

—He visto nazis. Ya te he contado cómo son.

—También me dijiste que no estamos en un punto en el que podamos detener a Hitler hablando de él. Dijiste que el nazismo ha hecho imposible el pacifismo. Siempre has insistido en que te escuche. —Cristabel suelta un gruñido—. No puedo quedarme aquí.

—¿Por qué no? Yo lo hago.

—Sé justa, Crista. Cada año te vas a esquiar a Austria.

—Porque tengo que pasarme el resto del tiempo aquí con tu madre.

—Lo dice con más dureza de la que pretendía.

—Podrías vivir en otra parte —replica Digby después de un momento—. Seguro que padre te ayudaría.

—¿Y dejar que nuestro teatro funcione solo?

Digby mira más allá de los árboles, hacia la orilla.

—Escucha, no sé qué va a pasar con todo esto. Pero sí sé que quiero irme. —Hace una pausa y añade con un tono más ligero—: Además, padre siempre me dice que soy demasiado como madre. Que tiendo demasiado a lo dramático. Quizá pueda demostrarle que eso no es cierto. Él respeta a los militares.

—No te va a respetar porque seas tonto.

Se quedan un rato sentados en silencio. Los ruidos de la fiesta siguen por debajo de ellos. Cristabel dice:

—Lo siento, Digs. ¿Estás decidido?

Él posa la cabeza en el hombro de su hermana.

—Sí. Yo también lo siento. Estás molesta, ¿verdad?

—Intento no estarlo. Mejor que me escribas cada maldito día.

—Cada día. —Se produce una pausa y Digby añade—: No creía que hubiese nada que te diera miedo.

—¡Cómo te atreves! No le temo a nada.

—Entonces no temas por mí.

—Por supuesto que no —exclama ella, tragando humo y acariciándole el pelo.

Debajo, en la casa, alguien borracho empieza a cantar «La tierra de la esperanza y la gloria».

***

Abajo, Flossie parece incapaz de participar en la velada. Mire adonde mire todo son círculos cerrados. Se ha quedado sin frases de introducción. Le duele el pelo. Nadie le ha pedido bailar con ella. Le gustaría tocar el piano, pero la multitud le impide llegar. La fiesta sigue dando vueltas en espiral sin ella.

Vaga por el Salón de Roble cuando el reloj de pared señala la medianoche, y ve a través de un resquicio en la puerta a Willoughby, que sigue frente a la chimenea en la sala de estar. El fuego se ha

convertido en apenas un brillo naranja por entre el carbón. Hay gente en trajes de noche apoyada en la repisa, bebiendo oporto y fumando puros. Flossie se detiene un momento a oír los murmullos codificados del habla de los caballeros, que solo puede darse en ciertos círculos y con temas que han de tocarse de forma alusiva.

Se imagina abriendo la puerta para unirse a ellos. Pero sabe que solo con verla, una joven, sus voces se cerrarían como puentes levadizos. Sería admitida con una deferencia irónica («Ah, la más joven de las chicas Seagrave nos honra con su presencia»), y entonces las alusiones se volverían más retorcidas, hasta que todo fuese inferencia. Nunca llegaría a oír lo que de verdad quieren decirse. Nunca los oiría hablar como cuando no hay mujeres.

Escuchando desde el otro lado de la puerta entreoye la conversación que sobrevuela con el humo del tabaco, aunque resulta difícil distinguir quién dice qué. Es Perry, está casi segura, quien hace un comentario despreciativo sobre el ejército francés. Y sin duda es Willoughby el que dice que lo único bueno que puede esperarse de Francia son las señoritas del Blue Light Café de Le Havre, no, esas mademoiselles complacientes nunca pierden la cabeza a pesar de la afición nacional a la guillotina.

Risas. Vasos que chocan en brindis. El rasguño y el suave estallido de un fósforo al encenderse.

Perry de nuevo:

—Eso de cortarles la cabeza a los que mandan es notablemente ser corto de vista.

Willoughby:

—Bueno, los franceses son bastante cortos en todo.

Ahora alguien diferente con un vozarrón:

—Hay que dar las gracias a que el agua nos separe, ¿eh? La verdad, si yo fuese el Führer, me tentaría invadirlos.

Entonces otro, también a todo volumen:

—Pídele a Willoughby que te lleve en su avión.

Una voz más anciana, temblorosa:

—Para Navidad todo habrá acabado. No me creo que los alemanes hayan montado un ejército de verdad. Mi hijo me dice que esos tanques con los que desfilan son de cartón. ¿Es eso cierto, Peregrine?

—En absoluto —responde Perry con el tono mesurado de siempre,

un hombre eternamente equilibrado.

Willoughby añade:

—Cristabel vio varios desfiles nazis mientras estaba en Europa.

—¿Ah, sí?

—Se quedó horrorizada con lo que está pasando por allí.

La voz temblorosa de nuevo:

—Una verdadera lástima que hayamos perdido a David por esa horrible aventurera americana, Wallis o como se llame. Él podría haber calmado los ánimos.

—Wallis Simpson. He oído que aprendió ciertos trucos en Shanghái que han hecho que el pobre sea incapaz de resistirse a ella.

—Con dos matrimonios a sus espaldas tiene que haber aprendido más de un truco.

Risas, risas. El empalagoso sonido de tragar oporto. Gritos de «¡Arriba, abajo, al centro y adentro!».

—Los bávaros son valerosos, eso es indiscutible. Tienen derecho a reconstruir su país.

—¿Qué hacer si no, con el peligro que tienen al este?

—Cierto. Es una cuestión de orgullo nacional.

La voz estruendosa:

—La codicia es lo que nos ha conducido hasta este punto. La pura codicia. Esa ha sido siempre la debilidad de los judíos.

—¿Has leído ese artículo del *Times* esta mañana?

Barullo. Simposio. Sala de guerra.

Y entonces Perry, con su equilibrio y seguridad:

—Aunque uno ha de esperar siempre lo mejor, creo que nuestro problema más importante es que siempre hemos creído que la gente a la que nos enfrentamos va a jugar limpio. Una creencia que han compartido incluso en los servicios de inteligencia, que hemos reducido hasta su estado actual de casi extinción. No estoy seguro de que podamos seguir aplicando ese criterio. Amigos, esta no va a ser una guerra de caballeros. Fíjense en Guernica, un objetivo puramente civil. Para ser sincero, no creo que nos hayamos dejado tiempo suficiente como para...

De repente, Rosalind pasa por el lado de Flossie y abre la puerta del salón, agitando las manos ante la nube de humo de tabaco y exclamando:

—Aquí estáis. No habréis acabado ya de bailar, ¿verdad?

De D a C

19 de octubre de 1939
Kent

Querida Crista:

Resulta sorprendentemente fácil apuntarse a matar gente. O a que lo maten a uno, supongo. Tres viajes en tren, varias inyecciones, una extraña media hora en que me inspeccionaron los dientes, y ya soy un soldado del ejército británico. Soldado Seagrave, segundo batallón de granaderos.

Un hombre de la oficina de reclutamiento dijo: «¿Digby Seagrave? ¿El chico de Willoughby?», sorprendido. No pude evitar pensar en ese poema de Auden que todos adorábamos en la escuela: «Tienes que estar a la altura de sus nombres y las preguntas no ayudan».

Con mi mejor voz de lady Bracknell contesté: «Nunca he oído hablar de él».

Ahora estoy en un barracón de entrenamiento con una mochila (pesada) y un uniforme (pica), junto a otros cien colegas, bromeando sobre cuánto nos queda de vida. Curiosamente, es como volver a la escuela.

Cuando llegué, un sargento escocés me vio entrar y me dirigió una batería de insultos, que —traducidos aproximadamente— venían a decir que yo parecía demasiado delicado como para resultarle útil a nadie, y que tenía que irme acostumbrando a limpiar letrinas porque no iba a dar para más. Fue maravilloso. Como estar frente a un huracán.

Cosas que vi desde el tren y que creí que te gustarían: un perro pastor saltando una verja alta con las patas dobladas. Fragmentos de ceniza del vapor del tren colgando de los árboles, como nubes atrapadas. Gansos volando en «V», igualando la velocidad del tren. Un anciano en un jardín trasero construyendo un refugio al lado de su huerto de verduras. Hombres de uniforme esperando en los andenes de las estaciones, con sus familias esperando para despedirse de ellos. Las mujeres afligidas, los niños con los

ojos muy abiertos, como si se diesen cuenta de que estaba pasando algo importante pero no estuvieran seguros de qué.

Vi a un hombre con uniforme de la marina esperando solo, y me pregunté si no tenía a nadie que lo despidiera. Espero que haga amigos en el mar. Pasar ante todos ellos fue como ver una composición maravillosa con todo el mundo llevando sus trajes y esperando a entrar en el escenario. Me pregunto dónde estaremos cuando caiga el telón.

Supongo que es triste no estar ahora en Cambridge. Una habitación en un college, *con un hornillo para hacer tostadas. Mantener conversaciones con almas gemelas. Creo que esa es la versión feliz de Digby. Pero aquí estoy, en una litera del ejército con una almohada de paja, escribiéndote, y este Digby resulta que también es feliz.* C'est la vie!

El hombre de la litera de al lado es una gran persona de Hull llamada Groves. Enseguida nos entendimos, y al poco estábamos hablando de cuán vital es que nacionalicen la industria de la minería del carbón. Todos los hombres de su familia han trabajado como mineros. Le sorprendió que yo tuviese nociones sobre el tema.

Como esperaba, se da un verdadero igualitarismo entre los soldados rasos. Mi nuevo uniforme es el mejor traje que he llevado nunca. Cuando Groves y yo vamos al pub local, el dueño me saluda con la misma familiaridad que a mi compañero. No hay nada de esa deferencia ridícula que te dedican si llevas ropa cara.

Escríbeme pronto. Me muero por saber cómo fue recibida mi partida. Espero que Flossie no se haya puesto demasiado triste. Dile que la echo mucho de menos y que siento haberme escapado sin una despedida como Dios manda. Pero me sentí fantásticamente haciendo lo que no se esperaba de mí.

Mañana vamos a practicar el asesinato de sacos de arena. Si eso es todo lo que los alemanes nos tienen reservado, entonces estoy seguro de que para Navidad habré vuelto a casa. Groves cree que mientras tanto es probable que nos manden a Francia.

Vaya adonde vaya, sigo siendo...

Tuyo,
Soldado Digby Seagrave

P. D.: le he dejado a Groves tu ejemplar de Qué verde era mi valle.

Seguro que lo cuidará bien.

De C a D

23 de octubre de 1939
Dorset

Querido Digby:

¡Vaya escenas las de después de tu partida! Un drama rural por excelencia. Tu padre se puso furioso y ahora se encuentra en las profundidades de la bodega, abriéndose paso a tragos hasta los vintages más selectos. Tu madre, tras unas grandiosas lamentaciones de tragedia griega, anunció que el mes que viene acampará en Mayfair con Myrtle. Dice que solo pretende RESULTAR DE UTILIDAD, pero no me cabe duda de que va a dedicar su tiempo a almorzar en el Ritz y a ir al cine a hacerles ojitos a Clark Gable y Fred Astaire. (Flossie también está colada por el señor Astaire, pero tiene que ir hasta Dorchester para verlo en el Plaza, y ya sabes cómo puede llegar a ser cuando va sola en autobús).

(A Flossie también la desesperó tu partida. Voy a cortar esta escena de la obra final porque no creo que fuese a gustarte, Digs. Apenas podía hablar entre tanto llanto. Escríbele pronto).

Por supuesto, a mí también me costó mucho sobreponerme. La verdad es que no lo he conseguido. Cuanto más pensaba en ello, más ridículo me parecía que tú te fueras a combatir y yo me quedara atrás, así que decidí aceptar la sugerencia de tu madre de que me apuntara al servicio femenino. Será una de las pocas veces que siga su consejo.

Le pedí a Perry que me prestase dinero para el tren y se comportó. Me dio más de lo necesario, y ahora estoy en un banco de la estación de Dorchester con mi vieja y gastada maleta. Dentro no hay mucho, más que nada calcetines y libros. Me resultó difícil decidir qué llevarme. En el último momento metí también la estatuilla de Sejmet. Taras dijo que era la diosa de la guerra, así que pensé que le gustaría venirse conmigo.

Perry me aconsejó que les dijera a los oficiales al mando que domino el

francés y el alemán, y que se me dan bien las matemáticas, para que me hagan «administrativa en actividades especiales». Le recordé que jamás había dado una clase de mates, y él dijo: «Tú eres lista, ya las dominarás».

Ha vuelto a Londres. Por lo visto ha reclutado a Leon, increíblemente, como conductor, aunque sospecho que eso no será todo lo que haga. No me imagino a Leon como chófer obsequioso, ¿y tú? Lo último que sabía de él era que trabajaba en una fábrica de barcos y se metía en peleas.

Recibí una carta de Myrtle en la que decía que Londres está silenciosa como una catedral porque han evacuado a todos los niños. Es extraño pensar en una ciudad sin niños jugando en las calles. Dice que todo el mundo va a lo suyo, como siempre, intentando no fijarse en los soldados que cavan trincheras en Hyde Park y plantan alambre de púas por las orillas del Támesis.

Por toda Europa debe de haber ciudades quedándose en silencio. Lugares que conocemos. Calles por las que hemos caminado. Todos los pueblos de Normandía en los que nos escapábamos de Mlle. Aubert. Las pistas austríacas en las que esquié. Incluso ese bonito pueblo de Provenza al que nos llevó Myrtle por mi cumpleaños. Aquel hotel de las persianas azules, Floss enloquecida con la tarte au citron. *Ahora todo vacío y rodeado de barricadas.*

Cuando me fui, Flossie dijo que esperaba que la guerra no fuera tan mala como cree la gente. Le recordé lo de los nazis que yo había visto en Austria. HORRORES totales. El que vaya a hacer mi parte es lo único que me hace sentir un poco mejor, aunque fue muy triste dejar sola a Floss en Chilcombe. Hice jurar a Bill que la va a proteger por mí, y también el teatro. El pequeño Bill se ha ido a alistarse en la marina y Betty está desconsolada, como ya te imaginarás.

Tengo una idea para representar La tempestad *el verano que viene: Próspero tiene que ser un dictador carismático, con Ariel, Calibán y Miranda en uniformes como sus sujetos. La isla como un Estado fascista. Un decorado con banderas negras y rojas. ¿O resultaría demasiado obvio? No querría golpear a la gente en la cabeza con esas cosas. O sí, en realidad sí que quiero.*

Me alegro de que hayas hecho un amigo en Kent, aunque últimamente no estoy muy interesada en discutir de política doméstica. Podemos hablar de la democracia cuanto queramos, pero la verdad es que si Adolf gana nuestro país no va a sobrevivir, y nosotros tampoco. Haz todo lo que te

digan tus instructores, Digs. Presta atención.

¡Llega mi tren! ¡Me voy a la guerra! ¡Maldito sea Hitler! ¡Escríbeme!

Crista

De D a C

29 de octubre de 1939
Kent

Queridísima Crista:

Muchas gracias por tu carta. Me encanta que estés viviendo una aventura. Naciste para la aventura.

Por aquí el tiempo es horrible. Toda la semana ha estado diluviando sobre el tejado de corrugado y tenemos que salir bajo la lluvia. Hemos empezado seis semanas de entrenamiento con largas marchas y ejercicios. Según nos dicen, eso «nos va a poner en forma a nosotros los blandengues». Tenemos que hacerlo todo con la mochila a la espalda, lo que resulta extraordinariamente incómodo, especialmente con la lluvia cruel y los vientos salvajes.

Kent tiene cielos más grandes que los de Dorset. Esto parece más desprotegido. Es como si el tiempo tuviera que viajar más hasta llegar a nosotros y estuviera resentido por eso. Le dije a Groves que me siento perseguido por la madre naturaleza, y él me replicó en su maravilloso acento de Yorkshire que a veces digo cosas raras. Estábamos avanzando por un terreno empantanado bajo un vendaval. Pensé en el rey Lear caminando por el páramo en mitad de la tormenta y proclamé: «Somos para los dioses como las moscas para los chiquillos; nos matan por diversión». Groves me remitió a su anterior comentario. Lo aprecio mucho.

Ayer, mientras estábamos de nuevo bajo un torrente sin fin, vimos a un hombre que sacaba los carteles de la estación de tren que dicen CANTERBURY. *Nos contó que están quitando todos los nombres de lugares en las estaciones para confundir a los alemanes si nos invaden. Yo le comenté que me imaginaba que los alemanes seguramente llevarían mapas y brújulas, por no hablar de pistolas con las que apuntar a la gente para que les revelen dónde están. El hombre hizo un ruidito como diciéndome que yo*

no entendía nada y volvió a subirse a su escalera.

El pasado fin de semana hubo un baile en el salón del ayuntamiento de un pueblo cercano. Fui acompañando a Groves. Le encanta bailar. Me dijo que él y sus amigos ahorran para ir a grandes salones de baile con pisos acolchados y orquestas, y que no hay nada mejor. En cuanto llegamos se puso a bailar con una chica tras otra con una enorme sonrisa.

En nuestro baile solo teníamos discos en un gramófono, nada de orquesta. Al final pusieron una de esas canciones lentas de Louis Armstrong, de las que le gustan a madre. No recuerdo el título, pero habla de echar de menos el hogar, y yo pensé en ella (seguramente meciéndose al lado del gramófono, querida madre) y en padre y en Flossie y en ti y en todos los de Chilcombe.

Es como si estuvierais mucho más lejos de lo que estáis. Si quisiera, podría subirme a un tren y estar de vuelta en un día. Pero parece muy poco plausible. ¿Y cómo encontraría la estación correcta, ahora que no tienen nombre?

El caso es que me apoyé contra la pared del salón de Ickham Village y me fumé un cigarrillo, muy sentimental, mientras Groves pasaba elegantemente por delante junto con una chica regordeta del servicio femenino con una carrera en sus medias reglamentarias.

Os echo de menos a todos. A ti te hablo cada día. Espero que puedas oírme.

Tu Digby

P. D.: tu idea sobre La tempestad *me parece muy interesante, y he decidido hacer de Próspero el verano que viene, si los alemanes lo permiten. No me digas que no soy lo bastante mayor. Seguro que la guerra me envejecerá lo suficiente.*

De C a D

10 de noviembre de 1939
Gloucestershire

Querido Digs:

¡Atrapados! Ahora los dos estamos en barracones. El mío es un cobertizo Nissen con camas de hierro y suelo de madera. En el centro hay una estufa temperamental con una chimenea que atraviesa el techo. Lo comparto con otras quince reclutas, y nos pasamos gran parte del tiempo intentando mantener encendida la maldita estufa.

Cada mañana nos despiertan a las seis y tenemos que hacer nuestras abluciones a toda prisa en un refugio a medio construir azotado por el viento. Somos una interesante mezcla de personajes —duermo entre una camarera de Lincoln y una violinista de Cardiff—, aunque en uniforme parecemos todas iguales.

Y el uniforme está muy bien, Digs. Azul fuerza aérea. Gorra con visera y chapa con alas de latón. Chaqueta con botones de latón y cinturón con hebilla de latón. Hay que pulir cada día los trozos de latón. Resulta agradable. Tendrías que ver lo bien que se me da ahora el anudar una corbata.

Hacemos muchas marchas mientras nos ladran suboficiales tiránicos. Saludos e inspecciones y esas cosas. Hacemos y deshacemos constantemente la mochila antes de formar una cola para comer siempre repollo con nuestros platos y tazas de hojalata (los llamamos nuestros «hierros»).

Sin duda, es práctico que nos machaquen esta obediencia ritual, aunque resulta frustrante tener tan poco tiempo para mí misma. Eso sí, nos tienen tan ocupadas que me quedo dormida en cuanto la cabeza toca la almohada.

Algunas de las chicas nunca habían estado fuera de casa. Una que se llama Edna, de Warrington, se pasó toda una semana lloriqueando en su

cama. Le pregunté qué le pasaba y me dijo que no podía dormir de lo preocupada que estaba por su familia. Está convencida de que los alemanes van a gasearla.

Yo le dije que lo mejor que podía hacer por su familia era derrotar a Hitler, y que mantenerse activa es la cura perfecta para una mente agitada. Eso y hacer planes para el futuro. Por cierto, quizá te permita hacer de Próspero el verano que viene, pero SOLO si estás de acuerdo con que la iluminación sea solo antorchas. Ya te lo explicaré en otra ocasión.

Ayer Edna y yo estábamos transportándole cosas a un teniente coronel. Le hablé de cuando estuve en Austria e hice una imitación de Adolf —su voz de rabia me sale casi perfecta— y el teniente coronel debió de oírme, porque vino y me preguntó si hablo alemán. Le dije que hablo alemán y francés, y que aunque nunca había estudiado matemáticas podía aprender y ser una excelente «administrativa en actividades especiales». Él me dedicó una mirada muy del estilo de Perry, ojos entornados, moviendo el mostacho.

Resulta que las cosas van rápido si el ejército cree que puedes serle útil. Me han dicho que cuando acabe el entrenamiento básico voy a tener que hacer un poco más para, adivina, ¡«actividades especiales»!

Ayer recibí carta de Flossie. Tuvo una visita relámpago de Myrtle, a quien la guerra parece estar dándole mucha vida. ¿No es curioso? Por lo visto se dedica a proteger artistas exiliados bajo su ala majestuosa, y a organizar recepciones para políticos sin tierra. Le contó a Flossie que había tenido una breve pero MUY PROFUNDA relación con un submarinista noruego y que ahora no puede ver un arenque encurtido sin que le caigan las lágrimas, pero que por lo demás estaba fantásticamente bien.

Sorprendentemente, también ha llegado hasta aquí una de las crípticas postales de Taras. Bastante arrugada; debe de haber pasado varias veces por el despacho del censor. Una foto de la Estatua de la Libertad con un dibujo atrás de una criatura híbrida. ¿Recuerdas cómo analizábamos cada una de sus postales en busca de símbolos, como intentando leer nuestro futuro en los posos del té?

Resulta extraño pensar que toda la gente que conocemos está ahora en nuevos e inesperados lugares. Es como si la guerra hubiese agitado el mundo como si fuera un par de dados y cada uno de nosotros hubiera salido disparado en una dirección diferente. Supongo que este es un buen momento para despedirme por ahora y decirte que espero que estés bien,

estés donde estés. Y estés donde estés, mis pensamientos te acompañan.

Tu Crista

Apagón

Noviembre de 1939

El cristal de la ventana del ático está húmedo de vapor. Flossie lo limpia con la manga de su jersey. Fuera, el día es oscuro e indefinido; el sol, cubierto por la niebla, más parece una luna enferma, vendada y sufriente. Las ráfagas de viento hacen volar grupos de hojas por el jardín mientras que las ramas desnudas de los árboles se mueven y parecen intentar atraparlas.

Noviembre siempre parece sufrir una especie de convulsiones, piensa Flossie. Es un mes ominoso y nervioso. Las bellas escenas de octubre, con sus colores naranjas y amarillos, se marchitan y dispersan mientras el nuevo mes trae consigo el agua como un rastro de latas atadas.

El frío viento hace temblar la ventana, pero la casa está en silencio. Digby no está. Crista no está. La mayoría del servicio no está. No hay invitados. Taras y Hilly se han ido a América, Philly está con sus padres en su cabaña de caza en Escocia, y Perry, Leon y Myrtle están en Londres. Solo quedan Willoughby y Rosalind, aunque ella pronto partirá a la capital y él está tan absorto en sí mismo que es como si no estuviese. Al pueblo llegan niños evacuados a quedarse con familias locales, criaturas dignas de lástima con etiquetas y cajas con máscaras de gas que acuden a llenar las habitaciones vacías de los hijos y maridos que se han ido al frente. El señor Brewer se encarga de distribuirlos.

Flossie vuelve al interior del ático, donde el brillo de la lámpara de noche y el fuego trémulo de la chimenea le dan consuelo. Aunque la preocupan sus hermanos ausentes y todo lo que puede acarrear la guerra, en parte sigue alegrándose por la llegada anual del invierno, la

apertura de la trampilla, el túnel que conduce a diciembre y al hueco mágico de la Navidad, su momento preferido del año. Quizá no debería estar pensando en esas frivolidades, pero sería triste no hacerlo, sobre todo ahora que todo presenta un aspecto tan deprimente. Recuerda la voz apagada del primer ministro en la radio cuando anunció que estaban en guerra con Alemania. Lo cansado que sonaba. Pobre señor Chamberlain. A él no le importará si Flossie piensa en algo alegre.

Se sienta en la mecedora frente al fuego, levanta las rodillas, se echa una mantita sobre el regazo e intenta imaginarse las vivaces luces navideñas, como una posada lejana o un páramo ventoso o un faro atisbado más allá de una tormenta en el mar. Es una sensación conmovedora, como si se estuviese contando una historia a sí misma, una escena mágica vista a través de una cámara oscura.

A menudo siente una especie de melancolía romántica cuando está junto a la chimenea. Ve eso mismo en otras personas: encienden un buen fuego, se sientan y lo contemplan con expresión perdida. Le gusta poder permitírselo sin que vengan a interrumpirla Cristabel («¿De qué te estás lamentando ahora?») o Digby («Floss, ven a jugar a las adivinanzas conmigo»). Tiene su libro, su diario, su calceta; todo lo que necesita. Podría pedirle a Maudie que le traiga algo de comer en una bandeja, para no tener que bajar ella. Podría completar un puzle. Podría acabarse su libro.

Mira las llamas y escucha el silencio, que al cabo de un rato se convierte en algo tangible en la casa, algo que descansa en calma fuera del ático, esperando que ella se acostumbre a su presencia.

***

Dos plantas más abajo, en el comedor, Rosalind ve cómo su marido aparta un plato a medio comer a favor de una copa de vino y un ejemplar arrugado del *Times*. Le cuesta pensar en algo que decir. La forma en que cualquier tema se convierte en algo serio debido a la guerra es como una maldición. El tiempo: guerra. Los niños: guerra. La casa: guerra. El propio Willoughby: debería estar combatiendo en la guerra. O por qué es importante que entienda por qué él debería

estar combatiendo en la guerra. O por qué la guerra en la que debería estar combatiendo es tan tremendamente complicada que ella no podría llegar a comprenderla. Esto último le parece totalmente aceptable: sí, le resulta imposible comprenderla.

Ahora la mayoría de las conversaciones acaban con su marido cerrando y doblando el periódico. Los hombres y sus periódicos y sus guerras. Rosalind ya se ha encontrado con eso otras veces, y, haga lo que haga, ellos no parecen necesitarla para nada en absoluto. Y la forma en que parecen disfrutar hablando de la guerra, como si fuera un tema de debate, como si no significara niños muertos, miles y miles y miles de niños muertos, una vez más.

—Me pregunto qué estará haciendo Digby —dice.

Willoughby pasa la página ruidosamente.

—Entrenándose. Simulacros, esas cosas. Va a necesitarlo. Sospecho que pronto van a enviarlo a Francia.

—Estará bien, ¿verdad? Yo no podría...

—¿Cuántas veces tengo que decírtelo, Rosalind? Ya sabemos lo que exige una guerra. Exige valor. Sacrificios.

Pero ¿por qué, piensa ella, la guerra tiene que salirse siempre con la suya?

—Willoughby, ¿recuerdas cuando Digby era un bebé? Sus pestañas...

—Mira esto —la interrumpe él, señalando con un dedo en el periódico—. Rusia invade Finlandia. La situación en China es horrible. El mundo vuelve a la barbarie. No tenemos elección.

Seguro que tienen elección. Siempre han tenido elección. Han elegido muchas veces y de las formas más extravagantes: telas, perfumes, mesas en restaurantes. Otros han tenido que esperar a que ellos elijan, han alabado sus elecciones.

Pero su marido sigue hablando de cosas incomprensibles: Bielorrusia, Maginot, *Reichstag*. Palabras con mayúsculas. Palabras de titulares. Rosalind sospecha que deben de estar dándose conversaciones similares por todo el país, un ruidoso enjambre de moscas volando en círculos, incesante, furioso. Por mucho que una intenta alejarlas a manotazos, la nube se separa en un millón de fragmentos y vuelve a juntarse.

Espera a que aparezca alguna criada, y cuando eso no sucede se

sirve ella misma más vino. Derrama un poco sobre el mantel. La mancha se extiende mientras la frota con un dedo. Habla:

—Tú mismo lo dijiste, querido. La guerra lo va a convertir en un hombre.

—Que Digby se haya alistado en el ejército es ridículo. Y aún más ridículo el que no sea como oficial.

—Fue ridículo, sí. —Rosalind toma un trago de vino y rodea la mesa en dirección al asiento que hay al lado del de su marido—. Pero, como dijiste, le va a hacer sentar la cabeza.

—No hay nada como lo que se aprende cuando estás en combate junto a otros, cuando se vive y se muere juntos.

—Por favor, no hables de morir. —Rosalind se inclina hacia delante para posar una mano en la pierna de Willoughby, pero él sigue con la vista fija en el periódico. Los ojos de Digby nunca parecen tan ocupados. Siempre te miran como si te estuvieran viendo por primera vez. Su dulce y bello niño. Se ha ido a hacer de soldado. Ruega fervientemente que Perry le encuentre un puesto especial cuanto antes.

Espera a que Willoughby se fije en ella. Últimamente parece estar siempre muy lejos. Ella solo obtiene miradas de soslayo, mínimas rendijas de atención.

—Acabará alegrándose de haber ido —dice él—. Es lo mejor que he hecho yo en mi vida.

—Estoy segura de eso.

—A todo el mundo le va bien revolcarse un poco en el fango.

—Cierto.

Rosalind siente con desesperación que va a estar haciendo de eco de las palabras de él para siempre. Es como un loro, como una cueva. Necesita que la mire y acabar con esa conversación. La palabra «revolcarse» le da la idea. Sube la mano por la pantorrilla de él.

—Willoughby, creo que me voy arriba, querido —dice, y sube aún más la mano, tira ligerísimamente de su cinturón.

Listo. Ver cómo levanta una ceja le confirma que ha despertado un rincón olvidado del interés de su marido, que baja el periódico. Con eso, Rosalind se levanta y abandona la sala, dejando un rastro invisible tras de sí, como un pescador echando la caña en busca de un enorme pez legendario.

***

Flossie, en el ático, oye pisadas en las escaleras, abajo, y después la casa se queda en silencio. Maudie ha ido a llenar el cubo de carbón, pero la joven apenas la ha oído o ha reparado en que fuera está oscureciendo. Está muy concentrada en la última novela romántica que ha cogido en la biblioteca Boots, *Nadie me preguntó*, que sigue los destinos entrelazados de la heroína, huérfana, y el extrañamente distante héroe. Alison ama a Julian, Julian ama a otra, otro ama a Alison; ella anhela, él anhela, nosotros anhelamos. La *firme, intransigente boca* de él, su *herido y ardiente beso*, su *voz entre indiferente y acariciante*. Flossie sigue su historia, retorcida y a la vez atrayente como el lazo de la caja de un regalo.

En algún momento llega una comida en una bandeja, como por arte de magia (casi literalmente: Maudie ha subido las tres plantas cargando con ella, y el postre contiene pasas que Betty tuvo que ir a buscar hasta Dorchester en la bicicleta de su hijo porque han reducido el servicio de autobuses debido al racionamiento de gasolina), y Flossie come mecánicamente, sin apartar la vista de la página. No admitir interrupciones le permite seguir encerrada en el capullo de su mente, en su *inundación de furiosas lágrimas*, en *los trémulos labios de ella* y sus *incontrolados y vanos impulsos*.

***

Una planta más abajo, Willoughby se da la vuelta. ¿Adónde se ha ido?, ¿cuándo se ha ido?, se pregunta Rosalind. ¿Adónde se ha ido al volverse y presentarle la muralla subida de su hombro? No hay forma de saber si tiene los ojos abiertos o cerrados. Hasta podría haber perdido los ojos, dado el supremo desinterés que muestra por ella su espalda. Darle un toquecito en el hombro mientras siguen juntos en la cama la hace sentirse como un ratoncillo de cuento, una intrusa de patitas minúsculas. *Tap, tap, tap*.

«¿Qué pasa?», es siempre la respuesta de él. Pero ¿por qué tendría que pasar nada? ¿No podría ser simplemente una breve conversación

que le diera a entender que no la encuentra repulsiva, que le agradece sus esfuerzos, en vez de que parezca que le está molestando, como si quisiera bajarse de un tren y ella fuese una desconocida que intenta decirle que se ha olvidado de coger el sombrero? Perdone, señor, lamento molestarle, señor. ¿Qué pasa? Solo es su sombrero, señor. Solo es su esposa, señor. *Tap, tap, tap*.

Rosalind no consigue imaginarse cómo es sentirse tan imperturbablemente sólido, contemplar las atenciones de otra persona como molestias inconsecuentes que se ignoran. Vuelve a sentir la desesperación. Busca el frasco de pastillas para dormir en la mesita de noche.

***

Llaman a la puerta de entrada y nadie contesta. Betty y Maudie han ido a una reunión en la iglesia sobre avisos de ataques aéreos. El señor Brewer está recibiendo a más evacuados. Hay una pausa y vuelven a llamar, esta vez más fuerte.

En el ático, Flossie levanta la cabeza. ¿Por qué no va nadie a abrir? Deja el libro. Ahí está otra vez, el golpeteo que resuena por toda la casa. De repente se pone nerviosa, se levanta y baja las escaleras con los pies cubiertos solo por las medias, abrochándose la chaqueta de punto. El camino parece muy largo hasta la puerta.

—Un momento —dice, su voz fina como un lacito, una tonta afectación.

Al abrir y escudriñar en la oscuridad de la noche ve a la esposa del carnicero con su bicicleta.

—Siento molestarla tan tarde, señorita Flossie. He llamado a la puerta trasera, pero no contestaban.

—No pasa nada. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Verá, señorita Flossie; hace dos semanas que no hemos recibido el pago.

—Vaya por Dios. ¿Quién les paga normalmente?

—El señor o la señora Brewer.

—Han estado muy ocupados. Hablaré con ellos en cuanto pueda.

—Muy bien. ¿Sabe si esta semana querrán cerdo o vaca?

Normalmente es la señorita Cristabel la que nos hace los encargos. Echamos de menos nuestras charlas con ella.

—Crista se ha alistado en el servicio femenino auxiliar de las fuerzas aéreas. Todos hacemos lo que podemos, ¿no?

—Desde luego, señorita Flossie.

—Es nuestro deber. ¡Cada uno aporta su granito de arena! —La voz de Flossie ha adquirido ese tono despreocupado que últimamente la caracteriza, una forma de hablar con un toque de locura, con frases cortas que parecen apoyarse las unas sobre las otras—. ¿Para cuándo necesita recibir el pedido?

—Tenemos que saberlo esta noche, señorita Flossie, para poder entregarlo el domingo. Hay muchos repartos pendientes. Todos están haciendo acopio.

—Claro. Cerdo o vaca. Cerdo o vaca... —Flossie hace una pausa, y por un instante aterrador la carne en todas sus variedades se transforma en un concepto abstracto, más allá de la imaginación; pero, gracias a Dios, justo antes de entrar en pánico su cerebro deja de bambolearse como una canoa, y responde—: Cerdo, por favor. La carne de vaca nunca me ha gustado.

—Gracias, señorita Flossie. Yo también prefiero el cerdo —dice la mujer, y se aleja pedaleando.

A medida que el ruido de la bicicleta desciende, la oscuridad que rodea a Flossie parece intensificarse. Avanza por el camino, se pregunta si aún podrá ver a la mujer, pero ella y su vehículo han desaparecido en la noche.

Normalmente se atisban las cabañas del pueblo tras los árboles, pero Chilcombe Mell también se ha desvanecido con el apagón, tan completamente como la esposa del carnicero.

Todo el mundo está escondido. Las animadas luces de las casas y las tiendas y los coches que antes moteaban el valle ahora han desaparecido. Solo existe el negro: las siluetas negras de los árboles y el negro Ridgeway sobre estas, un muro sólido, sin detalle alguno, contra un cielo nublado y ceniciento. Flossie recuerda a Taras comentando que el ingrediente esencial de la pintura negra son los restos requemados de huesos de animales. «Color negro hueso», lo llamó. Cuán frágil es la normalidad, piensa, con cuánta facilidad se ve reducida a la nada.

Oye el ronco aullido de un zorro en el bosque y se da la vuelta para entrar de nuevo en la casa, al principio a paso ligero debido al miedo que ha empezado a instalarse en su corazón, después más lentamente, intentando tranquilizarse. Se dice a sí misma que no tiene nada que temer, aunque una voz interior replica que sí, que tiene mucho que temer; que, de hecho, tiene que temer casi todo.

Flossie contempla la casa como si fuera un desconocido que aparece en mitad de una noche solitaria. Chilcombe está inanimada, cerrada, apenas sale una fina franja de luz de la habitación de Rosalind porque no ha cerrado bien la ventana. Si Flossie llamara ahora a la puerta, nadie bajaría las escaleras corriendo para abrirla. Está sola. Y hay decisiones que tomar.

Postal

19 de noviembre de 1939

Querido Padre:

Sé que debes de estar muy ocupado, pero he querido mandarte una postal por si no has visto mi última carta. Como ves por la foto, estoy en Dover, y ya sabes lo que eso significa. La moral es alta. Todos tenemos ganas de ponernos en marcha, aunque ojalá tuviera tiempo de visitar el castillo de Dover. Desde el muelle tenemos una vista perfecta de él, y es glorioso. Creo que te gustaría verme aquí, con mi uniforme, aunque sé que tú tenías uno diferente pensado para mí. Muchos de los oficiales a los que voy conociendo te recuerdan de la última guerra y me cuentan lo buen soldado que fuiste. Como te he dicho ya, pienso en ti y en Madre cada día, y espero hacer que te sientas orgulloso de mí.

Tu hijo,
Digby

Nota en una hoja color rosa con una caja de delicias turcas

22 de diciembre de 1939
Mayfair

Queridísima Flossie:

Ruego por que no te sientas sola en esa vieja casa doliente tras los árboles llenos de grajos. ¿Recibiste la cesta de Harrods? Ayudé a tu madre a elegirla. Te envía sus mejores deseos para estas fiestas, y yo también.

Londres está sombrío y vigilante con las luces apagadas. Vagamos por calles totalmente a oscuras, nos llamamos unos a otros, mientras por encima flotan globos de defensa plateados al aire de la noche como peces atados. Yo llevo un abrigo de piel blanco de la cabeza a los pies, así que resulto inmensamente visible, como el fantasma de una reina.

Dulce Flossie, esta noche brindaré por ti. Pero antes, un concierto de Beethoven en la National Gallery. ¡Bendición! Han sacado los cuadros y han llenado las salas vacías con música, así que aquí nos reunimos todos, gente de toda clase y hasta americanos. Y después, al Berkeley, donde bailaremos y daremos vueltas hasta que se levante la oscuridad. ¡Oh, esta vida inimaginable!

Besos,
Myrtle

P. D.: la semana pasada vi a Cristabel, su rostro una sucesión de ángulos furiosos. Perry va a encontrarle algo importante que hacer, no te preocupes.

Tarjeta de Navidad

23 de diciembre de 1939
Middlesex

Leon:

A pesar de tu generoso ofrecimiento de liberarme de mi virginidad antes de que Adolf nos mate a todos, me temo que diste por supuestas varias cuestiones que he de refutar. Primera: que aún soy virgen. Segunda: que de seguir siéndolo compartiría esa información contigo. Tercera: que de seguir siéndolo querría dejar de serlo. Cuarta: que de seguir siéndolo y querer dejar de serlo iba a considerarte como un candidato adecuado. Aunque puede haber mujeres alocadas que se dejen llevar por tu estilo de rudo belga bronceado, por favor, recuerda que te conozco desde antes de que aprendieras a vestirte. ¿Puedes decirle a Perry que su consejo funcionó y ahora estoy en Actividades Especiales, no muy lejos de Londres? ¿Podéis llevarme tú o él a comer? Estoy HARTA del rancho militar.

Cristabel

P. D.: felices fiestas.

De C a D

20 de enero de 1940
Middlesex

Querido Digs, estés donde estés:

Pretendía que esta carta fuese un resumen de mis ideas hasta ahora para La tempestad, *pero debo confesar que me resulta difícil hacer planes teatrales sin ti. También te confieso que la posibilidad de que montemos una obra este verano en Chilcombe me parece cada vez más remota. Flossie dice que están levantando las tierras de la cabaña para plantar verduras. En el Teatro de los Huesos de Ballena van a crecer patatas. Quizá se demuestren más populares que mis producciones recientes. Pero sí tenemos que hacer planes para después de la guerra. Una celebración de la victoria, naturalmente.*

Es INMENSAMENTE frustrante no poder hablar contigo. Siento como si estuviera lanzando una pelota de tenis tras otra sobre la red, sin nadie que me las devuelva. Pero, bueno, ahí va una idea: ¿no estaría bien que el público de La tempestad *llegara en barco?*

Ah, el largo silencio, el poc, poc, poc *de la pelota no devuelta que va rebotando hasta un rincón polvoriento.*

Ahora hay muchos silencios en mi vida. Me están entrenando como «trazadora de operaciones», así que mi existencia se limita a sótanos llenos de humo de cigarrillos donde los únicos sonidos son órdenes bruscas. Nos están enseñando a traducir señales de radio a una gran mesa con un mapa operacional, donde hay pequeñas piezas de metal que representan aviones y que son desplazadas por personal del servicio femenino con largas varas. Es parecido a cuando yo movía a los personajes en nuestro teatrillo de cartón, aunque con bastante menos diálogo.

Hasta ahora solo hemos hecho simulacros, pero si Hitler se decide a enviar bombarderos vamos a hacerlo de verdad. Son muchas horas. A

veces, cuando salgo de nuestro zulo no tengo ni idea de si es de día o de noche.

Estoy empezando a pensar que la formación militar es básicamente una manera de hacer que la gente deje de hablar. Le dije esto mismo a Perry —él y Leon me invitaron a comer— y contestó: «Querida niña, interprétalo como una cuestión estratégica. El silencio nos da más tiempo para considerar nuestros siguientes movimientos». También me dijo que tengo que hacer como el paciente pescador con caña, que deja que el río pase.

Le contesté que podrían perderse vidas si dedicamos nuestro tiempo a mirar ríos. Perry respondió que siempre se van a perder vidas en una guerra, y añadió: «Acaba siendo una cuestión de cantidades».

Ya te imaginarás el gruñido que solté al oír eso. Leon hizo lo mismo. Perry se limitó a sonreír y decir que la rabia solo resulta útil si se aplica de forma estratégica. Le dijo a Leon que al perro no adiestrado acaban disparándole, y que dejara de sacar los dientes y me llevara al Café Royal.

Me pregunté si Leon se ofendería, pero se limitó a reír a su estilo bucanero Barbanegra. A veces olvido que es hijo de Taras y tiene su mismo estilo volcánico. Nunca se sabe cómo va a reaccionar.

Fuimos al Café Royal y Leon se mostró entretenido, aunque de forma bastante vulgar, durante varias horas. Me contó sus ruidosas aventuras en la marina mercante y cómo Perry le está enseñando cosas prácticas del tipo cómo estrangular a alguien con una cuerda de piano. Empezó a hacerme una demostración, pero tuvo que parar al recibir un mensaje de Perry. Sería un excelente Mercucio, ¿no crees?

Maldición, Digby, es TAN raro no tenerte a mi lado para poder hablar. Perry afirma que puede que pasen meses o años hasta que te vea. Es una idea inconcebible. Soy incapaz de aceptarlo. Pero debo hacerlo.

Escríbeme, escríbeme, vuelve, vuelve. No, no me hagas caso. Quédate y pelea y sé todo lo valiente que puedas. Cuento con que lo hagas.

Yo también lo haré.

Tu Crista

Páginas de un cuaderno

En algún lugar de Francia
26 de mayo de 1940

Querida Crista:

No creo que vaya a poder enviarte esto, pero me reconforta escribirte.

Estamos batiéndonos en retirada. Nos separamos de nuestro batallón en algún lugar cerca de Arras. Fue horrible. Solo quedamos cinco, incluidos Groves y yo. Estamos huyendo de los alemanes, camino del Canal.

Nunca he estado tan cansado, pero no consigo dormir. No recuerdo la última vez que me quité las botas. Tiemblo todo el rato, ¡mira mi letra! Me descubro repitiendo una y otra vez las cosas más raras. Monólogos de Shakespeare. Las cosas que llevo en mi mochila. Los nombres de nuestros compañeros.

Caminamos kilómetros y kilómetros, y después nos sentamos en una zanja porque no estamos seguros de qué hacer a continuación. A veces, nos encontramos con otras tropas británicas y nos observamos, esperando que alguien tenga más idea que nosotros de lo que está pasando, pero nunca es así.

Ayer cavamos un refugio y encontramos el esqueleto de un soldado alemán de la anterior guerra. Vimos los botones metálicos de su uniforme tirados por entre sus huesos como monedas sueltas. Parece absurdo que estemos de nuevo en Francia intentando matarnos los unos a los otros.

Aún no me acostumbro a ver cadáveres. Ni siquiera los de hace veinte años.

27 de mayo

Nos hemos pasado el día escondidos en nuestro refugio mientras los alemanes bombardeaban un pequeño bosque a quinientos metros,

intentando darle a un cañón antiaéreo y a quienes lo manejaban. El ruido de los proyectiles es abominable: un aullido estridente seguido de explosiones que te hacen temblar todos los dientes. El soldado que tenía a mi lado gritó: «Pero ¿¡cuántas veces necesitan matarlos!?».

Nuestro plan es avanzar esta noche por los campos. De noche es más fácil. De día las carreteras están repletas de cientos de franceses que a saber adónde van. Vehículos y carromatos llenos hasta arriba de maletas y muebles. Ancianos doblegados por el peso de torpes hatillos. Madres con pañuelos a la cabeza que arrastran a niños que lloran. Vi a una mujer que llevaba un bebé tan inmóvil y azul que no estaba seguro de que siguiera vivo.

Apenas puedo creerlo, pero, por lo visto, los aviones alemanes han estado volando bajo por las carreteras y disparando a la gente. Objetivos civiles desarmados. Groves dijo: «Tienen tanta munición de sobra que pueden usarla para matar a los niños».

Los franceses no querían mirarnos. Fue muy duro para mí.

28 de mayo

Ayer estuvimos perdidos en un bosque hasta que Groves vio un par de árboles con marcas de cuchillo. Eran exactamente iguales a como marcabas tú nuestro camino por el bosque en Chilcombe. Los árboles nos condujeron hasta un sendero lleno de colillas de cigarrillos de las tropas que habían pasado antes por allí.

Nos detuvimos a pasar la noche en una casa vacía recién abandonada. Dos vasos de vin rouge *en la mesa. Media rebanada de pan. El horno aún caliente. Encontré unas velas y nos sentamos a la mesa con nuestros uniformes sucios, arrancando trozos de pan y comiendo como bárbaros. Groves no había probado nunca el vino. Dijo que aún acabaría gustándole.*

Nos turnamos para dormir en una habitación de arriba. Groves y yo fuimos juntos. Mientras me quitaba la mochila oímos bombarderos alemanes que volaban por encima de nosotros. Miramos por una rendija entre las cortinas, como niños que esperan ver a Papá Noel.

Groves dijo que le hacía temblar si pensaba que quizá se estuviesen dirigiendo a Inglaterra, así que le posé los brazos en los hombros. Parecíamos estar tan lejos de casa...

30 de mayo

Es difícil describir cómo es esto. Resulta difícil de creer que hace apenas unas semanas eran pueblos normales, con jardines y familias y niños que iban al colegio. Es como si una enorme apisonadora hubiese pasado por encima de Francia, aplastando toda la vida que encontraba. Las carreteras están llenas de tanques quemados, caballos muertos, cadáveres de gente. Hay moscas por todas partes. Seguimos caminando e intentamos no mirar.

Los hombres no dejan de pedirme que les «haga algo de Shakespeare» para distraerse de los problemas, así que me he convertido en una troupe *teatral ambulante de una sola persona. Recito soliloquios mientras avanzamos. Se me hace raro recordar que no hace mucho solo pensaba en el teatro. Enrique V se ha demostrado muy popular. También probé con un poco de Auden; a ellos les gustó más que a ti.*

Ya hace días que no tenemos líder y los demás parecen mirarme a mí, a pesar de que tengo tan poca experiencia como ellos. Puede que hasta sea el más joven de los cinco. Groves dice que es por mi «voz de radio». Le pregunté si le gustaba mi voz y me contestó que sí.

La suya es rica y terrosa. Llena de humor. Cada mañana hace como si fuese un camarero y tomara nota de lo que pedimos para desayunar mientras nosotros estamos tirados por el suelo, llenos de barro y exhaustos. «¿Deseará lo de siempre, señor? ¿Pescado ahumado? ¿Café recién hecho?». De alguna forma resulta aún más divertido porque no hay día en que no lo haga.

Anoche dormimos en una pocilga. Teníamos bichos por todas partes. «Al menos algunos comen bien por aquí», dijo Groves.

1 de junio

Ya no vamos a parar. Tenemos que llegar a la costa.

Nos alienta ver de vez en cuando a algún alegre oficial británico, que espera junto a un puente para señalarnos la dirección correcta y decirnos: «Volveréis a casa a tiempo para recibir las últimas órdenes del día, chicos».

Parece haber una clase de buen humor especial que es propio de alguna gente en los momentos más difíciles. Groves también es así. Nunca le decae el ánimo. Dice que tenemos que irnos de aquí porque ya se ha fumado todos

sus cigarrillos y casi todos los míos y no le gusta el tabaco francés.

Mientras avanzamos, los hombres cantan una canción que empieza: «No quiero que me metan una bayoneta por el culo, no quiero que me vuelen las pelotas». Me alegro de que los franceses con los que nos cruzamos seguramente no entenderán lo que cantan, pero entiendo por qué lo hacen. No parece que estemos combatiendo en una gran guerra; simplemente queremos salir de aquí con las pelotas intactas.

2 de junio

Estamos en un acantilado. Detrás de nosotros hay un pueblo en llamas. Frente a nosotros el mar gris.

A izquierda y derecha, miles de hombres en una larga costa. De vez en cuando vienen aviones alemanes y reducen nuestro número. Como dice Groves, somos corderitos camino del matadero. He dejado de contar los cadáveres que veo.

Toda una playa llena de combatientes y pasamos la mayor parte del tiempo sentados en las dunas, fumando con manos temblorosas. Ayer por la mañana vino un avión alemán chillando y el hombre que yo tenía delante se pegó un tiro en la cabeza para ahorrarles la molestia. Oímos cómo su artillería se va acercando a nuestras espaldas. No hay nada que hacer excepto esperar. Es insoportable.

A veces, vemos destructores británicos que anclan más allá. No pueden acercarse a la playa porque las aguas son poco profundas, así que vienen en botes a recogernos poco a poco.

Hacemos cola, obedientes, y vemos cómo a los de delante se los llevan hasta donde deseamos estar con cada fibra de nuestro ser. El agua está llena de restos y brillante por el petróleo; parece consomé. Después los destructores parten hacia Inglaterra sin nosotros y volvemos a la playa, temblando con nuestros uniformes mojados.

Ya llevamos dos días aquí. Lo peor son las noches. La oscuridad y el fuego. Los alemanes han bombardeado algo que contenía petróleo y eructa nubes tóxicas hacia la orilla. Anoche el pobre Groves no podía parar de toser. Enterró la cabeza en mi hombro y yo lo rodeé con mis brazos, intentando protegerlo, y deseé que estuviéramos muy lejos de aquí más de lo que nunca he deseado nada.

4 de junio

Fue sobre la medianoche. Vimos un barquito que pasaba ante la playa, así que unos cuantos nos metimos corriendo en el mar. Era un pescador de Norfolk con sus hijos. Ya llevaban a varios soldados a bordo.

El barco se alejaba, pero nos quedamos en la orilla rogándole que nos llevara a nosotros también, entrando más y más en el agua. Yo no dejaba de hundirme y el pescador se inclinaba y gritaba: «Cógeme la mano, hijo».

La mochila a mi espalda me empujaba hacia abajo mientras el pescador intentaba sacarme del agua, y entonces apareció Groves a mi lado y tiró de mí hacia arriba. Mientras subía al barco vi una de sus manos agarrada al borde, a la madera, con los nudillos blancos. Cuando conseguí ponerme en pie él ya no estaba. Lo busqué con la vista, pero ayudaban a subir a otros hombres y ahora el barco iba más rápido.

Le grité al pescador que había hombres en el mar, pero él me apartó y me dijo que apenas le quedaba combustible. Al alejarnos los distinguí: hombres en el agua negra, hundiéndose bajo la superficie, sus ojos y bocas abiertos de par en par como si no pudieran creérselo. Sus caras. Sus cascos de metal. Y por fin apenas sus brazos, aún extendidos.

Grité su nombre. Seguí gritando su nombre hasta que un oficial naval británico me dijo que me iba a pegar un tiro tranquilamente si seguía impidiendo la evacuación.

Parecía absurdo, después de tantas molestias como se habían tomado los alemanes para dispararnos y bombardearnos, el que nuestros hombres murieran de forma tan simple, abriendo la boca en el agua y hundiéndose sin decir una palabra.

No sé si me vio o me oyó.

De vuelta por el Canal estuve muy mareado.

Llegamos a tierra en Ramsgate, donde mujeres del Instituto Femenino nos saludaron como si regresáramos victoriosos. Nos dieron Bovril caliente y calcetines limpios. A mí me entregaron una postal para que se la enviara a mi familia, comunicándoles que estaba bien. Estoy bien. Estoy en un tren lleno de soldados sucios dormidos unos encima de otros. Es un tren cerrado. Han cerrado las puertas con llave para que no podamos escaparnos ahora que hemos vuelto.

Estas son algunas de las cosas que he visto por la ventanilla: soldados franceses heridos en camillas cantando La Marsellesa, *un molino girando*

en campo abierto, un póster que anunciaba la película El abuelo de la criatura.

No dejo de pensar en él. Flotando en el agua, a cien metros de una playa francesa. Chocando contra las piernas de otros ahogados. Le sorprendería mucho verse allí.

Carta incompleta

Chilcombe
25 de junio de 1940

Querida Crista:

¡Por supuesto que guardé tus libros antes de meter a los evacuados en el ático! El telegrama no era necesario. Y tampoco creo que fueran a tocarlos. Son muy dulces pero todo les da miedo, especialmente las vacas. Betty dice que los que tiene su hermana están llenos de piojos, así que debemos considerarnos afortunados.

Les dije que mi querido elefante disecado está para protegerlos, pero eso los hizo llorar porque «le habían sacado lo de dentro», así que tuve que dejar a Edgar y sus entrañas vacías en la habitación de Madre, que es donde duermo ahora. Por el camino se le cayeron los dos ojos, lo que le da un aire muy de mendigo, pobrecillo.

¿Sabías que las fundas de las almohadas de Madre son de seda? Betty dice que son fantásticas para el rostro. Me he estado revolcando en ellas y para el fin de semana voy a tener una cara totalmente nueva.

Digby se fue esta mañana para volver a sus barracones. Lástima que no pudieras conseguir un permiso a la vez que él. Creo que echa de menos a su amigo Groves. Me mostró una fotografía de los dos en Kent. Cree que lo van a enviar al norte de África, y que van a entrenarlo para oficial.

Estaba muy descorazonado por la caída de Francia. Todos lo estábamos. Maudie dice que Weymouth está lleno de refugiados de las islas del Canal, que se han traído su cosecha de tomates antes que dejarla y que se la coman los alemanes. Todos creen que nosotros seremos los próximos invadidos. ¿Tú también piensas eso? El señor Brewer dice que estamos con la espalda contra la pared y que, como hemos dejado la mayoría de nuestras armas en Francia, vamos a tener que combatir a los nazis con sartenes.

Toda la semana ha habido camiones del ejército en el pueblo. Han llevado bolsas de arena y cable de espinos a la playa, y los Voluntarios de Defensa Local están haciendo prácticas en nuestros bosques. Una vez han ensayado a matarse entre ellos con patas de sillas y rifles de madera, vienen aquí a por una taza de té, se sientan alegremente a la mesa de la cocina y dicen cosas como «Ahora sí que estamos apañados» y «Somos los siguientes en la lista de Hitler».

Resulta horrible pensar que nos estamos preparando para el combate, pero supongo que así es. Hemos envuelto las lámparas de mesa con papel marrón y hemos sacado todos los cuadros de las paredes para no morir aplastados por la caída de un antepasado si nos da una bomba. El señor Brewer ha retirado la cúpula de cristal, así que ahora solo hay un agujero en el techo cubierto con una lona.

La radio está siempre encendida, así que por todas partes resuenan las voces de gente importante. No me gusta oír cómo herr *Hitler me grita, pero oír a nuestro nuevo primer ministro es tranquilizador. Declara que a nuestras tropas les ha dado ánimos el tener al señor Churchill al mando. Hasta hemos hecho que nos instalen un teléfono en el estudio «para casos de emergencia», aunque la verdad es que ya parece que estemos en una emergencia y nadie sabe muy bien adónde llamar si las cosas empeoran.*

Ayer Madre llamó desde el Savoy. Buscaba a tío Willoughby, pero él ha ido a pasar una temporada en la casa de lord Comosellame, en Irlanda. Me mandó una postal en la que decía que allí aún tienen whisky decente en los pubs, así que iba a hacer su parte por Inglaterra bebiéndoselo todo. Eso no se lo conté a Madre.

Ya no tenemos ni comidas decentes. Es como si no pudiésemos parar porque, de hacerlo, nuestros miedos nos atraparían. ¿Sientes miedo alguna vez, Crista? A veces me parece que soy la única

Flossie roe pensativa su pluma. Siempre le resulta difícil escribir a Cristabel. Quiere parecer valiente y con recursos, pero le preocupa sonar como uno de esos pósteres exageradamente alegres pegados fuera de la iglesia del pueblo.

Las PATATAS Alimentan Sin Engordar Y Te Dan energía.
Ayuda a Ganar la Guerra en el Frente de la Cocina: intenta no desperdiciar NADA.

No sabe cómo dirigirse a su hermana. Desea preguntarle si también ella tiene momentos convulsos de terror tan poderosos que se ve obligada a sentarse y sollozar. Desea preguntar si Cristabel teme tanto por Digby como ella, pero le parece que sería una falta de decoro: admitir la posibilidad de sentir miedo es admitir la posibilidad de que hieran a Digby o le disparen o lo revienten, que nunca vaya a regresar a casa, y no se ve capaz de hacer eso. Sería como retirar la piedra de la pared que puede hacer que el castillo entero se venga abajo.

¡Guarda el secreto! hablar de más cuesta vidas.

Flossie suelta la pluma y mete la carta en un cajón. Con una postal bastará. Un mensaje breve que solo diga lo básico y ninguna de las cosas que importan.

De C a D

16 de septiembre de 1940
Priorato de Bentley, Stanmore

Querido Digs:

No tengo mucho tiempo para escribir entre turnos. Hacemos cuatro horas de trabajo y cuatro horas libres, y necesito dormir. Desde que han empezado a caer bombas sobre Londres esto ha sido un no parar. Después de tanto tiempo esperando que la guerra empezara de una vez, ahora no va a darnos ni un respiro.

El lugar es decente. Estoy en el Mando de Caza, en el priorato de Bentley, la clase de gran mansión a la siempre ha aspirado tu madre. No se parece en nada al viejo y decrépito Chilcombe. Por aquí hay alguna gente interesada en el teatro. Hemos hablado de montar un show en la sala de conciertos. Yo propuse Enrique V, *pero los oficiales superiores se enteraron y decidieron que querían hacer sketches cómicos vestidos de mujer. No acabo de ver qué tiene eso de divertido, pero me han puesto a cargo de la iluminación, y en eso estoy.*

Sospecho que no voy a poder mandar esta carta, ya que nos insisten en que no le digamos a nadie lo que hacemos aquí, pero yo sí quiero hablarte de eso, así que me la guardaré para cuando estés de permiso de nuevo.

Todo es muy secreto. En los Servicios Femeninos nos hemos vuelto adeptas a decir cosas vagas sobre «trabajar con radio» cuando nos preguntan y cambiar de tema. De vez en cuando va bien la asunción de que si eres mujer tu trabajo debe de ser trivial.

No es trivial EN ABSOLUTO. Seguimos a los aviones alemanes cuando cruzan el Canal, trazamos sus rutas en un mapa sobre una mesa y usamos fichas de colores como en el juego de la pulga. Los oficiales superiores miran el mapa desde unos balcones de observación, como si fueran ricos en sus palcos del teatro. Monitorizan todo lo que pasa y avisan a los aviones de la

RAF para que intercepten a los alemanes. Los avisos de ataques aéreos también salen de aquí.

Me resulta más fácil si me imagino que, en efecto, es un juego de la pulga en un inmenso tablero. Si pienso en el hecho de que esto implica a gente real no puedo concentrarme. Algunas de las chicas llevan auriculares y pueden oír las voces de los pilotos por la radio. Eso está muy bien cuando dicen «¡A por ellos!» y «¡Lo tengo!», pero no tan bien cuando oyes sus gritos.

Durante uno de mis primeros turnos aquí me sobresalté al ver que había veinte naves enemigas que se dirigían derechas a Chilcombe. Durante un momento no se me ocurrió qué hacer. Era una mañana soleada y ahí estaba yo, usando un palo para empujar fichas por el mar, cada vez más cerca de casa. Pensé que Floss estaría allí, seguramente con las narices enterradas en un libro de Mills & Boon, sin saber nada de nada. Por un momento deseé enviarle un mensaje, pero no puedo abandonar mi puesto.

Entonces la radio dijo que los alemanes estaban atacando a un barco de la Royal Navy en Portland Harbour. Habían muerto más de cien hombres, pero todo lo que sentí fue una ligera gratitud. Es horrible sentirte agradecida de que otros hayan muerto, pero mejor ellos que los nuestros.

Después Flossie me contó que oyeron explosiones y creyeron que comenzaba la invasión. Por lo visto, el señor Brewer y otros tienen armas escondidas en un túmulo de Ridgeway, como parte de algún complicado plan secreto de la defensa. Dice que la última vez no salió corriendo al vernos y ahora tampoco tiene la menor intención de hacerlo, incluso si llevan los tanques hasta nuestro propio jardín.

Cuando era niña y me imaginaba defendiendo Chilcombe siempre me veía cargando a caballo por el camino, espadón en mano. Pensaba mucho en eso. Todo el mundo en peligro, ¡Cristabel al rescate! A veces me quedaba tumbada en la cama y hacía como que toda la gente que me importaba se estaba muriendo y solo yo podía salvarlos (y entonces me daba miedo el que se fueran a morir porque si era lo bastante tonta como para imaginármelo, de alguna forma estaba invitando a que sucediera; eso sí que me daba miedo).

Pero ahora están atacando a mi país y yo no puedo cargar contra nadie. Esta misma mañana, los oficiales del balcón miraban mi rincón del mapa, donde yo acercaba mis pulgas letales hacia Sussex, y me pareció muy mal que estuvieran pasando esas cosas y que mi único papel fuera

mostrar cómo ocurrían.

Debí de moverme demasiado lento, porque un oficial detrás de mí murmuró: «¿Sigue aquí con nosotros, Seagrave?».

«Sí, señor», respondí, y me apresuré a mover las fichas.

Tengo que poder hacer más, Digs. Estar aquí es sin duda un privilegio, es como ser una especie de diosa supervisora, y estoy esforzándome por ser la clase de diosa desafecta que permite sabiamente que los acontecimientos sigan su curso, pero no puedo evitar sentir que soy más bien como los dioses impetuosos que descienden al terreno de batalla e interfieren en el mundo de los mortales.

Perry dice que seguramente estarás sudando en un tanque en el norte de África. Ten cuidado. Estamos metidos en esto hasta el fondo, ¿eh?

Tu Crista

Un *night club* en Piccadilly

Marzo de 1941

Las peligrosas noches del Blitz tienen una cierta efervescencia. Especialmente esta, un sábado iluminado por la luna, un toque de primavera en el aire, y, a pesar de todo, gente que sale a las calles. La oscuridad autoritaria del apagón hace que sus actividades parezcan escapadas prohibidas, festines de medianoche. Las cosas pasan cuando se apagan las luces, como decía la madre de Rosalind. La ciudad es tan alta y llena de sombras como un bosque, y la gente corre por entre sus piernas como gallinas.

Miles de londinenses bajan a las estaciones del metro cada noche a protegerse, caigan bombas o no. Se cubren con mantas, juegan a las cartas, cantan canciones y tejen. Pero hay otros que buscan diferentes refugios bajo tierra: el grill en el sótano del Ritz, bodegas en St. James donde tocan grupos de jazz hasta la madrugada, *night clubs* discretos bajo el asfalto del West End en los que nunca dejan de servirse bebidas. Lugares a los que se accede por altos escalones sin iluminación, la clientela descendiendo a la negra tierra hasta cavernas llenas de vida y risas y luz.

Rosalind ha vivido demasiado como para unirse a improvisados coros patrióticos en sucias estaciones del metro, cuando podría estar tomándose una copa helada de algo, y siempre ha preferido los pocos a los muchos. Un par de gins para calmar los nervios y camina a grandes zancadas por las calles llenas de basura, aplastando cristales rotos con sus talones, siguiendo rayas blancas pintadas en los bordillos, uniéndose a quienes salen a pasar la noche en la ciudad.

Hoy en día todos los caminos por la ciudad sin luz son impredecibles. El paisaje lunar está repleto de sombras, y las bombas

cambian de forma cada noche. Los puntos de referencia se evaporan, las calles se ven acordonadas, cae polvo sobre todas las cosas. Los guardas contra los ataques aéreos, con sus cascos y sus monos, tocan con largos palos los restos aún calientes de los edificios hasta que los escombros caen como el carbón, y un humo acre se desliza por las calles como si fuese la niebla.

Las bases de estatuas famosas están vacías, han quitado a Eros y han vallado las fuentes, y las fachadas de los edificios bombardeados son solo eso, fachadas sin nada detrás, ni suelos ni techos ni habitantes. Hay casas abiertas, partidas por la mitad; dormitorios, lavabos, todos los espacios íntimos expuestos a la luz pública. Nada es sagrado. Es el decorado de una obra de teatro, y la escena no para de cambiar. Es el decorado de una obra de teatro, y el elenco está aquí un día y ha desaparecido al siguiente. Solo el cielo está iluminado, atravesado por focos que parecen de cine, mientras las sirenas de los ataques aéreos suben y bajan la escala.

Rosalind ha quedado con Myrtle en Piccadilly, y no importa si la convencen para detenerse en un bar o en dos por el camino. Ahora todo es distinto. No todo el mundo va vestido formalmente de noche, y hay muchos en uniforme. Johnnies voladores y Jacks de la Marina, como los llama Myrtle. Oficiales, tripulaciones y guardas. ¿Sabe bailar el *jitterbug*? Sí. ¿Está casada? Sí. Pero hace mucho tiempo que Willoughby ni la mira, y sentada en el taburete giratorio de un bar puede volverse y que le enciendan el cigarrillo de forma que la seda verde de su vestido se le levante hasta las caderas y ver cómo se posan en ellas las miradas agradecidas de los hombres. Es un intercambio mutuo. Un cóctel más, los cubitos de hielo entrechocándose en el vaso, y su rostro en el espejo del lavabo de mujeres se muestra animado y triunfante. Hay hombres atentos que esperan a que vuelva a hacerles compañía. Su marido está ausente. Su madre está muerta. Sabe bailar el *jitterbug*.

Cuando ella y los hombres salen juntos de los locales hay mujeres burdas que llaman desde portales oscuros, gritándoles a los hombres que vuelvan más tarde a por ellas, que no pueden irse a combatir a Hitler sin haberse divertido antes un poco, diciendo venga, cariño, no me dejes aquí sola. Rosalind no puede desaprobar su actitud, aunque debería. Lo ve como buena voluntad comunitaria, una bendición para

los jóvenes valientes. Espera que ellos nunca tengan que recurrir a ellas, pero ¿quién podría impedírselo si lo hacen? Es como si todo el mundo estuviera viviendo igual que ha vivido ella siempre: en una danza hacia el placer como forma de distracción. Se han unido a ella con bebidas en sus manos alzadas.

***

Van al *night club* Café de Paris, asienten al empleado que les abre las pesadas puertas para dejarlas pasar. Bajan dos tramos de escaleras apresuradamente. Ella se ve en un espejo de marco dorado iluminado desde abajo y nota los tendones del cuello tensos como cables. Se detiene un momento, mira más de cerca, se limpia una mancha de pintalabios en la comisura. Siempre agradece la iluminación poco delicada, como la de los médicos y los actores de teatro; son quienes saben que el rostro es un lienzo. Cree que las mujeres han de ser objetivas sobre su apariencia; demasiadas pasan los espejos de largo si se están divirtiendo, asumiendo tontamente que la felicidad las transforma de alguna manera. Una tiene que desaprender la indulgencia consigo misma.

Los hombres no necesitan mucho para darte la espalda. Pueden ponerse a hablar entre ellos y olvidarse de que estás allí, y no les importa. Pero no puede echarles la culpa a ellos. Son hombres y masculinos, y dispuestos a morir por su país, y ella es una mujer cuarentona con un *décolletage* que empieza a parecer papel crepé. Tiene una sonrisa preparada para cuando la descartan, una adorable sonrisa y una forma encantadora de unir las manos que permite que todo siga su curso. No sería capaz de hacerlos sentirse incómodos, incluso aunque a ellos mismos no les importara. A ella sí que le importa. Lo único que ha deseado siempre es ser deseada, pero no de forma desagradable. Es un loro, es una cueva. Está cansada de ser todas las cosas que ellos puedan desear que sea, pero ¿qué alternativa tiene?

Desde el otro lado de la ciudad llega el aullido de la primera sirena de ataque aéreo de la noche. A estas alturas ya están todos acostumbrados. Hace meses que caen bombas sobre Londres, y ellos

están tan bajo tierra que se encuentran totalmente a salvo; además, el dueño ha hecho acopio de champán para no quedarse sin él en ningún momento. Los hombres se dirigen a la barra.

El interior del *night club* ha sido diseñado para parecerse al salón de baile del *Titanic*: una pista muy pulida rodeada de mesas con manteles blancos y lámparas de diseño, con un balcón curvo encima desde el que Rosalind atisba a Myrtle, que le hace una señal con la mano para indicarle que ha encontrado unos buenos asientos. Tiene a un hombre corpulento y con mostacho que lleva muchas medallas sentado frente a ella, tomando whisky a sorbos.

Al otro lado de la pista de baile hay una doble escalera de caracol, donde unas bailarinas glamurosas con gorros de plumas esperan para bajar. El famoso grupo musical con sus trajes de noche está apretujado bajo la escalera, afinando los instrumentos, ajustando los atriles.

A Rosalind le dan una bebida a la vez que el grupo empieza a tocar. Un toquecito de címbalo —*¡pa-PAAA-pa!, ¡pa-PAAA-pa!*—, y el público empieza a seguir el ritmo con los pies y a asentir incluso antes de que intervenga el resto de la banda, y es que todos han oído esa canción en la radio, es «¡Oh, Johnny, oh, Johnny, oh!», y una no puede evitar querer ponerse a bailar. El director se cimbrea como Fred Astaire mientras agita la batuta con sencillez, sin esfuerzo, un elegante joven negro con pajarita blanca. Las bailarinas de la escalera alzan las manos a la altura de sus caras y se mueven de lado a lado al unísono.

En algún lugar por encima de ellos, los motores distantes de los bombarderos enemigos y los largos disparos de las armas antiaéreas.

Uno de los soldados le coge el vaso de la mano a Rosalind y lo deja en una mesa, intentando hacerla girar y encararla hacia la pista de baile. Al notar su cuerpo contra un ancho pecho en un uniforme caqui, Rosalind recuerda de repente a Willoughby, el joven oficial, atrayéndola hacia sí, con total seguridad, como si tuviera todo el derecho a hacerlo aunque ella estaba casada con su hermano. Y qué delicia dejarse llevar, entregarse a la resistencia de no oponer resistencia, ser reclamada por él. La rendición más deseada. El hombre más atractivo. Cierra los ojos y bailan juntos, y la noche acaba de empezar.

Fuera, los aviones alemanes siguen el Támesis, que brilla como una

cinta de plata a la luz de la luna y los guía hasta la ciudad. Sueltan bombas mientras avanzan. Grandes explosivos cilíndricos caen de las panzas de los aviones y descienden a gran velocidad, silbando, sobre Barking y Limehouse y Whitechapel y Blackfriars y una lanzada sobre Piccadilly cae en picado hacia abajo y

cae y
cae y
cae y
cae y
cae
por un
pequeño
conducto
abierto
de
ventilación
que la lleva
seis metros
bajo
tierra
hasta la
galería
encima
del
grupo
musical
del
Café
de
Paris
donde
explota
con un
flash azul
gaseoso

que produce una onda de choque
ardiente como el estallido de una caldera

avanzando por el espacio y llevándose por
delante
címbalos y sillas y partituras y
plumas y fundas de instrumentos y a
músicos y a trozos de otros músicos y
vestidos de seda arrancados a los cuerpos que
bailaban en un mosaico a alta velocidad de
fragmentos tacones tenedores oboes ceniceros
que laceran a los soldados y a sus parejas y a los
camareros que acababan de llegar a las mesas
hasta que el club y su contenido es un diente
de león soplado por un huracán
de una a otra pared todos
los fragmentos ahora en vuelo y entrecruzados
como parte de un todo.

La decisión de la bomba es inapelable: aquí no habrá nada salvo aire y el espacio queda atrás. Las luces se apagan. El techo se colapsa y cae a la pista de baile. El Café de Paris queda abierto al cielo nocturno. Se eleva humo de los escombros.

Nota en una hoja color rosa con un ramo de flores

17 de marzo de 1941
Mayfair

Queridas Flossie y Cristabel:

«Las mujeres siempre tienen que salir primero; a los hombres les gustas más cuando creen que te estás yendo». Rosalind me dijo eso. Dijo que el mejor método para atraer la atención de Willoughby fue salir de una habitación. Se le daba muy bien. Tanta sinuosidad... La frase acudió de nuevo a mí cuando vi su necrológica en el periódico. Fue la primera en irse, pobrecilla. Aunque creo que se sentiría aliviada. No deseaba hacerse vieja.

Durante un tiempo intenté seguir su consejo. Me esforcé en planear bien mis salidas, en sincronizar bien mis movimientos según el interés potencial de los hombres. Pero ya no tengo tiempo para eso. El mundo ya no tiene tiempo. La guerra nos ha comprimido y nosotros entramos en ignición. Y además, nunca deseé salir de habitaciones. Me gusta estar en ellas, hablando, bebiendo, recitando mi verso.

No podré asistir al funeral de Rosalind, aunque sé que no será ninguna parte de ella lo que enterréis en esa fría iglesia. Mañana zarpo hacia Nueva York, llevando cajas llenas de pinturas que espero que estén más a salvo allí, y me encontraré con Taras y Hilly para una nueva exhibición de la obra del primero. También intentaré convencer a América de que se dé prisa en entrar en la maldita guerra. Pero volveré para Navidad, con los brazos llenos de medias de nailon y naranjas.

¿Sabéis?, lo más extraño del Café de Paris fue el silencio. El bombero que me sacó me dijo que si estás muy cerca de una bomba no la oyes. En un momento estaba alzando una copa y brindando por el querido Winston, y

al siguiente hubo un estallido de energía, como si el propio tiempo hubiese temblado, y todo se detuvo.

Cuando volví a mirar, mi compañera en la noche estaba muerta, aunque aún lo bastante decente como para haberse quedado sentada a la mesa, y había polvo gris que caía por encima de todo, como las cenizas al aire de Pompeya.

Dadle mis sinceras condolencias a Willoughby y a Digby. Pensad en Rosalind con cariño y con perdón, y mantened su retrato colgado en la pared, aunque recordad que la vida es más que el que te observen. La vanidad es una pequeña cajita de espejos. Que ninguna de nosotras derroche estos días, estos tiempos. Que todas seamos las últimas en irnos.

Con amor,
Myrtle xx

Catálogo de la exposición

kovalsky en inglaterra
Del jueves 15 de mayo al sábado 5 de julio de 1941
Galería van der Werff, Nueva York
7 centavos
A beneficio de la Cruz Roja de América
Prefacio de Myrtle van der Werff

A menudo oímos el clamor: ¿de qué sirve el arte en la guerra? Las galerías de Europa permanecen vacías. Aquellos que acusan a lo moderno de «degenerado» queman cuadros. Es tiempo de batalla, no de arte, dicen las voces de la razón.

Nosotros elevamos la voz en respuesta: ¡el arte es nuestra arma! Que los artistas estén sufriendo en Europa demuestra lo mucho que los teme la amenaza nazi a la que hemos de enfrentarnos. Permitir que los fascistas aplasten el arte bajo sus botas, dejar de proteger a quienes nos afectan más profundamente, sería una pérdida para la humanidad.

Entre quienes han huido de la persecución se encuentra Taras Kovalsky. El señor Kovalsky se formó en Francia como parte de la «Escuela de París», artistas emigrados entre los que se encontraban los señores Modigliani y Chagall.

Aunque dos de las obras expuestas aquí formaron parte de la Exposición Internacional Surrealista, en 1936, el señor Kovalsky prefiere no alinearse con ningún movimiento en concreto. Pero es cierto que encontró entre los surrealistas a sus hermanos artísticos. Quienes rompen las barreras que atrapan al hombre civilizado. Quienes aprecian el plumaje irracional de los sueños, las luces en arcoíris de la gasolina.

A los visitantes a esta exposición les dará la bienvenida *Mujer de las rosas*, una imagen arcana del inconsciente. Su figura sin rostro desafía

las convenciones del retrato. ¡Y cuán delicadas las rosas, cuán parecidas a la sangre, en comparación con la fantasmal palidez de las manos!

Cristabella primera muestra a una niña retratada fieramente en un óleo lleno de texturas. Espada de madera en mano, no es uno de los inmóviles chiquillos con aros de tiras que crea el señor Gainsborough. Esta figura masculina es un Huckleberry Finn salvaje del sexo débil. *La quema* también nace de similares portentos oscuros y color dinámico (¡ese naranja inacabable!, ¡ese negro viscoso!).

En unos tiempos en los que Europa sufre de nuevo los espasmos de la guerra, estas imágenes ominosas de un artista surgido del crisol del conflicto contienen un poder formidable: un grito al combate que no podemos dejar de oír.

TÉCNICA
Óleo
Óleo
Óleo
(cedido por la galería Mouradian, París)
Óleo
Óleo
Óleo
Óleo
(cedido por el Sr. Willoughby Seagrave, Dorset)
Óleo
Óleo
Óleo
(cedido por la galería Zwemmer, Londres)
Óleo
(cedido por el Sr. Willoughby Seagrave, Dorset)
Óleo
Óleo
(cedido por la galería Zwemmer, Londres)

OBJETOS
13. Piedra bruja de Dorset
14. Fósil
15. Comadreja quemada

CUARTO ACTO

1942-1943

Prisioneros

Junio de 1942

Ven que se acerca por el campo y se detienen. El sol brilla. La sombra de las gorras de trabajo les cubre los ojos. Llevan las camisas y los pantalones regulados. Algunos usan cuerda como cinturón, otros tienen las letras «PG» bordadas en las mangas. Ya llevan tres días acampados allí, pero es la primera vez que Flossie va a visitarlos.

Nota su silencio cauteloso y neutral mientras la miran acercarse, cómo el cálido aire parece solidificarse hasta que consigue atravesarlo, tambaleándose en la tierra llena de baches.

Una figura corpulenta que lleva uniforme británico se quita la gorra.

—Señorita Seagrave —la saluda. Es el sargento Bullock, su cara sudorosa por el calor.

—Buenas tardes, sargento. He venido a buscar a los hombres que van a trabajar en los establos —dice Flossie, apartándose el pelo de los ojos—. El señor Brewer ha tenido que irse a Londres.

—Muy bien. —El sargento Bullock se vuelve hacia los prisioneros de guerra alemanes, cinco hombres que están viviendo en un campamento en la propiedad y a los que hacen trabajar en las granjas cercanas, donde les falta mano de obra. Algunos de ellos tendrán que cuidar de los pocos caballos que quedan en Chilcombe, a los que también ponen a trabajar en el campo.

Los prisioneros viven en una gran tienda rodeada de alambre de espinos. Son vigilados por el sargento Bullock y un par de jóvenes soldados británicos que se alojan en la vicaría de Chilcombe Mell. Flossie no sabe de dónde han venido los alemanes o qué hacían antes de ser capturados, pero ve que uno tiene quemaduras en la cara y se

pregunta si eran pilotos.

El sargento Bullock, que está al mando, hace una señal para que se adelanten dos. Eso hacen, bajando las cabezas y quitándose los gorros. Uno es moreno; el otro rubio, de pelo casi blanco al sol.

—Les han hecho una revisión completa —afirma el sargento Bullock, como si fueran caballos.

—¿Cómo se llaman? —pregunta Flossie—. ¿Cómo se llaman, señores?

El hombre moreno la mira con expresión cansada.

—Mattner —contesta.

El rubio tarda más en levantar la cabeza, pero cuando lo hace es con una ligera sonrisa.

—Yo soy Hans Krause —responde, pronunciando cuidadosamente cada palabra.

—Y yo soy la señorita Seagrave.

—Señorita Seagrave —repite él, con un acento que hace que a ella su propio nombre le parezca ajeno.

El sargento Bullock los advierte:

—Un pie fuera de lugar y va a haber problemas.

Flossie conduce al sargento Bullock y a los dos alemanes por el campo, sube unos escalones y se dirige hacia los establos de detrás de la casa. Forman un extraño desfile. Al acercarse a la casa, Flossie se imagina a su madre mirándola, de esa forma en que Rosalind se apoyaba en la repisa de la ventana, cigarrillo en mano, y contemplaba inexpresiva el mundo exterior. Es una imagen curiosa. Rosalind lleva más de un año muerta, aunque la habitación donde dormía sigue conservando su olor; Betty dice que se ha quedado atrapado en la tapicería.

Siempre que Flossie, de niña, iba furtivamente a la habitación, esta estaba tan inundada de perfume que notaba cómo se le pegaba en el fondo de la garganta. Jugueteaba con el maquillaje sobre la mesilla del tocador o abría el armario para pasar los dedos por el arcoíris de seda de los vestidos que había dentro. En la estantería por encima de la ropa había sombrereros y un voluminoso velo de encaje, herencia familiar de los Seagrave; la ropa de Rosalind colgaba bajo esa delicada red como si fueran peces brillantes. Tras la muerte de su madre, Flossie donó los mejores vestidos a una tienda de segunda mano de

Dorchester y le regaló el resto a Betty, para que los cortara y reutilizara. Eran demasiado pequeños para nadie más. Ella se quedó con el velo.

Flossie guía al sargento Bullock y a los alemanes hasta el establo. Dentro, los caballos resoplan en busca de atención, aleteando sus narices. Rayos de sol que caen en diagonal por las ventanas semicirculares, columnas de paja, polvo.

—¿Han trabajado antes con caballos? —pregunta Flossie.

Mattner asiente. Krause sonríe. Tiene los dientes delanteros separados. Va hacia el más cercano en su pesebrera.

—Mi padre tiene granja —responde. Sus manos sobre el animal son expertas, tranquilas; el animal le pasa ruidosamente la boca por la palma.

Flossie dice:

—Tendréis que limpiar el establo y aseguraros de dar de comer a los caballos. Antes teníamos a otros dos hombres que lo hacían, pero están... Tuvieron que dejarnos. —Le da una extraña timidez explicarles que están cortos de personal porque este se ha ido a combatir a los alemanes. Tampoco está muy segura de hasta qué punto entienden el inglés.

—Estos animales van a tener que acostumbrarse a llevar un carro —dice el sargento Bullock, que se pasa un pañuelo por la cara—. Tiene suerte de conservarlos. Las autoridades han requisado casi todos los caballos de caza. No hay lugar para lujos cuando se está en guerra.

—Creo que mi tío Willoughby habló con las autoridades. Conoce a la mayoría.

El sargento Bullock aspira sonoramente.

—Krause, Mattner, si tienen alguna pregunta, por favor, háganla —añade Flossie—. No hablo alemán, pero seguro que podremos entendernos.

Krause alza la vista junto al caballo.

—Mi inglés es no bueno. Pero caballo para mí es casa. —Se lleva una de sus grandes manos al pecho, a la altura del corazón, y le sonríe.

—Gracias, Krause. Creo que esto va a ir muy bien. ¿No le parece, sargento?

—Eso está por ver, señorita Seagrave. Estos prisioneros se han demostrado competentes trabajando los campos. Pueden resultarles de

utilidad.

Ha elegido las palabras justas para recordarles el limitado radio de acción del que disponen. A ella le parece en cierta forma ofensivo cómo ha menospreciado sus capacidades.

—Estoy segura de que lo harán maravillosamente —replica, y oye su propia voz inglesa, aguda y casi infantil, resonar en el techo abovedado.

—Vosotros dos esperad fuera —les ordena el sargento Bullock—. La señorita Seagrave y yo tenemos otros asuntos que discutir.

—¿Ah, sí? —pregunta ella mientras los alemanes se van.

—Me dijeron que me iban a dar una habitación en la casa. Antes me he tomado la libertad de elegirla, y me he establecido en una vacía que hay encima del comedor.

—La habitación de Digby.

—Parecía desocupada del todo.

—Ahora lo está, sargento Bullock, porque Digby está en el ejército, en el norte de África. Pero va a volver.

—Tengo entendido que en otras partes de Inglaterra las casas de campo alrededor de los campamentos de prisioneros han sido ocupadas del todo debido a la guerra. Estoy seguro de que nosotros podemos llegar a un acuerdo menos formal. Por favor, llámeme Terence.

***

Krause y Mattner acuden cada mañana a los establos. Después de las primeras visitas, el sargento Bullock ya no los acompaña; prefiere supervisar a los prisioneros que trabajan los campos desde el confort de una silla plegable de tela hasta regresar a la casa por la noche, donde se ha acostumbrado a sentarse a la mesa del comedor, fumando puros, sirviéndose el vino de chirivía que elabora Betty a mano y oyendo la radio. Es muy dado a hacer pronunciamientos contundentes sobre «los yanquis» y «los boche» siempre que son mencionados, como si las emisiones de la BBC no fueran más que prólogos a sus más doctas opiniones. Cualquier punto de vista contrario es recibido con carcajadas de suficiencia.

Flossie lo evita. Es una presencia molesta como un sapo en su casa. Cada vez que él la ve se levanta, se dirige al armarito de las bebidas y le dice «¿Puedo ofrecerle algo refrescante, señorita Seagrave?».

Ella dice que no con un movimiento displicente de su mano, gesto que reconoce como típico de su madre y que ella no creyó que fuese a necesitar nunca, y le contesta: «Sargento Bullock, si va a fumar esas cosas, le agradecería que abriera una ventana». Nota que su tono de voz también lo ha tomado de Rosalind.

—No la está molestando, ¿verdad? —le pregunta Betty mientras toman el té en la cocina—. ¿Ha intentado algo?

—No. Es solo que ojalá no estuviese aquí —responde Flossie.

La irritación que le produce el sargento Bullock se ve exacerbada por el hecho de que tanto el señor Brewer como Maudie estén ausentes, y es esa ausencia lo que le hace ver hasta qué punto ellos dos se han convertido en inesperados aliados. El señor Brewer siempre ha estado ocupado con la defensa voluntaria, además de hacerle misteriosos recados a Perry, pero lo que ahora lo ocupa la mayor parte del tiempo es su lucrativo negocio suplementario proporcionando restaurantes caros en los que los huevos y las gallinas no están racionados. A su vez, Maudie se ha ido a Weymouth a cumplir con su cometido en la vigilancia de incendios, donde pasa las noches con un silbato en el tejado de un edificio (aunque Betty ha hecho comentarios cínicos sobre que el interés de Maudie en defender Weymouth tiene más que ver con la llegada de marineros al pueblo que con un sentido del deber cívico).

Los evacuados han regresado a Londres, así que en la casa solo queda Betty, que ahora, a sus cuarenta, se ha vuelto redonda como una gallina ponedora y siempre está trasteando en la cocina o quejándose de sus problemas renales o preocupándose por que su hijo esté en la Marina.

Tras la muerte de Rosalind, Betty pareció pasar de inmediato a la madurez, casi como si fuera un acto de protesta. El sentido común que tenía de jovencita se solidificó en pesimismo, y la guerra y sus tribulaciones solo han servido para confirmarle que la vida es una decepción, que los periódicos están llenos de mentiras y que nada de lo que ella haga va a tener la menor repercusión.

A Flossie ese amargo fatalismo le resulta agotador, por no

mencionar la incapacidad de Betty de dejar la tetera en paz. Ahí están Betty, quejándose en el sótano, y el sargento Bullock pontificando en la planta baja, y a Flossie lo único que le queda es la habitación de su madre (demasiado llena de ella y demasiado calurosa) y el ático (demasiado lleno de sus hermanos, a los que tanto echa de menos, y aún más caluroso). Coge su pala y sale fuera.

***

Cada mañana, Flossie va por el bosque hasta el Teatro de los Huesos de Ballena, siguiendo el camino entre los árboles. Pero el teatro ya no es un lugar donde se llevan a cabo representaciones; ahora supervisa un gran campo de cultivo, creado y cuidado primero por Betty, ayudada por Maudie y Flossie, y ahora solo por Flossie. En varios de los huesos hay enredados guisantes aromáticos, que retuercen sus verdes zarcillos alrededor de las costillas de la ballena como los banderines de colores en las cuerdas de un circo.

Cuidar de su pedazo de tierra le resulta un trabajo duro pero muy satisfactorio. Betty fue una profesora de Agricultura de secano, pero efectiva —se había encargado durante muchos años del jardín de la cocina de la casa—, y Flossie pronto empezó a sentir la satisfacción de ver cómo sus esfuerzos de principiante se volvían comestibles. Su jardín no tiene la ordenada uniformidad del de Betty, que, a pesar de ya no disponer de jardineros para atenderlo, mantiene su metódico diseño victoriano original, con filas como soldaditos de forzaduras de terracota en los ruibarbos y espalderas en los manzanos para que crezcan rectos contra la pared. Pero el jardín de Flossie (con su mezcla de vegetales útiles y flores puramente sentimentales) es todo suyo.

Es curioso, pero el teatro ha vuelto a ser para ella un hogar fuera del hogar, como cuando era niña, aunque ahora es ella sola quien lo habita. Si el tiempo es decente, pasa el día entero trabajando fuera, sentándose cómodamente en un punto que ha elegido bajo uno de los huesos para dar cuenta de la comida que se trae. Si llueve se refugia en el granero, y si quiere una taza de té entra en la cabaña, donde la cocina funciona igual que siempre.

Tanto el establo como la cabaña siguen abarrotados de toda clase

de objetos teatrales. Vestidos y atrezo. Libretos con páginas marcadas. Dan al lugar un ambiente de lo más fantasmal, como si hubiesen dejado una producción a medias; cosa que, piensa Flossie con un estremecimiento culpable, no estaría muy lejos de la realidad.

Se estaba haciendo cada vez más difícil encontrar gente dispuesta a actuar en las obras de Cristabel. Cada vez más difícil encontrar público dispuesto a ver una representación *amateur* de Shakespeare bajo la lluvia cuando podían ver a Errol Flynn o a Gracie Fields en la gran pantalla, en Dorchester. Digby se iba a ir a la universidad, a comenzar una nueva vida en Cambridge, y Flossie ansiaba casarse. No puede imaginarse a Cristabel sin su teatro, pero ¿qué es un teatro sin actores ni público? Entonces llegó la guerra y todo se detuvo, y nadie supo si iba a volver a empezar alguna vez.

Y es por eso que los jardines son tan útiles, piensa Flossie. No tienes por qué plantearte todas las cuestiones que se ciernen sobre las demás cosas. Solo has de pensar en cavar y echar las semillas en el trozo de tierra que tienes a tus pies.

***

Cuando acabe de trabajar la tierra, Flossie volverá a Chilcombe para dar de comer a las gallinas del señor Brewer, que viven en uno de los edificios más pequeños y que antes era para los jardineros. El viejo escritorio de madera del jardinero jefe ahora está cubierto de aves; hay macetas y paquetes de semillas entre las plumas y los huevos. Ella recogerá estos últimos en una cesta.

Es cuando está ahí, en la parte trasera de la casa, cuando Flossie ve a menudo a Krause y a Mattner. A veces, le duele recordar que son el enemigo, sobre todo porque Krause se muestra muy amistoso. Siempre la saluda con la mano o se quita la gorra. Lo ve a él más que a Mattner. Quizá porque tiene el pelo más claro.

Cuando pasa por los establos, en ocasiones ve trabajar a Krause, su ancha espalda doblada mientras comprueba las herraduras de los caballos. A veces, él se vuelve así encorvado y le sonríe. Pero hay algo nada formal en todo ello, y es que las miradas hay que devolverlas mirando cara a cara, en pie, y él sigue así, sonriendo con la cabeza

vuelta, con la pezuña del caballo en la mano. Ella no puede evitar devolverle la sonrisa.

—Señorita Seagrave —dice, y es como una broma que comparten entre los dos, aunque Flossie no está segura de por qué.

—Krause —contesta ella, por alguna razón es incapaz de decir nada más o de hacer algo aparte de sonreír y alejarse con la vista fija en los huevos de su cesta, como si se hubiesen materializado de repente. Unos elementos muy curiosos, a la vez bellos y ajenos. Cuando los toca, siguen calientes, recién puestos. No recuerda qué se supone que tiene que hacer más allá de pasar los dedos por las finas cáscaras.

Está igualmente aturdida una mañana cuando Krause acude a ayudarla con una pesada carretilla. Apenas consigue mover la cabeza ligeramente de lado a lado en señal de gracias, como si fuese ella la que posee un vocabulario limitado. Qué extraña reacción, esa incapacidad de conversar. Decide que debe de tratarse de alguna forma de ansiedad social, un espectáculo mudo ocasionado por que él es un prisionero enemigo, cosa que dificulta la etiqueta.

Cuando el sargento Bullock sugiere que Krause, con sus conocimientos de la granja, podría trabajar de vez en cuando en el cultivo, Flossie está tan deseosa de indicar que es capaz de lidiar con tan inesperada propuesta que se ve a sí misma insistiendo en ello con un tono altanero que los sorprende a los dos.

El sargento Bullock enseguida replica que sí, que por supuesto, aunque más tarde ese mismo día se muestra más insistente en que escuche su monólogo político de después de la cena. Ella siente que ambas cosas están relacionadas de alguna manera, que son una especie de reajuste, así que se ve incapaz de negarse.

***

Cuando Krause se presenta en el teatro por primera vez, Flossie siente un pánico repentino de haberse equivocado terriblemente. Oye en su mente a Cristabel, rugiendo contra los extranjeros enemigos. Pero Krause, que está escoltado por uno de los soldados británicos, se muestra intrigado por los huesos, y explicarle la historia del teatro de forma que él pueda entenderla dadas las limitaciones del inglés de él y

el alemán de ella resulta una distracción tan entretenida que enseguida deja de lado sus dudas. El soldado se sienta en el porche de la cabaña y los observa sin mucha atención mientras practica trucos de cartas.

Krause se pone a trabajar y arranca hierbas con entusiasmo.

—Siempre creí que trabajar en granja, pero no pensaba que en Inglaterra. —Y se ríe. Flossie también.

—Es curioso cómo son las cosas.

—¿Cómo creías que ser tú?

—Bueno, la verdad es que no esperaba seguir aquí, para ser sincera —responde Flossie—. Creí que haría lo típico, ya sabes. La puesta de largo. ¿Sabes lo que es eso? —El alemán niega con la cabeza—. Nos presentan a miembros de la familia real y otros jóvenes solteros se postulan como pretendientes. Pero yo no llegué a hacer nada de eso debido a la guerra.

—Ah. —Krause no parece haber entendido nada.

Flossie hace como que se pone un anillo de boda en el dedo y vuelve a intentarlo, esta vez hablando un poco más alto:

—Creí que iba a encontrar marido. Uno que fuese buena persona. Y que me iría a vivir a su casa y tendría hijos.

—Ahora tienes verduras —replica Krause.

—Sí. —Flossie contempla su terreno—. No es lo que esperaba, pero me gusta. Supongo que nunca me imaginé que sería la última que quedaría en Chilcombe. En realidad el teatro es de mi hermana. Aunque ya no es un teatro, ¿verdad?

—Jardín —responde Krause, alegre.

***

Después de su primera experiencia con las verduras, Krause va a donde los huesos cada pocos días, seguido por el aburrido joven soldado con su baraja de cartas. Por fortuna, resulta que Flossie y Krause trabajan bien juntos, y establecen un lenguaje compartido de sonrisas y asentimientos sobre palas y cordeles. El que trabajen el uno al lado del otro hace que ella no tenga que mirarlo a la cara a menudo, así que puede mantener bajo control su extraña timidez, aunque es muy consciente de la presencia de su rostro de perfil.

Krause sabe más que ella de cuestiones prácticas, pero es muy considerado en su forma de enseñarle cómo se hacen más que intentar tomar el control. Hasta presta atención educadamente cuando ella le muestra el folleto de *Cavar por la victoria*, por mucho que debe de comprender bien poco. Ella lo lleva en el bolsillo de su abrigo desde que lo publicó el Ministerio de Agricultura al principio de la guerra, ya que contiene una tabla útil de cuándo tienen que plantarse las diferentes semillas y consejos sobre cómo conseguir «saludables vegetales cada semana del año», concluyendo con CAVA BIEN Y SIEMBRA SABIAMENTE. Aunque al principio le resultó muy confuso, con el tiempo ha sido muy valioso.

Hasta consigue reunir el valor para tomar el autobús hasta Dorchester y comprar camisas y petos para ir ataviada adecuadamente en su trabajo. La tendera le dice con aprobación: «Parece una chica de la tierra, señorita Seagrave». Y es cierto. La ropa práctica le sienta mucho mejor que los floridos vestiditos que le compraba su madre. La Flossie del espejo del probador es pecosa y saludable. Las mangas enrolladas. El pelo hacia atrás bajo un pañuelo. Toda una chica de la tierra. Del «ejército de tierra».

Flossie vuelve a mirar su reflejo. Últimamente busca más los espejos, pero no para verse los defectos como antes. Más allá de disfrutar viendo su nueva ropa hay algo más: una seriedad en sus ojos que la hace querer volver a verlos, como si ella y su reflejo estuvieran manteniendo alguna especie de conversación silenciosa.

***

Una tarde, mientras ella y Krause crean un nuevo lecho para las lechugas, oyen el ruido de un avión de combate. Es como un ronroneo ronco, como un gran cortacésped, que viene y va con el viento. Miran arriba y lo ven sobre Ridgeway, con humo que le sale de la cola.

Aunque los aviones de combate ya no son tan habituales en los cielos sobre Dorset como al principio de la guerra, de vez en cuando aparece alguno, y cada vez Flossie se sorprende por lo cerca que están de tierra, volando bajo por el valle como hacía Willoughby, provocando que los grajos huyan de los árboles. Este de ahora, un

Messerschmitt con el motor entrecortado, pasa tan próximo a sus cabezas que Flossie puede distinguir a los dos pilotos. Observa cómo se dirigen al mar y pierden altitud rápidamente. Oye suspirar a Krause y se pregunta si ellos dos serán las últimas personas en verlos vivos.

Una vez, en el verano de 1940, iba caminando por Ceal Head cuando un bombardero alemán rugió sobre su cabeza, perseguido por un Spitfire. Los dos desaparecieron de la vista, y poco después vio regresar al Spitfire. El piloto dio una vuelta de la victoria sobre la bahía, girando grácilmente en el cielo como una nutria haciendo eses en el agua. Fue como si le dedicara su celebración solo a ella, que dio saltitos y lo saludó con la mano. En aquel momento en que todo era tan oscuro y precario aquello fue un momento de alegría pura. Ahora no está segura de que fuese a sentir lo mismo.

—¿Eras piloto? —pregunta. Señala al cielo.

Krause niega con la cabeza, señala abajo y hace un gesto como de ola de mar.

—*U-boot*.

—Un submarino. Vaya. ¿Y te gustaba?

Él se ríe y vuelve a hacer que no, antes de llevarse las manos a la cabeza y agacharse, indicando poco espacio.

—Sí —dice ella—, tú eres alto.

Levanta un brazo por encima de la cabeza de él, como midiendo su altura. Los dos se ríen. Él le coloca una mano por encima de la cabeza y se encoge de hombros para decirle que ella no es muy alta. Vuelven a reírse. Pero, entonces, algo en ese acto de haber señalado a qué altura está la cabeza de él en relación con la de ella los hace sentir vergüenza de repente a los dos, así que vuelven enseguida al trabajo.

Él es alemán. Es el enemigo. La voz de Cristabel en la cabeza de Flossie se lo recuerda a menudo. También recuerda la insistencia de Rosalind en que solo socializara con jóvenes amables de buenas familias. Krause, hijo de un granjero, no sería aceptable. Pero ¿y qué pasaría si no lo fuera?

Cuando se imagina a sí misma y a Krause en otras circunstancias están en una estación de tren en alguna parte, o en un restaurante. Dedica gran cantidad de tiempo a considerar qué aspecto presentaría bajándose de un tren o abriendo la puerta del local y caminando hacia él. En esas escenas imaginarias no aparecen la cara o el cuerpo de él,

solo ella misma vista por él. En esas fantasías él es solo un miembro del público, un admirador.

Pero también hay otras ocasiones en que se le aparece de pronto en su cabeza. A veces, muy temprano por la mañana, antes de haberse despertado del todo, siente que él se encuentra allí, dentro de sus párpados cerrados. Una silueta contra la luz del sol. Su espalda y sus hombros. No recuerda si ha visto algo así en la vida real, pero todo es tan vívido como si así fuese. En realidad más vívido aún, ya que la imagen aparece con el extraño peso de los sueños, como si fuera un momento viviente que se cuela en el intervalo de tiempo que va del sueño a la consciencia.

Agradece que no puedan hablar mucho, y es que cada vez desea hablar menos con nadie. Cuando ella y Krause acaban el trabajo, el soldado británico se lo lleva de nuevo al campamento para sus raciones nocturnas: sopa con pan y margarina. Después de que se hayan ido, Flossie pospone el regreso a la casa a cambio de ir a los límites del jardín, donde se tumba a la sombra bajo los árboles con un libro que no lee pero que usa como defensa ocasional contra el sargento Bullock o Betty.

Boca abajo y con la cabeza apoyada en las manos, contempla el crepúsculo. Desde ese ángulo bajo, la hierba sin cortar es una espesa jungla, la casa apenas visible por entre el verde, como el castillo de la Bella Durmiente. Sin nadie que las pode, las rosas de la entrada se están extendiendo, y los setos se han descontrolado como teniendo mil ideas a la vez, un montón de ramas que se alejan en diferentes direcciones de sus formas preestablecidas. Por ellas pasan los insectos trazando recorridos libres con la última luz.

Aún con la cabeza en las manos, entorna los ojos y mira al sol poniente, las pestañas parpadeando en los bordes de su visión. Su propia piel está muy presente y cercana: la fresca suavidad de sus manos contra la boca, su aliento sobre el doblez de los brazos. Se lleva los labios abiertos a la piel para ver qué se siente. Cierra los ojos. El susurro de la hierba alta. El rápido batir de las alas de un mirlo cuando sale volando de repente.

Diario de Flossie

Julio de 1942

1.º
He trabajado todo el día con las verduras. El Sgto. Bullock llenaba la casa del humo de sus asquerosos puros como una chimenea satánica hasta que Betty lo convenció de que se fuera al pub.

2.º
Mucho calor. He plantado cebollas. El Sr. Churchill ha dicho en la BBC que «seguimos luchando por nuestras vidas». He decidido plantar más cebollas. Al Sgto. Bullock le ha gustado El Hundimiento y desde ahora va a cenar allí. ¡La nación entera lo celebra!

3.º
El Sr. Brewer ha vuelto de Londres con una caja de melocotones en lata. Anoche, ataque aéreo en Weymouth. Pensé en Maudie en su tejado y recé. Betty dice que no me preocupe, que esa tiene más vidas que un gato. En alemán la luz del sol *se dice «Sonnenschein».*

5.º
Estoy enseñando a Krause sobre El mago de Oz. *Le dije que la he visto cinco veces. Nos entretuvimos intentando cantar «Si un cerebro yo tuviera». A él le era un poco difícil al no entender la letra, pero eso le hacía parecer más el Espantapájaros.*

9.º
Bello concierto de Schumann en la radio. Después intenté tocarlo en el piano. La mayoría de mis compositores preferidos son alemanes. Se lo dije

al Sr. Brewer y él levantó una ceja, que es su forma habitual de reprenderme.

11.º

He cogido el gramófono de la habitación de Madre para poner discos de Schumann en la cocina. Re y sol son mis claves favoritas. Una anhelante, la otra segura. Betty dice que a ella todo le suena igual.

12.º

Cary Grant ha vuelto a casarse. Encendí una vela e hice un momento de duelo. Carta de mi querida Myrtle. Dice que en Londres no quedan frutas, solo plátanos de cartón en los escaparates. ¡Increíble! Dice que va a ponerse unos como pendientes.

13.º

El Sgto. Bullock, el Sr. Brewer y Betty se fueron al pub, así que he usado la bañera de Madre. Me llevé el gramófono. Puse un jarrón con rosas en la repisa de la ventana y han captado perfectamente la luz del sol poniente. Se hace extraño tener momentos de belleza durante una guerra. No me gustaba estar sola en casa, pero ahora sí. A veces.

16.º

Rabanitos para el Sr. Churchill. Peca en alemán es «Sommersprosse». Hans sabe decir peca, luz, arcoíris y espantapájaros en inglés. Puede decir «En ningún lugar como en casa» como una Judy Garland teutónica.

17.º

Betty ha sugerido que le vendamos verduras a su primo, que tiene una tienda en Dorchester. Al principio no se nos ocurría cómo llevárselas, pero Hans, muy listo, nos señaló el viejo carruaje que hay al fondo de los establos. El Sr. Brewer sacó un ratón muerto de dentro y dijo: «Quizá puedas ir al baile, Cenicienta».

20.º

¡Postal de Digby! Qué alegría ni que sea recibir unas pocas palabras de él. He llorado. A veces, olvido cuánto lo echo de menos. Sé que es ridículo, pero ojalá conociera a Hans. Se llevarían muy bien.

24.º

Hoy Hans intentó contarme un chiste alemán sobre repollos. Reía tanto que apenas podía hablar. No entendí nada, pero no pude evitar reírme yo también. Reír hace que el día pase más rápido. Las judías rojas han salido maravillosas.

25.º

Betty ha hablado con su primo y va a vender nuestras verduras. ¡Estamos en el negocio! Hans y yo nos hemos pasado el día cargando el carro para el viaje inaugural de entrega. Nuestro soldado carabina viene con nosotros. Va bien tener otro par de manos. Betty dice que cuando Madre y Padre se casaron llegaron a Chilcombe en el carruaje. ¡Qué romántico!

26.º

Conseguimos ir a Dorchester y volver. No fue como esperaba. Me he acostumbrado tanto a Hans que olvidé que otros podían no estar contentos de ver a un alemán. Él se lo ha tomado mucho mejor que yo.

30.º

Tengo que intentar seguir con el diario. Nunca he sabido resumir un día en unas pocas líneas. Muchas veces las palabras son del todo inadecuadas.

Tempo rubato

Agosto de 1942

Han estado trabajando todo el día fuera. Hace calor. El cielo es de un azul implacable. Cuando el sol empieza a ponerse por fin, vuelven por el bosque empujando una carretilla llena de rabanitos y judías rojas, seguidos por el soldado. El camino está ajado y polvoriento. Aunque aún le quedan unas semanas al verano, el campo ya se está secando. Los que rodean Chilcombe están pálidos como la paja, los matorrales llenos de vainas que parecen de papel y las hierbas ligeras como plumas. Todo empieza a deshacerse por las puntas.

Al llegar al jardín, Flossie se permite recordar que la casa está vacía. El señor y la señora Brewer han ido al cine a ver *Perdido un avión*, y él ha invitado al sargento Bullock, que contestó que agradecía una noche de entretenimiento.

Durante la conversación, Flossie y el señor Brewer intercambiaron una mirada. Él la miró un momento. Fue una mirada destacable por su perfecta inexpresividad. No decía nada de nada. Flossie se da cuenta de que no decir nada tiene un cierto poder. Se está familiarizando con los silencios, aprendiendo que hay muchas clases diferentes.

***

Flossie y Hans dan la vuelta a la casa y llevan la carretilla hasta las pequeñas construcciones de la parte trasera, donde salen ortigas por entre los resquicios de los adoquines. Juntos, cargan sin palabras las verduras en las cajas de madera que esperan en el carruaje. Mañana Flossie y el señor Brewer llevarán a este y su cargamento hasta

Dorchester.

Después Hans va a los establos a ver cómo están los caballos, y Flossie va a la cocina a lavarse las manos en la pila grande como un abrevadero y llena de sartenes sin fregar. El soldado asoma la cabeza por la puerta y dice que se va a escapar un momento al pueblo a tomarse una cerveza. Últimamente lo hace cada día, y ella esperaba que hoy también.

—Ha sido un día muy caluroso; necesitará un trago —dice con una voz que parece demasiado alta para la cocina. Mira en el antiguo espejo colgado de la pared. El cristal es opaco y tiene manchas de grasa, pero aun así se contempla en sus profundidades: alegre, la piel morena, el pelo hacia atrás bajo un pañuelo amarillo.

Abre el grifo, llena dos tazas de metal con agua fría y vuelve a salir por la puerta trasera. Cuando Hans abandona el establo se las muestra y le hace un gesto con la mano que dice: entra. Él frunce el ceño ligeramente, se limpia las manos en los pantalones y la sigue hasta la cocina. Flossie le da una de las tazas y le dice:

—La casa está vacía. Todos se han ido.

Observa cómo él mira a su alrededor. Nunca había estado allí dentro; es un túnel cavernoso lleno de hornos negros y decorado con una bandera británica ajada que Betty ha colgado en una pared junto con fotos patrióticas de los periódicos. Sobre los adoquines hay una pila de toallitas para el té sucias que esperan a ser lavadas, junto a las plumas de un pollo. La gran mesa está cubierta de revistas, libros, latas de tabaco, discos del gramófono y una vieja cubitera llena de cebollas. Los moldes de cobre para la gelatina, que antes estaban en las repisas superiores, ahora cuelgan de la pila llenos de tierra y semillas.

Flossie deja las tazas en la mesa y le indica con gestos que se siente. Encuentra pan y pasta de gambas, y prepara unos gruesos sándwiches de aspecto poco profesional, que se comen en agradable silencio. Ve que él mira el reloj. No desea buscarle problemas, pero quiere mostrarle la casa, así que, una vez han acabado de comer, le indica que la siga por el pasillo y suba las estrechas escaleras que dan al Salón de Roble. Él lo hace.

Al entrar, Hans contempla la chimenea, los paneles de madera y, alzando la vista, la lona que cubre el agujero donde estaba la cúpula. Tiene el ceño fruncido pero no parece abrumado por el lujo. La mira y

ella se da cuenta de que su preocupación no es si debería permitírsele entrar en la casa, sino si Flossie no estará haciendo algo que después puedan recriminarle.

—Pensé que te gustaría echar un vistazo —le dice.

Hans va hasta el piano de cola y pasa una mano por él de una forma que a ella le resulta muy familiar; entonces se da cuenta de que lo que está acariciando es otro piano en algún lugar de Alemania. Él lo señala y le pregunta:

—¿Tú?

Ella asiente.

Él vuelve a señalarlo y ella ríe. Él vuelve a hacerlo y ella ríe más aún. Después retira el banquillo, se sienta y dice:

—Bueno, ¿por qué no?

Por un instante Hans pone una expresión tímida.

—Yo escucho —afirma.

—¿Perdón?

Él hace gestos como si tocara el piano y señala la parte trasera del edificio.

—En los establos. Te oigo tocar. Es bueno. —Hace un cuenco con una mano y se la lleva detrás de la oreja; asiente, animándola. En el gran salón se muestran formales como nunca antes.

Ella abre la tapa del teclado. Una o dos o diez veces se ha imaginado a sí misma tocando frente a él. Le resulta extraño verse hacerlo en la realidad. El reloj de pared marca los segundos como si fuese un metrónomo.

Para Flossie, tocar el piano implica un cierto olvido forzado. Es diferente a actuar. Cuando actuaba en las obras teatrales de sus hermanos repasaba constantemente sus intervenciones; de no hacerlo sentía que las olvidaría para siempre. Es la misma ansiedad que percibe cuando tiene entre manos un pastel de cumpleaños con velitas encendidas que se van derritiendo: hay una ventana de actuación para que las cosas salgan bien y se está cerrando rápidamente.

Pero, mientras que la interpretación teatral requería arrastrar todas las partes hasta su mente y mantenerlas allí por la fuerza, para la música necesita estar en blanco. Cuando va a tocar una pieza, cierra los ojos y espera hasta no sentir nada. Un vacío puro. Entonces puede empezar.

Si no tiene nada en la mente, ¿cómo sabe por dónde empezar? (Lo sabe y ya está). ¿Cómo se mueven sus manos sin recibir instrucciones? (Lo hacen y ya está). Cuando toca no mira la partitura; pero reproducir lo que esta transcribe no es un acto de la memoria sino otra cosa. De hecho, si se ve a sí misma intentando recordar conscientemente lo escrito, siempre se equivoca de nota. En vez de eso, marca el ritmo suavemente con un pie y ladea la cabeza como si esperara oír algo a lo lejos.

Cierra los ojos. Algo entre sus costillas late y se agita en un tono agudo. Lo calma con su respiración y espera a que le llegue.

***

El piano ha sido amigo de Flossie toda su vida. Un lugar donde sentarse cuando estaba demasiado inquieta como para hacerlo en otro lugar. De niña y de jovencita se la veía a menudo sobre la banqueta, tocando para sí misma.

Unas semanas antes de morir, Rosalind, con un vestido blanco que se le pegaba como crema derramada, había encontrado allí a Flossie.

—Tocar el piano en una sala vacía es trágico, querida. ¿Por qué no vienes a la sala de estar? Esta noche ha venido bastante gente. Myrtle va a recitar unos poemas sobre el fin de la civilización.

Era febrero. Una fuerte lluvia azotaba las ventanas.

—Aquí estoy bien —contestó, y pulsó una única tecla. Siempre cometía errores cuando estaba su madre.

—Estás tocando muy bajo.

—En realidad no estoy tocando nada.

—Recuerdo que mi madre me decía que siempre tenía que estar «lista como para un concierto». —Rosalind puso recta una de las fotos de encima del piano—. Yo ni siquiera tocaba ningún instrumento.

—Estoy bien —insistió Flossie.

—Si tú lo dices... —La voz de su madre sonaba curiosamente insustancial. El ruido de la lluvia fuera pareció volverse más claro, más consistente, más completo. Rosalind pertenecía al murmullo de salas exclusivas con lámparas situadas muy estudiadamente y cortinas cerradas contra el tiempo, en las que las mujeres se posicionaban con

cuidado y los hombres las miraban. Un circuito cerrado.

Por un momento, Flossie pensó en ofrecerse a tocar algo para los invitados de su madre. Ya había pasado tiempo suficiente desde la última vez en que lo había sugerido como para que a Rosalind le pareciera una idea nueva y, por tanto, curiosa como para incluirla en la velada. Las palabras le llegaron hasta la boca pero no fueron más allá. Dio unos ligeros toquecitos a las teclas de marfil con sus uñas.

Rosalind la miró como si su hija acabase de decir algo. Por un segundo se contemplaron la una a la otra desde sus respectivos silencios, hasta que la madre se puso a mirar su propio reflejo en la superficie del piano y por fin se marchó sin decir nada, dejando a Flossie con el instrumento y la lluvia.

***

Cuando llega al final de la pieza, Flossie toca el último acorde y levanta las manos. La música queda colgada en el aire, dejando un silencio que resuena ligeramente con la melodía que ha pasado por él. Cuando mira a Hans le brillan los ojos.

—Bach —dice él, con voz temblorosa.

Flossie piensa que las composiciones que adora pueden contener otros lugares y tiempos para él. Cuando ella piensa en Alemania se imagina hileras de soldados desfilando al paso de la oca en una pantalla de cine, y al fondo lo que debe de ser la granja de la familia Krause, donde su padre tiene a los caballos. Le viene la imagen de un hombre mayor, con los mismos anchos hombros que Hans, cargando paja.

—No quería ponerte triste —dice Flossie, pidiendo perdón con la sonrisa.

Él hace como que toca el piano.

—Mi abuela. —Se lleva una mano al corazón y da una palmadita como para calmarlo.

Flossie cierra el piano. Se siente atrapada entre impulsos opuestos. El más fuerte le dice que sea una buena anfitriona, que lleve a su invitado a la sala de estar y le ofrezca una copa. Pero eso es lo que se supone que debería hacer, y los dos ya se han salido bastante de esa

pista como para desear volver a ella.

No lo ve como un invitado al que agradar o impresionar. Tampoco lo ve como a un prisionero al que haya que controlar o temer o gritarle en la calle. Lo ve como alguien que sin ninguna culpa se ha visto en Chilcombe e intenta sacar el máximo provecho a la situación, igual que ella. Ve a Hans Krause, que la ayuda con las verduras, que es amable con los caballos, que canta como el Espantapájaros, que la hace reír.

—Vamos fuera —dice, y se dirige a la puerta principal, lamentando tener que ser siempre ella quien marque el camino. Está pensando en eso cuando se detiene en el quicio para darle tiempo a alcanzarla, y después camina deliberadamente a su lado, igualando su velocidad por el jardín. La tarde se ha convertido en ocaso, marrón y lleno de canciones de pájaros, y van por el bosque veteado siguiendo la ruta de siempre.

Siguen el uno junto al otro por el estrecho camino, y de vez en cuando sus brazos chocan, al principio accidentalmente, después a propósito, en broma; después a propósito, con afecto; después a propósito, en silencio, hasta que lo único que les falta es que las manos que se han ido rozando se busquen y se unan. Siguen así por el camino, mirando hacia delante, como si no notaran el extraño comportamiento de sus manos, aunque ellas no tienen tantos complejos y se aprietan y entrelazan los dedos con la familiaridad de viejos conocidos.

Así unidos le resulta fácil a Flossie arrastrar a Hans hasta el mar, pasados los huesos y las verduras. No tiene ninguna razón para hacerlo ir allí, pero siente placer en tirar de su mano, en llevarlo a alguna parte. La playa está vacía y del agua emerge una brisa fresca. En contraste con la tierra de color amarillo pajizo, golpeada por el sol, el mar es de un azul profundo y vívido. Desde todas las partes de la bahía les llega el murmullo y burbujeo de las olas que alcanzan las piedrecillas y regresan al océano.

En la parte de arriba de la playa han colocado alambre de espinas, tras una hilera de barcas de pesca boca abajo. En Ceal Head hay un nuevo fortín de ladrillo, un puesto de vigilancia ocupado normalmente por un miliciano. Los dos miran en esa dirección, y entonces Flossie se da un golpecito en el brazo para recordar a Hans las letras gastadas

que lleva en la manga: «PG». Él las cubre con una mano y, con una curiosa caballerosidad, se da la vuelta para sacarse la camisa por la cabeza. Ella se sorprende durante un segundo, hasta que él asiente en dirección al mar. Entonces Flossie comprende: son una pareja del pueblo que han ido a la playa a darse un baño nocturno.

El pecho de Hans es de un blanco fantasmal en comparación con su rostro y antebrazos morenos. Con una sonrisa traviesa él se quita rápidamente el resto de su ropa —las botas polvorientas, el pantalón de trabajo, la ropa interior grisácea— y corre desnudo sobre las piedrecillas, hasta el mar. Flossie está demasiado sorprendida como para enfadarse. El grito espontáneo de alegría que suelta al chocar con el agua hace que ella se ría ruidosamente, y entonces se cubre la boca con las manos y mira alrededor. La playa sigue vacía.

Hans chapotea feliz como un perro y después se aleja de la orilla, antes de volverse a mirar a Flossie desde el agua. Es como si el cambio de elemento lo hubiese liberado: su cara abierta, siempre dispuesta a sonreír, tiene una expresión nueva. Ya no está confinado a la tierra, ya no está en tierra inglesa. La llama con gestos.

Una vez más, las manos de ella parecen tener una cierta independencia. Sigue mirando a Hans en el agua, asombrada por su temeridad, pero sus dedos han empezado a desabotonarle la blusa de arriba abajo. Broches y cremalleras también se abren del mismo modo. Si no se mira a sí misma, le es fácil quitarse cada prenda, pieza por pieza, y dejarlas caer sobre las piedrecillas.

Se deja puesta la ropa interior y va con cuidado hasta la orilla. Nunca ha nadado desnuda, ni siquiera de niña. Digby y Cristabel siempre lo hacían, pero ella era más recatada (aunque, piensa, mientras se adentra en el mar, que es improbable que Digby o Cristabel hayan nadado nunca con un prisionero de guerra alemán desnudo).

El agua está más fría de lo que esperaba. Se ve a sí misma de puntillas, sin aliento, pero se fuerza a sumergirse. Nada con brío hasta donde se encuentra Hans y exclama «¡No recuerdo la última vez que nadé en el mar!», como si estuvieran en una excursión. Él le señala la cabeza para hacerle notar que sigue llevando el pañuelo. Flossie intenta quitárselo sin éxito, ligeramente acurrucada en el agua para mantenerse bajo la superficie, hasta que él se inclina a su misma altura

y le rodea el cuello con las manos para desatarlo suavemente.

Una vez más, a Hans le resulta más fácil, dado que ya la rodea con sus brazos, posar las manos en la base del cuello de ella y acariciarle la piel con un pulgar. Y, dado que ahora tienen las caras tan cerca, parece lo más natural aproximarla aún un poco más, como si esquivara algo que le fuese a pasar por detrás, y apretar los labios contra los de Flossie.

Se quedan en esa postura, sus cuerpos cuidadosamente separados, mientras el mar se mueve alrededor de ellos, pero también el beso tiene su inercia, y los impulsa a acercar los pies unos centímetros hasta que sus pieles se encuentran bajo y sobre el agua. Flossie se aprieta contra él, primero para ocultarle su figura y más tarde porque quiere.

Un momento después Hans le da el pañuelo.

—Podría habérmelo dejado en la cabeza —dice ella, y su voz le parece superflua. La conversación, el lenguaje, el inglés, le parecen innecesarios. Ahora tiene otra forma de comunicarse, un lenguaje sin lenguaje con el que desea decirle muchas cosas. Le toca el pecho, el cuello, la cara; le pasa los dedos por la boca.

Nadan más lejos y asoman la cabeza como focas, mirando hacia la costa. La playa parece muy lejana, de la misma forma que sus cuerpos parecen lejanos al verlos debajo del agua. Qué fácil les resulta separarse de la tierra, de sus propias formas. Inglaterra es una poco atractiva capa de beis y verde, nada por lo que luchar. Se mueven juntos y él sostiene el rostro de Flossie en sus manos mientras se besan. La generosa libertad del mar. La libertad que los eleva.

Pero el sol se pone y tienen que regresar. Ella lo ve en el gesto de las mandíbulas de Hans. Lo siente en la opresión de su propio pecho. Le sonríe y hace como si se señalara un reloj imaginario en la muñeca. Cuando están de nuevo en la orilla, él la ayuda a salir del agua y da un paso atrás para mirarla contra el mar. Hace como que sostiene una cámara imaginaria. Ella no cruza los brazos sobre los pechos, como le dice una voz en su interior, sino que se pone en jarras y levanta la barbilla. Ahí tienes, piensa. Para ti.

—*Schöne* —dice él.

El momento se desvanece y se abren paso sobre las piedrecillas, se ponen la ropa apresuradamente sobre los cuerpos mojados y calzan los

pies húmedos en zapatos incómodos. Regresan por el bosque, cogidos con solemnidad de la mano, como si fuesen una pareja que va a una estación de tren a despedirse. En el límite del jardín él le alisa un mechón rebelde del pelo, y nunca nadie la ha tocado de forma tan cariñosa. Se sueltan las manos y Flossie va por el césped hasta la casa y Hans toma el camino que lleva a los campos.

El sol y la luna

Septiembre de 1942

Por alguna razón, nunca es una sorpresa mirar arriba y ver al coronel Peregrine Drake. Tiene la rara habilidad de materializarse de la forma más esperada. Cristabel, tras resbalar en una escalera sin iluminación y romperse una muñeca, vaga por los jardines del priorato de Bentley, un día soleado a principios de septiembre, rastrillando hojas sin éxito con la mano izquierda, y al alzar la vista lo ve acercarse.

—Buenas tardes, teniente Seagrave —dice—. No te imaginaba de jardinera.

—No lo soy. Es solo hasta que esto mejore. —Le muestra la escayola.

—¿Cuándo van a dejarte volver al trabajo?

—Ha sido una fractura limpia.

—Por supuesto.

—Estará curada dentro de cuatro aburridísimas semanas.

—¿Te apetece un viaje hasta Chilcombe?

—Tendría que pedir permiso.

—Ya he hablado con tu superior. Estuvo de acuerdo en que es mejor que una Cristabel Seagrave, herida y enfadada, pase unos días en el campo y no dando vueltas por aquí. Leon nos espera en la entrada con el coche. Ve a coger tus cosas.

***

Es un coche militar, un Humber verde caqui, con una larga capota y grandes guardabarros. El motor está en marcha; suena eficiente. Al

acercarse, Cristabel ve a un Leon uniformado que fuma en el asiento del conductor, con Perry en el del acompañante, revisando documentos de una carpeta. Cristabel abre una de las puertas traseras, lanza el petate al asiento y entra.

—Vámonos —ordena Perry, cerrando la carpeta, y el vehículo acelera, dejando una espiral de hojas en el camino.

Cristabel mira por la ventanilla mientras pasan por los pueblos cercanos. Es el mundo civil, preocupado y desconocedor; ellos ya no viven en él, un lugar de cartillas de racionamiento y chimeneas de loza y rifas para el fondo local de los Spitfires.

Ve que Leon la observa por el retrovisor. Le devuelve la mirada sin disimulo, alzando las cejas, antes de volver a concentrarse en la ventanilla. Cuando mira de nuevo, un momento más tarde, él parece tener la vista en la carretera, pero entonces dirige la mirada al espejo para que ella sepa que él sabe que lo ha mirado. Su media sonrisa la enerva. Es consciente de la extraña desigualdad de ser una mujer transportada en el asiento trasero de un coche con dos hombres delante. Quiere cruzarse de brazos, pero la escayola lo dificulta.

—Digby está en Chilcombe —anuncia Perry, dándose la vuelta.

—¿Qué? ¿Ha vuelto de África?

—Y de una pieza.

Cristabel suelta un resoplido.

—Gracias a Dios.

Perry vuelve a mirar adelante y añade:

—La verdad es que el teniente Seagrave lleva un tiempo en Inglaterra, pero lo hemos tenido muy ocupado. Instrucción adicional. Mañana me lo llevaré, pero he pensado que querrías verlo.

—Gracias. ¿Qué clase de instrucción?

—Adicional. —Perry sonríe con la voz.

Cruzan Middlesex y Hampshire hasta descender por los tortuosos caminos de Dorset. Cristabel sabe que Leon la mira ocasionalmente, pero ya no le importa tanto. Van al sur, dejando atrás cabañas con techos de paja, oficinas de correos, campamentos del ejército. Tres años de guerra han hecho que el país parezca cansado; la pintura se descascara en los pubs, viejos pósteres del Ministerio de la Guerra aletean en los postes de telégrafos. Casi no hay más vehículos en las carreteras, apenas algún autobús o camión militar y, en un par de

ocasiones, un carro lleno de paja tirado por un caballo.

***

Cuando aparecen sobre Ridgeway es casi el crepúsculo. Hay ovejas dispersas pastando en los túmulos y por arriba vuelan las gaviotas llamándose unas a otras. Los campos ondulantes forman un suave edredón y el mar en la distancia es brillante y difuso, parece evaporarse hacia el cielo con tiras de color rosa sorbete, ámbar y azules.

Entran en el valle, cruzan el pueblo y siguen el sinuoso camino hasta Chilcombe, donde el señor Brewer, con gabán y bombín, los espera fuera de la casa. Leon apaga el motor y sale del coche para abrirle la puerta a Perry mientras saluda al señor Brewer con la cabeza.

Perry recoge sus documentos y dice:

—Qué raro se hace llegar a Chilcombe y que no haya ni un señor ni una señora Seagrave para recibirnos.

—Aquí estoy. —Cristabel sale por sí misma antes de que Leon pueda abrirle la puerta.

—Coronel Drake —saluda el señor Brewer.

—Un placer, como siempre, Bill —replica él.

En ese momento Flossie aparece en la puerta, llevando leña y con pantalones de tela de jardinero embutidos en unas viejas botas de montar.

—¿Es Crista? —se pregunta en voz alta—. ¡Lo es, lo es! —Suelta la leña y Cristabel recibe un tirón que la precipita a los brazos de su hermana adoptiva—. Sé que no te gustan las escenas cariñosas, pero no puedo evitarlo y vas a tener que aguantarte. Qué delgada estás, Crista. ¿Comes bien? ¿Está bien el brazo? Bueno, dejo de apretujarte. Pasa, pasa. La chimenea de la cocina está encendida. Hola, Perry. Hola, Leon. Estáis muy elegantes con vuestros uniformes.

Todos entran en Chilcombe, y Cristabel ve que es lo contrario a como estaba. Antes de la guerra, los elementos más prácticos de la casa estaban abajo, fuera de la vista, mientras que las habitaciones de arriba transmitían imágenes de opulento ocio. Ahora las habitaciones

principales se han convertido en espacios para almacenamiento llenos de muebles sin usar y sacos de patatas, mientras que el corazón de la casa ha descendido hasta la cocina de los sirvientes.

Betty está allí para recibirlos, con un delantal de flores y peleando con la tetera, mientras el señor Brewer, fuera, aleja a una gallina e indica con un gesto a los invitados que se sienten a la mesa llena de trastos. Se oye cómo una silla rasca en el suelo cuando el sargento Bullock intenta ponerse en pie con una copa de vino de chirivía en una mano, casi vertiéndolo. Hans espera en la puerta del fondo con un cubo lleno de manzanas, y todos son observados con arrogancia por un gato atigrado subido en el fregadero. Flossie enciende una vela embutida en una botella de brandi, que con su luz palpitante ilumina la cocina subterránea y a los habitantes presentes de Chilcombe, una banda improvisada y oculta en una de las peligrosas fronteras de Inglaterra.

—¿Dónde está Digby? —pregunta Cristabel.

—Ha salido a pasear por Ridgeway —responde Flossie—. Le va a encantar veros. No sabíamos que ibais a venir.

Perry ocupa la silla más cercana a los fogones, mientras el sargento Bullock, que ha conseguido colocarse en posición vertical, le dedica un saludo militar.

—Siéntese, hombre —le ordena Perry—. No hace falta tanto protocolo.

—Es un honor, coronel Drake —replica el sargento Bullock, y vuelve a sentarse.

Leon ha encontrado una pared contra la que apoyarse. Se dan la mano con el señor Brewer y se ofrecen cigarrillos el uno al otro. Al observarlos, Cristabel comprueba que, a pesar de sus diferencias, son de una misma clase: mandos intermedios, gente práctica. Ambos acabaron en las fuerzas armadas, que se encargaron de pulir y legitimar sus habilidades. El señor Brewer fue ordenanza de Perry en la Gran Guerra, y Leon ahora hace más o menos lo propio.

Intenta imaginarse las confidencias que se intercambian, la naturaleza de su trabajo. Leon, con el cigarrillo colgando descuidadamente de la boca, siente que ella lo contempla y hace lo mismo. Ella tira de la manga de su chaqueta de la WAAF para alisarla y se queda detrás de la silla de Perry con las manos a la espalda.

—Tú debes de ser uno de los prisioneros —dice Perry cuando Hans va a darse la vuelta para irse. Típico de él: encontrar a la persona que intenta salir y fijarla donde está como un alfiler en una mariposa. Pasa sin esfuerzo al alemán para añadir—: Me dicen que te has vuelto indispensable.

El hombre se echa atrás y responde:

—Gracias, señor. Solo intento devolver la amabilidad con la que me han tratado.

—Ahora va a regresar al campamento —interviene el sargento Bullock.

—Krause es inofensivo —añade el señor Brewer.

Perry señala la silla a su lado.

—¿Por qué no se sienta, Krause?

—Si el alemán se queda, no voy a tener bastante comida —puntualiza Betty.

—Leon, ve un momento al coche. Hay una caja con provisiones para la señora Brewer. Podemos tomar el té en la cocina. Será original.

—Ahora lo tomamos siempre aquí —replica Flossie—. No me imagino comer en ningún otro sitio. Es como si el comedor estuviese a muchos kilómetros.

—Para cuando llegábamos, la comida siempre estaba medio fría —recuerda Betty.

Todos se mueven jovialmente, se organizan, ocupan sus lugares y el té es servido. Hans se sienta al lado de Perry y el gato salta a su regazo; lo acaricia mientras el militar le pregunta con buenas maneras si tiene noticias de su familia en Alemania, mientras Betty ofrece a voz en grito su opinión sobre ese horrible hombre, Adolf Hitler. Después admiran y comparten los comestibles que ha traído Perry, *plum cake* de fruta y barritas de chocolate, seguido por Betty, que insiste en que Perry se lleve a cambio una cesta de huevos recién puestos, y él la tiene en el regazo hasta que Leon se la quita de las manos.

Entre la conversación general y el consumo del *plum cake*, Cristabel oye que el alemán le dice a su hermana: «El gato está durmiendo de nuevo, Flossie»; ve cómo ella sonríe y se extraña ante esa familiaridad con un miembro de las fuerzas enemigas.

—¿De dónde ha salido el gato? —pregunta.

—Apareció en los establos —contesta Flossie—. Hans le da restos

de sus raciones. Vamos a llamarlo Toto.

—La señorita Flossie siempre ha tenido mucho corazón —comenta Betty, poniéndole un tapete de punto a la tetera—. Recuerda la forma en que cuidaba de ese horrible elefante, como si estuviera vivo.

Flossie se ríe.

—Es cierto. Le metía comida en la boca, se pudría y tenía que volver a sacársela.

Leon, con su voz oscura, añade:

—Cuando hacíamos las obras, yo tenía que arrastrarlo horas y horas. Hacía de caballo y de camello y de barco y de dragón.

—A veces Digby lo montaba —dice Flossie.

—A veces Cristabel se subía en él para dar órdenes. —Perry la mira.

—Voy a ir a la colina, a ver si encuentro a Digs —señala ella.

—Te acompaño —se ofrece Flossie.

***

Flossie y Cristabel salen juntas de la propiedad, rodean las afueras del pueblo y se dirigen al camino escarpado que conduce a Ridgeway. Flossie va delante con sus botas. «Cuidado con ese escalón, tiene una tabla suelta», dice en un momento, más cómoda en el campo de lo que Cristabel lo ha estado nunca.

El camino asciende en zigzag por entre tojo y zarzales. Al mirar atrás ven que el sol poniente está guardando su obra, recogiendo con cariño los surcos de los campos de abajo, marcas dejadas por quienes trabajaron la tierra del valle mil años atrás. El propio camino es antiquísimo, como una línea de tiza en la tierra.

Suben tan alto que contemplan desde arriba cómo un grupo de grajos persiguen a un cernícalo sobre el valle, toda una batalla aérea entre aves.

En la cima hay un túmulo prehistórico, un montículo artificial de tres metros de alto con forma como de un bol boca abajo, sobre el que se encuentra tumbado Digby, boca arriba, tan inmóvil y tranquilo que debe de haberse quedado dormido.

Cristabel trepa hacia él, y acaba junto a su persona mientras él

descansa con los ojos cerrados. Flossie se ha quedado un poco atrás: allí está su hermano, su hermano el soñador. Ahora es más fuerte, más compacto, con su pelo negro y corto al estilo militar. Lleva sus botas del ejército y ropa vieja de Willoughby: pantalones anchos de franela y una camisa blanca suelta, arremangada, que muestra unos brazos morenos. Se cubre el rostro con una mano, como hacía de niño al dormir. A su lado hay una pequeña pila de colillas de cigarrillos. La luz del sol poniente parece esculpirlo en bronce.

—Digs —susurra Cristabel.

Él se agita y abre los ojos, y no se produce un momento de sorpresa, solo una mirada de fiel reconocimiento, como si siempre hubiera sabido que ella estaría allí cuando se despertara. Se levanta apoyándose en los codos y se abrazan como marineros, con un movimiento lateral, dándose una palmada en la espalda, que Digby percibe más como golpes de escayola. Ella siente cómo su hermano hunde un momento la cara en sus hombros y exhala un ahogado «Crista». Entonces Flossie está allí rodeándolos a los dos con los brazos, apretando con toda su fuerza, hasta que por fin se apartan y se miran entre ellos, y de repente la cara de Digby ha cambiado y presenta una expresión esquiva, un entornar los ojos cansado.

—Oh, hermanas —dice—. Crista, ¿estás herida? ¿Qué le pasa a tu brazo?

—No es nada. Resbalé y me caí.

—Estás fantástica en uniforme. Te sienta perfecto.

—¿A que Digby está moreno? —interviene Flossie—. Betty dice que parece árabe.

—Muy moreno —asiente Cristabel—. Y cansado. Vaya ojeras que tienes, Digs. ¿Duermes bien?

—En el desierto es difícil dormir. —Él sonríe—. He pensado tantas veces en volver que, ahora que estoy aquí, no parece real. Tumbémonos un momento. Es divino observar cómo las gaviotas vuelan por encima de nosotros.

Los tres lo hacen, uno junto al otro, y miran al cielo.

—¿Recordáis cuando los tres tuvimos el sarampión? —pregunta Digby.

—Estaba pensando en eso —responde Flossie—. Nos dejaron compartir una de las camas grandes.

—A mí me gustó —replica él, y coge una mano de cada una.

—Tres lirones moteados acurrucados unos contra otros —dice Flossie.

—A mí me dolían demasiado los ojos, así que Crista nos leía la *Ilíada* —continúa Digby—. Y Floss cantaba sus canciones de Navidad preferidas.

—*Que Dios os dé descanso, alegres caballeros, que nada os produzca pesaaaaaar* —canta Flossie con su dulce contralto.

Se quedan en un confortable silencio. De vez en cuando, Cristabel contempla a Digby. Es maravilloso verlo. De verdad. Después de tantos meses.

—Qué pacífico es esto —dice él—. Hacía mucho que no estaba en un lugar pacífico. Cuando vine aquí vi que salía humo del pueblo y di por supuesto que era algo que se incendiaba, un aeroplano o un tanque. No era más que una hoguera.

—¿Qué tal por allá, Digs? —le pregunta Cristabel.

—Mucho calor. —Saca un paquete de cigarrillos del bolsillo de la camisa—. Mucha arena. Muy bonito. Todo parecía brillar y moverse. A veces, entendía por qué a padre le gustaba tanto, aunque otras también era un infierno.

—¿Un infierno? —repite Flossie.

—A mis hombres los quemaron vivos en sus tanques. Los oí. No pude hacer nada.

—Por Dios, es horrible.

—No pretendía ser tétrico, Floss, es la verdad. Ojalá no lo fuese.

—Según la BBC, en el norte de África están ganando los aliados —dice Cristabel.

—Es difícil saberlo cuando estás allí —replica Digby mientras se enciende un cigarrillo. Su voz es ligera, extrañamente despreocupada.

Cristabel lo mira.

—Perry dice que estás haciendo instrucción extra. ¿Es que va a conseguirte algún puesto especial?

—Madre siempre quiso que Perry me buscara una «posición especial». Aunque creo que, con «especial», quería decir «a salvo».

—¿Qué clase de posición especial? —pregunta Flossie.

—No te preocupes por eso —responde él, y da un golpecito al paquete de cigarrillos con el mechero—. ¿De dónde has sacado esas

botas tan elegantes, Flossie?

—Las encontré en los establos. Creo que eran de mi padre. Les he puesto papel de diario por dentro, en las puntas. Me quedan bien, ¿verdad? —Flossie une las suelas, haciéndolas sonar.

—¿Tu amigo alemán te ha enseñado a hacer eso? —pregunta Cristabel.

Flossie se pone colorada.

—No seas así, Crista. No es uno de esos.

—Conmigo Krause ha estado encantador. Si a Floss le cae bien, a mí también —dice Digby, y tras un instante añade—: Quiero oír cómo suenan las campanas de la iglesia, pero ya no lo hacen, ¿verdad?

—Hace años que no —contesta Flossie—. ¿Tanto hace que no estás por aquí? Solo van a sonar si nos invaden o si acaba la guerra, aunque no sé cómo sabremos cuál de las dos cosas es.

—¿Le hicisteis un funeral a madre en la iglesia? —pregunta Digby —. Sé que me lo contasteis en una carta, pero no lo recuerdo.

Cristabel asiente.

—Flossie y yo fuimos. Perry también. Te mandé una copia del servicio.

—¿Padre fue?

—Se quedó en Irlanda.

—¿Alguien sabe qué hace allí?

—En Irlanda aún hay carreras de caballos —contesta Cristabel.

—Y whisky —añade Flossie.

—Ayer fui a la habitación de mamá —dice Digby—. Casi esperaba verla aparecer con una copa en una mano y decirme algo como: «Hay tanta gente condenada a enamorarse de ti, querido». —Cambia el tono y la pronunciación para imitar perfectamente a su madre, agudo y susurrante.

—A mí nunca me dijo nada así. —Flossie ríe de forma poco convincente.

—Oh, Flossie. —Digby posa la cabeza en el hombro de ella—. Decía muchas tonterías.

Cristabel se incorpora apoyándose en el brazo bueno y se sienta mirando al valle. La confunde el que Digby parezca haber olvidado los detalles del funeral de su propia madre, cuando se los había detallado tanto por carta. Le recuerda a la extraña reacción que también tuvo al

saber de la muerte de Rosalind, cómo pareció no comprenderlo del todo. También la irrita el que aún pueda alterar a Flossie hasta después de muerta. Quiere decir algo al respecto, pero es consciente de que sus anteriores intentos de compartir la sabiduría de hermana mayor a menudo acababan pareciendo instrucciones estrictas más que consejos amables, y le parece importante hacer de guía de los dos en ese infrecuente reencuentro.

—No deberías preocuparte por eso, Floss —empieza a decir, con mucho cuidado.

—¿Preocuparme de qué?

—De lo que otros digan de ti. Es un impedimento. Es como ir por la vida con un paraguas abierto.

—¿Un paraguas?

—No necesitas un paraguas.

—No acostumbro a ser así. Supongo que es solo cuando pienso en madre.

—Ahora tú eres la señora de la casa, Floss —dice Digby.

—La casa es un desastre, pero mis verduras van genial. Tengo que mostrároslo.

—Desde luego —asiente él.

—Pero solo si me cuentas lo de tu posición especial. —Y le da una patadita en el pie.

Digby se ríe.

—Se supone que no tengo que contárselo a nadie. Hablar de más hunde barcos y todo eso.

—No hace falta que nos lo digas —afirma Cristabel.

—Le pedí a Perry que me tuviera en cuenta si salía algo interesante —continúa Digby—. Estaba harto de los tanques. Se puso en contacto conmigo en julio. Dijo que un amigo le había pedido personal. Me mandó a un lugar en la avenida Northumberland. Dentro había montones de bolsas de arena, gente que deambulaba a toda prisa. Tuve una entrevista con dos hombres. Uno me preguntó si le tenía miedo a la muerte. Le contesté que ya no pensaba mucho en eso. Según él, eso me hacía muy apropiado para el puesto.

—¿Qué puesto? —pregunta Flossie.

—Los detalles son vagos, pero parece que así es como van estas cosas. En cierta forma es liberador. Lo del no saberlo. Me hicieron una

cosa fascinante con un trozo de papel. Esperad, que os lo muestro. —Apaga el cigarrillo y rebusca en el bolsillo del pantalón hasta encontrar una hoja doblada. Al desplegarla deja al descubierto una mancha de tinta simétrica, producto de doblar el papel por la mitad y apretar—. Decidme a qué creéis que se parece. No os lo penséis mucho.

—¿A un corazón? —se aventura Flossie.

—Yo no me decidía —dice él—. Al principio vi una mariposa. Pero si lo giro así... Mira, un perro.

—¿Y qué quiere decir que veas un perro? —pregunta Flossie.

—No lo sé. —Digby vuelve a doblar la hoja—. No sé qué es lo que buscaban, pero parecen creer que yo lo tengo.

—¿Qué quieren que hagas? —sigue preguntando Flossie. Digby mira al cielo.

—No puedo darte detalles, Floss, pero la idea general es dificultarles la vida a los nazis en Francia.

—Digs, si es secreto, no deberías contarnos nada —lo reprende Cristabel, cada vez más preocupada.

—Crista, solo hablo francés. No van a mandarme a Grecia, ¿verdad? —Él se sienta entre las dos mujeres y mira más allá del valle, al mar—. La última vez que estuve en Francia encontramos una casa abandonada en un bosque. Groves y yo tomamos vino a la luz de las velas. —Abre el paquete de cigarrillos y se enciende otro—. Cada vez que miro el mar pienso en el querido Groves. «De sus huesos se hacen los corales». ¿Un cigarrillo?

—Estás fumando mucho —dice Flossie, observando la pila de colillas al lado de él.

Cristabel estudia a Digby. Ve cómo la mandíbula se le mueve ligeramente, cómo se da golpecitos en los dedos. Ahora se da cuenta de que en las livianas postales que le enviaba desde el norte de África le contaba muy poco. Al mal tiempo, buena cara. Tras su tono deliberadamente casual, siente que hay algo agitándose en su interior, una energía errática, como una mosca atrapada en un tarro de cristal. No parece capaz de mantenerle la mirada mucho rato. De ser aún un niño le daría un abrazo, pero ahora tiene veintiún años, un joven que ha pasado casi toda su vida adulta en guerra, y sus hombros caídos le dicen que no quiere que le ofrezcan calma o confort. Se rasca la piel del borde de la escayola y piensa en otra táctica.

—Lo siento por Groves —dice—. La guerra puede ser cruel.

—Perder amigos es más que cruel —replica Digby.

—Es una lástima, pero perder gente es parte de la vida. —Cristabel lamenta inmediatamente su tono eclesiástico.

Flossie dice en voz baja:

—Eso no significa que deje de importarte.

—Yo no he dicho eso —protesta Cristabel, con voz más molesta de lo que pretendía. Siente una tensión, la de las distancias y exigencias que los separan.

Digby dice:

—¿Crees que no sé de la guerra, Crista? ¿O es que piensas que no puedo vivir sin ti? —Su voz tiene una cualidad cortante como el cristal que ella nunca le había oído.

—No pienso nada de eso. Sé muy bien lo valiente que eres. —Es extraño, porque, aunque lo dice para tranquilizarlo, se da cuenta de que sí que sabe lo valiente que es, aunque nunca se lo haya dicho. Quizá ni se lo haya admitido a sí misma. No podía arriesgarse a que Digby no dependiera de ella, pero él nunca le ha fallado, ni siquiera de bebé, siguiéndola sin dudarlo por entre arbustos con espinas y corrientes heladas.

—¿Lo sabes? —pregunta él.

—Sí. —Lo dice como una rendición.

Él la mira, y por un segundo parece ser el de siempre, pero entonces vuelve a juguetear con el mechero, encendiéndolo y apagándolo.

—Soy un buen soldado. Es verdad. Al principio era porque quería que padre viese que era capaz, pero ahora es por mis hombres. No puedo decepcionarlos.

—No lo harás —afirma Flossie.

—Durante la entrevista en la avenida Northumberland me preguntaron si miraría atrás en caso de que me mandaran lejos. Estaba claro lo que buscaban. No querían a alguien que fuera pensando en otras cosas.

—¿Qué contestaste? —pregunta Cristabel.

—Dije que no quería mirar atrás.

—No está mal —añade Flossie.

—Pues entonces miremos al futuro —dice Cristabel, y señala

torpemente hacia Chilcombe con la escayola—. Al próximo verano, cuando tú, Digs, hayas conseguido una medalla, y ganemos la guerra y representemos *La tempestad* y tú interpretes a Próspero.

Digby se ríe.

—Hitler hace mucho mejor de Próspero de lo que yo podría. Lo que le está pasando al mundo ha salido todo de su cabeza. ¡Eso sí que es poder!

—Bueno, pues haremos *Noche de reyes* —replica Cristabel.

—Pienso mucho en eso —insiste Digby—. El que todo lo que nos pasa es el sueño de otro. Explica a la perfección por qué nada parece real.

Ella le posa una mano en el brazo.

—*Hamlet*, Digs. Aún no la hemos representado. Podríamos subir esta noche al tejado y discutir quién lo interpretará.

Digs echa una nubecilla de humo.

—Tenemos mucho tiempo.

—Mirad —señala Flossie—. El señor Brewer nos indica con la linterna que la cena está lista.

—Fantástico —asiente Digby, poniéndose en pie—. Me muero de hambre.

Los tres descienden por el camino hasta el valle; Digby va primero, seguido por Flossie y Cristabel. Tienen el sol poniente a la derecha, brillando de color rosa mientras se hunde bajo las colinas del horizonte. En cuanto desaparece, el aire se vuelve más frío y el mundo parece unos grados menos glorioso. A su izquierda se eleva una luna casi llena sobre los campos, contra un cielo pálido.

De D a C

18 de septiembre de 1942

Querida Crista:

Pues aquí estoy, en un centro de formación oculto en un gran caserón oculto en mitad del bosque. Perry y Leon me dejaron aquí camino de Londres.

Al despedirnos, Perry dijo: «Si vuelves a verme, nunca menciones que estuvimos aquí. Este lugar no existe. El coronel Drake trabaja en el Ministerio de la Guerra. Eso es todo lo que sabes». Y se fue. Oberón, rey de las sombras, desapareciendo por el bosque en un coche con el maletero lleno de los huevos de Betty.

Habrás notado lo de «si vuelves a verme», no «cuando vuelvas a verme». Siempre tan preciso, ¿eh? Supongo que hace un tiempo eso me habría herido los sentimientos, pero ahora me parece que no pudo ser más exacto. Estoy en un lugar que no existe y puede que dentro de un breve plazo tampoco yo exista. Y, si dejo de existir, ¿sabrá alguien el cómo o el porqué o el dónde? Igual me convierto en una de esas pobres almas «desaparecidas en servicio activo».

Uno se imaginaría que cuanto más precario se vuelve todo más sombrío me sentiría, pero me gusta esta doble vida. Es casi un alivio. Supongo que debo de tener a favor el que siempre he estado actuando de una forma u otra.

Hay gente a la que se le hace difícil tomárselo en serio. Anoche los instructores se disfrazaron de nazis y nos interrogaron. Fue bastante ridículo, pero ¿no lo es todo, si lo contemplas desde la suficiente distancia? El que nos envíen a Francia con nombres falsos y radios diseñadas para que parezcan cajas de galletas es ridículo. ¡Que estemos en guerra es ridículo!

Uno de los instructores más populares de por aquí, Rufus Hendricks, era actor antes de la guerra. Dice que cuando todo esto acabe va a ponerme

en contacto con buenos agentes. Nos enseña a disfrazarnos, cómo unos pocos cambios en el pelo y simular una cojera te pueden hacer entrar en una cafetería como una persona y salir como otra.

Él siempre va muy pulcro. Es un hombre de líneas limpias: raya rectísima en el pelo, bigote perfectamente recortado, uñas muy cuidadas. Manos sin asperezas. Para enfatizar algún punto da golpecitos en la mesa con un cigarrillo.

Hoy nos ha dicho que una «tapadera» es la vida que llevaremos de puertas afuera para ocultar nuestro verdadero propósito. «Si os interrogan, ceñíos a vuestra tapadera. No intentéis haceros los listos. No seáis demasiado rápidos. No dejéis que piensen que se trata de un juego de ingenio. ¿Cómo iba a serlo? Vosotros sois ciudadanos sencillos y honestos».

La semana que viene nos mandarán a pueblos cercanos a practicar lo de ser ciudadanos sencillos y honestos que tienen misiones secretas que llevar a cabo antes de que el reloj dé las doce; es un escenario diseñado para poner a prueba lo que hayamos aprendido en clase.

La idea de volver al mundo exterior me produce aprensión. Me hace recordar que existe. Empiezo a pensar en Padre y en Flossie y en ti. He intentado no pensar en ti; cuando lo hago te oigo decirme que no debería escribir estas cosas.

Ah, ahí estás de nuevo. Ya paro.

Tuyo esté aquí o no,

Digby

Hoja en blanco

Dejada en el escritorio de la habitación de Digby y que, expuesta al vapor de una tetera, revela lo siguiente:

Aunque demuestre un cierto grado de ingenio, no resulta del todo sorprendente encontrar una carta oculta bajo un tablón suelto en el suelo mientras se comprueban rutinariamente las habitaciones en esta academia en concreto. La he tirado a la caldera de la calefacción para evitarte la molestia de tener que hacerlo tú mientras el oficial de seguridad te reprende. Recuerda que aquí tú también estás bajo vigilancia. Da las gracias que me la entregaran a mí. Haz caso a tu hermana.

RH

Viñetas

Septiembre de 1942

Los dos hombres miran a la noche, lado a lado, conductor y pasajero. Son siluetas perfiladas en la oscuridad. Las únicas luces dentro del coche son las puntas brillantes de sus cigarrillos.

—¿Cuánto tiempo estuviste en el sótano? —pregunta Hendricks, que conduce.

—Unas seis horas, señor —responde Digby—. No se me ocurrió que la puerta fuera a cerrarse.

—Mala suerte que la camarera llamara a la policía.

—Ojalá hubiese estado más tranquila. Estoy avergonzado.

—No eres el primero de nuestros alumnos que acaba detenido.

—Gracias de nuevo por venir a buscarme, señor.

Los pequeños puntos de los focos tapados con cinta aislante del coche penetran como a tientas en la oscuridad del apagón, dando a los árboles, que rodean los caminos, un pálido *casting* de ramas, capilares fantasmales. Un par de veces, los ojos vidriosos de un ciervo en la cuneta. Hendricks dice:

—Imaginemos por un momento que te hubiesen descubierto los nazis en vez de una camarera nerviosa. ¿Cómo les habrías explicado que estabas en el sótano?

—Les diría que iba a irme, pero que me equivoqué de puerta, señor.

—La mayoría de la gente sale del pub por la misma puerta que entró.

—Supongo que actué por impulso cuando vi que me seguían.

—Los buenos agentes son prudentes, no impulsivos. Por el momento dejémoslo así. —Hendricks cambia de tema; le pregunta por

su familia, por su pasado.

En el interior del coche es fácil hablar. Sus voces parecen no salir de un cuerpo, no tener dueños. Comparten sus perfiles, viñetas de lo que eran antes.

—Me imagino que mi familia debe de parecer inusual —dice Digby.

—Igual que la organización en la que estás ahora.

—Quizá sea por eso que me gusta. Cuando estaba en Sherborne, la diferencia entre mi vida familiar y la de la escuela era tan grande que me daba la impresión de ir disfrazado.

—Imitar las costumbres del enemigo. Aprender su lenguaje.

—Exacto. El único lugar en el que me sentía a gusto era sobre el escenario del colegio.

—¿Y qué te pareció el ejército?

—Es curioso, pero no es muy diferente al colegio. —Digby se enciende un nuevo cigarrillo con la colilla del que está fumando. Tras un instante añade—: Dunkerque fue difícil.

—Tengo entendido que aquello fue un buen lío.

—Perdí a un amigo. Groves. —Al oírlo, Hendricks asiente y hace un ruidito comprensivo—. Nos alistamos a la vez. Creí que íbamos a pasar toda la guerra juntos, pero entonces se murió. En el primer acto. Aún no puedo creérmelo. Éramos muy amigos. Podría haberlo salvado.

Hendricks vuelve a asentir. Un momento después dice:

—Yo tengo un amigo. Es operador de un radar. Está en las Orcadas. Lo echo mucho de menos.

La naturalidad de las frases resulta desarmante. Digby siente que contienen algo más, pero la última ha sido dicha de forma tan casual que se resiste a la idea de que haya algo detrás. No encuentra una respuesta a la altura. Hendricks continúa:

—¿Cómo se llamaba? Su nombre de pila. El de tu amigo.

—Sam. Sam Groves. Era de Yorkshire. Le encantaba bailar.

—Sam Groves —repite Hendricks.

La noche sigue pasando por los lados de los dos hombres. Son las tres de la madrugada y empieza a llover. Los limpiaparabrisas del coche chirrían al moverse, revelando y volviendo a ocultar el mundo exterior. Pasan por pueblos silenciosos sin una sola luz encendida en las ventanas.

—¿Conoce el poema de Kipling sobre los contrabandistas? —pregunta Digby—. ¿Eso que dice de que no hay que mirarlos cuando pasan?

Hendricks recita con un tono adecuadamente dramático:

—*A quienes no hacen preguntas no les mienten. Mira a la pared, querida, mientras pasan los caballeros*.

—Lo recuerda perfectamente.

—Interesante que los describa como caballeros. A nosotros nadie nos llamaría así. He oído que hay quienes llaman a nuestra organización «Ministerio de la Guerra Nada Caballerosa». Dicen que nuestros agentes no son más que asesinos.

—Pero no somos asesinos, ¿verdad? Solo quiero hacer algo que sirva de verdad. Estoy harto de sentirme inútil.

Los limpiaparabrisas vuelven a chirriar unas cuantas veces, y entonces Hendricks dice:

—Hace falta ser una clase de persona muy especial para este trabajo.

—¿Qué quiere decir?

—Nuestros agentes más efectivos raramente cometen errores; no tienen margen para ello. Son capaces de dejar gente atrás si es necesario, sin pensarlo dos veces.

—A mí me ha ido bien en la instrucción. Aparte de esta noche.

—Sí. Veo perfectamente por qué te reclutaron. Eres casi muy bueno en esto.

—Puedo ser de utilidad en Francia, señor.

—Hay muchas maneras de ser útil. No es difícil. Te transferirían a otra rama del servicio, sin marcas adversas en tu hoja de servicio. Creo que respetan a quienes son capaces de admitir que esto no es lo suyo. Y no hay muchos para quienes sea «lo nuestro». Es un trabajo frío y sin descanso.

—No voy a decepcionar a nadie.

Hendricks lo mira de lado.

—Digby, no deberías considerar no ser adecuado para esto como un fracaso. No lo es. Puede que la guerra dependa de gente que no dude, pero la humanidad depende de aquellos que sí lo hacen.

El coche gira ligeramente, da un salto al pisar terreno rugoso, pero Hendricks enseguida recupera el control. En la oscuridad resulta

difícil distinguir el borde de la carretera. Digby mira por la ventanilla. Hendricks continúa:

—No es solo tu vida la que está en riesgo. El mes pasado mandamos a un operador de radio a la Bretaña. Se alojó con una familia de granjeros.

—No hace falta que me lo cuente.

—Los alemanes lo localizaron enseguida. Hicieron que las niñas miraran cómo mataban al perro. Hicieron que los padres miraran cómo golpeaban a las niñas. Torturaron al padre hasta que su corazón no dio más de sí pero dejaron viva a la madre para que alguien pudiera contar lo que habían hecho. Y entonces se llevaron a nuestro hombre para divertirse con él. No sabemos dónde está. Tampoco sabemos dónde están las niñas. Se escaparon. Eran dos. De seis y cuatro años.

—No hace falta que me lo cuente. Dígame qué ha hecho usted hoy.

—Intentar ser útil —contesta Hendricks tras una pausa, y continúa la larga ruta hasta su destino.

Gastos

Septiembre de 1942

Flossie encuentra en la mesa de la cocina, enterrada entre un montón de correo y cubierta por facturas sin pagar, la carta que la requiere por ley a estar disponible para realizar trabajos vitales para la guerra. Es de hace meses. Sospecha que ella misma debió de dejarla allí en uno de sus intentos periódicos de devolver el orden a la casa a base de dividir el caos en pequeñas pilas.

Lleva consigo la carta en el autobús a Dorchester, donde las Fuerzas Voluntarias Femeninas tienen una oficina en un edificio del ayuntamiento, y es entrevistada allí por una mujer de mediana edad con aspecto de estar muy preocupada, y a la que la madre de Flossie habría descrito como «muy de por aquí». En la pared hay un póster que dice ¡ÚNETE A LA COSECHA DE LA VICTORIA!, con una joven que lleva una horquilla y sonríe durante una puesta de sol.

—Va a ser un trabajo de lo más desagradable —dice la mujer. Está sentada a un escritorio, tras una máquina de escribir vetusta, una pila de formularios y la foto enmarcada de un spaniel—. ¿Alguna vez se ha ensuciado las manos? ¿Seguro que no preferiría un trabajo más de tipo administrativo? Es lo que eligen la mayoría de las chicas de su edad.

—Estoy decidida. Quiero ser de las Fuerzas Femeninas.

—Bueno, pareces sana. Seguro que podremos encontrarte algo que hacer, siempre que el chequeo médico vaya bien. ¿Tiene experiencia con vacas?

—No, pero tengo gallinas y un terreno en el que cultivo verduras. —La mujer hace un ruidito irónico y escribe algo en un formulario. Flossie añade—: Tan grande como una parcela. O más. —La empleada le da la vuelta a la hoja, como para examinar el otro lado—. En mi

propiedad trabajan prisioneros alemanes, y les pidieron que me ayudaran con mi terreno. Eso puede darle una idea de su tamaño.

La mujer levanta la vista.

—¿Su propiedad?

—Chilcombe. ¿La conoce?

—Sí, claro. Es la del teatro al aire libre.

—Sí, el Teatro de los Huesos de Ballena. ¿Ha estado?

—Supongo que debo de haber ido.

—Lo montó mi hermana Cristabel. Ahora está lleno de verduras, pero en cuanto acabe la guerra seguro que lo abrirá de nuevo.

—Ya me pareció reconocerla cuando entró, señorita Seagrave —dice la mujer—. Quizá nos conozcamos ya. ¿Así que tiene alemanes trabajando para usted?

—Cinco.

—¿Y qué tal? Yo no soporto ni tenerlos al lado.

—La verdad es que han sido muy útiles. Trabajan duro.

—Y, si usted se va, ¿quién quedará en la casa para vigilarlos?

—Esa es una buena pregunta. —Flossie frunce el ceño—. Solo quedaría nuestra ama de llaves, la señora Brewer. Y no le gusta tener nada que ver con ellos.

La mujer juguetea con su bolígrafo, pasándoselo por entre los dedos.

—Creo que eso puede solucionarse.

—¿Ah, sí? Me tranquiliza usted.

La mujer revuelve los formularios del escritorio, abre un cajón, saca otros nuevos. Dice:

—Van a mandar a algunos alemanes a Southampton para construir casas y sustituir aquellas sobre las que sus colegas tiraron bombas. En el pasillo hay un caballero en un despacho que se encarga de eso. Quizá sus alemanes puedan unirse al grupo.

Flossie le dedica una ligera sonrisa, pero no dice nada. Por un momento duda del tono de voz que le saldría. La mujer continúa:

—En cuanto a las Fuerzas Femeninas, tenemos un grupo aquí. Se alojan en Dorchester. Salen a trabajar en granjas de la zona y regresan a su cuartel por la noche. Si se alistara usted, podría volver a menudo a Chilcombe. ¿Le permitiría eso vigilar su propiedad?

—Supongo que sí.

—Sigue estando la cuestión de su terreno de cultivo, señorita Seagrave. No podemos dejar que se eche a perder. Pero eso es fácil de solucionar. Solo hay que añadirlo en este formulario. —Y le muestra una hoja.

—¿Para qué es este formulario?

—Este formulario señala que Chilcombe es una propiedad que requiere de la ayuda de voluntarias. Una vez aparece en el formulario, el asunto pasa a ser de mi responsabilidad.

—Entonces, ¿me van a mandar a trabajar como voluntaria en mis propios terrenos?

—No, por Dios. Eso sonaría casi como favoritismo. Enviaríamos a un par de chicas para que se encarguen de mantenerlo todo en funcionamiento. Además, seguro que preferirá tener a unas chicas británicas trabajando en su propiedad, más que a unos siniestros nazis. ¿Qué dice?

—No todos son siniestros —replica Flossie.

—Pero nosotros tenemos que mantenernos unidos, ¿verdad? —La mujer coloca la hoja en la máquina de escribir y empieza a hacer girar el carro ruidosamente—. A fin de cuentas, no queremos hacerle la vida más difícil a la gente.

—Claro. —Flossie se levanta y le extiende una mano—. Tiene que venir un día a Chilcombe. Me temo que ya no es lo que era, pero sería usted muy bien recibida.

Se levanta también y le da un fuerte apretón, con ambas manos, como si le hubiesen concedido un premio.

***

Camino de la salida del edificio, Flossie encuentra un lavabo al final de un pasillo. Entra apresuradamente en un cubículo, cierra los ojos y respira hondo varias veces para calmarse. Que enviaran a Hans a Southampton no era en absoluto lo que pretendía al ir a enrolarse en el voluntariado. La sola idea la llena de consternación. Es obvio que no esperaba que él se quedara para siempre, pero tampoco había pensado en su partida.

¿Cómo pueden alejarlo de ella cuando se imagina con él en la

mayoría de los lugares adonde va? En este mismo momento está allí con ella. Le ha elegido un traje perfecto, de lino, con una corbata color azul pálido que le resalta los ojos. Van a ir a dar un paseo por el jardín del barrio, y después a un salón de té imaginario a comer sándwiches de salmón y otras cosas que ya no se pueden conseguir en ninguna parte. Ni siquiera necesita que sea salmón. Podría ser jamón. Cualquier cosa antes que hacer cola en uno de los Restaurantes Británicos del Ministerio de Alimentación y que le sirva algo marrón y desalentador de una gran sopera una voluntaria agobiada con un delantal lleno de manchas.

Sin duda es bueno que el gobierno cree iniciativas para dar de comer en restaurantes, pero, piensa Flossie con tristeza, ¿no sería fantástico que ofrecieran comidas normales al estilo normal? Nada de cartillas de racionamiento y huevo en polvo: elegir lo que a una le parezca. Decir sí, voy a tomar postre, ¿por qué no?

Flossie echa de menos las cosas normales. Sus pequeñas libertades. Poder dejar las luces encendidas. Dejar las cortinas abiertas. Abrir un periódico sin sentir miedo. A veces se le hace difícil seguir adelante. Quizá sea cierto que todos los ciudadanos están juntos en esto, pero ya ha durado mucho tiempo y ya no desea formar parte de ello junto con otro montón de gente, todos cansados y hartos. Quiere estar en algún lugar donde no haya guerra, en un restaurante en la cima de una montaña cuando se pone el sol, con camareros encantadores que le llevan muchos platos, sin límite de tiempo y solo una persona.

Suspira. Ojalá las cosas fuesen así, pero no lo son. Desde que estuvieron en la playa algo ha cambiado entre ella y Hans. Cuando lo ve en los establos se sonríen, pero mantienen las bocas cerradas y se dicen con los ojos que lo sienten, aunque ella no está muy segura de qué es lo que sienten.

A veces, cuando está sola nota una necesidad perentoria, urgente, de ir al encuentro de él, abrazarlo y... ¿y qué? ¿Qué pasa entonces? ¿Se fugan juntos? ¿Adónde irían? No, es más sencillo y más imposible que eso. Quiere abrazarlo porque quiere abrazarlo. La sensación de pánico se debe a que no puede hacerlo. En un momento de gran claridad siente cómo el pánico podría resultar tan insoportable que la hiciera querer acabar con todo.

Mira el folleto en su mano que le da la bienvenida a las Fuerzas

Voluntarias Femeninas y le asegura con mayúsculas enfáticas que está EN EL EQUIPO GANADOR. ALIMENTA A LA NACIÓN, la exhorta, MIENTRAS LOS HOMBRES ESTÁN FUERA COMBATIENDO. Piensa en Digby. Ella también tiene que ser valiente.

Levanta la vista y ve un montón de pintadas en el dorso de la puerta del cubículo. Insultos, bromas y declaraciones de amor, creadas y anotadas por quienes han pasado por allí. Lee «Prueba a Sheila en el Old Ship, es una chica fácil» y «El capitán Barnes tiene el mástil muy largo», seguidas por «¡¡¡Y ni idea de qué hacer con él!!!». Esa conversación entre desconocidos la hace sonreír a su pesar.

Rebusca en su bolso, encuentra un lápiz de labios y lo usa para escribir sus iniciales con un corazón alrededor. Da un paso atrás y contempla su obra. Ahí está: FLRS. Florence Louisa Rose Seagrave. Una más de la banda.

***

Unos días más tarde recibe una llamada a cobro revertido. Es Maudie.

—Bill dice que tiene alemanes en la casa.

—Buenas noches, Maudie —la saluda Flossie, de pie junto al escritorio del estudio de su padre—. Sí, es cierto. ¿Estás en un pub? —Oye grandes risotadas y la musiquilla rápida de un piano desafinado.

—El Red Lion. No va a meterse en líos, ¿verdad?

Cogida por sorpresa, Flossie se ruboriza.

—No he... No es eso.

—¿Lo sabe alguien?

—Oh, vaya, creo que no. Oh, Maudie, ¿crees que soy una persona horrible?

—No me importa lo que haga usted, señorita Flossie. Pero sí sé que no sabe mantener un secreto ni por casualidad, y sería malo que la gente se enterase. Para los dos. Nunca dejaría de oír sobre el tema.

—Nosotros no... No es eso —repite Flossie, totalmente mortificada.

—Ya la he oído la primera vez, señorita Flossie. —A Maudie se le escapa una risita—. De ser así, igual estaría más alegre.

De fondo Flossie oye gritar a una mujer: «¿Se ha librado ya de él?». Otra voz, americana, añade: «Dile a Florence que creo que tiene unos

ojos muy amables».

—¿Quiénes son esos? —pregunta ella—. ¿Qué les has contado?

—Sally es camarera, y Donald es de Misuri. Su familia se dedica a... ¿Qué era lo que dijiste?

—Producción apícola.

—Tiene muchas ganas de conocerla. Le he mostrado su foto. —Y entonces, en voz baja—: Se parece a Errol Flynn.

—¿Cómo es que tienes una foto mía?

—De cuando salíamos en los periódicos, por el teatro. Nadie me cree si no les muestro la foto.

Flossie oye cómo se abre una puerta de golpe y más voces americanas.

—Parece que estás muy ocupada por allí, Maudie.

—No está mal. El sábado hay un baile en Portland, por si le interesa. Van a ir muchos soldados.

—¿Y con quién iba a ir yo?

—Conmigo.

Por un momento Flossie se queda desconcertada. Ir a un baile con Maudie, la criada, parece una idea ridícula. Pero entonces piensa que la conoce de toda la vida. Que es alguien que, a su manera, siempre ha cuidado de ella. Recuerda la curiosa forma poco emotiva en que lo hacía cuando ella y sus hermanos eran apenas niños, cómo les llevaba comida cuando los otros se olvidaban de darles la cena, cómo se acostaba con ellos con los brazos cruzados si tenían pesadillas. En ello no había nada tierno o maternal; era una huérfana que reconocía las necesidades de otros huérfanos con la falta de sentimentalismo típica de un huérfano.

Y ahí va de nuevo ahora, sin dudas ni tonterías, una invitación clara y directa a un baile en Portland.

—Es muy amable por tu parte —dice Flossie—. Creo que me gustaría. Echo de menos bailar.

—Dele el último beso a su alemán, señorita Flossie, y después saldremos y lo celebraremos antes de que la manden a la granja.

—Hoy he recogido mi uniforme de voluntaria. Betty está en la cocina, echando vapor al gorro para que no parezca tanto un molde para púdines.

Maudie se ríe.

—No se ponga eso. Tenemos americanos a los que impresionar.
—Hasta prontito —dice Flossie, y cuelga.

***

Cuando Flossie vuelve al Salón de Roble se detiene ante el piano. Lo que le han dicho sobre soldados y bailes la ha hecho sentirse como si de alguna forma estuviese traicionando a Hans. Sabe que alguien tan práctico como Maudie le diría que no le debe nada a él, pero le parece una forma muy fría de tratar el asunto. ¿Es que no han tenido ya una serie de intercambios? Los sándwiches que le preparó con sus propias raciones. La flor de guisante que le ofreció él, y que ahora está aplastada entre las páginas de su diario. La forma en que se tocaron. No era mucho, pero era todo lo que podían ofrecerse.

No ve cómo podría ignorar todo eso, y más porque no ha acabado en absoluto. No puede acabar porque no puede comenzar, así que para siempre será algo que podría ser. Algo posible pero inaccesible. Flossie piensa en Dorothy en su casa de madera, llevada por el tornado hasta una tierra mágica, devuelta a Kansas, sabiendo que Oz existirá siempre aunque ella no esté. Nunca descartada del todo.

(Al igual que el pañuelo para la cabeza de Flossie se quedará para siempre plegado en el bolsillo trasero del laborioso prisionero alemán, cuando esté limpiando los lugares donde han caído bombas en Southampton y se encuentre recogiendo remolacha de Hampshire y, tumbado despierto en una pequeña litera en un campo de prisioneros helado, esté intentando escribir cartas en un idioma que no conoce y que por tanto nunca enviará. Pekas, escribirá. Spantapajaros).

***

La última semana de septiembre, la tienda para prisioneros de la propiedad Chilcombe es desmontada y el campo desmantelado tan rápido como un circo ambulante. Solo queda un área pálida de hierba aplastada, como un círculo de hadas. Flossie lo mira y se recuerda a sí misma lo que dijo Maudie sobre lo horrible que sería que alguien se

enterase. Le dolería que alguien pensara mal de él.

Flossie está repleta de sentimientos encontrados. Se ha pasado días evitando el campamento y los establos. Ni siquiera piensa ver cómo se van los alemanes, aunque cuando desde la casa oye arrancar a los vehículos militares se descubre corriendo por el jardín para alcanzarlos. Ve al sargento Bullock alejarse en un coche, dejando una nube de humo de puro, y a Hans sentado en la parte trasera de un camión; se alegra tanto de verla que grita su nombre y se pone en pie para saludarla, golpeándose la cabeza en el techo bajo con un ruido tan fuerte que los demás se ríen y lo agarran para que no se caiga.

Flossie alcanza al camión cuando va a arrancar.

—¡Siento no haber venido antes a despedirme! —grita por encima del ruido del motor.

Él niega con la cabeza y sonríe.

—No pasa nada. ¿Darás de comer al gato?

—¡Sí, te lo prometo! —exclama ella, de repente cubierta por el humo del tubo de escape, mientras el camión empieza a avanzar por el camino—. ¡Buena suerte, Hans! ¡No sé lo que habría hecho sin ti!

Él vuelve a sonreír. Sigue en pie, sostenido por un montón de hombres. Levanta una mano, la aprieta contra el techo del camión para mantener el equilibrio, y se lleva la otra al corazón.

—Sí —asiente Flossie. Ella también se lleva una mano al corazón.

Mientras el camión acelera, Hans la saluda cariñosamente, como si estuviesen diciéndose hola y no adiós.

—¡Adiós! —grita Flossie, y saluda hasta que el vehículo desaparece de la vista. Después no le queda más que hacer que regresar a la casa, donde el señor Brewer la espera en la puerta. Va hacia él y le dice:

—Si parezco demasiado emotiva es porque nunca he sabido decir adiós. Ninguna clase de adiós. —El señor Brewer no dice nada pero le ofrece un cigarrillo, que ella acepta, y se lo enciende—. Por favor, ¿podría hablarme de algo? —ruega con un sollozo—. No me importa qué. Solo necesito cosas para salir adelante. —Cuando él va a decirle algo, añade—: Maudie piensa que la distancia es el olvido.

—Típico de Maudie —afirma el señor Brewer.

—Creo que no puedo fumarme este cigarrillo. —A Flossie se le está empezando a arrugar el rostro—. Ni siquiera fumo.

—Permítame, señorita Flossie —dice el señor Brewer con calma,

quitándole el cigarrillo de la mano y sacando un pañuelo del bolsillo. Se quedan juntos un momento mientras ella se lleva el pañuelo a la cara. Entonces él le sugiere bajar a la cocina a tomar un té.

***

Dos tazas de té y tres galletas digestivas más tarde, Flossie se siente menos desolada. Toto está acurrucado en su regazo y la conforta con su calidez y sus suaves ronroneos. El señor Brewer ha estado ocupándose de hacer ciertas cosas discretamente por la cocina, para dar tiempo a la joven a recuperarse. Un rato más tarde ella se siente lo bastante mejor como para hablarle, y charlan sobre las voluntarias femeninas y en qué parte de Dorchester estará. Entonces él se sienta a la mesa, frente a ella, y le dice:

—De hecho, quería hablar con usted de un asunto, señorita Flossie.

—¿Sí?

—Ha surgido una oportunidad. El pub del pueblo está disponible. El padre de Betty lo vende.

—Ah, sí.

—Siempre he pensado en adquirir una propiedad, algo en que apoyarme en mis últimos años. Cuando mi hijo salga de la marina, me gustaría que pueda trabajar en un pub con su viejo. Nos lo darían por un precio razonable.

—¿Necesita usted alguna clase de préstamo, señor Brewer?

—Lo considero como una ocasión para una inversión mutua.

—Oh. Yo no sé nada de esas cosas. No tengo dinero. Suena tonto, porque supongo que en realidad sí que tengo, pero no sé dónde está. Usted paga todas las facturas.

—Es cierto. Y tiene razón, si me lo permite. No tiene usted dinero.

—¿Ah, no?

Él asiente hacia arriba, hacia la casa.

—Hace años que tiene pérdidas.

Flossie frunce el ceño.

—¿Ah, sí?

—Tiene usted gastos notables pero ningún inquilino, ninguna granja, ningunos beneficios. Está viviendo de los ahorros, y no queda

mucho.

Flossie nunca ha recibido educación monetaria, pero a medida que el señor Brewer sigue hablando se hace rápidamente una idea de la situación de la familia: un relato de grandes gestos de cara al exterior, con un punto final que aparece en el horizonte. También piensa que es la persona menos adecuada para enfrentarse a ello; necesitaría de alguien más resuelto, como Cristabel.

—¿Qué hago? —pregunta.

—Haré lo que esté en mi mano por ayudarla, señorita Flossie, pero puede no resultar una experiencia agradable. La gente se acostumbra a que las cosas sean de una determinada manera.

—Pero ninguna de esa gente está ahora aquí, ¿verdad? No hay nadie.

—No. Usted está al mando. Y es por eso que puede interesarle considerar todas las oportunidades de equilibrar el presupuesto.

Flossie acaricia al gato en su regazo, pensativa.

—¿Eso es un consejo? —dice al cabo de un momento—. ¿O es lo que usted quiere que haga? Porque me da la impresión de que si lo leyera en un libro no estaría segura.

El señor Brewer dibuja una sonrisa lentamente, y a ella le parece que acabe de unirse a la conversación, que el señor Brewer al que tan bien se le da hacerse el ausente cuando es necesario ha sido descartado.

—Es un negocio —dice.

***

El día en que ha de dejar Chilcombe para unirse a las voluntarias, Flossie camina hasta la playa para sentarse en la orilla, quitarse las botas y los calcetines del uniforme, y enterrar los pies desnudos entre las piedrecillas que suenan como maracas, mirando a unos cormoranes de largo pico flotar sobre el agua. De vez en cuando se precipitan contra la superficie, y unos minutos después reaparecen agitando bruscamente la cabeza, mirándola con total indiferencia.

Es una mañana cálida y brumosa, uno de esos días tan poco habituales intercalados a finales de septiembre como perlas en un

collar. Una única ola sigue lentamente el semicírculo de la bahía, suave como el sonido de un címbalo. El agua cerca de la orilla es de un turquesa metálico, y más allá es de un azul prusiano más oscuro.

Flossie hace como que pedalea en el borde. El mar está tan claro que ve sus pies dentro. Las piedrecillas entre sus dedos son las mismas que en la playa, pero con la distorsión del agua parecen selladas y remotas, poseedoras de una misteriosa pulidez. Cuando mete la mano para coger algunas, resultan estar más lejos de lo que aparentan, y su mano pálida se asemeja al brazo separado de un titiritero. Pero cuando las saca y las contempla en su palma, las piedrecillas parecen reducidas, decepcionantes en su pequeñez. Las deja caer.

Se desviste hasta quedarse en ropa interior, rápidamente, como si estuviese en el médico, y se zambulle. Flota sobre su espalda, oye el sonido como metálico del agua salada en los oídos, sus *clanc* y *slosh* como de un cubo. Todo el resto de ruidos están amortiguados y lejanos. Solo están el agua y su aliento y el peso de su cuerpo sumergido en el agua. La forma en que el mar la fuerza a mantenerse tan pegada a sí misma tiene algo de enfermedad, un estado en el que uno se hunde.

Se dice a sí misma que ha hecho lo correcto no permitiendo que las cosas fueran más allá con Hans. Ha sido práctica. Ha protegido su reputación. Se insiste en que habrá otros hombres, otros amores, otras salidas a nadar. Que el dolor de su pecho, como si algo vital se hubiera detenido en su interior, no es para siempre.

Por encima de ella, la cúpula del cielo; por debajo, las piedrecillas del fondo. Meciéndose entre las dos, Flossie, inspirando, exhalando, inspirando, exhalando.

***

Cuando el señor Brewer baja a la playa a llamarla para decirle que su transporte ha llegado, ella sale del mar en ropa interior, recoge su uniforme y sus botas, y sigue caminando sin decir una palabra.

Vuelo nocturno

Octubre de 1942

Tras el despegue, el Lysander asciende hasta cinco mil pies. Dentro, Digby y otro agente duermen en sacos de dormir. No hay nubes. Luna llena. Las condiciones perfectas para cruzar el Canal.

Debajo,

gaviotas gaviotas

Ondas de radio los siguen hasta dar con el aeroplano y
rebotar
hacia
un receptor
en un alto mástil,
un parpadeo rojo
como un
latido
en la pantalla
de un adormecido
operador de radar.

El aire nocturno espesado por la comunicación invisible, puntos y rayas, bultos Braille en la atmósfera, mensajes para agentes o quienes simulan ser agentes:

-.-. .-. . --- / .--. --- ... .. -.-. .. --- -. / -.-. --- -- .--. .-. --- -- . - .. -.. .- / .-. .--. - / -.-. .-. . --- / .--. --- ... .. -.-. .. --- -. / -.-. --- -- .--. .-. --- -- . - .. -.. .- / . -. ...- .. .- .-. / -. ..- . ...- .- ... / -.-. --- --- .-. -.. . -. .- -.. .- ... / -.-. ..- .- -. - --- / .- -. -

La estática de las estaciones de radio, fragmentos de risas enlatadas, orquestas, noticias.

Cristabel despierta.
El
borde
en tiza de
Inglaterra.
Un bote de pesca.
  El mar
con destellos de
        luz de luna.
Bajo las olas, la caja fuerte negra del océano: submarinos oxidados, barcos partidos. Cadáveres de Hamburgo, Iowa, Oslo, dentro de las naves con las que se hundieron, ondeando en las corrientes como una tétrica cosecha, brazos en alto, mensajes de semáforo no recibidos.

Un caníbal sobrio

Diciembre de 1942

Octubre se hunde en noviembre que se hunde en diciembre. Los días se contraen. El sol apenas se molesta en aparecer. El cielo gris desciende sobre la tierra hasta que apenas queda una pequeña franja entre ellos. Cerca del suelo la gente camina apresurada, ensimismada. No queda mucho espacio para nada más.

Cristabel marcha por el acantilado, el frío viento azotando su abrigo, mientras abajo las olas gruñen y colisionan. Ha vuelto a Dorset para pasar unos días de permiso, pero se le hace difícil permanecer en la casa. Avanza por el desierto camino costero a Ceal Head con la barbilla contra el cuello, las manos en la profundidad de los bolsillos, un único puntal bajo una lona húmeda de nubes.

No sabe de Digby desde hace más de dos meses, lo que seguramente significa que está en la Francia ocupada. La carta de su oficial superior en que le decía a ella que todo va bien suena tan genérica que no ha hecho más que confirmar sus sospechas. La certeza de que Digby está trabajando en una misión encubierta la acompaña a todas partes. La hace estar muda y tensa. No consigue hacerse a la idea; más bien, esta se vuelve más enervante, más incómoda: un bebé salvaje cada vez más pesado que patalea en sus brazos. ¿Y si el francés de Digby no es lo bastante bueno? ¿Y si confía en la persona equivocada? ¿Y si los alemanes lo encuentran, un agente británico tras las líneas enemigas…? Ahí la mente de Cristabel se cierra.

Es el crepúsculo. La luz del día desaparece. Del mar empieza a llegar lluvia. Entrevé los huesos de su ballena al borde de las inquietas aguas, como el rey Canuto intentando dar órdenes a las corrientes. Llega a casa atravesando charcos y se retira a su nido en el ático a

lamerse las heridas.

Betty aparece brevemente para atizar el fuego mortecino y ofrecer té, pero Cristabel no quiere té. No quiere nada. No tiene ánimos ni para encender una lámpara. Se pone el pijama y se queda muy quieta en su estrecha cama, escuchando cómo la lluvia azota el tejado.

Se dice a sí misma que no habrían reclutado a Digby de no estar preparado para cumplir con su misión, pero conoce lo suficiente la vida militar como para saber que eso no es siempre cierto. Perry había dicho una vez que era cuestión de números. Mira hacia la otra punta de la habitación, donde está la cama vacía de Flossie cubierta ahora por el petate y la ropa de Cristabel. Se imagina a su hermana adoptiva tumbada en una litera en los dormitorios de las Fuerzas Femeninas de Dorchester y a Digby escondido en una granja francesa. Y el cielo precipitándose por encima de todos ellos. Entierra el rostro en la almohada.

***

En mitad de la noche se despierta y no sabe por qué. Solo están el viento y la lluvia. De repente, el ruido de pequeñas piedras contra la ventana del ático. Levanta la cabeza. Sucede de nuevo: un puñado de cantos contra el cristal. Una convocatoria deliberada e inconfundible. Enseguida se saca las sábanas de encima y va a abrir.

Se inclina hacia fuera y examina la oscuridad, repleta de las pequeñas manchas plateadas de las gotas de lluvia. En el jardín, frente a la casa, hay una figura en un abrigo del ejército, el pelo oscuro, mirando hacia ella y protegiéndose los ojos con una mano. El murmullo de oropel de la lluvia, el tumulto del viento en los árboles, sentir lo que inunda su corazón: durante una breve inhalación su hermano ha regresado. Pero entonces él levanta la otra mano y saluda sardónicamente. Es más alto, más ancho. Leon.

Exhala y lo mira, y él a ella. Cristabel se lleva una mano a la frente como saludo militar, hace un gesto señalando hacia la parte trasera de la casa y se vuelve para ponerse una bata de tartán, que se agita tras ella al bajar las escaleras como si fuese una capa, pasando por la casa en calcetines de dormir, recorriendo los pasillos hasta la cocina, donde

desatranca y abre la puerta, y ahí entra él, sacudiéndose las gotas del pelo como si fuese un perro empapado.

—¿Tienes algo de comida? —le pregunta con su extraño acento—. Tengo hambre.

—¿A qué has venido?

—Pan. Veo pan. ¿Hay queso?

—Déjalo en paz. ¿A qué has venido?

—Estoy haciendo un recado para el coronel Drake. Bill va a darle cosas que necesita para la Navidad, creo que un faisán y vino y tal. He pinchado y llego tarde. ¿Dónde guarda Bill esas cosas? Seguro que saben mejor que este pan seco.

—No sé dónde guarda Bill las cosas.

—Sí que lo sabes, Cristabel Seagrave. Sabes dónde está todo en esta casa. Al coronel Drake no va a importarle si cogemos un poco de su comida. Venga, podemos hacer un, ¿cómo se dice?, un banquete de medianoche.

Se miran el uno al otro. Él mordisquea un trozo de pan y sonríe. Está calado hasta los huesos, sin afeitar, y tiene el uniforme hecho unos zorros: una de las solapas del abrigo levantada, el botón superior de la camisa abierto, las botas mal atadas. Un cigarrillo mojado se sujeta tras la oreja y lleva al cuello una bufanda a rayas de colores inesperados: amarillo, rosa, verde.

—Es verdad, lo sé —admite ella—. En la bodega.

Leon desaparece. Cristabel oye el fuerte maullido de un gato cogido por sorpresa y después tranquilizándose cuando Leon murmura algo en ruso. Reaparece al instante con un pastel de carne y una botella de vino.

—¿Hay chimenea en tu ático?

—Sí, pero...

—Vamos, vamos. Aquí está helado. Subamos como hacíamos de niños, ¿eh?

Ella niega con la cabeza pero coge tazas de latón y un par de manzanas y las embute en los bolsillos de la bata. Lo sigue por las escaleras mientras le dice:

—Vas dejando barro por todas partes.

—A ti eso te da igual.

—Quizás no.

—No. ¿Qué llevas puesto, Cristabel?

—Es la bata de mi abuelo. Está perfecta. ¿Te has hecho tú mismo esa bufanda?

—Una ancianita muy amable me la regaló en una cafetería.

—¿Es que te confundió con un soldado de verdad?

—Le parecí encantador. ¿Por qué está todo tan oscuro? ¿Es que no tenéis electricidad?

—Solo a veces. ¿Cómo supiste que era yo la del ático?

—Bill me dijo que Flossie está en una granja de cerdos o algo así.

—Está en las fuerzas voluntarias femeninas.

—Digby no está. Solo podías ser tú.

—¿Por qué tirar piedrecillas? Podías haber llamado a la puerta.

—Es más romántico. Como Romeo.

—No es para nada como Romeo. Él no tiraba piedras.

—No lo recuerdo.

Al llegar al ático, Leon, con las manos llenas, empuja la puerta con un pie. Observa el pasillo entre sombras, examina el techo inclinado y dice:

—El techo está más bajo.

—Tú eres más alto —replica Cristabel.

Y es cierto. Alto y ancho de hombros como un nadador, aunque conserva restos de la delgadez de su adolescencia. Años atrás él iba casi siempre a pecho descubierto, pantalones cortos bajos de cadera, cigarrillo robado y mirada entornada. Un joven escurridizo, un canalla de alcantarilla. De repente, ella ve muy claramente al pequeño Leon, subido a un árbol en Ceal Head, donde ha atado una cuerda a una rama ancha para columpiarse sobre el mar. Lo recuerda mirando arriba del árbol igual que ahora inspecciona el techo del ático, tirando de la cuerda y dándosela para el vuelo inaugural.

Cristabel se le adelanta, entra en la habitación de las chicas y enciende la lámpara de aceite. Leon la sigue, deposita lo que lleva sobre la cama de Flossie, encima de la ropa. Se quita el abrigo y la bufanda, y se sienta para librarse de las botas mientras contempla un puzle a medio hacer en la mesilla de noche.

—Es de Flossie —dice Cristabel—. Yo odio los puzles.

—Ya me acuerdo. Recortabas las piezas con unas tijeras para hacer que encajaran.

Sin las botas, con los calcetines muy remendados al descubierto, Leon le lanza un paquete de Lucky Strike. Ella se sienta en su cama, coge un cigarrillo y observa cómo Leon descorcha el vino con una envidiable navaja suiza llena de complementos útiles. Al pasarle las tazas, ve que tiene los nudillos pelados y una nueva cicatriz en una muñeca.

Él le devuelve una taza llena y se levanta a atizar el fuego hasta que vuelve a llamear. Después tiende una sábana en el suelo para servir el pícnic y se sienta de nuevo, frente a la chimenea, para cortar el pastel. Sus movimientos muestran una eficiencia ensayada, muestran a alguien acostumbrado a montar campamentos.

Se fija en el teatrillo de cartón en el suelo. Se lo acerca.

—¿Sigues jugando con esto?

—No juego. Lo uso como modelo cuando creo producciones.

Leon saca cuidadosamente el fondo —nubes blancas y cielo azul— y lo mira.

—¿Tu teatro sigue en pie?

—Pues claro. Aunque por el momento tiene verduras por público.

Él sonríe y vuelve a colocar el fondo.

—Me alegro de que siga allí. Casi me mata el arrastrar esos huesos desde la playa.

—Funciona bien, aunque podría mejorarse.

—¿Mejorarse cómo?

Ella se levanta de la cama, se sienta al lado de Leon en la sábana y tira del teatrillo hacia sí.

—Todos los asientos están al mismo nivel. —Usa las manzanas para que hagan de miembros del público—. Si te sientas detrás de alguien que lleve un sombrero grande, te tapa la visión.

—Pues levántalos.

—¿Cómo?

—Como en un anfiteatro romano. Sube los asientos para que la gente vea más. —Coge una almohada de la cama, la pone delante del teatrillo y coloca una manzana encima—. En Nimes hay un anfiteatro. Íbamos a ver corridas de toros.

—No sabía que en Francia hay corridas de toros.

—Solo en el sur. A lo mejor ya no, ahora que están los nazis.

—Pues yo creo que es la clase de entretenimiento que debe de

gustarles —replica Cristabel—. Se me había ocurrido lo de elevar los asientos, pero no sabía cómo hacerlo.

—Piedras de la playa. Arena. Tienes los materiales. Coge una pala y una carretilla, y constrúyelo tú.

—¿Y resistiría, hecho de arena?

—Creo que sí. Una mezcla de arena y piedras. —Deja otra manzana sobre la almohada—. Yo podría construírtelo si no estuviera recogiendo faisanes para el coronel Drake. Me gusta construir cosas. —Da un toquecito a una de las manzanas—. Esta gente. Tiene la mejor vista. Paga más.

—¿Querías dedicarte a la construcción? —le pregunta ella—. De pequeño, quiero decir.

—Nadie me preguntó qué quería ser. Me fui a trabajar en el mar, después el coronel Drake se quedó conmigo y ahora le voy a buscar faisanes. —Coge una de las manzanas y le da un mordisco.

Cristabel piensa un momento y le señala los nudillos pelados.

—No solo recoges faisanes.

Él se ríe.

—No. A veces recojo gente.

—¿De dónde?

—Más que nada de las playas. Muy tarde por la noche. A veces quieren venir. Otras no.

—¿Esa es la clase de cosas que va a hacer Digby? Perry le consiguió algo.

—No, Digby es un oficial. Habla buen francés. Debe de estar en un *château*. A mí no me dejarían hablar con nadie. Tengo demasiado acento ruso. Todo el mundo teme a los rusos —dice esto último con satisfacción.

—¿Sabes si Digby está en Francia? ¿Perry te ha dicho algo?

Leon come su manzana.

—El coronel Drake sabe que nunca le escucho.

Ella le da un codazo amigable.

—Dímelo.

—Creo que es muy posible —contesta él por fin.

—El francés de Digby es bueno, pero no perfecto. Ojalá hubiese ido yo en su lugar.

—Quizás acabes yendo. Se habla de mujeres agentes. Se están

quedando sin hombres.

—¿Están mandando mujeres a Francia?

—Para ellas es más fácil. Un hombre joven llama la atención de los alemanes. Una mujer... con una sonrisa y un saludo la dejan pasar.

—¿Podría ir yo? —pregunta Cristabel—. ¿Me mandarían allí?

—Habla con el coronel Drake. Yo solo recojo faisanes. —Se levanta y empieza a empujar la cama de Flossie por la habitación hasta dejarla al lado de la de su hermana.

—¿Qué diablos haces, Leon?

—Estas son camas de niño. Estoy construyendo una más grande. —Una vez bien juntas, se tumba encima de las mantas.

Cristabel frunce el ceño pero acaba subiéndose a su lado. Deja la taza de vino en la mesilla.

—¿Cuándo vas a ver a Perry? ¿Mañana?

—Eso creo.

—¿Puedes llevarme contigo? Para que hable con él.

—Quizá. —Leon cierra los ojos—. Estoy cansado. Voy a decir que sí a todo.

Ella se tumba, cruza los brazos, mira al techo y de vez en cuando de reojo a su amigo. Su mente está muy ocupada pensando en hablar con Perry y convencerlo de que la deje ir a Francia. Se muerde el labio inferior. No puede dejar de mover los pies. Vuelve a mirar a Leon, su largo cuerpo junto al de ella. Nunca antes ha estado en la casa con un hombre. Por un lado se le ha salido la camisa del pantalón, dejando al descubierto parte de su piel. Un momento después le pregunta:

—¿Has leído *Moby Dick*?

—No tengo educación. No leo.

—Deberías. Te gustaría.

—Entonces cuéntamelo. Como una historia para dormir.

—Bueno. Al principio hay una escena en la que el cazador de ballenas Ismael tiene que compartir cama con un salvaje tatuado que se llama Queequeg, que duerme con su *tomahawk*.

—Parece un tío interesante.

—Se conocen en una taberna y se ven forzados a compartir habitación —dice Cristabel, y añade—: ¿Querías dormir?

Leon abre los ojos y se vuelve hacia ella.

—No puedo. Hay alguien hablando.

—Solo he recordado una escena de una gran obra literaria y se me ha ocurrido compartirla.

Él se lleva las manos detrás de la cabeza.

—¿Y qué pasa en la taberna?

—Duermen juntos —responde ella tras una pausa—. Ismael dice que es mejor dormir con un caníbal sobrio que con un cristiano borracho.

—No creía que fuera un libro de esos.

—No lo es. Pero los dos duermen en la misma cama.

—¿Pasa algo entre ellos?

—Es difícil de decir.

—Quizá pasa cuando están en el mar. Es frecuente entre marineros.

—Ismael sí que dice que Queequeg le pasa un brazo «como un novio».

Se miran un momento, y entonces Leon se acerca lentamente a abrirle la bata.

—¿Qué haces? —pregunta ella.

—Lo que me has pedido. ¿Qué es esto, un nudo de rizo?

—Un doble nudo de rizo.

—Igual tengo que cortarlo con un cuchillo.

—No vas a hacer nada de eso.

Él desata con maña la tira de la bata, dejando al descubierto el pijama a rayas de Cristabel.

—Listo —le dice—. Ya estás liberada de esa fea bata de tu abuelo. Puedes quitártela. —Ella abre la boca, pero Leon habla primero—: Cristabel, si quieres que me vaya y duerma abajo en la cesta del gato, lo haré. Pero no intentes decirme que te estás reservando para un futuro marido o nada de eso; estoy muy cansado para discursitos.

—No me estoy reservando para un futuro marido ni para nadie.

—No deberías.

—Aunque hay hombres que prefieren a las mujeres que se reservan. Pero a mí me da igual.

—¿Qué clase de mujer crees que prefiero yo?

—No tengo ni idea.

—Te he mandado muchas postales, Cristabel.

—La mayoría obscenas.

—Exacto. —Leon se ríe—. Eran muy divertidas. ¿Recuerdas la foto aquella de Plymouth? El marido pequeño y la mujer enorme en la tumbona.

—Todas eran horrorosas —replica ella con una sonrisa.

—Y además, cuando estoy en Londres te llevo a comer siempre que me lo pides.

—Las comidas las paga Perry.

—Pequeños detalles. —Echa la cara a un lado—. ¿Estás nerviosa?

—¿Qué quieres decir con «nerviosa»?

—¿Estás nerviosa por tener a un hombre en tu habitación? ¿Es por eso que quieres contarme historias?

La está provocando, como en su niñez, y ella lo reconoce. Sabe cómo actuar en esos casos.

—¡Cómo te atreves! —exclama, y se sienta para quitarse la bata—. ¿Es que te parezco nerviosa? —En ese momento hay algo imperativo en su interior, algo atrevido que la empuja. Al igual que una vez mantuvo la mano sobre una llama, ahora empieza a desabrocharse la parte superior del pijama.

Leon se incorpora para mirarla, en su rostro aún su habitual media sonrisa combativa, pero ahora hay algo diferente en sus ojos, algo más tranquilo. Su sonrisa queda en segundo plano mientras su vista la contempla quitarse el pijama. La ilumina la luz móvil del fuego, y él extiende un brazo para tocarle la piel del cuello y pasarle los dedos.

—¿Tienes frío?

—No —responde ella—. Seguro que tú tampoco. A fin de cuentas, no te has quitado la camisa.

—Pues sí. —Leon se sienta para hacerlo.

Ahora están a la par, dos oponentes desnudos hasta la cintura. Leon tiene una franja de pelo negro que les desciende por el pecho. También tiene un moratón de color púrpura en las costillas y un tatuaje desgastado en el antebrazo. Cristabel lo examina y asiente.

—Pues sí que eres un salvaje de verdad. ¿Qué es?

—Una apuesta perdida en un bar de Dánzig.

—No, ¿qué representa?

—Un barco. Mira, tiene velas. Una banderita. ¿Necesitas gafas?

—No. —Cristabel lo toca, de forma tan casual como puede—. Esto no se parece en nada a una bandera.

—¿El qué no se parece en nada a una bandera?

—Esto de aquí.

—Vuelve a tocarlo para estar seguro de a qué te refieres.

Entonces hacen una pausa, como boxeadores que se rodean el uno al otro en el ring. Ella pasa los dedos por la silueta del barco y el océano de tinta en el que navega. El fuego proyecta su sombra por la habitación. Fuera, la lluvia sigue cayendo. Cristabel es la primera en moverse, tirando de Leon hacia sí, antes de perder el coraje.

Café, té

Diciembre de 1942

Cristabel emerge lentamente del sueño como si este fuera una gran profundidad marina. Es parecido al placer de despertar por la mañana tras un largo día de playa, recobrando gradualmente la consciencia en un cuerpo bien usado y descansado. Se estira, satisfecha, levantando los brazos y curvando la espalda, alzando el cuerpo del colchón y extendiéndose toda, como un arco, hasta que puede apoyar las palmas abiertas en la pared de detrás, y recordando que estuvo en esa misma posición por la noche. El eco de ese movimiento la atraviesa como una flecha.

Abre los ojos. Es muy temprano, aún está oscuro y llueve fuerte, pero de los restos de la chimenea sale un ligero brillo; entra otro poco de luz por la ventana abierta contra el quicio de la cual está apoyado Leon, fumando. Se ha puesto los pantalones. Ella distingue la piel desnuda de su espalda, la línea que traza su columna. Qué curioso saber que ha tocado esa piel, que ha sentido moverse esos hombros bajo sus manos, y cuán satisfecha se siente observándolo y sabiendo eso. No desea moverse. Experimenta una sensación de plenitud, como una reina conquistadora. Mueve los dedos de los pies.

Él la mira, sonríe y vuelve a mirar por la ventana. Dice:

—Tengo tanta hambre que, si aún hubiese caballos aquí, mataría uno y me lo comería.

—Alguno queda, pero no puedes. Sí que hay muchos huevos.

Leon lanza el cigarrillo por la ventana, que cae en línea recta como si fuera un dardo, cierra la ventana y recoge su camisa y sus botas.

—Entonces, ¿qué hacemos aquí arriba? Ponte algo encima, Cristabel Seagrave. Tengo que comer. —Al pasar por su lado se inclina

y aprieta la boca contra la de ella, un beso urgente y básico, la pelusilla de su barba contra su piel, y de pronto todo lo que han hecho y descubierto está de nuevo con ellos. Ella levanta las manos hasta los gruesos pelillos de su nuca a la vez que mira el reloj de la mesilla de noche y él, con la boca aún abierta en la de Cristabel e intercambiando alientos, le dice:

—Todavía nos queda media hora hasta que tengamos que irnos.

***

El desayuno es pan duro comido en el coche con un termo de café que se pasan por turnos. Cristabel conduce, ya que Leon ha dicho estar demasiado débil por el hambre como para poder girar el volante. Él ajusta su posición en el asiento del acompañante y le comenta:

—Además, siempre me ha gustado verte conducir.

—¿Qué quieres decir? —pregunta ella, agarrando el cambio de marchas mientras suben por Ridgeway.

Los dos visten de nuevo sus uniformes militares. El de Cristabel, lavado y planchado por Betty; el de Leon no. El coche es el robusto Humber militar color caqui de Perry. Los petates y la caja con comida y vino están apilados en el asiento trasero.

—Cuando éramos más jóvenes, aquel verano en el que Bill nos enseñó a conducir —recuerda él—. Me gustaba mirarte. Te ponías muy furiosa cuando cometías un fallo.

—Creía que solo era que te gustaba reírte de mí.

—Eso también. —Retira migas de su bufanda a rayas.

—Era horrible conducir ese viejo coche. Pesado como un tanque. No sé cómo aprendimos nada.

—No se suponía que tú tuvieras que aprender. Bill me estaba enseñando a mí.

Cristabel se ríe.

—Ah, sí, lo había olvidado. Después de acordarlo con él pensé: «Eh, un momento, ¿por qué va a aprender Leon y yo no?».

—Pobre Bill, subiendo y bajando la carretera con nosotros durante semanas.

—Yo tenía que subirme a un almohadón para ver por encima del

volante.

—Una cosa te digo: habiendo aprendido de niña a conducir un coche de ese tamaño, los vehículos militares no van a suponerte ningún problema. —Leon tiene dos cigarrillos en la boca. Los enciende y le pasa uno a ella.

—Eso espero.

Cristabel acelera. Un rato después pregunta:

—¿Dónde están ahora tus hermanos y hermanas? ¿Y tu madre? ¿Están bien? ¿Sigues en contacto con ellos?

Él exhala un trémulo aro de humo.

—Un hermano muerto. Uno desaparecido. Uno en España. Dos hermanas vivas, creo. Mi madre no lo sé. Estaba en Ghent cuando llegaron los alemanes.

—Debes de estar preocupado. ¿Tienes noticias de tu padre?

—Leo en los periódicos que está vivo y bien, y combatiendo a los nazis desde la seguridad de Nueva York.

—Myrtle sigue viéndolo. Si quieres ponerte en contacto, ella podría pasar el mensaje.

—Si quisiera, podría pasárselo yo mismo.

—Por supuesto —dice ella, y después—: Siento lo de tus hermanos.

—Yo también. —Se saca un resto del pastel de carne del bolsillo y se lo come entre caladas al cigarrillo.

Hay nubes y está lluvioso. En las carreteras vacías hay charcos y aparece alguna oveja suelta, cubierta de barro y con cara de lamento. Faltan cinco días para Navidad y el pueblo sigue apenas iluminado y sin ninguna decoración. Cada Navidad de guerra parece una sombra de la anterior: menos comida, menos bebida, más sillas vacías en la mesa.

La guerra y sus privaciones parecen no tener piedad, pero a Cristabel le producen una emoción extraña y que la hace sentirse culpable, y es que es precisamente la disminución de lo ordinario lo que abre paso a lo extraordinario. ¿Cómo es posible que le guste más esta herida, asolada Inglaterra, que su verde y pacífica predecesora? Porque puede conducir de uniforme por ella. Porque puede estar con un hombre sin casarse. Porque puede morir por su país, siempre que convenza a Perry de que le permita intentarlo.

—Dime. —Ahora ella siente deseos de hablar de todos los temas—.

¿De dónde has sacado esas, cómo las llamaste, «gomas»?

—De los americanos. Las suyas son más grandes. ¿Por qué quieres saberlo?

—Por si necesito más.

—¿Anoche fue tu primera vez?

—¿Por qué quieres saberlo?

—Ya lo sé. Lo pregunto para ser educado.

—Tú nunca eres educado. —Lo mira—. Bueno, pues sí, lo fue. Por lo que había oído creía que iba a ser horrible, sábanas ensangrentadas y todo eso. Pero no ha sido así en absoluto. Ojalá alguien me hubiese informado. ¿Tú has estado con muchas mujeres?

—No tantas como quisiera. —Y Leon suelta un exabrupto en ruso porque el coche no puede evitar un hoyo en la carretera y le hace caer la ceniza del cigarrillo en el regazo.

—Buen taco. No lo había oído. ¿Qué quiere decir?

—Que la vida me está jorobando. —Se limpia la ceniza de los pantalones.

—Juras en ruso y les hablas a los gatos en ruso. Y ahora sé que también en la cama hablas en ruso.

—Los gatos prefieren el ruso. Algunas mujeres prefieren el francés.

—¿Con cuántas mujeres has estado?

—No las cuento.

—Yo sí que llevaría la cuenta. ¿Son todas diferentes?

—Es un poco temprano para tener esta conversación, Cristabel.

—¿Te da vergüenza?

—No me da vergüenza. Lo que tengo es hambre, y estoy un poco cansado.

—De acuerdo, pues explícame cómo son de diferentes las mujeres en la cama. ¿Qué es lo que les gusta?

—Te lo mostraré más tarde. —Leon se ajusta la bufanda al cuello —. Voy a dormir. Despiértame dentro de una hora y conduciré yo.

—No me he despedido de Betty —dice Cristabel un momento después.

***

Llegan a Londres por la tarde y se encuentran con Perry en el entorno inesperado de la cafetería de Fortnum & Mason, donde las mujeres pudientes toman el té después de comprar en los grandes almacenes. Perry mantiene reuniones allí, explica Leon, porque ha visto que la gente discute menos delante de una porción de tarta. En una esquina de la sala, un hombre mayor con esmoquin toca villancicos, y hay decoraciones de papel colgando de las paredes.

En la mesa de Perry, un general francés de uniforme completo se va con expresión iracunda. Leon y el coronel intercambian una mirada, y el joven sigue al militar. Perry se vuelve hacia Cristabel y señala hacia un carrito de postres de tres pisos, como si la hubiese estado esperando.

—Sírvete, querida.

Cristabel se quita la gorra.

—No queríamos interrumpir tu reunión.

—Ya había acabado. A veces resulta difícil recordar que ingleses y franceses estamos en el mismo bando. Dedicamos mucho tiempo a pelearnos entre nosotros.

—¿Sobre qué?

—Quieren involucrarse más en nuestro trabajo, pero son impetuosos; les gusta jugar en los dos bandos y quedarse en el medio. Es más efectivo mantener nuestras actividades separadas. —Le abre una servilleta—. Por favor, siéntate. ¿A qué debo este honor?

—Quiero hacer más —responde Cristabel mientras se sienta—. Estoy harta de mover fichitas por un mapa.

—Lo que haces es vital. ¿Té? Aún queda mucho. Mi amigo francés no es muy aficionado.

—Puedo hacer más. He oído que puede que usen a más mujeres para llevar a cabo trabajo encubierto en Francia.

—No sé quién diablos puede haberte dicho eso. —Perry alza una ceja mientras sirve el té, y añade—: Espero que no pienses que igual te encuentras con Digby allí.

—No, a menos que esas fueran mis instrucciones.

—Esas no serían tus instrucciones.

—¿Es que necesita ser encontrado?

—Ningún buen agente necesita que lo encuentren. ¿Leche?

—Sí.

—¿Azúcar?

—Tres terrones, por favor.

Perry los deposita cuidadosamente en su taza con unas pinzas de plata, y dice:

—Cristabel, para que conste: oficialmente no usamos mujeres para ninguna misión de combate.

—Otros países sí. ¿Has leído en los periódicos lo de esa francotiradora soviética? Ha matado a más de trescientos. La invitaron a la Casa Blanca.

—Propaganda útil —replica él, y le pasa la taza y un plato.

—¿No te lo crees?

—Supongo que debe de ser buena, pero está claro que resulta más útil como noticia en los periódicos. ¿Por qué si no iba a ir a la Casa Blanca? Y además, nosotros somos ingleses, no rusos. Habría muchas protestas si enviáramos a esposas y madres a primera línea.

—Yo no soy esposa ni madre. ¿Crees que tengo alguna posibilidad?

—Eres una chica muy capaz. Te investigarían, claro. Espero que no encontraran nada alarmante.

—No lo encontrarían.

—Tu madre adoptiva tenía amigos interesantes, pero yo mismo hice investigar a Kovalsky y no es más que un revolucionario de salón.

—¿Hiciste investigar a Taras?

—Mejor prevenir que curar —contesta, y se sirve té—. Y me interesaba saber de qué clase de familia venía mi chófer.

—¿Te hubieras sacado de encima a Leon si Taras estuviese implicado en algo raro? Eso no es muy justo.

—No necesariamente. Leon tiene virtudes muy útiles. Habla varios idiomas. No le importa ensuciarse las manos, y, más importante, no tiene deseos de quedarse con mi trabajo. —Perry la mira un momento y añade—: No parece tener ninguna ambición, aparte de seducir a mis secretarias.

Para su sorpresa, Cristabel sufre un aguijonazo de celos en lo más profundo, pero alza una ceja en lo que espera que quede como un gesto de desinterés, y pone voz aduladora:

—Alguien como Leon nunca podría hacer tu trabajo.

Perry revuelve su té y dice:

—Si te recomendara para ciertos asuntos confidenciales, Cristabel,

te sugiero que vayas a algún lugar bien lejos de tu hermano. Perder a los dos Seagraves sería... ¿Cómo era eso de la obra de Wilde?

—«Perder a un padre puede considerarse una desgracia; perder a ambos parece un descuido».

—Sabía que lo conocerías. —Sonríe.

—¿Sería probable que nos perdieras? Sé sincero.

—No soy dado a especular, pero, según tengo entendido, la probabilidad de sobrevivir de un agente en Francia viene a ser del cincuenta por ciento. Uno de cada dos.

Para hacer una demostración, saca una moneda del bolsillo y la hace girar sobre la mesa. Esta rota a tal velocidad que se convierte en una esfera, y él la aplasta rápidamente con una mano antes de que se caiga sola. Pregunta:

—Cristabel, ¿has pensado alguna vez en qué hacer después de la guerra?

—Por suerte, la propia guerra ha eliminado la necesidad de pensar en eso —contesta ella, examinando el carrito de los postres.

—En muchos sentidos las guerras sirven para determinar lo que sucederá después. Por ejemplo, el general con el que estaba hablando cuando has llegado tiene opiniones muy radicales sobre la gran cantidad de comunistas que se han unido a la Resistencia desde que Rusia se pasó a nuestro bando. Teme que, si a los franceses les ayudan los comunistas a alcanzar la victoria, Moscú va a intervenir en el futuro del país.

—Si los comunistas quieren participar en la lucha, ¿por qué diablos íbamos a impedírselo?

—Sus métodos son bastante evidentes. Quieren atraer a otros a su causa. Es una forma de reclutamiento, si me permites decirlo así. O una muestra de inseguridad.

—¿Inseguridad? —repite Cristabel mientras coge un *éclair* de chocolate.

—Los agentes encubiertos no deberían necesitar aplausos. —Perry le ofrece una servilleta—. Tendrían que actuar como los mosquitos, produciendo dolorosas picaduras sin ser ni vistos.

—Pero ganar es lo principal, ¿no? Es inútil liarnos con disquisiciones políticas. Caramba, esto tiene gusto a crema de verdad.

—Lo es. Y tienes razón: nuestro objetivo debe ser ganar. Pero

incluso antes de que empezara la guerra había gente que pensaba en cómo estar en posición ventajosa cuando esta acabara. No puedo creerme que la formidable Cristabel Seagrave no haya considerado también su propio futuro —contesta Perry, colocando la taza en el centro exacto del plato—. Cómo sería casarse, tener una familia.

Cristabel hace una mueca de disgusto. Esa clase de preguntas siempre le han parecido tediosas, un petulante tirarle de la manga; y ahora que están hablando de cómo ganar la guerra le resultan totalmente irrelevantes.

—No tengo tiempo como para pensar en esas cosas.

Lo mira y nota una extraña expresión fugaz en su rostro, antes de que él aparte la vista y diga:

—Ah, aquí está Leon. No pensaba que fuese a volver tan pronto. Parece que nuestro colega francés no ha necesitado que lo conduzcan a sus aposentos.

Leon llega a la mesa y hace un gesto a Cristabel para que se detenga.

—No deberías comerte todo eso. Tendrías que compartirlo conmigo.

—Yo he conducido la mayor parte del camino —replica ella.

—Exacto. Necesito esa cosa de chocolate para recuperarme.

—¡Cómo te atreves! —Pega un gran mordisco, pero le coloca el resto en la mano.

—¿Cuándo tienes que volver a tus deberes, Cristabel? —pregunta Perry, que los observa mientras mueve con un dedo la moneda por la mesa, como si estuviera considerando apostar en una ruleta.

—Esta noche. ¿Podría llevarme Leon de vuelta?

—No, creo que no —responde Perry—. A fin de cuentas, no es su coche. —Ella lo mira desde el otro lado de la mesa, pero no a los ojos —. Esto es lo que voy a hacer, Cristabel. Voy a hacer una llamada por ti. Sugeriré que te consideren para un trabajo especializado de campo. A partir de ahí es cosa tuya. —Coge la moneda y se la da con una sonrisa a una camarera que pasa.

El capitán Potter

Enero de 1943

La carta que la invita a una reunión con el capitán Ebenezer Potter, del Ministerio de Pensiones, es tan deliberadamente inocua como la sala en la que se encuentra con él, en la parte trasera de un hotel de Whitehall. A juzgar por las cortinas florales y el dibujo de la moqueta, el lugar era antes una habitación. Está completamente vacía a excepción de una mesa de madera —en la que solo hay un paquete de cigarrillos y un plato usado como cenicero improvisado— y dos sillas también de madera, una ocupada por el capitán Potter.

—Cristabel Seagrave —dice, levantándose para darle la mano—. Me alegro de conocerla. ¿Ha ido a Londres esta mañana?

—No, he dormido en casa de una amiga.

—Excelente. Siéntese. ¿Cómo van las cosas por el mando? —pregunta, y Cristabel se da cuenta de que el hombre no tiene intención de ocultarle que ya sabe demasiado sobre ella.

—Mucho trabajo.

El capitán Potter es de mediana edad, lleva uniforme de tierra, con el pelo oscuro engominado y una mirada expresiva y vigilante. Su boca forma una línea recta, casi distraída o como si tuviese algo dentro. Dice:

—Teniente Seagrave, ha sido convocada aquí porque creemos que puede ofrecer una valiosa ayuda en la guerra. Tenemos entendido que domina el francés y que durante su adolescencia pasó un tiempo en el país.

—Mi madre adoptiva me enviaba allí siempre que podía.

—¿Ella no la acompañaba?

—Íbamos con nuestra niñera, mademoiselle Aubert. Nos

alojábamos en pensiones normandas. Ella dormía largas siestas y nosotros vagábamos por las calles.

—Con «nosotros» se refiere a usted, Florence y Digby Seagrave. ¿Un cigarrillo?

—Sí. Gracias.

—Después estudió en una escuela de élite, en la que aprendió algo de alemán.

—No estuve allí mucho tiempo. Sé lo básico, pero nadie me tomaría por nativa.

—¿Pero por francesa sí?

—Eso creo.

Él enciende primero el cigarrillo de Cristabel y después el suyo, antes de pasar al francés para preguntarle:

—Me dicen que tiene un teatro al aire libre en su casa. ¿Es usted actriz?

Ella contesta, también en francés:

—Lo hacía de niña, pero de adulta prefiero hacer de directora.

—Una directora también tiene que salir al escenario al final de la representación para que le entreguen un ramo de flores.

—La verdad es que no es una costumbre con la que yo me sienta cómoda. Creo que subestima el logro colectivo del elenco.

—¿Evita usted los focos?

—No los busco, si es eso lo que quiere saber.

—¿Le resulta difícil recibir órdenes?

—No si tienen sentido.

—¿Sabe montar en bicicleta?

—Sí.

El capitán Potter se inclina hacia delante en el escritorio y vuelve al inglés para preguntar:

—Dígame, como joven inteligente que es, ¿qué piensa usted de los nazis?

—Desprecio a los nazis y todo lo que representan.

—Entonces, ¿qué cree que ven en *herr* Hitler sus seguidores?

—No quiero simplificar, pero los nazis que he visto en Europa parecían muy enamorados de su uniforme. De los desfiles. De la grandiosidad de los actos públicos. Incluso antes de estar en guerra podían mostrarse como guerreros.

—¿Y qué joven no desea ser un gran guerrero? —Cristabel no dice nada. La pregunta no parece tener respuesta—. Y las mujeres jóvenes devotas de nuestro amigo Adolf, ¿qué opinión le merecen? —Juguetea con el cigarrillo, pasándoselo entre los dedos.

—No sé qué pensar de ellas. En Austria me alojé con una mujer que estaba fascinada por los nazis. Le oí todos sus discursos, pero nunca entendí el porqué.

Lo recuerda con claridad: la apiñada sala de estar en la cabaña, la retransmisión por radio de los rugidos entre estática de lejanos miles de personas aplaudiendo, y la severa voz alemana que proclamaba que *mientras el hombre creaba las grandes líneas y formas, la tarea de las mujeres era llenar esas líneas y formas de color*. Y cómo había aplaudido su anfitriona. ¿Qué la había maravillado tanto?, se preguntó. ¿O era sencillamente la palabra «color»?, como una niña complacida por flores brillantes.

—¿Cómo se lleva usted con otras mujeres? —pregunta el capitán Potter.

—Puedo entenderme con cualquiera si es necesario. ¿Por qué?

—Estoy haciéndome una idea de su carácter. ¿Se describiría a sí misma como una persona política? —continúa él, del que Cristabel duda que ese sea su verdadero nombre, al igual que duda de la existencia del Ministerio de Pensiones.

—Sé distinguir lo correcto de lo equivocado.

—Su situación familiar es inusual. Su padre murió cuando era usted muy joven. Menciono esto porque creo que las lealtades de una mujer siguen invariablemente las de su padre. Las niñas pequeñas adoran a papá, y si papá es leal a su país es de lógica que ella también lo será. Pero si no tiene padre... —El capitán Potter levanta las manos.

—Tampoco tuve madre —replica Cristabel.

—¿Alguna vez ha pensado en cómo hubiera sido todo de tener padres?

Ella niega con la cabeza. Nunca se le ha ocurrido considerar una infancia alternativa. Su padre estuvo hasta que dejó de estar, y la forma sólida, densa, de su muerte bloqueó cualquier otra posibilidad. Su madre, en cambio, nunca estuvo, y Cristabel es muy celosa de su propia indiferencia al respecto; es una ausencia que nadie puede tocar.

—Capitán Potter, mucha gente de mi generación ha perdido a sus

padres. No creo ser la única huérfana con la que se haya encontrado usted.

—Tristemente, no. Solo siento curiosidad por cómo se forma el carácter en ausencia de los padres. Antes de la guerra yo era escritor, así que pienso mucho en el carácter de la gente. Usted debe de sentir lo mismo, dado su interés por el teatro. ¿Qué es lo que nos conforma como personas en la infancia?

Es extraño, pero en ese momento Cristabel piensa en Leon tal como lo ha visto esta mañana, en su estudio en la parte más alta de un edificio cerca de Saint James's Park. Estaba semidesnudo, con una toalla a la cintura, afeitándose en la pila del rincón, la navaja rasgándole la piel. Su habitación tenía vistas superiores a conductos de ventilación, cañerías de drenaje y desagües, y, mucho más abajo, un callejón lleno de hoteles y clubes de entradas y salidas silenciosas, con un hombre con chistera esperando.

En la habitación no había nada sentimental. No había libros ni fotografías. Solo una radio y una botella de ron. Compartía el alojamiento con un marino de largas ausencias. El espacio estaba dividido por una sábana colgada del techo. Era un espacio vacío, temporal, dispuesto para ser abandonado fácilmente. Una trastienda, un campamento. A ella le pareció muy lógico.

Pensó en cómo, sin instrucciones o un ejemplo que seguir, Leon había tenido que crecer solo, y lo había hecho como cualquier otro niño con recursos, usando las herramientas de las que disponía. Ella había actuado igual: se había creado un modelo de sí misma para funcionar en el mundo. Eran copias esbozadas, dibujos infantiles, Mowglis que habían aprendido por sí mismos a caminar erguidos y a ponerse ropa.

Los ojos oscuros de Leon en el espejo al observarse mientras se ponía presentable, la conocida ruta de la hoja de afeitar, la forma casi violenta en que esta cumplía con su función higiénica. Esperar sentada en el borde de su cama. Los uniformes militares de ambos.

—No creo que los padres sean siempre necesarios —contesta.

—Entonces, ¿diría que ser huérfana le desarrolló el sentido de autoconservación?

—Posiblemente. Tuve que hacer muchas cosas por mí misma, aunque nunca dejé de hacerlas.

—¿Qué le diría a alguien que cree que no debería llamarse a una mujer para participar en una guerra?

—Si puedo ser de utilidad para mí país, este debería tenerme en cuenta.

El capitán Potter asiente con entusiasmo.

—Tengo mucha fe en las mujeres que recluto. Sin contar con nadie trabajan mejor. Mantienen la cabeza fría. Los hombres están tan habituados a estar en compañía de otros hombres que se acostumbran a ello.

Cristabel dibuja una sonrisa y apaga su cigarrillo.

—¿Cuál es su actual situación doméstica? —pregunta el capitán Potter—. Si la recomiendo para más instrucción, ¿quién se encargaría de la casa familiar? Teniendo en cuenta que su primo Digby también está en servicio activo.

Cristabel se pregunta cuánto sabrá él sobre Digby. Responde:

—Creo que mi hermana Florence está más que capacitada para gestionar la propiedad, lo que es curioso, porque no creo que antes de la guerra hubiese dicho eso.

—La guerra nos hace más responsables. —El capitán Potter da una palmada en el escritorio—. A unos pocos afortunados nos permite elevarnos a alturas que de otra forma sería imposible. Sacamos lo mejor de nosotros mismos.

Ella siente que el hombre está disfrutando de la conversación y desea prolongarla igual que uno alarga una partida de póker o un combate de esgrima. Ha observado que hay hombres a los que les satisface esa clase de interacción con las mujeres. Pero ¿cómo acabar para obtener el resultado que desea sin ofenderlo? ¿Es del tipo al que le gustaría que ella hiciera una floritura con la espada y siguiera coqueteando intelectualmente un rato más, o preferiría que fuera a por su garganta? Piensa un momento, recuerda lo mucho que odia los juegos de salón y oye a su tío Willoughby susurrarle: «Las dos manos en la espada, Cristabel». Dice:

—Capitán Potter, ha hablado usted de lealtades. Yo soy leal a mi familia. Soy leal a mi país. Pero esas no son las razones por las que estoy aquí. Estoy aquí porque no soporto la injusticia. La idea de Hitler y sus adláteres desfilando por Europa como si les perteneciera me revuelve las tripas. Es hacer de matones a gran escala y lo desprecio.

Desprecio la situación y a ellos. Quiero ir a Francia en cuanto pueda y, de ser así, hacer lo que sea que se me pida para derrotar al enemigo. Lo que sea. ¿Puede usted hacer que esto suceda?

El capitán Potter abre las palmas y choca los dedos. Los ojos le brillan mucho.

—Alguien se pondrá en contacto con usted.

Nuevos reclutas

Marzo de 1943

En el asiento trasero del coche, Cristabel cruza las manos en el regazo. No está acostumbrada a sentirse nerviosa.

Viste un nuevo uniforme color caqui, el de subalterna en el Cuerpo de Enfermería de Primeros Auxilios de la Caballería Voluntaria, una organización civil que, según le han dicho, le permitirá ser entrenada en el uso de las armas. A las mujeres del ejército se les prohíbe formar parte de acciones de combate, pero, paradójicamente, las civiles no tienen tantas restricciones. Está en un coche sin distintivos, un enorme Chrysler con cortinas negras que cubren las ventanillas de los pasajeros, y la llevan a una mansión de Surrey que funciona como escuela preliminar para agentes encubiertos. La conductora es una mujer joven también de caqui.

Cristabel duda de si entablar una conversación con ella. Lo poco habitual de ser una mujer uniformada en un coche conducido por otra mujer uniformada ha minado la sensación que ha tenido desde que supo que el capitán Potter la seleccionó para ser entrenada en trabajos confidenciales, la de que había pasado al otro lado del espejo. Es emocionante y desorientador, y se siente curiosamente nerviosa, como al principio de una noche de estreno. Se examina las manos en el regazo, comprueba tener las uñas limpias.

El coche aminora la velocidad hasta detenerse. Cristabel abre la cortina. Han llegado al exterior de una mansión isabelina rodeada por pinos. Sus techos diagonales y múltiples chimeneas le recuerdan a Chilcombe, pero en esta hay gente uniformada, hombres y mujeres jóvenes, que van y vienen por el jardín; es su primera visión de otros nuevos reclutas. En el hotel donde se había encontrado con el capitán

Potter solo había visto al portero que la había dejado entrar; el resto del edificio estaba extrañamente vacío.

La conductora le pasa sus maletas, le desea buena suerte con tono solemne y Cristabel se dirige a las puertas principales, donde una oficial que la conoce por su nombre le permite entrar. En las paredes del pasillo hay tablas de horarios junto a mapas con alfileres clavados. Cristabel se dirige automáticamente hacia la escalera principal, pero la oficial de ordenanza la desvía a un pasillo que conduce a otras estrechas escaleras en la parte trasera del edificio y le dice que va a compartir habitación en la planta superior con otra mujer, que resulta estar ya allí cuando Cristabel llega. Una mujer bajita de pelo negro, que se está empolvando la nariz y la saluda con entusiasmo, dándole un beso en las dos mejillas al estilo francés, y le dice:

—¡Bienvenida a esta casa de locos! Cuando estés lista me encontrarás en el bar, cariño.

Cristabel saca las pocas cosas que había metido en su maleta, coloca la diosa Sejmet en la mesilla de noche y se mira en un espejo. Se yergue al máximo, levanta la barbilla, respira hondo, prueba a sonreír y asiente.

Vuelve abajo a buscar el bar. Está en lo que Cristabel imagina que era la sala de estar, y que ahora contiene una mezcla de mesas ocasionales, sillones y una barra de bar de aspecto improvisado en un rincón, tras el cual se encuentra la mujer pequeña, que prepara un Dubonnet con limón amargo para cada una. Cuando Cristabel entra exclama «*Bonjour, chérie!*». Varios hombres uniformados que leen el periódico en los sillones observan con curiosidad a la recién llegada.

—¿No es un poco temprano para beber? —pregunta Cristabel. Son las diez de la mañana.

—El bar está abierto todo el día; así pueden detectar si alguien le tiene demasiado cariño a la bebida —responde la mujer—. Dicen que no les gusta que sus chicas beban, pero lo que quieren decir es que no les gusta que aguanten el alcohol mejor que ellos. —Su acento es una alegre y caótica mezcla de francés y *cockney*.

—No empieces con eso otra vez, Sophie —rezonga uno de los hombres—. Aún no me he recuperado de anoche.

Sophie guiña un ojo a Cristabel y le da su copa.

—Por ti, cariño —le dice—. Soy Sophie Leray. Encantada. Intenta

no caerte.

***

Hay doce nuevos reclutas, dos mujeres y diez hombres, y hacen la instrucción juntos. En el cuerpo femenino eso había significado una serie de ejercicios repetidos sin fin; en cambio, en la mansión de Surrey es curiosamente como estar hospedada en una casa de campo, con actividades de grupo intercaladas con comidas de verdad.

Cada día comienza corriendo a primera hora por una pista de obstáculos, las mujeres con equipo de combate prestado, seguido por un desayuno caliente. Después dan clases sobre códigos y construcción de modelos con mecano, o hacen variantes del juego de memoria en que varios objetos en una bandeja son cubiertos con una tela y se extraen uno a uno. Tras el almuerzo, lanzan granadas de mano en una cercana mina de caliza o nadan en la piscina helada que hay detrás de los pinos. Por la noche cenan vestidos de uniforme completo y caminan hasta el pueblo más cercano para ir al pub, donde los demás clientes los observan con curiosidad.

—Esto no nos lo enseñaron en el colegio —susurra una mañana Sophie mientras escriben el alfabeto en clave morse.

—Yo no fui al colegio —replica Cristabel, su cerebro repleto de puntos y rayas.

—No te perdiste nada.

Hay partes de la instrucción que Cristabel domina con facilidad, como trepar un árbol y bajar usando una cuerda, con Sophie abajo gritando: «¡Por Dios! ¿Es que creciste en la selva?»; y, debido a su experiencia en la caza, está familiarizada con disparar un arma, aunque las pistolas son nuevas para ella, y disfruta con aprender a desmontarlas y volverlas a montar. Pero otras lecciones son más difíciles.

***

Una mañana los convocan en el jardín, donde hay colocadas

colchonetas sobre la hierba. Ya están allí un par de monitores, desnudos hasta la cintura como antiguos griegos, los brazos a la espalda. El instructor físico, un hombre musculoso con acento de Lancaster, no pierde un segundo en informar a los reclutas de que presten atención porque lo que van a aprender podría salvarles la vida.

Utilizando a los dos monitores semidesnudos como modelos, el instructor repasa rápidamente una serie de movimientos de lucha libre. Cómo usar el peso del oponente contra él, cómo tirarlo al suelo. Agarra a uno de los hombros y lo hace volar por los aires hasta que cae sonoramente de espaldas.

—¿Quién va ahora? —los reta—. ¿Qué tal una de vosotras, chicas? Me han dicho que queréis enfrentaros a los nazis.

—La mayoría de los hombres me invitan a una copa antes de intentar tirarme por el suelo —dice Sophie.

—La mayoría de las mujeres tienen criterio como para no pensar que pueden combatir en una guerra —replica el instructor, entornando los ojos—. Hitler no va a tener tiempo para escuchar tus excusas, chica, y yo tampoco.

Cristabel da un paso hacia la colchoneta.

—Vamos.

Oye cómo uno de los reclutas masculinos dice:

—No sea duro con ella.

Y ella replica en voz alta:

—De acuerdo, lo intentaré.

El instructor se ríe y después se acerca, encorvado, adelantando los brazos. Sabiéndose observada, Cristabel intenta imitar lo que hace él, pero mientras estudia cómo mueve los pies, el hombre le agarra las piernas y se las levanta, haciéndola caer en la colchoneta con un golpe que la deja sin respiración. Baja la vista hacia ella y le dice:

—Eres alta. Tienes distancia desde la que caer.

Uno de los monitores la ayuda a ponerse en pie, y va a abandonar la colchoneta cuando el hombre vuelve a agarrarla.

—Prueba con él —dice, señalando al instructor general—. Esta vez baja un poco más. Tenemos una guerra que ganar, señoritas.

Cristabel respira hondo y nota que los dientes le rechinan. Se encorva, adelanta los brazos. El instructor general se le aproxima y la agarra por los hombros. «Agárrame», sisea, así que ella también lo ase

de los hombros, manos contra piel desnuda. Tiene la cara muy cerca de la de ella, la mirada muy seria. Hace movimientos repentinos, empujando o tirando de ella hacia delante y hacia atrás. En una ocasión él consigue agarrarle un pie con el suyo, pero ella se zafa de una patada. Al no conocer la técnica, intenta tumbarlo de un empujón; consigue hacerle dar unos pasos atrás pero enseguida se recupera y, en cambio, es ella la que es lanzada al suelo, y esta vez él se le sienta encima, clavándola a la colchoneta, con un codo contra su garganta. «Lo lamento», le susurra. Cristabel lo siente respirar, el movimiento de las costillas de él contra su pecho.

—¿Te rindes? —pregunta el instructor, mirando abajo. El instructor general levanta el codo para que pueda hablar.

—No, señor.

Él sonríe.

—Así me gusta.

***

Aquella noche, Cristabel está sentada en el baño, examinando los moratones que tiene en las caderas, los rasguños en los codos. La sesión fue mejorando a medida que se familiarizaba con las técnicas, pero siempre acababan venciéndola. Los reclutas masculinos fueron más rápidos en entrar al cuerpo a cuerpo; no tenían ninguna reserva en agarrarse unos a otros y rodar en un lío de extremidades. La mayoría de ellos debían de haber aprendido a hacerlo en el cole. Seguro que desde pequeños luchaban, jugaban al rugby, se familiarizaban con los cuerpos de otros. A ella la enseñaron a mantenerse a distancia. No toques eso. Quita la mano. ¿Dónde tienes los guantes?

Se mira las manos. Seguramente con una le sobrarían dedos como para contar la cantidad de gente a la que ha tocado. Digby y Flossie. Leon. Maudie y la nani que la cuidaba cuando era un bebé. No sabe si su madre la tuvo alguna vez en sus brazos; de ser así, igualmente ella no lo recordaría. Y ahora, los hombros sudados de un instructor general, los brazos musculosos del instructor físico («¡Agarra fuerte la piel, chica!»), las cinturas, espaldas, cuellos y piernas de sus

compañeros. Sophie, que le pasó un brazo por el cuello mientras volvían exhaustas a la casa.

En el antebrazo ve una línea de marcas rojas dejadas por los dedos de uno de los oponentes, como una colección de huellas digitales impresas en sangre.

***

Los instructores y los oficiales de la casa son gente a la que está acostumbrada —militares bruscos o refinados exalumnos de Eton—, pero los estudiantes son más diversos; británicos, franceses, checos, belgas, mauritanos, canadienses o alguna combinación. Solo hay dos con experiencia militar; el resto ha sido seleccionado por su dominio de los idiomas o cualquier otra cualidad que el capitán Potter haya visto en ellos. Hay un periodista, un maestro, un piloto de carreras y un acróbata. Sophie, de padre francés y madre inglesa, trabajaba en la tienda de moda de su padre, en Hackney, cuando vio un anuncio en el periódico en el que se pedía secretarias bilingües.

La naturaleza de su trabajo, aquello para lo que están siendo formados, es curiosamente intangible, y las conversaciones entre instructores que Cristabel oye en el bar son tan vagas que sospecha que es intencionado, que en este lado del espejo se borra deliberadamente la concreción. El secretismo es contagioso. Aunque a menudo se pregunta si Digby habrá estado allí antes que ella, nunca pregunta. Le parece importante concentrarse en lo que tiene entre manos. Arrastra cualquier pensamiento de Digby hacia el rincón de la mente donde se dedica a darle vueltas a todo a las tres de la madrugada.

Tiene la sensación de que el rol de los reclutas es un enigma del que son a la vez parte e investigadores. Le recuerda a las escenas de películas en que un detective reúne a todos los invitados a una fiesta para informarles de que está investigando un asesinato y el culpable sigue entre ellos: la deliberada ligereza de las repuestas de los invitados —*Oh, cielos, espero que no*—, cómo se miran unos a otros.

***

A medida que pasan las semanas, va averiguando gradualmente que la organización en la que se encuentra es de nueva creación, con el fin de enviar agentes a los países ocupados. De la sección francesa se encarga un hombre llamado coronel Buckmaster. Lo conoce de pasada un día en que él está de visita en la mansión. Es tan pálido y anodino como Perry, elevado, habla entre murmullos, tiene el aire abstracto de alguien siempre ocupado en cuestiones de alto nivel.

La organización se oculta tras un borrón de seudónimos, todos muy poco remarcables: la Oficina de Enlace Interdepartamental, la Dirección Técnica Conjunta. Su nombre oficial es *Special Operations Executive* (Ejecutiva de Operaciones Especiales), SOE, que los instructores más lenguaraces dicen que significa «Siempre Oficinas Enormes», dado su frecuente uso de mansiones; la mayoría se refiere a ella simplemente como «Org». No forma parte del ejército regular ni de los Servicios Secretos establecidos, y, como muchos de los reclutas, está considerada como una especie de apuesta *amateur*, entre otras razones por su disposición a usar civiles como agentes, algunos de ellos mujeres.

Algunos de los instructores parecen particularmente molestos por la presencia de reclutas femeninas, y se encargan de que todos lo sepan mediante comentarios sarcásticos o chistes sobre mujeres, sobre todo después de unas rondas en el pub.

—Creen que tener mujeres aquí va a estropearles la diversión —dice Sophie mientras les lleva las copas a una mesa, ignorando los comentarios de un par de instructores en la barra—. Las guerras siempre han sido solo para chicos. Por eso, les gustan tanto.

Aunque a Cristabel la decepcionan las bromitas tontas y le escuece un poco cuando le dicen que no tiene sentido del humor, decide ignorar todo eso. Da las gracias por contar con la compañía de Sophie. Ser la única mujer entre hombres que se hacen los graciosos hubiese resultado difícil; un equipo de dos, en cambio, compartiendo mesa y paquete de cigarrillos, es un frente unido.

Y tampoco es que tenga mucho tiempo para pensar en eso. La agenda de los nuevos miembros es intensa, y a cada paso son

observados por oficiales que valoran su adecuación. No todos van a llegar hasta el final. Ser estudiados así añade a todo un aire de seriedad. Toda actividad, por absorbente que sea, es también un examen. Cada lección completada es una marca en una casilla.

A Cristabel la satisface esa simplicidad; así necesita de toda su concentración y no le deja margen de error. Es un sistema puro como una máquina. Al final del día se sumerge en la piscina de agua helada, mientras el aire a su alrededor se parte en pedazos por el ruido de las prácticas de tiro cercanas. El golpe del chapuzón, el burbujeo del agua que la recibe. El chasquido y el retroceso de las armas. Cuando se mete en la cama por la noche, el sueño acude como un puñetazo.

***

Los reclutas están encerrados en la burbuja de su nuevo y extraño mundo. Se les repite una y otra vez que en ningún caso pueden compartir lo que aprenden. Han firmado el Acta de Secretos Oficiales, se les prohíbe hacer llamadas telefónicas, y sus cartas son tan completamente censuradas que casi no les vale la pena escribir nada. Cristabel se siente un poco vacía sin sus monólogos escritos, su forma de expresar pronunciamientos y opiniones, pero también nueva en cierto sentido: al impedírsele escribir su propia historia, es quienquiera que sea cuando se despierta. Más silenciosa. Sola. Sola entre otros que también están solos.

—Puedes usar el baño tú primero —dice Sophie desde la cama de al lado con una sonrisa somnolienta—. No voy a levantarme tan temprano por muy alto que toquen esa maldita trompeta. —Por la mañana, sin su maquillaje, más que joven parece una niña.

Sophie tenía novio, Bob, bombero, que murió en el Blitz. Un bebé llamado Paul, que está con los padres de ella en Hackney. Un admirador americano, que le envía lápices de labios Elizabeth Arden desde el otro lado del Atlántico: rojos desafiantes. Lo usa antes de ir al pub, remarcando intensamente el contorno de su boca, mientras le dice a Cristabel:

—Desde que Bob se fue, nada me interesaba. Estaba deprimida. Entonces me salió esto. Me alegré de decir que sí a algo. Estar todo el

día sentada me estaba matando. —Usa un pañuelo de papel, apretándolo contra los labios, como en un beso. En el pub continúa—: Aquí todo es diferente, ¿no? Tú y yo nunca nos hubiésemos conocido en la vida normal. A menos que vinieses a la tienda de mi padre a comprar un vestido.

—Yo no voy de tiendas si puedo evitarlo —contesta Cristabel, tomando cautelosos sorbos del vino afrutado que Sophie le ha insistido que pruebe.

—Y tampoco sabes cuándo te toca invitar a una ronda. —Sophie le da un empujoncito amistoso.

Sí, hay muchas cosas que Cristabel no sabe. Al escuchar los relatos de sus compañeros sobre comidas familiares y fiestas, se da cuenta de que su propia vida doméstica no es nada común. Observa a Sophie —su encanto hablador, su popularidad— y siente por vez primera las dificultades de haber sido forjada por una familia y una educación extrañas que la hacen dudar de las cosas más normales, de sus formas, sus texturas.

Pero hay una cosa que sí sabe: cómo escuchar a una gran casa. La noche en que los instructores se cuelan en las habitaciones de los alumnos para poner a prueba sus reacciones, Cristabel está detrás de la puerta, lista para recibirlos.

—¿Cómo sabías que iban a venir, cariño? —le pregunta Sophie en el desayuno.

—Crecí en una casa como esta —responde Cristabel mientras come sus gachas.

—Pero no te venía gente de puntillas en la oscuridad.

Cristabel piensa en lo vigilante que ha sido durante su versión juvenil, escondida en el tejado.

—No era muy diferente.

—Caramba. —Sophie se ríe—. Recuérdame no ir nunca a tu casa. Aunque tampoco creo que invitaran a alguien como yo. Más bien me cobrarían entrada.

Cristabel frunce el ceño.

—No sería necesario. Vendrías conmigo.

—Pues hagámoslo, ¿de acuerdo? Cuando todo esto acabe. —Su tono es de broma, pero contiene una petición que Cristabel se toma en serio.

—Lo haremos —dice.

***

Después de tres semanas en Surrey, los dos estudiantes más flojos son eliminados, y el resto viaja a Escocia para un mes más de formación. Uno de los instructores lo llama «curtido», como si ellos fueran tiras de cuero. Se alojan en la remota costa oeste, en una residencia victoriana de granito. Situada al borde de un lago contra una montaña escarpada, la casa ha sido elegida por lo aislada que está; como en la mansión de Surrey, le han quitado la placa con el nombre y lo han sustituido por un número. Allí los instructores son cazadores, montañistas, exploradores polares, hombres que van a enseñarles el arte de la supervivencia.

Los reclutas son enviados en marchas inacabables, a abrirse paso por entre la niebla y la lluvia, y a comer solo lo que consiguen cazar. Cristabel da las gracias por las lejanas lecciones de Maudie sobre cómo despellejar conejos. Se hacen refugios con ramas, hogueras con excrementos secos del ganado. El trabajo físico los iguala a todos: están igualmente cansados, igualmente empapados. Las dificultades hacen de ellos un equipo, leales los unos con los otros, afectivos entre bromas. Unidos contra los instructores, los insectos, los lodazales, hablan de las salidas nocturnas que compartirán en Londres cuando todo haya acabado.

Ya no importa quiénes son o de dónde vienen. Ni siquiera el que unos sean hombres y las otras mujeres. Cristabel es la mejor tiradora, un checo corpulento es el mejor cocinero. Hay una camaradería entre los reclutas que ella nunca había vivido.

Decide que, por mucho que se resienta de las injustas ventajas que se le da al sexo opuesto, no desea ser un hombre, sino que no importe el que ella sea una mujer. Desea esto. Esta amistad, esta aceptación. Ser valorada por lo que puede hacer en vez de recibir instrucciones sobre lo que no puede.

Juntos, los reclutas aprenden cómo saltar de un tren en marcha, cómo hacer señales con un reflector, cómo usar un equipo de radio para enviar y recibir mensajes en clave. Sophie, tan detallista sobre su

apariencia que se riza las pestañas cada mañana, se revela igualmente detallista con la radio; sus dedos ágiles son varias veces más rápidos que los del resto, incluso bajo un aguacero. Practican cargar y disparar armas en la oscuridad, aprender a disparar desde la cadera acurrucados, siempre pegando dos tiros para asegurarse.

Un par de expolicías les enseñan métodos para matar silenciosamente que han aprendido en los callejones de Shanghái. Parece casi ridículo que existan clases de cómo acabar con una vida, que eso pueda ser reducido a una sucesión de sencillos pasos. *Un golpe rápido hacia arriba y hacia atrás*. Circula el rumor de que un alumno mató accidentalmente a un instructor haciendo eso. Hay muchos rumores de ese estilo, fabulaciones de aviso sobre agentes descuidados y sus errores mortales o sobre los pequeñísimos fallos que los delataron en el campo de batalla: el que tomó sopa con cuchara y no del bol directamente, el que llevaba guantes con un *made in England* cosido en el interior de un dedo, el que miró hacia el lado equivocado al cruzar la calle.

Uno de los expolicías, hombre afable de unos cincuenta años, les muestra cómo usar un estilete diseñado especialmente para ellos y que es capaz de penetrar hasta los más gruesos uniformes militares. Es perfecto, dice, para la lucha cuerpo a cuerpo y para «quitar de en medio a centinelas»; un interesante eufemismo, piensa Cristabel, como si movieran al centinela a otro lugar en vez de dejarlos muertos con un agujero entre las costillas.

—Cualquier cosa puede usarse como arma —explica el expolicía —, pero este cuchillo es especialmente bueno. —Lo muestra. Están en una sala en la planta baja de la casa; unas grandes ventanas permiten ver desde el jardín hasta el lago azul oscuro más allá. Los reclutas están sentados en sillas plegables, cada uno con su propio cuchillo, y el expolicía se apoya en un escritorio junto a un muñeco de paja con traje y bombín. Continúa—: Pero no es para pusilánimes. Con una pistola podéis matar a distancia; es tan sencillo como dispararle a una paloma. Con un cuchillo tenéis que apretaros tanto a la víctima como a vuestras parejas. —Deja el cuchillo en la mesa, toma un sorbo de una taza de té—. Cualquiera puede disparar una pistola. Pero si vuestro cerebro empieza a interferir cuando usáis un cuchillo, puede resultar fatal.

—A mí mi cerebro nunca me interfiere en nada —dice Sophie, y todos se ríen.

El expolicía sonríe amablemente.

—No siempre es un trabajo limpio. Puede que tengáis que estrangular al enemigo si el cuchillo no ha sido suficiente. Y después tenéis que iros y olvidarlo. Esa es la parte más importante.

Cristabel se pasa el cuchillo por la palma, siente el precioso equilibrio entre la delgada hoja y el mango de latón. Aparta la vista para que su mano se acostumbre al tacto, mira por la ventana las pendientes del jardín con estructuras de ladrillo sin ventanas para simular confinamientos solitarios, y el lago, donde van a ser sumergidos para poner a prueba su resistencia al frío. Ahora cada día parece un poco más cuesta arriba, el camino más estrecho, el oxígeno más escaso. El expolicía pregunta:

—¿Quién recuerda las partes más vulnerables del cuerpo del objetivo?

Cristabel alza el cuchillo.

***

A veces, van en canoa siguiendo la costa, evitando afilados escollos y playas de arenas blancas. En días luminosos el mar es de un color turquesa imposible, y cuando el sol se pone aparecen en el cielo franjas de extravagantes rosas y púrpuras que iluminan las escarpadas islas que divisan desde la orilla. En esos momentos Cristabel siente una felicidad intensa, tiene una percepción casi dolorosa de estar viva y respirar.

El movimiento de la canoa mientras atraviesa el agua, el ritmo constante de su avance, el sol en el mar.

En los picos más altos cercanos a la casa hay gavilanes. En ocasiones los ve, planeando en las corrientes ascendentes, dibujando círculos en el cielo con alas de largos vuelos, sus lamentos cayendo a tierra. Una vez, corriendo por la mañana temprano por el campo, se encontró con uno en el suelo, una garra amarilla agarrando a un roedor que se retorcía. Era más grande de lo que esperaba. Un rey con abrigo desgarbado y una capa de plumas de color crema y rojizo, con

un pico en forma de gancho y una mirada poderosa y fija. Se observaron el uno al otro, y ella sintió que el ave la contemplaba como a una igual. En la distancia sonó un silbato. El gavilán emprendió el vuelo con su presa, las pálidas plumas de debajo de las alas al descubierto, y Cristabel corrió de vuelta a la casa, sin oír nada excepto la sangre golpeándola en los oídos, el rugido del viento.

Luna llena

Junio de 1943

Es una noche húmeda de junio. La casa y sus habitantes están inquietos. Cristabel oye los grifos que se abren, los muelles de los somieres que crujen, a alguien que llama a otro en sueños. Tumbada en su cama, bajo el peso del aire inmóvil, oye cómo fuera caen las lentas gotas de lluvia. Suena su despertador. Son las 22:00 horas.

Se pone la bata y va a lo que llaman un «desayuno temprano». Es la única sentada en el comedor bajo una luz eléctrica parpadeante cuando una alférez de aspecto cansado le trae su té y tostadas. Las ventanas no muestran sino noche y lluvia. Mientras come metódicamente ve a Joan, una supervisora de la Org, que se acerca a ella.

—Anímate. Según el parte, más tarde va a mejorar. Apuesto a que sales esta noche.

—Dice lo mismo cada noche —replica Cristabel

Lleva una semana en la «escuela de salida», una mansión georgiana oculta en el verde Bedfordshire que aloja al personal de la RAF de un aeródromo cercano y a agentes que esperan el transporte al continente. Cada noche la han llevado a las pistas, y cada noche han anulado el vuelo porque las nubes han tapado la luna, que los pilotos necesitan para navegar, por lo que solo tienen un abanico de doce días antes y después de la luna llena para intentar llegar a Francia. Es por eso que se los conoce como «escuadrones lunares», y contemplan el cielo nocturno con el fervor de los astrónomos y los amantes.

—Vamos a vestirte y prepararte —dice Joan.

***

De vuelta en la habitación de Cristabel, Joan la ayuda a ponerse la ropa del personaje en el que se convertirá en Francia: Claudine Beauchamp, una estudiante de literatura que está visitando a unos familiares en el campo mientras se recupera de una larga enfermedad. Claudine lleva ropa interior de lana y camiseta de invierno —Joan dice que en el vuelo va a pasar frío—, una blusa beis con una cuidadosa etiqueta francesa falsa en el cuello, un suéter marrón también de lana y un traje chaqueta de *tweed*. En los pies, medias escocesas y zapatos de caminar deliberadamente avejentados.

Claudine tiene el pelo más largo que antes Cristabel, con un *garçon manqué* detrás a insistencia de Joan de que no puede ir a Francia con pinta de marimacho. En el bolsillo de la chaqueta lleva unas gafas, un libro de poesía en francés y un lápiz de labios Lancôme, gracias a Sophie, para usar si lo necesita. Cristabel pasa la mano por el estuche. Le gusta su forma, por mucho que no quiera usarlo.

***

El Chrysler negro que la lleva al aeródromo ronronea cuidadoso por carriles resbaladizos debido a la lluvia, pasando altos setos con rosas caninas pálidas. El lugar, entre vallas, parece temporal, unos pocos barracones camuflados en un campo lleno de charcos. Se usa principalmente de noche para no llamar la atención de los alemanes; los pilotos despegan y aterrizan a oscuras. Unos grandes bombarderos Halifax, sombras de largo morro, esperan en las pistas asfaltadas, mientras el personal de mantenimiento, apiñado debajo con sus impermeables con capucha, hace comprobaciones mecánicas.

El aeródromo es tan secreto que el edificio en el que los agentes esperan su vuelo parece el granero de una granja, con tiras horizontales de madera. Pero cuando Joan abre la puerta las recibe la familiar combinación militar de humo de cigarrillo y voces de hombre. Cristabel echa un último vistazo al cielo nocturno, aún cubierto de nubes, y entra.

El edificio tiene un solo ambiente, sin ventanas. Está lleno de tripulaciones que estudian mapas, juegan a las cartas y toman café de termos. En un rincón duerme un perro labrador. Cristabel ve al agente con quien va a volar, Henri, al que están ayudando a ponerse el traje con paracaídas. Todo le recuerda a la cabaña de su teatro, en la que se vestían para las obras y esperaban hasta salir al escenario.

Henri es francés. Se entrenó con ella en Escocia, aunque por entonces no se llamaba Henri. Ella sabe su nombre verdadero, los juegos preferidos de sus hijos, conoce su amor por la pesca y su carácter serio y pensativo. Pero todo eso ha de ser guardado y dejado atrás; ahora solo es Henri. Lo mira y asiente.

Joan la conduce hasta una mesa y le da documentación falsa —certificado de nacimiento, cartilla de racionamiento, permisos de viaje —, falsificaciones perfectas en las que su propio rostro la mira con su nuevo peinado y las cejas acabadas de arreglar. Hasta le dan una fotografía arrugada de una pareja mayor francesa, sus nuevos padres. Después, Joan repasa con ella los detalles operativos de la misión.

***

Cristabel conoce su misión al detalle. Después de haber completado la instrucción fue llamada a la sede de la Org, en Londres —apropiadamente oculta en un edificio de Baker Street, la de Sherlock Holmes—, donde le dijeron que iban a enviarla a Francia para hacer de mensajera. La Org ha divido Francia en diferentes áreas llamadas «circuitos», y en cada una hay un organizador al mando, un mensajero y un operador de radio. Las mujeres son mensajeras u operadoras de radio.

Ella va a trabajar para un organizador conocido como Pierre, que se encuentra en un circuito llamado Shepherd. Parte de la labor de la Org es armar a las fuerzas secretas ya existentes, por lo que trasladarán a Cristabel a Francia junto con contenedores llenos de pistolas y fusiles para ser distribuidos entre los combatientes de la Resistencia. Tiene su nombre falso, Claudine, y un nombre de campo, Gilberte, que es como será conocida por sus compañeros agentes.

—¿Por qué necesita Pierre un nuevo mensajero? —preguntó. En el

despacho se produjo un intercambio de miradas en blanco. Añadió—: Solo lo pregunto porque, si él o ella fue capturado debido a un error, no querría repetirlo.

Le dijeron que Pierre la informaría, y Henri y ella fueron llevados a ver al coronel Buckmaster, su jefe de departamento, que los miró, parpadeó varias veces de forma curiosa, les dijo: «Buena suerte, niños» y les puso unos regalos en las manos. El de Cristabel era un estuche de oro para maquillaje. Se lo dio a Joan en cuanto salieron del despacho.

—Yo no lo usaría nunca.

—Puedes venderlo si es necesario —replicó Joan, devolviéndoselo —. Además, un espejo puede venirte bien para comprobar a quién tienes detrás.

Siguieron unos días de espera en Londres, antes de viajar a Bedfordshire. Cristabel dedicó el tiempo a estudiar mapas Michelin de Francia y a memorizar los datos de sus contactos. Una vez Joan la llevó a comer a la bulliciosa Lyons Corner House de Oxford Street, y al salir vio a Philippa Fenwick del brazo de un apuesto oficial de la RAF, que venían de unos elegantes grandes almacenes al otro lado de la calle. Philly, encantadora con su vestido de verano rojo y pañuelo de topos en la cabeza, charlando animadamente.

Cristabel casi alzó la mano para saludarla; ya se imaginaba la respuesta inmediata de Philly: «¡Querida, qué emoción verte! ¡Qué imponente estás con tu uniforme!». Pero no lo hizo: ahora no debía ser vista. Se metió en un portal y contempló desaparecer la animada figura de Philly, sus risas resonando por la calle.

***

Un miembro del personal de Halifax, el controlador, responsable de que los agentes salgan del avión en el momento oportuno, se acerca a Joan y a Cristabel en el granero, y levanta un pulgar.

—¿Sigue en marcha el salto? —pregunta Joan.

—Está clareando, definitivamente.

—Buenas noticias, Gilberte. —Joan cuida de llamarla por su nombre en clave incluso allí.

Joan le pega paquetes con billetes franceses en varios puntos del cuerpo y la ayuda a ponerse la cartuchera con la pistola antes de vestirla con su traje de salto de camuflaje. En sus muchos bolsillos hay el cuchillo de Cristabel, una linterna, una brújula, un fino pañuelo de seda para la cabeza en el que está impreso un mapa del área de su circuito y una pala corta para enterrar el paracaídas. Por último, le entrega una cajita que contiene dos píldoras de cianuro por si ha de acabar con su vida.

—Tienes que morderlas antes de tragarlas —le informa.

Cristabel se pregunta cómo lo saben.

—No las quiero.

—Está bien tener la opción —replica Joan en tono severo.

Se las guarda en uno de los bolsillos y se sienta para que Joan pueda atarle los tobillos para protegerlos. Cristabel piensa en las polainas que llevaban los soldados en la última guerra, esas piernas vendadas en hombres parados fotografiados fuera de sus barracas con los brazos cruzados. Después va dando tumbos hasta la puerta del granero para tomar un poco de aire, sintiéndose torpe como un paquete mal envuelto.

***

Sigue lloviendo. Mientras Cristabel fuma un cigarrillo, una limusina con cortinas en las ventanillas se detiene, y una figura alta, de uniforme, sale y se dirige al edificio, antes de detenerse en seco y volverse hacia ella.

—¿Se me han estropeado los ojos o tú y yo nos conocemos?

—No nos conocemos en absoluto. ¿Qué diablos haces aquí, Leon?

—Vaya sorpresa. —La mira de arriba abajo—. Me han mandado a buscar a alguien que vuelve del lugar al que seguramente vas tú, *n'est-ce pas*?

—No voy a ninguna parte hasta que deje de llover. —Ella le ofrece uno de sus nuevos Gauloises.

—Pues no te tiemblan las manos —dice Leon con voz de aprobación—. Me gusta el traje.

—Da muchísimo calor. —Le enciende el cigarrillo.

—Entonces, quizá deberías...

—Ahora no, Leon —replica ella, pero sonríe.

—Cuando estés en el avión vas a agradecerlo. ¿Sabes una cosa que he aprendido esta semana? Los españoles llaman a los paracaídas «la rosa blanca de la muerte». Es casi romántico, ¿no?

—Casi.

—Un momento. —Va al coche y regresa con una petaca. Se la pasa —. Tenemos que brindar por tu misión.

Ella toma un sorbo con cuidado. Hace una mueca de disgusto. Leon mira su reloj.

—Mi invitado va a llegar pronto.

Cristabel piensa en las píldoras que lleva en el bolsillo.

—Leon, en caso de que...

Él levanta una mano para interrumpirla.

—En Rusia no hablamos entre la primera y la segunda copa.

—Tú nunca has estado en Rusia. —Pero toma otro trago rápido antes de devolverle la petaca—. Leon, puede que no vuelva, ya sabes.

—Muchos no vuelven —dice él, mirando hacia el granero y saludando a alguien con la mano. Después se gira hacia ella—. Tú sí lo harás, Cristabel Seagrave. Tienes un corazón fuerte.

—No quiero ser sentimental.

—¿Y cuándo lo has sido? —Le posa una mano en el pecho—. Esto no es sentimiento. Es lo que te va a mantener viva.

Ella coloca una mano poco decicida encima de la de él.

—Siento que debería decir algo profundo. Como en los libros.

—Yo no quiero nada de los libros. —Se inclina hacia ella y le da un beso. Lo mantiene un momento—. Ven a verme cuando regreses y nos tomaremos un vodka.

Cristabel lo mira, su pelo grueso y negro, sus ojos oscuros, la forma en que mueve la boca entre diferentes expresiones sin decidirse por ninguna. De repente, reconoce el sabor exacto de su boca cuando se la abre. Después mira más allá de él, al cielo.

—Ha parado de llover.

***

El controlador de Halifax aparece a su lado y asiente mirando a la luna, casi totalmente visible tras una nube menguante.

—Parece que estás de suerte.

De pronto, Joan también está allí. Entre los dos le ponen el pesado paracaídas, le atan las correas a los hombros y le colocan el casco de goma en la cabeza. Los acompañan a ella y a Henri por entre los charcos, cruzando la pista hasta llegar al avión, donde el piloto y la tripulación les dan la mano antes de perderse en las profundidades del aparato. Joan también le da un firme apretón de manos y le desea lo mejor. Cristabel solo mira atrás una vez, atisba una silueta alta en la entrada al granero, y penetra en la panza del Halifax.

Por dentro del fuselaje el aeroplano es un tubo hueco lleno de cañerías, metal y olor a combustible. Han quitado los asientos para dejar espacio a más tanques, por lo que Cristabel y Henri tienen que sentarse en sacos de dormir en el suelo, apoyados en los abultados paracaídas, junto a varias cajas de cartón —cada una con otro pequeño paracaídas— que albergan palomas mensajeras. Los contenedores de armas que serán depositados con los agentes cuelgan bajo el Halifax, en los tubos para las bombas. El piloto ha desaparecido en el morro del avión y el artillero trasero ha bajado a su burbuja de cristal al fondo. Cristabel oye el intercambio de mensajes de radio, las comprobaciones de antes del despegue.

Más repentinamente de lo que esperaba siente la agitación de las hélices al ponerse en marcha, una tras otra, y después el gruñido de los motores, mientras el Halifax empieza a avanzar por la pista.

—Yo de vosotros dormiría un poco —les aconseja el controlador, que cubre con una sábana las jaulas de las palomas.

Cristabel asiente. No puede hablar. Ya estuvo en un avión durante su entrenamiento con el paracaídas, y el despegue le resultó una experiencia aterradora. Una vez están en el aire vuelve a respirar. Pero lo más duro para ella son los saltos de la transición de la tierra al aire.

—¿Todo bien? —pregunta el controlador mientras aceleran por la pista.

—Sí —consigue decir antes de cerrar los ojos y dejar que el rugido de la máquina la meza, el ruido de sus cuatro motores como el de un ventilador con aspas que van y vienen, un sonido circular e hipnótico que lo cubre todo.

***

El Halifax abandona Inglaterra y vuela por el canal de la Mancha, ganando altitud para evitar a los antiaéreos enemigos a medida que se acerca a la costa francesa. Los disparos despiertan a Cristabel. El avión asciende vertiginosamente, y todo en su interior se desliza y tiembla. Siente cómo las vibraciones le hacen agitar las manos, golpes mecánicos, traqueteos. El controlador está sentado cerca.

—Aquí arriba no pueden darnos —dice alegremente, y ella se pregunta cuántos otros agentes deben de haberse despertado en ese mismo punto, viéndose tiroteados mientras dormían.

Se da impulso para levantarse y mirar por una pequeña ventana circular. Ve el Canal, muy por debajo y en un extraño ángulo, su superficie en movimiento con la misma textura cruzada que la piel, con motas de olas blancas. Entonces el avión gira de forma brusca, el mar desaparece de la vista, oye el crac de los antiaéreos, nubecillas de humo negro. Vuelve a sentarse y busca algo a lo que se pueda agarrar.

Una vez están a salvo en Francia, el piloto vuela más bajo para navegar guiándose por los ríos iluminados por la luna. El controlador abre la escotilla de salida para lanzar las palomas en sus cajas, cada una con una hojita de papel de arroz y un lápiz, confiando en que al regresar a Inglaterra tengan un mensaje. El aire frío ruge tan fuerte que el controlador tiene que gritar para que lo oigan:

—¡De recibir yo una, la metía en la cazuela!

Cristabel ve hilillos de nubes que pasan entre ellos y la sombra del Halifax que cruza por encima de los campos y granjas como un dragón. Se imagina a la gente que oye el avión. Franceses. Alemanes.

Son las tres para cuando llegan al punto en el que han de saltar, donde debe estar esperándolos un comité de recepción. El Halifax vuela aún más bajo, a novecientos, ochocientos, setecientos pies, lo bastante cerca de tierra como para que la tripulación pueda distinguir las luces de las linternas.

De repente, el avión disminuye la velocidad, da la vuelta. Les llega un mensaje del piloto; el controlador vuelve a abrir y les dice:

—Los hemos visto. Todos a sus puestos.

Les ajusta las correas y engancha los paracaídas a una barra del

fuselaje para que estos se abran al saltar. Les da a cada uno una última palmadita en el hombro y se pone en cuclillas mientras esperan.

Cristabel mira el rostro concentrado de Henri mientras él contempla el paisaje. Se pregunta si estará pensando en su familia, en algún lugar por debajo de ellos. Lo coge un momento de la mano y se la aprieta. Él se vuelve y se abrazan, incómodos, y se desean *bonne chance* al oído.

—Los contenedores primero —ordena el controlador—. Después Gilberte y por fin Henri.

Ella asiente. En los entrenamientos siempre hacían saltar primero a las mujeres para asegurarse de que los hombres las siguieran. Lo prefiere así; menos tiempo para ponerse nerviosa.

El Halifax vuelve a volar en círculo por la zona. La luz de encima de la salida se ilumina de rojo y los agentes ven cómo los contenedores salen volando y flotan en sus paracaídas. Cristabel se acerca más, hasta que las piernas le asoman por el borde. La luz pasa a verde y, con la orden del controlador, salta al vacío.

La caída hacia la nada es vertiginosa, y entonces el golpe del rebufo, el sonido sibilante del toldo de tela que se abre por encima de ella y otro golpe brusco cuando el paracaídas la frena y la hace dar vueltas, las estrellas que pasan en una mancha, una danza salvaje a la luz de la luna. Entonces el movimiento se suaviza y está planeando serenamente, y esa es la parte que más le gusta, la que nunca dura lo suficiente. La euforia ingrávida mientras vuela por encima de la tierra, como un halcón, entre el aire.

Demasiado pronto el suelo parece elevarse a recibirla y aterriza con un golpe. Un segundo más tarde el paracaídas toma tierra detrás de ella, con un gran *fllllllump*, como una pila de sábanas. Se pone en pie con dificultad y se desenreda el arnés, cuando ve unas figuras que se acercan. Durante un segundo contiene el aliento y va a desenfundar la pistola, cuando oye que le gritan en francés: «*Bienvenue!*». Arriba, el Halifax da otra vuelta y ella ve un instante al piloto, en la cabina, que la mira, antes de salir rugiendo y perderse en la noche con un aleteo de despedida.

Despierta

Junio de 1943

Flossie está tumbada en su cama de la residencia universitaria, oyendo el estruendo de los bombarderos alemanes que vuelan sobre Dorchester. Cierra los ojos e intenta hacer como si no fuese más que ruido, consciente de que a su alrededor otras chicas también están inmóviles y silenciosas en sus camas, también fingiendo dormir; igual que se imagina que los pilotos de los aviones deben de estar concentrándose en sus instrumentos de navegación, apartando todo pensamiento de lo que llevan o de que pueden morir muy pronto. Todos, conscientes pero que desearían no serlo. Fuera, en la calle, un perro ladra como loco, una única protesta.

¿Cómo se ha vuelto normal tener a la muerte volando por encima de una?, se pregunta. ¿Cómo se ha vuelto normal seguir adelante como si todo fuese común? Recuerda cómo, cuando murió su madre, al principio fue un *shock* tan inmenso que le pareció inconcebible, pero ahora es un dato viejo, un recorte de periódico con la tinta desvanecida. Una ausencia de tantas. Es curioso, las cosas a las que una puede acostumbrarse.

En su mesilla de noche hay fotografías de Cristabel y Digby de uniforme. Y, entre las dos, un retrato de estudio enmarcado de Rosalind. Las otras chicas admiran a menudo a la sofisticada madre de Flossie, aunque a ella eso ya no la complace tanto como al principio. Recuerda a Myrtle decir que la vida es más que el que te miren, y piensa que quizás esa sea otra cosa a la que se está acostumbrando: abandonar el deseo de ser como su madre. Además de las fotografías, una flor seca le hace de recordatorio de Hans y de otros deseos.

Flossie está descubriendo que dejar ir los deseos no siempre es un

alivio, sino más bien una despedida. El deseo sigue existiendo; simplemente ha tomado otro camino. A veces, puede verlo, en la distancia, saludándola desde una alta colina. El truco, lo difícil, es no desviarse ella de su camino.

El ruido de los bombarderos disminuye a medida que estos vuelan más hacia el interior, hacia sus objetivos. Flossie está segura de que no va a volver a conciliar el sueño sabiendo que pronto sonará el despertador que hará que ella y las otras voluntarias comiencen el día bien temprano, pero sí se duerme, de forma intermitente.

Las chicas reciben la llamada con gruñidos y se visten bajo las mantas, poniéndose sus jerséis y pantalones. Salen a la mañana, las únicas despiertas en las calles vacías excepto por el que da el aviso de los ataques aéreos y que ahora va camino de casa, y se suben a un carro tras un tractor que las lleva dando botes hasta las vaquerías, rezongando amablemente, apoyándose unas en otras.

—Hoy no quería levantarme —dice Flossie.

—No sería lo mismo sin ti —contesta Barbara, mientras Irene le ofrece un caramelo de limón dentro de una bolsa de papel.

Shirley coge la mano a Flossie y se pone a silbar. Flossie acepta el dulce, mira atrás, a la ciudad durmiente, mientras siguen camino de los campos, y piensa: qué lejos estoy de donde creía que estaría.

Pero ahí está, en pie y en movimiento, despierta lo bastante temprano como para ver el paisaje agreste aún plegado en suaves capas por la niebla, la amable trama de campos y praderas fértiles, el río que las cruza tortuoso, el cielo que se ilumina por el este, las primeras nubecillas de humo de las chimeneas en las cabañas de las granjas y los pájaros que ya están cantando posados en cada seto: siguen vivos, siguen vivos.

Claudine, Gilberte

Junio de 1943

Donde toma tierra no es donde cree que toma tierra. Quienes la reciben le dan el nombre de otro lugar a más de ciento cincuenta kilómetros, para proteger la verdadera localización de este. Ella no lo descubre hasta varios días más tarde, y ve que hasta quienes la han recibido tan cálidamente están más que dispuestos a mentirle si es necesario. Así son las cosas por allá.

El comité de recepción está formado por miembros de un grupo local de la Resistencia. Hombres y mujeres magros y de rasgos angulosos, ellos sin afeitar, ellas sin medias. Recogen rápidamente a los agentes, sus paracaídas y sus contenedores, los meten en la parte trasera de un ruidoso camión que funciona con carbón y los llevan a una granja aislada, donde una anciana con un pañuelo en la cabeza les sirve *cassoulet* y varios vasos de un tosco vino tinto.

Ella, Gilberte, observa a los anfitriones, recordándose a sí misma que los franceses mojan pan en los restos del plato y la forma apasionada en la que discuten entre ellos. Hablan de Charles de Gaulle, el comandante exiliado en Londres, del que escuchan sus discursos por la BBC. Quieren saber cómo es la vida al otro lado del Canal, qué piensan los británicos de Stalin, cuándo se dará la invasión aliada, los tan esperados *débarquements*. Gilberte les dice que no lo sabe. Ha oído mencionar en el cuartel general que puede ser pronto, quizás en septiembre mismo, pero se guarda la información. Deja que sea Henri quien más hable, dedica sus energías a comer.

Después de la cena, los contenedores son abiertos con tanta expectación como los regalos de Navidad. Hay cajas de granadas, almacenadas con tanto cuidado como si fuesen huevos de Fabergé,

junto a armas Sten y munición, cigarrillos y barritas de chocolate, además de unas cuantas notas dobladas de las mujeres que han hecho los paquetes con palabras de ánimo, dibujitos de corazones y banderas.

Gilberte y Henri salen al amanecer para caminar hasta una estación de tren, donde se separan para dirigirse a sus respectivos circuitos, despidiéndose con apenas una breve mirada. Gilberte siente un acceso de tristeza cuando Henri desaparece en un tren, como si él fuera lo único que quedaba de todo su mundo. Pero entonces su tren llega al otro andén y ella se sube rápidamente con su maleta de tela que contiene billetes ocultos en un compartimento secreto y un arma dentro de una lata de talco.

***

Mientras camina por el tren en marcha para encontrar asiento se ve a sí misma como bajo un foco; está segura de que todos los demás pasajeros ven de inmediato que es una inglesa alta que lleva la ropa de otra persona. Acaba de sentarse cuando descubre a un alemán, un oficial de la Wehrmacht que se acerca por el pasillo.

A menudo se había preguntado cómo sería cuando se encontrara con su primer alemán sobre el terreno, si eso la llenaría de odio o miedo; pero solo resulta ser un hombre de uniforme que se ha cortado en la mandíbula afeitándose. Podría ser un conductor de autobús, el guarda de un parque. Lleva las manos a la espalda y camina enamorado de su propia autoridad. La gente del tren apenas le dedica unas breves miradas.

Ella mira por la ventanilla mientras el oficial sigue acercándose. Contempla pasar el paisaje, los viñedos y los pueblos, y entonces siente que él se ha detenido y la observa. Se vuelve hacia él, esperando que le diga algo, pero entonces comprueba que se fija en todos los demás pasajeros de la misma manera, solo para demostrar que puede. Ella clava la vista en el suelo. El oficial pasa de largo. Saca la polvera del bolsillo por hacer algo; Claudine Beauchamp está ojerosa, tiene líneas a los lados de la boca.

Ha llegado casi a su destino cuando el tren se detiene de repente,

los frenos chirriantes, justo antes de la estación de un pueblo. Por las expresiones de los demás pasajeros ve que es una parada imprevista, pero no muy inesperada. Pega la cara a la ventanilla y ve que más adelante hay unos hombres con uniformes grises y otros de civil que se encuentran a un lado para embarcar.

Nota que la mujer del asiento de enfrente del de ella, un ama de casa con una bolsa de compras, la mira con interés, así que vuelve a recostarse en su butaca. ¿Qué haría Sophie?, se pregunta. Se pondría su pintura de labios de color escarlata y alzaría la cabeza, dispuesta a sonreír.

Claudine no es de esa clase de mujer, pero puede ser de otra: de las eficientes que aprovechan los retrasos de los trenes. Rebusca en su chaqueta y saca su libro de poesía en francés y las gafas no muy favorecedoras. Se las pone, descansa los pies en la maleta que ha dejado debajo del asiento, mira a la mujer, alza muy brevemente una ceja que significa «Otra comprobación, qué típico» y abre el libro.

Para cuando los hombres llegan a su vagón ha leído la misma página al menos veinte veces. Son oficiales de las SS, más peligrosos que los ordinarios de la Wehrmacht. Ve la calavera de metal, la *Totenkopf*, en la banda negra de sus gorras. Los de traje y abrigo largo son muy probablemente de la Gestapo, la policía secreta nazi, aún más peligrosos. Saludan a los pasajeros y, en un francés cortés y formal, piden ver sus papeles. Echa un vistazo a su propia cara muy seria en los documentos al entregárselos. Ellos les dan vueltas en sus manos con una lentitud desconcertante, como si estuviesen decidiendo su validez al peso. Uno de los oficiales de las SS, delgado y de pelo canoso, le dice:

—¿Qué está leyendo, mademoiselle?

Ella se da cuenta de que no puede recordar el título sin mirarlo, así que contesta:

—Poesía, señor.

Ha decidido que Claudine es tímida y educada. No habla mucho porque su francés no tiene el acento local, aunque no sabe si alguien de las SS lo notaría. Él dice:

—Me gusta la poesía francesa. Verlaine. Baudelaire. —Los otros hombres que tiene detrás hablan entre ellos en voz baja; no puede distinguir lo que dicen. Él extiende una mano y ella le ofrece el libro.

Lo hojea—. ¿Lee usted por placer?

—Lo estoy estudiando —responde con voz monótona.

—¿Quién es su preferido? —pregunta él.

Solo le viene a la mente el poema que estaba ojeando cuando ha llegado, algo insípido sobre las brisas, y ni siquiera consigue recordar el título.

—Aún no los he leído todos —contesta, y siente el descenso de seguridad que acompaña a una respuesta menos que perfecta.

Él la mira, y entonces uno de los otros dice:

—El siguiente vagón.

El hombre le devuelve el libro y el grupo se va.

Media hora más tarde, el tren vuelve a ponerse en marcha. Gilberte dedica el resto del viaje a leer lentamente para calmar los nervios. Elige algunos de sus poemas favoritos para memorizarlos, pensando todo el tiempo en Hendricks, el actor convertido en instructor de su última escuela en New Forest, que había insistido en que su historia falsa no tenía que ser una máscara que se pusieran sino toda una vida, completamente habitada. No podía haber agujeros.

También recuerda lo extraño que le resultó conocer a Hendricks, sabiendo que había instruido a Digby. Lo mucho que deseaba preguntarle por su hermano, pero su determinación a no hacerlo, no fuera a ser que Hendricks pensara que estaba allí solo por él. Y en cómo el propio Hendricks la había rescatado al mencionar a Digby él mismo, un aparte discreto en un momento tranquilo, un comentario sobre sus ambiciones actorales. «Sí —replicó ella—, le encanta actuar».

«¿Y a usted?», le preguntó entonces, y ella contestó que no. No mencionaba su teatro a nadie de la Org. Quizá Digby ya lo hubiera hecho, pero a ella le parecía inapropiado. Le daba una especie de vergüenza, le parecía difícil de explicar en aquel riguroso entorno castrense. No había lugar para esas cosas. Hendricks dio unos golpecitos en la mesa con su cigarrillo y asintió.

***

Cuando el tren llega por fin a su destino, un pueblo con un mercado

muy concurrido, le indican que se dirija a una cola en la que vuelven a inspeccionarle los papeles falsos, esta vez por parte de un meticuloso policía francés. Ella mantiene la cabeza baja, solo responde cuando le preguntan. En su visión periférica repara en una familia a la que apartan de la cola y espera ansiosa como dentro de un corral formado por sus propias maletas.

Después de salir de la estación se abre paso por el pueblo hasta el hotel donde ha de encontrarse con su organizador. La discreta Claudine arrastra su maleta, lenta pero sin pausa. Hay alemanes por todas partes, comiendo en mesas en las terrazas de las cafeterías, paseando por las calles, como si fueran turistas más que invasores. Los alemanes tienen coches, los franceses bicicletas. Los alemanes curiosean dentro de las tiendas, los franceses hacen cola.

En las paredes ve anuncios descoloridos de circos de hace mucho tiempo combinados con otros nuevos que llaman entusiastas a los franceses a trabajar en Alemania, imágenes de hombres musculosos con martillos, ¡LOS TRABAJADORES ALEMANES OS INVITAN A UNIROS A ELLOS! Ella sabe que en realidad no es una invitación: los alemanes han creado un edicto, el *Service du Travail Obligatoire*, que ordena a los hombres en condiciones físicas que trabajen en las fábricas germanas; eso es en parte lo que ha acrecentado la Resistencia: los jóvenes prefieren escapar al campo que trabajar en el Reich.

El hotel está oculto en un callejón. Destartalado y nada atractivo, con pintura desvanecida. Abre con cuidado la chirriante puerta y descubre que el mostrador de recepción está vacío, pero un anciano que friega el suelo de parqué dice en voz baja «Habitación 6», así que sube la maleta por las escaleras y llama a la puerta. Un joven francés abre y la hace pasar. La habitación está a oscuras, las cortinas cerradas. Hay otra persona dentro, un hombre cuarentón de bigote negro, piel cetrina y sombras bajo los ojos. Está sentado en la cama con una pistola en el regazo, y mira mientras el primer hombre le hace preguntas a ella hasta estar seguro de que sabe quién es y que Londres la envía.

Por fin, Pierre se levanta de la cama y le da la mano.

—Me alegra que haya venido, Gilberte —le dice—. Comprenderá que tenemos que ser cuidadosos.

Su acento francés es perfecto. Ella sabe que lleva un año trabajando

de incógnito, y no hay rastro de quien fuese antes, a excepción quizá de los ojos hundidos.

—Han perdido a una mensajera —dice Gilberte.

—No la hemos perdido —replica él—. La encontraron ellos. Usted no tiene que dejar de moverse.

***

Eso hace. No se queda dos veces en el mismo lugar. Duerme en trenes nocturnos, en pajares, en bodegas. Recorre cientos de kilómetros llevando mensajes a todo lo largo y ancho de su circuito, las gafas y la poesía en el bolsillo. Tras unos cuantos encuentros con patrullas alemanas ya no anota nada; lo memoriza todo y se canta los mensajes a sí misma mientras pedalea en su bicicleta. Le da a Pierre su pistola y sus pastillas de cianuro; ha decidido que, si la descubren, mejor que la descubran sin ellas. Se queda el cuchillo; una mujer puede justificar el llevar un cuchillo.

Pierre también ha oído que los aliados pueden tomar tierra en septiembre, y la actividad en su circuito no deja de incrementarse a medida que los escuadrones lunares ofrecen más provisiones a los combatientes que se ocultan en las montañas y en los bosques. Él y Gilberte trabajan constantemente, contactando a líderes de la Resistencia, buscando puntos para lanzamientos en paracaídas, recogiendo y distribuyendo armas, equipamiento, comida, dinero.

Ella observa que ese incansable ritmo y propósito le proporciona una sensación de libertad. Esa vida veloz y ajena que requiere de una inmersión total. En Inglaterra se sentía incómoda en todos los lugares en los que se suponía que tenía que estar: salas de estar, comedores, incluso los de su propia casa. Las chicas inglesas de su casa eran educadas para ser sacadas del hogar familiar por un marido. Las chicas que se quedaban en ellas eran un desperdicio de recursos; necesitaban cada vez más y más decisión solo para mantenerse dentro de un edificio que deseaba que se fueran.

Ahora se mueve siguiendo sus propios impulsos. Solo los movimientos imprescindibles. Es una *fille anglaise* que ha acudido a ayudar a los franceses, que es bienvenida por una red de panaderos y

monjas y mecánicos y ferroviarios y viudas de soldados, que le ofrecen una cama para pasar la noche y una copa de coñac y la despiden con un beso en cada mejilla y la palabra *courage*.

***

Una mañana la envían a llevarle dinero al líder de un grupo de la Resistencia que se esconde en un bosque. Es un día de lluvia y los árboles gotean lentamente. El bosque es tan denso, los árboles son tan altos y el aire parece inmóvil, espeso, que es como si los hombres se ocultaran entre las plantas del fondo de un lago. El caza ocasional que sobrevuela es un zumbido lejano, un abejorro visto desde debajo del agua.

Los hombres —principalmente granjeros locales con sus hijos más pequeños, que llevan boinas y botas de montaña, además de unos pocos combatientes republicanos españoles desgastados por la guerra — la observan con interés: una mujer que ha entrado en su bosque. Piensa en los Niños Perdidos de *Peter Pan*, que se construyen sus casas en los árboles. Cuánto había odiado esa obra, con su sofocante clamor a las madres, el petulante Peter pidiéndole a Wendy que se quede y les zurza los calcetines, como si ella no sirviese para nada más.

De un compartimento secreto en la base de su petate saca un grueso fajo de dinero y se lo entrega al líder del grupo, que lleva un cinturón con munición cruzado en el pecho, como un bandido mexicano.

—Deberíais tener mejor seguridad en el camino del bosque —dice con el francés cada vez más regional de Gilberte—. Vi a vuestro centinela mucho antes que él a mí.

El líder cuenta el dinero y no pronuncia palabra alguna.

—Quisiera un recibo, por favor —continúa ella, y rebusca en el petate hasta sacar una botella de brandi.

Los hombres se acercan. Ella le da la botella al líder.

—*Vive la France*.

Él la descorcha, toma un trago y se la pasa a los hombres que tiene detrás.

—*Vive la liberté* —exclama, y la invita a pasar a su campamento.

Sous terre

Octubre de 1943

Cuando el circuito Shepherd se colapsa, lo hace muy rápidamente. Su operador de radio es capturado por la Gestapo en el ático desde el que envía sus mensajes codificados a Londres, y el chico que trabaja en la farmacia de abajo corre más de siete kilómetros para informar a Pierre y a Gilberte.

Las primeras cuarenta y ocho horas después de que un agente sea capturado son las más peligrosas. Es lo que se espera que resista el operador —encadenado a la pared de una cárcel, golpeado y sangrante — sin delatar a nadie, le hagan lo que le hagan, para dar a sus colegas tiempo de dispersarse.

La última vez que Gilberte ve a Pierre está a la entrada de la granja que funciona como base, lanzando papeles a una hoguera y gritándole a ella que se vaya. *Allez!* Ella saca su bicicleta del escondite en una de las vaquerías y pedalea, deteniéndose solo para tirar las gafas en un riachuelo, soltarse el pelo, pintarse los labios y subirse un poco la falda. Un alemán en moto pasa por su lado y ella le sonríe tan abiertamente, con todo el encanto extraordinario de Sophie, que él casi se sale de la carretera. Por un momento se odia a sí misma, pero sigue pedaleando.

Tiene un contacto en el siguiente pueblo, una peluquera que la acoge, le entrega ropa nueva —un vestido de flores y zapatos de suela de corcho— y la peina, recogiéndole el pelo en un moño por encima de la cabeza. Cuando Claudine Beauchamp vuelve a salir al mundo lleva una bolsa de compras y un anillo de bodas; es una joven ama de casa francesa con una fotografía de su bebé en el monedero.

Coge otro tren, y otro, y otro, subiéndose siempre en el último

momento, cambiando cuidadosamente de vagones para asegurarse de que no la sigan, actuando al detalle según su entrenamiento. Se baja en estaciones de pueblos para no arriesgarse a inspecciones en localidades más grandes. Evita hoteles en los que puedan hacerle escribir su nombre en el registro. Apenas duerme, apenas come.

Mientras los trenes avanzan por el campo, dejando atrás hileras de árboles podados y lentos canales, lee su libro de poesía, colocando una de sus recientemente pintadas uñas bajo cada palabra para dirigir sus ojos cansados, y siguiendo a Victor Hugo, que le dice:

Je suis fait d'ombre et de marbre.
Comme les pieds noirs de l'arbre,
je m'enfonce dans la nuit.
J'écoute; je suis sous terre.

Estoy hecho de sombra y de mármol.
Como el pie negro del árbol,
me hundo en la noche.
Escucho; estoy bajo tierra.

Cuando el tren se detiene, oye abrir puertas de vagones de golpe. Un perro que ladra. Los ruidos ordinarios pueden no ser ordinarios. En el trabajo clandestino, igual que en una obra de teatro, no hay detalles insignificantes. Si en el primer acto hay una pistola, tiene que dispararse en el tercero. Hay que tener en cuenta todo, considerarlo todo. ¿Es el coche un vehículo militar? ¿Es el perro grande o pequeño? En alguna parte de sí misma, dejada a un lado, es consciente de que esa forma de pensar resulta agotadora, pero está convencida de que mejor despierta y cansada que dormida y muerta. El perro que ladra es mandado callar por su irritado dueño. El tren sale de la estación.

Vuelve a Victor Hugo, el atractivo puzle de la traducción. ¿Hundirse *dans la nuit* significa que sucede de noche o que penetra en ella? ¿*M'enfonce* quiere quizá decir en este contexto que esconde su ser? Su mente es una pala que cava en todas partes.

Eventualmente llega a un pueblo en la montaña, a base de caminar kilómetros de escarpados y polvorientos caminos; los zapatos de suela de corcho se le agrietan, le salen ampollas en los pies. Un contacto de

la Resistencia la lleva con un operador de radio que se esconde en un almacén lleno de pieles de conejo, y que envía un mensaje a Londres, que enseguida recibe respuesta: Londres quiere que regrese con la luna de octubre. El operador le dice que hay rumores de que ha caído un gran circuito de París y que los agentes aliados en Francia están cayendo como fichas de dominó, uno tras otro.

Una semana más tarde, en una planicie a las afueras del pueblo, un avión Lysander aterriza para dejar a dos nuevos agentes y recogerla a ella para sacarla del juego.

***

Londres está gris por la niebla. Parece que ninguna de las viejas ventanas de la sede de la Org cierre bien. La corriente entra con un silbido. Los radiadores hacen ruido pero están fríos al tacto. Tienen té pero se han quedado sin azúcar. Normalmente una de las secretarias se ocupa de que no falte nada, pero hace una semana que no va. Los dos hombres uniformados que toman declaración a Cristabel miran el cuenco del azúcar con cierta confusión porque está vacío. Le dedican palabras de ánimo, le dan la bienvenida a casa.

—¿Saben algo de Pierre? —pregunta—. ¿Está bien?

Ellos evitan el tema de Pierre y pasan a lo que saben, la situación en París: el colapso del circuito Magician. Creen que es lo que ha llevado a la captura de otros agentes de otros circuitos, incluido Shepherd, y a la detención de bastantes grupos de la Resistencia. Magician tenía un gran alcance y numerosos contactos; su red se había extendido mucho.

Los hombres tienen una carpeta ante sí que consultan ocasionalmente, como para comprobar detalles. Cristabel se da cuenta de que no los había visto antes en la oficina. Le dicen que sospechan que Magician había sido infiltrado desde julio, cuando el operador de radio omitió repetidamente las comprobaciones de seguridad, incluso después de recibir una reprimenda de Londres. Un operador ha de saber que la comprobación precede a todos los mensajes que envía a la sede.

—¿Saltarse la comprobación significa entonces que el operador

señalaba que estaban en manos del enemigo? —pregunta Cristabel pensando en Sophie, que nunca cometería un error como ese.

Los oficiales asienten. Explican que, tristemente, han acabado llegando a esa conclusión.

Cristabel piensa en la palabra «acabado». Dice:

—Miren, no sé nada sobre Magician. Pero puedo hablarles de Shepherd. De eso sé bastante.

De nuevo, los hombres no quieren hablar de ello. Comentan que creen que uno de los agentes británicos en Magician, de nombre en clave Gabriel, no fue capturado por la Gestapo y sigue libre en la ciudad. Tienen información de que ha sido visto. Pero él mismo no los ha contactado ni parece haber abandonado su zona del circuito. Les preocupa —ella nota las palabras suaves, el cuidado con el que hablan — que haya sido interceptado.

Cristabel espera la pregunta.

Los hombres se miran entre ellos. Le dicen que es inusual revelar la identidad de un agente, pero que, dada la importancia del trabajo de seguridad en ese momento clave de la guerra, juzgan que es necesario. El agente llamado Gabriel es su primo, Digby Seagrave. ¿Sabe ella si puede tener contactos en París? ¿Conocía a alguien allí antes de la guerra? ¿Se le ocurre algún lugar al que pueda haber ido?

En ese momento se alegra del simulacro de interrogatorio por el que había pasado en New Forest, y del instructor que le aconsejó que siempre respondiera a la pregunta que se le hacía, más que parecer que se adelantara a las siguientes.

—Nuestra institutriz era de París —dice—. Ernestine Aubert. No sé si sigue allí.

—¿Alguna vez fueron a París con su institutriz?

—No. Fuimos a Normandía.

—¿Fueron a París con alguien más?

—No. El único otro lugar de Francia que visitamos fue la Provenza. Nuestra amiga Myrtle nos llevó allí cuando cumplí veintiún años.

—¿Otros viajes en familia?

—Ninguno.

Eso les resulta útil, dicen. Toman notas. Entienden que la situación puede ser difícil, dada su relación familiar, pero ¿dio alguna indicación su primo de que pudiera tener *simpatías*, no, quizá mejor decir *dudas*?

¿Tenía dudas? ¿Había, que ella supiese, alguna razón para que él no...?

No acaban la frase. Cristabel sabe que esperan que lo haga ella, pero decide no ayudarlos en eso.

—No estoy segura de qué me están preguntando. Desde el año pasado que no he tenido contacto con mi primo. No sé qué está haciendo en París. No me imagino qué creen ustedes que puedo saber. Espero que no sea por eso que me han hecho regresar.

La irritación de su tono es recibida con calma indiferente. Le dicen que la han traído de vuelta por su propia seguridad tras la caída del circuito. Están buscando información porque temen que Gabriel haya sido contaminado, por voluntad propia o por interferencia enemiga.

Uno de los hombres saca un trozo de papel de la carpeta y lo deja frente al otro, que lo mira y pregunta:

—Usted pasó un tiempo en Austria, ¿correcto?

—Esquiando —responde ella, y en ese momento se da cuenta de por qué la está interrogando gente de otro departamento: ya no es parte de su propio equipo. Está relacionada con un posible agente enemigo. Sospechan de ella.

***

Más tarde, ese mismo día, coge un tren abarrotado de vuelta a Dorset. Consigue deslizarse hasta un asiento de ventanilla, desde el que contempla el cielo del anochecer mientras deja Londres atrás. Hay nubes oscuras sobre el campo, sólidas como navíos de guerra, y caen algunas gotas sobre la ventanilla. Se divisa una única franja color limón en el horizonte, como luz bajo una puerta. Los árboles desnudos por el camino no son sino amasijos de ramas, dedos esqueléticos de bruja que señalan hacia arriba en su locura, miles de acusaciones.

Está tan concentrada en sus pensamientos que, cuando el revisor, que se abre paso por entre un montón de pasajeros en pie, pide los billetes, por favor, ella automáticamente rebusca en los bolsillos de su abrigo los *papiers* de Claudine.

Un marinero que está sentado junto a ella con el petate en las rodillas y que apesta a cerveza dice en tono amistoso:

—Siempre pierdo mi billete. Perdería la cabeza si no la tuviese

pegada al cuerpo.

Su gran corpachón choca con ella en cada vaivén del tren. Cristabel siente la tentación de sacar el cuchillo y clavárselo en la cara. Pero ya no lleva el cuchillo y no tiene sus *papiers*. Solo tiene un billete a Dorchester. («Nos pondremos en contacto con usted si la necesitamos —le dijeron los hombres de la Org—. Y, si recibe alguna noticia de su primo, le agradeceríamos que nos lo hiciera saber. Inmediatamente»).

Sombras chinescas

Noviembre de 1943

La vigilia resulta difícil de vencer. Despierta a las cinco, Cristabel camina hasta el océano, que es lo único vivo aparte de las gaviotas y sus lúgubres llamadas largas y chillidos. *Raya raya punto punto punto punto. Raya raya punto punto punto punto*.

El mundo prehumano de antes de la salida del sol ofrece una libertad salvaje e inmediata. El mar es denso, poderoso, con un viento del noreste que lo hace elevarse con fuerza. Parece traducir una inmensa actividad. Las altas hierbas en los bordes de la costa se pliegan y tiemblan, se pliegan y tiemblan, una vez tras otra, en oleadas.

La playa de piedrecillas bajo Ceal Head está completamente cubierta por las sombras, los acantilados son siluetas negras contra el cielo. La primera luz dorada del amanecer caerá sobre los lejanos edificios frente a la orilla de Weymouth, antes de abrirse camino hasta Chilcombe.

En el teatro, el suelo está cubierto de hojas. Los cultivos han sido retirados y tapados con una capa de compost. Alguien ha quitado los tallos de frambuesa y los ha atado limpiamente con cordel.

Cristabel abre las puertas del granero y encuentra palas y carretillas. Las aparta y se dirige al fondo, donde, bajo una pila de sacos, encuentra varios elementos de madera para los decorados, unos cuantos focos y arcones llenos de ropa. Algunos animales disecados. Un cáliz de papel maché. Va sacando las cosas, una por una, y les quita el polvo.

***

Hacia las siete, los espacios entre los huesos están llenos de partes tumbadas de los decorados —la muralla de un castillo, un árbol, una puerta— y ropa, elementos de atrezo y animales disecados. El sol ha asomado sobre el horizonte y ha bendecido Weymouth con su primera luz, pero el teatro sigue en la sombra, y Cristabel tiene frío. En la cabaña encuentra una vieja tetera de pícnic y una calefacción de latón Primus que consigue encender, volviendo las cenicientas llamas amarillas en un sibilante azul y colocando encima la tetera. La bebida resultante es más óxido que té, pero la llena de azúcar y la saca fuera, se sienta ante el paisaje y, con una taza ajada en la mano, contempla cómo la luz del sol se le acerca poco a poco.

Al este, donde la luz crece en el cielo, ve el perfil patricio de Ceal Head en marcado relieve, y las cabezas de playa más allá, una serie de nobles narices que se extienden hasta el agua, como retratos de perfil de una familia victoriana, padre e hijo, contemplando el futuro. El mar avanza hacia ellas, y el sonido cuando las alcanza en la distancia, y después un poco más cerca, es como una batalla ensordecida, y sus ecos son sus efectos y el eco de estos.

Una voz aguda detrás de ella dice:

—Nunca había visto un león.

Se vuelve y ve a un niño de unos cinco años, con un jersey de lana y pantalones cortos. Tiene un terrier no muy cuidado atado con un cordel y está junto a la cabeza montada de un león entre los objetos teatrales.

—¿Por qué está solo la cabeza? ¿Dónde está el resto?

—Solo está la cabeza para que pudieran colgarla en la pared de mi casa —le explica ella—. Mi abuelo lo cazó.

—Ah —se soprende el niño, que acaricia con cuidado el morro—. A mí me gustaría colgar de la pared la cabeza de mi profesora. O la de Hitler. Mi madre dice que es un demonio. ¿Qué es todo esto?

Cristabel toma un último y amargo trago del té, se levanta y contesta:

—Lo usábamos en nuestras obras. Hace mucho. Se me ocurrió sacarlo, ya que venía. No tengo un pimiento que hacer.

—Nunca he visto una obra —dice el niño.

—Cuando tenía tu edad, yo me las montaba. Usábamos una sábana como telón. Espera, que te lo muestro.

Rebusca entre la ropa y saca una capa de terciopelo; después encuentra cordel en el granero, que ata entre los huesos de ballena. Está añadiendo la capa cuando una voz de mujer grita:

—¡Ahí estás, Norman!

Cristabel se da la vuelta y descubre a una mujer que avanza hacia ellos, y que parece una Betty Brewer más alta. Una de sus hermanas pequeñas, seguro. La que se casó con un granjero. La mujer lleva un casco de latón y un buen abrigo de aspecto ligeramente oficial, con una banda en un brazo.

—Oh, es usted, señorita Cristabel —dice—. Hemos recibido información de actividades inusuales en la playa. No le estará haciendo señales a nadie, ¿verdad?

—No, lo siento. Nada de eso. Joyce, ¿verdad?

—Sí, y veo que ha conocido a mi Norman. Espero no molestarla. ¿Qué hace aquí, señorita Cristabel? Creía que estaba fuera, de servicio.

—Estoy en el Cuerpo de Enfermería de Primeros Auxilios de la Caballería Voluntaria, ahora mismo de permiso.

—¿Primeros auxilios? Eso está muy bien. Una nunca sabe cuándo va a necesitar primeros auxilios. Tiene que darnos una charla en el centro cívico, si tiene tiempo. Siempre estamos buscando a gente que lo haga.

—¿El nuevo centro cívico?

—El mismo. Si todo va bien, estas fiestas vamos a representar nuestra primera obra de Navidad.

Norman interviene:

—La mujer de primeros auxilios sabe de obras.

—Por supuesto —corrobora Joyce—. Las hacía aquí, ¿verdad? Recuerdo oír hablar de ellas. Decían que venía gente desde Londres a verlas.

—¿Nunca estuviste en ninguna?

Joyce se ríe.

—No es la clase de cosa a la que me invitarían a mí. Aunque Betty, tu tía Betty, Norman, a veces salía en ellas. Una vez que hizo de hada le dejaron quedarse con el traje, y era precioso. Lástima que ya no

quepamos en él ninguna de nosotras.

—*El sueño de una noche de verano*. Vendíamos entradas. No necesitabas invitación.

—Bueno, señorita Cristabel, si tiene tiempo y ganas, estaríamos muy agradecidas de que nos diera su opinión profesional sobre nuestra pequeña obra. El comité navideño se reúne los jueves después de la partida de *whist*. Pásese por allí. Les diré que hemos hablado.

Cristabel sonríe vagamente.

—Si vuelvo por aquí, ¿me harás una obra? —pregunta Norman.

—¡Norman! —lo reprende Joyce.

—Sí —contesta ella—. Así que mejor que vuelvas.

—Por favor, no se moleste por él, señorita Cristabel —se disculpa Joyce, cogiendo de la mano a su hijo.

—¿Qué crees que tendría que salir en la obra, Norman? —le pregunta Cristabel.

Él se lo piensa.

—¿Criaturas que se comen a la gente?

—Muy bien.

***

Cristabel observa cómo se alejan —Joyce con su casco, Norman con su perro— y contempla los huesos de ballena, medio ocultos por la arrugada capa, como si llevaran un disfraz. No debería haberle dicho al niño que iba a montar una obra. No puede hacerla ella sola. Aunque, si la capa fuese una sábana, podría usar una linterna y crear algún número sencillo de sombras chinescas. A él podría gustarle.

No es una mala idea. Podría usar quinqués para proyectar sombras desde diferentes ángulos. Quizá algunos efectos de sonido, como en las obras de la radio. Podría hacerlo durante el crepúsculo para que las sombras fueran más claras, y notificar de ello a las autoridades para que no la arrestaran. Ojalá estuviera Digby para hacer algunas de las voces.

Y entonces su recuerdo cae sobre ella y lo eclipsa todo. Cierra los ojos y espera a que pase el dolor. Ni siquiera está segura de que sea dolor; podría ser terror, podría ser furia. No tiene valor como para

mirarlo e identificar sus componentes.

Un rato después abre los ojos. Ahora el sol está sobre los acantilados, y avanza lentamente hacia el teatro. Pronto tendrá que regresar a la casa; no ha comido nada y se muere de hambre. Pero primero va a echar un vistazo rápido en el granero, a ver si hay algo que pueda usar.

El comité navideño

Diciembre de 1943

En Chilcombe, Cristabel sigue durmiendo en el frío ático, aunque haya otros dormitorios vacantes. Una noche especialmente helada camina por la casa, envuelta en una manta, inspeccionando las otras habitaciones. Siente como si tuviese que pedir permiso para entrar en la de Willoughby, y la que era antes de Rosalind ahora tiene el sello de Flos- sie: pañuelos de cabeza colgados de una silla y un elefante decrépito en un rincón. La habitación de Digby está oscura y no invita a entrar, con las cortinas cerradas y piñas polvorientas en la chimenea.

Mira incluso en las habitaciones de invitados, con sus colchas de flores y las flores secas en los jarrones, silenciosas y limpias como tumbas bien conservadas, pero le parece ridículo ocupar una de ellas. Por fin, saca un antiguo abrigo de Willoughby de debajo de las escaleras y se lo pone para dormir de vuelta en el ático.

Cristabel vio a Flossie, Betty y el señor Brewer cuando llegó de Londres, pero sintió que apenas se tomaron ciertas molestias para saludarla y siguieron sin ella. Betty y el señor Brewer están ocupados con las preparaciones navideñas del pueblo, y Flossie raramente viene desde Dorchester. De vez en cuando los descubre a los tres riendo mientras toman el té en la cocina, compartiendo chistes y cotilleos locales, y se siente fuera de lugar en su compañía, vistas las alianzas y costumbres formadas sin ella.

También se está dando cada vez más cuenta del manto de silencio con el que carga, no poder contar nada sobre dónde ha estado o qué ha hecho, y, desde luego, no puede compartir lo que ha oído sobre Digby o las sensaciones encontradas que ahora le produce su nombre. Es como ir arrastrando una pierna de madera: un hándicap del que de

alguna forma todos son conscientes pero que no se deciden a mencionar. Es Ahab dando vueltas por la cubierta de su barco, con su *frente arrugada y surcada* y su aspecto *de vigilia permanente, de caminar sin pausa*.

Cualquier pregunta sobre lo que ha estado haciendo en el servicio recibe respuestas bruscas y que no contienen ninguna información: «No mucho», «Lo de siempre». Pero la conocen lo suficiente como para saber que sus palabras son un escudo, a pesar de que no puedan imaginarse del todo lo que hay tras ellas.

Su mente está ocupada en pensamientos sobre Digby. El miedo a que lo hayan capturado la enferma. Imaginarse los métodos de tortura que sabe que usa la Gestapo, los que le contaron durante la instrucción, siéndole aplicados a su hermano la azora, casi la desespera. Teme volverse loca solo para evitar pensar en ello.

También hay ira. Ira porque su propia guerra haya llegado a un final abrupto. Sabe que Digby es extremadamente leal y la mortificaría averiguar que él fuera la causa, pero, sea por lo que sea, la han enviado de vuelta a su casa, y no por nada que haya hecho ella misma sino por causa de otro. Es una injusticia que le produce un fuerte nudo en el pecho.

La hiere que pueda haber un interrogante junto a su nombre. Que Sophie o Henri o los otros agentes puedan oír de su regreso de Francia y se pregunten si es una traidora, lo peor que se puede ser, cuando ella se había consagrado tanto al éxito de su misión. Se despierta por las noches gritando en sueños.

Cuando vaga por los acantilados cerca de Chilcombe ve a veces en la distancia unos extraños vehículos militares que se mueven en las aguas poco profundas de la playa de Weymouth; máquinas anfibias, como un cruce entre un barco y un camión. Cada vez hay más tropas americanas que acampan en los bosques de Ridgeway, y el señor Brewer dice que están evacuando a todo un pueblo más adelante en la costa para dedicar la zona a entrenamientos militares. Está segura de que se están preparando para invadir Europa justo en su puerta y ella solo puede mirar.

***

Cuando llega al nuevo centro cívico de ladrillo rojo de Chilcombe Mell ve que está lleno de niños alrededor de mesas sobre caballetes, pintando diarios con diligencia para hacer cadenas de papel y pegando cinta a ramitos de acebo, vigilados por varias mujeres jóvenes. Otro grupo de unas ocho mujeres de entre treinta y setenta años está sentado a una mesa cerca del escenario, charlando animadamente. Varias tejen, una toma notas. Cristabel da por supuesto que es el comité navideño.

Se acerca a la mesa y se presenta. Ante la palabra «Seagrave» todas empiezan a ponerse en pie. Hay una sucesión de gestos amables: le ofrecen asiento, le ofrecen té. Alguien sale apresuradamente a buscar otra silla. Cristabel, que no desea sentarse, se ve ante una mesa de mujeres que no saben bien cómo colocarse en relación con ella. Eventualmente Joyce vuelve a sentarse y el resto la sigue, a excepción de la que fue a buscar la silla, que se queda en pie sosteniéndola con las dos manos, como si fuese un mayordomo.

—Joyce me dijo que buscaban ayuda con su producción navideña —dice Cristabel, sintiéndose como una profesora que se dirige a una mesa de alumnos. Se percata de que se están fijando en sus pantalones viejos y en sus botas llenas de barro.

—Como seguro que sabéis, la señorita Cristabel es de la mansión —informa Joyce al comité—. Son los del teatro al aire libre de la playa. Tiene experiencia en asuntos dramáticos.

El comité hace ruiditos educados de interés. Una de las mujeres mayores dice:

—Recuerdo a su padre. Montó un espectáculo de fuegos artificiales un Año Nuevo.

—Ah, sí —asiente Cristabel.

Otra mujer pregunta:

—¿Qué la trae de vuelta a Chilcombe, señorita Seagrave? Oímos que se había ido de servicio.

—Lo estaba. Ojalá estuviese aún. Pero no.

Se produce una pausa incómoda, y después una mujer joven pregunta:

—¿No tendrá usted trajes, señorita Cristabel? En estos tiempos a nadie le sobra ropa. En el pueblo, quiero decir.

—Hace muy poco he encontrado unos arcones llenos. —Intenta

sonar más agradable—. Tienen que venir a echar un vistazo.

Ruidos de sorpresa agradecida, una nota en una lista.

—¿Se ha cortado el pelo, señorita Cristabel? —pregunta Joyce—. Le veo algo diferente.

—Me lo corté yo misma. Me temo que es una chapuza, pero me estaba poniendo nerviosa.

—Seguro que le será muy práctico para cuando vuelva a los primeros auxilios. ¡Norman, esas bayas son venenosas!

—Permítanme decirles —continúa Cristabel— que no tengo ningún deseo de inmiscuirme en su obra. Solo he venido a ofrecer mi ayuda, tal como me pidió Joyce.

Joyce suelta una risita.

—No necesitamos que se inmiscuya, señorita Cristabel. Todo va viento en popa. Solo se me ocurrió que podía darnos algunos consejos. Pero no esperamos que se moleste con una obra navideña pueblerina, desde luego.

Cristabel frunce el ceño.

—No quería decir que una obra de Navidad no esté a mi altura. Aplaudo su trabajo. El teatro de comunidad es digno de alabanza.

Se produce un silencio. Las mujeres miran a la mesa, decididas a mantener sus sonrisas educadas.

—La ropa nos ayudará mucho —dice Joyce.

—También tengo focos, si disponen ustedes de un generador; seguro que sí, en este centro tan moderno.

Se hace otra nota en una lista, y Cristabel se descubre yendo en dirección a la cocina, como si fuese a inspeccionar el sistema eléctrico de la sala. Ve a Norman que escupe bayas de acebo en la pila, lo que le proporciona una excusa para quedarse allí un momento y pensar en alguna forma de irse educadamente.

—¿Seguro que no quiere echar un vistazo al guion? —pregunta Joyce, que acude a llenar la tetera—. Hemos decidido hacer *La Cenicienta*, pero con canciones populares, para que haya un poco de todo.

—Suena maravilloso.

—Quizá pudiese usted hacer algo para los niños en su teatro, igual que le hizo a Norman.

—Sí, quizá —responde ella, dirigiéndose hacia la puerta—.

Dígame si puedo serle de más ayuda, Joyce. Mi hermana Flossie también acostumbra a estar disponible.

—Ah, sí, ya conocemos a la señorita Flossie. De hecho, puede decirle que mi marido le ha encontrado por fin un exclusivo jamón. Estaba empeñada en tener uno para Navidad.

***

Unos días más tarde, esa misma semana, Cristabel lee el periódico en la cocina cuando Flossie entra por la puerta trasera.

—Hola, Floss —la saluda—. Joyce, del pueblo, dice que te han encontrado un jamón.

—¡Excelente noticia! —exclama ella, que lleva su uniforme de voluntaria, con tanta pana y botas de goma como una joven granjera.

—¿No nos trae uno normalmente el carnicero? —pregunta Cristabel, dejando el periódico. Lleva gorro y guantes de lana; la temperatura ha caído a bajo cero y hasta la cocina resulta apenas habitable.

—Ya no tenemos carnicero. El año pasado lo reclutaron. Hoy en día hay que pelearse y rogar para conseguir cualquier clase de carne.

—¿Y no podía ayudarte Perry? Estaba pensando en ponerme en contacto con él. Podría preguntarle.

—Vale la pena. —Flossie ha cogido al gato para acariciarle el hocico—. Betty y yo hemos estado guardando de nuestras raciones todo el año para preparar cosas buenas estas fiestas. No se puede celebrar una Navidad sin cosas buenas. ¿Has mirado en la despensa?

Cristabel sale de la cocina y sigue el pasillo hasta la cueva de Aladino pétrea que es la despensa; encuentra estanterías de pepinillos en conserva y mermeladas caseras, brillantes gemas, cada una con una etiqueta hecha por Flossie indicando el contenido y la fecha de creación —*Mermelada de frutas del bosque de verano, 15 de agosto de 1943* —; como si el propio día, su luz y su vida, estuviesen contenidos dentro.

—¿A que he sido productiva? —pregunta Flossie desde la cocina, donde ha puesto la radio y canturrea siguiendo la música.

Cristabel pasa un dedo cuidadosamente por el linaje de conservas:

Gelatina de membrillo, *Jalea de escaramujo*, *Mermelada de ciruela de Damasco*. En el suelo hay botellas de cristal que contienen un líquido de color azul marcado como *Vino de saúco*.

—No tenía ni idea de que sabías hacer todas estas cosas, Floss.

—Yo tampoco —recibe por alegre respuesta, y a continuación Flossie se pone a cantar el principio de «Alas de plata a la luz de la luna».

—Pronto voy a salir a dar un paseo, por si quieres apuntarte —le dice Cristabel.

—Me encantaría, pero ya me ha reclutado Betty. Vamos a buscar muérdago.

—Vale —responde Cristabel. Pone rectos los jarros y sale de la despensa, sube las escaleras y se planta un momento bajo la polvorienta pompa del Salón de Roble, junto a la armadura hueca.

Por supuesto, antes de la guerra pasó un tiempo lejos de Chilcombe, pero nunca pensó que un día regresaría a su casa y se sentiría ligeramente excluida, como un resto, un sobrante. Mueve la cabeza y va al estudio de su padre. Va a escribir otra carta a sus oficiales superiores, pidiendo una vez más que vuelvan a enviarla a Francia, recordándoles las excelentes referencias que obtuvo en su instrucción.

Va a escribir la carta y va a correr hasta la oficina de correos, debe mantenerse en forma, estar preparada. Eso es lo que va a hacer, piensa, de pie en aquella habitación fría, rodeada de cuadros de caballos e imágenes de combates.

Azotado por una tempestad

Diciembre de 1943

Cristabel da instrucciones a los Brewer de que pasen el día de Navidad con sus familiares en el pueblo; les dice que no tendría sentido quedarse en Chilcombe, no hay nada que hacer allí. Flossie va a ir a un almuerzo de las voluntarias en un hotel de Dorchester y quizá vuelva por la tarde si es capaz de coger la bicicleta, lo que parece improbable; y Maudie se va a quedar en Weymouth.

Antes de irse, Betty permanece en el marco de la puerta de la cocina con una gallina desplumada en una mano, mirando cómo Cristabel se enciende un cigarrillo con la llamita de una encimera, y le pregunta:

—¿Seguro que va usted a estar bien?

—Esto no puede ser tan difícil. —Le coge la gallina de las manos—. La meto en el horno y vuelvo a sacarla.

—No voy a responder a eso, señorita Cristabel; son días de buena voluntad.

Cristabel rebusca en un bolsillo y le da una pastilla de jabón de lavanda francés, envuelta en papel de regalo.

—Feliz Navidad.

—¡Por Dios! Hacía años que no veía un jabón como este.

Tiene otra pastilla para Flossie, que deja en la mesa de la cocina, y piensa en la mujer que se la entregó, una joven enfermera que la había acogido en la montaña antes de irse, y que se las puso en las manos, diciéndole que era un regalo de parte de Francia. Se pregunta si seguirá viva; los periódicos dicen que el gobierno francés colaboracionista de Vichy está empeñado en «aplastar a los revoltosos» de la Resistencia.

***

La mañana de Navidad Cristabel examina la gallina, su blanca piel desnuda, y la deja en la despensa donde el gato no pueda atacarla. La casa está silente y fría. Una Navidad sola, piensa, y la idea casi la complace hasta que se pregunta cómo la estará pasando Digby, y todas las imágenes truculentas vuelven.

Intenta apartar frenéticamente esos pensamientos, hasta estar rodeada solo por los sonidos de la casa vacía. El reloj de la cocina. El viento en el exterior. No se le ocurre que nadie antes haya pasado unas Navidades en solitario en Chilcombe. Los festejos del pasado eran con toda probabilidad celebraciones grandiosas, llenas de vestidos voluminosos y buenos deseos, manteniendo las tradiciones, manteniendo las apariencias. Tantas cosas que mantener, y tantas energías dedicadas a hacerlo, como si llevaran la casa y sus costumbres en un palanquín. Por suerte ahora solo tiene que hacer lo que desee.

Coge la radio y la lleva al Salón de Roble. Quiere oírla en el ático, donde va a rebuscar entre la ropa vieja, a ver si hay algo que pueda servirles a las mujeres del pueblo.

Los muebles del salón están cubiertos ahora con viejas sábanas: la lona que tapa el agujero del techo siempre está soltándose y dejando entrar la lluvia. Deposita la radio sobre el piano cubierto, la enchufa y gira el dial hasta que oye el sonido de lejanos coros de catedral entre la estática.

***

Cuando vuelve a bajar, cargando con un alijo de ropa, en la radio los tambores preceden al himno nacional, y entonces habla el propio rey, que lo hace con su voz de abuelo sobre la Commonwealth británica, el Imperio y sus galantes aliados. *Hoy, de todos los días del año, vuestros pensamientos estarán en lugares lejanos y vuestros corazones acompañarán a vuestros seres queridos*.

Fuera el tiempo empeora, ráfagas de viento y lluvia cerrada. Cristabel sabe sin tener que mirarlo que faltan dos días para la luna llena, pero

sospecha que ni los valientes escuadrones lunares se atreverán a volar esta noche. Desenchufa al rey y lo lleva a la cocina, donde reemprende su discurso. *El hogar y todo lo que el hogar significa*, dice por entre una repentina nube de zumbadora estática, *azotado por una tempestad como nunca antes ha vivido*.

***

Cuando Flossie regresa, a finales de la tarde, se encuentra Chilcombe vacía y una radio chirriante que emite mensajes de Navidad a todo volumen de parte de miembros del ejército destinados en Ceilán. Después de buscar por la casa y los terrenos, descubre a Cristabel en el granero de cerca del mar, cubierta por sacos viejos, con una botella de brandi a su lado.

—¿Qué haces aquí, Crista? Te he buscado por todas partes —le dice, agitando el paraguas.

Cristabel abre un ojo.

—¿Te puedes creer que aquí hace más calor que en el ático?

—¿Por qué no estás en casa? Es Navidad. —El ruido de la lluvia contra el techo del granero le provoca dolor de cabeza a Flossie. Tenía la esperanza de encontrar comida caliente en la casa para absorber el alcohol del almuerzo.

—He estado ordenando —contesta Cristabel.

—¿Estás bebida? Normalmente no tomas brandi. ¿Qué es todo esto en el suelo?

—Muñecos de sombras. Los he estado haciendo. Puede que monte un espectáculo para los niños del pueblo. No te preocupes, no dejaré que nadie te toque tus verduras.

—¿Estás bien, Crista? ¿Has sabido algo de Digby? Creí que tendríamos noticias de él por Navidad.

Cristabel se pone en pie, se tambalea un poco.

—No, nada. —Se cruza de brazos—. Estaba pensando, qué gracia que antes te llamáramos Veg y ahora te encanten los vegetales.

—A mí no me parece gracioso. ¿Dónde está Betty?

—En el pueblo. No creía que fueras a volver hoy.

Flossie suspira.

—No iba a dejarte sola en Navidad aunque tuviera que enfrentarme a un vendaval para venir, que es lo que ha ocurrido.

—No me importa estar sola.

—Pero yo no quiero que lo estés. Puede que solo estemos nosotras dos, pero eso no quiere decir que no podamos pasárnoslo bien. —Levanta el paraguas—. Voy a la casa a comer jamón. ¿Me acompañas?

Cristabel se frota la frente.

—Sí. También hay un pollo. Me lo ha dejado Betty.

—Lo sé. —Flossie coge del brazo a su hermana—. Lo he metido en el horno. ¿Qué te has hecho en el pelo? Pareces Juana de Arco.

***

Hay una tormenta en la bahía. En la punta más alejada de la playa de Chesil, el lado que se enfrenta a lo peor del clima, el agua está agitada, blanca y gris, hace rugir a las piedrecillas y retrocede. Son grandes olas americanas, que han viajado por el Atlántico para precipitarse sobre la playa con fuerza extravagante, presuntuosas, matonas.

En la cocina de Chilcombe, iluminada por velas, la mesa está cubierta de trozos sueltos de galletas saladas caseras y los huesos de una gallina. Cristabel dormita en un sillón al lado del horno principal, entrando y saliendo de un ensueño empapado en vino de saúco.

Cuando sueña, lo hace con la ballena. Sueña que está en la playa de Chesil, sobre la montaña húmeda de piedrecillas, sobre las agitadas olas, observando cómo se acerca la ballena por el océano, apartando el agua a su paso, convirtiéndola en largas tiras blancas. La ve sumergirse como un submarino y contempla su gran espalda cubierta de percebes reaparece por el otro lado, hacia la bahía, donde ella duerme y espera.

De C a D

26 de diciembre de 1943

D:

No tengo ninguna razón para escribirte esta carta. No puedo mandártela a ninguna parte. Solo es que tengo un lápiz y un cuaderno, y cuando tengo un lápiz y un cuaderno te escribo.

A veces siento que cuando hablo más claro contigo es cuando te hablo en mi cabeza mientras paseo junto al mar. En otras ocasiones siento que solo estoy hablando conmigo misma, que solo me estoy consolando dirigiéndome a un tú ficticio, como si estuviese ensayando sola una obra para dos.

Puede que esto no sean más que tonterías. Tengo una resaca monstruosa.

Creo que sabes que siempre pienso en ti, y es que me parece que vives en mi mente y que cuando regreses no vas a necesitar que te cuente nada porque habrás estado aquí todo el rato. No me digas que no es verdad. No me lo creería ni por un segundo.

C

QUINTO ACTO
1944-1945

Las altas esferas

Enero de 1944

Por fin, Cristabel es llamada de vuelta a Baker Street la primera semana del año. En Londres hace un día inapacible; caen unos pocos copos de nieve del cielo encapotado. En la sede de la Org la conducen hasta una sala casi vacía, iluminada apenas por una bombilla que pende del techo. Oye la voz de su madre adoptiva: *Lámparas, querida, nunca luces que cuelguen. Te hacen parecer vieja, casi una momia*.

La entrevista es tan educada y funcional como esperaba. De haber alfombras en el edificio en vez de linóleo barato, seguro que barrerían muchas cosas debajo de ellas. Le dicen que no se sabe nada de su primo desaparecido, pero aceptan que Gilberte es eficiente y no hay razones para retrasar más su regreso al terreno. La forma inocua de comunicárselo le hace sospechar que es tan simple como que necesitan más agentes. Se recuerda a sí misma que, como dijo Perry una vez, es una cuestión de números.

—Ya han retrasado mi vuelta —replica—, y, no hace falta decirlo, estoy deseosa de comenzar mi nueva misión, sea la que sea. Confío en que no haya interrogantes sobre mi integridad.

Los hombres niegan con la cabeza y hablan de *protocolos* y reconoce en sus sonrisas inamovibles la misma exasperación que siente ella, lo que sugiere que también ellos han agotado la lista de posibles razones para el silencio de Digby —Digby atrapado e incapaz de comunicarse, Digby víctima de alguna herida o un colapso nervioso, Digby obligado por la fuerza a trabajar para los alemanes, Digby trabajando contento para los alemanes y esperando una victoria nazi— y no han sacado nada en claro, así que han pasado a cuestiones más urgentes. Ella ha descartado la última opción, pero todo lo demás

sigue siendo posible.

—Solo para que quede claro —dice—, ¿creen que mi primo puede suponer algún riesgo para nuestras operaciones en Francia? —Resulta más fácil hablar de él de esa forma objetiva, una cuestión profesional que hay que valorar como cualquier otra.

Ellos parpadean y dicen que no, que confían que no sea así. Todos los informes durante su instrucción enfatizaban su lealtad para con sus compañeros. Y además, ahora hay que concentrarse en *lo más importante*. Cristabel asiente y piensa en las cada vez más numerosas tropas que llegan a Dorset. También se ha fijado, camino de la sala, que en muchos de los cubículos hay sacos de dormir y los despachos donde están los oficiales de mayor graduación —los coroneles y brigadas de mirada de acero— tienen a muchos visitantes esperando fuera. Los que están dentro nunca salen, y solo oye ocasionalmente unos imperiosos «¡Pase!».

Llaman a una secretaria, que trae varias cajas de cartón llenas de informes; después le piden que se vaya y cierre la puerta. Despliegan sobre la mesa un mapa del norte de Francia.

***

—La otra posibilidad es que Digby haya querido retirarse y quedarse a vivir allí —dice Perry cuando se ven para tomar una copa después de la reunión. Ha elegido un oscuro pub victoriano en Whitehall, lleno de humo de pipa y hombres en traje negro que no paran de toser: parlamentarios, funcionarios, la maquinaria del poder. Es un escenario monocromo en el que Perry, de uniforme, se integra perfectamente y pasa desapercibido. A pesar de todo, Cristabel disfruta de la sensación de estar entre ellos llevando uniforme propio.

En teoría, Cristabel había contactado con él para ver qué podía hacer con lo de Flossie y la comida; acabó sugiriendo tomar una copa para celebrar el nuevo año, pensando en que podría hablar de Digby con él. A fin de cuentas era Perry quien lo había recomendado a la Org, y sabía lo que era el trabajo encubierto. También sospechaba que podía saber mucho más que ella sobre la situación en París, dadas sus relaciones más altas en la cúpula. Perry continúa:

—Usar personal no formado para las operaciones encubiertas siempre supone un riesgo. No es ninguna sorpresa el que algunos se aparten de su cometido. La invisibilidad puede resultar muy tentadora para los no iniciados. —Su rostro blanco como la tiza está iluminado por la luz invernal que entra desde la ventana de cristal de colores; parece más remoto que nunca, austero como un santo, un hombre en código.

—No estamos «no formados».

—Cuatro meses, ¿verdad? Entre que fuisteis reclutados y entrasteis en acción. Aunque supongo que eso puede bastar para el rol a corto plazo que la Org quiere que cumpláis.

—No es precisamente un paseo —replica Cristabel—. Tenemos que contactar con una cantidad cada vez mayor de grupos de la Resistencia, cada uno con una opinión propia sobre cómo ganar la guerra.

—Esa es otra cuestión demasiado delicada como para confiársela a principiantes. Es una regla básica de seguridad: cada vez que aumentas tus contactos, también aumentan las posibilidades de que te descubran —explica Perry—. O, como decía mi viejo mentor, tres solo pueden mantener un secreto si dos de ellos están muertos.

—Tú recomendaste a Digby para que trabajara en Francia.

—Habla francés. Era lo que buscaban.

Cristabel toma un trago.

—Pero tú no lo habrías usado.

Perry niega con la cabeza.

—Digby es demasiado hijo de su madre.

A Cristabel le acude la imagen de la fotografía de Rosalind y Digby que ella tenía junto a la cama, sus caras huesudas muy juntas, unidos en su belleza como un par de gatos. Perry hace dar vueltas al hielo de su vaso.

—A algunos les es innato buscar todas las salidas en cuanto entran en una habitación. Creo que tú ya eras experta en ello antes de tu actual rol, dado lo mucho que te desagradan los encuentros sociales.

—Hay una puerta doble a las tres en punto que da a la calle, y otra a las once que va a los lavabos. Tengo otra puerta de servicio a la espalda, más o menos a las siete, que sospecho que da al sótano, y un arco tras la barra que lleva a una habitación trasera.

—No me imagino a tu primo buscando las salidas o pensando que puede ser lo prudente. A su madre le pasaba lo mismo.

—Un instructor en Escocia nos dijo que Churchill duerme bajo un mapa que muestra todos los posibles puntos de invasión de Inglaterra, para que su primer pensamiento al despertarse sean las amenazas a las que nos enfrentamos.

Perry levanta su vaso.

—Es un pendejo, pero sabe cómo combatir una guerra.

Cristabel bebe y dice:

—No habrías propuesto a Digby si creyeras que podía ser un riesgo.

—Creí que tenía posibilidades de hacerlo bien. Tiene un cierto carisma. Además, él mismo me dijo que no quería seguir con los tanques. Con su amor por los focos, pensé que disfrutaría del trabajo ruidoso en el que os especializáis.

—¿Ruidoso?

—Hacer explotar cosas. En mi opinión no es como una organización de inteligencia debería operar.

—Supongo que ahora vas a decirme cómo debería operar, y que va a estar basado en el trabajo que haces tú.

—Exacto. Tenemos gente que trabaja de forma encubierta y que seguiría allí mucho después de que los vuestros hayan vuelto a casa entre grandes aplausos y artículos en los periódicos. Nunca conocerás sus nombres, pero son vitales.

—¿Qué hacen?

Perry pasa la mano por la mesa pulida, como si la estuviese alisando.

—Reúnen inteligencia. Suena bien, ¿no? Planos. Fechas. Papeleo. Es en el papeleo de un imperio donde se encuentran sus debilidades.

—Lo que hacemos sube la moral. Me refiero a que los franceses saben que no estamos solos.

—Cristabel, está muy bien tener a un grupito de franceses borrachos de vino en una colina dispuestos a disparar armas cuando lleguen los aliados, pero, a menos que sepamos exactamente dónde están las defensas costeras alemanas, los aliados no tendrán ninguna posibilidad de llegar.

Ella acepta la argumentación.

—Entonces las dos cosas. Las dos son importantes.

—Por ahora. Pero la moral del populacho francés difícilmente va a ser una prioridad después de la guerra. Y es por eso que tu organización dejará de existir en cuanto venzamos. Resulta irónico pensar que estás trabajando para tu propio fin.

—Eso no lo sabes.

—Ha sido acordado. En las más altas esferas. —Con un gesto abarca a los hombres sentados a su alrededor—. No hay necesidad de dos organizaciones de inteligencia. La tuya va a desaparecer, y ¿qué harás entonces?

Cristabel contempla a los habitantes de ese ambiente enrarecido. No se imagina que les pregunten a menudo qué harán después. Sus carreras parecen algo tan sencillo como subir en un ascensor: de la escuela pública a Oxbridge, a Sandhurst, al ayuntamiento o al Parlamento, la caza del urogallo, la pesca con caña, hacerse con una pareja igual que uno recoge la ropa en la tintorería, hijos, oporto, puros, las salas de color rojo oscuro donde se toman las decisiones más convenientes.

En cambio, a ella siempre la paran y la cuestionan. Barreras, controles de identificación. Recordatorios de que no está donde debería.

—No pienso más allá de la guerra —responde—. Pienso en mis amigos de Francia. El populacho.

Perry hace una mueca con la boca. Siempre le han irritado los franceses, un sentimiento exacerbado por su desprecio a De Gaulle, y de quien, tal como era de esperar, empieza a hablar ahora, diciendo que es de una arrogancia inconcebible, un general exiliado que actúa como si tuviera un ejército a su mando más que un apartamento prestado en Mayfair y entrevistas ocasionales en la BBC.

Cristabel siente una mayor simpatía por el francés aislado. Sabe que la voluntad de no doblegarse a veces es la mejor, la única, arma.

—Les da esperanza —dice.

—Les da una ilusión. —Perry hace un ruidito de desprecio.

—La esperanza es una ilusión. Por eso es poderosa. —Lo ve mirar su reloj y añade rápidamente—: Perry, ¿es posible que tus agentes encubiertos sepan dónde está Digby y qué hace?

—Yo no me ocupo de Francia —contesta, y ella ve que de alguna

manera se ha cerrado sobre sí mismo, como un búho. Se da cuenta de que Perry tiene algo de aislado, de reservado. Algo pequeño y una vez vivo, atrapado en un puño que ya no recuerda tener algo dentro. Dice:

—Si te lo pido, ¿podrías averiguarlo?

Él la mira fijamente.

—¿Vas a pedírmelo?

Cristabel nota que él estaba esperando ese momento y ya lo ha valorado, piensa que está esperándola a ella al otro lado de la pregunta. Y también tiene la sensación repentinamente aguda de que no puede permitirse quedar en deuda con él, por mucho que puedan hablar sobre Digby.

—¿Por qué iba a tener que pedírtelo, tío Perry? Estoy segura de que si tus agentes tienen alguna información sobre un colega británico la van a compartir con nosotros, naturalmente.

La sonrisa de él es lechosa como el veneno.

—Tío —dice. Y después—: La hipocresía no te sienta bien, Cristabel. —Ella no contesta. Se siente culpable, rastrera, infantil—. Tengo una cita en White's. Te invitaría, pero no puedo; es un club solo para hombres. —Se levanta, se limpia la chaqueta con las manos—. Son muy selectos sobre a quiénes admiten. El pobre Kovalsky tiene que esperar fuera, como un perro fiel. No te importa volver en metro, ¿verdad?

***

Cristabel va al metro para viajar hasta el hotel Bloomsbury que le ha reservado la Org y donde se hospedará hasta que sea el momento de ir a la pista. El vagón es húmedo y está medio vacío; un orondo hombre de negocios dormita en el asiento de enfrente. Coge el periódico que él ha abandonado y, mientras el tren ruge por los negros túneles, lee sobre los partisanos que, contra todo pronóstico, resisten en Yugoslavia, y sobre quienes hostigan a los alemanes en Polonia y los Balcanes. Piensa en todos aquellos que en esos mismos momentos están escondidos en edificios derruidos, con manos sudorosas en armas prestadas, murmurando oraciones finales.

Ojea los anuncios por palabras. Los nacimientos, las bodas, las

muertes. Perdido en el mar. Muerto en acto de servicio. Padres que ruegan información sobre sus hijos en campos de prisioneros. Se compran monedas y medallas, pago al contado. Frigoríficos y abrigos de piel en venta. Una joven viuda busca fondos para mantener a sus niños. Una vidente de la alta sociedad desea a sus amigos y clientes un pacífico y victorioso 1944.

En la parte inferior de la página, un anuncio:

> SE REQUIERE FUTURO
> Joven oficial del ejército solicitará cese de hostilidades que requerirá de energía, resolución y capacidad de organización.
> Escribir al apartado M557, *The Times*, EC4.

Entonces se da cuenta de lo que debería haberle dicho a Perry. Que especular sobre el futuro es un lujo que solo pueden permitirse quienes dan por supuesto que lo habrá. El tren llega traqueteante a su estación. Vuelve a dejar el periódico junto al hombre de negocios durmiente y se dirige a su hogar temporal.

Queridos chicos

Marzo de 1944

Cristabel siempre había deseado que su vida fuese una historia. En cada uno de sus queridos libros de aventuras de Henty había una carta introductoria del autor que empezaba por «Queridos chicos». Le creaba la sensación de encontrarse en un club, un club destinado a grandes cosas. Henty nunca era condescendiente con sus chicos; estaban tan familiarizados con sus certezas como él mismo: que el Imperio británico era el mejor del mundo pero que podía encontrarse valor en todos los bandos, porque, queridos chicos, todos tenemos batallas que luchar.

Aparte del tío Willoughby, Henty fue la primera persona en dirigirse a ella con afecto. Fue el primero en insistir sobre la importancia del comportamiento propio, y el primero en sugerir que ella podía dejar su huella en el mundo, lo que significaba que existía.

Es por esto que, cuando ahora guarda su pistola militar en la cartuchera o se cierra el traje de paracaidista, se siente solemne y justificada, como si por fin estuviera viviendo la historia que le corresponde. A fin de cuentas, el mundo que describía Henty estaba constantemente asolado por guerras, donde un chaval decidido solo tenía que saltar a un barco y cruzar el océano para volverse agregado militar del ejército prusiano o liderar un pelotón de mosqueteros por entre la niebla del amanecer, y la joven Cristabel había marchado con ellos, la espada de madera bien alta.

Pero además de ese sentimiento de pertenencia también hay una cierta inquietud, un ligero bochorno. La reconcome una sensación persistente de que penetrar en su propia historia hará que la vean. Y es que el lugar imaginario de la niña de la historia no muestra a la niña en

sí; si el duque de Wellington o el almirante Nelson hubiesen mirado alguna vez hacia abajo y hubieran visto que una niña pequeña se les había unido, esa niña hubiese sido enviada a casa de inmediato.

Nunca ha dudado de sí misma y no ve motivos para empezar a hacerlo ahora, pero cada vez ve más claro que está donde está —sentada en el suelo de un Halifax, dando tumbos por las turbulencias sobre el norte de Francia— debido únicamente a una serie de vacíos legales temporales. Ella es una anomalía. El traje que lleva no está diseñado para una mujer: aprieta en el pecho, las mangas son demasiado largas. No encaja cómodamente en esta historia, y siempre había dado por supuesto que sí lo haría, que le sería tan fácil sumarse como seguir el ritmo en un desfile.

Así se sintió durante la instrucción en Escocia y su primera misión en Francia: como ir desfilando junto con otros. Pero ahora, después de ver lo rápido que puede ser descartada si la Org se pone en su contra, y después de hablar con Perry, ya no está tan segura. Seguramente él está en lo cierto respecto a que la Org no siga existiendo después de la guerra; y aun de seguir, no es muy probable que la mantengan a ella, que le permitan subir en el escalafón, ser general de brigada.

Se envuelve las rodillas con los brazos y frunce el ceño. Resulta desconcertante pensar así en esto, igual de desconcertante que descubrir que le hace daño. Pero tío Willoughby siempre le dijo que no hay que preocuparse por qué tramen los de arriba, que hay que concentrarse en el hombre que se tiene delante y el que se tiene detrás.

Mientras se ajusta el casco, se pregunta qué hubiese pensado de ella el propio Henty de haberse conocido. Se imagina que estaría ligeramente confuso por ver a una mujer con uniforme militar, pero que enseguida le dedicaría un cálido saludo. A fin de cuentas, él era de unos tiempos en los que se referían a los hombres como gigantes, y la forma de dirigirse al mundo era a gritos. Cuánto había deseado ella contar con alguien así, alguien que le dijera que estaba en lo cierto.

El controlador abre la escotilla y hace volar montones de folletos de propaganda británica, que caen en espiral en la oscuridad como si fuesen confeti, y exclama:

—La visibilidad está empeorando.

Cristabel se inclina hacia delante para que le ate la cuerda del paracaídas al fuselaje, y contempla por la escotilla una capa gris de

nubes. No ve nada: ni carreteras, ni campos, ni comité de recepción. Va a saltar a ciegas. El viento ruge por el avión traqueteante y su miedo se enrolla en una bola en su garganta; traga saliva varias veces, intentando hacerla bajar.

El controlador tiene una conversación a gritos con el piloto por el intercomunicador; después se vuelve hacia ella para hablarle al oído:

—No vemos a nadie abajo, pero tampoco vamos a tener mejor ocasión. ¿Quieres intentarlo?

Ella asiente. Ya tuvo un intento fallido de entrar en Francia en febrero, y no desea otro. El controlador le comunica su decisión al piloto, la luz pasa de rojo a verde y Cristabel salta antes de cambiar de idea.

Se resguarda por instinto, rodillas arriba, codos hacia dentro, como si la nube que parece subir a su encuentro fuese sólida, pero la atraviesa como un cuchillo. El paracaídas se abre con un *uuumf* mientras pasa por la nube, una masa húmeda y nebulosa que la hace dar vueltas sobre sí misma y la desorienta. De repente, está cayendo al otro lado y una colina francesa se acerca a toda velocidad para recibirla. Se tumba de espaldas, sin aliento, respirando a grandes bocanadas, agradecida de haber aterrizado en el suelo en vez de en el tejado de la catedral de Ruan. Mira arriba, pero no ve el avión. También su historia ha desaparecido y vuelve a quedarse sola. Se pone en pie.

***

Le lleva horas atravesar campos y carreteras secundarias —saltando a una zanja cada vez que oye un coche— hasta alcanzar una estación de tren. Desde allí viaja al pequeño pueblo de Normandía, donde encuentra al organizador que debería haber salido a su encuentro cuando saltó. Es un galés serio y práctico, de nombre de campo Antoine, que apenas menciona el que ella ha llegado tarde y la conduce de inmediato a un almacén al fondo del garaje en el que está establecido.

—Ahí fuera está imposible —dice, sacando una bicicleta muy antigua de debajo de una pila de cartones; es de hombre, de carreras,

con el cuadro alto y el manillar bajo—. Para ti. Espero que tengas las piernas fuertes. Pesa una tonelada.

—Me las arreglaré. ¿Por qué imposible?

—A todo el mundo se le está acabando la paciencia. Franceses y alemanes. Todos están ansiosos por saber cuándo aparecerán los aliados. Tenemos un torrente de nuevos reclutas pero ninguno sabe cómo sostener un arma, y vamos tan cortos de operadores de radio que nuestra pobre chica envía los mensajes de tres circuitos diferentes. Nunca duerme. ¿Has traído anfetas? Son lo único que la mantiene viva.

Cristabel asiente.

—Puede quedarse con las mías.

Él rebusca en los bolsillos unos papeles.

—Necesito que le lleves unos mensajes esta noche. La mayoría son para Londres, de mi parte, y casi todos furiosos. Estoy hasta aquí de contenedores mal hechos que no traen nada de lo que necesitamos.

—¿Dónde está?

Él le describe la dirección y añade:

—Puede que os conozcáis. Me dijo que buscara a una inglesa alta con voz pija. Se ve que le debes unas copas.

***

Encuentra a Sophie —nombre de campo, Sidonie— haciéndose pasar por enfermera y viviendo en una cabaña remota rodeada por interminables filas de manzanos. Resulta raro y a la vez maravilloso ver un rostro familiar tan lejos de casa. Sophie ya ha sobrepasado las seis semanas que acostumbra a durar una operadora de radio y lleva varios meses. Al abrazarla, Cristabel nota lo delgada que está su compañera de instrucción. Tiene la intensidad febril de quien vive en tiempo de descuento.

—Me alegro de verte —dice Sophie; le brillan los ojos—. No puedo esperar a que volvamos a casa y hagamos nuestra gran noche de salida. Siempre estoy pensando en eso, en volver a ver a todos.

—Pronto será la invasión. En la sede están increíblemente ocupados.

—Hace tiempo que oímos eso, cariño. Los franceses creen que Stalin entrará antes que los aliados. Dicen que va a gritarle a Winston a través del Canal que ya pueden venir, que están a salvo.

—¿En serio?

—En serio. Y, mientras, la Gestapo no para. No puedo ni decirte lo desgraciados que son. Pero, claro, los hombres nunca se toman bien el rechazo, ¿verdad?

—Tengo mensajes para ti de Antoine. —Cristabel rebusca en sus bolsillos—. Hay que enviarlos a Londres esta noche.

Sophie la lleva hasta una habitación en el piso de arriba, donde tiene su equipo de radio oculto dentro de una estrecha chimenea. Dice que trabajaba en diferentes lugares, pero ahora hay tantos mensajes que Antoine le encontró uno para quedarse y trabajar sin interrupciones.

—Llevo aquí desde enero —explica, levantando el maletín de cuero que contiene el equipo y dejándolo sobre un escritorio—. Hogar, dulce hogar.

—¿Eso qué es? —pregunta Cristabel, mirando un montón de sobres tras el reloj que hay en una repisa.

—Cartas. Me pareció que quedaría raro que viviendo aquí nunca recibiera correo, así que me he escrito unas cuantas. De parte de una tía imaginaria. Está bien tener un poco de compañía. Puedes leerlas si quieres, pero no es una gran escritora.

Cristabel sonríe.

—¿Sobre qué escribe?

—Tiene un hijo pequeño —le cuenta Sophie, sentándose a la mesa —. Parece increíble pero ya casi ha cumplido dos años. Habla de él. Qué hace, cosas de esas. Bueno, dame los mensajes.

Cristabel se los ofrece en silencio. Sophie abre las hebillas del maletín y coge los papeles sin mirarla.

La radio es de metal, llena de diales negros, perfectamente ajustada en su contenedor creado para la ocasión. Sophie la prepara rápidamente, conectando el cristal que determina su frecuencia y desplegando la antena, que es un cable de treinta metros que tiene que sacar por la ventana. Después transcribe los mensajes de Cristabel al código, usando una libreta y un lápiz que guarda en un compartimento oculto en la tapa del maletín.

Hecho eso, se pone los auriculares, se sube una manga para poder ver su reloj, mira a Cristabel y le pregunta:

—¿Vas a quedarte?

Las dos saben que en cuanto empiece a teclear un mensaje en morse estarán en peligro. A la Gestapo se le da tan bien rastrear a las operadoras de radio que Sophie tiene que empezar, transmitir, recibir, guardar —recoger el cable, enrollarlo, esconder el cuaderno con los códigos... un montón de acciones laboriosas que necesitan su tiempo— y esconder el maletín en menos de veinte minutos, antes de que las furgonetas detectoras puedan señalar dónde está exactamente. Cristabel asiente.

—Sí, me quedo.

Sophie saca una pistola de la cartuchera que oculta bajo la blusa y se la da a Cristabel, que va hacia la ventana y mira más allá de los manzanos, al campo abierto. Una visión clara, sin obstáculos. Piensa en todos los mensajes que tiene que mandar su amiga sin que nadie la descubra y siente un pico de ansiedad. Sabe que el trabajo de una operadora de radio es peligroso, pero una cosa es saberlo y otra ver el aislamiento de Sophie, lo lejos que está de cualquier clase de ayuda.

Sophie coloca el dedo en el manipulador y empieza a transmitir los mensajes de Antoine. Cristabel oye muy débilmente los *bips* en *pizzicato* del código; durante la instrucción, aquella sucesión rápida de puntos y rayas le resultaba imposible de seguir. «No cuentes —le decía siempre Sophie—, escucha. Es como una canción. *Da da didi didi*».

Cristabel la observa ahora. Sophie ha cerrado los ojos para escuchar el código que llega cantando por las ondas, el lápiz al cuaderno. La Org llama a las operadoras «pianistas»; es un apelativo muy apropiado, delicado, vulnerable. Las más aptas están tan solicitadas que acostumbran a trasladarlas de un lugar a otro para mantenerlas a salvo; viajan por separado de su igualmente valioso equipamiento, que es llevado por correos, y se vuelven a juntar en puntos anónimos, como amantes prohibidos. Pero Sophie y su radio han establecido aquí su hogar. Cristabel se fija en la caja de cerillas en la repisa, las cenizas negras de menajes quemados en la chimenea. Las dispersa con un pie.

Sophie se quita los auriculares y le pasa un mensaje descodificado con una letra tan cuidada como si fueran deberes del colegio.

—Mejor que te pongas en marcha, cariño. Habrá una entrega esta noche. Una persona, cinco contenedores. —Y comienza el proceso de guardar su equipo.

—En la base de recepción las chicas compiten por encargarse de recibir tus mensajes —le dice Cristabel mientras la ayuda a volver a meter el maletín en la chimenea.

—¿Ah, sí? Qué bonito. —Sophie parece complacida—. Me había olvidado de que allí hay chicas. Solo pienso en ello como «Londres», una persona que no habla mucho, seguramente un tío.

—Dicen que tienes dedos mágicos. —Cristabel le devuelve la pistola—. Nunca cometes un error.

—Me alegro de saber que sirvo para algo. —Sophie se guarda el arma y da otro fuerte abrazo a su amiga—. No está mal para una chica de Hackney, ¿eh?

—Desde luego —asiente Cristabel—. Te ha ido muy bien.

Sophie la besa en las dos mejillas.

—Es genial que estés aquí. Y ahora vete, o a Antoine le va a dar un ataque. *À bientôt!*

Mientras se aleja en la bicicleta, Cristabel mira atrás, a la cabaña, a muchos kilómetros de todo, rodeada por hileras marciales de manzanos que se vuelven grises con el crepúsculo. Piensa en Sophie quemando cuidadosamente la hoja del cuaderno en la que ha escrito los mensajes, una pequeña llama en la punta de sus dedos.

***

En plena noche Cristabel pedalea hasta el punto del aterrizaje, volando por caminos iluminados por la luna como un corredor descolgado en el Tour de Francia, levantándose al subir colinas, encogiéndose sobre el manillar en los descensos. Antoine se ha adelantado en la furgoneta de un panadero; lo encuentra allí, al borde de un campo en un grupo de hayas, mirando el reloj, ya enfadado. Dice que el avión llega tarde y que hay demasiada gente esperándolo. Cristabel ve de reojo a un grupo de jóvenes franceses tras los árboles, fumando y hablando, las armas al cinturón.

—¿Por qué son tantos? —susurra.

—Alguien del pueblo se va de la boca.

Para cuando oyen acercarse al Halifax —un ruido sordo que va acrecentándose sin parar— ya aparecen las primeras luces al este del cielo. Correr por el campo para hacer señales al piloto resulta muy arriesgado. Los blancos paracaídas que flotan meciéndose suavemente parecen dianas. El recién llegado, un francés de mediana edad que es saludado efusivamente por sus paisanos, se mueve igual de lento. Cristabel piensa que no puede ser un agente: parece muy contento de estar en campo abierto con un paracaídas a la espalda. Hasta se detiene para coger un puñado de tierra.

—*On y va* —dice Antoine—. *Vite!*

Esconden los contenedores en el bosque; ya hay demasiada luz como para arriesgarse a llevarlos a ninguna parte. Meten al hombre y su paracaídas en la parte trasera de la furgoneta del panadero para que Antoine pueda llevarlo hasta la estación de tren más cercana. El resto los sigue en una colección muy desigual de bicicletas. Solo Cristabel toma una ruta alternativa. Al llegar le sorprende descubrir que siguen todos juntos, esperando en grupo en el andén. Observa a los otros pasajeros. Parece haber mucha gente esperando un tren tan temprano, y algunos no parecen llevar ningún equipaje.

—Esto es ridículo —le dice a Antoine mientras abre su cajita de polvos como para comprobar su rostro en el espejo.

Él responde en un susurro:

—Dicen que tienen que estar cerca de él para protegerlo.

—¿Quién es?

—Uno de los lacayos de De Gaulle. Va camino de París.

—¿Y no preferirían ponerle un cartel al cuello para que todo el mundo lo sepa? —Cristabel cierra la caja y la guarda en su mochila.

—Llevémoslo al refugio y que se las arreglen ellos.

El tren llega a la estación echando nubes de vapor; el grupo se sube junto y va hacia el vagón de primera clase. Antoine los sigue pero se sienta aparte de ellos y lee un periódico. Cristabel se queda de pie en el pasillo del siguiente vagón, donde puede ver a Antoine por la puerta. En su cabeza suenan mil alarmas. Puede oír su propia respiración por encima del ruido del tren que se pone en marcha.

Solo necesita tres cosas: el movimiento del periódico de Antoine mientras él lo baja de forma deliberadamente lenta; la visión fugaz de

una silueta en una gabardina negra que avanza por el vagón de primera, y un francés furioso que levanta la voz.

Cristabel baja la ventanilla más cercana tanto como puede. El tren avanza por entre la neblina del campo, el amanecer es un brillo anaranjado en el horizonte. Un grito en primera clase, una orden ladrada en alemán: «*Hände hoch!*». Ve árboles que se acercan hacia ella y se agarra al borde de la ventanilla con las dos manos, levantando un pie hasta la repisa. Mira abajo, en el tren, y ve a otro grupo de hombres que se acercan por el pasillo. Levanta el otro pie y se acurruca un instante, posada en la ventanilla como un pájaro de largas extremidades. Entonces suena un disparo y ella emprende el vuelo.

***

No debería haber aterrizado como lo ha hecho, sobre un pie, retorciéndose el tobillo de tal forma que ha gritado de dolor. No debería haber caminado con el tobillo herido. No debería haber vuelto al lugar del que acababa de salir.

Debería haberse ido, dispersado.

Al menos evitó que su silueta se recortara contra el cielo, caminando encorvada por los irregulares campos, mordiéndose el labio para ahogar sus gritos involuntarios de dolor, tumbándose tras un zarzal cuando pasó un coche alemán y quedándose quieta, clavada a la tierra con las manos. Por fin, una vez desapareció el vehículo, se arrastró sobre su estómago, usando codos y rodillas, hasta que pudo distinguir la cabaña aislada de Sophie en la distancia. Y al menos pudo, una vez estuvo lo bastante cerca de la puerta como para verla abierta y fuera de sus bisagras, detenerse. Se permitió contemplarla, un diente roto en una boca golpeada, y se volvió a permitir contemplarla una segunda vez. Entonces se forzó a dar media vuelta y alejarse a rastras por entre los manzanos.

Les enfants perdus

Marzo de 1944

Cristabel tiene una dirección, una que memorizó sentada en un frío despacho de Baker Street. Un posible refugio. Un bistró de carretera a las afueras de Ruan que forma parte de una ruta de huida que se usa para sacar a gente de Francia. No puede ir caminando hasta allí con el tobillo herido, ahora el dolor amenaza con hacerle perder la consciencia, así que decide correr el riesgo de hacerle una señal a un joven que conduce un carro tirado por un caballo, le cuenta una cuestionable historia sobre cómo se cayó mientras estaba de excursión y le ofrece dinero por llevarla. Él le mira la falda y la blusa cubiertas de barro y, sin decir nada, le hace un gesto con la cabeza para indicarle que puede subirse.

Mientras van traqueteando por los estrechos caminos, ella ve un humo oscuro que se eleva al cielo detrás de ellos: algo se está quemando. El chico mira atrás, mueve la cabeza y hace trotar al caballo. Deja a Cristabel a una distancia del bistró que le permite llegar cojeando. Es un edificio en parte de madera con macetas de geranios en las ventanas.

Dentro ve a una mujer mayor que limpia vasos. Cristabel recita la ridícula frase clave —*He visitado el campo con mi tío Maurice*— y recibe la respuesta igualmente sin sentido —*Recuerdo bien a Maurice*—, y esa es casi toda la conversación que ella es capaz de mantener ahora. La mujer la lleva al almacén, al fondo del bistró, donde Cristabel se quita la mochila y se sienta entre cajas de botellas vacías de sidra. Siente como le caen lágrimas por las mejillas, pero se queda quieta y no hace ningún ruido. Apoya la cabeza contra una de las cajas.

Más tarde Sale al exterior, se sosti, la mujer le lleva un trozo de pan

duro y le dice que alguien irá esa noche a buscarla. Es médico, así que tiene coche y un pase que le permite viajar después del toque de queda. Cuando llega, carga a Cristabel en la parte trasera de un pequeño Fiat, le dice que se tumbe y la cubre con una manta. El doctor, un hombre bajito de unos cincuenta años con el pelo rizado y barba canosa, le da un pañuelo y le dice que si los paran se muerda el labio y escupa sangre en él.

El viaje en coche es lento y constante y, aunque Cristabel no está enferma, siente la tranquilidad flotante de ser una paciente mientras contempla el cielo nocturno desde su posición recostada. Cuando los paran, una vez en un control de carreteras de la Wehrmacht y otra por las milicias francesas, y ella escupe sangre, tal y como le han dicho, la satisfacción punzante del mordisco y la mancha roja en el pañuelo parecen muy reales. Los soldados la iluminan con su linterna en el asiento trasero, y ella tose y se lleva el pañuelo a la boca para que puedan ver la sangrienta prueba. Oye cómo el médico dice en tono grave que sospecha que sea tuberculosis. Los soldados se van, la oscuridad la cubre y el auto sigue avanzando en la noche.

En casa del médico, este la ayuda a entrar y a acostarse en una cama. Le da algo para el dolor del tobillo, que se ha hinchado hasta el doble de su tamaño normal, y dice que eso la va a ayudar a dormir. Lo oye comentar que una dosis fuerte de calmante es tan buena como ser acunada por su abuela; ella no tiene respuesta ni voz con la que contestar, así que cierra los ojos.

***

Cuando vuelve a abrirlos ve vigas de madera en el techo y rayos de luz dorada que entran por los resquicios de las persianas. La luz la desorienta; tiene la inclinación del final de la tarde, y oye voces amistosas fuera. Mira su reloj: ha dormido todo el día. Se levanta con esfuerzo de la cama, va a saltitos hasta un rellano y baja cuidadosamente unas estrechas escaleras. Está en una casa alargada y de techos bajos con paredes de piedra, grandes chimeneas y suelos de baldosas. Hay unos cuantos muebles viejos: una mesa de madera cepillada, una biblioteca vencida, una lámpara de latón.

Sale al exterior, se sostiene en el marco de la puerta para no caerse, y ve al doctor con una bella mujer de unos cuarenta años y una niña de unos siete. Están sentados a una mesa bajo un nogal junto a una pequeña pradera rodeada de bosque. Los tres se levantan para saludarla.

—Venga —dice el médico—. Debe de estar hambrienta.

—Tengo que irme —replica ella.

—No puede ir a ninguna parte con ese tobillo. Coma con nosotros y después se lo voy a mirar. Pero primero siéntese y díganos cómo llamarla.

—Claudine —responde, y se deja ayudar hasta sentarse a la mesa, que está cubierta con una tela blanca y tiene un jarrón de flores en el centro.

La mujer, que se presenta como Wanda, esposa del doctor, se ocupa de prepararle un plato de pan y queso, rodajas de salchicha picante curada, un huevo duro, lechuga y rabanitos. Él le sirve un vaso de vino tinto, seco y aromático —Édouard, le dice, con una mano en el hombro de ella—, y Wanda propone un brindis por la amistad y la victoria.

Tras la comida, Édouard le levanta el pie, lo posa sobre una silla y le examina cuidadosamente el tobillo. Frunce el ceño.

—Puede estar fracturado. Hay que entablillarlo, y no tiene que apoyarlo.

—No es seguro para mí estar aquí —dice Cristabel.

—Puede quedarse en el ático. Ahí tenemos la radio. No será usted la primera persona a la que hemos escondido, Claudine.

—¿Puede averiguar qué les ha pasado a mi organizador y a nuestra operadora de radio? —le pide ella en voz baja—. Antoine y Sidonie. Son agentes británicos.

—Preguntaré. Pero ahora tiene que descansar. O tomar más vino. Las dos cosas son beneficiosas. Órdenes del doctor.

***

Unos días más tarde, mientras le cambia el vendaje del tobillo, Édouard le dice entre susurros que ha oído que Sidonie y Antoine

fueron capturados debido a una informadora local. Alertada de la existencia de agentes británicos, la Gestapo esperó pacientemente hasta que se produjo el lanzamiento desde el avión para hacerse con Antoine, con quienes llegaban de Inglaterra y con los contenedores. Después capturaron a Sidonie, llevaron a cabo una dura serie de represalias —quemar granjas, fusilar a civiles— y se llevaron a los prisioneros a Fresnes, una cárcel del sur de París.

Cristabel ha oído hablar de Fresnes: es donde retienen a los agentes aliados y a los combatientes de la Resistencia, donde intentan hacerlos hablar. Su mente siente un escalofrío ante la idea de lo que les pueden estar haciendo a sus colegas; no cree que vayan a ceder fácilmente, pero al menos están vivos. Por el momento. Se pregunta si la Gestapo estaría vigilando la cabaña de Sophie cuando ella la visitó. ¿La habrán visto? O, peor, ¿fue ella quien los condujo hasta allí? Siente náuseas al pensarlo. ¿Puede haber sido tan poco cuidadosa?

—Nuestro hijo también estuvo en Fresnes el mes pasado —dice Édouard en voz baja—. Lo atraparon distribuyendo panfletos de la Resistencia en su colegio.

—¿Dónde está ahora?

—En algún otro lugar, esperamos. No lo sabemos. Solo podemos rezar.

—El no saber es duro.

Él la mira.

—Es duro, sí.

—¿Qué le va a pasar a la informadora? —pregunta Cristabel un momento después.

—Nada aún. Me han dicho que van a encargarse de ella. —Hace una mueca de disgusto—. Nunca me he sentido cómodo con eso, pero me dicen que es necesario. —Y sigue vendando el tobillo, antes de añadir—: Tendría que quedarse un tiempo aquí, Claudine. Hasta que pueda caminar. Vamos a intentar mandar un mensaje a Londres para decirles que está a salvo.

***

Cristabel se queda con ellos el resto de abril y parte de mayo. El clima

se vuelve más cálido. Llegan las primeras golondrinas, que trazan grandes arcos sobre la casa. No oyen nada más sobre Sidonie y Antoine, pero Édouard usa a un contacto para enviar un mensaje a Londres a través de la Suiza neutral, haciéndoles saber que, aunque su circuito ya no existe, Claudine ha sobrevivido, y que su rostro no haya aparecido en carteles de «Se busca» los anima a pensar que no fue vista.

A pesar de eso, Cristabel cambia su apariencia tanto como puede; se tiñe el pelo con productos químicos muy olorosos que compra Wanda, que le dejan un color caoba veteado. Wanda también le consigue ropa diferente: vestidos de verano y jerséis dejados por una fugitiva anterior, alguien que también tuvo que mudar de piel.

Oculta en el ático, Cristabel se encorva sobre la radio para oír los *messages personnels* de la BBC Radio Londres que se emiten después de los noticiarios de las seis y las nueve. Son frases surrealistas que le recuerdan a la poesía de Myrtle —*Mi tigre dorado camina por la noche, Natalie sigue en éxtasis*—, pero ocultos entre ellos hay mensajes en clave dirigidos a los grupos de la Resistencia. Se los pasa a Wanda y Édouard para que los compartan con su red.

Cristabel sugiere también que los *résistants* locales la visiten si necesitan aprender a usar sus armas; estos acuden casi con timidez, como si fueran a su primer baile, con pistolas oxidadas escondidas en sus bolsos y carteras. Jóvenes granjeros, profesores de mediana edad. Los lleva a la pradera, se recuesta en las muletas de madera que le ha encontrado Édouard y les hace disparar a los ancianos robles, las balas astillando los nudosos troncos.

No hay más casas a la vista, solo bosque fresco y espacioso, y la casa tiene un aire tranquilo y sin prisas. Está cerca de la tierra, con un tejado de tejas rojas y persianas azules y grises. Franjas de adelfas llenan el jardín, donde las gallinas picotean en el suelo. Cada mañana Cristabel ve cómo Wanda pone cuidadosamente la mesa para el desayuno, y cómo Édouard sirve a su hija con especial ternura.

***

Wanda es polaca. Otros emigrantes que viven cerca la visitan a

menudo por la noche; se sientan a la mesa de fuera y comparten migajas de noticias sobre su país o rememoran su anterior vida. Sentados en el jardín moteado por el sol, la guerra parece una pelea distante e incomprensible. El juego monstruoso de un niño mimado. Su ruidoso lanzar cosas y pegar patadas en el suelo.

Después de las comidas, Annick, la hija de Édouard, se le sienta en el regazo y él cambia de posición para acomodarla, con una mano acariciándole la cabeza y la otra con su vaso de calvados. Cristabel observa que para ambos eso es algo tan familiar que lo hacen de forma casi inconsciente. Annick se trae una vieja cámara que lleva al cuello, una magullada Leica negra, y mira por el visor mientras su padre habla.

—Algún día mi hija será fotógrafa. Quiere capturarlo todo.

—O detective —añade la niña. Apunta la cámara hacia Cristabel.

—No tendrías que sacarme fotos —le dice ella, levantando una mano.

Desde detrás del aparato, Annick replica:

—No tiene película. Padre me conseguirá un rollo cuando los tengan en las tiendas.

Édouard la mira por encima de la cabeza de su hija.

—Vas a tener que volver para que pueda hacerte una foto como está mandado.

—Lo haré.

Annick dice:

—Claudine dispara armas. Mi hermano también disparaba armas.

—Pronto va a volver con nosotros, si Dios quiere —replica Wanda.

—No te olvides de que corre muy rápido, mamá. Es el más rápido de su clase. —Le guiña un ojo al visor de la cámara. El obturador se cierra, se abre.

***

Édouard anima con frecuencia a Cristabel para que participe en sus conversaciones de después de cenar bajo el nogal. «Dinos qué piensas tú, Claudine», le pide, y aunque normalmente a ella se le ocurre alguna excusa sobre por qué prefiere escucharlo a él, más tarde,

tumbada en la cama, mantiene conversaciones consigo misma sobre lo que piensa. Descubre que ve las cosas menos claras de lo que creía. Eso la ayuda a no pensar en Sophie y Antoine. Ni en Digby, aunque él interrumpe a menudo sus debates internos con opiniones propias.

Si hablan de libros, Édouard a veces se apresura a la casa, saca novelas de la biblioteca y exclama:

—¡No puedo creerme que no hayas leído *Madame Bovary*!

—No leo historias de amor —contesta Cristabel, recordando las que tenía Flossie al lado de la cama, con sus estridentes cubiertas—. Me parecen demasiado frívolas.

Édouard exclama:

—¡Frívolas! El romance es riesgo y pasión, y todas las cosas que conforman una vida.

—Sin pasión solo somos máquinas —añade Wanda, mirando a su marido.

La frase de Wanda suena a algo que diría Taras, y Cristabel hace mucho tiempo que no piensa en él. La sorprende encontrarlo allí, en esa mesa, en un bosque de Normandía, aunque es un lugar donde él se sentiría muy a gusto. Un lugar donde se reúnen exiliados a hablar de pasión.

Cristabel no recuerda haber hablado nunca de pasión, aunque cree que le apetecería si consiguiera averiguar por dónde empezar. Se apoya la barbilla en las manos y ve que Leon aparece en el fondo de su mente, como si la estuviera esperando entre los árboles que rodean la casa. Recuerda estar muy juntos en la oscuridad, cómo sintió que podía preguntarle cualquier cosa. ¿Hablaría sobre la pasión con Leon? Prueba a ver cómo suena la palabra en su cabeza. Se imagina su boca cerca de la oreja de él. No, pasión no. Con Leon hablaría de deseo.

Alza la vista, ve que Wanda la mira y se ruboriza, como si la hubieran descubierto. Wanda sonríe.

***

Los hombres y mujeres que van a la casa a aprender a disparar armas tienen ganas de hacerlo sobre blancos que no sean árboles, pero con las pocas que tienen y sin radio están limitados. Pero Cristabel

recuerda que un instructor de la Org dijo que *la subversión es una de las armas más potentes para minar la moral del enemigo*, y enseña a su banda de voluntarios cómo llevar a cabo pequeños actos de insurrección, actividades diseñadas para dificultar, enlentecer, frustrar. Para ello, cortan líneas de telégrafos, agujerean depósitos de combustible, bloquean carreteras y sabotean vías de tren.

Pero cada acto de rebelión conlleva un riesgo, y cuando se une a Édouard, Wanda, Annick y sus amigos a la mesa del jardín, donde encienden velas cuando cae la noche, siente que está atrayendo al peligro como con una red de pesca.

***

Una tarde, mientras caminan por el bosque, Cristabel le dice a Édouard que le preocupa estar con ellos.

—No quiero que os pase nada a ninguno.

Él niega con la cabeza.

—No. Tienes que quedarte.

—Encontraré otro lugar donde esconderme si no me lo proporcionas tú.

—Ya no necesitas las muletas, pero sigues cojeando —replica Édouard, pero viendo la expresión de ella añade—: Intentaré buscarte algo.

Siguen un rato en silencio, Cristabel, en efecto, cojeando, hasta que Édouard le pregunta si conoce la expresión francesa *les enfants perdus*, los niños perdidos. Ella niega con la cabeza.

—Yo pienso en ella a menudo —continúa el doctor—. Tiene un significado militar. Describe a una pequeña tropa que se presta voluntaria para llevar a cabo un ataque peligroso. Para ir los primeros. En holandés es *verloren hoop*. En inglés, *forlorn hope*, leve esperanza. No se espera que sobrevivan, pero si lo consiguen son ascendidos. Es una oportunidad para quienes no tienen nada que perder. —Mira arriba, al toldo de hojas de los árboles—. Cuando mi hijo no volvió a casa me puse enfermo. Sufrí náuseas, como las que se pueden sentir en un barco. Como si no pudiera seguir moviéndome por el mundo sin que me revolviera. Mi querido niño. Me obsesionó la idea de verlo

entrar por la puerta. Dormía junto a ella por si lo oía. Por si él no pudiera alcanzarla; yo iba a ayudarlo. —Mira a Cristabel—. No puedo ayudarlo, Claudine. Pero puedo ayudarte a ti. —La coge un momento de la mano y vuelve al camino.

***

Está sentada en el ático cuando lo oye. Es una noche cálida. Las rosas que trepan por la fachada de la casa han empezado a florecer; son de color albaricoque, con varias capas y un aroma somnoliento que se filtra por la ventana abierta.

Annick está jugando en el jardín, Édouard y Wanda en la cocina. BBC Radio Londres entona suavemente sus mensajes sin sentido, y Cristabel está sentada con las piernas cruzadas, su cuaderno y su lápiz; ha dejado *Madame Bovary* para concentrarse. Ya no lleva vendas en el tobillo, pero le sigue doliendo, y se lo está frotando con una mano cuando el locutor anuncia: «*Les sanglots longs des violons de l'automne*». Es el verso de un poema de Verlaine que significa que la invasión aliada de Europa es inminente.

Durante unos segundos no consigue respirar. Se queda paralizada, como si esperara a que el mundo exterior estallase en una revuelta a su alrededor, pero los bosques siguen silenciosos, solo oye los cantos de los pájaros. El locutor de la radio continúa, impertérrito. Cristabel se pone en pie de golpe y baja las escaleras corriendo como puede.

—¡Édouard! ¡Wanda! ¡Ya vienen!

Sigamos la música y bailemos

Mayo de 1944

Flossie está en el viejo jardín entre muros de la cocina, al fondo de la casa; ahora un tercio de este está ocupado por un par de cerdos jóvenes que Betty le ha comprado a su cuñado granjero. El señor Brewer les ha vallado un área y les ha construido un ingenioso cobertizo de hierro corrugado. La idea es que sean una solución permanente al problema del jamón navideño, pero Flossie, viéndolos trotar felizmente hacia ella, con sus ojos tímidos y sus pestañas albinas, prefiere no pensar en eso.

Los ha llamado Fred y Ginger, y mientras les echa un cubo de peladuras de patata les canta, marcando el ritmo con un pie, y ellos gruñen felices mientras comen, con ruidos guturales y pequeños resoplidos. La comida les produce un gran placer.

Es un sábado de mayo lleno de luz y ventoso, y Flossie es de nuevo una extraña en su propia casa. Hay seis oficiales americanos alojados en Chilcombe. Pertenecen a las unidades de infantería acampadas en los bosques de Ridgeway, donde los túmulos. Unos grandes carteles avisan:

¡PROHIBIDO A LOS CIVILES PASAR O HABLAR CON LAS TROPAS!

Eso no detiene a los deslumbrados niños del pueblo, que esperan junto al campamento a que les lancen un chicle o una bolsita de dulces Life Savers.

Hay tantos americanos que es como si Dorset se hubiese convertido en un enorme *camping* y aparcamiento para el ejército de los Estados Unidos. A pesar de los esfuerzos recientes por ampliar las

carreteras y reforzar los puentes, varios grandes vehículos militares se han quedado atrapados en los estrechos pueblos, y los setos primaverales están cubiertos de polvo por los pesados convoyes que trituran los caminos agrícolas.

Para evitar ser detectados por la aviación alemana, los americanos han cubierto sus vehículos con redes de camuflaje y se han apretujado —sus tropas, sus tiendas y sus unidades de soporte— en todos los escondrijos disponibles, por todo el bosque, por todas las arboledas, por todos los caminos cubiertos por hojas. Si aparece algún avión, todos los cañones antiaéreos dentro y fuera de su alcance le dedican unas ráfagas de fuego tan intensas que los atacantes dan media vuelta al momento o se enfrentan a una rápida inmolación.

A Flossie no le molestan los ocupantes americanos. A pesar de su tendencia a apoyarse y recostarse en los muebles («Es como si les hubiesen quitado la columna vertebral», dice Betty), se han hecho populares por su disposición a compartir productos exóticos como leche evaporada y frutas en conserva. Su voluntariosa generosidad le recuerda a Hans, aunque la entristece que hayan sido mucho mejor recibidos que él. En el pueblo los tratan casi como a celebridades, y hasta han conseguido convertir a Betty en la alegría de la radio de las Fuerzas Americanas, despertando en ella un inesperado gusto por el jazz rítmico de Louis Jordan y Count Basie («Tiene bastante energía», dice, repiqueteando con la mano en la mesa de la cocina).

En los bosques también hay tropas de americanos negros acampados, aunque Flossie observa que están segregados de los blancos y se encargan de cometidos diferentes. Siempre que pedalea de regreso a Chilcombe desde Dorchester tras sus turnos como voluntaria, los ve conduciendo vehículos de suministros. Betty le contó que hubo peleas en Weymouth entre tropas blancas y negras, y que los soldados blancos que visitaban El Hundimiento intentaron insistir que tenían que servirlos primero a ellos, aunque no les hicieron ni caso («Además —dice Betty—, los caballeros de color son muy educados»).

Flossie está conversando con Fred y Ginger cuando lo oye: el rugido de una motocicleta militar que entra en los terrenos. Siempre hay gente entrando y saliendo de la casa, así que sabe que, si han venido a verla, enseguida la avisarán. Un momento después oye que

uno de los americanos viene desde la cocina y dice:

—Seguro que no pone ningún problema, es encantadora. Mire, ahí está; pregúnteselo usted mismo.

El visitante motociclista viste chaqueta de tela y pantalones oscuros, de los que llevan los oficiales de la Marina. Es fuerte y de pelo claro, bien afeitado y de rostro rectangular.

—¿Preguntarme qué? —dice Flossie, que se vuelve hacia ellos y se limpia las manos en el peto.

—Si podemos usar su jardín —responde el hombre. Tiene acento escocés y una mirada penetrante.

—¿Usarlo para qué?

—Para juegos. Rugby. Fútbol...

—Béisbol —añade el americano.

—El tira y afloja. Cualquier cosa, la verdad —continúa el visitante —. Estamos buscando un espacio donde nuestros hombres y las tropas americanas puedan disfrutar de actividades recreativas al aire libre. Es una forma de mantener la moral. Pagaríamos cualquier cosa que rompiéramos.

—No veo por qué no —dice Flossie—. También hay algunos campos que pueden usar si encuentran quién los adecente.

—Podemos hacer que se encarguen nuestros chicos —replica el americano.

—Muy amable de su parte —interviene el oficial escocés—. Una pregunta más. He observado que tiene un gramófono en el salón de arriba.

—Sí.

—Llevo varios discos desde que empezó la guerra, esperando la oportunidad de organizar una velada musical. ¿No estaría usted dispuesta a...?

—¿Prestarles mi gramófono?

—Se me ha ocurrido celebrarla aquí. Si no es pedir demasiado.

Flossie lo piensa un momento.

—Tendríamos que limpiar. Está todo lleno de polvo y hay un agujero en el techo.

—Nuestros chicos también pueden ayudar con eso —dice el americano.

—De acuerdo entonces —contesta ella, y ofrece su mano al oficial

motorista de la Marina—. Flossie Seagrave.

Él le toma la mano.

—George.

Su acento, piensa ella, puede ser de las Highlands. Tiene un cierto deje.

—¿George a secas?

—George es como me llaman los chicos. Eso o padre. —Y solo entonces ella ve el collar blanco de capellán militar bajo la chaqueta.

***

George llega rugiendo a la entrada la semana siguiente, con una caja de discos atada a la parte trasera de la moto. Se los entrega a Flossie y le promete que va a traer más. Ella se sorprende al ver que no son de las *big bands* de música popular que esperaba sino de Elgar, Haydn, Mendelssohn. George prueba uno en el gramófono y pone el volumen al máximo para comprobar la acústica; las cuerdas llenan todo el salón.

—Nunca lo había puesto tan alto —afirma Flossie—. Suena espléndido.

—¿Y en la galería? ¿Qué tal suena allí? —pregunta él, y ella sube la escalera hasta esta, desde la que se ve el salón.

—Aquí está muy bien —le llama—. Es como un palco en el teatro.

—Perfecto. Supe en cuanto entré en esta sala que estaba hecha para la música.

Flossie vuelve a bajar la escalera y dice:

—Tendríamos que usarlo más. Aunque aquí hace mucho frío, incluso en los días de sol.

—Agradezco mucho poder volver a oír estos discos —replica él, dando una palmadita a la caja—. En el barco no tenemos gramófono.

—¿Está usted en un barco?

—La mayor parte del tiempo.

—¿Y qué hace a bordo?

—Más que nada escuchar a los chicos, aunque también hago servicios, en la cubierta, vestido de gala. Tuve que aprender a predicar por encima del ruido del mar.

—¿Quiénes van a venir a escuchar la música? —pregunta ella.
—Aquellos que lo necesitan.

***

Al día siguiente, un equipo de americanos empieza a trabajar en hacer que el Salón de Roble vuelva a estar en condiciones. Se encargan de sus tareas con el entusiasmo de una infantería en plenas condiciones físicas y sin mucho más que hacer. Forman filas para sacar muebles no deseados y dejarlos en los edificios exteriores, trepan al tejado para clavar tablones sobre el agujero, y limpian el salón de arriba abajo, incluso pulen la armadura hasta que también queda lista para el combate.

—Nuestro principal problema —le dice Flossie a Betty mientras miran cómo los americanos friegan las baldosas— es la falta de asientos. No sé cuánta gente va a venir, y no pueden sentarse en el suelo. Tenemos que hacer que estén a gusto y cómodos, ya que, bueno, no van a quedarse mucho tiempo en Dorset.

Un joven soldado de Milwaukee, que barre el suelo cerca de los pies de Flossie, levanta la vista y dice:

—Estamos acostumbrados a sentarnos en el suelo, señora.

—Al menos pongamos almohadones. Tenemos muchos almohadones. Y almohadas. Y mantas y sábanas. De hecho, se me ocurre una forma de hacerlo.

Le pide al soldado si él y sus colegas pueden recoger todos los cojines de la casa y los somieres y la ropa de cama de más. Colocan los somieres en los extremos del salón, con almohadas y almohadones encima, de forma que los invitados puedan sentarse en ellos y apoyarse en las paredes. Añaden algunos más en la galería para que puedan reclinarse más oyentes. Los edredones y las mantas hacen que todo resulte más acogedor, y Flossie encuentra unos candelabros que proporcionen una iluminación más agradable. Encarga a Betty que encuentre café decente para servir en el interludio, y los americanos prometen dónuts frescos de su cantina móvil. Flossie hasta hace que los americanos le corten algo de leña para poder encender la chimenea por primera vez en años. Y es cuando está frente a esta, mirando los

espejos de la pared, que piensa en su madre y se le ocurre qué más hacer.

***

George, que resulta ser un hombre con muchos recursos, consigue un autobús militar que llevará al público de su primera velada musical hasta Chilcombe. El sol empieza a ponerse cuando llegan, mientras los grajos se congregan ruidosos en los árboles. Flossie, que espera a la puerta, los observa bajarse. Son más que nada americanos, con chaquetas cortas *bomber* y las gorras a un lado, además de algunos oficiales de la Marina británica con sus *blazers*. También hay marineros normales en sus jerséis de lana. George, que ha venido en su moto, lleva una elegante chaqueta de la Marina sobre la camisa y el alzacuellos. Flossie ve cómo los hombres miran la casa cubierta de hiedra y acaban posando los ojos en ella, que está junto a Betty y Bill.

Le ha costado encontrarlo, dado que últimamente solo lleva ropa de jardinería, pero lo ha conseguido por fin y Betty se lo ha ajustado para que le quede bien: un vestido de color azul aciano que una vez llevó cuando hizo de Miranda en *La tempestad*, ahora transformado en vestido de noche. Un poco eduardiano, quizá, con su escote recto y suaves capas de tela, más del estilo de la decorosa vestimenta para el té de la década del diez que de la de baile de los cuarenta, aunque espera que cumpla con su misión, crear un aire ceremonioso. Está convencida de que, si quiere que los hombres se sienten en el salón y escuchen los discos con la atención que espera, tienen que entrar en este formalmente. Los Brewer, uno a cada lado de ella, también se han puesto elegantes, Bill con un traje de tres piezas y corbata, y Betty con un vestido negro y cuello blanco.

Saluda cálidamente a los invitados, uno a uno, a medida que entran en cola al salón iluminado por las velas, con las gorras en mano. Una vez dentro se acomodan en los somieres, miran los cuadros que los rodean en las paredes o a la oscuridad de la primera planta. Betty va por entre ellos repartiendo ceniceros. Flossie observa con aprobación que sus murmullos descienden hasta el nivel del público expectante de un teatro, los rostros iluminados por las llamas del hogar. La escena le

recuerda a un castillo medieval o una sala comunal vikinga: hombres alrededor de un fuego en una habitación alta y oscura.

Ha colocado el gramófono sobre una mesa en el centro del salón, con un jarrón de tulipanes al lado, de forma que sea el protagonista desde el principio. Ha revisado los discos de George y ha añadido unos cuantos propios para crear un programa que dé consuelo y ánimos, y aproveche al máximo la buena acústica del lugar. Se dirige a la mesa, espera a que la conversación de los hombres disminuya y saca con cuidado el primer disco de su funda, colocándolo en el gramófono. Levanta la aguja y la lleva a su lugar.

***

Después de la primera noche empieza a celebrarse dos veces por semana. Se forma un grupo de habituales; uno de ellos es un chelista profesional de Chicago, que hace peticiones de música que un día espera tocar él mismo, pero el resto de los asistentes cambia con frecuencia.

Flossie se pregunta cómo identifica George a quienes necesitan de la música o de aquello que les aporta la música. No aprecia ninguna característica común entre ellos. La mayoría parecen alegres y despreocupados, aunque observa que algunos tienen un comportamiento nervioso, una inquietud en las manos. Una noche, George lleva a tres hombres oscuros y apuestos que forman parte de las Fuerzas Libres francesas, por lo que ella pone un emotivo concierto de Leclair para ofrecerles un trocito de su tierra, solo para descubrir después que son corsos y nunca han estado en la Francia continental.

También es difícil valorar las reacciones de los hombres a las veladas. Cuando los americanos van de día a jugar en el jardín lo hacen como cachorrillos, provocándose constantemente los unos a los otros. No se permiten tomarse nada en serio. Flossie se imagina que es una forma de mantener los terrores bajo control. Pero en los conciertos se quedan en silencio, casi apartados del mundo. Algunos se quitan las botas y se sientan cruzando las piernas en calcetines, como colegiales.

Al verlos ella piensa a menudo en Hans, en lo que se emocionó al oírla tocar el piano. No acostumbra a ponerles a Bach, ya que su

música le recuerda demasiado a él, pero cuando lo hace y observa por el salón las caras de los hombres —echadas hacia atrás con los ojos cerrados, o contemplando las ventanas altas ensimismados— piensa en el otro soldado que echa de menos su hogar y su familia tanto como ellos.

Muy pocas veces se miran unos a otros mientras suena la música; es una cortesía que se conceden entre ellos para dejarse espacio durante la escucha. Y algunos no miran a Flossie al irse, aunque ella siempre intenta acabar la velada con algo ligero; sin embargo, cuando vuelven pueden llevarle flores o algo que han hecho ellos mismos —un bol de madera tallado, un punto de libro hecho a mano—, objetos con los que le muestran su agradecimiento. A cambio, ella se reta a sí misma a encontrar un conjunto nuevo para cada noche, regresando a toda prisa de las vaquerías de Dorchester para rebuscar entre la vieja ropa del teatro.

—Deben de pensar que los ingleses siempre nos vestimos así —masculla Betty mientras se lustra los zapatos.

—Ya sé que parece una tontería —replica Flossie, arreglándose el pelo—, pero quiero hacer el esfuerzo.

Los hombres siempre le piden que ponga el *Nimrod* de Elgar, aunque parece afectarlos poderosamente. A ella le resulta difícil verlos luchar por mantener la compostura mientras suenan los timbales y la música llega a su culmen. Debe de producirles algo parecido a la agonía. Piensa que quizá sea justo eso lo que necesitan: algo que les permita acompañar el aumento de su dolor en su forma más bellamente orquestada, una que insiste en la inevitabilidad del porvenir para después dejarlos ir con ese conocimiento. Se da cuenta de que lo que les proporciona no es confort sino aceptación; no es anestesiar la tristeza sino dar a esta una articulación clara.

***

Durante la última semana de mayo, uno de los oficiales americanos le dice que las veladas musicales han de acabar. Los marineros van a volver a sus barcos y los soldados tienen que permanecer en los campamentos para recibir las últimas instrucciones; el único lugar al

que van a ir ahora es a Francia.

La última noche observa a George, que ocupa su lugar habitual sentado en la escalera, y descubre que tiene los dedos entrelazados, los ojos cerrados, el ceño fruncido; pero en cuanto la música cesa cambia automáticamente a su cometido pastoral y se pone en pie para posar una mano en la espalda de un soldado que baja los escalones.

Mientras Flossie y George salen fuera juntos y contemplan cómo el autocar lleno de hombres que saludan se aleja, ella le pregunta:

—¿Qué va a hacer usted ahora, George?

—Ir con ellos.

—¿Cómo dice? Usted no combate. No tiene pistola, ¿verdad?

—No, no la tengo, y es una lástima porque soy un gran tirador. Pero los acompaño igualmente.

—¿Y no podrían darle un arma solo para esta ocasión? Parece un poco injusto.

—Estaré en un barco de guerra. Tiene grandes cañones.

—Bueno, pues asegúrese de estar detrás de uno de ellos —replica Flossie, y aunque él se ríe ve enseguida que ha sido un comentario muy frívolo, inadecuado.

—¿Le importaría guardarme los discos, para mantenerlos a salvo? —le pide él—. Hasta que yo regrese. Y si no lo hago...

—Por favor, no diga eso, George. No me he buscado este vestido ridículo solo para mancharlo de lágrimas.

—Y vaya vestido que es.

—Muy llamativo, ya lo sé, pero a veces es bueno disfrazarse un poco.

—Estoy de acuerdo. —Y se lleva una mano al alzacuellos.

Flossie se ríe y replica:

—La verdad, ha sido muy divertido ponerme otra cosa que no sea ropa de jardinería. Y escuchar su maravillosa música. Lo he disfrutado mucho.

—Los hombres no van a olvidar esto. Este lugar. Su amabilidad. A usted. Y yo tampoco. —Le dedica una breve sonrisa y se la queda mirando un instante; después se pone bien la chaqueta, asiente con elegancia y se va hacia su moto.

Ella lo contempla ponerla en marcha con el pie y alejarse por el camino. Después da la vuelta a la casa, en su vestido plateado de cola,

para dar de comer a los cerdos.

La sota de espadas, la estrella

Junio de 1944

Madame Camille, la asesora mística de reyes y reinas en Weymouth, mira desde su ventana cómo marchan los hombres por el muelle, cargados con sus rifles y sus petates. La Cruz Roja ha montado una tienda para repartir dónuts entre los americanos mientras estos se dirigen a las barcas, un azucarado sabor de casa que seguramente será pronto regurgitado durante el turbulento cruce del Canal. El viento ha estado resoplando todo el día y el agua está muy revuelta.

Una cosa ha de reconocer, y es que tener a los americanos en el pueblo, con tanto dinero que no sabían qué hacer con él, ha sido bueno para el negocio. Cada día un joven nuevo, con un cigarrillo en la oreja, preguntando por su futuro, riéndose, intentando no tomárselo demasiado en serio.

Ella escondió las cartas del tarot que más los impresionaban, las imágenes más truculentas, y colocó las que sugieren victoria arriba del mazo. La sota de espadas. El carro. Un mazo trucado no dice la verdad, pero así lo piensa ella: es solo un truco. Un truco para darles ánimos. Suerte, chicos. Esto os va a ayudar. No será así, claro. Ella misma ha elegido las cartas y les ha dado la vuelta. Hablan de un coste calamitoso, de una lucha muy lenta.

Madame Camille observa cómo las tropas se suben a sus navíos, atracados unos junto a otros por el muelle. Sabe que algunas almas nunca dejan este mundo para ir al siguiente. Contempla las empecinadas filas de caras grises bajo cascos metálicos, todos amontonados como sardinas en las lanchas de transporte. No van a querer irse a ese otro mundo.

***

El anochecer. Maudie está sentada en su tejado, vigilando el pueblo. Weymouth está en silencio. Expectante. Los pubs y los cafés están vacíos. Las casas que han alojado a soldados, han acogido a marineros, tienen ahora una cama libre recién hecha. Más allá del pueblo hay un nuevo hospital de campaña, donde los médicos se sientan a esperar, enrollan vendas.

Maudie abre su diario. Mantiene una lista de todos los hombres con los que ha estado. Anota dónde los conoce, si vuelven con ella, cómo son. Han llegado y se han ido como las mareas desde el inicio de la guerra, y se han traído sus países consigo. Desde refugiados austríacos que interpretan valses en los salones de té hasta los americanos negros que cantan espirituales en las iglesias, y todos ellos bailando el *swing* con todas sus fuerzas cada sábado por la noche, cuando las *big bands* hacen saltar el techo del salón comunal.

Un soldado negro le dijo cuando llegó que le resultaba extraño mirar a una persona blanca a la cara, que tenía que aprender a alzar la barbilla. Dice que hacerlo donde vive sería impensable. Todo es impensable, pero a ella le gusta pensarlo. Saca un lápiz del bolsillo de su mono de trabajo para añadir a otro.

5 de junio de 1944
Warren

uele a jabón. los americanos huelen mejor pero no saven beber y también uelen a eso. se puede aprender mucho de la jente por su olor. se puede aprender mucho en el tejao de una tienda de pescado con patatas en Weymouth, aunque ya no se yama Weymouth. los diarios lo llaman «un pueblo costero del sur» pa que los alemanes no nos pillen. todos los carteles que tenian escrito Weymouth los an tirado como si fueran vombas.
da igual, los nombres no importan. los nombres solo son colgadores pa colgar cosas. veo un nombre en mi diario y recuerdo lo que senti. a veses un juego, a veses una pelea. a veses una cosa cuando creias que iba a ser la otra.
Warren significa: sus manos, su boca. su aspecto cuando no va de huniforme, estirao como una savana en un tejado al lado de un arradio donde canta Billie Holiday. el me dice que soy tela pero el es to un trage y me voi a acostar con el.
dice que si vive va a dejar el ejersito. dice que estan contentos de usarlo pero no

quieren que este al frente y salga en las fotos. no ve porque trabajar para blancos que no quieren que salga su cara guapa en las fotos. me pregunta que boy a hacer despues y no se

Warren levanta un brazo y le coge el lápiz de la mano. Dice que pronto va a tener que irse y que no hay que perder el tiempo.

***

Cuando Maudie vuelve a abrir los ojos son las dos de la madrugada y está sola. Intenta ver qué la ha despertado. Hay un montón de aviones que pasan sin parar por el cielo repleto de estrellas. Más de los que ha visto nunca. Bombarderos, cargueros de tropas. Aviones que remolcan aeroplanos. Uno tras otro tras otro tras otro. Un convoy sin fin en el aire. Un murmullo profundo y resonante. Aparta la sábana con la que la ha cubierto Warren y se queda tumbada, desnuda, en el tejado, viéndolos pasar, dejando que la brisa nocturna le enfríe la piel.

Los americanos

Julio de 1944

Durante la primera semana de julio, Édouard lleva a Cristabel dando tumbos en su viejo Fiat por carreteras secundarias hasta el pueblo más cercano. Le dice que ha visto a unos americanos en un jeep.

—¡Eran enormes! —exclama por encima de los estridentes lamentos del motor—. ¡E iban mascando chicle! Creí que a lo mejor solo hacían eso en las películas.

Los encuentran, un equipo de reconocimiento de tres personas, en el bar de un hotel, donde el alcalde del pueblo ha desplegado un mapa sobre una mesa y señala en él. Los americanos están bronceados y cubiertos de polvo, en traje de combate, botas y cascos, en jarras. Son los primeros de la fuerza invasora en llegar allí y parecen emisarios de otro planeta.

Cristabel se les acerca y les dice en su inglés más inglés que es una agente británica que trabaja con la Resistencia local. Les sugiere que, si tienen dudas al respecto, contacten con Baker Street, Londres. Los americanos la miran, observan su pelo mal teñido, su vestido arrugado y las sandalias viejas que le dejó Wanda.

—¿Habla usted francés? —pregunta el que parece estar al mando, un teniente.

—Esta gente cree que soy francesa —responde ella, abarcando con un gesto al alcalde y el barman del hotel como representantes de Normandía.

El segundo hace un ruidito de desprecio mientras sirve coñac en tres copas con forma de tulipán.

—Necesitamos a un traductor que conozca la zona —explica el teniente, y vuelve al mapa—. Háble me de esta carretera que cruza el

bosque.

***

Después de que el teniente haya hecho unas llamadas desde el despacho del hotel para comprobar su identidad, Cristabel está en el jeep, dando a los americanos una guía rápida de los campos locales. Está sentada al lado de un soldado muy serio con una metralleta apoyada en el borde del vehículo. De vez en cuando se detienen y el teniente hace preguntas atropelladas a Cristabel para que se las traduzca a algún campesino que los mira con los ojos como platos. ¿Dónde está la base de los alemanes más cercana? ¿Cuántos hay?

Los lugareños salen a sus puertas a mirar cómo el vehículo pasa a toda velocidad; dudan de qué significa. Saben que los aliados han desembarcado en las playas de Normandía, pero también que el combate ha sido muy duro y que la batalla por Francia aún no está ganada.

Los americanos pasan por pueblos que aún duermen, las persianas cerradas, plazas de adoquín, fuentes con surtidores, paredes calentadas por el sol, pequeños campos de cultivo. Los cielos abiertos europeos.

Hasta pasan por un pueblo que Cristabel visitó una vez con mademoiselle Aubert, Flossie y Digby, hace toda una vida. Estaban perdidos y buscaban un hostal. Había un bar en el que preguntaron la dirección. Un ruidoso ventilador de techo. Los bostezos de aburrimiento de mademoiselle Aubert.

—Puede que tengamos otro trabajo para usted —dice el teniente al cabo de un rato—. ¿Podría ir a París?

—Sí —responde ella rápidamente.

—Queremos saber más sobre las fuerzas alemanas en la ciudad. Nosotros no podemos ir, y esta noche tenemos que regresar a Saint-Lô, pero si usted puede...

—Sí —repite Cristabel—. Dígame qué necesita y cómo contactar.

***

Édouard insiste en que va a dejarla tan cerca como pueda, usando su pase médico. Apenas hay trenes que funcionen. La mayoría del sistema ferroviario está deshabilitado por los bombardeos aliados o los sabotajes de la Resistencia, y a medida que Édouard y Cristabel se dirigen a la capital ven bombarderos británicos, oscuras hileras de cruces en el cielo crepuscular. De vez en cuando circulan a toda velocidad, en la dirección opuesta, vehículos militares alemanes cubiertos con ramas de árbol. Cristabel tiene el pañuelo a mano, dispuesta a escupir sangre, pero el Fiat ahora parece despertar muy poco interés.

Solo los obligan a parar una vez en un control a pocos kilómetros de París, donde un único soldado de la Wehrmacht examina el pase de Édouard y les indica con un gesto que sigan.

—¿Te has fijado? No parecía tener más de dieciséis años —dice él mientras vuelven a avanzar—. Vaya lugar para alguien tan joven.

—Deben de estar quedándose sin hombres —replica Cristabel mientras comprueba que lleva en su mochila todo lo que necesita: papeles, dinero, cigarrillos, el cuchillo y el ejemplar de *Madame Bovary*, que él ha insistido que coja.

Édouard se detiene en un callejón para dejar a Cristabel. Se inclina desde el asiento del conductor para besarla varias veces en las dos mejillas y para darle una bolsa de nabos; le recomienda decir que ha ido a visitar a unos amigos al campo para conseguir comida.

—Tengo que irme —dice ella—. No quiero que me detengan por saltarme el toque de queda.

—Por favor, ten cuidado.

—Volveré. Te lo prometo. Gracias por todo.

Él le da un fuerte abrazo. Cristabel lo oye susurrar: «Querida niña», casi para sí mismo. Después la aparta y asiente.

—Ve. Ve, rápido. Volveremos a verte.

***

Los americanos le han dado un contacto —un agente llamado Jules, que le dicen que es de los más fiables de París— y un restaurante donde encontrarlo. Cristabel localiza un hotel barato en el que pasar la

noche. Incluso como agente encubierta en un hotel de mala muerte en mitad de una guerra, es emocionante visitar París por primera vez. Saca la cabeza por la ventana, escucha la ciudad. En algún lugar está Digby.

Al día siguiente se prende un clavel a la blusa, tal como le han pedido, y va al restaurante a encontrarse con Jules. No es un bistró de callejón, como esperaba, sino un lugar caro en la ancha avenida de los Champs-Élysées. Las mesas exteriores están ocupadas por oficiales nazis de botas altas que disfrutan del sol. Se le hace raro verlos tan relajados cuando a unos pocos cientos de kilómetros se está librando una batalla.

Entra con el pretexto de preguntar por una calle a un camarero, observa a la clientela pero no ve a nadie que le parezca que pueda ser el contacto, y está por irse cuando una mano proveniente de una mesa cercana la agarra por la muñeca.

—¿Es que no has visto el periódico? —pregunta una mujer con un francés lento y solemne—. Lo he dejado muy a la vista sobre la mesa.

Cristabel se vuelve y ve el periódico que le habían dicho que buscara, abierto en una mesa frente a una persona a la que antes miró y descartó, una mujer de lo más rellenita, de unos cincuenta años, con una falda a rayas grises y negras a la moda y chaqueta a juego cerrada sobre un busto impresionante, y cabellos plateados totalmente en su lugar bajo un elegante sombrero con una pluma. Su cara tiene grandes rasgos y de su cuello cuelgan varios elementos: un collar de cuentas, unos quevedos con una cadenita de plata y una bufanda de seda atada con un broche con forma de caballo. En sus manos fuertes hay anillos con joyas de colores oscuros: rubíes, granates. Del respaldo de su silla cuelga una estola de piel, y a sus pies tiene un bolso de cocodrilo que contiene un perrito.

—Me alegro de que hayas venido —dice la mujer, levantándose de su silla—. Estoy bastante desesperada por irme. Tienen un chef nuevo y es un desastre. —Recupera la estola y el bolso, saca un fajo notable de dinero de debajo del perro y deja los billetes sobre la mesa. Mientras van juntas hasta la salida se detiene un momento y coge a Cristabel del brazo—. Tenemos que estar contentas de vernos. —Le da un beso en cada mejilla, una, dos, tres veces—. Y ahora vámonos.

***

Se llama Lieselotte de Brienne. Es, según le cuenta a Cristabel mientras van por los caminos de tierra rodeados por árboles de los Champs-Élysées, medio alemana y medio americana, «una mezcla complicada», pero ha pasado la mayor parte de su vida en Francia, tras casarse con un industrial rico que ahora se encuentra en la casa de campo que tienen cerca de Aviñón.

—A él nunca le ha gustado París como a mí —afirma.

Antes de la guerra organizaba reuniones regulares en su apartamento de la ciudad —reuniones de escritores, artistas, políticos —, y siguió haciéndolo durante la ocupación, cosa que llamó la atención de los servicios secretos americanos, que le sugirieron que invitara a unos oficiales nazis de alto rango muy dispuestos a mezclarse con intelectuales franceses.

—Soy lo bastante francesa como para halagar sus egos —dice de sus visitantes germanos—, lo bastante alemana como para recordarles a sus madres, y lo bastante americana como para hacerles pensar que estoy un poco loca. Eso es lo principal, ¿sabes? Que crean que solo me interesan el caviar y los cotilleos, y revelen cosas que no deberían delante de mí. O, si no de mí, de la chica tan amable que hago venir para que les rellene las copas. Pero ya he hablado bastante de mí misma. ¿Qué haces tú?

—Trabajo para una organización británica... —empieza a contar Cristabel.

—No, no. ¿Qué es lo que haces de verdad? Aparte de todo esto —la interrumpe Lieselotte, que saca al perro del bolso para dejarlo en el suelo, donde el animal empieza a trotar a su lado.

—Se supone que no...

—Si nunca relajas tus precauciones de seguridad, me temo que nuestra conversación va a ser muy aburrida.

—Para eso exactamente están las precauciones.

—Dime cuanto puedas y haremos lo que podamos —replica Lieselotte.

Se detienen ante una fuente decorativa que no funciona, con la garganta seca en su bol de piedra vacío. Cristabel hace una pausa.

—Tengo un teatro.

—¿Un teatro? Eso es maravilloso.

—No lo es. Podría serlo, pero no.

—¿Qué obras montas allí? ¿Cuáles son tus temas?

—Representábamos a Shakespeare. No diría que tenía temas, aunque una vez intentamos introducir elementos inspirados en la guerra de España. A uno de mis actores le hacía ilusión. Pensándolo ahora, me parece que era muy obvio.

—A mí no me convence el teatro político. No me gusta que me hostiguen. ¿Tú diriges?

—Sí.

—Perfecto. Una aspirante a directora teatral es justo la clase de persona a la que yo invitaría a comer. Estaba intentando pensar en alguna razón por la que fuera a encontrarme con una estudiante de arte tuberculosa o lo que fuera que me dijeran que era por lo que te hacías pasar. ¿Has visto la nueva producción de *Antígona*? En el Théâtre de l'Atelier.

Cristabel se ríe.

—Hace mucho que no voy al teatro.

—Entonces iremos las dos. Todo el mundo habla de ella.

—He venido a recabar información sobre lo preparados que están los alemanes, no para ir al teatro.

—Una cosa no quita la otra. ¿Es que vamos a permitir que nos arrebaten todos nuestros placeres? Yo me niego. —Se pone en cuclillas para recuperar a su perro y meterlo de nuevo en el bolso—. Probaremos en el Lucas Carton. Normalmente me encuentran mesa.

Guía a Cristabel fuera del parque y por la Place de la Concorde, abierta, con un obelisco gigante en el centro. Grandes banderas negras y rojas con la esvástica cuelgan de los imponentes edificios que dan a ella. En un rincón hay un cartel con direcciones en alemán escritas con una letra angular y que señala lugares a los soldados —*Soldatenkinos, Soldatenkaffee*—, con uno nuevo añadido debajo: *Zur Normandie Front*. Los únicos vehículos en movimiento en París son alemanes: no queda gasolina para los franceses.

—Quería preguntarte una cosa —dice Cristabel mientras van hacia el restaurante—. Tienen a dos de los nuestros retenidos en Fresnes. Sus nombres clave son Sidonie y Antoine. Si pudieras averiguar algo

sobre ellos, te estaríamos muy agradecidos.

Lieselotte asiente.

—¿Dónde te alojas?

—Estoy en un hotel de la orilla izquierda.

—En el bulevar Saint-Germain hay un restaurante en el que podemos dejarnos mensajes a través del sumiller. Te daré los detalles.

Cuando llegan a la entrada del Lucas Carton sale un apuesto oficial de la Wehrmacht acompañado por una joven con un vestido de seda y tacones altos. Al ver a Lieselotte, él la saluda con una cortesía extravagante, apresurándose a besarle la mano. Ella le dice en alemán:

—Estimado *herr* Schulte, esperamos verlo el jueves, como siempre.

—No me lo perdería por nada del mundo —replica él, y entonces señala a Cristabel—. ¿Su amiga se nos unirá?

—Eso espero —contesta Lieselotte—. Claudine es directora de teatro. Le he estado hablando de la nueva producción de *Antígona* de Anouilh; aún no la ha visto.

—Entonces tiene que permitirme que le consiga entradas —dice el alemán, obsequioso—. Es una obra fascinante.

—Ah, pero Claudine tiene dudas sobre la moralidad de ir al teatro en tiempos de guerra. —Lieselotte habla en tono burlón. Cristabel nota que su alemán es más rápido y natural que su francés.

El oficial sonríe a Cristabel y dice con un francés muy cuidado:

—Los antiguos griegos creían que asistir al teatro era un deber cívico. Yo estoy de acuerdo. Les compraré entradas.

—Es usted muy amable —afirma Lieselotte, y él le dedica una reverencia antes de alejarse con su compañera.

—No puedo aceptar esas entradas de teatro —dice Cristabel mientras entran en el restaurante.

El elegante interior tiene paneles de madera *art nouveau* y espejos curvos que reflejan a franceses de gala y nazis uniformados a los que sirven camareros con chaquetas blancas. Las dos mujeres son conducidas hasta una mesa junto a la ventana.

—Sí que puedes, y lo harás —la contradice Lieselotte, dejando al perro debajo de la mesa—. Vamos a sacarle todo lo que podamos. A fin de cuentas no es suyo, ¿verdad? Nada de lo que tienen es suyo. Pero mientras tanto vas a tener que aceptar también algo de mí. Quiero comprarte ropa nueva y mandarte a mi peluquero. No voy a aceptar

un no por respuesta.

Pide una botella de champán y mira por la ventana a las mujeres parisinas que pasan en bicicleta, con gafas de sol de montura blanca y pintura de labios roja, el pelo alto sobre la frente o bajo turbantes de telas muy coloridas, pedaleando con zapatos de tacón bajo y las faldas que les vuelan bien por encima de las rodillas, ondeando como banderas del bulevar Malesherbes.

—Mira a esas chicas magníficas —señala Lieselotte—, tan desafiantes.

***

Durante las siguientes semanas Cristabel sale con su propia bicicleta —que ha robado en la puerta de una tienda, dejando una nota en la que pedía perdón y un rollo de billetes: en el París ocupado, una bicicleta cuesta casi tanto como un coche— y se abre paso por la ciudad y las afueras para investigar subrepticiamente la localización de las tropas alemanas.

Encuentra los edificios en los que tienen su base las unidades germanas y entra en cafés y bares cercanos, buscando con cuidado contactos que puedan decirle más sobre el estado de las fuerzas de ocupación. Le da toda información útil a Lieselotte para que se la pase a los americanos.

Cristabel se vuelve experta en el arte de hacer preguntas neutrales que puedan conducirla hasta alguien dispuesto a hablar. Se da cuenta de que el que la vean tomar alcohol ayuda, ya que puede transmitir la impresión de alguien que ha olvidado la necesidad de ser cautelosa. Una mujer borracha y chismosa resulta irritante pero no sospechosa, y hay mucha gente que se pasa la guerra bebiendo. Y además, un brandi barato con el estómago vacío la tranquiliza. Hasta el tío Willoughby, que hacía que la guerra sonara como la mayor de las aventuras, casi siempre tenía una bebida en la mano, y ahora ella entiende el porqué.

Sus misiones anteriores en Francia la hacen estar acostumbrada a vigilar cada movimiento que realiza, pero ahora siente como si tuviera dos capas. Está el trabajo que lleva a cabo para los americanos y otra parte de ella que busca constantemente a Digby por toda la ciudad.

Eso segundo no es impedimento para su misión, pero no es su misión, y eso la hace sentirse como duplicada, como si fuera una radio que cambia entre dos emisoras. Se marca un límite de dos copas por día, decidida a mantener la concentración; el resto es pura actuación.

Ha sustituido la sucia mochila por un bolso elegante, y lleva un conjunto que le ha dado Lieselotte, un vestido de verano a cuadros azules y blancos y zapatos de piel con suelas de madera, que luce, al estilo de las mujeres de París, con calcetines hasta los tobillos. Tiene un pañuelo a juego en su bien peinado y ahora castaño pelo, y gafas de sol: julio en París es caluroso y dorado. Los habitantes locales están a orillas del Sena, bajando los escalones de piedra que descienden desde la ciudad hasta el río, donde se tumban en los diques calentados por el sol, bajo hileras de altos árboles.

***

El tiempo parece haberse detenido en París; su población se encuentra como en un limbo. Resulta difícil obtener noticias sobre el avance aliado, ya que ni la BBC ni los alemanes dan detalles, y hay tantos cortes de luz que es difícil encontrar una radio en funcionamiento. A veces, les llega un humo oscuro desde lo lejos, desde Normandía, y se queda flotando sobre la ciudad, ocultando el sol a quienes lo toman como si fuese una gigantesca y visible premonición, aunque no saben cómo interpretarla.

La ciudad es un reloj parado, una tetera bajo observación. Hay colas fuera de las tiendas, hileras de mujeres apoyadas contra las paredes, abanicándose al calor. La comida, siempre escasa, ahora es casi inexistente, y aparecen carteles en los escaparates con listas de todas las cosas que ya no les quedan. Proliferan carteles y pósteres: avisos sobre el toque de queda, avisos sobre sentencias de muerte, y el truculento *Affiche Rouge*, pósteres rojos con fotos de *résistants* capturados. Los parisinos los miran y hablan entre susurros. Cristabel pasa por entre ellos con su bicicleta, examinando de reojo los retratos, sus rostros magullados de mirada al frente.

Hay rumores de que los nazis han escondido dinamita debajo de todos los puentes de París; hay rumores de que alguien ha intentado

ponerle una bomba al propio Hitler. Aparecen guardas en las entradas de los hoteles frecuentados por los alemanes. Hay calles acordonadas por vehículos militares. Hay despliegues esporádicos —los franceses marchan en el día de la Bastilla por primera vez desde hace años, los alemanes montan desfiles por las principales avenidas— pero todo acaba en nada.

Lo que más abunda es el silencio. Tanto que, cuando un tanque alemán cruza la ciudad, sus ruidos metálicos se oyen a calles de distancia. Un monstruo mecánico que gira su torreta con lentitud impasible, apuntando con su cañón hacia diferentes edificios, uno cada vez: a un banco y a unos grandes almacenes y a un apartamento en un segundo piso que tiene gallinas en el balcón. Es como un niño que dice *Voy a por ti, y a por ti, y a por ti*.

Cristabel pasa por su lado mientras este está parado en mitad de un bulevar de tres carriles como un monumento metálico indolente. Los dueños de los restaurantes van a la puerta a verlo, y después vuelven a entrar a limpiar las mesas. Ella sigue pedaleando, hacia el sur, hacia los límites de la ciudad. Avanza hasta encontrar un punto desde el que ve en la distancia la enorme prisión de Fresnes, una tétrica sucesión de celdas de piedra tras un muro que marca el perímetro, observado desde una torreta de vigilancia.

Alcanza a ver las líneas de los barrotes y se imagina a quienes hay tras estos. Jóvenes rebeldes como el hijo de Édouard y Wanda. Agentes capturados como Antoine y Sophie. Una cárcel llena de valientes. Se pregunta qué harán los alemanes con ellos cuando lleguen los aliados. Soy yo, piensa, estoy aquí. Entonces da media vuelta y regresa a París.

Un apartamento en París

Julio de 1944

Un día de humedad y truenos Cristabel pedalea hasta el norte de París para echar un vistazo a las barracas de Clignancourt, donde se rumorea que se alojan voluntarios franceses de las SS. Aunque no consigue acercarse mucho, se pasa la mañana sentada en una cafetería cercana y toma nota de los tipos de vehículos militares que entran y salen, además de escuchar una conversación interesante sobre la moral de la tropa.

Después vuelve a ir por la ciudad, siguiendo una complicada ruta para evitar los cortes de calles. Se detiene brevemente ante un quiosco para comprar un periódico, y el quiosquero le dice con una sonrisa:

—¿Ha oído? Los aliados han liberado Saint-Lô.

La emoción de escuchar la noticia le da una renovada velocidad y pronto va a toda prisa hacia el Sena, cuando ve una placa callejera —rue des Rosiers— y frena. La rue des Rosiers era donde vivía la madre de mademoiselle Aubert, encima de una tienda. Donde a la institutriz le dio por dedicarse a coser y soñó con recuperar un día a su familia. Todo vuelve a su mente en un instante. La aburrida aula en el ático de Chilcombe. La amargura de mademoiselle Aubert por la caída en desgracia de los suyos.

Cristabel camina con su bicicleta por el estrecho pasaje de adoquín, contemplándolo. Los edificios están muy pegados unos a otros, parecen más antiguos que otros de París. Algunos están tapiados o tienen ventanas rotas. Ve varias pintadas, la palabra *juif* escrita en un portal. Hay una anciana envuelta en un chal sentada en los escalones de una entrada. Cristabel le ofrece un cigarrillo y le pregunta en tono neutro si conoce a una madame Aubert que había vivido en esa calle.

La anciana se ríe, y la risa despierta una cascada de toses profundas. Por fin contesta:

—Ya no vive aquí. Ahora está por cosas mejores. Con sus nuevos amigos.

—¿Sabe dónde podría encontrarla?

—¿Para qué quiere encontrarla? Ya la encontraremos nosotros cuando todo esto haya acabado. Puede decírselo.

—Se lo diré si usted me dice dónde está.

La mujer no contesta, pero cuando Cristabel se vuelve como para irse oye:

—A cambio de sus cigarrillos. —Se los entrega, y la anciana continúa—: Rue Beaujon. Cerca del Arco de Triunfo. Busque a la conserje mejor alimentada de la calle. Es redonda como un ganso listo para convertirse en paté.

***

Cristabel sabe que no es muy recomendable intentar encontrar a madame Aubert, alguien que tiene una ligera conexión con su verdadera identidad, pero siente curiosidad, sobre todo porque piensa que hay alguna posibilidad de que Digby también se mostrara curioso de haber visto la placa de la rue des Rosiers.

Además, es una conexión muy remota, y los aliados pueden llegar la semana siguiente. Siente que tiene el viento de cara, y vuelve a sentirlo cuando madame Aubert resulta extremadamente fácil de encontrar. Está en la calle, fuera de su *loge*, ahuyentando a dos niños burlones. Es una versión entrada en carnes y sesentona de su hija, con los mismos lunares oscuros y ausencia de sonrisa, que lleva un vestido negro y el pelo gris atado en un moño. Cristabel niega con la cabeza, solidaria.

—Típico de los críos.

—No me tienen respeto —contesta madame Aubert.

Cristabel observa la calle: una hilera de edificios de apartamentos de color vainilla en el chic octavo *arrondissement*, una zona que ella acostumbra a evitar dada su popularidad entre los alemanes. La sede de la Gestapo no está lejos, en la verde avenue Foch. A madame

Aubert le ha ido bien, y solo a unos pocos les va bien en tiempo de guerra. Piensa en la amenaza de la anciana de la rue des Rosiers y la mención a los «nuevos amigos», y decide probar.

—¿No será usted madame Aubert?

—¿Quién quiere saberlo?

—Me llamo Claudine Beauchamp. Un amigo, *herr* Schulte, me ha dado su nombre.

Madame Aubert guía a Claudine hacia su *loge*, y dice:

—¿*Herr* Schulte? No recuerdo a ningún *herr* Schulte.

—Pues él habla muy bien de usted.

—¿Quiere entrar, mademoiselle Beauchamp? Puede dejar la bicicleta al lado de las escaleras. —Madame Aubert la conduce hasta sus habitaciones, que están a reguardo de la calle mediante cortinas de tela. En una pared hay casilleros para el correo y un corcho del que colgar las llaves. Hay un escritorio lleno de papeles y un libro de registro de visitantes. Atravesando una alcoba aparece una mesa de comedor cubierta con un mantel anticuado y unas grandes estanterías con vajillas de diferentes formas y estilos. Viendo que Cristabel la mira, añade—: Es la porcelana de mi familia.

—Muy bonita.

Intercambian algunas frases educadas más y después madame Aubert desaparece en una pequeña cocina para preparar café. Cristabel examina rápidamente el registro, preguntándose qué nombre habría usado Digby y qué habría dicho de estar allí. Al cabo de un momento se dirige a la mujer:

—Me dicen que puede ayudarme a encontrar alojamiento, madame Aubert.

—Es posible. —Le llega desde la cocina.

—He oído que es usted muy discreta. —Cristabel contempla las imágenes en las paredes: fotografías familiares, santos, un retrato enmarcado del mariscal Pétain.

***

Madame Aubert regresa llevando una bandeja con dos tazas de porcelana con dibujos de rosas. Cristabel señala una de las fotos de la

pared, que está segura de que muestra a una mademoiselle Aubert con cara de malas pulgas.

—¿Quién es esta niña tan encantadora? Se parece a usted.

—Mi Ernestine. Es institutriz. La han contratado varias buenas familias. Ojalá la tuviera más cerca.

—¿No vive en París?

La mujer niega con la cabeza.

—Está en Suiza. Y antes en Inglaterra.

—Debe de estar usted muy orgullosa. —Cristabel toma un sorbo —. Vaya, sabe a café de verdad. Hoy en día es difícil de encontrar. — Madame Aubert sonríe con timidez. Ella le devuelve la sonrisa—. Todos necesitamos nuestras pequeñas cosas. ¿En qué parte de Inglaterra trabajaba su hija? Fui de viaje allí antes de la guerra. Ahora no iría, dicen que está irreconocible.

—No estoy segura de dónde, pero estaba con una familia distinguida, como la mía. Esto —hace un gesto que abarca las habitaciones— es una medida temporal, ya sabe.

—Son tiempos difíciles. —Cristabel se muestra comprensiva—. Dicen que a los ingleses los están dejando de lado en su propio país. Que está lleno de los elementos más indeseables.

Madame Aubert mueve la cabeza.

—Es terrible.

—Si esto sigue así, no va a quedar nada de la sociedad decente. — Con la vista en Pétain, Cristabel añade—: Por suerte hay quienes están dispuestos a enfrentarse a ello.

—Sin él estaríamos perdidos, y sabe Dios que Francia ya ha sufrido bastante. —Madame Aubert mira el reloj de la pared—. Con respecto a su alojamiento, madamoiselle Beauchamp, cuido de otro edificio en esta calle. El número 20. Hay un apartamento desocupado recientemente en el tercer piso. Quizá le interesaría echarle un vistazo.

—Por favor.

—Le voy a dejar la llave. Tengo que ir a la carnicería antes de que cierre. Podemos volver a quedar aquí después de que lo haya visto.

La coge de un gancho en el corcho y se la da.

—Perfecto. —Cristabel se pone en pie—. Qué suerte que tenga un lugar disponible.

—A la familia que lo ocupaba no tendrían que haberla dejado

venir. Los suyos son los que han provocado todo esto.

—Entonces es mejor que se hayan ido.

—Si no hubiesen hecho nada malo, no estarían escondiéndose —afirma madame Aubert, y coge una cesta de la compra—. Los veía entrar y salir a todas horas.

—Eso es muy sospechoso.

—No podía fiarme de ellos. —Hace una pausa camino de la puerta y añade—: Es curioso que hablemos de los ingleses. Uno de la familia para la que trabajaba mi hija también estaba en el número 20, en el cuarto piso. Muy educado. Se notaba que era de buena cuna.

—¿Ah, sí? —A Cristabel se le ha secado la boca de repente.

—Me decía que yo lo tenía todo tan arreglado que le recordaba a su casa, una de las más históricas de Inglaterra.

Cristabel consigue dibujar una sonrisa. Digby le mintió a esa mujer tanto como ella misma. A él no le importaba en absoluto la historia de la casa ni la casa en sí. Curioso que eso solo se le haya ocurrido ahora.

—¿Y ese apartamento sigue disponible?

—Me temo que no. —Madame Aubert ya sale a la calle.

—¿Qué hacía un inglés en París en estos tiempos? —Cristabel intenta preguntarlo como si nada.

Madame Aubert la mira.

—Eso yo no puedo saberlo.

Cristabel se inclina junto a ella en pose conspiratoria.

—He oído que muchos ingleses no soportan a Churchill. No me sorprendería que algunos creyeran que estarían mejor en el otro lado.

Madame Aubert sonríe. Acompaña a Cristabel hasta el número 20 y sigue su camino.

***

Cristabel entra en el típico edificio de apartamentos parisino, que tiene unas escaleras de madera oscura que suben a cada rellano. Las sube, con las llaves del apartamento del tercer piso en la mano, pero no se detiene en este sino que va de puntillas hasta el cuarto, y se para un momento ante la puerta por razones que no puede explicarse. La toca ligeramente con los dedos y casi siente la tentación de probar la

llave, pero niega con la cabeza y vuelve a bajar al tercero, donde se encuentra con un oficial de las SS que sube las escaleras y le pregunta:

—¿Claudine Beauchamp?

Ella hace una pausa de solo un segundo.

—Sí.

El oficial está sin aliento, pero sonríe y dice en francés:

—Muy bien. Madame Aubert me ha dicho que estaba usted aquí y tenía la llave. Yo también vengo a ver el apartamento.

Cristabel se la ofrece, pero él hace un gesto de negación.

—No, por favor. Usted primero. Es la probable nueva inquilina. Yo solo vengo a inspeccionar algunas de las cosas que hay dentro. —Señala hacia la puerta, que ella abre, y la sigue.

El apartamento es muy luminoso. Tiene ventanas que van del suelo al techo y dan a la calle; la luz cae sobre el suelo pulido de espinapez.

Algunos muebles están tapizados en un color amarillo pálido, y los techos altos son blancos con decorados dorados en las esquinas. En las paredes hay cuadros modernos y espejos que hacen que la luz dance por toda la sala.

—Ah, madame Aubert ha limpiado bien —dice el agente. Se ha quitado la gorra, con la que se abanica. Es un hombre orondo de unos cuarenta años, con el rostro colorado y un ancho cinturón de cuero sobre el uniforme gris—. Será usted afortunada de vivir aquí.

—Solo estoy mirando —replica Cristabel, que se aleja de él como para examinar la vista desde las ventanas.

—Siempre he soñado con tener un apartamento en París —continúa él, dejando la gorra sobre una silla y cruzando la habitación para examinar uno de los cuadros—. Quizá sea una locura. —Pasa a un segundo cuadro, lo contempla de cerca y lo saca de la pared para dejarlo sobre una mesilla.

—Sí. —Cristabel va rápidamente al comedor de al lado. Siente cómo le suben por las piernas los golpecitos que dan sus zapatos de suela de madera contra el suelo.

—He empezado a mirar, a ver si hay algo que pueda permitirme. —Lo oye reírse para sí mismo.

Cristabel da una vuelta a la mesa del comedor y regresa al salón, donde el oficial de las SS está examinando un pisapapeles de mármol. Ha dispuesto una serie de objetos sobre la mesilla: algunos cuadros,

algunas figurillas de porcelana. Alza la vista cuando ella entra.

—La envidio. Tal como van las cosas, usted va a quedarse en París mucho más tiempo que yo.

Ella asiente y va hasta la otra punta del apartamento, donde pasa rápido por el baño y el dormitorio principal, y después entra en otra habitación más pequeña con dos camas. Debe de haber sido un cuarto para niños, ya que hay una serie de líneas trazadas con lápiz en el marco de la puerta, como para señalar cuánto iban creciendo.

Vuelve con el agente, que está contemplando otro cuadro, y se mete en la cocina, que está al fondo del edificio. Abre armaritos mecánicamente cuando algo le llama la atención: unos platos con el mismo dibujo de rosas que tenían las tazas de madame Aubert.

De nuevo en el salón, Cristabel dice:

—Tengo que irme. Falta poco para el toque de queda.

Él levanta la vista del cuadro.

—Alguien aquí tenía buen gusto de verdad.

La luz que entra por las ventanas hace que algo brille en el suelo, bajo la mesilla, y Cristabel se inclina a cogerlo. Son unas gafas de niño con uno de los cristales rotos. El agente la mira dejarlas en la mesilla junto con los cuadros, el pisapapeles, las figuras de porcelana.

—¿Qué le ha parecido el apartamento? —le pregunta él a la vez que deja el cuadro con los otros.

Cristabel observa que lleva una pistola en una cartuchera al costado.

—No es justo lo que busco —contesta.

—¿Dónde vive ahora?

—En la orilla izquierda.

—¿Con familiares?

—Yo sola.

—¿Y qué hace?

—Soy estudiante.

—Una estudiante con ropa nueva que puede permitirse un apartamento como este —dice él, y Cristabel siente que se ha equivocado en sus respuestas.

—Mi familia tiene un poco de dinero. Heredado. —Empieza a ir hacia la puerta.

Él levanta una mano.

—Cuando he llegado, usted bajaba del cuarto piso. ¿Por qué?

—Me equivoqué de planta.

—Pero la llave de este apartamento tiene una etiqueta muy clara.

—Estoy un poco confusa. Anoche no dormí bien.

—¿Puedo ver sus papeles? —le pide el agente. Los busca en su bolso y se los entrega. Él los examina cuidadosamente—. ¿Puedo ver también qué más lleva en el bolso?

Cristabel vuelve a tener la sensación de estar en un callejón sin salida.

—Solo tengo un libro y algunas cosas —responde ella, a sabiendas de que una de esas cosas es la libreta en la que ha anotado los detalles de los vehículos de los barracones de Clignancourt. También está la dirección del restaurante donde puede dejarle mensajes a Lieselotte.

—Por favor, saque esas cosas y déjelas en la mesa para que pueda verlas —dice con un tono apagado, casi cansado, como si lo hubiera repetido muchas veces.

Los engranajes del cerebro de Cristabel dan vueltas como los de una máquina de cifrado; estudia frenéticamente sus posibilidades. Él podría examinar la libreta, darse cuenta de lo que son las notas y arrestarla. Podría examinar la libreta, no darse cuenta de lo que son las notas y dejarla irse, aunque ¿qué oficial de las SS vería unas notas que no comprende y daría por supuesto que son inocentes? Además, la dirección del restaurante podría conducirlo hasta Lieselotte. Además, sabe su nombre en clave. Lo piense cuanto lo piense, no ve modo de salirse de esta. Hasta la forma en la que ahora hace una pausa, retardando cumplir con la petición, contribuye a descartar el que pueda salir del apartamento tranquilamente. Cada segundo de retraso la incrimina.

—Vacíe el bolso —insiste él.

—Por supuesto. —La máquina de cifrado se detiene. No tiene salida. Incluso si lo deja fuera de acción de un golpe, recuperará el sentido y sabrá cómo es ella.

Intenta regresar a Escocia, a la sala de entrenamiento con el muñeco de paja y las lecciones sobre el cuerpo del objetivo. Pero el lugar donde se encuentra ahora está lleno de su propia respiración y de la de él. Recuerda cada paso del ejercicio sobre cómo sorprender a un centinela desde atrás y cortarle la garganta, pero él no es un

centinela ni le está dando la espalda, y ella tiene el cuchillo en el cinturón, no en la mano. Resulta obsceno pensar en combatir en esa habitación tan soleada, contemplar el atacar a alguien que tiene delante y tan cerca que hasta oye el tictac de su reloj de pulsera. Pero está pensando demasiado; una voz en su cabeza le dice: *Haz tu trabajo*.

Deja caer el bolso al suelo torpemente y se inclina a recogerlo. Él también. De pronto, lo ataca desde abajo, golpeándolo con la palma primero en la mandíbula, haciéndole perder el equilibrio. Coge el pisapapeles de mármol de la mesilla y, disgustada por la idea del impacto a la vez que lo provoca, se lo lanza, aplastándole la nariz, la boca. Él da una vuelta, escupe sangre, pero consigue gritar, atacar y atraparla con un golpe en la cabeza.

Cristabel se tambalea hacia atrás y lo ve insultarla con su boca llena de sangre. No puede permitir que la mire. Empuja la mesilla contra él, que cae de espaldas mientras saca la pistola de la cartuchera. Ella salta por encima de la mesilla, le pisa la mano con su suela de madera y de una patada envía la pistola girando sobre sí misma por el suelo pulido, hasta desaparecer bajo un sillón.

El agente intenta ir a buscarla, a cuatro patas, y ella lo sigue. Él golpea hacia fuera, furioso, con un puño, dándole a Cristabel muy fuerte en el pecho y haciéndola caer de lado contra la biblioteca, provocando que una avalancha de libros caigan ruidosamente al suelo. Él alcanza el sillón antes que ella y extiende una mano por debajo de este, buscando la pistola, pero ella ha sacado el cuchillo del cinturón y trepa a la espalda del agente. A Cristabel le sudan las manos y falla en su primer intento; la hoja se clava inútilmente a la gruesa tela del uniforme.

Él se echa atrás en un intento de quitarse a Cristabel de encima y grita una sucesión de insultos densos como su saliva, lo que provoca en ella una ira repentina y la hace hundir el largo cuchillo tan alto y tan fuerte como puede en la parte superior de las costillas de él, a la vez que cierra la mano izquierda alrededor de su garganta y lo empuja contra el suelo para intentar que el cuchillo le entre aún más profundo, tal como la instruyeron. Él emite un ruido agudo, horrible, como un animal, y cae sobre su estómago. Se agita bajo ella mientras su brazo sigue buscando el arma debajo del sillón, rascando las uñas en el suelo. Ahora ella tiene al hombre envuelto con su cuerpo, el cuchillo entre

los dos, están engarzados.

Lo oye decir en un alemán agónico, como entre gárgaras: «Por favor». Se oye a sí misma contestarle en inglés: «No». Aprieta más fuerte la mano en su cuello, hunde más el cuchillo. Él se revuelve hasta que los dos se dan la vuelta, pegados como perros, y ella queda por debajo, aún apretándolo fuerte, sus ojos muy abiertos viendo los adornos dorados del techo, oyendo cómo el aire agita por dentro la garganta de él, los sonidos sin palabras, sin lengua, como un *mummmumumumu*, nota la cálida orina que mancha el uniforme del agente, el acre olor de su propio sudor, durante los largos minutos que pasan hasta que la boca de él deja de moverse, su cuerpo para de convulsionarse, su peso se convierte en peso muerto y su cabeza descansa sobre la de ella como la de un bebé.

Ahora en el silencioso apartamento solo queda la respiración irregular de ella, que le resulta un clamor insoportable. Desesperadamente, se quita al hombre de encima. Se desliza por debajo de su cuerpo. Enseguida se pone en pie y va hacia la cocina, temblando, con el paso inseguro. El amargo sabor de la bilis le sube hasta la garganta y ella vuelve a tragárselo, escupe en el fregadero. Está vacía. La furia violenta que la poseía se ha retirado, dejando solo temblores y disgusto.

Su deseo es salir del apartamento, pero antes ha de hacer algo con el cadáver. La máquina de su cerebro sigue funcionando, lentamente. Mira por la ventana de la cocina el patio interior, un acantilado vertical hecho de las partes traseras de diferentes edificios, un espacio sin decorar con una colección de contenedores y pilas de basura en la base.

Vuelve al oficial, que está hecho un ovillo, de lado, la empuñadura de latón del cuchillo asomando por su espalda, como si él fuese un muñeco de cuerda. Siente una sacudida de terror. Piensa en el expolicía de Escocia que les habló de cómo usar el cuchillo en términos tan prácticos, como si se tratara de la caza, algo necesario que hace un hombre y después lo olvida. ¿Cómo puede ella dejar atrás esto? Está enfrente, babeante y sin vida. La demostración de su capacidad de matar.

Pero madame Aubert va a volver pronto. Cristabel tiene que ser metódica como un cazador. Va al baño, encuentra una toalla y la lleva

hasta el alemán, para ponérsela debajo. Mueve el cuerpo, siente su peso ligero, le dan arcadas. Tose, sacude la cabeza.

Una vez ha colocado la toalla, extrae el cuchillo, que abandona el cuerpo con una ligera succión seguida de un rastro de sangre. La herida supura un poco, manchando la gabardina del agente, pero no tanto como ella temía. Respira hondo y le saca las botas, primero una, después la otra, colocándole un pie encima para que no se resbale por el suelo. Le desabrocha los pantalones manchados y se los quita. La pálida carne sigue transmitiendo calor. Tiene las pantorrillas peludas, una cicatriz en la rodilla, un agujero en un calcetín.

Tan rápido como puede, le quita el cinturón, la chaqueta, la camisa, los calcetines. El reloj de pulsera. El anillo de boda. Lo manipula como si fuera un maniquí blando de modista —un maniquí pegajoso y húmedo— hasta dejarlo en ropa interior. Se detiene un momento y entonces le saca esta tan bruscamente como una niñera le quita el bañador mojado a un niño en una playa fría, mientras mira las ventanas.

Después, lo arrastra hasta la cocina, las manos bajo las axilas del hombre, sus talones chirriando ligeramente contra el suelo. Le resulta difícil, es casi demasiado pesado como para moverlo. Frustrada, le pega una patada a un mueble y se aparta el sudor de los ojos.

Una vez en la cocina, abre la ventana tanto como puede y empuja el cuerpo hacia esta. La única forma que se le ocurre de hacerlo pasar por el marco es colocarse debajo de él y empujar hacia arriba, por lo que lo apoya contra la pared, se arrastra bajo el cadáver, lo levanta sobre sus hombros como un bombero torpe, gruñe por el esfuerzo, sus manos se hunden en el carnoso estómago, fuerza el cuerpo a pasar, la cabeza se golpea contra el marco, hasta que por fin cede y cae sobre la pila de basura con un gran estruendo. Lo ve caer. Un cuerpo desnudo hallado entre contenedores puede hacerle ganar más tiempo que un oficial de las SS descubierto apuñalado en un apartamento de lujo.

Es entonces cuando ve a una niña en una ventana del edificio de enfrente, las manos contra el cristal, mirando fijamente. Se observan. Cristabel se lleva un dedo tembloroso a los labios.

Se incorpora. Se fuerza a volver a la sala de estar, donde vuelve a poner los muebles en su lugar, cuelga de nuevo los cuadros. El uniforme húmedo del alemán sigue en el suelo. Tras una búsqueda

rápida, encuentra una maleta cerrada bajo la cama principal. Vacía el contenido en un cajón de la mesilla de noche y guarda en ella la ropa y las botas del agente. Añade su pistola y el pisapapeles manchado de sangre. Regresa una vez más a la sala y usa la toalla para limpiar el suelo, para después guardar esta también en la maleta. Antes de irse vuelve a la cocina y mira hacia la ventana de enfrente, pero la niña ya no está.

Fuera, en la calle, la luz crepuscular es radiante, hay vencejos volando y piando por entre los edificios. Regresa a casa de madame Aubert, cargando con la pesada maleta, y deja la llave del apartamento en el casillero. Se sube a su bicicleta y se aleja pedaleando, un poco inestable, la maleta en equilibrio precario encajada en el manillar. Lleva una chaqueta que ha encontrado en un armario abotonada sobre su vestido cubierto de sangre.

Antígona

Julio de 1944

A la mañana siguiente queda con Lieselotte en una cafetería tranquila cerca del Jardin du Luxembourg para decirle que necesita un nuevo nombre, nuevos papeles, nueva ropa y una nueva dirección. Se acabó Claudine Beauchamp. Esa identidad ya no sirve.

—¿Algo más? —pregunta Lieselotte, que le da un mordisco a un cruasán y sonríe—. No sé con qué lo han hecho, pero seguro que no con harina.

—Tengo que sacarme de encima una maleta —continúa Cristabel, y pide un brandi. Están sentadas fuera a una mesa de mármol, una al lado de la otra en sillas de ratán, mirando hacia la calle. Ella lleva gafas de sol. Tiene un gran moratón en una sien, que ha intentado cubrir con maquillaje.

—Una nueva identidad, una maleta de la que tienes que librarte y brandi para desayunar. Sí que has estado ocupada —le dice Lieselotte.

—He sido una inconsciente. Me he arriesgado sin necesidad.

—Estoy segura de que tu información sobre los barracones va a ser útil. Voy a pasarla lo antes que pueda.

—¿Crees que vale una vida?

Lieselotte arranca un trozo de cruasán y se lo da a su perro, bajo la mesa. Hoy va de verde y blanco, con recargados pendientes de plata trabajada y un sombrero de tipo pillbox con redecilla verde.

—Puedo encontrarte ropa y un lugar donde alojarte, pero los papeles van a tardar más. Todos mis contactos están imprimiendo folletos para la Resistencia. —Mira a Cristabel, que se muestra inexpresiva, y añade—: El último Día de la Bastilla, la Resistencia soltó folletos por todos los teatros de París, todos a la vez. Fue muy bello. Un

acto teatral en sí.

Cristabel no dice nada. Se quedan sentadas en silencio un momento, viendo pasar a la gente. Un grupo de niños que corren hacia el parque. Un hombre que lleva a una mujer que se ríe de pasajera en una moto. Una camioneta de reparto de leche tirada por un caballo. Lieselotte dice:

—Claudine Beauchamp va a hacer una última aparición. Tiene una entrada para *Antígona* esta noche. Yo también. Conseguidas por *herr* Schulte. Las van a dejar a nuestros nombres en la puerta.

Cristabel niega con la cabeza.

—No quiero ir al teatro.

Lieselotte le pide la cuenta al camarero con un gesto.

—Bueno, pues yo no quiero ir sola. Estate lista a las seis. Voy a hacer que te envíen ropa. —Coge su bolso y mira a Cristabel—. ¿Es que esperabas que las cosas fueran justas?

***

En París ya no quedan taxis, así que Claudine Beauchamp y Lieselotte de Brienne van al teatro en uno de los *vélo-taxis* que los han sustituido: carros de dos ruedas, tipo *rickshaw*, solo para dos pasajeros, tirados por un hombre o mujer en bicicleta. Algunos tienen un techo que protege a los clientes del tiempo, y algunos son llevados por dos personas en un tándem, pero el suyo está abierto al cielo de verano y es tirado por un hombre con gorra y en mangas de camisa, con pantalones anchos por dentro de los calcetines, que las lleva traqueteando por las calles a ritmo veloz, con las finas ruedas dando saltitos en los adoquines.

Es curioso viajar tan rápido estando tan cerca del suelo que podrían extender una mano y tocarles las rodillas a los transeúntes. También es curioso viajar en un aparato tirado por un humano, no un animal, pero el ciclista silba, la brisa refresca y París es encantadora incluso desde el nivel del suelo. Avanzan a la altura de los bordillos, mirando las patas de las mesas y las patas de las sillas de las terrazas de las cafeterías, las piernas cruzadas de los clientes, las piernas con trajes de negocios, las piernas con medias de redecilla, las piernas

entrelazadas y los gatos callejeros que pasan al lado de estas.

Las calles estarán vacías de tráfico, los restaurantes no tan llenos como es lo habitual y los cines cerrados, pero muchos parisinos que normalmente se marcharían a la costa en verano se han quedado en la ciudad. Aunque no haya comida, normalmente puede encontrarse compañía y alguna cerveza que otra, y es sábado, los aliados están en Normandía, los rusos están llevando la lucha a terreno alemán y los teatros siguen abiertos.

—Cuéntame de tu teatro —dice Lieselotte mientras se dirigen al norte—. ¿Tenéis una compañía residente? —Lleva un vestido de noche de tafetán color burdeos con capa a juego, una avalancha de perlas al cuello, y un bolsito demasiado pequeño como para contener a su perro, que ha dejado con el *maître* del Lucas Canton.

Cristabel, una columna de satén negro, niega con la cabeza.

—Nada de eso. Teníamos voluntarios. Gente *amateur* de la sociedad dramática local. Estamos en el campo, es decir, algo limitados.

—¿Es que no tenéis carteles? —pregunta Lieselotte mientras su transporte se tambalea por el imponente bulevar Haussmann, donde hay maniquíes posando en los escaparates de los inmensos grandes almacenes.

—¿Carteles?

—Carteles, como en los circos. Para hacer saber a la gente dónde estáis. —Señala hacia una de las grandes esvásticas que cuelgan de un edificio cercano.

—No.

—¿Tenéis otras compañías que actúen?

Cristabel niega de nuevo con la cabeza y rebusca cigarrillos en el bolso prestado.

—Solo éramos yo, unos amigos y cualquiera al que yo pudiese forzar a cumplir mi voluntad.

Lieselotte frunce el ceño.

—¿Forzarlos? ¿Por qué los forzabas? ¿Es que no querían hacerlo?

—No tanto como yo.

—Entonces, ¿para qué usarlos? Has de encontrar otros a quienes les importe tanto como a ti.

—Eso es más fácil decirlo que hacerlo.

—Como la mayoría de las cosas. ¿A ti te importa?

—Por supuesto.

—No es necesario que te importe, pero, si no te importa, debes encontrar algo que sí. Es la regla que tengo para mis propias celebraciones. No me importa qué intereses tengas, el tenis o la arquitectura o tocar el fagot, mientras haya algo que te interese.

—A mí me importa.

—Perdóname, pero por lo que he oído eres una directora de teatro que prefiere que la llamen estudiante, que se apoya en actores *amateurs* poco implicados, que está decepcionada con sus propias producciones pero no invita a otras compañías, y que no quiere poner un cartel.

—Eso es un poco injusto —protesta Cristabel.

—No lo es. ¿Quieres crear? ¿Hacer algo?

—Por supuesto.

—Por supuesto no es sí. —Lieselotte la mira: su cara pálida, su frente contusionada. Ella aparta la vista y enciende un cigarrillo.

Ahora el ciclista está trabajando duro, subiendo la cuesta de la ciudad por Pigalle, barrio de los estudios de artistas y del entretenimiento nocturno, donde los soldados alemanes hacen cola ante los cabarets.

Un momento después Lieselotte dice:

—En esta ciudad es imposible hacer teatro. No hay electricidad. No hay luces. No hay dinero. Todos los libretos tienen que ser aprobados por los alemanes, la *Propagandastaffel*, así que los autores deben hacer toda clase de contorsiones para que les acepten sus obras. Si consiguen llevarlas al escenario, van a ser despreciados por quienes afirman que representar es una traición y juzgados en las críticas por gente que solo quiere ganar puntos políticos. Es imposible. Y, aun así, mira dónde estamos.

Han llegado a Montmartre, el barrio verde en la cima de París donde el Théâtre de l'Atelier se encuentra a solas en una plaza de adoquín, contemplado por tilos retorcidos y flanqueado a ambos lados por edificios de apartamentos y restaurantes. Es un teatro pequeño, pintado de blanco, con tres puertas dobles de arco en la planta baja y tres ventanas de arco en la primera planta, donde hay un balcón y un bar, y está rodeado de gente que espera a entrar.

El ciclista las ayuda a bajarse del *vélo-taxi* y señala con la cabeza al gentío.

—Esta noche está lleno.

Lieselotte replica:

—Dicen que todas las noches está lleno. ¿Ha visto usted la obra?

—En febrero —contesta él—. Casi me morí de frío.

—Sí, en febrero hizo frío. —Le pone una generosa propina en la mano—. Gracias, monsieur.

Las dos se unen a la gente que va a entrar y recogen sus tiques en la taquilla. En el vestíbulo hay un cartel con instrucciones para llegar al refugio antiaéreo más cercano y una nota que pide a los espectadores que en caso de bombas se mantengan fuera del círculo, así que siguen caminando hasta la platea.

***

Por dentro el teatro es oscuro, curvo, íntimo. Los asientos rojos de la platea están cerca del escenario, por lo que hay poca distancia entre los intérpretes y el público. En el edificio no hay luces encendidas, así que los acomodadores conducen al público a sus butacas con linternas. Lieselotte saluda con la mano a varias personas que conoce.

Cristabel distingue a *herr* Schulte y se le revuelve el estómago al recordar que le dio su nombre a madame Aubert, que pronto puede que se lo diga a quienes investiguen el asesinato de un oficial de las SS, además de describirles a una mujer alta que usa el nombre de Claudine. *Herr* Schulte las saluda, animoso. Está en primera fila, de gala y acompañado de otros hombres que también parecen alemanes. Lieselotte le explica a Cristabel que el teatro tiene que reservar una cierta cantidad de asientos a los alemanes en todas las representaciones.

La velada comienza con una obra corta llamada *À quoi rêvent les jeunes filles*, de un autor del siglo XIX, y que es inmediatamente interrumpida por la sirena de ataque aéreo. El público, imperturbable, coge sus cosas y sale de nuevo a la plaza, donde siguen sus conversaciones. Ahora el cielo por encima de la ciudad es del color de un melocotón, rayado por las largas nubes de la puesta de sol, y con

gorriones que se juntan en los árboles. Cristabel observa que el público es heterogéneo: gente mayor vestida formalmente y jóvenes con camisas y faldas; tiene a un grupo de estos últimos al lado, compartiendo un cigarrillo entre cinco.

Cuando suena la señal de que el peligro ha pasado vuelven a entrar a ver el resto de la primera obra. La falta de focos crea en cierto modo el efecto de que los actores están aún más cerca, como si el público estuviese presenciando un ensayo. Después esperan a que el telón se alce y comience *Antígona*.

—¿Conoces la historia? Es una tragedia griega —la informa Lieselotte, que se ha puesto los quevedos para entornar los ojos ante el programa.

—Sí —contesta Cristabel.

—Lo más intrigante de la versión de Anouilh es que nadie se pone de acuerdo sobre ella. Todos los críticos la adoran, pero por diferentes razones. Unos la admiran por ser una obra de Vichy o una obra fascista, otros por ser una obra de la Resistencia, incluso una obra anarquista.

—¿Anarquista?

—Sí. La noche del estreno, al caer el telón hubo silencio total. Nadie podía creerse que la obra hubiera pasado la censura. Pero lo más raro es que los alemanes tienen tantas ganas de verla como los franceses. Todos están convencidos de que les habla a ellos.

Mientras Lieselotte habla, el telón se levanta sobre un escenario desnudo y sombrío, iluminado únicamente por una columna de luz natural que entra desde una claraboya. La pared del fondo del decorado parece ser unas cortinas cerradas, y los actores están sentados en unos escalones, las mujeres con vestidos de noche oscuros, los hombres de gala y con corbatas blancas, unos pocos con gabardina y bombín. Están jugando a las cartas y conversando, como si acabaran de salir de una fiesta.

Uno de ellos, un hombre con gafas y pajarita, camina hacia el borde del escenario. Sonríe con familiaridad al público y dice:

—*Voilà*. La gente que se ha congregado aquí va a representar la historia de Antígona. La protagonista es esa chica delgada sentada allí. Mira al frente. Piensa. Piensa que pronto va a ser Antígona. Que de repente va a dejar de ser la chica delgada y oscura a la que su familia

no se toma en serio y levantarse ella sola contra todos. Contra Creonte, el rey. Piensa en que va a morir... —Hace una pausa y mira a los miembros del público que tiene más cerca— ... aunque aún es joven y, como todos, hubiese preferido vivir.

Cristabel se inclina hacia delante.

***

La obra avanza con agilidad. Comienza con Antígona, que intenta enterrar en secreto el cuerpo de su hermano, que ha fallecido en combate, pero al que han denunciado como traidor. Unos guardas la arrestan y la llevan hasta Creonte. Este le dice que nadie está por encima de la ley. Le dice que alguien ha de guiar el barco. Dice:

—Las únicas cosas que ahora tienen nombre son el barco y la tormenta. ¿Comprendes?

Antígona responde:

—No estoy aquí para comprender. Estoy aquí para deciros que no y para morir.

Ante esto el público reacciona, respira hondo colectivamente, algunos aplausos.

Creonte no se rinde. Quiere salvar a Antígona. Le dice que decir no es fácil, que decir que sí es más difícil porque necesita enrollarse las mangas e implicarse. El público asiente, murmura su acuerdo.

Pero la luz que atraviesa la claraboya se está desvaneciendo, la oscuridad de la platea se extiende al escenario, y Antígona se niega a dejarse salvar. A partir de ahí la tragedia se desarrolla por sí sola, como un mecanismo de relojería, y una muerte sigue a otra, y a otra, y a una más... hasta que cae el telón.

Hay un momento de silencio, y entonces el público se pone en pie y aplaude a rabiar, gritan *Bravo, bravo*. Cristabel sigue sentada. Mira al frente. Piensa.

Ha seguido a Antígona con atención durante toda la obra, muy de cerca; Antígona, que se despierta temprano para ser la primera viva; Antígona, que cree que el mundo entero espera pero está molesta porque no parece estar esperándola a ella. Cristabel la ha seguido como alguien que ve a alguien que cree conocer. Pero la obra de

Anouilh la ha llevado primero en una dirección, después en la contraria, y la ha dejado en algún punto medio, creyendo que aunque Antígona tenía razón también ha sido ingenua, y que aunque todo era culpa de Creonte tampoco estaba equivocado del todo.

Entiende que el martirio de Antígona atraiga a los jóvenes parisinos del público, pero ¿qué libertad tiene Antígona? El único acto que ha hecho por sí misma acaba con su muerte fuera de escena. Defiende a su hermano, pero después se va y se ahorca con su propio vestido. Igual que en *Medida por medida* de Shakespeare, la mujer desafiante que defiende a su hermano es conducida a un casamiento improbable al final de la obra. ¿Y si, se pregunta Cristabel, hubiese una versión en la que se mantuvieran? Se mantuvieran vivos. Se mantuvieran fieles a sí mismos.

Cristabel mira a Lieselotte, que, junto al resto del público, aplaude a los actores que hacen reverencias pero ahora casi ni se los ve. Atisba el orgulloso perfil de Lieselotte en la penumbra, la exuberante masa de perlas a su cuello.

El elenco abandona el escenario y vuelven a aparecer los acomodadores con las linternas. El público va hacia las salidas, dándose prisa para llegar al último metro antes del toque de queda. Mientras Cristabel sigue a Lieselotte por entre las filas de asientos, observa a dos empleados que corren al escenario para recoger algunos elementos que se han quedado allí: una botella de vino, unos naipes. Ella se fija en el más bajito de los dos, y entonces cae el telón.

***

Fuera del teatro, una de las farolas de la plaza ha parpadeado y cobrado vida. Está cubierta con papel azul, lo que le confiere un brillo misterioso, marítimo. Ninguna de las otras farolas funciona; solo se ven algunas velas encendidas tras las ventanas de los restaurantes cercanos, donde los camareros barren.

El *vélo-taxi* de Lieselotte ha regresado para llevarla a casa. Cristabel dice que irá por su cuenta, y mira cómo su compañera desaparece en la noche en su carromato de tracción humana. Después da la vuelta al edificio, buscando la puerta de artistas. Una vez la encuentra, espera

en el oscuro portal del edificio de enfrente, observando cómo salen los actores, se intercambian besos, se despiden con la mano, hasta que descubre al empleado más bajito, con el sombrero calado y las solapas levantadas, salir por la puerta y caminar por la calle adoquinada.

Lo sigue a una cuidadosa distancia mientras él anda rápidamente por los escarpados caminos de Montmartre, deteniéndolo solo a anudarse un zapato. Dobla una esquina. Cristabel se apresura, pero al llegar, él ha desaparecido. Avanza con cuidado, mira a su alrededor. Ahora está en lo alto, sopla el viento, y ve cómo la ciudad oscura se extiende ante ella, el estrecho andamio de la torre Eiffel en la distancia. Entonces oye pasos, y una voz detrás dice:

—¿Crees que no me enseñaron nada, Crista?

Nosotros

Julio de 1944

Está tan furiosa con él que no puede soltarlo. Lo aprieta fuerte contra sí y lanza improperios copiosamente, en una feroz mezcla de francés e inglés. Él le devuelve el abrazo, riendo y diciéndole «Lo sé, lo sé».

Ella se separa.

—¿Dónde has estado? Digby, ¿dónde has estado?

—Aquí soy Denis —le responde él en francés—, y tendríamos que salir de las calles antes de que nos arresten. Por aquí; cerca hay un lugar al que podemos ir.

La conduce hasta un pequeño bistró. A un lado del edificio hay una puerta con llave que Digby abre; mira a los dos lados de la calle antes de hacer pasar a su hermana. Cristabel lo sigue por unas escaleras hasta un minúsculo apartamento encima del restaurante. Dentro está oscuro, todas las cortinas están cerradas, pero ella ve la luz trémula de una vela que llega desde una habitación, y una voz masculina pregunta: «¿Denis?».

—He traído a alguien —contesta Digby. Mira a Cristabel y la lleva hasta la habitación—. Jean-Marc, esta es Cristabel, mi hermana. Cristabel, este es Jean-Marc.

Ella ve a un joven francés con gafas y pelo rizado castaño sentado en un sillón viejo, que lee el periódico a la luz de la vela. Lleva chaleco y pantalones y tiene las piernas cruzadas y estiradas. Al entrar, él se levanta y mira a Digby.

—¿Tu hermana?

—Tendría que haberme imaginado que me encontraría —contesta él, sonriente.

Jean-Marc suelta enseguida el periódico y le ofrece la mano.

—Es un honor conocerte, Cristabel. He oído hablar mucho de ti.

—Aquí soy Claudine —dice ella, y le estrecha la mano con fuerza —. ¿Qué has oído?

—Solo cosas buenas. ¿Puedo ofrecerte algo de beber? Tengo café, pero hay tan poco gas que el agua tarda una hora en hervir.

—Voy a buscar el vino —interviene Digby, dirigiéndose hacia la cocina—. Siéntate, Crista. Dios, tenemos tanto de que hablar... No puedo creerme que estés aquí.

Jean-Marc señala el sillón a su lado y Cristabel se sienta un momento, solo para descubrir que está demasiado nerviosa como para decir naderías educadas, así que sigue a Digby a la cocina, donde lo encuentra sacándole el corcho a una botella.

—Solo es un *vin de pays*... —empieza a decir.

—¿Dónde has estado? —susurra ella—. Estaba muy preocupada.

—¿Te ha mandado alguien a buscarme? —pregunta Digby.

—No. Te vi porque estaba entre el público mientras ibas por el escenario.

—Es mi tapadera. Trabajo allí.

Cristabel lo mira. Intenta absorber lo que ve. Es Digby pero no es Digby. Tiene un aspecto completamente francés. Su pelo oscuro es más largo, lo lleva aplastado hacia atrás como los jóvenes parisinos. Viste pantalones anchos sostenidos por un cinturón estrecho de cuero y una camisa a rayas con el cuello abierto y las mangas recogidas. Hace unos días que no se afeita y está delgado y bronceado, con los ojos marrones muy brillantes. Cristabel siente la extraña urgencia de pasarle las manos por la cara, de comprobar que de verdad está allí.

—Trabajas para la Org —le dice—, que tienen muchas ganas de saber dónde estás. Yo también trabajo para ellos. El año pasado estuve en Francia, llevando a cabo mis misiones, y me hicieron volver para preguntarme por ti.

—¿Lo hicieron?

—No fue nada divertido.

—No, seguro que no. Cuéntame todo lo que has estado haciendo, Crista. —Digby posa una mano en el brazo de ella y añade—: Te he echado mucho de menos. Me gusta tu vestido.

—Olvídate de mi puto vestido. ¿Por qué no has contactado con Londres?

—¿Estás enfadada conmigo?

—Nadie sabe qué diablos estabas haciendo, Digs. Pensé que te habían capturado los nazis. Casi me vuelvo loca. —Su voz suena muy alta en la pequeña cocina.

Él parece preocuparse de repente.

—Lo siento. No creía que fueras a saber nada de esto. ¿Lo sabe padre? ¿O Floss?

—Solo yo.

—¿Qué te dijeron de mí?

—Que habías perdido tu circuito pero seguías suelto. Sospechaban que te hubieras pasado al enemigo.

Él niega con la cabeza.

—Hay mucho más que eso. Nos utilizaron sin ningún rubor.

—¿Quiénes?

—Londres. El año pasado no dejaban de decirnos que ya llegaba la invasión. Corrimos enormes riesgos para prepararlo todo. Pero era un engaño.

—¿Un engaño?

—Un truco para distraer a los alemanes. Para hacerles pensar que sería en septiembre. Estamos convencidos de que fue eso. Jean-Marc piensa que nos usaron como cebo. —Digby se vuelve a coger copas de vino de un armarito.

—Seguro que tenían sus razones.

—Seguro que sí. Las mismas que tienen para todo: sus propios intereses.

—A los agentes de campo no se les cuenta todo.

Él vuelve a mirarla con fervor.

—Me mintieron, yo me creí sus mentiras y convencí a mis amigos para que también ellos las creyeran, y pusieron en peligro sus vidas por mí y ahora la mayoría están en la cárcel o muertos. Por haber confiado en mí. —Ella no dice nada—. ¿Qué harías tú en esa situación, Crista? ¿Debería regresar a Londres, con esos mentirosos en sus despachos que pensaron que las vidas de nuestros aliados eran prescindibles, o quedarme y luchar en la guerra para la que me apunté? —Cuando ve que Cristabel sigue sin decir nada, llena las dos copas y le ofrece una—. De poder contactar contigo lo hubiese hecho. Vamos a la otra habitación.

Jean-Marc se medio levanta cuando reaparecen y vuelve a sentarse. Cristabel se acomoda de nuevo en el otro sillón. Digby se sienta en la alfombra. Hay silencio en la habitación iluminada por las velas y también fuera, en la ciudad. Ella mira al suelo, piensa en lo que le ha dicho su hermano. Jean-Marc le pregunta:

—¿Cómo has encontrado a Denis?

—Estaba en el teatro.

—¿Fuiste sola? —pregunta Digby.

—No voy a entrar en detalles. —Cristabel cambia de posición. Tiene el cuerpo magullado y no encuentra ninguna que le resulte cómoda.

—Puedes hablar delante de Jean —dice Digby—. Aquí no hay secretos.

—Pues quizá debería. —Se frota los ojos. Desearía poder hablar con su hermano sin que haya nadie más, y que a él se le ocurriera que eso es lo que ella quiere. Está inmensamente agradecida por haber descubierto que sigue vivo, casi mareada por el alivio, pero agitada por la reunión repentina y confusa por la situación en la que se encuentra. Siente que lo mejor es concentrarse en las cuestiones operativas—. Denis, ¿estuviste en el apartamento que cuidaba madame Aubert? Cerca del Arco de Triunfo.

Él se ríe.

—¡Ah! ¿Así que tú también la has conocido? La busqué después del colapso de nuestro circuito. Estuve allí hasta que Jean-Marc encontró esto. ¿No es una mujer horrible? Está en la lista de Jean-Marc.

—¿Qué lista?

—Estamos haciendo una lista de colaboracionistas —explica él—. Para después de la guerra.

—En ese edificio ha pasado algo —dice Cristabel sin mirarlos—. Un oficial de las SS ha sido asesinado. Sería prudente dar por supuesto que, aunque los alemanes estén ahora por otras cosas, van a buscar posibles sospechosos. Especialmente los que le dijeron a madame Aubert que eran de familia inglesa.

—Sabía que era correr un riesgo —replica Digby con expresión desafiante—. Pero la convencí de que me dejara quedarme.

—Sería aconsejable que te mantuvieras en movimiento, Denis —le dice Jean-Marc.

—Tengo un contacto que me está buscando alojamiento —continúa Cristabel—. Puedes quedarte conmigo. Si quieres.

Digby asiente.

—De acuerdo. Voy a tener que ir a buscar unas cosas al teatro.

—Podemos ir mañana temprano —propone Jean-Marc—. Y llevar unos cuantos panfletos nuevos.

—Hemos creado un manifiesto por la revolución para distribuirlo por todo París —la informa Digby—. Jean, tienes que leerle a Crista lo que escribiste ayer. Desde el punto que dice «Traicionados por nuestros mayores». Yo voy a buscar algo para comer.

Cristabel mira cómo Digby va a la cocina. Sus movimientos muestran energía.

La inquietud que vio en él la última vez que estuvieron juntos en Dorset parece haber desaparecido, o, más bien, la ha reenfocado y ahora la usa para salir adelante, a flote como un velero.

Jean-Marc recoge una libreta del suelo, tose educadamente y lee:

—*Traicionados por nuestros mayores, la pseudoélite burguesa, nos hemos convertido en forajidos en nuestro propio país. Hemos dicho no a las mentiras, y somos hermanos porque hemos dicho que no*.

—Muy motivador —afirma Cristabel.

—La última frase está inspirada en *Antígona* —le explica Jean-Marc—. ¿Viste que en el programa la describían como «la hermana de todos aquellos que dicen que no»? Hemos asistido a la representación de la obra un montón de veces. Siempre nos inspira.

Digby reaparece con las manos vacías.

—No sé para qué he ido a la cocina. Ya sabía que no tenemos comida. Dime, ¿cómo está mi querida Floss?

—Está bien. Se ha hecho voluntaria.

—¡Fantástico! —exclama él.

Jean-Marc se lleva un dedo a los labios.

—Es tarde.

—Crista, debes de estar cansada. Lo lamento, estoy siendo un anfitrión desastroso —dice Digby—. Jean, ¿podemos montarle la cama de campamento?

—Claro. —Deja la libreta y va hacia otra habitación.

—No tenemos muchas visitas. —Digby lo dice casi con alegría.

De repente, Cristabel se siente abrumada por todo a la vez. Está

cansada y dolorida, resentida porque la hayan hecho escuchar discursos revolucionarios, decepcionada por que Digby no ha notado ese resentimiento, y ahora la mandan a la cama como a una niña. Está irritada y frustrada, y muy cerca de las lágrimas.

—¿De verdad me has echado de menos? —Quiere saber.

—Sí. ¿Por qué lo preguntas?

Ella niega con la cabeza, incapaz de hablar.

Él se sienta en el suelo a su lado. Hay preocupación en sus grandes ojos. Cristabel mueve la cabeza, aparta la vista, se le humedecen los ojos. Él se inclina hacia delante y la agarra por los brazos.

—¿Qué te pasa? Dímelo.

—No sabes cómo es —consigue articular ella por fin.

—¿Qué quieres decir?

—Cada mañana me despierto y durante un instante todo va bien. Una décima de segundo. Pero entonces recuerdo. No sé dónde estás, no sé si estás vivo o muerto, y no consigo pensar en otra cosa durante todo el día. Es una maldita agonía.

Él aprieta más fuerte, le da un beso en la frente.

—Ahora estás aquí. Y yo también. Siempre te has preocupado demasiado por mí.

—Es necesario. —Se recuesta en él—. Nadie más lo hace.

—Así está mejor. Ahora suenas tan angustias como siempre.

Ella se ríe y se suena con una manga.

—¿Quién es Jean-Marc?

Digby se recuesta y sonríe.

—Un líder de la Resistencia. De los buenos. Queremos...

—No, me refiero a qué es para ti. ¿Es por él que estás aquí?

Él vuelve a mirarla.

—Estamos aquí porque es lo correcto. ¿Por qué lo preguntas?

—Por saberlo. Parece que muchas de tus frases son en plural, «nosotros».

—¿Y no te parece bien? Me gusta pensar que soy parte de un nosotros. No me refiero solo a los que estamos aquí, sino a todos los que sentimos lo mismo.

—Siempre has querido que todos se apunten a todo —replica Cristabel, que siente que su hermano no ha contestado por completo la pregunta—. Siempre buscabas a gente para que participara en tus

juegos. ¿Recuerdas cuando convenciste al cartero de leer el papel de Lady Macbeth?

Digby sonríe y mira la libreta de Jean-Marc en el suelo.

—Crista, ¿no estás harta de tener que hacer siempre las cosas a la manera de ellos? Es formulaico, oculto. La idea de ganar esta guerra solo para que todo vuelva a ser como antes me resulta insoportable.

Jean-Marc lo llama desde la otra habitación:

—¿Puedes ayudarme con estas sábanas, Denis?

Cristabel ve a Digby levantarse e irse. Se acaba el vino. Oye que fuera empieza a llover. Piensa en ellos dos en el tejado de Chilcombe, cuando eran un gran Yo y un pequeño yo que formaban un nosotros que no parece ser más el nosotros al que él desea pertenecer.

***

Cristabel se desviste en el cuartito en el que va a dormir, y se mete con cuidado en una cama plegable de tela. Las paredes del apartamento son finas como el papel, y oye cómo se abren puertecitas de alacenas en la habitación de al lado, la conversación entre murmullos de Digby y Jean-Marc y los sonidos de ambos cuando se van a dormir. Algo en la familiaridad de ambos, en la forma de Digby de reírse sin hacer ruido, que le sugiere a Cristabel que están muy unidos. Algo infantil y petulante en ella desea levantarse y apretar un vaso contra la pared para distinguir lo que hablan, pero ahora están susurrando y no podría oírlos ni aunque quisiera.

Se cubre la cabeza con la sábana y se queda muy quieta hasta dormirse.

***

Se van a la mañana siguiente temprano. Digby lleva una bolsa con ropa, mientras que Jean-Marc tiene una maleta vacía que contiene un maletín vacío; van a llenar ambos en el teatro. Salir a Montmartre desde el abarrotado apartamento, estirarse y bostezar, es como salir de una tienda en lo alto de una montaña. A sus pies el sol acaba de

aparecer por encima de los tejados grises de París. Mientras descienden por las escarpadas calles de adoquines, los primeros rayos del sol salen a su encuentro por entre los estrechos cañones de la ciudad, eligiendo ventanas de apartamentos y pintándolas de dorado.

—Qué silencioso está —dice Cristabel cuando llegan a la plaza donde se ubica el teatro. Aún lleva el vestido y los tacones de la noche anterior, y maldice para sus adentros, no por primera vez, lo poco práctica que es la ropa de mujer, sus usos limitados.

—Una ciudad habitada únicamente por pájaros —comenta Digby, mirando las copas de los árboles en las que pían los gorriones—. Imaginaos vivir en una ciudad así.

Ella lo mira y de repente le duele el corazón por conocerlo. Él siempre ha tenido ese aire esperanzado, ha transmitido la sensación de pertenecer a otro lugar, un joven de copas de árboles y luz.

—Normalmente, los panaderos ya estarían trabajando, pero no tienen nada con lo que trabajar —afirma Jean-Marc mientras abre la entrada de los artistas.

—Cuando lleguen los aliados, volveremos a tener pan —proclama Digby.

—Con mantequilla bien densa —replica Jean-Marc.

—Parad. Estáis consiguiendo que me suene el estómago. —Cristabel sigue a los dos hombres dentro. Se ve a sí misma al lado de un despacho que contiene casilleros para el correo de los actores y unos cuantos ramos de flores mustias.

Jean-Marc vuelve a cerrar, y avanzan por un pasillo en el que las paredes sin yeso están cubiertas con pósteres de anteriores producciones. El pasillo sigue la parte trasera del edificio, pasando por pequeñísimos camerinos llenos de barras con ropas de vestuario y mesillas repletas de objetos.

Digby baja las maletas vacías por unas estrechas escaleras y dice:

—Iré tan rápido como pueda.

—Nos vemos en el escenario —le indica Jean-Marc, y conduce a Cristabel por un pasaje laberíntico del que salen donde ha dicho.

Es la primera vez que ella está entre bastidores en un teatro. Desde su posición ve las capas colgantes de distintos fondos que ondean suavemente, escenas pintadas de diferentes lugares, múltiples dimensiones. Al otro lado hay una complicada hilera de cuerdas que

ascienden hasta el techo del teatro, como cabos en un barco. Tiene la sensación de estar en el borde de algo ceremonial, algo mayor que ella, como si estuviese esperando tras una cortina a tener una audiencia con un emperador.

Jean-Marc se vuelve hacia ella.

—Admirar la producción desde aquí es maravilloso —habla en una respetuosa voz baja aunque el lugar esté vacío—. Denis me dice que en Inglaterra a este espacio se lo llama «las alas», como las de un pájaro.

—Así es.

—Me gusta. Refleja el esfuerzo, ya sabes, el batir de las alas que elevan a los intérpretes.

Les llega un ruido desde algún lugar por debajo de ellos. Un momento después, una trampilla de madera en el centro del escenario se abre y Digby aparece como un tentetieso. Dice:

—«Si nosotras, sombras, te hemos ofendido, piensa esto y deja de fruncir el ceño: que solo te has quedado dormido y todo han sido visiones de un sueño». —Mientras su voz resuena por el teatro, Cristabel reconoce a su padre en él, el barítono de Willoughby contando historias, como si Digby hubiese contenido por un momento una versión más adulta de sí mismo, en parte muy familiar, en parte desconocida. Los Digby pasado, presente y futuro—. Os lo voy a pasar todo por aquí. —Y vuelve a desaparecer debajo del escenario.

Jean-Marc va hasta el centro; Cristabel lo sigue, mirando las filas de asientos rojos. Se siente muy expuesta allí, incluso sin nadie entre el público. El teatro no parece vacío del todo.

Digby vuelve a aparecer por la trampilla. Al mirar abajo, ella descubre que está de pie sobre una plataforma ajustable de madera. Él les pasa la maleta de cuero, ahora pesada.

—¿Qué has puesto?

—Más que nada papel y tinta. No sabes lo escasos que van.

—Son las mejores armas que tenemos —añade Jean-Marc—, sobre todo porque Londres no nos envía armas.

—Jean-Marc siempre está pidiéndolas, pero lo ignoran —explica Digby—. Es como escribirle a mi padre. ¿Sabes lo que me dijo Perry una vez? Que no querían darles demasiadas armas a los franceses por si las usaban para armar líos después de la guerra. Como si fuésemos niños malos.

Cristabel piensa en Perry, sirviendo el té en Fortnum & Mason, contándole que las guerras se combaten para decidir qué sucederá después. Cualquier petición que llegara a su escritorio por parte de alguien como Jean-Marc sería rechazada sin ninguna duda.

—¿Tienes noticias de él? —pregunta Digby—. De padre, digo.

Ella niega con la cabeza.

—Denis, tenemos que darnos prisa —lo apremia Jean-Marc—. Pronto llegarán los de la limpieza.

—Solo me queda llenar la otra maleta. —Digby desaparece de nuevo bajo el escenario.

Cristabel y Jean-Marc esperan juntos. Un rato después, ella pregunta educadamente:

—¿Habéis conseguido mantener el teatro abierto durante toda la guerra?

—Cerramos cuando llegaron los nazis. Cuando volvimos a abrir, nos limitaron lo que podíamos representar. Nada demasiado patriótico. Solo podíamos escenificar mitos, leyendas, cosas nostálgicas. Los viejos fantasmas teatrales. Pero el público vino.

Cristabel se pregunta si lo que siente sobre el escenario son esos fantasmas. Papeles que esperan a ser interpretados, rehabitados, como Antígona al comienzo de la obra de Anouilh, esperando ser Antígona.

Jean-Marc continúa:

—El pasado invierno fue el más duro. La gente pasaba tanto frío, estaba tan hambrienta... pero el teatro hacía años que no se llenaba tanto.

—¿Por qué?

—Bueno, para empezar, hace más calor cuando estás rodeado de gente. —Sonríe—. Pero también es que cuando tienes problemas te sientes solo, y entonces vienes aquí y ves que otros también los tienen, como Antígona.

—Ves su valentía.

—Antígona muere sola. Pero en el Théâtre de l'Atelier contamos su historia. Aquí dentro todavía tenemos voz.

—Aunque no habléis directamente.

—Hay muchas formas de hablar. ¿Recuerdas esa frase de Antígona, «Nada es verdad excepto lo que no decimos»? Todos sabemos lo que significa.

Cristabel contempla el espacio del teatro, enrollado sobre sí mismo como una concha marina que contiene el eco del mar. Se imagina al público temblando en un local sin calefacción, buscando el calor de los demás. Piensa en los autores que buscan la forma de llegar a ellos a través de las asfixiantes capas y capas de lo oficial.

Y entonces piensa en sus propias representaciones de antes de la guerra, que ahora parecen una especie de actos sin sentido, una mascarada vacía.

—Me imagino que a Denis le habrá resultado difícil mantenerse fuera del escenario —dice.

Jean-Marc se ríe.

—Cierto. Tu hermano es un buen hombre. Tenemos suerte de haber contado con él. —Hace una pausa y añade—: El golpe que tienes en la cabeza es reciente, ¿verdad?

—¿Se ve mucho?

—No. Solo lo he visto hoy al salir. Pero tenemos maquillaje teatral que puede ocultarlo mejor. Voy a buscarlo.

Entonces reaparece Digby; levanta una maleta de tela por la trampilla, que Jean-Marc le coge de las manos.

—¿De qué estáis hablando?

—Del teatro —contesta Cristabel. Espera que Digby no haya visto el moratón. No quiere hablar de lo del apartamento, ni con él ni con nadie.

Desde fuera les llega el ruido de aviones que se acercan.

—Los aliados ya deben de estar a pocos días de camino —dice Digby.

—El perezoso de mi viejo va a levantarse de su sillón por primera vez desde que comenzó la guerra para ponerse sus medallas oxidadas —apunta Jean-Marc.

—No vamos a dejar que los viejos se atribuyan este éxito —dice Digby, sonriéndoles a los dos.

Escuchan cómo los aviones vuelan por encima de ellos, y después Cristabel pregunta:

—¿Tienes algún contacto en Fresnes, Jean-Marc?

Él asiente.

—Un hombre que trabaja aquí es carpintero en la prisión. Si vuelves esta noche, podrás hablar con él durante la obra.

—Tengo que ir a mi hotel a cambiarme —responde ella—. ¿Hay algún lugar en el que Denis pueda quedarse? Solo por hoy.

Jean-Marc sonríe.

—Hay una mujer cerca de aquí a la que le encanta alojar a jovencitos. Tiene la tapadera perfecta. Hay hombres nerviosos entrando y saliendo de su casa a todas horas. Les dice a los alemanes que les reserva las mejores chicas a ellos, pero miente. Es una verdadera patriota. Las mejores chicas son solo para los franceses.

—Y además es una mujer encantadora —añade Digby.

—Suena ideal —apostilla Cristabel, cortante, y coge la maleta.

***

Esa noche Cristabel regresa al Théâtre de l'Atelier cuando la multitud se congrega fuera, pero esta vez ella usa la entrada de artistas. Las bambalinas están muy ocupadas. Al pasar por los camerinos ve a actores a medio vestir, a medio maquillar, sus rostros blancos por los polvos; ya no son ellos mismos pero aún no son sus personajes. Hablan entre ellos, fuman, cantan. Hasta ve a Antígona con su vestido negro, apoyada contra un espejo y poniéndose colorete en sus altas mejillas. Jean-Marc, que la conduce por el edificio, se vuelve y le pregunta:

—¿La has visto?

Cristabel asiente, emocionada contra sus deseos.

Al acercarse al escenario oye un sonido creciente, un murmullo; se da cuenta de que es el público, que está entrando en la sala. No sabía que hicieran tanto ruido. Jean-Marc la guía por un pasillo que rodea la parte trasera del escenario, y que permite al elenco cruzar de un lado a otro durante la representación. Resulta excitante pasar por allí sin ser vista, sabiendo que los espectadores están ocupando sus asientos al otro lado del fondo de tela. Está acostumbrada a esconderse en pasillos y rellanos, todos los lugares furtivos de una casa, pero allí, en la casa del teatro, la vida discurre por esos compartimentos secretos.

Jean-Marc la guía hasta un espacio entre bastidores, bajo la mesa de atrezo, desde donde le permite comprobar si no impide el paso.

—No cruces esa línea o el público te verá —la avisa, señalando una, blanca, en el suelo—. Los actores esperan aquí hasta que es su

momento de entrar. A veces me encuentro a Denis aquí. La cabra tira al monte, *non?* Nos vemos en el entreacto.

Cristabel lo observa todo con un interés intenso. Hay personal que mueve paisajes, y dos de los actores de la primera obra hablan entre susurros sobre cartillas de racionamiento mientras sostienen sus alas entre las manos. Detrás suena la última llamada, un grito que recorre el laberinto de pasillos. Delante, el público detiene su cháchara. Los actores acaban la conversación y se ponen las pelucas. Un hombre tira de una gruesa cuerda de cáñamo con las dos manos, y, mientras se abre el telón, Cristabel oye su largo silbido, que recorre el escenario. Uno de los actores pisa la línea blanca.

Alza la cabeza, mueve la boca ligeramente y da un paso adelante, penetrando en la luz.

***

En el intervalo entre la primera y la segunda obra Jean-Marc reaparece y señala una escalera soldada a una pared al fondo del teatro. Conduce a una plataforma suspendida muy por encima del escenario, que permite a los técnicos acceder a los focos.

—Ahí arriba —le dice—. Si alguien pregunta, estamos comprobando los cables.

Suben la estrecha escalera hacia la oscuridad. Oyen a una paloma atrapada en algún lugar en el distante espacio del techo sobre sus cabezas, arrullando, batiendo las alas. Cristabel mira abajo y ve que están preparando el escenario para el principio de *Antígona*.

La plataforma es pequeña y de madera, atada de forma precaria a unas cañerías que pasan por la pared. Se mueve y cruje mientras Jean-Marc y Cristabel abandonan la seguridad de la escalera y se suben. El carpintero ya está allí sentado; es un hombre mayor con un cigarrillo en la boca y que juguetea con un destornillador. Asiente a Cristabel y le da la mano a Jean-Marc.

—Fresnes —dice él en un susurro—. Tiene preguntas.

—Busco a dos personas —explica ella—. Los alemanes seguramente creen que son agentes británicos. —Da los nombres de campo de Sophie y Antoine, y describe brevemente su aspecto.

—¿La mujer tiene el pelo oscuro? —pregunta el carpintero.

—Sí. Es bajita. Sonríe mucho. Seguro que es popular hasta en la cárcel.

Él asiente.

—La he visto. A él no, pero a ella sí.

—¿Está viva?

—Eso creo. —Se saca una hebra de tabaco de los labios—. No siempre es bueno ser popular en la cárcel. —Mira de Cristabel a Jean-Marc.

—¿Puedes hacerle llegar un mensaje? —pregunta él.

El hombre mira ahora hacia el escenario, donde los actores ocupan sus posiciones.

—Quizá. Pero no puedo prometer nada. La tienen separada.

Cristabel mira a Jean-Marc.

—¿Vale la pena mandarle un mensaje?

El carpintero duda un momento y dice:

—Si hay algo que quiera decirle a su amiga, mejor que lo haga ahora.

Hay algo solemne en su voz que inquieta a Cristabel. Se agarra a una de las cuerdas a un lado de la plataforma.

Jean-Marc le posa una mano en la espalda.

—¿Qué quieres decirle?

—No sé qué puedo decir —responde ella.

—Tenemos que darnos prisa —señala el carpintero—. Van a empezar pronto.

—Dile que estás con ella —le susurra Jean-Marc.

—Pero eso no es cierto —replica Cristabel.

—Puede que le guste oírlo aunque no lo sea —insiste Jean-Marc—. ¿Qué le gustaría oír?

Cristabel oye cómo desciende el ruido en el teatro. Susurra:

—Dígale que estoy cerca.

El carpintero asiente, se guarda el destornillador en el bolsillo y señala hacia la escalera.

—¿Algo más?

—Dígale que vamos a hacer esa salida nocturna en Londres.

***

Cristabel sale del teatro antes de que empiece *Antígona* y regresa por la ciudad al anochecer veraniego. El aire es cálido, hasta incómodo, y las calles huelen a cloacas y basura sin recoger. Solo le queda un día a julio y París entrará en el desierto de agosto, sin comida ni mucha agua. Todo se está acabando. En la pared de hojalata de un urinario de olor repugnante lee una pintada: *Vive les Soviets!*

Al cruzar la rue de Rivoli se fija en un coche militar alemán en el exterior de uno de los hoteles, que está siendo llenado por varias empleadas en uniforme gris nazi. Cargan una mezcla curiosa de objetos: un archivador, una caja de Moët & Chandon, una máquina de coser. Una de ellas reparte barras de manteca entre los confundidos transeúntes, algunos de los cuales se han detenido a mirar. Después de pasar, Cristabel huele a humo y mira arriba para ver cenizas ardientes, trozos de papel quemado, que caen del cielo como la nieve.

La isla

Agosto de 1944

Cuando Cristabel llega al restaurante en el que ha quedado con Lieselotte, ella ya se está yendo.

—Si quiere cobrar casi mil francos por un camembert, debería asegurarse de que sus empleados tratan bien a los clientes —dice, levantando la voz, mientras le pasa a Cristabel su bolso, en el que se encuentra el perro—. Aguántamelo un momento mientras me arreglo. —Se detiene un instante para ponerse los guantes y ladear su sombrero, una estructura geométrica de color rojo muy vivo—. Lista. Vámonos. —Salen al bulevar Saint-Germain y recupera el bolso—. Nunca hay que quedarse en restaurantes que te decepcionan, Claudine. La vida es corta. —Rebusca debajo del perro y saca unas llaves y un sobre, que entrega a Cristabel—. Las llaves de tu nuevo hogar. La dirección está en el sobre, junto con algo de dinero y tus papeles nuevos. El apartamento estará libre esta noche, cuando hayan sacado a mi suegra. Tendré el placer de acompañarla hasta Aviñón, donde iremos con mi marido.

—¿Te vas?

—Sí. Mi suegra está furiosa por las molestias que causan los aliados, yo echo de menos a mi esposo y, en fin, los que tenemos nombres que suenan alemanes pronto no vamos a ser muy populares.

—Pero si tú trabajas para los americanos.

—Mucha gente dirá que trabaja para los americanos. Prefiero ahorrarme ese lío. ¿Sabes si hoy funciona el metro?

—No creo.

—Pues caminaré. Ahora nos despediremos. —Lieselotte se detiene en mitad de la acera y le da un beso en cada mejilla, y entonces,

inesperadamente, extiende una mano repleta de joyas y la posa en un lado de la cara de Cristabel. Coloca el pulgar bajo el cuello para empujarlo hacia arriba—. Así. Quédate así. —Y se da la vuelta y se va con elegancia por la calle de tres carriles, sus tacones resonando en el asfalto.

Cristabel la mira alejarse y después entra en una iglesia cercana, un oscuro edificio gótico con techo abovedado. Se sienta en una de las sillas de madera dispuestas para los feligreses, semioculta tras una columna de mármol, y abre el sobre.

Hay un rollo de dinero, que guarda en el interior de su blusa, unos nuevos documentos de identidad en los que dice que su profesión es directora teatral, y el broche con forma de caballo que Lieselotte llevaba a menudo, envuelto en una nota; unas pocas líneas escritas con letra elegante —*Si no lo quieres, véndelo, pero asegúrate de que te paguen un buen precio. Cuando vuelvas a abrir tu teatro, invítame*— junto a una dirección en la Île Saint-Louis.

Un párroco anciano aparece detrás de ella y le pregunta con educación si puede ayudarla.

—Creo que no —contesta ella—, pero gracias igualmente.

***

En mitad del Sena hay dos islas que parecen una ballena y su cría. A ambas se llega mediante puentes, y Cristabel cruza uno para alcanzar la más pequeña, la Île Saint-Louis, donde encuentra el edificio del apartamento de la suegra de Lieselotte en un estrecho callejón.

La entrada es una enorme puerta doble circular en lo alto, rodeada de piedra tallada, una *porte cochère* lo bastante grande como para que puedan pasar un carruaje y un caballo. Una de las llaves le permite abrir una puerta más pequeñita dentro de la mayor, que la lleva a un vestíbulo pasado el cuarto del conserje, y otra llave abre una puerta más, la del edificio principal, en que unas escaleras de madera con barandillas de hierro asciende en espiral. Dentro el aire es frío, funeral, amplifica el ruido de sus pasos.

Dos llaves más en otros tantos grandes candados abren la puerta del apartamento del cuarto piso, que tiene el olor a cera y terciopelo

del dinero viejo. Antiguos armarios de madera. Sillas de patas arqueadas cubiertas con tela bordada. Un dormitorio ahogado en adornos. Ventanas altas francesas —*portes-fenêtres*— que tiemblan ligeramente cuando las abre. Está cerca de lo más alto del edificio, y desde él se ven los tejados inclinados y más apartamentos de color crema al otro lado de la calle. Al abrir, inclinarse hacia fuera y mirar a la derecha, divisa los álamos de las orillas del Sena.

La parte trasera del piso da a un patio interior diminuto entre las de otros edificios. Parece que muchas casas en París son así: formales por delante y chismosas por detrás, en las que la ventana de la cocina da a otras ventanas de cocinas, fregaderos y sartenes, conductos de ventilación y discusiones. No hay electricidad, no hay luces que funcionen, y cuando abre el grifo de la cocina este no hace nada durante una eternidad y al final empieza a salir un chorrito de agua oxidada. Si el edificio es como un cuerpo, este es el de un anciano, lleno de achaques y toses. Pero le gusta. Nunca ha vivido en un lugar para ella sola. En sus anteriores estancias continentales se había alojado en aburridos hostales franceses con mademoiselle Aubert o en un albergue austríaco cuando iba a esquiar. En el internado de Suiza tuvo que compartir dormitorio con otras chicas que solo hablaban de bodas, y sus pocas estancias en hoteles las ha dedicado a leer en su habitación, evitando las áreas comunes. Ni siquiera en Chilcombe se sentía bienvenida del todo, más bien como alguien que resistía contra impedimentos cada vez mayores. Lleva su bolso al dormitorio. Deja *Madame Bovary* en la mesilla de noche.

Cuando va a encontrarse con Digby y cruza el puente que va de la isla al interior de la ciudad, tiene la sensación de estar pasando por el tembloroso tablón que va de un barco a tierra, con toda la emoción y el secretismo de una viajera intrépida.

***

Ya juntos, esconden las maletas de Digby bajo el suelo del apartamento abriendo las tiras de madera del suelo. Después, Cristabel gasta parte del dinero de Lieselotte en algunas de las pocas cosas que quedan en el colmado más cercano: ciruelas, macarrones, un taco de queso duro. En

los armaritos de la cocina encuentran varias latas de contenido diverso y tres cebollas secas, una botella polvorienta de brandi y unas velas casi gastadas del todo. Durante la primera noche, se sientan a la mesa pulida del comedor, con las ventanas altas abiertas a la noche.

—Por nuestro nuevo hogar. —Brinda Digby, alzando su vaso.

—Me parece que estos macarrones están totalmente crudos —dice Cristabel—. No sabía cuánto tiempo ponerlos.

—Jean-Marc siempre se ríe de mí porque no tengo ni idea de cocinar. No sabía ni cómo encender el horno.

Ella juguetea con la comida de su plato.

—Supongo que debería intentar comérmelos igualmente.

—Sobre lo de Montmartre —dice Digby al cabo de un momento— … estaba pensando que debe de haberte resultado extraño.

Ella niega con la cabeza.

—No hablemos de eso.

—Él no es la razón por la que me quedé, pero es una buena persona, Crista.

—Jean-Marc dice lo mismo de ti.

—¿Ah, sí? —Digby se ríe—. Bueno, pues estamos de acuerdo.

Ella lo mira.

—Me alegro. Lo que me sorprendió fue verte a ti.

—Y te enfadaste.

—Estaba totalmente furiosa.

Él le da vueltas a su vaso sobre la mesa.

—Sé que debe de parecer que lo estoy haciendo todo mal, pero no es así. Al contrario: por fin estoy haciendo las cosas bien. —A lo lejos oyen una explosión que los hace saltar a los dos en sus sillas—. Artillería. Se están acercando. ¿Hay alguna radio por aquí? Se supone que esta noche tiene que haber una hora de electricidad.

Buscan por el apartamento. Por fin dan con una en el dormitorio. La llevan al comedor e intentan sintonizarla, haciendo girar el dial en una y otra dirección.

—Debes de haber disfrutado trabajando en el teatro —dice ella mientras el aparato crepita.

—Lo adoraba. Estar en una compañía es como ser parte de una familia.

Cristabel siente el ligero dolor en esas palabras de forma parecida

al lejano fuego de artillería: algo remoto, amortiguado.

Él reconoce su expresión.

—No de esa forma, Crista. Me he imaginado muchas veces que tú y Floss estabais aquí. Que veníais a verme sobre el escenario.

Ella siente como si estuviera arrastrando algo, un cañón voluminoso y lento. Replica, aún sin desearlo:

—Así que tendríamos que haber venido hasta aquí para verte.

—Sí. —Digby asiente de forma amable—. Así es.

De la radio sale un pasaje de jazz rápido, y después el francés engolado de la BBC Radio Londres. El locutor habla con el lenguaje diplomático de alguien a quien han ordenado no revelar mucho, pero la situación suena prometedora. Los aliados están ganando terreno, los alemanes se retiran. Hay una breve mención a los jóvenes que esperan en casa, y Cristabel piensa en Flossie y Betty y Joyce, y en todas las mujeres que mantienen el fuerte en Chilcombe Mell. También estarán oyendo sus radios, haciendo una pausa en sus cocinas.

—Hablábamos mucho con Taras sobre los teatros de París —dice Digby mientras vuelve a llenar los vasos—. Nunca pensé que acabaría trabajando en uno de ellos.

—Hablábamos con Taras de dedicarnos a lo que nos pidiera el alma —replica ella—. Todo imaginaciones. Qué ridículos éramos.

—No digas eso. —Digby se inclina hacia delante en su silla—. ¿Sabes qué es lo que más me gusta de estar en el teatro? Es un edificio entero lleno de gente y equipamiento y máquinas complicadas manejadas por hombres grandes y fornidos, y toda su función es imaginaria. ¿No es maravilloso?

—Supongo que sí.

—Cuando estoy allí puedo hablar con la gente sobre los personajes, sobre qué significa actuar, sobre lo que quiera, y nadie se ríe o se burla de mí o me dice que tendría que dedicarme a algo más práctico. Puedo hablar con ellos como hablo contigo. —Saca un paquete de cigarrillos, encuentra uno a medio fumar y lo enciende—. ¿Sabías que en la escuela no querían que leyéramos ficción? Me confiscaron *El viento en los sauces*. Pedí otro y padre me regaló un bate de críquet. Me dijo que no perdiera el tiempo con historias. Me pidió que dejara el escenario. Me quitaron todo lo que me gustaba y nadie me explicó ni siquiera el porqué. —Exhala humo y continúa—: Supongo que a veces madre

sentía simpatía por mí. Venía de puntillas a mi habitación cuando estaba bebida, con un *vol au vent* de gambas envuelto en una servilleta y me decía: «Yo estaré en primera fila cada noche, querido. Serás el nuevo Olivier. ¿Se llama así? Su mujer es muy guapa». Pero al día siguiente lo había olvidado todo. —Cristabel sonríe ante la perfecta imitación de la madre de él, cómo consigue hacer que Rosalind sea a la vez tan realista y a la vez despierte más simpatías—. Sin ti y Floss yo hubiese estado perdido. Tú me ayudaste a resistir hasta que llegué aquí. No es una tontería. No es un sueño. Es posible.

—¿Cómo puedes estar seguro?

—Porque tú me hiciste estarlo. —Le coge la mano por encima de la mesa—. Siempre se lo digo a Jean. Mis padres no habrán sido muy lúcidos, pero tuve un magnífico ejemplo en el que inspirarme: la hermana más valiente y decidida.

—Ni hablar. He hecho cosas de las que no estoy nada orgullosa.

—No seas así. Tú puedes conseguir lo que sea. Eres nuestra intrépida líder.

—No lo soy, Digs. Ni siquiera era líder cuando formaba parte de un circuito. Era mensajera.

—Podrías haberlo sido. Estoy seguro de que eres lo bastante buena y más como para liderar un circuito.

—Puede ser, pero nunca lo sabremos. La Org no permite que las mujeres sean líderes de circuito.

—Pásate a los franceses. Que le den a Londres. Que les den a sus estúpidas reglas.

—¿A cuántos franceses conoces dispuestos a obedecer órdenes de una inglesa?

—No creo que les importara. Si fueras buena, y estoy seguro de que lo serías, ni se fijarían en que eres una mujer.

—Pero esa es la cuestión, ¿no? O se fijan en que soy una mujer y no quieren tenerme por eso, o tengo que rogar en que de alguna manera no se fijen. Sea como sea, yo quedo anulada.

—Creo que lo estás poniendo más complicado de lo que es —replica él.

—No estoy poniendo nada. Es así. La única razón por la que piensas que es complicado es porque nunca habías pensado en eso.

—Un momento. —Digby le suelta la mano—. Sé lo que es no

encajar. Un niño que prefiere los sonetos al rugby no siempre se lo pasa bien en la escuela.

—Al menos tú pudiste ir. —Cristabel suelta un suspiro—. Quizás estoy siendo injusta.

—No, lo siento, no quería ser tan susceptible. Sigue.

—Irónicamente, me resulta difícil hablar de esto, incluso contigo.

—¿Por qué?

—Es como si sintiera lástima de mí misma. No debería quejarme de lo que me ha tocado; debería dar las gracias por formar parte de ello. Pero así es el asunto, ¿no? Teníamos un instructor que decía que las mujeres son operadoras ideales de radio porque les encanta quedarse en casa todo el día. ¿Se lo discutí? No, porque no quería hacerme la difícil.

—Eso es comprensible. Todos intentan no llamar demasiado la atención.

—Y lo mismo con lo de mi huida a apuntarme a la Resistencia. Me hubiesen tomado como referente de por qué las mujeres no pueden encargarse de esa clase de trabajo.

Digby niega con la cabeza y apaga el cigarrillo.

—Eso no lo creo. Yo estoy seguro de que a mí no me ponen como ejemplo de que no deberían usar hombres en el terreno.

—Seguramente no, y eso demuestra lo que te estaba diciendo. Aunque quizá lo harían de saber lo tuyo con Jean-Marc.

—Eso no tiene nada que ver. Lo que siento sobre Londres y lo que siento por Jean son cosas totalmente diferentes.

—Ya lo sé, Digs. Lo que hagas después del trabajo, por así decirlo, es elección tuya.

Él hace una pausa.

—No es una elección, Crista. Es quien soy. —Ella lo mira—. Yo no buscaba nada de eso. Y creo que padre tampoco, ¿no? Lo de ser el señor de la casa.

—Creo que él odiaba serlo. No estoy segura de que vaya a volver nunca a Chilcombe.

—¿Y por qué iba a hacerlo? ¿Por qué insistimos en hacernos esas cosas a nosotros mismos? ¿Para conseguir qué? —Digby se ríe—. Yo creía ser un fracasado porque no encajaba. Vaya pérdida de tiempo. Allá no me espera ninguna clase de vida que me apetezca, Crista.

—Bueno, me alegro de que te hayas decidido.

—Pues no suenas muy contenta.

—Sueno muy susceptible, ¿verdad?

—Sí.

Ella extiende su mano, y Digby le pone el paquete de tabaco. Cristabel saca un cigarrillo torcido y lo enciende, sosteniéndolo cuidadosamente entre sus largos dedos mientras se traga el humo. Cuando vuelve a hablar hay duda en su tono:

—Supongo que eso me pone en un aprieto. Es decir, siempre supe que tú te irías a la universidad, pero también di por supuesto que regresarías. Pensé que lo demás no importaría porque siempre tendríamos nuestro teatro. Ahora resulta que tienes otro lugar adonde ir, y no sé lo que me queda a mí. Nunca me lo imaginé sin ti.

—Pero siempre has sido indomable, Crista. Siempre encontrarás la manera.

—¿La manera de qué? No encajo en ninguna parte. Será por eso que creé el teatro, ¿no te parece?

—Eso es justo lo que digo yo. No cabemos en sus moldes.

Ella le pasa lo que queda del cigarrillo.

—Cuando heredes Chilcombe, deberías dársela a Floss.

—Tuve que hacer testamento antes de que me trasladasen a Francia. Os la quedaréis tú y ella a partes iguales.

—A mí también me tocó hacerlo, pero no tenía nada que legar a nadie.

Los dos ríen. Fuera suena más fuego de artillería, y después la alarma de ataque aéreo.

Digby dice:

—Solo quiero escoger mi propia vida. ¿Tú no?

—No tengo ni idea de cómo se hace eso.

—No saberlo es, con mucho, la mejor opción.

***

Aquella noche hablan hasta tarde, y la siguiente también. Sobre la familia, sobre el teatro, sobre la guerra. Por la mañana, Digby sale al encuentro de sus colegas de la Resistencia. En ausencia de Lieselotte,

Cristabel no tiene un canal de comunicación con los americanos, pero Jean-Marc ha enviado a algunos hombres a que abandonen la ciudad en bicicleta para verse con las tropas aliadas que se acercan, así que ella decide esperar a que regresen y traigan noticias.

La ciudad brilla con la luz del sol de agosto. El éxodo de los alemanes se está acelerando: personal administrativo que se va en coches civiles requisados, camiones militares cargados de muebles. Cristabel va a cafeterías y se sienta cerca de los teléfonos públicos, en los que consigue oír fragmentos de conversaciones. Se mencionan nombres de lugares en susurros nerviosos. ¡Los aliados han llegado a Nogent-le-Rotrou!, ¡Ya casi están en Chartres! Se fija en un par de hombres de la Wehrmacht sentados impasibles en una mesa cercana e intenta imaginarse qué sienten. Las camareras les sirven con silencio despreciativo.

Por la noche, ella y Digby regresan a su base en la isla, donde cocinan platos desastrosos y hacen cigarrillos nuevos con los restos de los viejos. A ella le gusta acercarse un sillón a la ventana para observar los apartamentos de enfrente mientras oscurece, cada ventana iluminada con velas, como celdas de una colmena de abejas. Entonces las cortinas se cierran, el apagón cae sobre la ciudad y la Île de Saint-Louis ha de navegar en la oscuridad como un barco por el río.

—Baudelaire vivió en esta isla —dice Digby, que ha encontrado una historia de París en una estantería y la hojea tumbado en el sofá—. Y Chopin.

—A Flossie le gusta Chopin —replica Cristabel, y piensa en su hermana sentada al piano interpretando las secuencias circulares del compositor, como piedrecillas arrojadas al agua. Parece una escena de otro mundo. Al cabo de un momento continúa—: Digs, he estado pensando. Si reabro mi teatro, quiero hacer las cosas de forma diferente. Ver *Antígona* me ha hecho pensar en si podría coger una obra ya creada y contarla de una forma nueva.

—Sigue —la anima Digby, y deja su libro.

—Por ejemplo, *La tempestad*.

—¿Y cómo la harías?

—La convertiría en la historia de Calibán. Empezaría con su nacimiento. Con su madre, la bruja. A los niños les gustan las brujas.

—¿Sería una obra infantil?

—Puede que sí. Me la imagino en sombras chinescas.

—¿La madre de Calibán es una bruja? Nunca lo he interpretado así.

—A lo mejor eso solo son rumores. Quizá no lo sea en absoluto. Podría decirles a los niños que van a oír una historia secreta, una que nunca se ha contado.

—¡Sí! Eso me gusta. Yo haría la historia de Ariel. Cuando pienso en él, lo veo como una llama, como energía en movimiento.

—Podría interpretarlo un bailarín. Un bailarín con fuego.

—Los huesos de ballena como una cárcel a su alrededor.

—Sí. Perfecto. ¿No queda más brandi?

—Voy a investigar.

***

A veces los visita Jean-Marc. A Cristabel empieza a caerle bien. Tiene buena disposición, una dedicación muy concentrada. Su pelo rizado que da saltitos cuando camina, su rostro sincero tras las gafas. Digby le cuenta que a Jean-Marc le gusta hacer excursionismo por los Pirineos, y ella se lo imagina allá, con su mochila y sus botas, estudiando la dirección del viento. También observa su preocupación por Digby, su insistencia en que coma, en que duerma. Jean-Marc es el guía de montaña, piensa ella, y Digby las nubes altas que pasan por encima.

También hay momentos —cuando ellos creen que no les ve— en que los observa mirarse, en ocasiones con una intensidad que la hace sentirse culpable de presenciarla, otras con expresión de tranquila euforia; oraciones y oraciones atendidas.

De vez en cuando Jean-Marc lleva a otros *résistants* consigo, hombres y mujeres jóvenes, y percibe la fiera camaradería entre ellos, cómo raramente hablan sin posar una mano en el hombro del otro. Le recuerda a su equipo de Escocia y cuánto los echa de menos.

—La mayoría de los *résistants* están seguros de que van a morir —afirma Digby, tumbado una noche en el sofá. Están tomando un denso licor de melocotón que han encontrado al fondo de un armarito—. Resulta extraño oírlos hablar de eso, pero no se sienten infelices.

—No —responde ella, pensando en Antígona—. Tienen sus

creencias. —Aunque también recuerda que Antígona las perdió hacia el final, cuando la muerte de mártir que había estado deseando se convirtió en una acción física agotadora, una misión que llevar a cabo, como forzarse una misma a meterse en el mar.

Algunas noches, Digby se queda dormido en el sofá. Cristabel lo sabe sin necesidad de verlo por el cambio en su respiración. Se queda sentada y lo escucha, mientras en las calles que siguen el Sena los tanques alemanes marchan en fila bajo los árboles.

***

Una noche se despierta con un grito; la oscuridad de alguna manera le ha envuelto el rostro y le aprieta fuerte en la cara. Digby entra corriendo en la habitación, pregunta:

—¿Qué pasa?

Ella apenas consigue balbucir que ha tenido una pesadilla, de esas en las que no puedes respirar. No menciona el cuerpo que aparecía en su sueño, cómo le aplastaba el pecho, un inmenso peso muerto y húmedo que le echaba el oxígeno de los pulmones, con los ojos aún abiertos y rogando a Cristabel.

Digby le lleva un vaso de agua. Le cuenta que en el norte de África el viento del desierto a veces iba cargado de los gritos de soldados que tenían pesadillas. Se sienta con ella un rato, en silencio; después deja un cigarrillo y un encendedor en la mesilla de noche y se va a dormir de nuevo.

***

Una noche, en mitad de agosto, un niño llega corriendo con un mensaje de Jean-Marc en el que dice que puede tener novedades sobre Sophie o Antoine. Han sacado a más de mil prisioneros de Fresnes y los han metido en autobuses. Se rumorea que entre ellos hay agentes británicos, y que los están llevando por París camino de una estación de tren.

Cristabel baja las escaleras volando; solo se detiene para pasar

lentamente ante el viejo conserje, y después vuelve a correr hasta su bicicleta. Pedalea con furia por la ciudad, transitando por entre caóticas corrientes de coches y camiones alemanes, que parecen haberse multiplicado como hormigas de un día para otro. Algunos vehículos van llenos de soldados que regresan con los ojos en blanco del frente de Normandía, cubiertos en tierra de la batalla, aún sosteniendo sus armas.

Ve cómo se congregan multitudes en los cafés y frena ante uno para comprobar qué sucede. Dentro hay gente apiñada alrededor de una radio. La noticia es como un golpe repentino: los aliados han tomado tierra en el sur de Francia, los alemanes están en retirada por todo el país. En la ciudad, la policía se ha declarado en huelga y marcha por las calles en mangas de camisa. «Ya llega la libertad», grita un hombre, y la frase es recibida con vítores.

Cristabel vuelve a pedalear, oye disparos esporádicos que llegan desde los suburbios. Se dirige a la Gare de l'Est; probará primero allí, ya que es desde donde parten los trenes a Alemania. Al llegar a la estación, tira la bicicleta al suelo y corre dentro, solo para encontrarla vacía del todo. Una mujer que pasa corriendo ve su expresión desesperada, la agarra de un brazo y dice:

—¿Los prisioneros? He oído que están en Pantin.

La mujer salta a una moto que la espera y sale rugiendo. Pantin es otra estación, al noreste de la ciudad. Cristabel vuelve a su bicicleta y se fuerza por mantenerse en pie a los pedales, empujándolos una y otra vez.

Cuando llega por fin a Pantin, resoplando y cansada, se da cuenta de una situación de *impasse* indefinido. Un tren espera ante el andén, inmóvil al sol del crepúsculo. Está formado por una larga serie de vagones de ganado antiguos, cada uno vigilado por un soldado de las SS con una metralleta.

En el andén de al lado hay un grupo de oficiales nazis, uno de ellos con un portapapeles, y un montón de mujeres muy nerviosas que se aprietan contra una hilera de soldados que intentan devolverlas a su lugar. Hay algunos representantes de la Cruz Roja con bandas identificativas en los brazos, que también avanzan solo para ser empujados atrás.

Cristabel avanza hacia la multitud. Algunas de las mujeres tienen

notas en las manos, otras llevan paquetes de comida y botellas de agua. Ruegan a los guardas que las dejen pasar para alcanzar a quienes están en los vagones. Los guardas las ignoran. El calor que desprende la cantidad de cuerpos apiñados en el andén es asfixiante. Cristabel mira abajo y ve a un niño pequeño de la mano de su madre.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí? —le pregunta a ella.

—Desde el mediodía. —La mujer tiene los dientes apretados. El pelo sobre sus sienes está húmedo por el sudor.

Cristabel se mueve hasta colocarse detrás del niño, para protegerlo de los empujones de la multitud.

De vez en cuando permiten pasar a una mujer, que corre por todo el andén, golpeando en las puertas de los vagones de ganado, gritando el nombre de un hijo o una hija, un marido o un padre. Una respuesta a gritos desde dentro significa que los guardas abren brevemente las puertas de madera para que la mujer pueda depositar su paquete en unas manos. Cuando las puertas se abren, quienes esperan en el andén miran a los prisioneros que están hacinados en el interior. Aumentan los chillidos entre el gentío, una cacofonía de nombres, y los guardas reaccionan aún con mayor violencia, empujando atrás a las mujeres y disparando sus pistolas al aire.

Tras el vagón más cercano, Cristabel se fija en una niña de unos diez años, al lado de los candados de la puerta. Va vestida con elegancia, con un atuendo limpio y una chaqueta de punto, zapatos pulidos; está erguida del todo, igual que el guarda impasible de las SS junto a ella. La niña mira ocasionalmente hacia donde su madre, una joven que carga con un bebé, ruega a uno de los representantes de la Cruz Roja; pero más que nada mira arriba, hacia la mínima apertura en el techo del vagón, cubierta únicamente con una rejilla metálica. Cristabel ve el rostro de un hombre contra esta. Debe de estar subido a hombros de otros para alcanzarla. Él y la niña se miran fijamente. Él tiene las manos contra la rejilla, con los nudillos blancos por el esfuerzo.

Cristabel se pone de puntillas para observar a los oficiales nazis e intenta discernir quién está al mando, a quién dirigirse. No parece haber ninguna lógica en por qué dejan pasar a algunas de las mujeres, más bien es a capricho de alguno de ellos. Le pregunta a la mujer de al lado:

—¿Dejan bajarse a alguno del tren?

—He oído que los sueltan si puedes probar que están enfermos. Yo tengo una carta de nuestro médico. —Lleva un papel arrugado, lo sujeta muy fuerte.

Cristabel intenta ir hacia el frente de la multitud, pero otras mujeres se vuelven furiosas cuando intenta colarse por su lado. Su mente corre por todo el laberinto de posibles soluciones, llegando una vez tras otra a callejones sin salida. Piensa en intentar hacerle llegar un mensaje a Jean-Marc, proponer alguna especie de emboscada de la Resistencia, bloquear las vías más adelante, pero no sabe ni dónde está él ni qué ruta va a seguir el tren. Además, sospecha que no habría la suficiente gente disponible como para intentar atacarlo, tan bien vigilado. No tiene nada que pueda darles a Sophie o a Antoine. Ni comida ni agua. Descarta su mejor idea —intentar acercarse a los oficiales y sobornarlos con un discreto fajo de billetes— cuando otra mujer prueba a hacer lo mismo y uno de los guardas la hace irse a punta de pistola.

Todos los gritos con los que apela a los oficiales se demuestran inútiles. Intenta alegar que Sophie está embarazada, que Antoine padece una enfermedad contagiosa, pero no obtiene respuesta. Ni siquiera se le ocurre ninguna razón para quedarse allí, pero tampoco puede marcharse. A medida que pasan las horas, los gritos de las mujeres se vuelven menos coherentes; ya no lo hacen con la esperanza de que les respondan sino porque no tienen nada más que hacer.

***

El cielo está oscureciendo y las mujeres se apoyan unas en otras, agotadas, cuando hay un repentino *clanc* y un silbido y, con un empujón enfermizo, el motor se pone en marcha y el tren empieza a moverse lentamente. Las mujeres del andén gritan, se oyen exclamaciones amortiguadas desde dentro de los vagones. El gentío, presa del pánico, empuja más; siguen el movimiento de la máquina, con los guardas gritando también detrás de ellas.

Cristabel espera un segundo a ver si suenan disparos. Cuando no es así, respira hondo, se abre paso con los hombros y echa a correr,

mirando de reojo a los de la SS mientras pasa. La locomotora ya ha salido de la estación, el primer vagón también, pero ella da zancadas aún más largas y llega a la punta del andén a tiempo de golpear en el lateral del segundo vagón.

—¡Sophie! —grita—. ¡Antoine! ¡Sophie!

Ve manos que agarran los barrotes y sacan pequeñas notas. Oye cómo dentro algunos cantan *La Marsellesa*. Otros, para ayudarla, también llaman a Sophie y Antoine. Pasa un vagón, después otro. Ella golpea en los laterales de madera de todos, grita, clama, frenética, furiosa con las otras mujeres del andén que siguen haciendo ruido y ahogando el suyo. Cuando pasa el penúltimo vagón, oye un clamor dentro y ve dos manos delgadas contra los barrotes y una cara pálida y demacrada. Sophie.

—¿Adónde nos llevan? —pregunta, su voz débil.

—No lo sé. Lo averiguaremos —contesta Cristabel.

El tren se está moviendo más rápido, y Sophie se cae y suelta los barrotes con un traqueteo del convoy. Vuelve a aparecer.

—Asegúrate de que mi hijo esté bien. Cuéntale solo las partes buenas.

—Lo haré, lo haré. No digas eso —exclama Cristabel. Ahora está justo en el borde del andén y se ve obligada a detenerse mientras el tren se aleja sin ella—. ¡No digas eso! —repite.

Ve una mano pequeña que la saluda por entre los barrotes, múltiples voces que gritan mensajes que no consigue distinguir, y entonces suena el silbato del tren y abandona del todo la estación, alejándose lentamente y doblando una curva. Oye a un guarda de las SS que le ruge órdenes mientras contempla la desaparición del tren. Decide que va a quedarse mirando hasta el último segundo aunque eso signifique que le disparen. No van a moverla de ese punto. Se yergue para estar bien recta cuando la alcancen las balas. El guarda vuelve a gritar, se acerca.

Entonces ella recuerda las notas que le han tirado desde los vagones y que están en el suelo, a sus pies, y sea lo que sea lo que la hace tan rígida y desafecta se rompe en su interior. Suelta un insulto, otro insulto y otro insulto más, escupiendo las palabras con vehemencia hacia las vías y el tren desaparecido. Después se da la vuelta y levanta las manos para que el guarda sepa que va a

obedecerle.

Tras él, Cristabel observa cómo el grupo de mujeres se disgrega, están desesperadas, unas corren a las salidas y otras se hunden en el suelo. Recoge tantas notas como puede y regresa rápidamente a la estación, pasando junto a la niña del vestido elegante, que sigue en pie al borde del andén.

***

De vuelta en la isla, sube las escaleras corriendo hasta el apartamento, donde se encuentra con una escena industriosa a pesar de que se está haciendo tarde. Jean-Marc y Digby hacen pilas de pósteres para que unos voluntarios los peguen por toda la ciudad; un grupo de adolescentes espera a la puerta, cada uno con una bolsa.

—Hay un tren —dice sin apenas aliento— que acaba de salir de Pantin. Lleva a los prisioneros de Fresnes. ¿Podemos detenerlo?

Jean-Marc la mira.

—Podemos intentar hacerles llegar un mensaje a los americanos, pero en estos momentos es difícil contactar con nadie. —Se vuelve y da instrucciones rápidas a los chicos mientras les entrega una pila de pósteres a cada uno.

—¿Y qué hay de la Cruz Roja? —propone ella—. ¿Podemos hablar con ellos?

—Puedes intentarlo. —Se lleva al hombro su propia bolsa y posa una mano en el hombro de Cristabel—. Cuanto antes acabemos con esta guerra, más posibilidades tendrán. —Le da un par de besos rápidos en las mejillas a Digby y sigue a los voluntarios para adentrarse en la noche.

Digby lo mira alejarse desde la ventana.

—¿Adónde se los estarán llevando? —pregunta ella—. Los prisioneros, digo. No entiendo qué hacen con ellos. La mayoría de los alemanes quieren irse lo antes posible, no molestarse con ellos.

—Nosotros podemos pensar que están perdiendo, pero ellos no lo ven así. No todos. Seguirán sus órdenes: transportar a los enemigos de Alemania a los campos.

—¿Campos? ¿Campos de prisioneros de guerra?

—Tenemos información que sugiere que no son campos de prisioneros. No como los entendemos nosotros. Esperemos que los aliados lleguen primero. Siéntate, te traeré un trago.

Ella se hunde en un sillón con su ropa empapada en sudor. Siente por vez primera el dolor en las piernas, los pies hinchados. Se quita los zapatos. Acepta la bebida de Digby. Él apaga las velas para poder abrir las cortinas y dejar que entre el aire nocturno.

Se quedan un rato sentados en silencio.

—Ya sabes que siempre que quieras puedes hablar conmigo —comenta él, una voz en la oscuridad—. De lo que sea.

—Ahora tenemos un teléfono en casa, así que igual lo hago.

—Adónde iremos a parar. —Cristabel lo oye sonreír.

***

Durante la última hora antes del toque de queda caminan por la isla, confiando en encontrar a alguien que les venda unos cuantos cigarrillos. Unos escalones llevan a aceras de adoquín que siguen la orilla, donde se congregan quienes desean estar más cerca del oscuro río. Pescadores. Borrachos. Fugitivos. Los que son capaces de convencerse de buscar una habitación donde pasar la noche y los que estarán bajo las olas antes del amanecer; la isla seguirá navegando sin estos últimos, con los largos hilos de las cañas de pescar clavados a los costados de esta como arpones.

Agosto

Agosto de 1944

Agosto, París, 1944. Un clima magnífico. Los aliados se acercan desde el este y el sur. Por la tarde, disparos en las calles, que atraviesan el calor como en la caza del urogallo. Cristabel pedalea por la ciudad, las avenidas brillan al sol; hace de mensajera para Jean-Marc.

Lleva las notas que le lanzaron desde el tren en Pantin, las entrega a sus destinatarios si puede. Tiene que abrirlas para saber los nombres y las direcciones, pero intenta no leer el contenido. Por las pocas palabras que distingue —*Adiós, mi amor. Besos a las niñas*— parece que los trasladados no esperan regresar de adonde sea que vayan. Le parte el corazón cada vez que piensa en ello y se imagina al fiero Antoine y la incontenible Sophie atrapados y conducidos lejos.

Cada pocas manzanas se encuentra con grupos de parisinos que construyen barricadas. Los habitantes de la ciudad han comenzado a apilar todo lo que encuentran: carritos de la compra, señales de tráfico, camas viejas, bancos de los parques. Hay un ambiente festivo y comunal, como si estuvieran montando hogueras. Hasta arrancan adoquines de sus propias calles.

Gran parte de esa actividad es supervisada por jóvenes como Jean-Marc y sus amigos, con el pelo hacia atrás y arremangados como gánsteres de película, jugueteando con granadas entre sus bronceados dedos. Fuerzas irregulares, observados por los niños, ya *fêted* e inmortales. Un ejército civil de guerrilla que se ha materializado de entre las sombras, con bandas en los brazos que dicen FFI: *Forces Françaises de l'Intérieur*. Sus pósteres prometen que en la batalla por liberar París todo el mundo va a tener la ocasión de acabar con un huno. Los tanques de los hunos se colocan en posición, dispuestos a

demostrarles que se equivocan.

Hay calles vacías ocupadas solo por balas que vuelan mientras los dos bandos se pegan tiros al azar y se esconden, ninguno de ellos entregado aún del todo a la labor. Otras están repletas de alemanes, que siguen abandonando la ciudad en un caos de diferentes vehículos; unos van alegres y borrachos, otros pegan tiros a los transeúntes. Los parisinos agitan cepillos de váter a los convoyes que pasan, cuelgan de los balcones banderas francesas cosidas a mano. En los jardines públicos hay soldados con barba de varios días durmiendo bajo estatuas. En los despachos de diplomáticos y oficiales, tensas conversaciones telefónicas a todas horas.

Es como un carnaval, con toda su energía y su peligro. Antes no pasaba nada y ahora puede pasar cualquier cosa. Todo acaba y empieza a la vez. Es todo lo que deseaban.

***

Por la mañana temprano. Antes de que salga el sol. Digby la agita para despertarla, le indica con un gesto que vaya hacia la ventana. Cristabel contempla la ciudad, sus tejados de zinc con puntos de chimeneas de terracota y palomas arrulladoras, el suave nuevo cielo.

Mira a la estrecha calle y ve, apiñados en las entradas, grupos de gente con bandas en los brazos y armas en las manos. Uno mira su reloj. Otros se asoman y lo miran a él. Por fin, el hombre del reloj asiente y echa a correr, sus pisadas resuenan en la calle llena de persianas cerradas. Los demás lo siguen. Aparecen más y más desde los portales, como niños que abandonan sus hogares para seguir al flautista de Hamelín.

Al volverse, Cristabel ve que Digby se está poniendo un cinto del FFI sobre la camisa. Ha cogido su pistola de debajo del listón del suelo. Se aparta el pelo de los ojos y mira a su hermana.

—Nunca te había visto con una pistola —dice ella.

—Usé bastante una en el ejército, así que confío en no hacer mucho el ridículo. Vamos a la Île de la Cité a ocupar la comisaría central. La liberación empieza hoy.

—¿Tienes una para mí?

—¿Una pistola?

—Sí, Dig. A mí también me entrenaron, ¿sabes? Era la mejor tiradora de mi clase.

—¿Estás segura?

Ella se pone en jarras.

—¿Crees que me apunté a la Org para quedarme sentada en un apartamento?

—No —responde él, concediéndole la argumentación—. Es solo que no quiero que acabes herida. Pero mira, en cuanto vea cómo están las cosas me pondré en contacto contigo. Enviaré a alguien a por ti. Con una pistola.

—Asegúrate de hacerlo.

Él la abraza fuerte y sonríe.

—Te lo prometo. De verdad. Lucharemos juntos en las barricadas. —Y sale del apartamento. Lo oye bajar las escaleras ruidosamente, de dos en dos peldaños.

—Intenta no llamar la atención —le dice ella a la habitación vacía.

***

Espera en el apartamento, para pasar el tiempo intenta acabar *Madame Bovary*, pero la protagonista parece aún más constreñida que ella misma, lo que aumenta la impaciencia de Cristabel. Durante todo el día oye tiros, como si fueran fuegos artificiales. A veces mira por la ventana, solo para ver a gente en los edificios de enfrente que también mira por sus ventanas, con los brazos cruzados. Abajo la calle está vacía, aunque de cuando en cuando pasa alguien corriendo como si lo persiguieran. Más allá ve columnas de humo que se elevan en diferentes zonas de París, pero no tiene ni idea de qué significan. Gestos esporádicos que no pueden ser interpretados.

Hacia el final de la tarde la espera es casi insoportable. Entonces oye la combinación secreta de golpes en la puerta que anuncia a Jean-Marc. Lo hace pasar rápidamente. Está húmedo de sudor, carga con una gran bolsa, pero está sonriente, exultante.

—Hemos tomado el control de la *Préfecture* de la policía —dice entre jadeos—, pero necesitamos refuerzos. Munición, agua.

—¿Me ha encontrado Denis un arma? —pregunta ella.

Jean-Marc saca una pistola de la cintura.

—De Denis para ti. Una Luger recuperada del cadáver de un oficial alemán hace menos de una hora.

Cuando la agarra, la empuñadura aún está caliente por el estómago de él. Por un segundo Cristabel se imagina que es el calor del alemán muerto y siente unas leves náuseas. Respira hondo y se concentra en el arma que tiene en su palma abierta, nota su peso. Hace meses que no coge una, pero durante la formación siempre se había tomado un momento para acostumbrarse a ella, igual que le ofrecería la mano a un perro desconocido para que la oliera.

Jean-Marc abre su bolsa y deja al descubierto varias cajas que contienen rondas de munición y un montón de botellas de vino vacías.

—¿Puedes ayudarme a llenarlas?

Cristabel se lleva la pistola a la cintura y va a la cocina, donde Digby y ella han acumulado agua en cacerolas. Llena las botellas, vuelve a ponerles el corcho y se las pasa a Jean-Marc, que las devuelve a la bolsa. Añaden sábanas para proteger las botellas antes de que él vuelva a levantarla, temblando por su ruidoso peso.

—No puedes llevar todo eso tú solo —le dice ella—. Voy a buscar otra bolsa.

Coge su propia mochila y se distribuyen la munición y el agua.

—¿Lista? —pregunta él mientras Cristabel se lleva la mochila al hombro.

—Lista.

***

Salen juntos al sol y van desde la Île Saint-Louis hasta el puente que lleva a la Île de la Cité, mucho más grande, donde la gran *Préfecture* de la policía se encuentra en una plaza abierta frente a la catedral de Notre-Dame. Cristabel se ha cogido del brazo de Jean-Marc, como si fuesen pareja.

—Si nos paran, decimos que nuestra casa ha recibido daños en la lucha y que vamos a quedarnos con mis padres —le susurra ella mientras caminan.

Cuando llegan a la Île de la Cité hacen una pausa a la sombra del toldo de una cafetería vacía. Las calles están desiertas, aunque hay unos cuantos *résistants* que pedalean furiosamente hacia el escenario del levantamiento, con las armas colgadas del cuello, seguidos por un fotógrafo que corre cámara en mano. Desde la *Préfecture* le llegan cantos de *La Marsellesa*. ¿Por qué cantan, se pregunta, si aún no han ganado la batalla? Pero ya asoman banderas tricolores de la ventana, el rojo, el blanco y el azul ondeando al viento.

Jean-Marc la conduce con cuidado por el borde de la isla hasta un lugar desde el que ven en la distancia uno de los otros puentes que conducen a esta. Se está llenando de alemanes, soldados que desfilan y vehículos armados, todos dirigiéndose hacia la *Préfecture*. A Cristabel se le cierra el corazón un momento, teme que rodeen a los *résistants* cantantes, pero entonces ve los *flashes* de disparos defensivos que salen de los parapetos que rodean el río, el ensordecedor ruido de armas Sten manejadas por combatientes del FFI, y ve cómo los alemanes se echan al suelo.

Jean-Marc y ella avanzan rápidamente por un callejón que da a Notre-Dame. Aminoran la marcha al llegar al final, y se colocan junto al último edificio para mirar en la plaza. A su izquierda está la catedral, que se eleva sobre una enorme cantidad de sacos de arena que protegen las entradas principales; y a la derecha está la *Préfecture* de la policía.

Cristabel distingue siluetas en las ventanas, los perfiles alargados de rifles que apuntan abajo, a un tanque alemán que está en el centro de la plaza, inmóvil como un sapo. Oye el ruido de balas contra el cuerpo metálico de la bestia, una sucesión de *pings* inútiles, y por fin el tanque devuelve el fuego, un *buuum* ensordecedor y una enorme columna de humo que se eleva desde la *Préfecture*. Oye piedras que caen, una alarma que suena, voces que gritan. Aparecen llamas que parpadean en las ventanas.

Jean-Marc va a salir a la plaza justo cuando aparece una moto alemana a toda velocidad. «Atrás», sisea Cristabel, y el joven vuelve a ponerse a salvo. Al cabo de un momento vuelven a intentarlo, agachando las cabezas y pegándose a un lado de la pared, donde los protege una hilera de árboles. Avanzan a tramos cortos, protegiéndose en un estrecho portal cuando les llega una ráfaga de disparos desde la

Préfecture, balas que pasan por su lado persiguiendo un coche blindado alemán que aparece brevemente en la plaza y enseguida se esfuma.

Desde una punta a la otra de la plaza hay menos de noventa metros de distancia, pero a Cristabel y Jean-Marc les lleva veinte minutos recorrerla. Por fin, llegan ante la *Préfecture*, de donde sale humo por las ventanas. Ahora solo tienen que cruzar una calle y meterse en el gran arco que da a la entrada. Jean-Marc detiene a Cristabel y le dice:

—Vayamos de uno en uno. Yo primero y te cubro. —Agarra fuerte la bolsa, se saca la pistola del cinturón y echa a correr, con el arma por delante.

En ese momento sale de una esquina un rugiente camión alemán con un soldado subido a un estribo y que dispara en todas las direcciones. Jean-Marc grita y cae, suelta la pistola, su bolsa se estrella contra el pavimento. Se oyen gritos desde el interior de la *Préfecture*, los frenos del camión chirrían mientras este entra en la plaza, los tiros rebotan en los edificios. Jean-Marc yace en mitad de la calle, agarrándose un costado; Cristabel sigue acurrucada en el portal donde se separaron.

De la *Préfecture* salen dos camilleros que agitan una pequeña bandera blanca. Empiezan a ir hacia Jean-Marc, pero tienen que volver corriendo a cubierto cuando el camión da la vuelta y se dirige hacia ellos a toda velocidad. El soldado alemán sigue sobre el estribo, disparando sin parar. Se eleva un humo negro por la calle. Jean-Marc intenta levantarse. Está a cinco metros, nueve como máximo. Cristabel puede alcanzarlo, arrastrarlo a salvo.

Mientras corre hacia Jean-Marc oye cómo las balas dan en las farolas de hierro. Se arrodilla al lado de él, cubre su cuerpo con el de ella. Apunta su pistola al camión en movimiento y dispara al soldado del estribo una, dos veces, hasta que cae del vehículo, y después al conductor a través de la ventanilla; el vehículo acaba chocando contra un árbol.

Oye el silbido de las balas que le pasan muy cerca, que hacen saltar chispas de los adoquines junto a ella. Se incorpora a medias y se da la vuelta, mira por entre el humo intentando ver de dónde vienen. Alguien corre hacia ella, mirando hacia arriba, y al alcanzarla le da un empujón para protegerla mientras empieza a disparar. Ella se da cuenta, demasiado tarde, de que en el tejado de la catedral hay

francotiradores. Ve una silueta oscura contra el cielo, oye un disparo de rifle, después otro, después silencio, una bandada de palomas sale volando de repente.

Tiene que estar herida, piensa, porque Digby la abraza muy fuerte.

—¿Me han dado? —pregunta.

Su hermano está inclinado sobre ella y la arrastra por la calle. Él tose y su tos es un sonido húmedo y ahogado, y cuando Cristabel lleva una mano a su espalda, tiene la camisa empapada. Ve a uno de los camilleros, un hombre con un casco metálico que porta una cruz blanca pintada, corriendo hacia ellos. Le agarra las manos y las aprieta contra la espalda de Digby, después se vuelve y le hace una señal a una mujer, que corre también hacia ellos cargando con la camilla. Primero recogen a Jean-Marc y luego vuelven a por Digby. Cristabel nota que ya no hay disparos desde la catedral. Digby debe de haberles dado.

—Lo conseguiste —le dice mientras se lo llevan en la camilla, entre sacudidas.

Él la mira y sonríe.

***

Uno de los edificios grandes en los límites de la plaza es un hospital. Han trasladado a todos los pacientes y al personal al sótano para protegerlos de la lucha del exterior. No hay luces, por lo que algunas de las enfermeras llevan linternas. Hay más o menos una docena de heridos, civiles y combatientes del FFI, en camillas de ruedas apiladas en pasillos oscuros o en camas improvisadas en el suelo, y cada vez llegan más, con los camilleros subiendo y bajando trabajosamente los altos escalones.

Han dejado a Jean-Marc en el suelo, con una enfermera arrodillada junto a él. Sigue consciente, gime de dolor. A Cristabel la han llevado a un lado, en un rincón, mientras gente con uniformes médicos se apiñan alrededor del cuerpo de su hermano, al que han colocado en una camilla metálica. Cristabel puede ver cómo él agita las piernas hasta que un doctor le pone una inyección y se quedan quietas. Desde fuera llega la sirena de un camión de bomberos.

Ve que un doctor posa una mano en el brazo de Digby, después le

dice algo a una enfermera y empieza a irse por el pasillo. Cristabel corre tras él y le pregunta:

—¿Va a ponerse bien, doctor?

Él se vuelve. Es un hombre de unos sesenta años con el pelo gris y expresión agitada.

—Le hemos dado morfina para que esté más cómodo.

—Ah, bien.

—Pero eso es todo lo que puedo hacer.

—¿Qué quiere decir?

—No me han dejado nada. Lo siento. Voy a pedir una silla para usted. —Posa una mano en el hombro de ella y se dirige a la siguiente cama.

Ella lo sigue.

—Tiene que haber algo que usted pueda hacer.

—El disparo le ha atravesado los pulmones. Su única posibilidad sería una operación, pero no tengo equipo ni anestesia; no tengo nada. Los alemanes se lo han llevado todo.

Se oye una fuerte explosión fuera y el ruido de cristales rotos en la planta de arriba. Todo el personal médico se echa al suelo.

—¿Qué necesita? —pregunta Cristabel, arrastrándose hasta el médico—. Lo encontraré.

—Yo de usted me quedaría con él. —El doctor se pone en pie con cuidado—. Puede que no le quede mucho tiempo. Por favor. Tengo que trabajar.

***

Cristabel se levanta, se queda quieta un momento y vuelve con Digby. Él aún tiene los ojos abiertos, su respiración a base de bocanadas entrecortadas y entre toses. Ella se siente en cierto modo culpable y está al borde del pánico porque sabe lo que el doctor le ha dicho y Digby no. Nunca le ha gustado ocultarle cosas. Va hacia él y le alisa el pelo con una mano. Está pálido. Su frente está húmeda de sudor. Se da cuenta de que la reconoce. Él intenta hablar, pero apenas consigue pronunciar su nombre y después el de Jean.

—Jean está bien —le dice ella—. Lo están tratando.

Se sienta en la silla de madera que acaban de dejarle. Sabe que, en las películas, quienes están junto al paciente acostumbran a recomendarle que no intente hablar, pero tiene la fuerte sensación de que él sí necesita hacerlo. Le dice:

—No vi al francotirador. Lo siento.

Digby niega con la cabeza y tose, y la tos está llena de sangre densa. Traga con dificultad, intenta inspirar aire por la boca. Cuando vuelve a mirarla parece estar más lejos. Se le cierran los párpados.

—No te vayas a ninguna parte, Digs —le dice—. Estoy aquí. Voy a quedarme contigo.

Él vuelve a abrir los ojos. Ahí está: su mirada de siempre.

—No lo dudo —consigue contestar, y entonces más toses que lo hacen agitarse todo, más saliva manchada de sangre. Se le cierran los ojos una vez más y la cabeza le queda apuntando al pecho.

Cristabel se queda sentada en el oscuro sótano, donde las enfermeras corren de un lado para otro mientras fuera resuenan las armas, y observa a su hermano. Parece como si él hubiera iniciado un viaje hacia dentro de sí mismo para dedicarse a una lucha que no la incluye a ella. Desde su silla, esa lucha parece extrañamente ordinaria. Es solo un hombre en una cama intentando respirar, su pecho elevándose y descendiendo a espasmos, a pequeños tramos. Cristabel mira a su alrededor para encontrar algo que rompa con la monotonía, algún objeto de atrezo. No tiene ni siquiera un pañuelo. No puede ir a buscar uno. Eso es todo lo que tiene ahora.

Los ojos de él se entreabren una vez más y la miran hasta volver a cerrarse y quedarse cerrados. Empieza a respirar con más lentitud. Ella está clavada a la silla, presa de una doble agonía, deseando a la vez que todo esto acabe y que no acabe nunca. Lo que sucede en la realidad parece del todo irreal, piensa. Es algo que está detrás de ella, gigantesco e irreal e insoportable. No puede verlo, no puede mirarlo.

(Pero, si lo hiciese, ¿qué vería? Si pudiese mirar a su sentimiento de pérdida a la cara, ¿qué forma tendría? ¿De qué color sería? Azul luminoso. Azul cielo. Azul esperanza. Un amor inmenso como el cielo. Y cuán brillante y fiero. Cuán imposible de apagar. Pensar que ese sentimiento pueda desaparecer le provoca ganas de gritar. Es su hermano. Es alguien a quien dio a luz ella a base de desearlo. Está dentro de ella y fuera de ella. Y dejaría de lado todo lo que ha tenido en

su vida sin pensarlo por estar ella en la camilla, por estar luchando en su lugar. Hasta renunciaría a haberlo conocido por evitar...).

Se niega a pensar en las palabras. No va a pensar palabras que sugieran un final. No va a mirar atrás y no va a mirar la camisa de él, empapada en sangre, ni a oír cómo esta gotea en el suelo de cemento. Va a mantener la calma. Va a quedarse con él.

Le coge una mano, entrelaza los dedos con los de él y pronuncia su nombre. Le pregunta si recuerda cuando subían al tejado, y la boca de él se pone tensa. Le dice que cuando era pequeño ella le contaba historias hasta que se iba a dormir, y siente por respuesta una mínima presión en su mano. Le cuenta la historia de la niña que deseaba tener un hermano y el hermano que acudió a ella, al que todos querían tanto, y el teatro que montaron, y las aventuras que vivieron, y sigue contándole esa historia aunque la historia conduce al punto en el que ella se encuentra ahora, con el hermano frente a ella, el hermano que sueña profundamente, su bello rostro tan pacífico que casi hasta podría creerse que está durmiendo si no fuera porque sabe que se está yendo a un lugar tan lejano que nunca sería capaz de volver y si no fuera porque ve que su pecho ha dejado de moverse y ha...

Y así ha...

Pero quizá nada acaba si una no deja de contarlo. Quizá si sigue cogiéndolo de la mano y continúa con la historia entonces no habrá final. Apoya la cabeza junto a la de él en la camilla. Mueve la boca para contar su historia, aunque parece que no le sale ningún sonido. Se queda allí. Aunque haya un pequeño lío porque una enfermera acude e intenta cubrirlo con una sábana, ella se queda allí.

Aparece un conserje con un lápiz y una etiqueta en la mano, y pregunta:

—¿Cómo se llama?

—Denis —responde ella sin moverse—. Está en la Resistencia. Si intentas colgarle una etiqueta, te mato.

El conserje se va. Una enfermera que ha estado fregando el suelo cerca va hacia la cama y dice:

—Denis. Un héroe de Francia. —Cristabel asiente—. ¿Tienes algún lugar al que puedas ir, querida? ¿Tienes familia cerca? —Es una mujer de mediana edad y del norte de África, con ojos oscuros y el pelo negro recogido bajo su gorro de enfermera. Parece cansada pero su voz

es firme, cortés. Habla en francés con un ligero acento.

—No —contesta Cristabel—. Mi familia es él. Este es mi lugar.

La enfermera parece pensativa.

—He oído que no quieres que lo cubran.

Cristabel niega con la cabeza.

—No.

—Entiendo. —La enfermera se queda mirando a Digby, y al cabo de un momento se va. Un poco más tarde regresa con una jarra, un bol y varias tiras cortadas de tela. Se ocupa de esas cosas de forma tranquila y metódica, echa agua en el bol—. En mi familia bañamos a los muertos antes de cubrirlos. Entre todos los preparamos. —Humedece una de las tiras en el agua y se la pasa a Cristabel—. Quizá tú puedas ayudarme a hacerlo.

Cristabel sostiene la tela y observa cómo la enfermera empieza a limpiar suavemente la sangre de la mano de Digby, dándole la vuelta para lavar la palma, las líneas de la mano, los dedos, los espacios entre los dedos.

—Tiene unas manos bonitas —comenta.

Cristabel suelta la mano y la levanta hacia la enfermera para que también pueda lavarla. Entonces empieza a limpiar con su trozo de tela la suciedad de la cara de su hermano. Las manchas saladas en su frente. La tierra de las mejillas.

Contempla cómo la enfermera saca unas tijeras del mandil y corta la camisa manchada en sangre de Digby, levantándole el cuerpo un poco, con mucho cuidado, para quitársela. Cristabel se pone en pie para ayudarla mientras la enfermera le cubre con vendas las heridas de la espalda. Juntas le limpian el pecho y el estómago, el cuello y los brazos.

De alguna forma la tarea calma a Cristabel.

Cuando acaban, la enfermera dice:

—Ahora tenemos que darle privacidad. ¿Puedes hacerlo? ¿Por él? —Tiene una sábana blanca en la mano y se la ofrece.

Cristabel asiente.

—Puedo —responde, y coge la tela.

***

Cuando Jean-Marc los encuentra aquella noche, Cristabel está sentada en el suelo de cemento del sótano junto a una camilla con el cuerpo amortajado de Digby. Ella tiene un brazo levantado para poder seguir cogiéndole de la mano.

Lo que queda

Septiembre de 1944

Cuando Flossie ve al chico de los telegramas con su bonita gorra entrando lentamente en los terrenos con su bicicleta, sabe al instante lo que ha pasado. Solo tiene que esperar un momento para saber cuál de los dos ha sido. Siente lástima por el chico, al que los del pueblo llaman «Ángel de la Muerte», así que cuando le entrega el mensaje se asegura de darle las gracias educadamente. Él parece avergonzado.

Flossie lleva el papel a la cocina sin mirarlo, y lo deja boca abajo sobre la mesa. Sigue sentada allí cuando entra el señor Brewer, una hora más tarde. Siente como si tuviera una bomba en su propia casa. Una bomba muy lisa. Al verla, también el señor Brewer sabe enseguida lo que es.

—¿Quiere que vaya a buscar a Betty?

—No. Pronto voy a abrirlo.

Él asiente.

—¿Desea que me vaya?

—No. Quédese. Por favor.

Le da miedo que cuando lo lea ella misma estallará en pedazos de forma irreversible. Tamborilea los dedos en la mesa. Desearía que estuviesen con ella para ayudarla. Uno de ellos o los dos.

—Tengo que ser valiente —se dice, y tira del telegrama hacia ella. Es un objeto muy frágil. Le da la vuelta y las palabras saltan entremezcladas, de forma que tiene que leerlo de nuevo.

Lamentándolo mucho.

Caído en combate.

Digby.

Cuando el señor Brewer le pregunta qué dice alguien responde,

pero no es Flossie porque ya no está allí.

***

El dolor se lleva a Flossie. Se la lleva durante días y días. La agarra, la envuelve tan fuerte que ella no está segura de que exista nada más allá de los brazos con los que se rodea a sí misma, de la bola en que se ha convertido. A veces, tiembla con un llanto seco, pero no tiene lágrimas. Es pequeña y resistente como una violeta, apenas un cascarón vacío que conduce a su dolor de un lugar a otro, encogida como alguien muy tacaño.

Así pasa los días, o los días pasan por ella. No se mueve a menudo. Observa las hierbas que se multiplican en su jardín pero parece incapaz de hacer nada al respecto. Se sienta en la playa y observa cómo las olas llegan dando golpes y después se retiran, dejando una espuma de mar que parece salir de las piedrecillas, que desaparece en los resquicios entre ellas como luces minúsculas que se apagan.

Permanece en ese estado desvanecido durante más de dos semanas, seguida por el gato Toto, que se tumba a su lado cuando la ve acurrucada en la cama. Betty le deja sándwiches de carne picada en la mesilla de noche. Flossie los ignora hasta que desaparecen. El señor Brewer entra con una hoja de papel y le pide que compruebe el texto de la necrológica para los periódicos; ella cierra los ojos y asiente a ciegas.

***

Un día, Flossie abre los ojos y descubre a Maudie sentada en la cama, sosteniendo una pila de correo.

—Han llegado todas estas. Debería leerlas. —Lleva su uniforme de voluntaria: un mono oscuro con botas duras de goma.

Flossie niega con la cabeza.

—No, gracias, Maudie.

Maudie abre la primera carta y empieza a leerla en voz alta. Es del viejo profesor de Lengua de Digby, habla de su entusiasmo, su

imaginación. La siguiente es de un compañero de Sherborne que recuerda su amabilidad, su alegría, cómo una noche los hizo disfrazarse a todos con fundas de almohadón.

—¿Fundas de almohadón? —pregunta Flossie.

—Es lo que dice aquí —le confirma Maudie, y abre la siguiente.

Una de un soldado que había servido con él en Francia, y que recuerda cómo los entretenía con monólogos de Shakespeare. Otra de un conductor de tanques que estuvo con él en el norte de África y habla de su valentía. Cada carta es como si le mostrara una parte diferente de Digby.

—Esta es de la señorita Myrtle —dice Maudie.

—Oh. Déjame verla. —Flossie se sienta en la cama para cogerla.

Maudie deja el resto de las cartas en la cama y se levanta. Flossie la mira.

—¿Por qué estás aquí, Maudie? ¿Es que no te necesitan en Weymouth?

—Betty me llamó. Me dijo que usted necesitaba que alguien la sacara de la cama.

—Levantarme nunca ha sido lo mío.

—Igual que su padre. Le daré el resto del día. Mañana la haré levantarse y salir. Quedarse aquí criando moho no sirve de nada. Para empezar, todas esas cartas necesitan una respuesta.

***

Contestar las cartas no es una tarea tan ardua como se había temido Flossie al principio; es más como mantener una conversación sobre su hermano y compartir bellas historias, cosa que siempre le ha gustado hacer. Las lleva al pueblo para enviarlas, y eso significa que se pone ropa adecuada y la gente habla con ella, le dice lo mucho que lo sienten, y de alguna forma eso también está bien, las manos que se posan en su brazo, las expresiones de simpatía. Supone que muchos de ellos han perdido a alguien y saben lo que es sentirse completamente vacíos por la tristeza de forma que apenas existes y te tienen que recordar que te cepilles el pelo porque has olvidado que también existe.

También vuelve a su jardín, al espacio entre los huesos, y se da cuenta de que quedará mucho trabajo por hacer en cuanto arranque las malas hierbas. Zanahorias, judías verdes, patatas tempranas, todas listas para ser recogidas. También las últimas frambuesas. Y hay que cortar las cañas. Es reconfortante que haya pequeñas cosas que requieren de su atención.

Mientras trabaja, piensa en qué va a hacer con su cosecha. Betty tiene una receta de pan dulce de frambuesa que puede probar a preparar siempre que se guarde sus raciones de margarina. Esos pensamientos le hacen sentir, si no que está volviendo a ser ella misma, al menos concertando una cita para más adelante.

***

Un día, a finales de septiembre, está sentada en el peldaño de la cabaña con una novela llena de páginas con las esquinas dobladas y una taza de té cuando Cristabel se reúne con ella, le pasa un brazo por los hombros y apoyan sus cabezas la una contra la otra. Se quedan allí sentadas hasta que empieza a llover, y entonces entran en la cabaña, donde Flossie pone la tetera a hervir y lava unas cuantas tazas. Cristabel camina por la casa como para recordarla. Ninguna de las dos habla. Se quedan en silencio como la gente después de una gran tragedia, moviéndose por entre los restos. Sus acciones son los suaves cepillados de los arqueólogos que retiran el polvo con mucho cuidado.

Cristabel coge el libro que lee Flossie y lo mira.

—¿Has leído *Madame Bovary*? Creo que te gustaría.

—No, pero este es muy bueno. Siempre vuelvo a Jane Austen cuando quiero sentirme bien con el mundo. Ella me ayuda a ordenarlo todo.

Llevan sus tés a una mesita y se sientan. Al cabo de un rato Cristabel dice:

—Yo estaba con él. Cuando sucedió.

—Pobrecilla. ¿Sufrió… sufrió mucho?

Cristabel niega con la cabeza.

—Le dieron morfina.

Flossie respira hondo.

—Igual te pido más detalles en otro momento, pero no creo poder hablar de eso ahora, si te parece bien.

Cristabel asiente. Siguen sentadas, escuchando cómo fuera la lluvia se vuelve más pesada, más insistente. Su ruido al caer al mar es un siseo enérgico, como echar aceite en una sartén.

—¿Qué hacías en Francia? —pregunta Flossie—. ¿Era la misma clase de trabajo que Digby? ¿Secreto?

—No se lo digas a nadie, pero sí. Esa clase de cosas.

Flossie asiente y añade:

—Es una tontería, pero no dejo de pensar en que se perdió su cumpleaños. Fue unos pocos días más tarde. Habría cumplido veintitrés.

—Le hubiera gustado celebrarlo en París.

—¡Le hubiese encantado! —exclama Flossie, y suspira. Un rato después continúa—: ¿Qué hiciste tú, Crista? Después.

—Cogí una pistola —responde Cristabel.

Los ojos le pesan y no se mueven.

***

Cristabel le cuenta a Flossie que luchó con la Resistencia hasta que llegaron los aliados. Agachada tras una hilera de sacos de arena, apuntando un rifle por un largo bulevar, existiendo únicamente en el punto central de su mirilla. Lo puro y correcto que era disparar un arma en esos momentos; el retroceso contra su hombro era un impacto necesario para ella. Que ella y Jean-Marc estuvieron entre la multitud que llenó las calles cuando De Gaulle entró en París, el alto general caminando con los brazos abiertos como un enorme albatros. Cómo la gente se apoyaba en los balcones, trepaba estatuas, por verlo ni que fuese un instante. Que ella se sentía como una columna de silencio, una columna de sal, en una ciudad hecha de ruido y en éxtasis.

Que no quiso abandonar a Jean-Marc, tan consumido por el dolor que ella dudaba de si usaría su pistola en sí mismo. Cómo se sentaba con él durante sus agonías insomnes. Cómo la extraña compañía que se daban estaba forjada en grandes cantidades de bebida silenciosa

mientras en las calles, fuera, atronaban las celebraciones. Que una noche la electricidad volvió de repente en toda la ciudad, encendiendo todas las luces a la vez, las radios cobrando vida en apartamentos por todas partes, y que aquello fue como el horrible estallido de una bengala, un foco que los mostró parpadeantes, hundidos en sus sillas, como cosas furtivas reveladas.

Que una mañana se despertó con resaca y arcadas en la boca, y se fue a nadar al Sena, y que se hundió hasta que los pulmones no le pudieron más y emergió y supo que era el momento de volver a casa.

Contactó con el ejército americano, que le consiguió un teléfono que funcionaba, que la comunicó con Londres, donde una agradable voluntaria con acento dulce de Devon le prometió encontrarle una plaza en el siguiente avión y le ofreció unas noches de hotel para descansar un poco, como si le estuviese ofreciendo unas vacaciones en vez de regresar de una batalla. Regresó a casa en un Lysander junto a dos comandos británicos; uno de ellos llevaba una botella gigante de perfume Chanel. Presentó su informe en un hotel de Bayswater. Durmió veinticuatro horas seguidas.

Entonces vio a Leon y usó su cuerpo como algo sobre lo que caer, una y otra vez, hasta que no quedó más de ella que las marcas que dejó en él y él en ella, aunque eso no se lo cuenta a Flossie. Los límites de esas noches le ofrecieron un cierto abandono oscuro que Leon podía permitirse, pero Cristabel no deseaba cargar con ello.

Lo que le cuenta a Flossie es que le devolvieron su vieja ropa civil, mantenida limpia y bien doblada por una secretaria de la Org, sus medias tratadas con reverencia como antigüedades, y que después cogió un tren hasta Dorset, pensando que en algún lugar dentro de una oficina en Baker Street debía de estar la ropa vieja de Digby, limpia y doblada y esperando.

—Aún no he entrado en su habitación —manifiesta Flossie.

—Yo no creo que vaya a poder volver nunca al ático. Quizá tendríamos que quemarlo todo. Seguramente ahorraríamos dinero a largo plazo.

—Pues resulta que Bill y yo tenemos algunas ideas al respecto. Estamos haciendo inversiones, en propiedades, y tenemos pensado poner un anuncio buscando huéspedes de pago. Seguro que nunca pensaste que yo acabaría teniendo un oficio.

—Una vez conocí a un hombre que me dijo que la guerra nos permite elevarnos de formas que en otro caso serían imposibles. Aunque creo que tú siempre acabarías elevándote, Floss.

—Subiendo como la masa del pan —dice Flossie con alegría. Ríen juntas y Cristabel siente que el peso en su interior se aligera mínimamente—. Crista, estaba pensando en volver al voluntariado. Me daría algo que hacer.

—Es una buena idea. Quizá yo me vaya a Londres. Puedo quedarme con Myrtle. O con Leon, si está por allí.

—¿Te quedarías con Leon? ¿Vosotros dos...?

—No. No, no.

Flossie alza las cejas.

—Eso parecen muchos noes *de esos*.

—¿Qué noes?

—Los que no se sienten seguros solos y necesitan estar rodeados de amigos.

—No.

—Otro amiguito más.

—Para.

Flossie sonríe y dice:

—Lo que hagas no es asunto mío, Crista. Ya sé que esas cosas a veces son complicadas. —Se miran un momento con cariño e interés —. Si te vas, Betty y Bill podrían tomarse un descanso. Su hijo está en el hospital, en Plymouth. Sé que les gustaría visitarlo.

—Sí. Cerremos la casa por un tiempo.

***

Cristabel vuelve a Londres. Se lleva un libro, quiere disfrutar de un viaje en tren sin ansiedad, pero no lee ni una palabra y simplemente mira pasar Inglaterra por la ventanilla: tierras de cultivo lodosas y cabañas de piedra, bosques en los que las hojas empiezan a cambiar de color.

En Winchester se suben dos mujeres de mediana edad con abrigos y sombreros caros. No la saludan al entrar en el vagón, sino que se sientan y continúan una conversación que Cristabel intuye que han

comenzado hace largo rato.

—Eso le dije a Hugh, que no pueden esperar que pasemos otro invierno sin baños calientes como Dios manda —dice la primera, abrochando su bolso de un golpe seco y ruidoso.

—Me preocupa que nos hayamos descuidado —replica la otra—. Todos hemos hecho sacrificios, y con gusto, pero en algún momento la vida tiene que volver a la normalidad.

—Eso es exactamente. ¿Es que tenemos que esperar hasta que el último pueblecito de Europa sea liberado para poder llenar el depósito de nuestros coches?

Las dos se ríen. Una mira a Cristabel y le dice:

—Seguro que usted piensa lo mismo. Debe de ser horrible pasar la juventud en estos tiempos de tanta privación y tan aburridos.

Cristabel nota por cómo la examinan que no saben cómo clasificarla. Zapatos gastados, sí, pero de calidad. Chaqueta y falda decentes, pero blusa de aspecto extranjero. Un perfil patricio pero morena como un trabajador manual, y la curiosa indiferencia con que su largo cuerpo está acomodado en el asiento. Y sin ninguna clase de bolso.

Mientras la contemplan se ajustan su propia ropa —una bufanda atada de cachemira, una estola de piel—, como si estuviesen probándose togas. Con su postura erguida y sus rizos de cabello plateado tienen un cierto aire judicial. Creen tener todo el derecho a inspeccionarla, y ella sabe lo que ven. A fin de cuentas, Cristabel es de los suyos. O lo era.

Desde París siente que, fuese lo que fuese Cristabel antes, ya no está allí. Todas sus partes, su corazón y sus huesos, desde la punta de sus orejas hasta las de los dedos de los pies, se han deshecho. Ha caído, como cae un trozo de cal por un acantilado hasta topar con el mar. No es lo que era. Es el espacio en el que antes hubo algo, una pila de piedras y polvo que espera a ser reconstruida.

Dice:

—Yo no lo veo así.

—¿Y por qué no? —pregunta la primera mujer, mirándola desde arriba, como si estuviese mirando el hueco de una escalera.

Cristabel oye los furiosos gritos amortiguados de su anterior yo, que intenta desesperadamente informarla de que esas mujeres no

tienen la menor idea de lo que es el sacrificio. Pero ese yo ahora está enterrado, y ella cansada. No se puede librar una cantidad infinita de batallas.

Esas mujeres pertenecen a su vida anterior, que ahora está muerta, y son como fantasmas para ella. Va a dejar que pasen a través de ella al igual que el tren pasa a través de Inglaterra como flashes en su visión periférica: casas pequeñas, campos pequeños, casas pequeñas, campos pequeños. Se queda mirando a las mujeres hasta que son ellas las que apartan la vista, y se vuelve hacia la ventanilla de nuevo.

***

Cristabel vuelve a Baker Street. El edificio está tan mal iluminado y lleno de corrientes como siempre, aunque ahora menos ocupado, con muchos de los despachos vacíos; solo oye el teclear ocasional del teletipo en la sala de señales y algún que otro mensajero que empuja un carrito chirriante por un pasillo desierto. Por fin encuentra a Joan, su antigua oficial, que está guardando cosas en una caja de cartón. Joan le da un firme abrazo.

—Me alegro de verte. ¿Cómo ha ido?

—No sabría resumirlo en una frase.

—Claro. Supongo que son demasiadas cosas.

Cristabel señala la caja.

—¿Se va a algún lugar?

—Me han trasladado al Foreign Office. Ya no tengo mucho que hacer aquí.

—Buena suerte. Joan, me preguntaba si se sabe algo de Sophie Leray. Sé que fue capturada y que se la llevaron en un tren.

—Cuando llegamos a París esperábamos encontrar a los nuestros en las cárceles, pero parece que las han vaciado todas. Damos por supuesto que los alemanes se han quedado con los prisioneros más valiosos para usarlos como rehenes.

—¿Me avisará si oye algo?

—Sí. Y buena suerte a ti también, Gilberte.

—Cristabel —dice Cristabel, y le ofrece la mano.

***

Cristabel vuelve por el pasillo hacia las escaleras que la llevarán a la salida del edificio, cuando ve una figura familiar al otro lado de la puerta abierta de un despacho. El coronel Peregrine Drake, reclinado en una silla, la gorra sobre una mesa, se ríe de algo que ha dicho alguien al otro lado de la mesa. Siente que está siendo observado y se vuelve.

—Cristabel.

—Hola —lo saluda ella—. ¿Cómo estás? No pensaba que fuera a encontrarte aquí.

—Vengo de vez en cuando. —Se levanta y se acerca a ella, le posa una mano en el brazo—. Siento mucho lo de Digby. Esperaba que saliese adelante.

—Yo también.

—Pero tú has vuelto, y estoy seguro de que tu familia estará inmensamente agradecida.

—Hace años que no veo a tío Willoughby. No creo que tenga idea de lo sucedido.

Perry deja pasar el comentario sin decir nada. Se vuelve hacia la persona al otro lado del escritorio y la presenta:

—Cristabel Seagrave. Una de las chicas de la Org. Fue a Francia.

Ella no necesita entrar en el despacho para saber qué clase de hombre hay sentado allí. Un brigadier o un general. Bigote imperturbable. Forrado de medallas. La sensación de que está encorvado sobre algo, protegiéndolo, y que le enfurece que interrumpan esa defensa. De todas formas entra y saluda, un gesto que le resulta raro hacer vestida de civil.

—Señor.

Es un brigadier.

—Me alegro de que la tengamos de vuelta —dice él.

Perry pregunta:

—Pero ¿por qué has venido aquí, Cristabel? Deberías de estar en casa. Tienes que haberla echado mucho de menos.

—Intento averiguar si se sabe algo de una chica con la que compartí la instrucción. Fue capturada.

Perry asiente.

—Todos deseamos saber más sobre los desaparecidos. La dificultad a la que nos enfrentamos es que, si damos detalles sobre las mujeres agentes en nuestro intento de encontrarlas, estamos admitiendo que estuvieron allí.

—Estuvieron allí —replica ella.

—Oficialmente no.

—Hacemos todo lo que podemos —añade el brigadier.

Casas vacías

Septiembre de 1944

El teléfono suena. Su estridente llamada hace eco por toda Chilcombe, pero no hay nadie que conteste. La casa está vacía. Solo se oyen los *clic* y los *tunc* de las cañerías. Las campanillas no coordinadas de relojes sin cuerda.

El correo sin leer se apila tras la puerta. Circulares y tarjetas de condolencia. Cartas de un capellán militar que viaja por Francia.

Una caja llena de discos espera junto a un gramófono cubierto de polvo. Las plantas mustias en las macetas se pegan a ventanas sin lavar. Los voluminosos libros del estudio solo hablan entre ellos, si es que hablan. Motas de polvo emprenden el vuelo en peligrosos viajes por espacios desocupados.

En otros valles y pueblos, otras casas, lo mismo. Mansiones que ya nadie puede permitirse vaciadas y sin herederos, mausoleos vacíos.

Las motas de polvo iluminadas en los grandes hogares de las chimeneas, donde el mármol cubierto por telarañas que los rodea contiene un patrón: los fósiles apiñados de caracoles de agua dulce que pasaban por los fondos de piedrecillas de arroyos, antes de que el tiempo y el peso y el dinero los llevaran allí, aplastados e inmóviles, estructuras calcificadas tan pulidas que resulta fácil olvidar que alguna vez fueron otra cosa.

Uniformes

Octubre de 1944

La puerta de la cocina está tan hinchada y pegada por la lluvia otoñal que Cristabel tiene que empujarla con el hombro para que se abra. Dentro está oscuro y tétrico. Un grifo gotea en un fregadero vacío. Flossie la sigue dentro y exclama:

—Por Dios, esto está helado.

—Hay un olor raro —comenta Cristabel.

—Me temo que Toto debe de haber estado escondiendo animales muertos de nuevo.

Betty pasa por delante, decidida, hacia la tetera.

—Una taza de té nos vendrá muy bien.

La sigue Bill, y después Maudie y el gato Toto, su cola temblando de alegría por volver a estar entre humanos.

—He encontrado en el pueblo a un par de chicas que vendrán la semana que viene a limpiar —dice Bill.

—Y entonces estaremos listos para nuestros primeros inquilinos —añade Flossie mientras aparta una telaraña.

—Voy a ir arriba a ver cómo está todo —continúa él.

Cristabel lo mira desaparecer por el largo pasillo y oye sus pisadas subiendo. Siente que ha entrado en la casa hasta donde puede, que este búnker bajo tierra es razonablemente seguro, pero por encima las habitaciones están llenas de dolor, de peligros como minas escondidas que esperan a que las pisen.

—¿Cuánta gente va a venir, Floss? —pregunta, abriendo un cajón de la cocina, buscando velas y cerillas pero encontrando solo bolas de cróquet y viejos collares de perro.

—Hasta ahora nuestro anuncio ha tenido cinco respuestas.

Betty niega con la cabeza y hace un ruidito de desaprobación.

—Hay grupos —dice mientras llena la tetera— que cuidan las casas históricas. No es necesario que tenga que venir a vivir cualquiera.

—No voy a entregar Chilcombe a un grupo de esos —replica Cristabel—. Al menos, no mi mitad. Igual Floss quiere cederles la suya.

—Hay mucha gente que necesita algún lugar donde vivir, Betty —dice Flossie—. Conozco a una voluntaria que acaba de casarse, y ella y su marido no encuentran nada que puedan permitirse.

—Cuando pienso en cómo era esto antes, con la señora Rosalind y sus encantadoras fiestas... —Betty suspira y coloca la tetera sobre un fogón—. Todo tenía que estar impecable. Desde entonces nada ha sido igual.

Flossie coge unas cucharillas polvorientas de un armarito mientras Betty sigue recordando la Chilcombe de antes de la guerra. No comparte la nostalgia de la anciana.

De niña, cada vez que bajaba a escondidas del ático para espiar una de las fiestas de su madre, nunca era la escena romántica que se había imaginado sino algo mucho más ruidoso y torpe, gente que se caía, que discutía, que vertía su copa.

Una vez, mientras espiaba desde arriba, vio a Rosalind con un disfraz de arlequín de lo más revelador, sobre el regazo de un hombre enmascarado, mientras Willoughby, con una toga, golpeaba las teclas del piano. Rosalind intentaba atraer la atención de su marido, pero solo consiguió que el disfraz se le resbalara y acabara ella por los suelos; él la miró un segundo y volvió a lo suyo, como si aquella fuese una situación habitual, sin importancia.

Flossie volvió corriendo a la cama y se cubrió la cabeza con las sábanas para borrar de su vista la imagen de su madre expuesta de forma tan escandalosa. Y, sin embargo, a la mañana siguiente estaban los dos desayunando a la mesa, tomando té, leyendo los periódicos, como si nada.

A Flossie aquello le hizo pensar que la noche había sido un terremoto que había abierto una grieta en el suelo y los había hecho caer a todos por esta, para después volver a cerrarse tan bien que nadie hubiese dicho que allí había sucedido nada. Que, de alguna forma, la equivocada era ella.

Conservar Chilcombe como era entonces le parece deshonesto: mantendría la sensación de que nada allí es lo que aparenta.

—¿Dónde va a dormir la señorita Cristabel si hay desconocidos en su habitación? —pregunta Betty, que ahora reúne tazas de té como si fuesen niños desobedientes.

—Me quedaré en la cabaña —contesta ella—. Tengo trabajo que hacer en el teatro.

Se produce un instante de silencio en la húmeda sala, y después Flossie dice:

—¿Estás segura?

—Muy segura.

Flossie insiste con cautela:

—¿No sería momento de probar otra cosa?

—No, creo que no.

—A veces nos aferramos a las cosas porque es lo que creemos que tenemos que hacer —Flossie deja un puñado de cucharillas tintineantes sobre la mesa—, pero, ya sabes, dicen que cambiar es tan bueno como descansar.

—No me interesa lo que dicen. —Cristabel se mete las manos en los bolsillos—. Crees que estoy siendo testaruda, Floss, y tienes razón. Pero la testarudez es lo que me ha permitido llegar hasta aquí. En lo que me he equivocado es en qué aplicarla. Creía que tenía que hacer las mismas obras de siempre a la manera de siempre. Ahí es donde me equivocaba.

—Cuando a la señorita Cristabel se le mete una idea en la cabeza no hay quien la pare —comenta Betty.

—Muy bien. —Flossie asiente—. Seguro que encontrarás muchas cosas que hacer.

Oyen los pasos firmes de Bill por el pasillo, y reaparece con un montón de correo.

—Cartas para usted —informa, y se las entrega a Flossie.

Ella las mira con curiosidad, abre la primera y la lee rápidamente; entonces se cubre la boca con una mano.

—Oh. Pobre George.

—¿Quién es George? —le pregunta Cristabel.

—Un amigo. Está en el hospital, en Bruselas. —Flossie abre otra carta—. Han tenido que operarlo para sacarle metralla del cuerpo.

—Imagínense, dispararle metralla a un cura —dice Betty.

Flossie se sienta, sin dejar de leer.

—Dice que ha estado pensando en nuestras veladas musicales.

—¿Qué es esto? —se pregunta Cristabel, tirando hacia sí de una caja de cartón que hay sobre la mesa de la cocina.

Flossie levanta la vista.

—Ah, Crista, es la ropa y los libros de Digby. De su habitación. Le pedí a Betty que los sacara, pensé que quizá querrías...

Al momento Cristabel vuelve a apartar la caja.

—Ciérrala y guárdala bien lejos, Betty.

Betty deja la tetera en la mesa con un golpe súbito que los sorprende a todos, y replica con voz sollozante:

—No paro de decirme a mí misma que en realidad es una bendición el que la señora Rosalind no haya tenido que saber que ha perdido a su querido niño.

Los demás se quedan un momento en silencio mientras Betty rebusca un pañuelo en el bolsillo del delantal. Entonces Bill se coloca al lado de su esposa y dice:

—Señorita Flossie, señorita Cristabel, Betty y yo nos preguntábamos si alguien ha hablado con el señor Willoughby. Para contarle lo del señorito Digby.

Flossie y Cristabel se miran entre sí. Flossie dice:

—Puse una necrológica en el *Times*.

—No se puede saber si la ha leído o no. —Betty inspira con fuerza.

—Hace mucho que no sabemos nada de él —añade Bill.

—Ni una palabra. —Betty se suena la nariz.

—No era el padre más tradicional —continúa Bill—, pero perder a un hijo...

—Tenéis mucha razón —dice Flossie—. Tendríamos que buscarlo. ¿Alguien sabe dónde está?

—Lo último que sé es que estaba intentando comprar un hidroplano cerca de Limerick —responde Bill—. Pero de eso hace más de un año.

—No sé ni si se puede viajar a Irlanda —duda Flossie—. ¿Ya está permitido? ¿Quién iría allí?

—Yo iría —contesta Maudie. Todos se vuelven a mirarla. Está apoyada en la puerta trasera, con medio cuerpo dentro y otro medio

fuera del edificio. Lleva botas de lluvia y su uniforme oscuro, con un silbato que le cuelga del cuello y una banda en el brazo que dice *Aviso de fuegos*. Tiene el pelo largo recogido detrás, y ha dejado su casco de latón junto al fregadero—. Se puede, pero es necesario un pasaporte y un permiso.

—¿Y cómo lo sabes tú, Maudie? —pregunta Cristabel.

—Tuve un amante de Irlanda.

A Cristabel le sorprende que una criada dé una respuesta como esa. Pero Maudie ya no parece una criada; es una mujer larguirucha en la treintena que lanza una colilla al suelo exterior y la aplasta con su bota. También se pregunta por qué Maudie va de uniforme, dado que no está de servicio; aunque bien conoce la tentación de no quitárselo. Sus propias ropas civiles, camisas funcionales y pantalones de sarga, son lo más parecido a la vestimenta militar, y Flossie sigue pareciendo una jardinera, con sus pañuelos con estampados florales en la cabeza y sus chaquetas de punto tejidas a mano. Cristabel se imagina que una indumentaria de tiempo de guerra, con su anonimato y su estatus, debe de resultar aún más atrayente si el anterior era de sirvienta.

—No quiero que hables así en mi cocina, Maudie Kitcat —le recrimina Betty—. Resérvate ese lenguaje para esos sucios pubs de marineros.

—No pasa nada, Betty —le indica Flossie—. Maudie tiene amigos. Hay mucha gente que tiene amigos.

—Yo no los llamaría «amigos» —la corrige Maudie.

—Quizá yo pueda ayudar con el papeleo —dice Cristabel pensando en las secretarias de la Org, que parecían capaces de hacer aparecer papeles oficiales del aire. Va hacia la puerta trasera y Maudie. Fuera, el cielo de octubre es gris y cae una fina lluvia, pero el aire fresco resulta un alivio en comparación con el viciado del interior.

—Y yo podría echarle una mano para arreglar la cabaña —dice Maudie.

—Podríamos ir ahora y ver qué hay que hacer, si no te molesta la lluvia.

—Pronto estará el té —interviene Betty.

—Una llovizna nunca le ha hecho daño a nadie —afirma Maudie.

***

Un mes después. Final de la tarde. Maudie. Sale del muelle de Holyhead a la pasarela que lleva al ferri que va a Irlanda. Es la primera vez que abandona la tierra firme. La primera vez que va a alguna parte. Ve cómo el agua agitada choca bruscamente contra el muro del muelle, bajo sus pies, y eso la ilusiona.

El ferri está abarrotado. Solo hay lugar de pie. Maletas apiladas en los pasillos, niños sentados encima. Cajas, arcones, jaulas llenas de gallinas. Maudie está apretujada en la cubierta de proa junto a una familia que le dice que el viaje es desagradable pero los guardias de fronteras de Irlanda son peores: lo confiscan todo y solo lo devuelven dos semanas más tarde, si es que llegan a devolverlo. Pero también hablan de la emoción especial que les produce el dejar los apagones atrás y navegar hasta Dublín, donde todas las luces del puerto se reflejan en las aguas.

Ella apenas escucha. Está apoyada contra la barandilla que no para de moverse, y siente cómo la barca cobra vida debajo de ella a medida que las hélices empiezan a girar.

El ferri suelta un ensordecedor aviso y se aleja del muelle, escoltado por gaviotas que vuelan muy cerca del agua, dejando atrás las colinas cubiertas de nubes.

Maudie mira abajo, al océano revuelto, un tumulto de color blanco que parece abandonar la barca mientras el ferri sigue adentrándose en el agitado mar invernal. El ruido aumenta y la barca parece elevarse e impulsarse hacia delante a largos empujones, como guiada por la mano de un gigante.

Ya no está en tierra firme. Ya no está en ningún lugar. Lo único que la mantiene en la superficie es el agua, caprichosa y poderosa y despreocupada de la gente. Maudie piensa en su abuelo, el contrabandista, que aún enfermo y en cama desde hacía años seguía sintiendo los movimientos del océano. Ahora lo entiende: una vez descubres una vida sin deberle obediencia a nadie no puedes volver atrás.

El viento aumenta y el cielo se oscurece mientras el ferri penetra en el mar irlandés, salpicando gotas congeladas en las cubiertas. Los

pasajeros se juntan y miran con curiosidad cómo Maudie abre la pequeña maleta que lleva, saca su uniforme de criada —cuidadosamente planchado y doblado por Betty—, y lo tira por la borda, un pálido espíritu blanco que flota en el agua. Betty le insistió en que lo llevara, que podía resultarle útil, nunca se sabe, e inesperadamente apretó a la chica contra su amplio pecho, como una madre con su niña. Qué curioso ser abrazada por una mujer. Cálido, suave, extraño. Maudie observa cómo una ola se traga el uniforme. Cuando el ferri llegue a su destino ella va a entrar en el futuro como una persona nueva.

Desfile de la Victoria

Mayo de 1945

—¿Podemos probar otra vez? —pregunta el cámara.

—Muy bien —dice el productor—. Toma cuatro. Señora Seagrave...

—Señorita.

—Señorita Seagrave, ¿podría colocarse allí en el jardín y darnos una breve explicación de para qué es esta carretilla?

—Ya se lo he dicho. La usé para crear una parte elevada en mi teatro, para tener mejores asientos.

—Lo sé —replica el productor con voz un poco impaciente—. Sin embargo, como le he comentado, tenemos que filmarla explicándoselo a nuestros espectadores.

—Ya me han filmado explicándolo tres veces. ¿Cuántas necesita? Tengo cosas que hacer.

—Lo que estamos intentando —el productor se lleva dos dedos al puente de la nariz— es que nuestro público pueda hacerse una buena idea de su teatro. Lo inusual que es, cómo resulta un lugar único para llevar a cabo una celebración. Un momento; permítame escribir esto. «Un lugar único, algunos dirían que bastante excéntrico...». No, espere: «Una producción excéntrica pero muy británica que celebra el fin de las hostilidades en Europa, en el Dorsetshire rural». Sí, eso es.

—¿Cuánto tiempo va a llevar esto?

—Acabaremos esta escena y después filmaremos cómo llega la gente local, emocionada. A continuación, necesitaremos imágenes de la obra, pero intentaremos no interferir. ¿Puede recordarme de nuevo cómo es el espectáculo?

—Comienza con un desfile de la victoria hecho por los niños del pueblo, vestidos como quienes nos ayudaron a ganar la guerra:

soldados, bomberos, enfermeras y así. Cantarán canciones, dirigidos por mi hermana Flossie. Después yo haré un espectáculo para los niños con monstruos que se comen a la gente.

—Recuerdo que dijo algo usted sobre muñecos...

—Muñecos gigantes. Los he creado con papel maché y tela sobre armazones de alambre, y adaptando algunos animales disecados que teníamos en la casa.

—Sí, ya los he visto. También dijo que tenía un niño local al que podíamos filmar.

—Norman. Está esperando ahí, disfrazado de francés.

—Perfecto. Ahí, Norman. Qué cebollas tan espléndidas. ¿Cómo te sientes en este día tan especial?

—Feliz porque Hitler está muerto. ¿Puede filmar a mi perro? Lleva una cinta.

—Llaman al teléfono —dice Cristabel, y deja al equipo de filmación para volver adentro.

***

Le costó un tiempo reunir el valor, pero ahora Cristabel puede entrar en la casa, siempre que se quede en la planta baja. Una vez se instalaron los inquilinos de Flossie, Chilcombe pareció diferente, más accesible. Hay una bandeja de latón con una pila de correo para otros. Un perchero con muchos diferentes abrigos. Variedad de calzado de excursionismo que señala las idas y venidas de otros que tienen sus propias llaves, que solo conocen el edificio como la casa en la que viven ahora, que tienen preguntas sobre el agua caliente y el uso del jardín. La casa ha desarrollado la estoica funcionalidad de la vivienda compartida, con alfombras deshilachadas y pintura que se descascarilla, aunque Flossie se asegura de que siempre haya flores frescas sobre el piano.

Cristabel no va nunca arriba, pero sabe que Bill ha limpiado el ático para una joven viuda con cuatro hijos pequeños. A veces oye a estos últimos bajando las escaleras al galope o aporreando el piano, animados con entusiasmo por Flossie si se encuentra allí («¡Así, Martin! ¡Las manos juntas!»).

Ahora el estudio es un despacho que usan Flossie y el señor Brewer para guardar los libros de contabilidad y reunirse con los inquilinos. Flossie ha instalado un archivador nuevo; el escritorio está cubierto por una mezcla de facturas de servicios y catálogos de semillas, y hay tomateras en la repisa de la ventana. Cuando Cristabel entra a coger el teléfono, lo primero que oye es un torrente de estática, y después una voz familiar pregunta:

—¿Cristabel?

—¿Leon?

—Vaya, por fin lo coges.

—He contestado enseguida.

—Lo he intentado muchas veces.

—Acabo de oírlo sonar. ¿Dónde estás?

—Camino de Berlín con el coronel Drake.

—¿Estás en Alemania?

—No sé si aún puede llamársela por algún nombre. No queda nada salvo escombros.

—¿Qué es ese ruido de fondo?

—Americanos. Están contentos porque todo el mundo se alegra de verlos. Pero no me has preguntado...

—¿Que no te he preguntado qué?

—Por qué te llamo.

—¿Por qué me llamas?

—Vi tu foto en el periódico, con Flossie, que sonreía y ondeaba una gran bandera. Me gustó ver los huesos de ballena. Debe de haberlos colocado alguien muy fuerte.

—Vaya, ¿tú también lo viste? Parece que lo ha visto todo el mundo. Hoy han venido a filmarnos de Pathé News.

—¿Fue idea tuya montar espectáculos de la victoria en la ballena?

—Sí, aunque Floss me ha ayudado con la música, y reclutamos a gente del pueblo para el vestuario y el atrezo.

—Estarás contenta, ¿no? Es buena publicidad.

—Me alegro. La verdad es que ha sido una sorpresa. El teléfono no deja de sonar, gente que quiere venir.

Al otro lado se produce un silencio crepitante que ella reconoce como uno de los habituales en Leon. Una de las cosas que más le gustan de él es que nunca se siente obligado a llenar las pausas con

frases amables. Cristabel escucha el silencio que pasa por los finos cables que los separan, cientos de kilómetros, y que existe tanto allí, en las ruinas de Alemania, como aquí, en esta sala. Oírlo le da confianza. Se inclina más sobre el micrófono.

—¿Y cómo estás tú? —pregunta él al cabo de un rato.

—Bien, siempre que no mire arriba.

—No tienes por qué mirar arriba. Aún no. Una bota después de la otra.

—¿Vendrás a tomarte un vodka cuando vuelvas?

—Sí. E iré a ver una de tus representaciones en cuanto acabemos de dividir Alemania. Pero me estoy quedando sin dinero, así que...

Ha desaparecido. El silencio al otro lado está vacío. Ella cuelga el auricular pero se queda un momento en el estudio, pensando en las informaciones que ha leído en el periódico y que describían los horrores que iban descubriendo los aliados a medida que avanzaban por Alemania, los campos llenos de prisioneros muertos de hambre. Había fotos que casi ni pudo mirar, aunque se forzó a hacerlo y a examinar los rostros esqueléticos por si reconocía a alguno. Se pregunta qué habrá visto Leon, qué verá, si será el mismo cuando regrese, una bota después de la otra.

***

El salón de Chilcombe sigue siendo un área común, en la que los inquilinos pueden congregarse para mantener conversaciones o jugar a juegos de mesa. Al principio se mostraron reacios, preferían la informalidad de la cocina, pero desde que hace más calor han empezado a ir más frecuentemente a la sala de estar, donde varios de ellos se encuentran ahora, conversando con algunos de los intrigantes huéspedes que han acudido a ver la nueva producción del teatro, toda una semana de representaciones celebrando la victoria en Europa.

—Ah, ahí estás, Crista —dice Flossie, ya vestida y llevando una bandeja con vasos y una jarra de limonada—. Unos niños se han llevado corriendo las banderitas y creo que Betty va a matar a alguien si no las recuperamos. Se pasó toda la semana cosiéndolas. George los ha perseguido hasta los establos, pero eso solo les ha dado más ganas

de seguir.

—Escapar del cura de mi pueblo siempre era un gran deporte cuando yo era pequeña, en Alemania —interviene Lieselotte con su inglés de acento muy fuerte—. Lo atormentamos hasta que se volvió loco.

—¿Te cuidan lo bastante bien, Lieselotte? —le pregunta Cristabel —. ¿Has comido algo?

La mujer asiente. Lleva un vestido a cuadros blancos y negros, como un tablero de ajedrez, un sombrero con una pluma negra de avestruz y un bolso que parece hecho con cubiertos de cocina fundidos. El habitante de Chilcombe al que ha arrinconado, un joven dentista nervioso de Tavistock, tiene una expresión a medio camino entre la admiración y el horror.

—Creo que he comido un huevo a la escocesa. Me parece que no quiero más. Este joven ha sido tan amable de ofrecerme champán. Dice que le interesan los molares y la salud de las encías.

—Hay muchísimo champán. Encontramos botellas guardadas al principio de la guerra. Seguro que era obscenamente caro.

—Como ha de ser. —Lieselotte sonríe al dentista—. Estamos celebrando la derrota de un mal que hubiese acabado con todos nosotros.

—¡Ahí está George con las banderitas! —exclama Flossie—. ¿Te apetece limonada, George?

—No, gracias, Flossie. Eres muy amable, pero creo que sobreviviré. —George está un poco rojo bajo su hábito oscuro de capellán—. He disfrutado la ocasión de echar un vistazo mientras perseguía a los niños. Y he encontrado esto en el establo...

—¡Oh! ¡Mira, Crista! —se maravilla Flossie—. Es tu espada de madera.

—Entonces tengo que devolvérsela a su legítima dueña —dice George, y se la pasa a Cristabel con una sonrisa antes de volverse a ayudar a Flossie a dejar la bandeja en una mesilla. Después los dos se giran a la vez para dar la bienvenida a otra inquilina, que se ha quedado en la puerta. La conducen dentro y le ofrecen un refresco.

Cristabel se percata de que son tal para cual, que ya actúan como una pareja, por mucho que Flossie insista en que «aún se están conociendo». Los dos son extrovertidos. Cristabel no. O, más bien,

siempre tiene que forzarse a serlo. Los demás. Sus sentimientos. Siempre está muy concentrada en lo que hace ella misma; en cambio, Flossie se detiene de vez en cuando a mirar a su alrededor.

Ahora mismo vuelve a intentarlo y saluda con la cabeza a la inquilina recién llegada, la agobiada madre de los niños del ático, que lleva un vestido liso y viejas medias, y sostiene nerviosa un vaso de limonada casera mientras contempla un cuadro al óleo colgado de la pared.

—Lo pintó un artista ruso que vivía con nosotros —la informa Cristabel—. Tenía un modo poco usual de ver las cosas.

—Esos animales de grandes cabezas parecen los muñecos que hace usted.

Cristabel se ríe.

—Supongo que sí.

—A mis chicos les encanta salir en la obra. Hace semanas que me han dejado algo tranquila.

—Me alegro.

—Y están locos por los muñecos —continúa la mujer—. Siempre me los encuentro interpretando la historia cuando deberían estar en la cama. La del duendecillo y el monstruo que viven en una isla. ¿Se le ocurrió a usted sola?

—Está basada en una historia que conocía, con añadidos de mi amigo Norman. —Mira la espada de madera en su mano y añade—: Sus niños no querrían esto, ¿verdad?

—Les encantaría, pero seguro que romperían algo con ella.

—Para eso está. —Cristabel se la entrega—. Mi tío Willoughby me la dio hace mucho; estaría contento de que su espada siguiera rompiendo cosas.

Y entonces piensa en él, como hace a menudo. Se pregunta cómo estará. En Navidad recibió un telegrama de Maudie en el que informaba de que lo había encontrado y pedía que mandaran una foto de Digby a una dirección de Dingle, en el condado de Kerry. Después, apenas una tarjeta para el cumpleaños de Cristabel, en marzo, con una foto de un hidroplano y un mensaje en la letra retorcida de Willoughby que decía que alzaba una jarra de Guinness por ella, con una posdata que añadía que algún día Maudie sería una admirable copiloto, seguida de un enorme signo de exclamación.

Cristabel no cree que haya llevado a Maudie en el hidroavión. Sospecha que son exageraciones de bar. Pero le gusta imaginarse que lo haya hecho. Le gusta imaginarse el hidroplano elevándose por las escarpadas costas de Irlanda y cruzando el océano. Los dos con chaqueta y gafas de aviador, quizá volando incluso hasta Egipto, dos fugitivos. Esa es la historia que le inventa a Willoughby, por mucho que sabe que su realidad debe de estar mucho más empapada de dolor y de alcohol, un borracho grandilocuente disolviéndose en un rincón de un pub. Perry dijo una vez de él que había una cierta clase de ingleses que no soportaban estar en Inglaterra. Cristabel sabe que está más feliz en otro lugar, sin que nadie sepa nada de él, encerrado en la imaginación de su sobrina. Su glamuroso tío, el viajero.

Flossie aparece y anuncia:

—Son casi las seis. Ya va a llegar el público.

***

Las hermanas salen al jardín y miran al cielo. Es uno de esos días volubles de primavera que igual pueden ir a mejor que a peor. Por la mañana ha caído una lluvia fuerte, un repentino diluvio mientras las campanas de la iglesia del pueblo resonaban en todo el valle; sigue habiendo grandes nubes que se mueven por Ridgeway, pero puede que aguante.

El equipo de filmación, cansado de esperar a Cristabel, ha ido más arriba en el camino para inmortalizar al público que llega, un grupo de gente animada, vestida para la ocasión, los hombres de traje o de uniforme, las mujeres con lápiz de labios de colores saltones sobre sus caras cansadas, sosteniendo a niños con tiras rojas, blancas y azules en el pelo. Se dirigen hacia las columnas de piedra, entre las cuales Cristabel ha colgado un cartel que les da la bienvenida al TEATRO DE LOS HUESOS DE BALLENA.

Le complace haberlo colocado a tiempo de que Lieselotte lo viera al llegar, la pintura casi húmeda aún, y le encantan las letras chillonas rojas y doradas, con la imagen de una ballena de la que sale un chorro de agua, pintado por un especialista en rotular carteles de circos ambulantes. Tiene la proporción exacta de exuberancia y ridiculez,

diseñado para excitar a los niños y recordar a los adultos los niños que fueron.

Con el mismo espíritu han decorado la ruta por el jardín, rodeada de animales disecados pintados con colores alegres, y donde niños del pueblo con diferentes disfraces —pilotos de avión, enfermeras, vaqueros del Oeste— reparten ahora los programas dibujados a mano. Las plantas y los arbustos cercanos están decorados con restos de adornos de Navidad y tiras de lana como telarañas.

Cristabel avanza por el jardín para cruzar el bosque y llegar antes que el público. El camino entre los árboles tiene serpentinas de papel y unas viejas linternas chinas que encontró en los establos y que van a iluminarse como luciérnagas cuando oscurezca.

***

En el teatro, donde estaban antes las sillas ahora hay una sección elevada, como una serie de escalones muy anchos hechos con arena y piedras de la playa y planchas de madera sobre las que sentarse. Los primeros en llegar ya están subiéndolos. Se han traído termos y cestas de pícnic guardados hasta esta victoria que tanto ha tardado en llegar. Beicon y pastel de huevo. Latas de pomelo en conserva. Botellas de cerveza. Y sábanas y gabardinas, porque uno no puede fiarse del clima inglés. Frente a los asientos elevados se encuentran los huesos de ballena, envueltos con las banderas de muchos países e iluminados por potentes focos tomados prestados a la base naval de Portland solo por esta semana.

En el establo esperan contra las paredes los muñecos gigantes de Cristabel y quienes los usarán, un trío de actores principiantes encontrados mediante un anuncio en el periódico local, un par de acróbatas descubiertos en el circo cuando fueron a buscar al pintor de carteles, y una joven que era parte del círculo de costura de Chilcombe Mell hasta que oyó quejarse a Betty de que estaban usando su máquina de coser para crear monstruos, e intrigada decidió unirse al grupo.

Cristabel vive ahora en la cabaña junto al mar, aunque hoy no puede entrar: Betty lleva allí desde el amanecer preparando dulces con gelatina de sobre y viejas bases de tarta, además de una cantidad

ingente de sándwiches; ahora les señala ruidosamente a las personas que pasan que en el pueblo todo son fiestas y canciones, pero ella está esclavizada en la cocina y a duras penas puede llamarse a esto una celebración, aunque a la vez se niega a salir, firme como un artillero, porque no puede fiarse de que nadie más fuese a hacerlo bien. Cristabel piensa que esas quejas forman parte de la canción de Betty, a interpretar con orgullo en las ocasiones importantes, y no se atreve a interrumpirla.

Se queda un momento al lado de los huesos de ballena, mirando al mar. Por encima se mueven enormes nubes, sus sombras oscureciendo las aguas. A lo largo de la curva de la costa hay hogueras en playas y cimas de acantilados, y grupos de gente que se tira a las frías olas mientras los barcos de guerra de Portland hacen sonar ocasionalmente sus poderosas sirenas.

El primer ministro dijo por la radio que aún no habían acabado su labor pero que podían concederse un breve período de celebración para señalar el final de la guerra con Alemania. Cristabel intenta reunir ánimos de celebración, pero estos se presentan mudos, como algo que sucediera en la distancia, a lo lejos. Pero se alegra de que las cosas estén así, y puede hacer cosas, cosas útiles, así que dirige su atención a los huesos, pone bien las banderas, prepara el escenario.

***

Flossie y George dirigen a los últimos huéspedes hacia el camino del bosque cuando un jeep militar pisa la gravilla de la entrada, y de él sale la imponente figura de Myrtle, en un vestido rojo de terciopelo con cola, zapatos de tacón alto en las manos y protegiendo con una mano su sombrero de papel de colores rojo, blanco y azul que el viento amenaza con llevarse. Su voz resuena por todo el jardín.

—¡Flossie, querida!

—Me alegro mucho de que hayas podido venir, Myrtle —contesta ella—. Me encanta tu vestido.

—Son mis cortinas, querida, sacrificadas en nombre de la moda. ¿Quién necesita cortinas ahora que ha acabado el apagón? —Myrtle lanza un beso al aire hacia el Jeep, que se va—. Pero ¡mírate! ¿Eso es

lamé dorado? Estás orgullosa y arrebatadora, como la Estatua de la Libertad.

—Es que soy la Estatua de la Libertad. Represento a América en el desfile, aunque he perdido la antorcha.

George espera educadamente a un lado y Myrtle va hacia él, pisando la gravilla con los pies desnudos. Dice:

—Puede que tenga que apoyarme en este hombre. Los trenes son un caos. Celebraciones sin fin. Me uní a un grupo de pilotos polacos, así que ya estoy un poco demasiado refrescada.

—Myrtle, este es George —lo presenta Flossie—. No te apoyes demasiado en él. Lo hirieron. Estaba con las tropas el día D.

—Ya te avisaré si veo que voy a caerme —interviene él.

—Valiente y apuesto, querida. Qué buen partido. —Myrtle le revuelve el pelo—. ¿Va todo bien, Flossie?

—A veces. Unos días mejor y otros peor.

—Digby no querría que estés triste, cariño —dice Myrtle.

—Es extraño siendo tiempos tan felices, pero ver a los niños con sus disfraces me hace saltar las lágrimas. No paro de darles tarta, y ni siquiera es una buena tarta.

—Hay que celebrar cuando se puede, querida; no sucede a menudo. —Y Myrtle le da un abrazo. Huele a cigarrillos franceses y perfume fuerte, y el maquillaje se le ha corrido alrededor de los ojos. Parece más mayor, un poco cansada, pero sigue siendo la extravagante Myrtle.

Cuando Flossie la mira ve en ella la negación a ser menos. Se pregunta qué pensará George de ella, aunque no parece afectado en absoluto. Tampoco le ha importado pasar el día con una mujer vestida de Estatua de la Libertad. Quizá los capellanes están más familiarizados que la mayoría con las peculiaridades del comportamiento humano, y eso lo hace sorprendentemente bien dotado para formar parte de la familia de ella. Aunque siente que una vez más sus pensamientos románticos se adelantan a la realidad, esta vez no parecen estar demasiado lejos. Mira su reloj y dice:

—George, ¿te importa acompañar a Myrtle al teatro? Yo recojo a los que se hayan quedado atrás y os sigo.

—No hay problema —responde él, y mientras los dos van de camino hacia los árboles, Flossie oye a Myrtle alabar ruidosamente lo

divino del acento celta de George.

***

Flossie contempla el camino y mira a su alrededor en el jardín. Está demasiado crecido y desarreglado, necesita cuidados, pero también es tan verde y floreciente como solo puede serlo un jardín en mayo. Asoma la cabeza dentro de la casa y llama para asegurarse de que no quede nadie. Pero Chilcombe está oscura y vacía. Solo se oye el tictac solemne del reloj de pared. Entonces cierra la puerta y se dirige hacia el mar por el bosque, y es que la obra está a punto de comenzar.

BIS

De C a D

Hoy he pensado en el día de tu muerte. Pienso en él casi cada día. He pensado en cómo te quería antes de que existieras y en cuánto te quiero ahora que ya no existes. Eso, claro, convierte en un sinsentido toda la idea de la existencia y solo deja el amor. Esta, querido hermano, es la clase de tonterías sentimentales que se me ocurren últimamente. Pero también es cierto.

La gente da muchas cosas por sentadas sobre las mujeres, la mayoría vanas; una de ellas es que en cierta forma nos falta claridad. Que somos inconcretas y tontitas. Yo creo que las certezas son una forma de arrogancia.

Cuando tenía doce años lo sabía TODO, y con cada año que pasa sé un poco menos. Eso me da libertad. Queda espacio para mucho más. Siempre me resulta instructivo hablar con las escuelas que vienen de excursión al teatro para conocer sus ideas sobre cómo podría usarse. Ya lo ves, siempre quedan cosas por hacer.

Espero que hacia final de año podamos ofrecer estancias de una semana en Chilcombe a estudiantes interesados por las artes dramáticas. No está mal, ¿eh? Tengo la idea de que algún día podremos convertir la casa en alguna clase de centro educativo estable que complemente el teatro, aunque me dicen que reformar un edificio antiguo es una tarea digna de Sísifo. También tengo una idea para Romeo y Julieta *en la que los personajes son insectos; pero me guardaré eso para mi próxima carta porque necesita dibujos.*

He tenido que hacer que vengan constructores a revisar las gradas, se están derrumbando por los bordes. Aun así, han durado unos cuantos años. No está mal para ser algo que monté yo misma. Siempre pienso que construí esas gradas con dolor. Fue después de regresar de Francia, un trabajo físico para cansarme y poder dormir.

Flossie, George y los niños van a venir mañana para mi almuerzo de cumpleaños, así que voy a intentar usar el horno. Édouard y Wanda no

pueden venir esta vez; su querido hijo acaba de ser padre. Édouard me llamó para decírmelo, estaba muy orgulloso. El chico sigue sufriendo por sus heridas, pero ellos están tan dedicados a él que seguro que ayudan a criar al bebé como si fuese suyo. Tampoco vendrá Leon, pero me ha prometido que en verano iremos a la aventura en su nueva barca, que dice que es aún más rápida que la anterior.

Eso me recuerda que volví a tener el sueño. Vuelo en un avión, un Halifax. Reconozco el ruido de los motores, ese profundo murmullo. Llevo traje de paracaidista y tengo una bufanda atada al cuello, de seda, con un mapa impreso, pero no sé de dónde es el mapa ni adónde voy. La escotilla está abierta y el viento nocturno entra con fuerza. Creo que estoy sola en el avión, pero no siento nada de nervios. Sé que en algún lugar por debajo de mí, en la oscuridad, está el país en el que te encuentras tú.

Ya sabes lo que pasa después, ¿verdad? A veces lo echo mucho de menos. Luz roja. Luz verde. ¡Adelante! Salto por la escotilla hacia la nada, y el viento, el paracaídas que se abre, me elevan, me elevan, me elevan.

C

Agradecimientos

Gracias a todos los que me habéis ayudado y animado durante la escritura de este libro.

Agradecimientos especiales a:

Mis considerados y entusiastas editores, Helen Garnons-Williams y Diana Miller; mi maravillosa agente Clare Alexander, por acogerme bajo su ala; Poppy North, Olivia Mead, Alexia Thomaidis, Kyiah Ashton y el encantador equipo de Fig Tree, y a la diseñadora Julia Connolly, por crear la bella cubierta.

Mis sabios profesores Susan Elderkin, Rob Middlehurst, Irene Flint, y muy especialmente Francis Spufford, que se merece un libro entero de agradecimientos solo para él.

Mis amigas, por sus ánimos y su amabilidad: Lucy Axworthy, Alison Freeman, Denize Creed y mi compañera de aventuras de infancia, Tamzin Hyde, que vivía con su madre Rosy en una casa alejada de todo en la costa de Dorset y donde junto con mi hermana íbamos por los acantilados disfrazadas de magas; allí fueron plantadas las primeras semillas de esta historia.

Becky Steeden, por los almuerzos de ánimos; Becky Pressly, por el apoyo vecinal durante las etapas finales, y Cathy Varley, por ser la casera más amable del mundo.

Mi familia, en Dorset y en Shropshire, por su apoyo, especialmente Nancy, mamá, Abs, Jamie, Luka, Amelie, Ian y Evie. También quiero recordar a los miembros de la familia que hemos perdido recientemente: Chris Righton, Maureen Poulson, Anne Sargent y papá, Anthony Patrick Queen; todos muy queridos y muy echados en falta. De niño, papá jugaba con aviones de papel en un refugio antiaéreo de Birkenhead mientras los bombarderos alemanes volaban por encima de su cabeza, y siguió interesado por la historia de la guerra durante toda su vida. De hecho, fue un libro que le regalé y después le tomé prestado lo que me introdujo en el mundo de los

agentes encubiertos durante la Segunda Guerra Mundial.

Agradezco todos los libros y publicaciones que han proporcionado información a esta historia, y a las bibliotecas que me permitieron leerlos, especialmente The Women's Library, donde pude hojear las revistas preferidas de Rosalind, y la Dorchester Library: su sección de historia local (y su dedicación a proveer libros durante el confinamiento) fue valiosísima, al igual que el Imperial War Museum de Londres y sus recursos online.

Tengo una deuda de gratitud especial con los historiadores y autores que me enseñaron sobre las notables mujeres agentes de la Special Operations Executive, y de las que su reclutadora Selwyn Jepson dijo una vez: «En mi opinión, las mujeres eran mucho mejores que los hombres para la labor. Las mujeres, como ya deben de saber ustedes, tienen una capacidad mucho mayor de mantener la calma y la valentía solitaria que los hombres».

Por fin, un agradecimiento enorme a mis insustituibles asistentes en el ring, Peggy Riley y Sarah Leipciger, que me ayudaron a cargar con esta ballena desde el principio hasta el final.

Primera edición: noviembre de 2022
Primera edición digital: noviembre de 2022

Título original inglés: *The Whalebone Theatre*

Diseño de colección: Enric Jardí
Ilustración de la portada: Iban Barrenetxea
Producción del ePub: booqlab

© 2022, Joanna Quinn, por el texto
© 2022, Marcelo E Mazzanti, por la traducción
© 2022, Catedral, por esta edición

Dirección editorial: Ester Pujol

Catedral es un sello de Grup Enciclopèdia
Josep Pla, 95
08019 Barcelona

ISBN: 978-84-18800-00-9

Cualquier tipo de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta al CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que autorice la fotocopia o el escaneado de algún fragmento a las personas que estén interesadas.